



Ángel Rosenblat

BUENAS Y MALAS PALABRAS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Ángel Rosenblat Filólogo, lingüista, profesor universitario y escritor nacido en Wengrow, Polonia, en 1902. Es una figura emblemática de las letras venezolanas por sus aportes al estudio del habla popular y de las características de español en el país. Llegó a Venezuela en 1946 y fundó la cátedra de Filología en la naciente Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela; dirigió el Instituto de Filología Andrés Bello entre 1951 y 1984, año en que murió en Caracas, ya nacionalizado venezolano. Entre sus obras se destacan: *El castellano de España y el castellano de América* (1965), *La primera visión de América y otros estudios* (1969) y el primer volumen del *Diccionario de venezolanismos*.

« *El baile*.

Ramón Martín Durbán (1943).

Óleo sobre tela 66,5 x 54,1 cm.



**Buenas y malas palabras
en el castellano de Venezuela**

ÁNGEL ROSENBLAT

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela

ÁNGEL ROSENBLAT

Prólogo de Mariano Picón-Salas



Índice

- 17 **Nota Editorial**
- 21 **Prólogo**
- 25 **Palabras preliminares**
- 31 **Turismo lingüístico. El castellano en Venezuela**
- 39 **Buenas y malas palabras**
- 41 ¿Apartamiento o apartamento?
- 45 ¿Sugerencia o sugestión?
- 48 ¿Médica o médico?
- 51 ¿Su papá o su padre?
- 54 ¿Devolverse, revolverse o volverse?
- 58 ¿Exigir o rogar?
- 63 Entrépito
- 67 ¿Drenaje o avenamiento?
- 70 Cargar
- 74 ¿Apuro o prisa?
- 78 ¿Más nada o nada más?
- 83 Empecinado
- 86 Mamadera de gallo
- 91 Refistolero y facistol
- 95 Botar
- 99 Sabroso

- 106 Raspar
- 110 ¿Botiquín o botillería?
- 114 ¡No, si así es!
- 119 ¿Pensum o plan de estudios?
- 123 ¿Bravo o enfadado?
- 127 ¿Le provoca?
- 131 Tratado sobre la concha
- 138 Gafo
- 142 Maluco
- 147 ¿Salcocho o sancocho?
- 152 ¿Diabetes o diábetes?
- 154 ¿Cónsola o consola?
- 157 ¿Pena o vergüenza?
- 161 Ñapa
- 164 Obstinado
- 167 ¿Pollina o flequillo?
- 171 Butacas y butaques
- 176 ¿Su mujer o su señora?
- 181 Un problema menudo: ¿jira o gira?
- 187 Hallaca
- 194 Pava y mabita
- 203 Chiva
- 211 Chivato
- 216 ¿Ansias o náuseas?
- 218 Íngrimo y solo
- 224 Coroto

- 230 Otomía
- 235 ¿Planchar o aplanchar?
- 237 Cuelga
- 242 Galleta
- 244 Vitoco
- 247 ¿Familiares o parientes?
- 252 Manguareo
- 255 ¿Dilatar o tardar?
- 260 Cundeamor
- 263 Excitar
- 267 Patiquín
- 272 Hato
- 277 Empatar
- 282 ¡Cátedra!
- 289 El *ala* tachirense
- 291 Temperamento
- 295 Juraco
- 297 ¿Chísmenes?
- 299 Ocurrir, acudir, concurrir
- 305 Flux
- 311 “¡Qué liso!”
- 313 Pretencioso y arrivista
- 315 La cosiota
- 323 ¿Disgresión o digresión?
- 325 Casar o casal
- 330 Dos términos del periodismo: *caliche* y *palangre*

- 334 Papelón
- 342 Panela
- 347 ¿Floristería o florería?
- 349 Escogencia
- 351 “Su boca sea la medida”
- 357 Pulpería
- 360 Musiú
- 366 Jurungo
- 372 ¿Sudamericano o suramericano?
- 375 Dictar una conferencia, dictar una clase
- 377 ¿Memoranda?
- 381 Rubiera
- 389 ¿Papa o patata?
- 392 Acápite
- 394 ¿Patilla o sandía?
- 398 ¿Bulto o cartera?
- 401 Tercio y tercia
- 407 ¿Puntada o punzada?
- 410 Chistes verdes y chistes colorados
- 412 “Un día muy festinado”
- 417 Ciudadano
- 422 “Te voy a dar un puño”
- 424 ¿Analfabeta o analfabeto?
- 426 “¡Qué mujer tan arbolaria!”
- 428 ¡Pele el ojo!
- 433 “Peló por el machete”

- 437 ¿Pela o azotaina?
- 443 ¿Pelarse o equivocarse?
- 449 ¿Afeitarse o pelarse?
- 453 “Esta medio pelado”
- 459 “Vamos a pegarnos unos palos”
- 466 Rochela
- 473 ¿De pie o de pies?
- 476 “Le presto cien bolívares”
- 481 ¿La manito o la manita?
- 484 ¡Palo de hombre! ¡palo de mujer!
- 489 “El homenaje ofrecídole...”
- 493 Retaliación
- 495 Carriel
- 499 ¿Finanzas o hacienda?
- 504 ¿El sartén o la sartén?
- 505 ¿La caparazón o el caparazón?
- 507 Mandinga
- 515 “Más malo que Guardajumo”
- 521 “¡Se lo llevó Caplán!”
- 528 Tratado de la limpieza
- 535 “Estoy en la carraplana”
- 539 El diablo de Carora
- 546 ¿Explotar o estallar?
- 549 ¿Pesa o carnicería?
- 554 ¿Platito o platico?
- 559 Cuchivachín

- 562 Fuede o foete
- 565 Embostar
- 570 Misia
- 576 Lupa
- 578 Rastacuero y arrastracueros
- 587 ¡Gua!
- 601 **¿Argentinismo lingüístico?**
- 609 **¿Incorrección o creación?**
- 621 **Defensa del habla venezolana**
- 629 **Bibliografía**

Nota Editorial

En diciembre de 2021 se dio a conocer la “aceptación” por parte de la Real Academia Española de la palabra *aperturar* y su consiguiente incorporación al diccionario de la lengua. No faltó la polémica, pues era una palabra que en muchos ámbitos generaba rechazo debido a que se le consideraba un término forzado e innecesario, ya que bastaba con la palabra “abrir” expresar lo que aquel se quería decir. Pero los argumentos no eran solo de tipo formal; hubo quienes manifestaron que se había impuesto una palabra fea, arbitraria, e incluso se dejó colar que era propia de gente que no conoce o entiende el idioma. Lo cierto es que la propia RAE había establecido que “[e]l verbo *aperturar*, especialmente frecuente en el lenguaje bancario, se considera neologismo innecesario por *abrir*. También se recomienda evitar el verbo *reaperturar* y usar en su lugar *reabrir*”. ¿Qué pasó, entonces, para que de esa postura se pasara a la otra, diametralmente opuesta? Pasó que la lengua está viva y que en su vida no mandan las normas, como lo demuestra este libro que no podía quedar fuera de la Colección Bicentenario Carabobo y cuyo título habla por sí solo: *Buenas y malas palabras*.

El propio autor aclara que en este libro no hay malas palabras, simplemente porque no existe tal cosa desde el punto de vista filológico ni antropológico. Sin embargo –y la polémica con *apertura* es solo muestra de ello– entre la gente ha habido siempre debate sobre este asunto e interés por saber si las palabras que usa están o no están “bien” sin son correctas o incorrectas. Y durante años, Ángel Rosenblat dedicó

su esfuerzo e inteligencia a cartografiar y estudiar en habla venezolana, tan rica como dinámica y tan marcada por sus propias invenciones y reinenciones. Originalmente publicados en *El Nacional*, los textos que aquí se presentan en orden alfabético asombran por lo abundantes y minuciosos y por lo que revelan acerca de la idiosincrasia, el imaginario popular, la autopercepción y a veces incluso ciertos prejuicios sociales. Pero sobre todo es un libro escrito con gracia y mucho humor, directo en el decir, instructivo y divertido que se agotó en su tiempo en más de una ocasión y que se quedó como una referencia para todas las personas que deseen estudiar estos temas.

Volvemos a poner tan valiosa obra al alcance del público, en la seguridad de que será de gran provecho para todas y todos.

LOS EDITORES

*«Non ha mala palabra, si non es a mal tenida;
verás que bien es dicha, si bien fuese entendida.»*
(**ARCIPRESTE DE HITA**, *Libro de buen amor*).

Prólogo

Un poco aislado del vértigo de la ciudad, cenobita del Instituto de Filología, que a pesar de título tan conspicuo consta de un par de personas, muchos libros, recortes de periódicos y ficheros que se llenan cotidianamente, trabaja un hombre a quien sus amigos llamamos, a veces, el Humboldt o el Explorador de las Palabras, y quienes le conocen menos, el profesor Ángel Rosenblat. Casi no puede decirse en una nota lo que en nueve años de desvelo ha hecho este hombre con su aguda inteligencia, su sutilísima sensibilidad, su pertinacia de trabajador y gracia expresiva, en pro del lenguaje venezolano. Y saber y explicar cómo hablamos asume para la psicología nacional importancia tan significativa como el más apasionante capítulo de nuestra historia. Muchas palabras y giros dialectales tienen —como las personas que las pronuncian— una curiosa vida privada, y quizás una dramática vida pública. ¿Pues no se compone con nuestro vocabulario, con los refranes y modismos que adquirió el español en nuestra tierra, un como extraño mapa moral en que se graban las reacciones y experiencias del hombre en el ambiente, sus hallazgos, su fabular poético, la medida de su fantasía, razonamiento e imaginación? Y fue Rosenblat, en los días actuales, el primero que se acercó a nuestra lengua viva no solo con rigurosa actitud científica, sino con simpatía de poeta que puede también solazarse con los varios sentidos metafóricos, la alusión o elusión, que comporta cada lenguaje. Así sus trabajos no se enclavan en un cerrado campo lingüístico porque son, a la vez, testimonios invalorable en la Historia de nuestra Cultura.

Este explorador de un aspecto singularísimo del alma venezolana parece que presintió desde joven el llamado que le hacía nuestro país, y una de sus primeras investigaciones fue un estudio de la lengua de los indios otomacos a través de manuscritos y vocabularios de misioneros que encontrara en Madrid. Cuando llegó a Venezuela en 1946 fue una de sus primeras preocupaciones averiguar cómo podía rendir fiel visita a aquellos otomacos —casi desaparecidos— que antes de adelantarle sus personas le adelantaron sus letras. Y como explorador auténtico, pareciéndose en esto a Humboldt, hizo un viaje difícil por las tierras del sur de Venezuela desde el Apure hasta el Meta, con muy henchidos trozos de Orinoco. Y de cada expedición de esas —así como otros traen piernas de venado y pieles de tigre— Rosenblat regresaba con un botín filológico. Más de setenta mil fichas, en que los datos y linaje histórico de cada palabra se anotan en letra pequeña, colman ya los ficheros del Instituto; y cuando la tarea esté completa tendremos en la publicación de esos catálogos un insustituible espejo de todas las formas de expresión del hombre venezolano. Pero que haya recogido y documentado tantas noticias no sería el gran valor del trabajo de Rosenblat sino el método con que lo ha hecho, y la triple visión, histórica, psicológica, semántica, que nos dan sobre el país esos enjambres de vocablos. Aquí obra de modo principal el talento y la cultura del intérprete.

El historiador de la “Población indígena y el mestizaje americano” y de los “Viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa”, el editor y comentarista de tantos clásicos, desde el Amadís hasta Juan Montalvo pasando por el Inca Garcilaso, se había probado en otras disciplinas históricas y eruditas, antes de emprender estos jugosísimos trabajos de madurez sobre la lengua de Venezuela. La escrupulosa observación convive en él con el gusto literario y la fineza crítica. Por eso ha sabido navegar tan bien en las dos vertientes que ofrece nuestra habla como cualquiera otra: la lengua literaria, que ha estudiado desde los primeros cronistas hasta los

más audaces escritores de hoy, y la popular, que cambia con las regiones, climas y aun sustratos étnicos que se revuelven en nuestro país.

El espíritu con que se emprendió esta peripecia, a la vez científica y artística, es la que da a Ángel Rosenblat altísima jerarquía de maestro e iniciador. Antes de él muchos venezolanos estudiaron nuestras formas lingüísticas, pero acaso con la común manía de hacer de la Gramática un conjunto de reglas encorsetadas; de eliminar y amonestar contra cada palabra que no estuviera venerablemente acogida y santificada por la muy conservadora Academia Española y de rodear el idioma vivo de los más espinosos tabús. Cierta falsa gramatiquería ya denunciada hace más de noventa años por don Cecilio Acosta fue una de las pequeñas, pero contagiosas, enfermedades del alma venezolana. Fue una especie de sarampión idiomático que enmoheció la lengua de muchos escritores del pasado. Todavía muchos discursos académicos se visten con ropavejería de arcaísmos. La Gramática reglamentista sustituía entre nosotros a toda investigación semántica o estilística. Los llamados escritores “correctos” solían ser los más fastidiosos. Hace diez años aún podía promoverse en los periódicos venezolanos una polémica bizantina sobre si debía decirse “sugerencia” o “sugestión” porque la primera palabra la colocaba el Diccionario Manual de la Academia entre corchetes de alarma y de duda. En cambio pocos atienden a los barbarismos sintácticos —estos sí irremediables— que invadieron nuestro periodismo. ¿Pero hubieran podido escribir Unamuno y Ortega y Gasset —los más significativos escritores hispánicos de este siglo— si siempre hubieran hecho caso a las reglas de la Academia? Su genio creador hace, precisamente, que las palabras que usaron aparezcan como clásicas en los futuros Diccionarios de autoridades.

Rosenblat no relegó —como lo hicieron nuestros puristas del siglo XIX— los “venezolanismos” a ese último patio que en los caserones coloniales se dedicaba a la servidumbre; a las gentes que no podían usar

zapatos. Estudió estructuralmente el habla común de los venezolanos y encontró que era tan correcta y, a veces, tan sabrosamente tradicional, como la que pueda encontrarse en la más historiada región de España. Y los “venezolanismos”, las palabras que una naturaleza y una experiencia distinta plasmaron en el país, había que estudiarlas no con el estrecho criterio del “purismo”, sino en cuanto ellas expresan imponderables vivencias y modos de ser del hombre de nuestra tierra. Sus etimologías, usos, variaciones, su vida histórica y literaria, las ha descrito Rosenblat en páginas iluminadoras. Y tanto humor tiene para analizar y contar nuestra historia lingüística, que aquella columna de “Buenas y malas palabras” que mantuvo durante dos años en el “Papel Literario” de “El Nacional” era deleitosamente leída, buscada y comentada por el más heteróclito círculo de lectores.

Ahora, a pedido de muchas gentes, Ángel Rosenblat recoge en copioso volumen algunos de esos trabajos sobre nuestra lengua viva. La aventura de cada palabra se sigue a través de siglos, episodios y regiones. Las hay que se asocian a tremendos relatos, a patéticas leyendas como nuestras “otomías” y “rubieras”. O nos conmueve aquel escribano español de 1585 que se afana en describir en su larga relación al Rey los extraños alimentos que comió en el valle de los caracas: la “caragota” (primer nombre de nuestra caraota) y el “ocumo”. A través de esas palabras en que el español se hizo mestizo se sigue un camino apasionante de nuestro vivir venezolano. Cuántas y cuáles indican afectuosidad, coraje, desorden, derroche, intuición; qué dialectismos o refranes peninsulares se modificaron aquí con nuevas metáforas, son indicio admirable de nuestro modo de concebir el mundo. Tienen interés para el sociólogo, el poeta, el historiador. Y Rosenblat fue a buscarlas y a extraerles su esencia reveladora como Humboldt iba a visitar las cordilleras, los árboles y los ríos.

Palabras preliminares

Al reunir en volumen mi labor dispersa sobre el castellano de Venezuela, quiero respaldarla con algunas palabras de justificación o de defensa.

En primer lugar, estas notas son un anticipo del Diccionario de venezolanismos que prepara el Instituto de Filología “Andrés Bello” de la Universidad Central de Venezuela. Las he publicado en los periódicos y revistas de Caracas con el fin de despertar el interés del público culto por los problemas de la Filología moderna. Y para llegar de modo más directo a ese público, he tenido que aligerarlas de todo aparato erudito, lo que en terminología marítima se llama alijar. Cualquier observación se apoya, sin embargo, en numerosos testimonios de la lengua oral o escrita o de la investigación filológica nacional y extranjera. El futuro Diccionario facilitará ordenadamente todos esos materiales, que se encuentran además en el Instituto a disposición de los interesados. Representan en gran parte una colaboración abnegada de alumnos y de amigos. Tengo que resignarme a callar sus nombres, porque nunca podría darlos todos.

Debo justificar también el título. *Buenas y malas palabras* fue el que me sugirió Mariano Picón Salas, con cierta picardía, para mi colaboración en el Papel Literario de *El Nacional*. Desde un punto de vista filológico no hay “malas palabras”. Toda palabra, cualquiera que sea la esfera de la vida material o espiritual a que pertenezca, tiene dignidad e interés histórico y humano. Como el médico, el filólogo procede sin gazmoñería, con absoluta austeridad e inocencia. Pero de todos modos,

un volumen destinado al gran público, aun a los alumnos y alumnas de colegios, y de colegios hispanoamericanos, no podía permitirse ese lujo o esa ostentación. No hay, pues, en esta obra malas palabras en ese sentido, y se verá defraudado el que las busque.

El título puede apuntar a otro aspecto: el de la corrección o incorrección. La labor filológica en Hispanoamérica, aunque no es de ayer, es todavía labor de gabinete. La gente cree que el filólogo tiene la exclusiva misión de decir si un uso es correcto o no, de regañar al prójimo, de salvar a la lengua de la corrupción que por lo visto la amenaza. No conciben que pueda haber algún otro interés filológico. Sin embargo, el problema de la corrección o incorrección es para el filólogo o lingüista el menos interesante y el de menor cuantía. Lo importante es ver la vida actual de la lengua, y el juego de valores de cada expresión dentro del sistema general; y además, desentrañar el origen y desarrollo de cada acepción. Comprender e interpretar es nuestro oficio.

Si una expresión es del habla popular o familiar, tiene su legitimidad en sí misma. La manera de hablar del pueblo venezolano, o del colombiano, argentino, castellano o andaluz, debe inspirar siempre el mayor respeto. La voz del pueblo es casi siempre la voz de Dios. Pero con el habla culta, la del libro, del periódico o de la conferencia, la actitud debe ser distinta. La lengua se afina desde la escuela hasta la universidad, desde la carta hasta el libro o el periódico, desde la conversación hasta la conferencia, y el filólogo no puede de ningún modo permanecer indiferente ante el uso del lenguaje o la educación del lenguaje. La lengua popular y familiar debe tener color local, debe ser espontánea y vivaz. En cambio, la lengua culta obedece a normas generales de unidad hispánica. Mientras que la variedad y diferenciación es el sino forzoso del habla popular y familiar, la unidad es el ideal de la lengua culta, y corresponde a la comunicación cultural y a la educación acercarnos constantemente a ese ideal. El habla culta tiene, además del peligro de

incorrección, el de caer en la afectación y la pedantería. Y contra todos esos peligros sí cabe extremar el rigor.

Con todo, no hay divorcio absoluto entre habla popular o familiar y habla culta, y el criterio normativo no es siempre tan claro y elemental. El habla popular penetra a veces en la lengua culta, y viceversa. ¿Habría que condenar —como hacen algunos puristas recalcitrantes— una palabra tan expresiva como *íngrimo*, que encontramos en la alta prosa de Mariano Picón Salas o en el noble verso de Ida Gramcko? Creo que son los escritores y poetas los amos de la lengua y que el *íngrimo* nuestro tiene tanta dignidad como el *lígrimo* salmantino del verso de Miguel de Unamuno.

De todos modos, lo fundamental para mí ha sido en cada caso la solución de un problema lexicológico. Y para plantearlo o resolverlo, pongo todas las cartas sobre la mesa. Las cuestiones de léxico son sin duda las más tentadoras, pero también las más peligrosas, porque son las de apariencia más clara, las que permiten el juicio de todos y la intervención polémica del público. He procurado presentarlas con la máxima claridad a fin de que sean accesibles a todos, para que todos se sientan estimulados a discutir las. He practicado una Filología de puertas abiertas. El hecho de que estas notas hayan circulado ya por todo el país constituye sin duda una primera prueba de fuego. Después de ella, con la experiencia recogida y las observaciones de lectores y amigos, he rehecho lo que no me parecía satisfactorio y he procurado ponerlo todo al día.

Por mi parte, he tratado las palabras venezolanas con la mayor simpatía. Otros podrán juzgarlas con otros criterios o con otros estados de ánimo. No tengo instintos represores. Pero si alguien los tiene, podrá en cada caso encontrar los elementos de juicio, formarse una idea más completa del problema y dejarse llevar por su temperamento o sus ideas. Mi interés fundamental ha sido aclarar cada problema.

Pero el criterio de corrección es más complejo de lo que suponen algunas personas. Hay quienes se mueven con mucho aplomo apoyados en dos muletas: el Diccionario y la Gramática de la Real Academia. Cuando no encuentran una palabra en el Diccionario le arrojan en seguida el anatema: “¡No existe!” Y si algo no está enteramente de acuerdo con la Gramática, se exasperan: “¡Es un disparate!” Ser filólogo de esa manera no parece profesión difícil. Pero sí un poco expuesta al ridículo. Porque al año siguiente sale una nueva edición del Diccionario o de la Gramática y acoge la expresión antes condenada, que entonces empieza a “existir” (no es la inclusión en el Diccionario lo que le da existencia, sino su existencia lo que le gana un lugar en el Diccionario) o convierte el “disparate” en norma sagrada. He estudiado con todo interés la historia de la Academia desde 1713, y la he seguido a través de una serie de vacilaciones, fluctuaciones, avances y retrocesos. Es institución humana, y la Real Academia Española ha sido siempre mucho más liberal y progresiva que la Academia Francesa. A través de una labor muy útil y vasta, ha procurado estar a tono con la lengua culta y seguir sus pasos. No le toca ser paladín de vanguardismo, sino desempeñar una honorable función conservadora.

Hay una forma útil del purismo y hay una forma negativa, esterilizante. Si una expresión “no existe”, es claro que no se puede estudiar. El purista que así procede hunde la cabeza en la arena y se niega a ver y oír. Elimina así automáticamente una parte importante del lenguaje y le niega todo interés humano. Para nosotros, por el contrario, todo lo humano tiene interés, y nada humano, en materia de lenguaje, nos es ajeno.

¿Cuál será entonces el criterio de corrección si no siempre puede uno atenerse a la Academia? Pues el mismo que tiene la Academia al adoptar una innovación: el uso de la lengua culta. Cada generación tiene sus aportaciones, sus preferencias, sus gustos idiomáticos. Y la persona que

asuma la tremenda responsabilidad de juzgar el habla del prójimo no solo deberá tener a su disposición los dos instrumentos académicos, sino seguir al día el movimiento lingüístico y cultural de su tiempo. Y aun así en muchas ocasiones el criterio decisivo no será el tajante de corrección o incorrección, sino el más delicado, flexible e imponderable del buen gusto o del mal gusto. Esto del gusto es en última instancia el tribunal supremo.

Y aún otra cuestión. Mi punto de partida y mi método ha tratado de ser siempre lingüístico. Pero a través de lo lingüístico hay en estas páginas una tentativa de comprensión de lo venezolano. Como la forma articulada del lenguaje, con su juego permanente de tradición y de innovación, es expresión de una forma interior, espiritual —de acuerdo con la fecunda concepción de Guillermo de Humboldt—, se puede penetrar, a través de los usos venezolanos, en el alma venezolana, creadora y moldeadora de esos usos. Porque detrás de las palabras, a veces oculto o disimulado en ellas, está siempre el hombre. Quizá estas BUENAS Y MALAS PALABRAS ayuden a entender algunos aspectos de la historia y de la vida de Venezuela.

ÁNGEL ROSENBLAT

Turismo lingüístico. El castellano en Venezuela

El viajero que llega a tierras venezolanas con su bagaje de castellano “oficial”, está expuesto a más de una sorpresa. Su automóvil pasa a la humilde categoría de *carro*, y si eso puede molestarle, se consolará cuando al reventársele una *tripa* no tenga que recurrir al médico —trance siempre peligroso—, sino a su *tripa* de repuesto, o a un *parcho* (o *palcho*). Por los caminos le sucederá que, sin ser faquir, tenga de cuando en cuando que *comerse una flecha*, o sea marchar a contramano. Si lleva consigo a una señora, ella podrá tener *ansias*; pero no hay que hacerse ilusiones, porque en seguida dará pruebas evidentes de *náuseas*. Puede algún colega *exigirle* que le preste el gato; no hay que creer que ese *exigir* sea prepotencia, porque no es nada más que *rogar*, y en seguida tendrá la prueba porque, agradecido ante su amabilidad, lo invitará a *pegarse unos palos en un botiquín*. No es para alarmarse: es una invitación muy simpática a tomarse unos tragos en una taberna o bar.

Y si no es usted automovilista, si es usted señora de su casa y tiene que ir al mercado, sus tribulaciones pueden ser muy serias. Para obtener su carne tendrá que recurrir a la *pesa* y al *pesero*, o *pesador*, porque eso de *carnicería* y *carnicero* parece excesiva crudeza. Verá que el *apio* no es apio, sino un tubérculo indígena, y si se empeña en conseguir *apio* para aromatizar, con perejil, sus sopas, tendrá que recurrir a sus reservas de francés o de inglés y pedir *celerí*. Si quiere habas o *porotos* (es el nombre quechua, extendido hasta la Argentina), tendrá que conformarse con las *caraotas negras*, que dan uno de los platos criollos más deliciosos. Y

si quiere calabaza tendrá que pedir *aullama* (“en el monte *aílla*, y en la casa *llama*”, adivina adivinador). Y le ofrecerán además la *yuca*, el *ocumo* y el *ñame*, para que pueda preparar el sabroso *sancocho* venezolano, temible rival del *puchero* argentino y del *cocido* español.

Pero sus tribulaciones reales comenzarán en el momento de pagar. No porque los precios le parecerán una horrenda prueba de xenofobia (más bien lo son de antropofobia, y también de misoginia), sino porque se perderá usted haciendo cuentas, de *puyas*, *lochas*, *medios*, *reales*, *bolívares* y *pesos* o *fuertes*. Si por una piña le piden a usted 25 *centavos*, no se haga ilusiones; eso equivale a un *bolívar* y 25 céntimos, porque un *centavo* son cinco céntimos. Siempre que vaya a comprar, el procedimiento más recomendable es entregar la cartera al vendedor. Si le da algo de vuelta, dese usted por contento. Si no, no se olvide de reclamar por lo menos la cartera.

Y aunque no sea usted automovilista ni dueña de casa, siempre se llevará sus sorpresas. Cuando le presenten dos *morochas* debe usted saber que son dos hermanas gemelas, aunque sean rubísimas (en la Argentina serían “dos morenas”). Es frecuente que un hombre le diga: “¡Hay que amarrarse los calzones!” antes de emprender una acción que requiera toda la hombría, y olvide que los *calzones* son en otras tierras prendas exclusivamente femeninas. Eso sí, cuídese usted de la *mamadera de gallo*, que también se llama aquí *tomadera de pelo*, porque el venezolano es temible *mamador de gallo* y delira por la *guachafita*. No se deje engañar por eso de las estaciones del año. Hay solo dos, pero el invierno se caracteriza por ser más caluroso que el verano. En compensación, le da por llover más: el *invierno está muy recio* le dirán porque es una temporada muy lluviosa, o que *está cayendo un invierno bravo*, o *un palo de agua*, lo cual equivale a chaparrón. Si le dicen *voltee la esquina*, no quieren decirle que la derribe, sino que dé usted la vuelta por ella. Y procure que no le coloquen en el camino una *concha de mango*, porque se irá

indefectiblemente de bruces, como cuando le colocan a uno una cáscara de banana o de plátano, y es cosa que aquí hacen a veces —o hacemos a veces— los profesores *amargos* en los exámenes con los inocentes alumnos, o las agraciadas venezolanas con los siempre incautos pretendientes para hacerlos caer en las redes del matrimonio.

El turista, ¡pobre!, se llevará a cada rato las manos a la cabeza. Tendrá una impresión extraña. Con todo, será una impresión falsa. Como las impresiones de todo turista. Hay una greguería del gran Ramón Gómez de la Serna, algo enigmática: “Dormía —dice— con la boca abierta, como si fuese un turista de los sueños.” ¿Y por qué un turista de los sueños tiene que dormir con la boca abierta? Seguramente porque un turista es por naturaleza un boca abierta, un hombre que anda por el mundo con la boca abierta.

La visión del turista es pintoresca, pero siempre superficial. Una guía de turismo lingüístico podría reunir varios centenares de expresiones que en otras partes se entenderían de manera distinta y hasta cómica, y muchas que en otros países son inocentes y aquí se han vuelto tabú (o viceversa). Pero lo mismo pasa con cualquier región del castellano; y si se quiere, del inglés o del francés. Por debajo del pintoresquismo superficial hay una profunda unidad de lengua española. Venezuela, todos los países hispánicos de América y España hablan una sola y misma lengua, aunque dentro de esa gran unidad, cada país, cada región, cada pueblo, y hasta cada individuo, tiene su propia fisonomía, sus propios matices. Venezuela tiene estilo lingüístico peculiar dentro de la gran unidad de la lengua española.

¿Cómo se explican las diferencias con otras regiones? En primer lugar, por la influencia indígena. Cada región americana tiene sus propios nombres para la flora y la fauna, porque sus árboles, sus flores, sus frutos, sus pájaros, constituyen su nota más original y característica. Muchas de las designaciones venezolanas son también antillanas, bien

porque proceden de los indios arahuacos y caribes, comunes a Venezuela y las Antillas, o porque las trajo el conquistador español, que pasó en las Antillas su primera etapa de aclimatación americana, o porque pasaron de Venezuela a las Antillas en los cuatro siglos de contacto. Por ejemplo *yuca*, *cazabe*, *arepa*, *cabuya*, *caoba*, *bucare*, *caimito*, *anón*, *guanábana*, *guayaba*, *maguey*, *mamey*, *merey*, *guamo*, *guácimo*, *ceiba*, *totuma*, *papaya*, *mangle*, *sabana*, *comején*, *iguana*, *nigua*, *jején*, *cocuyo*, *acure*, *guabina*, *carite*, *caimán*, *tiburón*, *colibrí*, *morrocoy*, *guarapo* y muchas más. Y hasta hay una voz indígena de Venezuela que ha tenido rara y brillante fortuna por el mundo: *butaca*, de los indios cumanagotos. Y otra, que no es indígena: el *arrastracueros* venezolano, que ha circulado por Europa y ha vuelto a América transfigurado en el *rastaquouère* francés.

Además, las distintas regiones de Venezuela se diferencian bastante entre ellas. Caracas (y todo el Centro) se caracteriza por el *papelón* (grandes conos de azúcar sin refinar), los Andes por la *panela* (panes cuadrilongos del mismo azúcar). En Caracas el plátano o banana se llama *cambur* (en cambio se llama *plátano* una variedad especial), y en los Andes *guineo*. Y eso que el *cambur* se puede considerar la fruta nacional, no solo por la cantidad de platos en que entra o por la veintena de variedades que ofrece, todas ellas con nombres pintorescos (*topocho*, *locho*, *pineo*, *cuyaco*, *titiaro*, *dominico*, *manzano*, *morado*, *negro*, *roso*, *matiburro*, *rabo de mula*, *jartón*, *zumbí*, etc.), sino porque *tener un cambur* (un puesto público) es ideal legítimo de todo ciudadano, y hasta varios *cambures*, lo cual ya es *encamburarse* muy seriamente (lo mismo que en España *enchufarse*). Y así como es muy agradable tener un buen *cambur*, es horrendo que lo *descamburen* a uno, lo cual es *perder el cambur*, o que *le corten el cambur*.

Otra fruta diferenciadora de los venezolanos es el *aguacate* (el nombre es de origen mexicano; en los países del Sur, *palta*, de origen peruano); en los Andes se llama *cura*. Y se cuenta de un pobre campesino que

había perdido su mula y preguntaba desconsoladamente a todo el mundo: “Ora, pues, ¿usted no ha visto una mula cargada de curas verdes, la santa cruz matada y el gobernador de a rastra?” La *cruz matada* es el lomo llagado, y el *gobernador* es el cabestro.

Las distintas regiones de Venezuela se diferencian además por la pronunciación y por la morfología. En líneas muy generales se puede hablar de dos regiones: las tierras altas y las tierras bajas.

Las tierras bajas de Venezuela (Caracas, con todo el Centro; la Costa, desde Maracaibo hasta Oriente; los Llanos y Guayana) relajan las consonantes: aspiran o se comen las eses (*loj hombrej*), *laj ocho*, *lo fósforo*, etc.), debilitan o pierden la *d* intervocálica (*toíto*, *vento*, *una bofetá*, etc.), pierden la *r* final (*voy a comé*, etc.), confunden *r* y *l* (*señol*, *sordao*, etc.), pronuncian débil y velar la *n* final de palabra (*corazón*, etc.) Hay quienes creen que algunos de esos rasgos (por ejemplo la confusión de *r* y *l*) se deben a influencia negra. Es una suposición gratuita. La verdad es que se da, en general, en todas las tierras bajas de América, y también en Extremadura y Andalucía. Gabriel y Galán, en sus poesías extremeñas, escribe *señal*, *mejol*, *peol*, *invielno*, *huélfano*, etc. La comedia madrileña se burla del maestro andaluz que dice: “Niños: *barcón*, *sordao* y *mardita sea tu arma* se escriben con *l*”.

En cambio, las tierras altas de Venezuela (los estados andinos de Mérida, Táchira y Trujillo), como la región andina de Colombia y las tierras altas de toda América, pronuncian muy bien, y hasta con cierto énfasis, todas las consonantes. Un andino se distingue en seguida de los demás venezolanos por la manera como silba las eses. Hay además en los Andes un rasgo lingüístico que sorprende a los profanos: el voseo. Se dice *vos sos*, *vos tomas*, *vos tenés*, etc., igual que en Colombia, la Argentina u otros países. Este voseo se extiende por gran parte de los Estados de Lara y Falcón.

También la extensa y rica zona del Zulia, con su gran ciudad de Maracaibo (“la tierra del sol amada”, y en verdad que hay amores que matan), tiene voseo. Pero es un voseo distinto del andino: *vos sois, vos cantáis, vos tenéis*, etc. Esas formas son también generales en Trujillo y penetran en Lara, Falcón y Yaracuy. En todas esas regiones de voseo son corrientes imperativos como *vení, decí, salí, cantá*, que proceden de los antiguos *venid, decid, salid, cantad*, usados para dirigirse a una sola persona (la gente cree que se deben a desplazamiento del acento). Esos imperativos se conservan también en muchos lugares de los Llanos y de Guayana, como resto del voseo español, que fue general en España y América en todo el siglo XVI.

Tierras altas y tierras bajas se diferencian además por las fórmulas de tratamiento. En los Andes todavía se oye *su merced*, aunque no tanto como en Colombia y la Sierra del Ecuador. El andino trata de *usted* hasta a su mujer, a los hijos y a los hermanos (cuando se enfada usa el *vos*). En cambio, el caraqueño, el oriental o el llanero tratan de *tú* a todo el mundo. En general, Venezuela es tierra de una campechanía asombrosa. Por fortuna, no existen las rígidas jerarquías de otras partes ni el *figurón*, que tantos estragos hace en algunas tierras. El prestigio hay que ganárselo día a día, y en ese sentido nadie vive de sus rentas. Hay una simpática familiaridad. El apretón de manos casi no existe: las personas se abrazan; o se dan palmadas en los brazos. Y por menos de nada un estudiante da unos cariñosos golpecitos en el hombro a su anciano profesor. El venezolano es, en general, enemigo de toda solemnidad.

También llama la atención en Venezuela la gran cantidad de voces de origen inglés (mejor dicho, norteamericano). No solo las del deporte (sobre todo las del baseball), de los negocios (desde *chequear*, que está desplazando al galicismo *controlar*), o de la industria (la petrolera, etc.). Hay una verdadera inundación de anglicismos, hasta en la casa del más sencillo ciudadano, aun en el *apartamento* más humilde: *el hall, el living,*

el pantry, el clóset, el seibó, el estor, sin contar partes más excusadas. Y no hay que olvidar los anglicismos enmascarados, como las *plumas fuentes*, las *fuentes de soda* y los *perros calientes*. El más horrendo es el *okey* y el más simpático el *picoteo*: del *pick up*, el fonocaptor de radios y fonógrafos, se ha formado *picot*, y de ahí *picotear*, bailar al son del *picot*, y *picoteo* “fiesta donde se puede *picotear*” (quizá haya además juego con *picoteo*, de *pico*, asociándolo con *parloteo*, etc.).

¿Y qué tiene de extraño que haya tantos anglicismos, si todo llega de los Estados Unidos, en lata, hasta las frutas tropicales, los refrescos, el cacao y otras especialidades venezolanas? Con esto del progreso técnico, parece que hay señoras que han encargado sus niñitos a Nueva York (antes los traían de París) y cualquier día llegan enlatados, en potes. ¡Es comodísimo!

He ahí uno de los aspectos más ostensibles de la nueva Venezuela. El léxico está en constante renovación y marcha con los vaivenes del mundo. Hemos pasado por la época del *cabaret*, *la boîte*, el *cognac*, el *champagne*, el *rango*, el *paltó*, el *control* y la *toilette*, y estamos entrando en la del *dancing*, el *cocktail*, el *brandy*, el *whisky*, el *carro* y el *chequeo*. ¡Cómo cambia el mundo!

Pero más importante, desde el punto de vista lingüístico, es el sistema de preferencias dentro del castellano mismo. Amado Alonso decía que todo el lenguaje de Buenos Aires se podía reducir a dos palabras de signo opuesto: todo lo bueno es *lindo*, todo lo malo es *macana*. En Venezuela todo lo bueno es *sabroso*: no solo un manjar, sino también un paisaje, un concierto, una persona, una fiesta, una película, una conversación, un paseo, etc. Y entre las valoraciones negativas, la que tiene más peso es la de la mala suerte, lo *pavoso*. Tener *pava* o *pavita* o ser *pavoso* es la suprema descalificación. Hay una verdadera profusión de palabras equivalentes: junto a la *pava*, la *mabita* (de ahí *mabitoso*), la *guiña* (del francés *guigne*) y el *mayén* (que puede ser *verde* o *floreado*), y aun una serie de términos regionales. Todo venezolano que se precie tiene su lista de cosas pavosas

(es *pavoso*, por ejemplo, un paraguas abierto dentro de la casa, un sombrero encima de la cama, un zaguán empapelado, encontrarse con un tuerto o un bizco, etc.), y también de personas *pavosas*. La *contra* de lo pavoso es, además de un ademán típico, el cariaquito morado. El lenguaje revela el fondo supersticioso y juguetón del pueblo venezolano.

Otro rasgo importante es la afición a los términos genéricos. Todo objeto, grande o pequeño, es un *bicho* (o *bicha*), un *coroto* o un *perol* (y aun *perola*). Toda persona, respetable o no, es un *tercio* (o *terciazo*), un *elemento* o una *cifra* (“Fulano es una cifra valiosa del magisterio”). Contaba Pocaterra que de regreso de uno de sus viajes le dijo un amigo, que quería lanzarlo por los azarosos caminos de la política venezolana:

—Tiene usted que ponerse en contacto con los elementos.

La frase le pareció muy profunda, porque un político que se precie debe familiarizarse estrechamente con los cuatro elementos, el agua, el aire, la tierra y el fuego (sobre todo el fuego). Pero no, el amigo aludía nada más que a los *elementos* del partido.

Pero no exageremos. El castellano de Venezuela tiene plena fisonomía americana y puede uno deslizarse plácidamente por él, no sin algún tropiezo, como por las hermosas carreteras y autopistas del país. El que maneje el castellano solo por los diccionarios y las gramáticas puede llevarse sorpresas. Pero el que conozca el habla familiar y popular de otras partes de América, o el castellano hablado en Madrid o en Sevilla, se sentirá en casa propia. Porque en Venezuela se habla una variedad dignísima del castellano. En ninguna parte hemos encontrado, en el habla familiar, tal riqueza de giros, de comparaciones ingeniosas, de expresiones pintorescas y metafóricas, tal imaginería, tal profusión de matices. Y la prensa y la literatura presentan en general un castellano que puede parangonarse en dignidad y belleza con el de cualquier país de América. Un castellano que ha dado una nota muy alta y muy brillante en el cuento, en la novela y en la poesía.

Buenas y malas palabras

¿Apartamiento o apartamento?

Antes de tomar partido por una u otra de estas formas, pidamos un poco de luz a la historia. El *apartamento* o *apartamiento* designa una cosa nueva, un tipo de vivienda que no existía tradicionalmente y que se ha impuesto sobre todo en las últimas generaciones, con el auge de las ciudades modernas. Desaparecen paulatinamente las viejas casas de vecindad, tan llenas de color, y surge, más a tono con la vida actual, este nuevo tipo de vivienda.

Si la casa de *apartamentos* o *apartamientos* se hubiese inventado en España, tendría nombre español y no habría problema. Pero se inventó en Italia, donde se llamó *appartamento*, y pasó al francés, convertido en *appartement*, forma que se incorporó después al inglés. Al penetrar en España, se le designó con el nombre de *piso*, término poco feliz porque en un piso caben hoy numerosos *apartamentos*. Por eso Hispanoamérica no acompañó a España. El Sur (Argentina, Uruguay, Chile, hasta el Perú) prefirió *departamento*, palabra castellana hoy, pero que es un galicismo que penetró en el siglo XVIII para designar las distintas dependencias de un ministerio, de un establecimiento, etc., o los distritos de un país o provincia. Su aplicación al nuevo tipo de vivienda es legítima, sin duda, aunque el francés mantiene la diferencia entre *département* y *appartement*. Los otros países de Hispanoamérica adoptaron la palabra del francés o del inglés: *apartamento*. Pero entonces aparecen los puristas.

Los puristas tienen la idea de que una palabra que no figura en el Diccionario de la Academia Española “no existe”. Así, *apartamento* no

existía para los puristas. Y como sí encontraban *apartamento*, se lanzaron a gritar: “¡Eureka! ¡Hay que decir *apartamento!*”

Efectivamente, *apartamento* es vieja palabra española, y se encuentra en todos los diccionarios castellanos, desde Nebrija. Es un derivado de *apartar* o *apartarse*, y designó la acción verbal: *apartamento de ganado*, y aun *apartamento de casados*, vieja denominación del divorcio. Por extensión se aplicó al lugar apartado, y aun a la vivienda alejada de la ciudad o a la habitación recogida dentro de una casa o edificio. Diego de Torres Villarroel cuenta, a mediados del siglo XVIII, sus desdichadas experiencias en la Universidad de Salamanca: “Metieronme [los muchachos] a empujones en un apartamento de la sacristía, que llaman la *trastera*”. Por influencia francesa o inglesa, Francisco de Miranda, el precursor de la Independencia hispanoamericana, usaba en esos casos *apartamento*. El 2 de junio de 1788 visita en La Haya el Gabinete de Pintura, y anota en su *Diario*:

De aquí fuimos a ver los apartamentos del Príncipe, que nada son menos que magníficos, y cualquiera particular rico está mejor alojado. En el segundo piso están los apartamentos de la Princesa, algo mejores y con alguna esplendidez.

Esos *apartamentos* de los príncipes eran más bien *apartamientos*, habitaciones apartadas, como el pequeño apartamento del alcázar de Dulcinea, al que ella se retiraba con sus doncellas, según la generosa imaginación de Don Quijote. Por eso la Academia registra *apartamento* como habitación o vivienda, pero en ningún caso como equivalente del moderno *apartment* norteamericano. Claro que cabe extender la significación de la palabra al nuevo tipo de habitaciones o viviendas. Pero, ¡ojo, señores puristas! También eso es una innovación: no figura en el Diccionario de la Academia, y es cosa entonces de echarse a temblar.

Resumamos: 1. España usa *piso* (también *cuarto*: “se alquila un cuarto con cuatro habitaciones”); 2. La Argentina, Chile, etc., departamento;

3. Venezuela, Colombia, Centroamérica, Cuba, etc., *apartamento*; 4. Los puristas de Venezuela y de otros países defienden *apartamiento*, que se ha extendido también bastante en México.

¿Cuál de los cuatro usos será mejor? Aunque el español tiene a su favor el prestigio de lo peninsular, es inconveniente, por ambiguo, y por eso también en España se empieza a usar ahora *departamento* y *apartamento*. El uso de *departamento*, de las repúblicas del Sur, favorecido también por los puristas, se empieza a oír en casi todas partes. Pero en Venezuela la lucha de nombres se produce entre *apartamento*, de uso general, y *apartamiento*, de uso purista. ¿Cuál de los dos habrá que recomendar?

Innovación por innovación, me parece mejor que *apartamiento* conserve sus usos tradicionales, que no son pocos, y se reserve el galicismo o anglicismo *apartamento* para el nuevo tipo de vivienda. ¿Hay alguna dificultad para ello? ¿Repugna acaso al genio de la lengua?

Realmente no, como lo prueba el triunfo del galicismo *departamento*, hoy general en varias acepciones. En castellano tenemos formaciones como *alumbramiento*, *alzamiento*, *crecimiento*, etc. (un millar de sustantivos) frente a otras como *campamento*, *fundamento*, *juramento*, *temperamento*, etc. (unos setenta). Y hasta algunas alternancias admitidas por el Diccionario de la Academia: *armamento-armamiento* (la segunda ya anticuada), *lineamento-lineamiento*, *pagamento-pagamiento*, *salvamento-salvamiento*, etc.

Nada se opone, pues, en principio a que junto a la forma tradicional *apartamiento* en sus diversas significaciones subsista *apartamento* en una más moderna. El uso de *apartamiento* para esta última significación se siente como afectado en casi todas partes, y entre nosotros lo prueba una conocida anécdota, que se atribuye a Miguel Otero Silva. Una joven le decía consternada que no podía casarse porque no encontraba *apartamiento*, y él le contestó: —“Señorita, lo *lamiento*.”

Con todo, el hecho de que hoy parezca afectada no significa que no pueda llegar a triunfar. Cualquiera de las dos, *apartamento* o *apartamiento*, puede imponerse, y aún más *departamento*, la tercera en discordia. O bien pueden convivir las tres en escala hispánica. El uso es señor absoluto de la lengua, y la legitimidad de las formas le es por lo común indiferente.

En conclusión, ¿hay que decidirse en Venezuela por *apartamento* o *apartamiento*? El que no tema caer en afectación, emplee en hora buena su *apartamiento*, que puede defenderse. El que sea partidario de la llaneza, de la expresión más generalizada, que use tranquilamente, sin rubor, su *apartamento*, con tal que lo mantenga limpio y bien amueblado.

¿Sugerencia o sugestión?

Creo que hasta en el Congreso Nacional se discutió alguna vez sobre la corrección o incorrección de *sugerencia*. Autores eminentes le han declarado la guerra a muerte. ¿Será efectivamente un disparate? Debo confesar que le tengo cierta simpatía, porque me parece palabra modesta, humilde, frente a *sugestión*, que suena un poco violenta. Pero veamos en qué consiste el problema.

Sugerencia no estaba autorizada por la Academia. Ahora, con la 18ª edición de su Diccionario, le abre sus puertas y la sienta junto a las voces de indiscutida pureza de sangre. ¿No quedan en ridículo los puristas recalcitrantes? El hecho es aleccionador. Una voz nueva no es condenable solo por ser nueva. El que no esté aceptada no es signo infamante. Para que la Academia la admita es preciso que el uso de los doctos la consagre y que el tiempo le dé cierta pátina. Porque las voces académicas no deben ser adolescentes, sino maduras. Para determinar si una palabra puede usarse hay que analizar, pues, su legitimidad.

La lengua clásica tenía el verbo *sugerir* y su derivado culto *sugestión*. Con eso le bastaba. Pero la lengua moderna formó, sobre *sugestión*, el verbo *sugestionar*, que la Academia no admitió hasta la 13ª edición, de 1899. Si se formó *sugestionar* sobre *sugestión*, es porque *sugerir* no bastaba para las necesidades expresivas de la lengua. Pero desde entonces el equilibrio entre *sugerir* y *sugestión* está roto: *sugestión* se siente en relación con *sugestionar* y no con *sugerir*. La lengua es un sistema complejo de oposiciones, según la fecunda doctrina de Ferdinand de

Saussure. Un cambio en el sistema (en este caso la creación de *sugestionar*) produce alteraciones consiguientes en el conjunto. El verbo *sugerir* ha quedado sin sustantivo, y por eso se formó *sugerencia*, como tantos otros del castellano: *competencia* sobre *competir*; *adherencia* sobre *adherir*; *existencia* sobre *existir*; etc. Sobre *escoger*, la lengua antigua formó *escogencia*, conservado aún en Venezuela y Colombia. Y sobre *vivir*, la lengua filosófica, para traducir el alemán *Erlebnis*, formó, y está poniendo de moda, *vivencia*.

La lengua procede con cierto equilibrio, y ha constituido la pareja *sugerir-sugerencia* frente a *sugestionar-sugestión*. El latín solo tenía el verbo *suggero* y el sustantivo *suggestio*; el castellano tiene hoy dos verbos y dos sustantivos, con clara diferenciación semántica. ¿No se llama eso enriquecer el idioma, aumentar sus posibilidades expresivas? Además, la misma Academia dice que *sugestión* se toma frecuentemente en mala parte, y lo ejemplifica: “las sugerencias del demonio”. Si a alguien le queremos modestamente sugerir una idea, ¿no parece más cortés llevarle una *sugerencia*, que una *sugestión*? La *sugestión* evoca modernamente el verbo *sugestionar*, y podría caer mal. Hay otros derivados de *sugerir* en castellano: *sugeridor*, *sugerente*, distintos de *sugestivo*, *sugestionable*, *sugestionador*. ¿Por qué no iba a ser legítimo *sugerencia* frente a *sugestión*?

Desde que la ciencia médica ha empezado a utilizar la *sugestión* como recurso terapéutico, y hasta se *sugestiona* en los escenarios de las grandes ciudades para solaz del público, la *sugerencia* ha ganado plena razón de vida. La lengua no es jamás un conjunto rígido de signos catalogados en un Diccionario o en una Gramática. Es, por el contrario, un sistema vivo, abierto, con posibilidades infinitas. El hablante, en el acto de hablar, está recreando su lengua, y procede de acuerdo con el juego interno de las fuerzas expresivas. Cada palabra se enriquece así continuamente con sus acepciones metafóricas, y el sistema se acrecienta por derivación. Si unas formas se desgastan y mueren, otras surgen

con ímpetu vital y se imponen. Es la ley de la vida, y ante ella hay que inclinarse con respeto.

Claro que no toda acepción nueva o derivación nueva es admisible. También la hojarasca y la hierba malsana o parásita responden a una ley de vida. Debe haber, claro está, un criterio de selección. Pero es la cultura, el gusto selectivo de escritores y artistas el que puede decidir qué es lo bueno y qué es lo malo.

¿Médica o médico?

Se encuentra actualmente cierta resistencia femenina a las designaciones de *médica*, *abogada*, *poetisa*, etc. Las interesadas prefieren que las traten de *médico*, *abogado*, *poeta*. Esa resistencia no es privativa de Venezuela. La hemos notado en la Argentina y en España, y es seguramente de todo el mundo hispánico. ¿Se justifica o no?

En el uso de las formas femeninas hay tres épocas. En la primera, desde los tiempos más remotos de la lengua (la tendencia se manifiesta ya en latín), se van generalizando progresivamente las formas femeninas: *maestra*, *suegra*, *señora* (todavía en el Arcipreste de Hita, *aquesta mi señor*), *infanta* (antiguamente *la infante*), *cliente*, *monja*, etc. El femenino designa muchas veces, como en *la presidenta*, *la generala*, *la teniente*, *la cochera*, etc., a la mujer del presidente, del general, del teniente o del cochero. El título de la mujer era una prolongación del marido.

Viene entonces una segunda época, de feminismo naciente y expansivo. Las mujeres aspiran a una designación propia y diferenciada. La *presidenta*, *la regenta*, etc., ya no son la mujer del presidente o del regente, sino la que preside o que rige. Se imponen así *doctora*, *profesora*, *anfitriona*, *notaria*, *jefa*, *diputada*, *ministra*, *candidata*, *consejera*, *cirujana*, *jurisconsulta*, *mayordoma* y centenares más (hasta *concejala*, *consulesa*, *choferesa*, etc.), a medida que la mujer va penetrando en nuevos campos de la actividad social, reservados antes al hombre. La función creó el órgano expresivo. No faltaron gramáticos conservadores y huraños que regatearon la legitimidad de esos títulos. Pero el feminismo gramatical se impuso.

Ahora viene una tercera época. Al generalizarse la forma femenina cundió en algunos casos el descrédito. Un ejemplo claro y ya viejo es el de *bachillera*, simple femenino de *bachiller*, que pronto se hizo sinónimo de mujer pedante y charlatana: “¡No seas bachillera!”. Es natural que una alumna graduada en el Liceo Andrés Bello prefiera que la traten de *bachiller*. Algo análogo está pasando en los últimos tiempos con los títulos de *abogada*, *médica*, *ingeniera*, y sobre todo con el excelso de *poetisa* (formado como *sacerdotisa*, etc.). La superproducción los está desvalorizando un poco. Unamuno, para burlarse de ciertos poetas, los llamó *poetisas*. ¿No es explicable que las poetisas prefieran hoy que las llamen *poetas*? “Safó no era poetisa; era poeta” —nos dice con cierto énfasis una ilustre amiga. Si yo digo: “Safó es la poetisa más tierna del mundo”, la comparo con las otras poetisas. Pero claro que la afirmación tendrá otro valor si digo: “Es el poeta más tierno del mundo.”

La tendencia a emplear la forma masculina no es tan nueva. Ya la condesa de Pardo Bazán ponía junto a su firma: “Catedrático de Literatura contemporánea en la Universidad de Madrid.” Una serie de casos presentan además cierta resistencia a la flexión. Por ejemplo, los sustantivos terminados en e o en consonante mantienen muchas veces su forma: *la consorte*, *la intérprete*, *la adolescente*, *la estudiante*, *la paciente*, *la juez*, etc. En esta resistencia de la forma se ha apoyado además cierta reacción purista o seudopurista contra la flexión de algunos nombres: *la sirvienta*, *la pariente*, *la jefe*, *la aprendiz*, etc. Pero los sustantivos en -o no ofrecen esa resistencia, salvo en casos excepcionales: *miembro*, por ejemplo, o términos jurídicos como *testigo* o *reo*, o voces recientes como *soprano* o *modelo*. ¿Será entonces una incorrección el uso de *la abogado*, *la médico*, *una poeta*? En defensa de estas formas se alegó al principio el hábito del francés, enemigo en estos casos de la flexión (*poétesse* es peyorativo). Pero la razón primordial es sin duda de otro orden. Es natural que el uso de un título o de un tratamiento esté condicionado por la

valoración social. La forma del masculino conserva mayor prestigio. En la gramática castellana el masculino tiene el privilegio de ser el portavoz de la especie. Cuando decimos, con optimismo y poca modestia, que “el hombre es un ser racional”, es indudable que incluimos también a la mujer. La nueva aspiración de la mujer a usar el título masculino representa, pues, un derecho, que no puede negársele. Entre otras razones, porque no se le puede negar ningún derecho.

¿Su papá o su padre?

Entramos en materia delicada, y tenemos que pedir perdón y atención tolerante. En Venezuela, como en otros países hispanoamericanos, se considera mal, y hasta ofensivo, el uso tan general en castellano:

—Dígale a su madre...

Hay que decir *su mamá*. Y por extensión se ha dejado de usar también *su padre*, y se dice *su papá*. Estamos ante un hecho importante del lenguaje y conviene analizarlo con la mayor seriedad.

Papá y *mamá* se usan en castellano desde el siglo XVIII: los Borbones los trajeron de Francia. Antes se usaban *pápa* y *máma*, que se conservan aún en los campos de Venezuela. Y también *tata* o *taita*. Todas estas formas pertenecen al lenguaje infantil. Son la repetición de una sílaba explosiva, recurso elemental de comunicación. El niño llama a sus padres por ese medio: ¡*Mamá!*, ¡*Papá!*. Del uso vocativo han pasado a veces al narrativo: “Dice mi papá”, “Dice mi mamá”, etc. Y en formas afectivas, *mi papaíto* o *mi mamaíta*. Por influencia del cine norteamericano y argentino están entrando además *papi* y *mami*. Pero todas estas formas dan a la expresión cierto aire infantil. Una persona madura usa en castellano: “*Mi padre*”, “*mi madre*”. Un señor de cincuenta años que dice *mi papá*, *mi mamá*, da la impresión de añinado. Pero en Venezuela no. Un alumno de Liceo dice la lección de Historia antigua: “La mamá de Nerón...” El profesor, que casualmente es español, se sorprende o se escandaliza. Nerón era una persona ya mayor, y hay que decir: “La madre de Nerón...” Sin embargo, en Venezuela se dice así, y solo así. ¿Por qué?

La explicación es de índole delicada, pero hay que afrontarla. Si digo *mi padre o mi madre* casi nadie se sorprenderá, aunque pensará sin duda que soy extranjero. Pero si digo *su padre o su madre* provocaré en seguida una reacción. Aun al leerlo, el venezolano sentirá un impulso inconsciente de réplica. ¡Si en los cursos de bachillerato es un problema mencionar el nombre de la isla de Sumatra, porque el estudiante replica infaliblemente: ¡*La sutra!* Y ahí está el quid de la cuestión. Los viejos términos de *padre* y *madre*, que resumen varios miles de años de historia lingüística y familiar, están en peligro en el habla popular de Venezuela. Por tabú, porque se han generalizado en usos groseros y obscenos. Y conozco casos en que expresiones de estas, dichas con la más absoluta inocencia han ocasionado graves rencillas entre familias venezolanas y españolas. Eugenio Imaz, el gran amigo desaparecido, a quien le había pasado algo de eso, me decía con esa vehemencia y esa mímica suyas que le salían del alma:

— ¡Cómo es posible que *su madre* pueda ser ofensivo en ninguna parte!

En cuestiones de lenguaje no hay más remedio que curarse de espanto. Todo es posible. El hombre usa una expresión con toda llaneza a través de las generaciones. De pronto una interferencia, una posibilidad de sonrisa suspicaz, de interpretación maliciosa, de juego mal intencionado, pone la palabra en entredicho. Un verbo usadísimo es tabú en la Argentina. Otro lo es en Venezuela, y se sustituye por *botar* (“prohibido botar basura”) o por *jalar* (*jalar* el vestido o los cabellos). En México y Guatemala *blanquillos*, en Venezuela *ñemas*, tienden a sustituir el nombre tradicional. El hecho es de lingüística general, y podría probarse con una serie de voces de la lengua castellana. Y me abstengo de acumular ejemplos para que las letras negras del libro no se conviertan en coloradas.

Américo Castro, en una obra extraordinaria, *La realidad histórica de España* (*España en su historia*, en la edición anterior), estudia la tradición islámica en la vida y las costumbres españolas. Una serie de cortesías se

remontan al árabe. Entre ellas el *está a la orden*, fórmula ritual venezolana. O el ofrecer la casa: “Está usted en su casa”. Pero también una serie de maldiciones, entre ellas la procaz alusión a la madre, tan genialmente hispánica.

El castellano es una de las lenguas más impúdicas, pero en el habla popular y vulgar. En cambio quizá sea la lengua más pudorosa del mundo en el trato social y en la expresión pública. En Hispanoamérica cae fácilmente en la pudibundez. Hay una sensibilidad muy afinada, casi hipersensibilidad, para todo lo que pueda ser doble intención o intención maliciosa. El que habla está pendiente del interlocutor, porque las palabras se tiñen con la intención del oyente y no se sabe hasta dónde pueden llegar. A esa hipersensibilidad se debe el tabú de *madre* en Venezuela.

¿Habrà que renunciar a decir *su madre*, *su padre*? Usarlas a la manera castellana parece atrevido, y puede caer mal. Usar *su mamá*, *su papá* —como leemos aún en notas de pésame de instituciones oficiales y privadas— parece un poco infantil. Decir *su señora madre*, *su señor padre* es sin duda afectado. ¿Qué hacer entonces? Buscar la línea del equilibrio.

La línea del equilibrio puede ser la siguiente. Usar las expresiones a la manera castellana en la lengua escrita. Generalizar el uso oral de casos como *mi padre*, *mi madre*, *su padre*, que nunca chocan. Reservar *su señora madre* o *su mamá* para los casos inevitables. Y tratar, por la obra de la escuela, de afinar y elevar la lengua familiar y popular. A Arturo Uslar Pietri le llamaba la atención, al regresar de los Estados Unidos, la “lengua sucia” de la gente. Limpiar la lengua es sin duda una manera de darle a la madre el puesto de honor que le corresponde en la expresión castellana.

¿Devolverse, revolverse o volverse?

¿Cuál de las tres maneras es mejor: Fulano *se devolvió* para su casa, *se revolvió* para su casa o *se volvió* para su casa? El habla popular de Venezuela prefiere la primera, que se encuentra además en el uso periodístico y aun en buenos autores: en *Peonía* de Romero García, en *Tierra nuestra* de Samuel Darío Maldonado, en *Dámaso Velásquez* y *Puros hombres* de Antonio Arráiz. Ya lo usaba Bolívar, en carta a Santander, el 25 de junio de 1820:

Urdaneta confirma el regreso de la columna de La Torre que iba para Maracaibo. Parece que se ha devuelto porque supo la derrota de los compañeros en Laguna Salada.

Se da también en Colombia, México, América Central, Puerto Rico, Santo Domingo y Chile. Se ha criticado mucho, en todas partes, porque ese *devolverse* no implica un acto de devolución a ningún poseedor.

El segundo uso, *revolverse*, es popular en los Andes en la forma *regolverse*. Gonzalo Picón Febres lo documenta: “Del Alto de la Cruz me *regolví*, porque la noche estaba muy oscura y me dio miedo. Rómulo Gallegos lo pone además en boca de uno de sus personajes de *Pobre Negro*: “¿No será mejor que me *reguelva*?” Y aun en boca de Balbino Paiba, el taimado mayordomo de *Doña Bárbara*: Del camino me *revolví* a esperar que él me llame a rendirle cuentas. Algún purista ha defendido este *revolverse*, amparado en que lo trae el Diccionario de la Academia, como acepción octava: ‘Volver a andar lo andado.’ Y Rómulo Gallegos le da su consagración al usarlo, no ya en el diálogo, sino en su propia

prosa, en casi todas sus obras. En *La Trepadora*, por ejemplo, Hilario Guanipa espera emboscado, con muy malas intenciones, al pretendiente de su hija, y dice el autor:

Allí le saldría de repente a Nicolás del Casal; cerrándole el paso, le intimaría que se revoliera, y a la primera palabra de protesta le cruzaría la cara de un chaparrazo.

Y en *Canaima*, en una de las escenas más hermosas de toda la obra de Rómulo Gallegos. Marcos Vargas, en plena tempestad, en la selva, vacila entre la temeridad de quedarse o la aparente prudencia del regreso, y el dilema shakespeariano se le presenta en la siguiente alternativa: “¿Revolverse? ¿Esperar?”

Fuera de Venezuela se encuentra este *revolverse* en Chile, donde Román dice que lo emplea la parte más indocta del pueblo. Y en algunas regiones de México, al menos en Zacatecas, según Ramos y Duarte: “Llegué al paseo y me revolví.” Los diccionarios españoles ejemplifican este uso con un pasaje del P. Mariana sobre el río Tajo: “corre hacia la parte de poniente, mas revuelve algún tanto hacia el mediodía”. Y Román lo encuentra en la *Crónica del Gran Capitán*, en la *Vida de Santa Teresa* de Julián de Ávila y en el *Purén indómito* de Álvarez de Toledo. Es sin duda una extensión de otro uso, que sí tiene gran tradición: volver la cara al enemigo para atacarlo. Y así lo usa López de Gómara: “revolvieron sobre él”. Pero nunca hemos oído en España ese *revolverse*, y aunque no puede afirmarse que no exista, es al menos insólito o regional. A pesar de la venia académica, nos parece menos extendido que *devolverse*. Y nos gusta menos, sin duda porque es ambiguo y se presta a confusión.

El uso tradicional español, general en toda la literatura y en casi todas las regiones hispánicas, es *volverse*. En la época clásica *volver* se usaba además con el valor de restituir, que hoy se reserva para *devolver*. Ejemplifiquémoslo con un pasaje del *Quijote* en que alternan los dos valores.

En la famosa venta que el caballero cree castillo, ha quedado abandonada una maleta. El cura encuentra en ella el manuscrito de la novela del curioso impertinente, y quiere leerla. El ventero le dice (I, cap. XXXII):

—Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que a algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela a quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles; que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, a fe que se los he de volver; que, aunque ventero, todavía soy cristiano.

En aquella época *devolver* solo se empleaba en el lenguaje jurídico: *devolver* la causa al juez inferior. Si Cervantes usaba *volver* con el doble valor de regresar y restituir, ¿no es explicable que hoy se use *devolver* con esos dos valores en Venezuela y gran parte del mundo hispánico? La palabra jurídica, al penetrar en la lengua general, se ha extendido, con la vitalidad expansiva de lo nuevo, a los dos usos. Y con ese doble valor lo usa un poeta español del siglo XIX, Luis Ramírez, en su canto a María, la del Evangelio:

En apacible y sosegado vuelo
el bello arcángel se devuelve al cielo.

El uso venezolano tiende, pues, a restablecer la unidad de las dos significaciones que en la lengua clásica estaba en *volver*, que en latín estaba en *reddere* y en francés en *rendre*. Pero si la lengua, por necesidades expresivas, ha creado la diferenciación entre *volver* y *devolver*, ¿no será mejor mantenerla? Es curioso que otro derivado de *volver*, a través del participio *vuelto*, tenga también en Venezuela un valor divergente. Mientras en España y en Hispanoamérica en general se dice *volvió los ojos* o *volvió la cabeza*, aquí *se voltean los ojos*, *se voltea la cabeza* y hasta *se voltea la esquina*. Y no hablemos de otros usos de *voltear*, menos canónicos.

Como se ve, la lengua está en constante actividad creadora. Volver, *devolver*, *revolver*, *voltear*, que tienen origen común, tienden a repartirse diferenciadamente un mundo complejo de significaciones. El habla popular los ha separado, y de pronto aquí o allí los vuelve a reunir, y cambia el juego de valores, como cambian las posibilidades de cada pieza —según el símil hermoso de Ferdinand de Saussure— en los distintos momentos de una partida de ajedrez.

¿Exigir o rogar?

El hablante de cualquier país hispánico se sorprende ante el uso venezolano de *exigir*, *exigencia*. Y no es raro que antes de habituarse a él haya sufrido alguna reacción o disgusto. Porque *exigir* es demandar con instancia o apremio, o pedir algo en virtud de un derecho real o presunto, o por autoridad, y *exigencia* es la acción de pedir imperativamente, o una pretensión caprichosa o desmedida. Pero no en Venezuela, donde se *exige* en el tono más cordial y afectuoso, y donde una *exigencia* es un simple ruego.

Un alumno del Instituto Pedagógico le dice a su profesor, que es español:

—Le exijo que me repita esa explicación.

Y él, un poco amoscado, le contesta:

—Podrá usted pedírmelo por favor, y lo haré con mucho gusto. Pero si me lo exige, le voy a exigir que se retire de la clase.

Y hasta hemos oído, no siempre con gusto:

—Le exijo que me preste cien bolívars.

No hay más remedio que habituarse a tanta *exigencia*, que se da en todas las clases sociales. En notas oficiales es frecuente: “Me dirijo a usted para *exigirle* que tenga la bondad...” En un cartel de la policía de Caracas leemos: “Se *exige* hacer silencio.” Pero realmente ahí no sabemos si nos lo ruegan o nos lo exigen. En *La Trepadora*, de Rómulo Gallegos, conversan Eleonora y Adelaida, dos primas que se quieren entrañablemente:

—Será el último favor que te exijo...

—¿Por qué insistes en que será la última exigencia?

Preguntamos por qué no se usa en esos casos *rogar* o *pedir*, y nos contestan que pedir y rogar son humillantes. El padre *exige* al maestro que permita a su hijo faltar a la escuela. Se *exigen* favores. Los alumnos *exigen* que les permitan salir un momento del salón. Pero el vencido *pide cacao* o clemencia, o pide perdón (alguien nos dice que un hombre *pide excusa*, que ningún hombre pide perdón). Y se pide o se ruega a Dios. Y, desde luego, los pordioseros piden limosna. Sin embargo, oímos a un viejecito mendigando en una calle de Caracas:

—Me han operado. Es la primera vez que exijo.

Nos encontramos, pues, con un reflejo lingüístico de la hombría o de la arrogancia, dos rasgos tan típicamente hispánicos, que en Venezuela han llegado a extremos dramáticos. Es el sentido igualitario del venezolano, señalado repetidamente. Pedir un favor, rogar, parece enajenar la voluntad, parece femenino. El favor se reclama —o se reclamó al nacer ese uso— como un derecho. Porque el venezolano, como continuador de los viejos comuneros, no reconoce jerarquías:

Sobre la tierra, la palma;
sobre la palma, los cielos;
sobre mi caballo, yo;
y sobre yo, mi sombrero.

De España conocemos la siguiente variante, indudablemente más pobre:

En el cielo manda Dios;
en el lugar, el alcalde;
en la iglesia, el señor cura,
y a mí no me manda nadie.

Pero ¿cuándo nació ese *exigir* venezolano? ¿Será un producto de las luchas políticas y civiles del siglo XIX? El general Páez lo usa repetidas veces (también *exigencia*) en su *Autobiografía* de 1869, sobre todo al relatar su llegada a los Estados Unidos. Filadelfia se extremó en los agasajos:

Las autoridades y muchos ciudadanos de respetabilidad me exigieron con encarecimiento que me detuviese siquiera dos días en la ciudad, mientras se preparaban para hacerme una demostración pública.

También lo usaba González Guinán, en su *Historia*, de 1909; y luego, en 1911, Urbaneja Achelpohl, en un relato de guerra:

Un viejo veterano, atravesado por las piernas, nos exigió quemadamente sacáramos de allí a dos camaradas que agonizaban.

El *quedamente* explica muy bien el tono de la *exigencia*. Pero nos parece que el *exigir* venezolano viene de más lejos, y se remonta, como casi todo lo venezolano, al período colonial. Tenemos el testimonio, importante, de Andrés Bello. En 1833, en Santiago de Chile, empezó a publicar unas *Advertencias sobre el uso de la lengua castellana*. Y al rechazar el verbo *prevenir* para dirigirse a personas a quienes se debe tratar con respeto, agregaba, de paso:

Tampoco admite este uso el verbo *exigir*, cuando se habla de inferior a superior, aunque lo que se pida sea de obligación perfecta.

Como no hemos encontrado el menor indicio de este uso en Chile, nos parece indudable que Bello aludía al de su tierra, que recordaba seguramente de la época de su juventud o del trato con sus compatriotas. Y, sin embargo, es posible que ese uso haya tenido más extensión que hoy. Aunque no lo hemos oído nunca en la Argentina, debe de ser rústico, pues se encuentra en *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. Un paisano cuenta que arreaba una vez unas vacas chúcaras cuando se le atravesó una señora a salvar unos patitos:

- Hágase a un lao, señora —le grité.
—¿Que me haga a un lao?
—Sí, señora, se lo desijo como un servicio.

Además, en algunos diccionarios españoles (Serrano, Pagés, el Enciclopédico Hispanoamericano y el Espasa), y aun en alguno portugués, encontramos la significación de ‘rogar encarecidamente, pedir o suplicar a uno con mucha insistencia que haga alguna cosa’. Corominas, en su *Diccionario crítico etimológico*, afirma: “El bajo pueblo atenúa su significado hasta hacerlo sinónimo de *pedir* o *suplicar*”. No sabemos en qué partes de España lo habrá oído (no creemos que sea tan general), pero es indudable que existe. En ninguna región tiene, sin embargo, la amplitud y profundidad del uso venezolano.

Exigir es un latinismo que penetra en castellano en el siglo XVII, sin duda a través del francés. Inicialmente era percibir tributos o rentas, y *exigencia* la cobranza de esos tributos. Pero en el siglo XVIII, por influencia del francés, se fueron generalizando otros valores: “La razón lo exige; las circunstancias lo exigen; la amistad lo exige; la lealtad lo exige”. O bien; “exigencias de la política”, “exigencias del honor”, etc. Y aun se empieza a ser *exigente*. Baralt rechazaba todavía algunos de ellos, pero aún más, con fanática indignación, el padre Mir, que consideraba inútiles, bárbaros y livianos esos usos “de la galiparla”. Con todo lo inútiles, bárbaros y livianos, se han impuesto en la mejor prosa castellana. Y sin duda a favor de esos usos nuevos y expansivos, se produjo en España, y de ahí en varias partes de América, la atenuación de significado. La profundidad y arraigo del uso venezolano se explica quizá por coincidir con uno de los rasgos más ostensibles del carácter nacional.

Si ese *exigir* es tan general, si tiene raíces tan hondas, ¿habrá que considerarlo como un hecho lingüístico consumado? Nos parece admisible en el habla familiar, que tiene sus fueros y cuyo peligro mayor no es ser

incorrecta, sino volverse afectada, convencional y descolorida. Pero en las notas oficiales, en los expedientes jurídicos y en el trato entre alumnos y profesores, preferirnos el uso hispánico general de *pedir* o *rogar*.

Pero además, ¿es realmente humillante pedir o rogar? ¿Es incompatible con la hombría o con el orgullo? Claro que es más agradable dar que pedir. Pero para que el dar mismo no sea un acto de soberbia, sino de humana simpatía y comprensión, hay que saber pedir. Porque lo más rico de la vida no es el juego de derechos y deberes, sino de deseos y complacencias.

Entrépito

He aquí una voz típica de Venezuela que ha dado mucho que decir. Para Julio Calcaño “es vulgaridad que solo usa la gente de capa parda y de la hampa”. Y sin embargo lo hemos oído a gente fina y culta. Tiene valor de entremetido (o entrometido), atrevido, insolente, audaz, intruso o importuno: “¡No sea entrépito!”, “Fulano es un entrépito”, “Eso te pasa por entrépito, por meterte donde no te llaman”, “¡Tan entrépito que es ese tercio!”. Y se encuentra hasta en la delicada prosa de *Ifigenia*. La negra Gregoria, tan discreta, le dice a María Eugenia:

Gregoria observa y se calla, y se lo traga todo para que no le digan entrépita, ni parejera, ni falta de respeto.

En *Peonía* de Romero García, Carlos se acerca compasivo a Carmelita, que acaba de recibir un tremendo puñetazo de su padre. Ella lo rechaza:

—No sea usted entrépito; no se meta en lo que no le importa.

Y en *Cantaclaro* de Rómulo Gallegos, el negro Juan Parao, que se ha aprendido de memoria largas tiradas de la *Iliada*, le explica a Florentino los misterios de aparecidos y de duendes:

—Eso es lo mismo que esos dioses y diosas de antes, que como se la pasaban ociosos en sus olimpos, siempre estaban buscando meterse de entrépitos en las cosas de los mortales. A veces pa jeringarles la paciencia y echarles a perder sus planes de batalla; pero a veces también pa ayudarles a salir de los atolladeros... Y ansina mismo ocurre con los encantos de la sabana.

La palabra se da, con mayor o menor arraigo, en todo el país. Y aun se oye *entrepitear* (“Déjese de estar *entrepiteando*”), *entrepitud* (“Es demasiada entrepitud la suya”) y *entrepitura*, que usa una mujer, una de las figuras más nobles de mujer que haya salido de la pluma de Rómulo Gallegos. Dice Luisana, en *Pobre Negro*, al hablar con Pedro Miguel:

—Me ha contao tío Cecilio que una tarde le manifestaste tu disgusto o tus escrúpulos a propósito de mis entrepitoras en los asuntos de la hacienda.

No es de ningún modo palabra desvergonzada o grosera. Y sin embargo a veces se disimula, por la afición venezolana al lenguaje figurado (es decir, no se dice perro, pero se enseña el tramojo):

Entre... pitos y tambores
nunca falta una corneta;
en mi casa tengo un perro
que se llama Nosemeta.

¿Y de dónde viene ese *entrépito*, tan combatido por un lado y tan usado por el otro? Indudablemente de *intrépido*, que en el siglo XVIII se usó en España no solo con el valor clásico y latino de osado y valiente, sino con el de atrevido o insolente en los actos o en las palabras. Este último valor lo encontramos en las *Cartas familiares* y en el *Fray Gerundio de Campazas* del Padre Isla. El Cojo de Villaornate —un modelo de pedagogo de la época— está dando una lección de fonética a sus alumnos (libro I, cap. VI). Y dice el maestro:

—Las vocales son cinco... Llámense vocales porque se pronuncian con la boca.

—Pues acaso las otras, señor maestro —le interrumpió Gerundio con su natural viveza— ¿se pronuncian con el cu...? —y díjolo por entero.

El Cojo se corrió un poco; pero tomándolo a gracia, se contentó con ponerse un poco serio, diciéndole:

—No seas intrépido, y déjame acabar lo que iba a decir.

El P. Isla, nada remilgado en materia de lenguaje, usa también *intrepidez* con ese mismo valor (“Gerundillo, con su acostumbrada *intrepidez*, luego comenzó a hacer la prueba y a gritar o, o, o”). Es evidente que el *intrépido* del Cojo de Villaornate es el mismo *entrépito* de Venezuela. En varias regiones del país se dice también *intrépito* y la alternancia de los prefijos *en-* *in-* es frecuente en muchas palabras, aun en la lengua general: *enjertar-injertar*, *encensario-incensario*, *encubar-incubar*, *envernar-invernar*, *investidura-investidura*, etc. (algunas de ellas ya anticuadas). Y en Venezuela, como en todas las regiones hispánicas, hay una serie de casos de *en-* por *in-* en el habla rústica: *endividuo*, *entestinos*, *endispuesto*, *endiferencia*, *envitar*, etc. Aun en el caso de la palabra que nos ocupa, se dice *entrépido* por *intrépido* en Guatemala. El único problema lo presenta la terminación *-to* por *-do*. Puede haber influido la *t* de *entremetido*, pero más bien parece que la palabra se ha sentido atraída por el fonetismo de otras esdrújulas terminadas en *-ito*: *estrépito*, *pálpito*, *púlpito*, *súbito*, *lícito*, *tácito*, *explícito*, *solícito*, *beneplácito*, *empréstito*, etc. Y quizá por razones análogas se explique que un cultismo como *súbito* se haya hecho en la lengua antigua *súpito*, que se conserva todavía hoy en muchas regiones hispánicas, entre ellas, en nuestra región andina: *Quedar súpito* es ponerse lívido por una sorpresa, y hasta morir se repentinamente. En *súpito* se ha ensordecido la *b*; en *entrépito*, la *d*.

Palabras como *intrépido* (también *atrevido*, *osado*, *temerario*, *audaz*) son siempre ambivalentes, tienen dos caras. Una de ellas —la cara simpática— muestra el valor, el denuedo, el arrojo, la decisión. La otra —la odiosa—, la impertinencia o la insolencia. Y a veces sucede que la cara odiosa es la que domina o la que subsiste, como míster Hide termina

por tragarse poco a poco al doctor Jekyll. *Entrépito* o *intrépito*, formado sobre *intrépido*, representa la decadencia de la intrepidez, su conversión o degradación en entremetimiento o *entrepitura*. De manera análoga, *temerario* se ha vuelto ‘desconsiderado’ en Maracaibo y Barquisimeto: un padre es a veces *temerario* con sus hijos; los deudores suelen ser casi siempre *temerarios*. También las palabras tienen su grandeza y su miseria. Es indudable que para la intrepidez el tiempo pasado fue mejor.

¿Drenaje o avenamiento?

Muchos se sorprenderán de saber que *drenaje* no figura en el Diccionario de la Academia. Los puristas lo consideran un galicismo infame, y sostienen que hay que usar en su lugar *avenamiento*, que sí está en el Diccionario. Entre este *avenamiento* de los puristas y el *drenaje* de ingenieros, de médicos y de todo el mundo culto, ¿se podrá dudar?

Pero los puristas son los puristas. Hasta uno tan republicano como don Niceto Alcalá Zamora, en sus adiciones al *Diccionario de galicismos* de Baralt, proponía *avenamiento*, *desagüe*, *encañado*, *derrame*, y agregaba: “Sobran por tanto palabras españolas para este galicismo de origen técnico”. Y quizás ahí esté precisamente lo malo: que sobran. El lenguaje técnico busca por un lado la precisión, y por otro cierta unidad internacional. Si el francés usa *drainage*, el inglés *drainage*, el italiano *drenaggio*, si la palabra se usa hasta en alemán y en ruso (es francesa, pero formada sobre el inglés *to drain*, secar, desecar), ¿no es natural que en castellano se diga *drenaje*? Hemos consultado a infinitas personas cultas, y ninguna conocía ni había oído jamás la palabra *avenamiento*, que es por lo demás una creación moderna —del siglo XVIII— sobre *vena*, con el valor de ‘conducto de agua’. Pero además, si *avenamiento* se puede aplicar a la salida de aguas muertas, parece en cambio muy impropio como término de cirugía. Y decir *desagüe de una herida* tampoco es mejor. Úsese, pues, en hora buena el *drenaje* de la terminología internacional, que la Academia no tardará en aceptarlo. Ya a mediados del siglo XIX lo empleaba un escritor español, Alejandro Oliván, académico

por añadidura. Ramón y Cajal, que lo combatía, con violencia purista, en *El mundo a los ochenta años*, agregaba: “A menudo censurado, pero siempre retoñante”.

Si una palabra no se pudiera usar hasta que la adoptase la Academia, esta no tendría por qué renovar cada diez o quince años su Diccionario. Estaríamos todavía fijando la lengua con la primera edición, que es de 1726-1739. Pero la Academia ha sido tan tornadiza, que ha publicado ya diez y ocho ediciones además de esa. Renovarse es vivir, también para la Academia, aunque no siempre para los academicistas.

El Diccionario de la Academia es una obra curiosa. Abramos al azar una página cualquiera. ¡Ya está! la 903. Encontramos las siguientes voces que nunca hemos visto usadas: *mueso*, *muévedo*, *mufla*, *muflir*, *muga*, *mugar*, *múgil* o *mújol*, *muir*, *mujada*, *mujalata*. Es decir, once en un total de veintinueve. Una tercera parte es materia muerta o semimuerta. ¿Repetimos la experiencia? Bueno, la página 687. Pues encontramos 26 voces muertas o desconocidas para nosotros en un total de 54. En gran parte el Diccionario de la Academia, y en rigor cualquier diccionario, es un cementerio de palabras. Y por otro lado, muchas comunísimas y generales se han encontrado con una violenta barrera. Acaba de aceptar, en la edición de 1956, *garaje* (antes había que usar *cochera*) y consagra el empleo de *tráfico* (para el tránsito de vehículos) y la acepción galicista de *meticuloso* (nimiamente puntual, escrupuloso, concienzudo) junto a la latina de medroso. Hoy admite *apoteósico* (quería imponer *apoteótico*) y acepta *simbolismo*, *cromosoma*, *catarsis*, *libido* (es disparatada la acentuación esdrújula, tan frecuente) y *complejo* (en la flamante acepción psicoanalítica). Pero no *filogenia* (por lo visto no quiere dar entrada al evolucionismo, pues sí admite *ontogenia*) ni *psicotecnia* ni *existencialismo*. Aun no admite *Finanzas*, de la terminología internacional (sí lo trae en la acepción anticuada de fianza), aunque se vio precisada a admitir *financiero* y ahora además *financiar*. No nos quejemos. Es mucho más

comprensiva que muchos academicistas. Ha aceptado *masas*, a pesar de la violenta oposición de algunos autores, que proponían en su lugar una retahíla de voces castizas: *pueblo*, *plebe*, *público*, *generalidad*, *vulgo*, *turba* y *turbamulta*. Y también *utopía* o *utopia*, a la que el P. Mir, uno de los defensores más empedernidos de la pureza de la lengua, había declarado la guerra: “O conserva su propio sentido sin salir de compás, o arránquese de cuajo y devuélvase a los ingleses que nos la dieron prestada, después de arrebatarla a los griegos artificiosamente”. Y eso que *utopía* designa una de las vertientes eternas y más nobles del pensamiento humano.

Ya se ve que la lengua es un reflejo de la cultura, y que sin inmovilizar la cultura no se logrará mantener intangible e inmóvil la lengua. Hoy ya nadie se aflige por los galicismos, pero casi todos empiezan a alarmarse por los anglicismos. ¿Estará realmente en peligro la lengua castellana en Venezuela por el aluvión de voces extranjeras que inundan la prosa de los periódicos y la lengua de los deportes, de los negocios, etc.? No lo sabemos. Pero si acaso está en peligro la lengua, será porque lo está la personalidad nacional. Las voces extrañas no son un mal (una lengua con vitalidad, como la inglesa, las absorbe y se enriquece con ellas), sino un síntoma o un barómetro. Los puristas recurren a un remedio heroico: romper el barómetro. El problema hay que afrontarlo con más valor y hondura. La única solución progresiva es elevar el nivel intelectual del país, reforzar su propia vitalidad, estimular sus fuerzas creadoras. Durante varios siglos la lengua castellana ha dado voces al francés, al inglés, al italiano. Hoy tiene que recibir las. Las voces extranjeras de las lenguas son reflejo del prestigio o del poder expansivo de las culturas.

Cargar

Es sorprendente la multiplicidad de usos que tiene *cargar* en Venezuela, y también en Colombia y Centroamérica. Se explica que uno *cargue* revólver o pistola, pero parece extraño *cargar* pulsera, collar o anteojos, *cargar* un amuleto o una condecoración. Rufino José Cuervo lo consideraba una vulgaridad. ¿Lo será realmente? Dice una canta marinera, recogida por Olivares Figueroa:

Cante, cante, compañero,
no tenga miedo de naide,
que en la copa del sombrero
cargo la Virgen del Carmen.

Y si se *cargan* vestidos, joyas y reliquias, no es extraño el dicho, tan sabio: “Jefe es jefe, aunque *cargue* cochochos.” Pero se llega a mucho más. Un amigo español se asombraba de que en la calle le preguntaran de pronto: “¿Carga hora?” Y aun dice un galerón andino:

Lo que miraron mis ojos
lo cargo en el pensamiento,
aunque vengán contra mí
mar y cielo, tierra y viento.

Y hasta se *carga* una mona (o una *rasca*). Y aun hemos oído, con asombro al principio:

— ¡Cargo un dolorón de cabeza!

Se puede *cargar* una sonrisa “glamorosa”, una risa loca o una furia frenética. Y después de eso, realmente es natural que se *carguen* los niños:

Cuando yo estaba chiquito
me cargaban en los brazos,
y ahora como estoy grande,
me cargan a toletazos.

“¡Cárgame!” —dice una criatura que quiere que la lleven en brazos. Y de ahí que la niñera se llame en todo el país *la cargadora*. *Cargar* es su función epónima (en cambio *cargador* es el mozo de cuerda en México, Guatemala, Puerto Rico, el Perú y muchas partes de España). Y no nos detenemos en usos de otro orden: “No carga preso amarrao” (no se para en contemplaciones), “Me dio una carga” (un regaño), “Esta vaca está cargada” (preñada), etc.

El latín tenía *levare* y *portare*, de donde el español *llevar*, *levantar* y *portar*. Pero el latín vulgar formó además, sobre *carrus*, carro, el verbo *carricare*, cargar. El verbo *cargar* era, pues, en su origen colocar pesos grandes en un carro y trasladarlos (claro que el *carro* latino, de origen céltico, era muy distinto del nuestro, que procede del *car* norteamericano). Pero poco a poco se desvaneció el sentimiento etimológico (la relación con *carro*), y se cargó en barco, en caballo, en mula, etc. Aún más: se llegó a cargar en las espaldas o en los hombros. El hombre ha hecho muchas veces de *burro de carga*, sobre todo en nuestra América indígena (recuérdense los *tamemes* mexicanos). *Portar* fue cayendo en olvido (sí se conservó *transportar*), y *cargar* se quedó con casi todos sus usos, y aun con muchos de *llevar*. Tiene a su favor la relación con *carga*, y por lo tanto dice más a la imaginación que *llevar* y se presta para los valores figurados. Por eso se puede decir, y es de la lengua general, que alguien está *cargado* de años, de hijos, de razón, o que tiene los ojos *cargados* de lágrimas. O que los sembrados están *cargados* de langosta. A la

misma tendencia se deben una serie de acepciones, que empezaron siendo metafóricas: *cargar* el cañón o un arma, *cargar* contra el enemigo, etc. Hasta las personas pueden ser *cargantes* o *cargosas* (¡y cuánto!) y le *cargan* a uno. Los usos venezolanos son una prolongación de todos esos valores y se deben a la afición del venezolano por la expresión figurada.

Sin embargo, tienen lejana tradición. En un poema del siglo XIII, el *Libro de Alexandre*, se encuentra ya el *cargar* venezolano. El poeta va a cantar la guerra de Troya. Tres diosas compiten en hermosura: Juno, hermana y esposa de Júpiter; Diana, señora de la noche; Venus, hija de Júpiter, engendrada en las ondas del mar. Venus, para ganar la lid, recurre a afeites y joyas:

Por mostrar que non eran las otras sus parejas,
alcoholó los ojos, tinxós las sobrecejas,
cubriose de colores blancas e de bermejas,
cargó sortijas de oro en amas sus orejas.

Es decir, se ennegreció los ojos con *alcohol* o polvo de antimonio, se tiñó las sobrecejas, se pintó las mejillas de blanco y carmín, y colgó pendientes de oro en ambas orejas. París, juez de aquel reñido concurso de belleza, le dio el galardón.

Aun encontramos *cargada de rencura* (llena de pena o aflicción) en Berceo, en *Los milagros de Nuestra Señora*. Y en nuestros días, y en nuestra América, lo ha usado también un prosista tan exigente como Montalvo, en uno de sus *Siete tratados*, el dedicado a los héroes de la emancipación hispanoamericana. Al hablar del inicuo asesinato de Sucre, “varón rarísimo que supo unir en celestial consorcio las hazañas con las virtudes, el estudio con la guerra, el cariño de sus semejantes con la gloria”, se revuelve contra los asesinos, uno de los cuales había dicho en su defensa: “En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal”. Montalvo rechaza con

indignación ese principio. Ningún gran gobierno ha necesitado jamás la cicuta o el puñal. Solo los César Borgia:

Estos cargan veneno en el anillo, tienen enherboladas las aldrabas, las llaves de los cofres; el vino, las viandas, no bastan para el halago de sus huéspedes y compadres; les estrechan las manos afectuosamente, les ingieren la muerte en el cuerpo como por milagro, y les echan la bendición para la otra vida.

Pero la expresión figurada se desgasta fácilmente y se transforma en lugar común: la materia viva se momifica y hasta se fosiliza en el lenguaje. *Soltero* era el *solitarius* latino; *casado*, el que tenía *casa*; *caballero*, el que iba a *caballo*; *camarada*, el que compartía la *cámara*, y *compañero* el que compartía el *pan*. La evolución lingüística borra el sentido original, que era producto de una creación, y transforma la palabra en signo ciego. Pero por encima del campo de batalla de imágenes muertas, se alzan como luciérnagas las expresiones nuevas. La expresividad huye de la rutina, de la repetición de fórmulas estereotipadas del diccionario o de la gramática. Las palabras son como duendes dormidos, y la poesía las levanta del polvo y las hace revolotear alrededor de nuestras cabezas. El lenguaje del pensamiento, de la acción o del afecto se acerca siempre a la creación poética.

¿Apuro o prisa?

Un venezolano desembarcó en Vigo, y antes de seguir viaje a Madrid quiso afeitarse y entró en una peluquería. El barbero le preguntó:

—¿Lo quiere usted apurado?

—Sí, muy apurado.

El barbero se dedicó a enjabonarle con insistencia la barba (“barba bien enjabonada, medio afeitada”), asentó bien la navaja y se entregó concienzudamente a su tarea. Afeita que te afeita, fue rapando cuidadosamente el bigote, la barbilla, la línea de las patillas, el cuello. Enjabonó otra vez con tesón, y pasó de nuevo la navaja, lentamente, a contrapelo. Y cuando consideró terminada su tarea, volvió a preguntar:

—¿Lo quiere más apurado?

—¡Sí, hombre! ¡Apuradísimo!

El barbero volvió a enjabonar, volvió a asentar la navaja y volvió a pasarla, con virtuosismo profesional, por la piel, ya encendida, del parroquiano.

Creo que el amigo venezolano perdió aquel día el tren, pero por lo menos aprendió que en España *apurado* puede significar extremado, esmerado, escrupuloso. En cambio, en casi toda América (México es una excepción) es ‘apresurado’: *estar apurado* es llevar prisa, y *apurar* es dar prisa a alguien. Y hasta juega con la palabra la copla llanera:

Puerto Rico no es tan rico
como me lo han ponderao,

ni Bajo Seco es tan seco,
ni Apure tan apurao.

Y se usa también *apuro* como prisa, urgencia: “Tengo un apuro loco por llegar a casa.” Y de ahí el refrán muy repetido, que es la voz de la sabiduría eterna: “Del apuro no queda sino el cansancio.”

Ya en Miranda encontramos ese uso (año 1784): “el cochero no se apuraba mucho, y nosotros no instábamos”. Luego, con mucha frecuencia en las cartas de Bolívar. En una dirigida al general Santander, desde San Cristóbal, el 8 de agosto de 1820, le dice:

Lo que más interesa es que nos venga el batallón de Bogotá, muy numeroso y completamente equipado. Debiendo venir aquí sin falta para fines del mes que viene, pero sin apurarlo, para que no se canse del todo.

Esos usos ¿no tienen antecedentes en España? En la *Comedia nueva* de Moratín, de 1792, don Eleuterio Crispín, autor de la pieza que se iba a estrenar, quiere componer una tonadilla, y su amigo don Serapio le objeta:

—¿Conque mañana se ha de cantar, y aún no están hechas ni letra ni música?

—Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura.

Ese *si usted me apura*, que puede oírse aún hoy, no creemos que tenga exactamente el valor americano. Es más bien ‘si usted me apremia, si me insta o me acusa’. Es el que tiene también en *El casamiento por venganza* del P. Isla, citado por Julio Calcaño: “Y la apuraba para que entrase en la cama.” Y es tradicional en España y se encuentra, por ejemplo, en la *Cristiada* de Hojeda, de 1616: “Huye el cordero y el león lo apura.” Y aun en la *Galatea* de Cervantes:

No es amor el que le apura,
sino apetito y locura...
No es fe la fe que no dura.

El Diccionario de la Academia (desde la 13^a. ed. de 1899) lo registra como 7^a. acepción: ‘Fig. Apremiar, dar prisa.’ Pero nos parece que domina en España la idea de instancia o apremio más que la de prisa, y así se explica lo que le pasó una vez a un embajador venezolano en Madrid. Despachó a su criado con un encargo urgente, y le dijo:

—¡Apúrese y no se demore!

El criado se quedó inmóvil, sorprendido. El Embajador repitió, más imperativo:

—¡Que se apure y no se dilate!

El criado seguía extático. El embajador, airado, recurrió a expresiones menos diplomáticas, y entonces, el criado, que no era en verdad un lince, comprendió:

—¡Ah, que me dé prisa y no tarde!

Efectivamente, en España no dirían nunca “¡Apúrese!” Se dice, en cambio, “¡No se apure!”, pero significa ‘no se preocupe’. “Nadie se apura por nadie” puede decirse en España o en América, pero allá significaría que nadie se preocupa o afana por el prójimo, y acá que nadie se da prisa. “Estoy apurado con tanto trabajo” no es lo mismo allá que acá: acá prevalece la idea de prontitud, rapidez. El *apuro* americano puede ser alegre (“He visto a María que iba apurada al baile”), el español es acongojado. “El que se apura se muere” se dice en España. Y nosotros, en cambio, como hemos visto: “Del apuro no queda sino el cansancio.” Pero la distancia entre los dos es ínfima y se pasa insensiblemente del uno al otro.

Apurar tiene rica historia en castellano, y Rufino José Cuervo, en su *Diccionario de construcción y régimen*, ha documentado los usos antiguos y modernos. Cuando se *apura* de un sorbo el cáliz de la amargura

o una copa de licor, ¿se podría pensar que ese *apurar* es un derivado de *puro*? En los usos más antiguos significaba purificar o depurar, literal o metafóricamente: “El bautismo alimpia el cuerpo e apura el alma”, dicen las *Partidas* de Alfonso el Sabio. Y Lupercio Leonardo de Argensola: “Aplicame, tirano, más el fuego, que en él se apura y aquilata el oro.” De ahí se dijo sucesivamente *apurar un negocio* (desenmarañarlo, extremarlo), *apurar la verdad* (depurarla, averiguarla), *apurar las fuentes del saber* (desentrañarlas).

Así se explica la vieja sentencia: “Quien las cosas mucho apura, no tiene vida segura.” Y por eso el Segismundo de *La vida es sueño*, encadenado en su torre, prorrumpe:

Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo.

Y después de *apurar* la verdad o las fuentes del saber, se llegó a *apurar una copa* (llegar hasta el fondo de ella, agotarla), *apurar la paciencia* y *apurar a un hombre* (acosarle, fastidiarle). Y de *apurar* a alguien o estar *apurado* por alguien o por algo (por dineros, sobre todo), ha nacido sin duda el valor que hoy tiene en casi toda América, donde ha sustituido a los tradicionales *dar prisa* o *tener prisa* y donde *apuro* se usa en vez de *prisa*, que ha desaparecido enteramente del uso oral. La vieja pureza se ha trocado así en precipitación. Es el triunfo de los imperativos prácticos. ¿Será porque la vida americana exigía en general más prisa que esmero o escrupulosidad?

¿Más nada o nada más?

Decía un amigo español, como quien comete una infidelidad a su lengua materna:

—Me estoy venezolanizando: Ya digo *más nada*.

Efectivamente, *más nada* es general en toda Venezuela. Hasta se encuentra en un purista como Julio Calcaño: “*Patojo* es afín de patuleco, y es el que tiene los pies hacia dentro, como el pato, y más nada.” Y en una prosista como Teresa de la Parra, que juega con los más sutiles matices de la lengua. María Eugenia, de regreso de Europa después de doce años, de ausencia, ve desde cubierta las luces de Macuto:

Evocaba la fisonomía fina y alargada de tío Pancho. Recordaba cómo antes de marcharse me había cogido en sus brazos. Recordaba cómo luego me había besado muchas veces, y cómo, por fin, sin decir más nada, había vuelto a ponerme en el suelo.

Y también es general *más nadie*, *más ninguno*, *más nunca*. En un cuento de Urbaneja Achelpohl, Rosa, desengañada de su primer amor, dice: “Yo no quiero querer a *más nadie*. Lo que deseo es acabar con esta angustia que me queda.” Y en una de sus novelas, *En este país*, que es casi una buena novela, Paulo Guarimba, en vías de convertirse de peón de hacienda en general, gracias a los avatares de la guerra civil, pregunta a Eustaquio por sus antiguos amos, sobre todo por la amita enferma:

—¿Y qué decían?

—Que en lo que mejoren se iban para Caracas y no volvían *más nunquita*.

En algunas partes del interior, en Trujillo por ejemplo, es frecuente el saludo: “¿Qué hay?” Y se contesta: “Más nadita.” El *más nunca* se encuentra también en *Las lanzas coloradas* de Uslar Pietri. Y el *más nada* y el *más nunca* en la prosa nerviosa y a veces fulgurante de Simón Bolívar. Por ejemplo, en carta dirigida desde Oruro el 25 de septiembre de 1825 al general Salom, que había intercedido repetidamente a favor del general Valero, culpable de insubordinación:

Es tal la influencia que usted tiene sobre mi corazón, que al fin he cedido contra toda mi conciencia y la inflexibilidad de mis principios; pero no se empeñe usted más nunca en cosas semejantes, ni aun por generosidad.

La verdad es que el *más nada* se da en casi toda América, aunque con arraigo, muy variado. En la Argentina es frecuente en algunas provincias del interior (Mendoza, San Luis, etc.), y aparece no solo en el diálogo de Benito Lynch o de Florencio Sánchez, sino aun en *Don Segundo Sombra*, la gran novela gauchesca. Después de arrear reses por la pampa, días y días, con tormentas, frío y lluvias, sin poder dormir, Demetrio, el más grande y fuerte de los troperos, al espantársele el caballo junto a la tranquera de llegada, cae tendido al suelo, sin sentido. Y dice el narrador (cap. XXIV):

Ahí quedó, sin darse cuenta siquiera que el sueño lo había agrado a traición en el suelo, donde tal vez, a pesar del golpe, sintió que aflojar el cuerpo y no querer más nada es algo maravilloso.

Charles Kany lo ha documentado además en el Uruguay, Paraguay, Colombia, Panamá, Costa Rica, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y México. Pero quizá en la región del Caribe sea donde ha alcanzado más extensión geográfica y social.

¿Habrá que considerarlo entonces un uso americano, y tendrá razón el amigo español que cree abdicar de su nacionalidad al usarlo? ¡Oh,

nada de eso! En España se conoce también, en Galicia, en León, en partes de Aragón (al menos en el campo de Jaca) y en Canarias. Además, tiene cierta tradición literaria. El extremeño Bartolomé de Torres Naharro, un brillante precursor de Lope de Vega, lo usa a principios del siglo XVI. Primero, en su *Comedia Calamita*. Fileo ha estado espiando los amores del hijo de su amo:

Torna después su camino
sin más nada,
para narrar la embajada
allá en casa a su señor.

Y luego, en la *Comedia Aquilana*. Faceto, criado de un príncipe extranjero, recibe del rey Bermudo, como presente, la capa, cuando esperaba mil doblas, y dice:

—Con esta voy glorioso
sin que más nada me den;
con loco y menesteroso
siempre el hombre compra bien.

Y el Maestro Correas, salmantino, registra hacia 1630, en su *Vocabulario de frases y refranes*: “Más nada; más nonada entre dos platos. Niega.” Es, pues, uso español, y como tal ha pasado a América (“quien lo hereda no lo hurta”). Pero de todos modos, ¿por qué la lengua general ha fijado *nada más*, *nunca más*, etc., y en cambio se prefiere decididamente *más nada*, *más nunca* en Venezuela y otras regiones hispánicas?

Mientras el castellano ha fijado *nada más*, otras lenguas románicas han preferido el orden inverso: el gallego-portugués, el italiano y el francés (“je ne veux *plus rien*”, “je ne connais *plus personne*”, “je n’irais *plus jamais*”). El venezolano no está, pues, en mala compañía. En casos análogos es también el orden habitual del castellano: “No quiero *más libros*”, “No diga *más mentiras*”, etc., con el complemento después del

más. Una serie de frases negativas se cierran con la negación: “No le daré nada”, “No te quiero nada”, “No me importa nada”, “No sirve para nada”, “No iré nunca”, etc. Si le preguntan a uno: —“¿Qué más?”, “¿Quiere más?”, contestará acaso: —“Más, nada”. *Nada más y nunca más* son construcciones en que se destaca el *más*. *Más nada y más nunca* destacan el *nada* y el *nunca*. Es decir, concentran todo el énfasis expresivo en la negación.

Una prueba de que estamos ante un cambio producido por un afán estilístico está en el hecho de que cuando el *nada más* no tiene valor negativo adverbial, sino conjuntivo, se mantiene el orden habitual del castellano: “Lo hizo nada más que por verme brava”, “No hizo na más que sentarse y ahí mismo volvió a salir”, “Esto es na más que por probar”, “No me dio nada más que un pedacito”, “Se la pasa nada más que leyendo todo el día”. En cambio, en los usos negativos el orden es siempre inverso: “No me digas más nada...”

Afirmar o negar son actitudes extremas en que el hombre pone a veces en juego su vida entera. Se ha dicho de alguien —para encomiar, no su hombría, sino su habilidad— que conocía todas las palabras del idioma, salvo dos, que no figuraban en su léxico: *sí* y *no*. Es muy conocida la historieta del diplomático y la dama (¿Qué diferencia hay entre un diplomático y una dama? Que el diplomático cuando dice *sí*, quiere decir *tal vez*; cuando dice *tal vez*, quiere decir *no*; y cuando dice *no*, deja de ser un diplomático. Y la dama, cuando dice *no* quiere decir *tal vez*; cuando dice *tal vez* quiere decir *sí*; y cuando dice *sí*, deja de ser una dama). El hombre no ha de ser ni diplomático ni dama.

La aceptación o el rechazo están siempre llenos de contenido expresivo. Hay una multitud de formas para la afirmación o la negación, algunas de creación hispanoamericana. Para la aceptación alborozada, el venezolano tiene una fórmula: “Muerto ¿quieres misa?” (en años pasados se usó mucho, humorísticamente, ¡*ipanolá!*). La negación es sin

duda mucho más rica en matices. La Argentina ha acuñado —hasta para la exportación— su ¡*qué esperanza!* Pero hay una forma venezolana de negación que no hemos oído en otras partes y que nos parece llena de contenido humano: “No iré ni yendo”, “No me llevarán ni llevándome”, etc. Es la afirmación de la voluntad desafiando a la realidad misma. La preferencia venezolana por *más nada, más nadie, más nunca* es sin duda del mismo orden: afán de negación rotunda.

Empecinado

En toda América se usa *empecinado* con el valor de porfiado, obstinado, empedernido, pertinaz, y *empecinarse* por aferrarse, obstinarse, encapricharse. ¿De dónde procede ese uso?

Se conoce en líneas generales el origen. El Empecinado fue el apodo de Juan Martín Díez, guerrillero de la lucha antinapoleónica, famoso por su tenacidad. ¿Y por qué se le llamó así? En la provincia de Valladolid daban el mote de *empecinados* a los habitantes de Castrillo de Duero. Por esa población pasa un arroyo que es casi siempre lodo negruzco o *pecina* (de *pez*, la resina). En él se bañaban los naturales. Los *empecinados* eran, pues, ‘los embarrados’. Juan Martín Díez nace en Castrillo en 1775. Muchacho aún, participa en la guerra del Rosellón. Luego se casa y se establece en Fuentecén, donde le llaman, por su procedencia, el Empecinado. A principios de 1808, cuando los franceses se llevan prisionero a Fernando VII e invaden España, el Empecinado sale con dos amigos a luchar contra los invasores. Arma emboscadas, y pronto forma una partida. Cautiva a una dama francesa y le brinda su casa. Cae prisionero y rompe los barrotes de la prisión y huye. Salva la vida a un muchacho. En medio de la ferocidad general, respeta la vida de los prisioneros. Destruye ejércitos y salva ciudades. En 1811 manda ya 3.000 soldados. Le hacen capitán, brigadier, luego general. Es el símbolo popular de la lucha sin cuartel, fanática, hasta la muerte. Cuando los grandes de España agachan la cabeza, de los campos surge un héroe, a la manera de los viejos héroes iberos, un segundo Viriato.

Sus soldados, los guerrilleros de aquella gran partida que era su ejército, se llamaban los *empecinados*. Su ejército, “el ejército empecinado”.

Adoptar la guerrilla como recurso militar era *empecinarse*: “El general Gui se está *empecinando*.” También lo era irse con los guerrilleros: “Creo que nos *empecinamos* otra vez.” *Empecinado* se hizo sinónimo de patriota: “Los *empecinados* no se rinden”, “Los *empecinados* combaten por la libertad”. Galdós le dedicó uno de sus episodios, nacionales: *Juan Martín, el Empecinado*. Que pudo haber sido una de sus grandes novelas, si no incurre en la pequeñez, que Baroja le reprocha con razón, de hacer hablar a su héroe como un paleta.

La palabra *guerra* es de origen germánico (emparentada con el inglés *war*), y testimonia que desde hace unos dos mil años los germanos ocupan el primer plano en el movimiento bélico del mundo occidental. *Guerrilla*, en cambio, es una invención española, y la palabra ha tenido tanta fortuna que penetró hasta en el ruso. El *Empecinado* era el héroe de la guerrilla.

Pero muy pronto España empieza a ser infiel al famoso guerrillero. En 1816 derriban en Alcalá la pirámide que habían levantado en 1813 para eternizar sus hazañas. Cuando Fernando VII se lanza por el camino del absolutismo, el Empecinado (había obtenido el derecho de usar su apodo como apellido) le pide el restablecimiento de la Constitución de Cádiz, lo cual le cuesta el destierro a Valladolid. En 1820 secunda a Riego y proclama la Constitución liberal. Ante la invasión de los cien mil hijos de San Luis tiene que retirarse a Portugal. El absolutismo triunfa al grito de “¡Vivan las cadenas!, ¡Muera la nación!”.

La nostalgia de la tierra le hizo volver. Obtuvo derecho de residencia en Aranda de Duero, y cuando se dirigía a ella, el corregidor de Riva, enemigo suyo, lo apresó y lo metió en inmundos calabozos. Dos años estuvo preso, y los días de feria lo sacaban en una jaula —¡oh manes de don Quijote!— para exponerlo a las mofas y pedradas de los absolutistas. Las lágrimas de su anciana madre no enternecieron a Fernando VII. El 19 de agosto de 1825 fue llevado al cadalso. Entre la multitud que acudió a ver el espectáculo, descubrió a su mujer, del brazo de

un oficial realista. El empecinado rompió las esposas, arrebató la espada al jefe de la escolta y se lanzó contra los guardias. Cayó acribillado por las bayonetas. Sus enemigos ajusticiaron su cadáver. El episodio se desarrolló en Roa, población que él había salvado años antes. Mientras España, en 1824 y 1825, se sumía en el terror, terminaba por apagarse para ella, definitivamente, el sol americano.

España ha sido olvidadiza con el Empecinado. América, en cambio, permaneció fiel a su recuerdo. Ya una carta que parece del 3 de marzo de 1815 (O'Leary, XIV, 126), enviada desde Cartagena de Indias por Miguel Cañarete, habla de unos prisioneros de guerra españoles, "empecinados enemigos nuestros". El 25 de febrero de 1822 Santander escribe a Bolívar contra la idea de pasar un ejército patriota por la región de Pasto, que era hostil, "porque siempre será destruido por los pueblos empecinados, un poco aguerridos y siempre, siempre victoriosos" (reproducido por Salvador de Madariaga). "La Miscelánea" de Bogotá escribe el 16 de abril de 1826: "Guerras las más asoladoras y empecinadas que han visto los siglos" (citado por Cuervo). Desde entonces sobrevive en el lenguaje *empecinamiento*, *empecinarse*, *empecinado*. Quizá su trayectoria liberal, causa de su tragedia española, le haya dado supervivencia americana. Y he aquí que un derivado de la negra pez, de *pecina*, cieno negruzco que se forma en los charcos, apodo despectivo de los oscuros habitantes de un pueblo de Valladolid, llega a expresar, por el heroísmo de un hombre, la entereza varonil en la lucha y en el esfuerzo.

La lengua levanta también sus monumentos, de apoteosis o de escarnio. El ejemplo más elocuente es el de César, el afortunado *Caesar* imperial, transformado en el *Kaiser* germano o el *Czar* de todas las Rusias. Y en el otro extremo de la escala humana, Barrabás, el sedicioso de los Evangelios, precursor de todo género de barrabasadas. Centenares de palabras se remontan al nombre de una personalidad, grande o pequeña. El lenguaje, creación milenaria del hombre, lleva muchas veces el sello de su hazaña.

Mamadera de gallo

¿Por qué la castiza *tomadura de pelo* es entre nosotros *mamadera de gallo*? Aunque últimamente ha llegado hasta Bogotá, ninguna expresión es más típica de Venezuela que esta de *mamar gallo*: “Déjese de mamadera de gallo”, “No me mame el gallo”. A veces se abrevia: “Deje la mamadera”, “¡Ah, como que es mamacorcito!” Y si a un recién llegado puede parecerle grosera, se convencerá en seguida de que es enteramente inocente y no evoca nada pecaminoso.

La expresión ha nacido sin duda en el siglo XIX. En 1893 la usa Gonzalo Picón Febres en *Fidelia*, y en 1897 la registra Julio Gaicano. Desde entonces se encuentra en casi todas las novelas. En *Canaima*, de Rómulo Gallegos, Arteaguita es un *mamador de gallo* profesional, y Marcos Vargas quiere que haga de fraile fantasma para divertirse a costa de unos buscadores de entierros:

Arteaguita, que todo lo sacrificaba en aras de chistes y chuscadas, tuvo que sacrificar su miedo, que, según él, era la única cosa grande con que lo echaron al mundo.

—¡Qué se hace! —exclamó—. Esos son los gajes del oficio del mamador de gallo.

Y en la misma novela, míster Davenport, un norteamericano atraído a Guayana por el espejismo de las minas y que ha quedado varado allí por los encantos del trópico, explica su admiración por la tierra venezolana:

—Esta cosa sabrosa de contestar a todo lo que te proponen: «Déjalo para mañana, chico. Del apuro no queda sino el cansancio.» Esta tierra donde todo es amor y poesía. Y mamadera de gallo, por encima de todas las cosas.

Ventura García Calderón la consideraba tan peculiar, que, en sus *Instantes del Perú*, la ponía —un poco anacrónicamente, nos parece— en boca de Bolívar, en un imaginario monólogo interior: “¡Ese Santander, tan mañoso con sus melosidades bogotanas!... Su *ingenuo amigo* firma alguna vez las cartas para mamarme el gallo”.

Ya Julio Calcaño intentaba explicarlo: “Procede de la costumbre que tienen los jugadores de gallos de reanimar al animal en la riña chupándole la sangre que mana de las heridas de la cabeza y los ciega.” Y como era imposible pasar de esa significación a la figurada, Silva Uzcátegui trató de hacerlo más plausible, añadiendo: “...y a veces alargan intencionadamente esta labor.” Más satisfactoria nos parece la explicación que nos da Orlando Araujo. Sucede con frecuencia en las riñas de gallos que uno de los contrincantes, por debilidad del pico o por herida, no puede picar al enemigo con la firmeza necesaria para dar el espolonazo. Se dice entonces que el gallo es *mamón* o *mamador*, porque no pica, sino que *mama*. También en el careo de gallos, ejercicio a que se somete a los de riña a fin de probar su fuerza y condiciones, se *embotan* los gallos, es decir, se les cubren los espolones con una cinta de tela y los picos con pequeños cilindros de cuero o *botas*, a fin de que no puedan picar con libertad. Los gallos solo *maman*. José Antonio de Armas Chitty, en su estudio de las riñas de gallos, dice:

Abunda (el coleador) que solo quiere ganar con triquiñuelas, el que unta a sus gallos en el pescuezo diariamente, en la sombra, nata de leche, para que el pico del gallo enemigo resbale o se ponga *mamador*, es decir, que agarre y no dispare.

Nos parece evidente que de ahí surgió la *mamadera de gallo*, que consiste en *mamar* y no picar. “Esto es mamadera de gallo”, se dijo probablemente de una lucha incruenta, de una corrida de toros poco peligrosa, de algo que no había sido lo que debía ser. Y hoy es frecuente: “Eso se volvió mamadera de gallo.” Las formaciones en *-dera* son comunes en Venezuela: de *morir*, *moridera* (“Le dio la moridera”); de *llorar*, *lloradera*; de *hablar*, *habladera* (“Deje la habladera”), etc., y por eso la *tomadura de pelo* se ha hecho en Venezuela *tomadera de pelo*. Además, *mamar* se usa bastante en el sentido de ‘chupar’: “No esté creyendo que me mamo el deo” dice un personaje de Samuel Darío Maldonado (“¡Llegaos, que me *mamo* el dedo!”, decía Sancho Panza, que no presumía de tonto). Y un personaje de *Farallón*, de Agustín García, “le mamaba la candela al tabaco vuelto al revés”.

El castellano tiene un derivado de *mamar* que se acerca algo a la *mamadera de gallo* venezolana: *hacer a uno la mamona* (o *la mamola*) es burlarse del prójimo, poniéndole la mano debajo de la barba, como para acariciarlo, o darle golpecitos debajo de la barba en señal de mofa. Es frecuente, o lo era, entre muchachos, y tiene su variante venezolana: “¡Mira el pajarito sin cola! ¡Mamola!”. Algo distinto era en la época de Cervantes. Don Quijote, indignado de que Sancho, contra toda la tradición de la andante caballería, le pidiera aumento de salario, le increpa y lo remite a los libros de caballerías:

—Éntrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo, que todo lo pareces, por el maremágnun de sus historias; y si hallares que algún escudero haya dicho, ni pensado, lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y, por añadidura, me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro.

Esas *mamonas selladas* de don Quijote han dado quebraderos de cabeza a los eruditos, y parece que se hacían —según opina Rodríguez

Marín— dejando escapar con fuerza el índice de la mano derecha, sujeto hasta entonces por el de en medio de la izquierda, para que diera en la nariz de la víctima, en tanto que se le tenían puestos sobre la cara los otros cuatro dedos de la primera de dichas manos.

De *mamadera de gallo* se hizo posteriormente *mamar el gallo*, que vino a coincidir con *tomar el pelo*, en todos sus valores (burla, engaño, entretenimiento, etc.). Lo curioso es que también la *tomadura de pelo* es modernísima en castellano y ha nacido seguramente en el calamitoso siglo XIX: *tomar el pelo a uno* entra en el *Diccionario* de la Academia apenas en 1899 (todavía en 1896 Juan Valera lo encontraba achulado y disonante, aunque lo oía ya “hasta en boca de damas distinguidas”). Y psicológicamente la *mamadera de gallo* coincide con la *tomadura de pelo*, que no consiste en tirar violentamente del pelo, sino apenas *tomarlo* (frente al afrentoso *mesar* el pelo o las barbas). Y también con el inglés *to pull one's leg* (“You are pulling my leg”), que es tirarle a uno de la pierna. Actitudes todas ellas suaves, que en malas manos pueden convertirse en violentas. Porque el leve cosquilleo de la broma inocente se transforma a veces en herida venenosa y mortal.

Pero lo normal es que no llegue la sangre al río. La *mamadera de gallo* está a tono con el carácter burlón y alegre del venezolano. Nos parece que el venezolano no es propenso al ánimo trágico. En los trances más duros, disuelve la tragedia en acción o en humor. Cuando no tiene a su alcance la acción heroica, se desahoga en el humorismo. La *mamadera de gallo* y la *guachafita* son las dos vertientes por las que abre su cauce el fondo tempestuoso de su alma. Dice Alejandro García Maldonado, en un enjundioso ensayo dedicado a la *mamadera de gallo*:

Nos ha ayudado a sobrellevar históricamente muchas calamidades. Sin el típico humor venezolano, por ejemplo, la etapa gomecista hubiera alcanzado probablemente, por la ausencia de puntos de referencia humanos, los sombríos contornos de un

flagelo medioeval. La mamadera *de gallo* nos permitió no tomar en serio algo tan perfectamente serio como la figura de Gómez. Hasta la fatalidad pierde su ominosa significación cuando la afrontamos con ánimo festivo y lengua presta.

Y todavía hay algo más. Es significativo que el venezolano, para denominar una de las formas de su humorismo, haya recurrido a un juego como la riña de gallos que es, además de juego, un espectáculo de guerra a muerte. La pasión del juego es otra de las vertientes por la que se evade la violenta capacidad pasional del venezolano. En los garitos parece que nació la *guachafita*. Del juego de naipes surgió el *flux*, que antes de designar al traje de vestir era una suerte que consistía en tener las cartas del mismo color (como el *flush* del póker). Del juego de dados procede una expresión tan significativa como *tirar la parada*. Sin mencionar otras más recientes, como *estar enllavados*, de las modernas carreras de caballos. La pasión del juego puede que empobrezca a la gente, pero indudablemente enriquece el lenguaje.

Refistolero y facistol

Ante todo, ¿*refistolero* o *refitolero*? Lo castizo y tradicional es *refitolero*, un derivado de *refitor*, nombre antiguo del refectorio. El refitolero era el encargado del refectorio en las iglesias, conventos y colegios, y se hizo equivalente, sin duda por sus virtudes, de entrometido o cominero. Pero en Venezuela, y también en las Antillas, Ecuador, México (al menos en Veracruz) y Canarias, con matices variados en la significación, lo general es *refistolero*. En Venezuela prevalece la acepción de entrometido y presuntuoso: “¡Sí que es refistolero ese hombre, en todas partes se mete!”. ¡Ah, negrito refistolero!” se dice de uno que se engalana el domingo para galantear a las muchachas. También es el amigo de novedades: “En cuanto hay algo nuevo allá está ella. ¡Es más refistolera!” O la muchacha que extrema sus zalamerías para obtener algo de sus padres: “¡Estás muy refistolera!” Urbaneja Achelpohl, en uno de sus cuentos criollos, describe a misia Ana, viuda y maestra:

Refistolera en el hablar, física del lenguaje, como dice la gente de orilla. Hacía la pudibunda. Su sueño era ser violeta escondida entre ásperos zarzales. Tenía estudiadas maneras, mucha mímica, y por cualquier cosa ponía los ojos en blanco.

En *Mene*, de Ramón Díaz Sánchez, hay un *negro refistolero*, y en *Dámaso Velásquez*, de Antonio Arráiz, aparece la *refistolera Pilar*, una criada. Un sombrero puede ser *refistolero*, por la vistosidad. Y un torero, si es *maraquero* o *aguajero*, aficionado a los lances espectaculares, amigo de la morisqueta o del relumbrón. Y hasta puede serlo un caballo. En uno

de los poemas de Andrés Eloy, *Palabreo de la alegría perdida*, un llanero en la desdicha manda pedir su guitarra:

Me quitaron sin derecho,
compadre, lo que más quiero:
mi alazán refistolero,
mi palma de llano y techo,
pero con guitarra y pecho
el recuerdo se distrae.

Y en *La casa de los Ábila* de Pocaterra, Carlitos y Lola Zaldívar, ante la expectación de todos los invitados, van a bailar un tango argentino con corte y quebrada. Y dice el autor:

Se diría inspirado en una arremetida de corral entre gallo y gallina, pero a ratos hacía-se refistolado, decorativo, teatral.

¿Y cómo *refitolero* se ha hecho *refistolero*? Nos parece que ha influido en ello otra voz, que en su significación y en su fonetismo está bastante próxima: *facistol* o *facistor*. El *facistol* (la forma más antigua es *facistor*) es el atril grande donde se ponen los libros para cantar en la iglesia, o el asiento especial que usan los obispos en algunas funciones pontificales (hoy *faldistorio*). Pero en Venezuela, Colombia y las Antillas, por traslación de sentido, ha pasado a ser engreído, pedante, jactancioso: “No seas tan *facistora*” (en los Andes se prefiere *facistol*). Despectivamente lo usó Urbaneja Achelpohl: “La ciudad la dejó atrás, con sus torres y sus techumbres rojas y su tropa gentil de facistores, por quienes suspiran las hermosas muchachas”. Y Luis Beltrán Guerrero, en su *Anteo*, evoca desde Buenos Aires la patria lejana:

Sobre la mesa de pino está el reloj de arena. Más allá un viejo *facistol* le hace compañía. Ningún libro sostiene este *facistol*, que, por otra parte, cura de *facistolerías* con su hierática presencia.

Una *s* intrusa (“epentética”), como la de *refistolero*, se encuentra entre nosotros en una serie de palabras, y es importante señalarla, ya que gran

parte del país —con la sola excepción de la región andina— relaja o aspira las eses finales de sílaba y se come frecuentemente las finales de palabra. Es general *pegoste* (en Lara *pegostre*, en los Andes *pegote*), y también *empegostar*. Oímos a veces *añiscos* (“lo hizo añiscos”); *baustizar* o *baustizo* (“hay ciento y treinta pueblos sin curas, y por consiguiente sin quien baustise”, escribía María Antonia Bolívar a su hermano Simón, el 16 de noviembre de 1826); *aguisnaldo* (“no me dan los aguisnaldos”, en el Táchira); *traspacista* por *trapacista*; *rasparse* por *raparse*; *zosco* por *zoco* (“Es un zosco de hombre” = *es un palo de hombre*); *crepúsculo* (González Eiris cuenta que así lo pronunciaba de niño); *esfigie* (en Lara y el Táchira; “las esfigies”, en “El Siglo”, Caracas, 29 de marzo de 1890); *fracaso* por *fracaso* (“Mi marido tuvo hoy su primer fracaso”); *cascarañado* por *cacarañado* (“una olla cascarañada”); *almostacén* por *almotacén* (Emilio Constantino Guerrero lo registra en pueblos andinos); *enamoriscarse* por *enamoricarse*, y algunos más. Casi todos se dan también en otros países de América y en diversas regiones de España. Todos ellos se explican por asociaciones léxicas o morfológicas. *Rasparse el coco* por *raparse* es un triunfo del verbo *raspar*, tan multiforme en significaciones y usos. Y *enamoriscarse*, y no *enamoricarse*, se debe sin duda a influencia de los verbos en *-izar* o *-iscar*: *pellizcar*, *oliscar*, *mordiscar*, etc., en que la terminación tiene valor expresivo. Las palabras, buenas o malas, viven en comunidad y actúan las unas sobre las otras.

Volvamos a *refitolero* y *facistol*. He aquí dos voces de sacristía. *Refitolero* se transforma, de encargado del refectorio, en entrometido, cominero, presumido. *Facistol*, el erguido atril del coro o la ostentosa silla episcopal, en fatuo, fanteche, petulante. *Facistol* influye sobre *refitolero* y lo convierte en *refistolero*; *refistolero* influye a su vez sobre *facistol* y lo convierte en *facistolero*, que se encuentra, no solo en Venezuela, sino también en Cuba y Puerto Rico. La *facistolería* está muy cerca de la

refistolería. Influencia recíproca de dos voces de la Iglesia que al pasar a la vida mundana han caído en la vanidad y el pecado.

Y algo más que señala ahora Corominas: en el catalán del Rosellón se llama *refistolat* (con la *s* de *facistol*) al emperifollado y presumido. ¿Será pura coincidencia? ¿Será nuestro uso un catalanismo?

Hace un siglo Pichardo, en Cuba, diferenciaba *refistolero*, *físico* y *facistol*. *Refistolero* era el afectado en modales, palabras y movimientos; *físico* aludía a la facundia y modo de hablar; *facistol*, al porte orgulloso. De las tres, la que tiene hoy más vitalidad es *refistolero*, que ha absorbido la significación de las otras dos y amenaza con tragárselas. *Facistol* o *facistor* está desapareciendo, pero algo de su viejo esplendor ha quedado en la *s* de *refistolero*. Nada muere del todo, ni aun en el mundo etéreo de las palabras.

Botar

El uso venezolano de *botar* rebasa con mucho el del castellano general: “Se prohíbe botar basura por los puentes”, “El agua no hay que dejarla botar”, “No bote su sombrero, que aquí se lo arreglamos”, “Bote ese flux y cómprese otro”, “Al que bota su arepa, el diablo lo visita”, “Botó la casa por la ventana”, “Lo botó todo en el juego”, “Bota en una noche la plata de la quincena” (de ahí que *botarate*, y aun se dice, con pretensión cultista, *un botarata*, sea la designación del derrochador), “Anoche boté la pelota” (= “me fui de juerga y gocé un puyero”), “Boté la cartera en el autobús” (la perdí), “¡Esta mujer que todo lo bota!” (lo pierde), “Me botó mi marido”, “Dejaron botado ese niño en la calle” (por eso los expósitos se llaman *botados*), “¡Ay, me tienes botada, hace un año que no me visitas!” “Me botaron por la puerta grande” (del empleo), “En esta tienda se vende todo botado”, “Eso está botado”, “Al servir la copa, botó la mitad”, “Se me botó la leche”, “Los ríos están botándose con tanto invierno”, “La herida bota sangre”, “Está botando sangre por las narices”, “Botó hasta las tripas” (vomitó), “Este bus me bota en mi casa”, etc.

Y aún hay mucho más. Leemos en *Puros hombres*, la áspera y cruda novela de Antonio Arráiz: “Abundantes bocanadas de sangre caliente se le botan a la garganta y le inundan la boca y las narices”. Y en una canta recogida por Olivares Figueroa:

El anillo que me diste
se me cayó en el Limón;

me boté a cogerlo al río
y saqué tu corazón.

Un provinciano aclimatado a la vida de Caracas “ha botado la lana”. En los buenos tiempos —según Calzadilla Valdés— el hato de la Candelaria “botaba diez a doce mil toros anualmente” por Guárico y Carabobo. Si una persona *fundamentosa* se echa de pronto a perder, se le dice: “¡Caramba, estás botando el juego!” Y aún algo más dramático: “Cuando bote el pelero, ya no me importará nada”. *Botar el pelero* es entregar el cuerpo a la tierra.

Se ve que *botar* ha sustituido a *tirar*, *echar*, *arrojar*, *verter*, *derrochar*, *despedir*, *abandonar*, *desechar*, *derramar*, etc. Es un verbo que haría las delicias de los fabricantes de español básico, que, a imitación de los del “Basic-English”, quieren realizar a su modo el ideal de los indios jívaros: reducir a la mínima expresión la lengua de sus vecinos. Con *botar* y *coroto* —un verbo y un sustantivo— podrían patentar su “español básico”. Que además se enriquecería extraordinariamente con un adjetivo como *sabroso*. De toda la lengua apenas les quedaría fuera alguna que otra *burrundanga*.

Esos usos venezolanos de *botar* se dan, con leves diferencias, en casi toda Hispanoamérica. La castiza Bogotá llega a más: “Me boto en brazos de Dios”, “Eso es botar pólvora en gallinazos” (= *gastar pólvora en Zamuros*). Algunos de ellos se pueden documentar en *María* de Jorge Isaacs: “Boto el cigarrillo”, etc. Y se extienden hasta el Ecuador, el Perú, Chile y el interior de la Argentina, aunque no se conocen en Buenos Aires.

En el castellano tradicional, *botar* es ‘tirar algo con ímpetu o con fuerza’: botar afuera a alguien, botar la pelota o botar un barco, y estos usos se conservan hasta hoy. Pero en el *botar* hispanoamericano se ha desvanecido toda idea de violencia, y así ha absorbido una serie de usos nuevos. Pero antes que en Hispanoamérica sucedió eso en portugués:

botou o papel, bota lenha ao forno, bota mais vinho y hasta *botar a perder* (echar a perder). De ahí el *botafogo* de los artilleros y el *botafumeiro* o incensario de las sacristías. Sin duda por influencia del portugués usaba el Padre Las Casas *botaban a huir*. Ya en la época clásica se sentían como lusitanismo algunos de esos usos, y Tirso, en una de sus comedias, *Por el sótano y el torno* (verso 3027), hace decir a un portugués: “Don Duarte, botalda fora”. Es decir, botadla afuera, echadla afuera.

El portuguesismo encontró campo propicio en Hispanoamérica. Los portugueses tuvieron en la conquista y colonización mayor importancia de la que se supone. Además, ese uso de *botar* existe también en gallego y en gran parte del occidente de la Península: se ha registrado en Salamanca (Ribera del Duero), y Corominas señala su extensión por Miranda, Asturias, oeste de Santander, y su penetración en el vasco (*botatzen*) y aun, a través de la frontera, en bearnés y gascón. El uso de la España occidental se reflejaba ya en el habla de los rústicos de Juan del Encina (“botémosle d’aquí a palos”) y en un pasaje del *Libro de Alexandre*. El gran Alejandro emprende el camino de Bractea en persecución del rey Poro, y atraviesa con sus ejércitos tierras yermas y abrasadoras:

Los omnes con coyta lambién las espadas,
otros bevien sen grado las orinas botadas.

Andaban los mesquinos connas lenguas sacadas,
nunca furon en el mundo gentes tan aquexadas.

Así, pues, sobre la base de un uso castellano de *botar*, limitado a arrojar algo con violencia, se generalizó en casi toda Hispanoamérica, por influencia del portugués, del gallego, del leonés y del vasco, esa multiplicidad de los usos modernos. Es probable que ello se haya producido inicialmente en las largas travesías marítimas, donde los nuevos colonos estaban en contacto, durante meses, con marinos portugueses, gallegos y vascos. La generalización se ha visto facilitada sin duda en Venezuela

por cierto tabú que restringe el uso del verbo *tirar*. Y por un hecho del habla hispanoamericana: la tendencia al empobrecimiento verbal, con predilección por las expresiones de carácter más figurado y enfático. Quizá a eso se deba en Venezuela el triunfo de *amarrar* sobre *atar* o de *jalar* sobre *tirar* (*jalar el pelo* o *el vestido*), también del habla marítima. Y además el de *cargar* sobre *llevar*, de *regarse* sobre *esparcirse*, de *brincar* sobre *saltar* (hasta significa ‘pagar’: ¡*Brinca!* o ¡*Brinquinini!*), de *montar* sobre *subir*, de *topar* sobre *encontrar*, de *brindar* sobre *convidar* (¿“Me brinda un café?”), de *pantano* sobre *barro*, de *bregar la arepa* sobre *ganarse el pan*, de *gozar* sobre *divertirse* o *pasarlo bien* (*Gozamos un realero, un millón, un imperio*), etc.

Ciertas palabras, por herir la imaginación, tienen fortuna: se tragan a las afines y absorben en forma monopolista una multitud de usos ajenos. La fortuna es siempre invasora e injusta. La porción inerte y rutinaria del espíritu descansa en esas palabras, que son como criadas para todo servicio. Pero también son como redes que esclavizan y ahogan. Por eso el espíritu, que se desvela en busca de matiz, de distinción y hasta de deslumbramiento, ha inventado la metáfora y persigue imágenes siempre nuevas. Y en el afán constante por una expresión animada y vivaz, encuentra la lengua sus mejores galas.

Sabroso

Sabroso tiene en Venezuela aplicaciones insospechadas. Claro que un *bienmesabe* es sabroso por antonomasia, pero sin antonomasia todo puede ser sabroso: un paseo, una pieza musical, una conferencia, una fiesta, una representación teatral, un libro, un concierto sinfónico, un paisaje: “¡Qué sabroso es tener plata! “dice un personaje de *Puros hombres de Arráiz*. Y otro rememora en el calabozo los placeres del mundo: “A mí lo que me gusta es el billar. ¡Ese sí que es un juego sabroso!” A bordo de la nave, dice el marino, en *Dámaso Velásquez*: “¡Sabroso que está soplando el sureste!” La madre, en *Mamá Blanca*, alude a la sombrilla de Evelyn: “Muy vieja y muy fea que está ya la pobre, pero sin esta sombrilla nunca podríamos, niñitas, llegar hasta aquí y bañarnos tan sabroso en este pozo del río”. En *El Sargento Felipe* de Picón Febres, las muchachas se dejan galantear al compás de los *sabrosos vales*. El Negro Malo de *Pobre Negro* sueña con desquitarse de sus sinsabores del día *bailándole sabroso* por delante a la negrita Saturna (*bailar sabroso* encontramos ya en el *Mosaico* de Luis Delgado Correa, en 1856). Marisela, en *Doña Bárbara*, compara su estado de ánimo con el del tremedal: “¡Una paz! ¡Una tranquilidad sabrosa!” Por tierras larenses oye Silva Uzcátegui: “¡Qué hombre tan sabroso para tocar!”, que equivale a “¡Qué sabroso toca ese hombre!” Y Florentino, en *Cantaclaro*, explica a su hermano José Luis:

Te aseguro que no hay cosa más sabrosa que un camino largo por delante, y en la sabana silencia ese canto del cabrestero que se acuesta y se estira.

Se usa además el diminutivo *sabrosito*. Juan Parao le pregunta a Florentino cómo se siente al despertar, y él le contesta:

—Sabrosito. Como si me hubieran dado una paliza con todos los palos del monte.

Juan Parao sonrío del despropósito, y comenta:

—¿Y a eso lo llama usted sentirse sabrosito? Usted como que ni sus males los toma en serio.

El diminutivo tiene mucha vitalidad. Le preguntan a uno: “¿Qué tal?” Y contesta: “Sabrosito, pero sin sal”. Y también equivale a *alegre* o achispado: “Anoche me puse sabrosito con tres palos”, “A mí no me gusta rascarme, sino ponerme sabrosito”. Y también es frecuente el aumentativo *sabrosón* (los aumentativos en *-ón* son más bien atenuadores): “Esto está sabrosón”. Y el derivado *sabrosura*: “¿Qué sabrosura de cielo el de hoy” En *Sobre la misma tierra*, Gadea, con intenciones nada santas, extrema su galantería hacia Remota:

—Tenga la bondad de sentarse. Para guardar después ese sillón en un santuario, con la sabrosura que le quedará encima.

Se ve que *sabroso* equivale a *agradable*, *placentero*, *ameno*, *bonito*, etc. En la multiplicidad de sus usos, y en sus matices, se corresponde bastante con el *lindo* de Buenos Aires. Hoy se puede caracterizar a un venezolano (quizá también a un colombiano o un cubano) por los usos de *sabroso*. Y aunque los españoles suelen sorprenderse de esos usos, la verdad es que tienen muy brillante tradición literaria. En el siglo XIII, Berceo comienza el libro III de su *Vida de San Millán* con el anuncio de que será “sabroso de oír”. En sus *Milagros de Nuestra Señora*, el arcángel Gabriel anuncia *sabrosamente* el advenimiento del Mesías. Un siglo más tarde, en el *Libro de buen amor*, doña Venus enseña sus artes al Arcipreste:

Con palabras muy dulces, con decires sabrosos,
crecen mucho amores e son más deseosos.

En los siglos XVI y XVII los ejemplos abundan por centenares. Juan de la Cueva, en *Los infantes de Lara* (jornada III, verso 236), hace decir a Almanzor, refiriéndose a Mudarra: “Al padre puse en libertad sabrosa”. En la *Comedia Calamita* de Torres Naharro, dice Jusquino: “¡Qué consuelo tan sabroso!” En Venezuela puede decirse que una mujer es sabrosa, y no se considera nada fino (el Arcipreste de Hita, con su desparpajo habitual, aseguraba que “en dueña chica yace muy gran sabor”). Pero Garcilaso, el padre de la moderna poesía española, lo consideraba el summum de la delicadeza, pues en su Égloga III pone en boca de Tirreno:

Flérída para mí dulce y sabrosa,
más que la fruta del cercado ajeno.

Después de Garcilaso, tenemos el *cantar sabroso* de Fray Luis en su *Vida retirada*:

Despiértente las aves
con su cantar sabroso no aprendido.

En Góngora se encuentra el *sabroso oficio del dulce mirar, las sabrosas treguas de la vida urbana* y hasta el *rascar sabroso*. En Tirso de Molina, un *sabroso adiós*. Bernardo de Balbuena define el estilo épico:

Sabroso estilo, espíritu templado,
heroica voz, lenguaje casto y puro,
ni plebeyo en lo humilde, ni pesado.

Y por si fuera poco, recurramos a Cervantes, juez de última instancia. Don Quijote, maltratado por los molinos de viento, no quiso desayunarse al día siguiente porque “dio en sustentarse de sabrosas mentiras”. Cide Hamete Benengeli, después de presentarnos al valeroso vizcaíno

y al famoso manchego con las espadas altas y desnudas, dejó en ese punto destroncada “tan sabrosa historia”. Y cuando el cabrero cuenta el episodio de Grisóstomo y la pastora Marcela, Don Quijote le dice: “Agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento”.

Es perfectamente comprensible ese uso de *sabroso*, ya que *sabor* se emplea, desde los más lejanos orígenes de la lengua, con el sentido de gusto, placer o deseo. Los infantes de Carrión, que se han casado con las hijas del Cid para acrecentar con cuantiosa dote la nobleza de su prosapia, quieren vengar en ellas las burlas que se han ganado con su cobardía, y se confabulan:

Sacar las hemos de Valencia, de poder del Campeador,
después en la carrera feremos nuestro sabor.

Hacer su sabor en ese caso era llevar a las tiernas muchachas al desolado robledo de Corpes, arrancarles sus vestiduras, azotarlas con cinchas corredizas y herirlas con las espuelas hasta dejarlas casi muertas. En el mismo poema, el Obispo Don Jerónimo, muy bien armado, acude ante el Cid y le pide un puesto en la batalla contra el rey Búcar, “por sabor que había de algún moro matar”. En aquellos tiempos tremendos era sabroso para un Obispo matar a un moro en batalla.

Desear era *haber sabor*. *A vuestro sabor* era *a vuestro gusto*. *Buen sabor* era placer, ventura, bienestar; y *mal sabor*, pesar o disgusto. De ahí el *sinsabor*, usado hasta hoy. Y de ahí también el *saboroso* (“Málaga es buena tierra, muy *saboroso* lugar”, dice el *Poema de Alfonso Onceno*) y luego el *sabroso*, tan vivo desde Berceo hasta el *Quijote*.

El uso venezolano es, indudablemente, continuación ininterrumpida del español. Pero con algo más. Nos parece que el *sabroso* antiguo y clásico tenía cierto carácter literario, cierto valor metafórico. Seguramente

así llegó a Venezuela. Y lo que era hasta entonces gala expresiva, se transformó en uso cotidiano, en lugar común. De nuevo el triunfo, en tierra venezolana, de la expresión figurada o metafórica.

¿Y por qué *sabroso* se generaliza de ese modo entre nosotros? ¿Tendrá ello alguna relación psicológica con el uso de gozar, tan afortunado también en Venezuela? *Se goza* efectivamente con todas las cosas habidas y por haber, desde un caramelo hasta una clase de latín o de metafísica: *Gozamos millones, un dineral, un realero, un puyero, un imperio*. Cualquier diversión es una *gozadera* (¡*Qué gozadera!*), y en verdad los venezolanos son muy *gozones*. Pero en Canarias el uso de *gozar* es todavía más extenso. Se dice: He *gozado de los toros* o *del baile* o *de una representación teatral*. Y hasta *he gozado de la señora* o *de la señorita Fulana de Tal*. Y con la mayor franqueza se lo dicen así al marido o al padre (Sebastián de Lugo se hacía cruces de ello hace ya un siglo). *Gozar de una persona* es pasar el rato entretenidamente en compañía de ella. Sin malicia ninguna, Inés, la madrina de la boda en el *Peribáñez* de Lope de Vega, dice a los novios: “Largos años os gocéis”.

Un gran escritor canario, Benito Pérez Galdós, usa también *sabroso* a la manera venezolana. En *El terror de 1824*, dice el viejo Sarmiento a Solita, que le acaba de anunciar que desiste de su proyectado viaje a Inglaterra: “—¿Conque no te vas? ¡Qué sabrosas nuevas has traído esta noche a tu viejecito!” Canarias y Venezuela coinciden en una serie de rasgos léxicos.

Es posible que el *sabroso* y el *gozar* constituyan una aportación canaria a nuestra expresión. La influencia canaria ha sido extraordinaria en la formación venezolana. Laureano Vallenilla Lanz, en *Cultura Venezolana* de 1921, consideraba que casi toda la población blanca del centro de Venezuela era de origen canario, y destacaba los siguientes nombres, tan representativos: el Marqués del Toro, Miranda, José Félix Ribas, Páez, los Monagas, los Blanco (de Guzmán Blanco), Bello, Vargas, etc.

Contra lo que haría suponer la profusión de *sabroso* y de *gozar* en Venezuela, nos parece que no anuncian de ningún modo un sentido hedónico de la vida. Por el contrario, encontramos menos afán de placer —de placer de los sentidos— que en otras regiones. La vida venezolana, antes de la reciente prosperidad petrolera, ha sido siempre austera y áspera. Salvo algún refinamiento de ocasión propicia (la hallaca, por ejemplo, es obra maestra de la cocina criolla), el comer ha consistido más en hartarse que en saborear. Venezuela ha estado siempre lejos de la “gourmandise” francesa. Las bebidas tradicionales —el aguardiente, el ron— han sido más excitantes que deleitosas, y a eso se debe quizá el éxito fulgurante del whisky. *Beber es echarse palos o pegarse palos*, lo cual, si es un placer, es un placer un poco masoquista. “Bebamos rápido antes de que nos rasquemos”, precepto de un famoso bebedor, simboliza paradójicamente la sabiduría del oficio. En cambio, el vino o los licores de otras tierras se paladean lentamente. El amor mismo ha tenido muchas veces los caracteres de una dura batalla: *atacar* (y *atacón*), *bregar*, *tumbar la empalizada*, *soltar los perros*, etc., son, aunque parezca mentira, expresiones de la vida amorosa. Hay que ver, pues, en el auge de *sabroso* y *gozar*, no las alegadas razones psicológicas, sino complejo juego verbal.

Además, ¿no procede del mismo modo el castellano desde hace siglos? *Me gusta* empezó por expresar una sensación de sabor y hoy se aplica a los objetos más heterogéneos, y desde luego también a las personas. El *buen gusto*, que se ha vuelto signo de distinción en el vestir, en el hablar y hasta en materia estética, se acuñó en España en el siglo XV como virtud cortesana y se difundió pronto por Italia y Francia. *Disgusto*, *sin-sabor*, *desazón* son hoy accidentes de la vida del alma. Se puede *saborear* un libro o una sonata. Del francés *entremets* (entre-platos) ha salido el *entremés* teatral, y también el *sainete* empezó por ser un manjar. Las sensaciones del paladar (mejor dicho, de la lengua) —*dulce*, *amargo*, *empalagoso*, *meloso*, *soso*, *insípido*, *desabrido*, *salado*, etc.— tienen aplicaciones

infinitas. ¿No decimos que algo nos viene *a pedir de boca* para ponderar su oportunidad y excelencia? Nos encontramos frente a un hecho de lingüística general, o de psicología general. El latín *sapere* significaba, en su origen, tener sabor, más tarde tener gusto o discernimiento, y finalmente conocer. De ahí el *saber* nuestro, que conserva los dos valores: “Sabe tanto, que sabe a pescado frito” se dice acá del que cree saberlo todo. Del conocimiento del paladar, al conocimiento intelectual. Paladar es una manera de conocer. *Saber* y sus derivados *sabio* y *sabiduría* proclaman —junto con el *sabroso* venezolano y clásico— la primacía del sentido del gusto. En última instancia, y en escala humana general (recuérdese el *conocer* bíblico), es la eterna relación entre el afán de placer y el afán de saber.

Raspar

Hay palabras privilegiadas, monopolistas. Una de ellas es *raspar*. Además de los valores que tiene en la lengua general (*raspar una pared* o *un cuero*, *la bala pasó raspando*, etc.), ha acaparado en Venezuela una serie impresionante de usos. ¿Nos alcanzarán para enumerarlos los dedos de las manos?

1. Marcharse, sobre todo de prisa, y hasta corriendo: “¡Raspa de aquí!”, “¡Raspe pa fuera!”, “Aquí tiene que raspar todo el mundo”, “En lo que vio la cosa fea, raspó como alma que lleva el diablo”, “Raspan-dito, chofer, que estoy apurado”, “¡Bueno, raspemos!”, “Este carro no raspa” (no marcha), “Ese carro viene raspando a toda mecha”, “Fulanito va raspando”. De ahí el *ir de raspa* o *salir de raspa* (o *de raspas*). ¡*Raspa!* es también una exclamación de carreteros. Julián Padrón recoge, en uno de sus cuentos, la siguiente copla:

Raspa alegre y complaciente
sale el hombre de su casa,
y el día que menos piensa
llega la muerte y lo mata.

Y hasta se juega con ese *raspar* amalgamándolo con el inglés *to fly*, volar: “Lo que soy yo, me voy raspinflai”; “¡Raspinflai, amigo, que ya es tarde!” Es decir, márchese volando.

2. De ahí, como derivada, la acepción de huir, fugarse: “Fernández raspó para el extranjero”, “Juan se raspó con Carmencita para los Andes”.

3. Y también de ahí, morir, que es una manera definitiva de marcharse: “Martínez raspó a las tres de la mañana”.

4. O bien matar, que es morir con ayuda del prójimo: “Lo rasparon”. Dice un médico: “Si a mí me dan ese tercio, lo raspo en seguida”.

5. Y como extensión figurada y humorística de morir o de matar, aplazar a un alumno en una prueba, en los exámenes, en un curso: “Me rasparon en Matemáticas”. Se acompaña a veces con un ademán dramático a la altura del cuello, el de degüello, y un chasquido del pulgar y el índice.

6. Pero consuélense los buenos estudiantes: también a los profesores nos *raspan*, y a veces hasta a los ministros. Porque, como prolongación del mismo uso, significa también despedir a uno, suprimirlo del empleo, *cortarle el cambur*, que es una especie de muerte civil. Menos grave es el *raspar* en el béisbol, que es *sacar out* a un jugador: “Lo rasparon en jom”, “Lo rasparon en segunda”.

7. Es también llevarse a alguien rápidamente, y por extensión llevarlo a la prisión, a la cárcel: “Al Jobo lo rasparon para la Rotunda”.

8. Es muy vivo el sentido castizo de robar: “Juan me raspó un real”, “José raspó a Juan sin aguarle el ojo”. Que puede ser allanarlo todo, pillar, sobre todo en la guerra. Ovalles registra: “Aquellos buenos guerreros *raspaban* todo cuanto hallaban al paso, registrando con gran interés desde el dormitorio hasta el fogón”. Y de ahí, equivale también a estafar, perderlo todo. Así lo usa Pocaterra: “Me metí a la ruleta del Cataluña y... ¡me rasparon!” Es corriente también: “A García lo rasparon con la especulación de los terrenos”.

9. Es tal su poder expansivo, que se ha tragado a *rapar* y lo ha sustituido en todos los usos: “Coco raspao, / ¿quién te raspó, / que las orejas / no más te dejó?” *Raspase el coco* es cortarse el pelo. Se oye a veces el refrán: “Cuando veas las barbas de tu vecino raspar, echa las tuyas a

remojar”. La verdad es que *raparse la barba* es casi siempre raspársela. Y en los juegos de muchachos es frecuente la *raspiña* (de *rapiña*), con el valor de arrebatía.

10. El dedo que me queda me lo quitaré antes de hablar de la décima significación, que Job Pim no se atrevía a consignar, “porque tendríamos que ponerla en latín”. Y aun nos parece para el caso preferible el griego.

Además de esas diez acepciones, *raspar* tiene por lo menos otros tantos derivados: el sabroso *raspado* o granizado, deleite callejero de chicos y grandes; la no menos sabrosa *raspadura* de las ollas o pailas (en el Táchira se llama así humorísticamente al benjamín de la familia, *el cubo* o *la cuba*); la desagradable *raspada*, *raspadera* o *raspazón* en los exámenes (“¡Qué raspadera hubo en cuarto año!”, “El profesor hizo una raspazón general”, “Le echaron una raspada en Matemáticas”); el desdichado *ráspero* o desecho humano, masculino o femenino. Nunca falta quien hable claro y *raspao*. Con *viento raspao*, en el Táchira, por ejemplo, si no se resuelve el arduo problema alimenticio, se puede al menos conservar la línea: “No he comido *más que viento raspao*” (es decir, nada). El *raspón* es el rasguño, pero además una tela o un cuchillo de poco filo (en Lara), que en los Llanos se llama *raspapán*. *Dar un raspón* es engañar, y *llegar con la raspadura* es llegar a duras penas. La *raspacanilla* es en Falcón (también en Colombia) un modestísimo *arroquito*, un bailecito popular. Y últimamente nos ha venido de México otro derivado: “La *raspa* es un danzón...”

El verbo ha sido realmente productivo. De la acepción inocente de raer ligeramente alguna cosa, se pasó, sin duda por eufemismo humorístico, a la de hurtar o robar, viva desde la época clásica: *raspar* es raer algo del prójimo, como lo hace *la rata* (*rata* es también un equivalente tradicional de ladrón). Y luego una manera de *rasparle* a uno una parte de sus haberes.

En cambio, la acepción de irse o marcharse precipitadamente es solo venezolana. Pero nos parece que tiene antecedentes españoles. En el

Juez de los divorcios de Cervantes, el Soldado, de quien quiere divorciarse doña Guiomar, habla de los hombrecitos bulliciosos que con una vara en las manos y sobre una mula de alquiler pequeña, seca y maliciosa, salen por la Puente Toledana raspahilando, para poder traer a casa un pernil de tocino y unas varas de lienzo crudo. Este *raspahilando*, que también se encuentra en un entremés de Quiñones de Benavente (“Venga, rabo entre piernas, *raspahilando*”), se corresponde con el francés *filer* ‘hilar’ que significa también ‘marcharse’ y con el italiano *filare*, que es correr velozmente. Ya en Quevedo se hizo respailando (“vino un alguacil en un santiamén y un escribano en volandas *respailando*”), y así se conserva en algunas partes de España (es forma académica), y también en Santo Domingo, donde, con aspiración de la *h* original, se hizo *respajilar* o *repajilar*, ahuyentar, echar de un sitio a una persona o animal, y en Cuba *repajilar*: salir *repajilando* es salir de estampía o salir arriando velas. Nos parece indudable que el *raspahilando* clásico —conservado, con variantes, en las Antillas— ha dado el *raspando* venezolano. Y es curioso señalar —como transformación de un fondo común— que en el interior de la Argentina se dice *raspar la hebra*, equivalente de *poner pies en polvorosa*. Curiosa familia de palabras que desde el *raspahilando* clásico nos ha dado *respailando*, *respajilando*, *repajilando*, *raspando la hebra* y *raspando*.

De pronto una palabra absorbe una serie de usos diversos. Es su triunfo. Pero —como todo triunfo— quizá sea más ilusorio que real. Al aumentar en extensión, pierde en profundidad, en matices, en riqueza expresiva. El que mucho abarca, poco aprieta. Es el caso de *cargar*, de *botar*, de centenares más. ¿Pero será también el de *raspar*? Quizá no. Parece más bien que la preferencia por una palabra tan llena de significación se debe a que cada uso juega, más o menos inconscientemente, con todos los demás. Es, en el terreno del lenguaje, manifestación de la eterna tendencia humana al juego. ¿Y qué actividad humana es más seria que el juego?

¿Botiquín o botillería?

Es sin duda característico de Venezuela el uso de *botiquín* (por taberna, cantina o bar), que no se conoce en ninguna otra región hispánica. El nombre está difundido por todo el país, con prestigio (o desprestigio) variado. En las ciudades y en los pueblos los botiquines expenden alcoholes diversos, en el mostrador o en unas pocas mesas, en las que además se puede jugar a los naipes o a los dados, y en alguno hasta al billar. Los parroquianos pueden ser de la buena o de la mala vida. Y como no es raro que el hombre (y aun la mujer) se salga de su propia medida y dé allí espectáculos poco edificantes, las ordenanzas municipales han establecido últimamente que se vele el interior con las vergonzantes “puertas de golpe”. Lo cual quizá los hace más tentadores.

El testimonio más viejo que tenemos se lo debemos al profesor Benjamín Mendoza. El 7 de octubre de 1838, don Tomás Lander, la gran figura del liberalismo venezolano, publica una carta a sus convecinos de Ocumare informándoles sobre su actuación en el Colegio Electoral de la Provincia de Caracas. Y matizando su relato político con un sarcasmo, dice:

Deben ustedes saber, ciudadanos de Ocumare, que también tuvimos en el Colegio un perro meditabundo como elector honorario. Era grande, vistoso y blanco, con manchas acaneladas. Siempre que hablaba nuestro Gobernador, si se encontraba en el patio o por el botiquín, corría, y situándose al pie de la mesa en la que nos habían puesto avíos de escribir, recorría con la vista las dos hileras de electores y se sentaba sobre su tafanario majestuosamente.

Es posible que el *botiquín* fuera ahí el bar interno del Colegio Electoral. Por lo menos es el valor que le daba González Guinán al describir la pomposa recepción y baile que el gobierno de Carabobo dio el 23 de enero de 1884 al presidente Guzmán Blanco y su familia: “En el gran comedor del Norte se colocaron los botiquines y el *buffet*, admirablemente organizados y bien provistos”.

Después de Lander, lo encontramos en el *Mosaico* de Luis Delgado Correa, de 1856: “el mozo del botiquín” (II, 94). Desde entonces ha hecho gran carrera. Corresponde a lo que en el Sur (Argentina, Uruguay, Chile) se llama *boliche*, y en el Perú *chingana*, que no es igual que la de Chile. También en España hay una serie de designaciones regionales: *chigre* en Asturias, *chabisqui* en Granada y Almería, *zampuzo* en Huelva, etc.

Una institución de tanta importancia tenía un nombre venezolano tradicional: *taguara*, de ascendencia indígena. Pero la taguara cayó en descrédito y surgió el *botiquín*, que vino de Portugal. El *botiquim*, o *botequim* portugués es lo mismo que el botiquín venezolano: *Foi tomar café ao botiquim da esquina*. En Lisboa hasta hay botiquines de lujo, y al principio también los hubo en Caracas. El *botiquineiro* es el dueño o mozo del botiquín, y la *botiquineira* la mujer del botiquinero, o la que atiende a los parroquianos. El *botiquim*, más fino que la *taberna* o *tasca*, fue el antecesor del café moderno, y desde 1820 tuvo importancia en las actividades conspirativas. Indudablemente ha sido la inmigración portuguesa de la primera mitad del siglo XIX la que trajo este nombre a Venezuela. Portugueses fueron los primeros botiquineros, y los primeros no son en este caso los últimos.

La verdad es que el botiquín portugués representó al principio la dignificación de la taguara indígena, que ha quedado relegada a una categoría inferior y está ya en franca desaparición. Pero a su vez lo está arrastrando la decadencia, que parece un sino fatal del género. De todos modos, las palabras suelen tener más vitalidad que las cosas. Todavía se

oye en Caracas: “Cómprame eso en cualquier taguara”. Y también: “Vamos para la taguara”, aunque uno vaya a un dancing. Además, en establecimientos de esta clase son frecuentes los nombres exóticos. También el español *tasca*, un equivalente moderno de *bodegón* o *taberna*, procede al parecer del portugués (o del caló); *taberna*, aunque es voz latina, nos vino sin duda del italiano, como *botillería*; *bar* es palabra inglesa, y ahora se ha introducido de los Estados Unidos, convenientemente traducida, la *fuelle de soda*.

Los puristas han defendido *botillería* en lugar de *botiquín*, y hasta se ha instalado en Caracas alguna botillería. ¿Será realmente mejor? En Colombia es la tienda en que se venden dulces, bizcochos y bebidas refrescantes (pero no acalorantes). En la tradición española era el café pequeño o despacho de bebidas heladas o refrescos. Y aunque se conserva en algunas partes de España, y en Madrid se recuerda todavía la botillería de Pombo, es voz que está en franca desaparición, sustituida por *horchatería*, *heladería*, *refresquería*, etc. En plan de rehabilitación, los botiquineros preferirán rebautizar sus establecimientos con el nombre, más postinero, de *bar*.

Pero ¿es realmente tan insólito llamar *botiquín* al botiquín? El griego *apothéke* era depósito o tienda, y de ahí el latín *apotheca*. De este latín *apotheca* salió el castellano *bodega*, depósito de vinos, y aun establecimiento para venderlos, que en Venezuela (también en Cuba, Perú, etc.) ha venido a transformarse en tienda de comestibles, inferior a la *casa de abastos* (o simplemente *el abasto*), pero que está desplazando a la vieja *pulpería*, relegada a tercer orden, y a *ventorrillos*, *ratoneras*, *guaraperas* o *guaraperías*, *tarantines*, *puyas*, *toldos*, etc., relegados al último orden.

Otro derivado de *apotheca*, más tardío, es *botica*. Pero *botica*, además de ser establecimiento para la venta de remedios, tuvo valores diversos en la tradición española. Designaba en general la tienda del mercader, o el establecimiento donde se vendían toda clase de géneros (paños, sedas,

etc.), como el francés *boutique*: las *boticas* de la feria de Medina del Campo, por ejemplo. Todavía hoy, en el argot de los delincuentes *botica* es la tienda del mercero y *boticario* el tendero de mercería. Y aún más. El taita o padre de mancebía debía dar a cada mujer una *botica* con su cama, y las *Ordenanzas de Granada*, muy escrupulosas, especificaban en qué consistía: “dos bancos y un zarzo y un jergón de paja y un colchón de lana y dos sábanas y una manta y una almohada y un paramento de lienzo para delante la cama, y una silla, y llave para la botica”. En verdad, no le iba del todo mal el nombre. Y si se tiene en cuenta que *curarse* es, en gran parte de América (Chile, Perú, etc.) emborracharse, y que en otra gran parte (México, Guatemala, etc.) equivale a *asentar el ratón*, es evidente que el botiquín tiene mucho de botica (*petite boutique* se llama además en Haití). En Venezuela puede uno *curarse* ampliamente en cualquier botiquín. Y dicen en Chile, jugando con la doble acepción: “Quien se cura, vive sano”.

¡No, si así es!

Hay expresiones de trayectoria fulgurante y efímera, que tienen sin embargo interés para comprender la vida de la lengua. Un día se ponen de moda, y entonces se oyen en todas partes, hasta la saciedad y la exasperación. Por lo común son como briznas de paja en el viento, y desaparecen sin dejar rastro. Otras veces duran más, se transforman y echan raíces. De pronto es la múcura que hace estragos. O Lalo, que pasa misteriosamente por todas partes. Hemos conocido la época de los colmos y del *qué le dijo*. Las grandes comunidades necesitan un tema común que las unifique, y en nuestros pobres tiempos, a falta de un ideal colectivo que infunda inspiración y grandes hazañas, cunde el cinco y seis o circula un estribillo. Ayer era el “No puedo con ella”. *¡No, si así es!* está hoy de turno.

Veamos las circunstancias en que se usa. La discusión se está poniendo violenta. Uno de los protagonistas extrema los argumentos y hasta los adjetivos, y quiere imponer su lógica aplastante. El contrincante, agotado, abandona el campo:

— ¡No, si así es!

Es decir, tiene usted razón, pero la verdad es que no la tiene. Es cerrar la discusión sin dar el brazo a torcer. Recurso más elegante que aquel, tan femenino, de las tijeretas. ¿No lo conocen ustedes? Es más conocido que la ruda, que en verdad muy pocos conocen. Lo cuenta el Arcipreste de Talavera, en su *Corbacho o Reprobación del amor mundano*, en que “habla de los vicios de las malas mujeres e complexionones de los

hombres”, de 1498. Y lo repite Covarrubias en 1611. Discutían acaloradamente marido y mujer en materia filológica, que es la más discutible de las materias. La mujer sostenía que los zarcillos o cordelillos de la vid, con los que se enredan los sarmientos en lo que encuentran, se debían llamar *tijeretas* y solo *tijeretas*. El marido, que era probablemente de otra región hispánica, les daba nombre distinto: *cañivete*. Porfiaba ella por lo suyo, y tanto porfió, que el marido, montando en cólera, la tiró por el puente al río. Arrastrada por las aguas, todavía gritaba ella ¡*tijeretas!*, y ya ahogándose, sacaba a flote dos dedos y hacía con ellos la señal de las tijeras al cortar. De ahí ha quedado la expresión: ¡*Tijeretas han de ser!* El porfiado o terco es poco simpático, aunque tenga razón, y la mujer de la historia tenía tanta como Galileo, y no menos heroísmo. Y quizá el tener razón, que es mucho tener, la hacía aún más antipática. El ¡*No, si así es!* es todo lo contrario del ¡*Tijeretas han de ser!* En Venezuela se conoce una variante de las tijeretas: el cuento de la mujer y el piojo. La terquedad femenina, que ha enriquecido el folklore universal (recuérdese la eterna disputa por el pelo de la sopa), ha inspirado también otro cuento, muy conocido en Venezuela y que tiene vieja tradición castellana (se encuentra en *El sobremesa y alivio de caminantes*, de Juan de Timoneda, en 1563): el de la mujer arrastrada por la creciente y a la que el marido, que la conoce muy bien, va a buscar aguas arriba.

Cuentan —el cuento, como casi todos los cuentos, es viejísimo y tiene infinitas variantes— que un famoso personaje se estaba afeitando en la peluquería de la Plaza Bolívar. Entró un amigo y le dijo: “En la esquina de la Gorda un carro acaba de atropellar a tu mujer”. El hombre salió disparado, sin ponerse la chaqueta, con la cara medio enjabonada, y corrió hasta la esquina en cuestión. Allí se detuvo, y al ver que todo estaba en orden, se acordó de que era soltero y no tenía mujer. Más filosóficamente contestó otro, cuando le hicieron la misma broma: “¡*No, si así es!*”

Hay en la expresión cierta sorna, cierta incredulidad, que es como una armadura frente a la temible “mamadera de gallo”. Y aun la hemos oído en otras circunstancias. En un autobús que sale del Silencio sobrecargado de pasajeros, y pasajeras, se produce una tentativa poco afortunada de aproximación. La mujer, acalorada, increpa: “¡Váyase de aquí, grosero; me está rascabuchando!” El caballero (¿el caballero?) se pone de pie, inclina la cabeza respetuoso y dice: “¡No, si así es!” El público sonrío y está con él. Si se sintiera abochornado, todos lo despreciarían.

Otra escena. Llegamos a la Florida. Padre e hijo recorren la hermosa avenida de las Acacias, y por las rejas de una quinta residencial asoma un perro que ladra furiosamente. El padre tranquiliza al hijo: “No te asustes, ¿no sabes que perro que ladra no muerde? —No, si así es —contesta el muchacho—. Eso lo sabes tú, papá, y ahora lo sé yo también, pero ¿y si no lo sabe el perro?”

Un episodio más. Cuentan que un político llegó en actitud reverente ante la estatua ecuestre de Bolívar, y se dirigió a él: “¿Verdad que después de ti ocupo yo el primer lugar en el corazón de los venezolanos?” Y afirman historiadores verídicos que el Libertador le contestó: “¡No, si así es!”

La verdad es que se dice a cada paso, en las circunstancias más variadas. Y hasta se amplía: “No, si así es... repítemelo otra vez”, “No, si así es... por la radio se oye y por la televisión se ve... y no te lo cuento porque es censura B”. Y últimamente: “No, si así es que es”, “No, si así es que es que es”. Lo oímos casi a cada rato, al meter el oído, con curiosidad filológica, en la conversación ajena. Y se ha generalizado tanto, que se usa hasta como simple aquiescencia, como confirmación intrascendente de lo que nos dice el interlocutor, a quien, como enseña la experiencia, casi nunca se oye, pero al que siempre, por desgracia, hay que contestar.

La expresión surgió probablemente de otras análogas, más estables: *Así es que es*, *Así es como es*, *Así es la cosa*. En los Andes se dice, de modo burlón, *así es Petra*: “Está bien, así es Petra”. De la afirmación enfática se pasa, en actitud festiva, a la escéptica. ¡Conque *así es la cosa!*, exclamación de asombro del venezolano, se transforma de manera burlona: *¿Así es la cosa, nené?* Eterno afán de juego: frente al énfasis, la sonrisa.

El habla popular suele llamar estas expresiones, impropriamente, *refranes*. Y una serie de ellas han estado de moda o circulan todavía, para denotar la incertidumbre, la duda, el escepticismo irónico o benévolo: “¡Cómo va a ser!”; “Yo te aviso”; “Mañana a esta misma hora” (que equivale a *espéralo sentado*); “¡Dos veces!”, que se acompañaba con el ademán de los dedos (—¡Mira que te voy a hacer un regalo! —¡Dos veces!); “¡Qué va!” o “¡El ojo de la mona!”, que también se acompañaba con un ademán. En España ha circulado muchísimo, con entonación achulada, otra: “¡Que te crees tú eso!” La nueva expresión venezolana tiene a su favor el doble juego del no y el sí. Ni afirma ni niega. Es un poco burlona, pero sin acritud, con cierta campechanía alegre.

El rechazo, y el rechazo burlón, tiene en todas partes una rica fraseología, en constante renovación. El venezolano usa el *¿Cómo nié!*, y en la Argentina cundió hace tiempo otra deformación, aplicada a todos los verbos: —“¿Irás a la fiesta?” —“¡Iriola!” (recuerda un poco el *¡ipanola!* de acá, de sentido contrario). Pero también la tiene la aceptación más o menos jubilosa. En Venezuela circularon varias expresiones de este tipo: “¿Qué es eso pa mí?”, “¡Con dos riñones!”; “¡Urpia, Dolores!”; “¡Muerto, quieres misa?”, etc. Y aun una serie de otras, de valor muy divergente: “Dele, que el golpe avisa” (procedente del lenguaje automovilístico), “Y es poco”, “Ahí está el detalle”, “¡Cómo hicieras tú!” (“¡Cómo hicieras tú, Perú!”; cantaba el público al equipo de béisbol del país hermano, que estaba perdiendo en los últimos juegos bolivarianos), “¡Qué le van a tirar!” (O “¡Qué le van a tiriquitraque!” o “a tiriqui” o “a tiriquitriqui”)

y muchos más. Y en España otra serie, y los llaman, tampoco muy acertadamente, *timos* o *timitos*: “No hay derecho” (la historia prueba, por el contrario, que siempre hay derecho), “No es por ahí”, “A ver si va a poder ser”, “A mí que me registren”, que ha sido común también en América.

En estos momentos el *¡No, si así es!* está en grave peligro de ser desplazado por otra expresión, que está imponiendo la televisión y la radio con tonada especial: “*¡Cambia, papá!*” Se varía a veces: “*¡Cambia, mamá!*” Posiblemente provenga de una vieja advertencia: “*¡Cambia el disco!*” La propaganda comercial explota, también en este terreno, la chabacanería colectiva, empezando, como aconseja la técnica, por la tierna infancia.

Un refrán verdadero como *una golondrina no hace verano* puede seguirse paso a paso a través de dos mil quinientos años, hasta Aristóteles, por lo menos. En cambio, casi todos esos presuntos “refranes” están ya olvidados, como en cruel castigo de la fortuna que alcanzaron. La gloria suele ser pasajera, y el favor popular es tornadizo. Ninguno de ellos es extraordinariamente fino, pero de toda clase de monedas se compone el tesoro de la expresión colectiva.

¿Pensum o plan de estudios?

Se está hablando mucho en estos días de *pensum*: cambios de *pensum*, unificación de *pensum*, etc. Además, con unos plurales heterogéneos: los *pensa*, los *pensums*, los *pénsumes* y hasta los *pensum*. ¿Será legítimo ese uso de *pensum* como equivalente de plan de estudios?

En primer lugar, solo se da —que sepamos— en Venezuela y Colombia, y los hispanoamericanos y extranjeros recién llegados, por más conocimientos que tengan de la lengua, tienen que preguntar el significado. Y en segundo, *pensum*, que es desde luego palabra latina, no ha tenido nunca la acepción de plan de estudios ni en el latín clásico ni en el medieval. Hay que dilucidar, pues, cómo ha llegado a generalizarse en nuestros días.

Pensum es un derivado del latín *pendere*, pesar, y designaba la cantidad de lana *pesada* que se daba a una mujer (habitualmente a una esclava) para que la hilara en un día o en un tiempo determinado. Por extensión designó luego cualquier tarea o función asignada a alguien. Hasta ahí llegó el latín, y nada más. Pero ya se sabe que al latín, después de muerto, le crecieron uñas y barbas.

Y así, en la enseñanza medieval, *pensum* pasó a ser la tarea impuesta como castigo a un alumno, por analogía con la pesada tarea que se asignaba a la hiladora romana. Esa significación, frecuente en seminarios y colegios, se dio en toda Europa y se recuerda todavía, muy desvanecida ya, en Alemania y Francia, tan apegadas a sus latines. Fue durante siglos el símbolo de una pedagogía embrutecedora, que consistía en hacer

llenar mecánicamente planas de letra muerta, conjugar hasta el infinito verbos de significación afrentosa o ejercitar la caligrafía en los eternos preceptos de moral escolar: “No debo mentir”, “No debo reírme en clase”, etc. El pensum, como la palmeta y otros instrumentos de tortura pedagógica, ha quedado desterrado, por fortuna, de la enseñanza moderna.

Pero las palabras tienen a veces una misteriosa supervivencia. En la enseñanza inglesa perdió el carácter de castigo y llegó a designar la tarea que se cumple en un tiempo determinado, el trabajo realizado por una clase en un año o semestre. Sin duda con ese uso inglés se entronca el colombiano. Pero de tarea cumplida en un semestre o en un año pasó en Colombia a designar el plan de estudios total del bachillerato o de una carrera cualquiera, y con ese valor se incorporó a las leyes y reglamentos de educación. Es decir, amplió bastante su esfera significativa más allá del latín clásico y medieval y aún más allá del uso inglés. Y absorbió otros latinismos que había acuñado la pedagogía moderna: *curriculum*, *prospectus*, *conspectus*, *syllabus*, *sinopsis*, etc. Se olvidaba la vieja significación de castigo o el valor original de *cosa pesada* o de *tarea pesada*, y se sentía asociado con el moderno *pensar*.

Seminaristas y pedagogos colombianos han generalizado ese uso. Y hasta lo han justificado y defendido: según el presbítero Juan C. García (*Boletín de la Academia Colombiana*, V, 158-159) viene usándose, como equivalente de programa o plan de estudios, desde el siglo XVI, aparece en documentos publicados en toda la América española en los siglos XVII y XVIII, se puede encontrar en relaciones de virreyes, informes sobre colegios y memorias de educación, y en Colombia ha prevalecido en toda la época republicana. No da, sin embargo, para afirmación tan rotunda, una sola cita concreta. Por nuestra parte no lo hemos encontrado nunca. Y aun en Colombia, hemos revisado el decreto del 26 de octubre de 1820 por el cual el general Francisco de Paula Santander,

encargado de la presidencia de la República, reorganizaba la instrucción pública de las universidades de la Gran Colombia, y el ilustre presidente no habla nunca de *pensum*, sino de *plan de estudios* de los colegios y establecimientos públicos y decreta un *plan nuevo*. La palabra en cuestión no aparece ni cuando crea dos cátedras de latinidad en los colegios. Y tampoco en otro decreto, del 10 de junio de 1827, en el que sigue hablando de *plan de estudios*. Este es también el término que usa el Congreso de Bogotá el 20 de junio de 1823 y el que empleaba Simón Bolívar, en 1828.

No podemos fijar cuándo aparece la nueva significación de *pensum* en Colombia. Pero sí podemos asegurar que no es vieja en Venezuela. En la documentación universitaria que hemos podido revisar no la encontramos antes de 1930. Los aspirantes al ingreso presentaban una solicitud con la certificación de haber aprobado “las materias que constituyen el Curso del bachillerato”. Y cuando aspiraban al grado doctoral, declaraban haber aprobado, por ejemplo, “todas y cada una de las materias que integran el Curso de Doctor en Ciencias Políticas”. Esa era la terminología de los alumnos y de la secretaría universitaria. Pero de pronto, en una nota del 25 de septiembre de 1931, encontramos la palabra nueva. Para resolver una solicitud de reválida, la Facultad de Ciencias Médicas se dirige al Rector de la Universidad Central y desea saber: ... “2.º Si el Diploma de Doctor en Medicina General de Praga corresponde con las materias del *Pensum* de Ciencias Médicas de la Universidad Central de Venezuela”. En ese mismo año el Ministerio de Educación había dictado un Reglamento para que en la inscripción de estudiantes procedentes del extranjero los Consejos respectivos hicieran previamente “el cotejo de los diferentes *pensums*”.

Cuando una palabra llega a los papeles oficiales, hay que pensar que ya tenía alguna vida anterior. Suponemos, pues, que de 1920 a 1930

pensum hizo su entrada en Venezuela. Desde entonces, ha hecho una carrera triunfal en la prosa universitaria y aun en los reglamentos y leyes de la educación nacional. Su difusión en Colombia todavía se explicaba por ser la tierra americana más fiel a la tradición latina. Colombia tiene en ese sentido un prestigio continental muy bien ganado. En cambio, su arraigo en Venezuela se debe quizá a dos razones. Una negativa: el prestigio de los latinajos, sobre todo en la prosa jurídica. La otra sin duda positiva: un afán de diferenciar el plan de estudios (la estructuración de la enseñanza, la división en ciclos, semestres, etc.) de la enumeración de las materias de un curso. Esta diferenciación se puede hacer perfectamente con los recursos tradicionales de la lengua. De todos modos, vino a sustituir a la vieja *sinopsis*, que incluía un programa analítico de las diferentes asignaturas.

Creo, por razones de sencillez, que es preferible volver a *Plan de estudios*. Tiene la ventaja de ser comprensible para todos y de ser irreprochable. La terminología de la educación, como toda la terminología culta, debe responder además a un amplio afán de unidad hispánica. Dejemos el *pensum* para la historia de la educación medieval, y elaboremos, para la enseñanza secundaria y universitaria, un *plan de estudios* moderno y progresista.

¿Bravo o enfadado?

Españoles e hispanoamericanos de otras tierras se asombran del uso venezolano de *bravo*. No el del himno (“Gloria al bravo pueblo...”), sino el del habla familiar: “Estoy bravo con Fulano”, “Está bravo conmigo”, “Me puse brava y le eché un bollo”, “¿Te vas a poner bravo ahora?” Este uso se da también en Colombia, las Antillas, gran parte de América Central (Guatemala, Honduras, etc.) y parece que llega hasta el Ecuador. La Academia Española lo ha legitimado recientemente (15.^a ed.), como si fuese de la lengua general, pero me parece que no se conoce hoy en España. Un profesor español y uno argentino cambiaron miradas de sorpresa una vez, en un examen del Instituto Pedagógico, al oír a un alumno que explicaba un episodio de la historia egipcia: “Y entonces el Faraón se puso bravo” ...Y es que *ponerse bravo* evoca la bravura del toro, y no parece estar a tono con el ambiente faraónico.

Sin embargo, ese uso de *bravo* tiene brillante tradición. Rufino José Cuervo, tan severo por lo común, lo defendió como irreprochable y lo documentó en textos muy importantes del siglo XVI. Citemos solamente dos. El primero, de la gran *Historia* de Fernández de Oviedo:

Después que el Obispo lo hovo oído, quedó muy *bravo*, e dijo que era muy mal ponerse ellos en disputas para lo que el rey mandaba.

El segundo, más espectacular sin duda, de una carta de Felipe II a una de sus hijas:

Magdalena anda hoy en gran soledad de su yerno, que partía hoy para ahí, aunque yo creo que lo hace por cumplimiento; y

estuvo muy enojada conmigo porque le reñí algunas cosas que había hecho en Belén y en las galeras; y con Luis estuvo muy *brava* por lo mismo.

Y aun nos permitimos agregar uno más, del siglo XV. Dice Celestina a Sempronio, criado de Calisto (acto III):

A casa voy de Pleberio. Quédate adiós. Que aunque esté brava Melibea, no es ésta, si a Dios ha plazido, la primera a quien yo he hecho perder el cacarear.

En los procesos inquisitoriales de Cartagena de Indias se registran una serie de hechizos para *amansar* o *desembravecer* al prójimo. Entre ellos una oración, de 1611: “Fulano, bravo estás como un león, / manso te tornes como Nuestro Señor”.

Los ejemplos se podrían multiplicar hasta el infinito. Pero ¿cómo se explica que España y gran parte de Hispanoamérica hayan olvidado ese uso y que se conserve tan primorosamente en este sector del mundo hispánico? Venezuela y las Antillas constituyen una de las regiones más arcaizantes del castellano. Preciosas formas del español antiguo y clásico que España ha desechado como moneda vieja tienen plena circulación entre nosotros. El uso de *bravo* puede seguirse paso a paso desde el siglo XVI hasta hoy, sin interrupción. En 1762 un *Arte y vocabulario de los indios achaguas* registra, en la parte castellana, *bravo* con el valor de colérico. Un documento de 1765, de Caracas, dice: “la dejó y se salió muy bravo”. Bolívar, en carta del 20 de mayo de 1820, escribe a Santander:

Usted gusta de la franqueza sin rebozo, de la amistad ingenua y de decir verdad; y después se pone *bravo* cuando le siguen sus pasos.

En la literatura venezolana moderna tiene uso abundantísimo. En *Vidas oscuras*, la amarga novela de Pocaterra, dice Elisa: “Estoy brava; entiéndelo bien, furiosa”. En *La Trepadora* de Rómulo Gallegos, el fiero Hilario Guanipa se ablanda ante la delicada Adelaida, su mujer: “Mi

blanca ¿como que está enfurruñada? —decíale cuando llegaba a deshoras, para hacerse perdonar—. No se ponga brava conmigo, mi blanca”. Y en *Cantaclaro*, dice Florentino a Rosángela:

Veo que es usted una mujer valiente que sabe imponérseles a los hombres sin alzar la voz, al revés de casi todas las mujeres que he conocido, que cuando se ponen bravas gritan más que una chenchena.

El mismo uso aparece en una canción infantil que se conoce en todo el país, y en casi todos los países hispánicos, con variantes diversas. En Caracas la hemos oído así:

Doña Panchíbida
se cortó un débido
con el cuchíbido
del zapatébido.
Y el zapatébido
se puso brávido
porque el cuchíbido
taba aflábido.

Eso de *ponerse bravo* es a veces vocación. Hay personas que *se ponen bravas* por cualquier pequeñez: “Miguel Ángel tiene muy mal carácter; es de los que se ponen bravos bebiendo agua”, “Mamá se pone brava bebiendo agua”. El castellano tiene una serie de voces para expresar estados de ánimo de este tipo: *enfadado, enojado, colérico, furioso, enfurecido, rabioso, iracundo, airado, irritado, molesto, picado, enfurruñado, violento, exasperado, sañudo, disgustado, fastidiado, encalabrinado* y algunas más. El hablante tiene en este aspecto una enorme posibilidad de matización. Aun manteniendo vivas todas las posibilidades, hay siempre preferencia por una para el uso familiar y cotidiano, y las demás quedan relegadas a circunstancias especiales. En 1611 decía el *Tésoro* de Covarrubias: “Al hombre llamamos *bravo* cuando es valiente, o cuando está enojado o

cuando sale muy galán y bizarro”. Demasiados usos, y en parte contradictorios. No podían subsistir íntegramente. Y ahí está sin duda el secreto de la diversidad en las preferencias regionales.

En España, *bravo* se aplicó a los animales feroces, especialmente al toro (por algo el toreo se llama *fiesta brava*), y por extensión al denuedo y la fiereza del hombre. Pero la bravura, como la osadía, la intrepidez, la temeridad y otras virtudes, puede verse desde planos opuestos. Desde el plano escéptico, desvalorizador, el bravo se hizo valentón, perdonavidas, cascarrabias: recuérdese “el mancebo que casó con mujer brava e llegó a domarla”, fuente de *La fierecilla domada* de Shakespeare. Desde el plano optimista, llegó a ser magnífico o soberbio, y de ahí el ¡*bravo!* del asentimiento y el aplauso. Pero para la expresión del estado de ánimo pasajero las distintas regiones se han alejado modernamente en sus preferencias. España en general ha preferido un término suave como *enfadado*. Gran parte de América (Argentina, Perú, etc.), como Galicia y Asturias, uno algo más fuerte: *enojado*. Y el área del Caribe ha mantenido *bravo*, de los tres el más cargado de violencia.

El hecho de que España y la mayor parte de América hayan olvidado el uso clásico de *bravo* mientras los países del Caribe siguen fieles a él tiene indudablemente su significación. Espíritu conservador en materia de lenguaje, por una parte. Y por la otra, preferencia decidida por la expresión de carácter más figurado, la más cargada de pasión o de afectividad. El venezolano prefiere *sabroso* a *agradable* y *bravo* a *enfadado*. *Sabroso* y *bravo* están más llenos de vitalidad, de espíritu, aunque a veces ese espíritu sea pura efervescencia, como el del vino. Y nadie se ponga bravo por esto, porque no ganará nada. El hombre bravo lleva todas las de perder. Aprenda en la sabiduría del viejo refranero: “El cordero manso mama a su madre y a cualquiera; el bravo ni a la suya ni a la ajena”.

¿Le provoca?

Un “isleño” llegó a Caracas y se fue a comer a un restaurant. Pidió, por nostalgia de su tierra, un sancocho, y se disponía, con entusiasmo patriótico, a devorarlo. El camarero, muy servicial, se le acercó y le dijo:

—¿Le provoca?

El “isleño” lo miró con indignación ante la idea de que su plato preferido pudiese *provocar* a nadie. Y es que en Canarias y en gran parte de España, se dice que algo *provoca* cuando produce náuseas o vómito: “¡Qué ganas de provocar tengo!” Una mujer “en estado” está *provocando* continuamente. En cambio, en Venezuela ese amable ¿le *provoca*? equivale a “¿le apetece?”, o “¿le incita a comérselo?” Es el uso general del habla familiar, y aun del habla culta: —“¿Quieres un helado? —No, gracias, ahora no me provoca”. Y no solo en materia de comidas: —“¿Vas esta noche al cine? —No, no me provoca ninguna de las películas”. O bien: “Me provoca comprar ese libro”. Y aún más: “Me provoca cogerlo a palo”, “Me provoca matarlo”, aunque en los usos con complemento revive el sentido de incitar, mover a, inducir, etc., que conserva en la lengua general de todas partes. En *La Trepadora* de Rómulo Gallegos, dice la alborotada Victoria a misia Carmelita:

— ¡Mira, abuelita! Aquel ranchito sobre aquella loma. ¡Qué paz! ¡Qué sabroso debe de ser vivir así! ¿No te provoca, abuelita?

Dice un joropo, que hoy se canta mucho:

Yo no como mango verde,
porque me pica la boca;
yo lo como madurito,
porque así es que me provoca.

Y mi buen amigo Felipe Massiani, en su *Geografía espiritual*:

Sentimos hormigueante dentro de nuestro ser la curiosidad de interpretar la geografía nativa, de entenderla. Nos provoca el transformar cualquier episodio volandero de la andanza; incítanos cualquier detalle humilde, y como el periodista deseamos «hincharlo» en reportaje humano.

Se usa también, con el mismo valor, *provocativo*: “Esa torta está muy provocativa”. Y claro que una mujer también puede estar provocativa, pero en esto coinciden enteramente Caracas y Madrid. Cuentan que hace años un personaje que acababa de salir de la trágica Rotunda fue invitado a comer. La dueña de casa, como para resarcirle de los duros años de cárcel, puso en la mesa, con alarde gastronómico, una serie de manjares. Y él al ver aquel juego de colores y sabores, dijo, jugando con la doble acepción:

— ¡Pero, señora, eso es una provocación!

A veces la divergencia entre el uso castellano y el hispanoamericano llega a ser espectacular. Unos amigos venezolanos estaban en Madrid y los invitaron gentilmente a comer. Llegaron a las ocho de la noche, con gran sorpresa de los dueños de casa, que los habían estado esperando, con la mesa puesta, hasta las cuatro de la tarde. En Venezuela la *comida* es la cena, y en España es el almuerzo. Otra vez, a una señora española la invitaron en Caracas a almorzar. Se empeñó en llevar algo (algún entremés, algún postre), y como insistiera tanto, le dijeron. —“Bueno, tráigase unos riñones.” La buena señora se sorprendió un poco, pero

fue a una *pesa* o carnicería y se apareció con dos kilos de riñones. Los anfitriones, con los ojos abiertos, no se atrevieron a explicarle que el riñón es una deliciosa fruta tropical, una especie de chirimoya. Y no nos detenemos en casos más dramáticos: inocentes palabras castellanas que de pronto, en distintas tierras de América, provocan risa, sonrojo o indignación. Conocemos una serie de episodios de comicidad, y hasta de violencia. Pero es mejor callar. El silencio es siempre más vasto que la palabra. Lo dice la copla castellana:

Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento;
y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Volvamos a nuestro *provocar*, que se da también en Colombia, Ecuador, Perú y Chile. ¿Cómo pudo surgir una significación hispanoamericana tan divergente de la española? Hay ilustres aficionados a la Filología que lo explican todo como una corrupción de los usos españoles estampados en el *Diccionario*. ¡Por Dios, que la Filología así entendida es una ciencia fácil! Sería, sin embargo, imposible que del valor de ‘dar náuseas’ o ‘vomitar’ pudiera surgir el nuestro. Y aunque ese uso español era ya frecuente a principios del siglo XVIII (se encuentra en el llamado “Diccionario de Autoridades”), hay que partir de más lejos.

El castellano decía: *Este plato me provoca a comérmelo o Este plato me provoca a vomitar*. Del primero quedó el *me provoca* hispanoamericano; del segundo, el español. Los dos usos divergentes tienen, pues, una fuente común, que es el castellano hablado de los siglos XVI y XVII. ¿Habría que deducir que los platos hispanoamericanos incitan más bien a comérselos?

No nos envanecemos. La vida de la lengua es compleja. En otros países de Hispanoamérica, en Guatemala, por ejemplo, ha surgido, por

el mismo procedimiento, otro uso de *provocar*: “El reo *provocó* espontáneamente todo lo que figura en su declaración”. Es decir, confesó, declaró. *Le provocó a declarar* es sin duda la base de ese *provocó* (lo único quizá discutible es el *espontáneamente*). Y todavía más: en Santo Domingo *provocación* es ‘risa’, sin duda de *provocar risa*.

He aquí cómo, por diversas vías, un verbo, que sigue manteniendo en la lengua su significación original de incitar (las infinitas provocaciones de la moderna vida política, nacional e internacional), ha dado, en el habla familiar de las diversas regiones hispánicas, por lo menos cuatro significaciones divergentes. ¿Cuál de ellas es la legítima? Las cuatro tienen sin duda la misma legitimidad, y el hecho de que una sola haya penetrado en el Diccionario de la Academia se debe simplemente a que ese Diccionario se hace en España y no en Hispanoamérica. Pero las cuatro acepciones, la española y las tres hispanoamericanas, tienen solo validez regional. Y mientras haya, como hay efectivamente, una unidad superior de lengua culta, el habla familiar puede mantener en cada región las expresiones propias, que dan al habla de cada uno su sazón y originalidad.

Tratado sobre la concha

Estamos ante una de las palabras más afortunadas de la expresión venezolana. Para no perdernos en el dédalo de los usos, recurramos al estricto orden numérico:

1. Claro que los caracoles y tortugas tienen concha, que las ostras se crían en sus conchas y que también las tienen el morrocoy y el cachicamo. En la apertura de las ostras perleras en Margarita se cantan coplas de *desconche*. La concha de morrocoy carbonizada y pulverizada se usa como remedio popular contra la epilepsia. En un corrido humorístico, el cachicamo hace testamento ante notario:

Mandó que de su conchita
hicieran una batea
y que lavaran en ella
Mariquita y Dorotea.

Y un viejo refrán castellano (“Dijo la graja al cuervo: ¡Quítate allá, negro!”) tiene una hermosa variante venezolana: “Cachicamo diciéndole a morrocoy: ¡Conchudo!”

Hasta ahí estamos en perfecto uso castellano. ¿Pero qué es lo que no tiene *concha* en Venezuela? Continuemos, pues, con la enumeración.

2. Tienen concha el coco, la piña, la naranja, el mamón, la ciruela, la cereza, la uva y cualquier fruta, cuando en otras partes tienen cáscara, hollejo, piel. “Conchas de naranja”, que criticaba Medrano en 1883, lo usó hasta Gonzalo Picón Febres en *Fidelia*. La concha del coco forma parte de la no muy variada vajilla del calabozo, y también se emplea

para *soplar candela*. Las de totuma sirven, entre otras cosas, para hacer cucharones rústicos. La de piña para preparar guarapo, y Concha de Piña fue apodo de un famoso cochero de Caracas. Pero son peligrosas las conchas de cambur o de mango, porque con ellas puede uno darse un tremendo trastazo. El prójimo nos las coloca a veces en los diversos caminos de la vida: “¡Cuidado, que está pisando una concha de mango!” No es raro ponerlas a un político o a un funcionario público para hacerle dar un traspíe o con la sana intención de *tumbarlo*. A veces uno se defiende preventivamente: “¡Eso es más resbaloso que concha de mango!” Y a un buen amigo se le recomienda: “¡Come avispa, vale, que estás en un conchero!”, lo cual equivale a *estar bailando en un tusero*, es decir, en un terreno muy peligroso. Ya el “Diario de Avisos” de Caracas, el 8 de julio de 1875, publicaba un poema “A Concha” en que aludía, jugando con el nombre, a las “Conchas resbalosas”.

3. Tienen también *concha* los huevos o las papas. Y también el maíz, el arroz y cualquier grano provisto de piel, película, túnica o tela. Y las arvejas y garbanzos. *Conchas de batata* se encuentra en *Fidelia*. Se compra maíz *en concha*, o *con concha*, y se hacen arepas de maíz con concha, aunque lo habitual es *desconchar* el maíz. La *concha* es también la corteza de la arepa: “Cómete el corazón y me dejas la concha”. El amargo Núñez de Cáceres, hace un siglo (también Bolet Peraza, en 1872), describía el Carnaval caraqueño: los muchachos forzaban puertas y ventanas y entraban en las casas “a tirar jeringas y conchas de huevo”. Y mencionaba, entre las comidas de la época, las “conchas de cebollas cocidas” y las *arepas conchudas*. También se dice que las caraotas *están conchudas* cuando se sienten ásperas al paladar. Hay quienes “cocinan las papas con concha y todo”. En las bodegas se vende *arroz en concha*. La concha de café, después de descerezada la *pipa* o grano, se usa como abono. Hasta los ajos tienen concha, y precisamente la *concha de ajo* es símbolo de la insignificancia. En la novela de Gallegos, *Sobre la misma*

tierra, Remota reclama a Gadea una deuda que este había contraído con Demetrio Montiel:

—Doce mil bolívares—dijo ella.

—¿Sí? ¡Caramba! No son cuatro conchas de ajo.

Y estar vendido por conchas de ajo es estar en grave peligro la vida de una persona. Hay quienes se comen frutas y granos con concha y todo, cosa que recomienda la dietética moderna, pero *tragarse algo con concha y todo* no lo recomienda nadie, porque es dejarse embaucar.

4. Ya que designa la corteza de algunos frutos, es natural que se aplique también a la corteza de los árboles: “Palo desconchado es buena leña”. La gente se cura con *conchas de palo*, y Núñez de Cáceres mencionaba la *concha de jobo* entre los remedios de viejos y curanderos. Se llama *concha de mapora* la envoltura del tallo de esa palmera (en rigor es una parte de la hoja), que tiene diversos usos. La *concha* del árbol existe también en Colombia: la encontramos en *María* de Jorge Isaacs.

5. Por extensión ha pasado a designar las rústicas canoas que hacen los indios de Guayana y de otras partes con corteza de árboles para remontar los ríos: “¡Ahí vienen las conchas!” —oímos a orillas del Paraguaya para anunciarnos la llegada de los piaroas. En *Cantaclaro* cuenta Florentino que un aguaje por poco le trambuca la *concha* en que estaba pescando. En *Canaima*, Marcos Vargas aprende a distinguir los peces a bordo de “la concha sigilosa que apenas rizaba el remanso ribereño”. No está mal el nombre: en castellano se llama cascarón *de nuez* una embarcación demasiado pequeña para el uso a que está destinada.

6. Después de ser la suave piel de frutas y granos, *concha* es también la piel humana: “Es una concha” —suele decirse de una persona extremadamente flaca; “Estoy mudando la concha” —dice una víctima de los soles de la playa. *Dejó el canchero* (o *el pelero* o *el pellejo*) se dice del que ha quedado molido por una soberana paliza. También los animales tienen *concha*, y hay cucarachas *conchudas*, que son unas grandotas, de

piel gris muy gruesa. Y no sabemos si de la piel humana se pasó a la de las serpientes, o al revés. No es raro en Guayana o en los Llanos toparse con una hermosa *concha de cascabel*. En 1881 decía José María Núñez de Cáceres en su canto a Venezuela: “Viene, / aunque tarde, tras la noche el día, / mudando concha la sagaz culebra”. Y Doña Bárbara cavila ante los acontecimientos: “¿Vuelve acaso la culebra a su concha, ni el río a sus cabeceras?”

7. Es también, en los Llanos, la película que se les forma a veces a las gallinas en la lengua y les impide comer bien: “Esa gallina como que tiene concha”. Le abren el pico y se la quitan.

8. También, por extensión, es la suciedad que recubre a chicos y grandes como capa protectora: “Este muchacho tiene concha, hay que bañarlo con jabón de la tierra” (que es un jabón rústico que se hace con sebo y cenizas). Y el aludido se defiende con la sabiduría del refranero: “La concha conserva el palo”. O bien es la costra que queda de una herida o lastimadura: “¡Quítate esa concha!” En algunas enfermedades eruptivas, como en la *lechina* (o varicela), la época en que el niño “bota la concha” o “está esconchando”, se considera, en la creencia popular, infundadamente, la más contagiosa.

9. Hay personas que se han creado su concha protectora: “¡Vale, qué concha tienes!”, o “¡Qué concha la tuya!” puede decirse a un amigo reacio a hacer algo, por pereza, por inercia, por comodidad. Y también al impertérrito, al cachazudo, al impávido, al que no se inmuta ante nada y deja resbalar por su caparazón cualquier proposición que se le haga, aunque sea tentadora. Por eso *conchudo* puede decirse, según Aníbal Lisandro Alvarado, del indiferente al desaire, del fresco, del desvergonzado. Antonio José Torrealba, en su inédito *Diario de un llanero*, recoge: “Has sido tan fresco como una lechuga, que has tenido la concha de venírmelo a decir a mí misma.”

10. *Concha* es también el dinero. Al hablar de una persona rica, se dice: “Tiene sus conchas”. Y puede decir uno mismo, haciendo sonar

las monedas: “No son conchas de ajo ni cáscaras de maní”. Y al reclamarle a alguien una deuda se le puede decir, en forma familiar: “¡Escónchate, vale!” En la comedia de Alarcón, *Ganar amigos* (acto II, esc. VI), habla un personaje de la impunidad del sablista de garito: “O no va ya su acreedor, / o él hace del que se olvida, / o tiene conchas la deuda / del tiempo largo prescrita”.

11. *Concha* puede ser también el refugio oculto de un perseguido político. Preguntamos dónde está Fulano, y nos contestan: “En su concha”, “Le consiguieron una concha”, o “Está enconchado”. *Enconcharse* es retraerse, encerrarse en un sitio, o en la propia casa: “Se la pasa enconchado en su cuarto”, “Hay mujeres que quieren que sus maridos estén enconchados en la casa”. También puede ser ‘meterse temprano en la cama’: “Llega, come y se enconcha”. Y también encerrarse dentro de sí mismo (como el castellano *meterse uno en la concha*), o en un cargo: “Se ha enconchado en el Ministerio, y no sale de él en años”. Y hasta amilanarse: “Ese tercio es un cobarde; se enconchó en cuanto vio el peligro”. *Enconchar* a alguien equivale a *meterle las cabras* o *meterle el tiempo en agua*, es decir, infundirle miedo. En España, en el habla taurina, *se aconcha* el toro que, agotado o cobarde, se pega a las tablas en busca de defensa.

12. *Conchas* son también las cápsulas vacías del revólver, la *escopeta*. o el fusil: “Después del tiroteo quedó el conchero”. Los niños recogen las *conchas*, y hasta los adultos: “Guárdeme la concha para recargarla”. Se acostumbra llamar *bala* al plomo; y al conjunto de *concha* y *bala*, *cápsula* (o *cáusula*). Y aun se llama *concha de un revólver* a la funda en que se guarda, y *concha de un puñal* a la vaina, de carey o de cuero, pero me parece que este es solo uso andino.

13. En algunas partes del país (los Andes, Lara, etc.) se aplica también a las escamas del pescado: “¡Quítale las conchas a ese mero!”

14. *Concha* es también un juego infantil de los Andes, parecido al que en algunas partes de España llaman *queda*, en la Argentina *mancha* y

en el Perú *pega*. Consiste en *pegar la concha* a otro, es decir, perseguirlo hasta tocarlo o darle un manotón. En Caracas es el *gárgaro*, y se llama *concha* a una especie de gárgaro en cuarto oscuro.

15. En la costa sur de Paria designa un peinado de melena corta y lisa, que parece que tuvo su época en Venezuela. Por lo menos, a principios del siglo se llamaba así en Caracas un peinado liso y recogido hacia arriba (las puntas se disimulaban de modo que no se viera moño ninguno). Sin duda evocaba la forma de las conchas marinas.

16. Finalmente, el valor exclamativo, que no es muy fino, pero sí muy frecuente: ¡*Concha!* y también ¡*Cónchale!*, como *Cónfiro* o ¡*Cóntrale!* Se usa al ver pasar a una mujer hermosa: “¡Concha, vale!” O ante cualquier acontecimiento extraordinario: “¡Cónchale, palo de aguacero!” “¡Concha con Aquiles Vargas!” —dice Pachú en *El mestizo José Vargas* de Guillermo Meneses. A veces se dice: “¡Concha Martínez!”, que alude, según me explica el Maestro Sojo, a una actriz de género chico, muy agraciada, que se hizo famosa en Caracas a principios de este siglo. Manuel Díaz Rodríguez y Rómulo Gallegos usaron alguna vez ¡*concho!*, que se da también en España, al menos en la Montaña de Santander. De modo análogo, el castellano tiene ¡*cáscaras!* o ¡*caracoles!* Todas ellas son exclamaciones eufemísticas, que tienden a evitar otras más crudas.

Dejamos aparte el nombre de Concha, forma familiar de Concepción, que es general en todo el mundo hispánico (excepto en la Argentina). Y aun se ha formado entre nosotros el masculino Concho (Don Concho), como de Rosa se ha derivado Roso, o Tereso, de Teresa.

¿Cómo se explica que una sencilla palabra que designa la cubierta o caparazón de ciertos animales acuáticos haya tenido tanta productividad, y que frente a la riqueza del castellano (*cáscara*, *cascarilla*, *cascarón*, *corteza*, *cubierta*, *costra*, *hollejo*, *piel*, *película*, *tela*, *túnica*, *mondadura*, etc.), se use aquí esa sola palabra? Como en el caso de *botar*, *amarrar* o *jalar*, que tienen igualmente una extensión extraordinaria, hay que

pensar en la influencia del habla marinera y en la importancia del marino en la formación de Venezuela.

Además, la extensión metafórica de *concha* no es privativa de Venezuela, y hay que admitir que la palabra tiene algún encanto. Ya en algunos autores latinos se encuentra la actual acepción argentina, sin duda por pura coincidencia. La lengua general ha consagrado la *concha* del apuntador y las *conchas* acústicas. El castellano *desconchar* es quitar, no la concha, sino el revestimiento o capa superficial de objetos diversos: el *desconchado* de una pared o de un recipiente de loza o de porcelana. En sentido figurado, también el castellano *se mete en su concha* o bien puede *tener muchas conchas*, o *más conchas que un galápago*, cuando es reservado, disimulado o astuto. Aún más, en el Norte de España, en Santander, tierra marinera también, llaman *concha* la vaina de las legumbres (“No tiene más que concha”, se dice de la que tiene grano pequeño), y *concho* la piel o túnica de las frutas, especialmente de las castañas (en Asturias y León es la corteza exterior de la nuez verde, y en el Táchira un sombrero viejo). Pero la extensión de la concha animal a toda corteza de árbol, a toda cáscara o piel de frutas y granos, con los desarrollos consiguientes, es peculiaridad venezolana. Si Miguel Acosta Saignes sigue descubriendo concheros arqueológicos, habrá que considerar a Venezuela, por muchas razones, la tierra de las conchas. ¿Se remontará ello a la época del auge de las conchas de las ostras, en que nuestro mar era el Mar de las Perlas? Es posible. Y si es así, como recuerdo de nuestra vieja riqueza perlífera, que deslumbró alguna vez a Europa, nos quedan hoy las *conchas* de las papas y las *conchas* de los ajos. Siempre queda algo de una riqueza pasada.

Gafo

¿Cómo es posible que una palabra que en la época antigua y clásica designaba al leproso y que en la vieja tradición española era una de las más ofensivas, haya adquirido la significación relativamente suave que tiene en Venezuela? Los fueros municipales de la Edad Media castigaban al que motejaba a otro de *gafo*. Hubo pueblos de *gafos*, o malditos, en partes de Aragón y Navarra, y en el sur de Francia. Y la *Nueva Recopilación* de las leyes del Reino decía: “Qualquiera que a otro denostare y le dixere *gafo* o *somético* [sodomita], o *cornudo* o *traydor*, o *herege*, desdígalo ante el Alcalde”. Y aquí en Venezuela es fácil tratar a un amigo de *gafo*, sin que él pueda invocar la protección de las leyes.

Gafo equivale entre nosotros a tonto, bobo, necio, lelo, y me parece que se dice más de la mujer que del hombre, o más entre mujeres, no porque la mujer sea habitualmente más *gafa*, que eso está por ver, sino porque el hombre inspira vocativos más contundentes (*animal*, *bruto*, *estúpido*, *idiota*, *cipote*, *zoquete*, *virote*, sin mencionar los groseros). Y así se oye: “Esa mujer es gafa”, “Tiene cara de gafa”, “Es una gafota”. Vamos a comprar un libro, y el empleado no nos atiende con la debida premura, o no nos da lo que habíamos pedido, y nos impacientamos: “¡Este hombre es gafo!” Un amigo nos cuenta un chiste malo, y lo despachamos con cajas destempladas: “¡No seas gafo!” A fulano de tal le ofrecen un alto cargo y vacila en aceptar. Pero la mujer le increpa: “¡No seas gafo, aprovecha la oportunidad!” Y como él insiste en la negativa, ella se pone violenta: “¡No hagas esa gafería!” Y terminará por hacerle caso: “El consejo de la mujer es poco, y el que no lo sigue es loco”.

Se puede ser *gafo* por naturaleza (y entonces equivale a idiota o retardado mental): “Es un gafo”, “Tiene un hijo gafo”. Pero más frecuente es serlo ocasionalmente: “¡Si soy gafa!” Equivale en este caso a torpe, y suele aplicarse a la criada que rompe los platos o al muchacho que deja caer la taza.

Hasta hay quien se hace el *gafo*, lo cual suele ser más provechoso que hacerse el loco, el *musiú* o el *pájaro bravo*. Se puede decir sin acritud del niño tímido, o compasivamente de la muchacha boba: “Es una gafita”. A veces el ¡*qué gafa eres!* se acompaña con una morisqueta expresiva: se remeda con los carrillos, y aun con la voz, la actitud del bobo. Y entre niñas al ¡*No seas gafa!* se replica haciendo rima, como si respondiera el eco: ¡*Girafa!* “¡Cómo no va a ser gafa, si es toñeca!””, oímos a propósito de una muchacha mimada por los padres. “¡No seas tan gafo, chico!” dice una muchacha a su hermano. Y con el mismo amor fraternal (por algo *dar fraterna* es aquí dar al prójimo muy mala vida), acostumbra él reaccionar ante cada una de las torpezas de ella: “¡Linda, bella y gafota!” Pero también se usa con tono de menosprecio, ante una impertinencia: “¡Hoy estás gafo, chico!” O como equivalente de desgraciado o infeliz (¿no es triste que *desgraciado* o *infeliz* puedan servir en nuestra lengua como insulto?): “El gafo ese yo no lo puedo ver”.

No sabemos que en ninguna otra región hispánica la palabra tenga ese valor. *Gafo* era el leproso (*gafo* o *malato* era el que se le apareció al Cid en el *Cantar de las Mocedades*, y que resultó ser San Lázaro). O bien el que padecía un tipo particular de lepra, la *gafedad*, que hace encorvar los dedos de las manos, y a veces también de los pies: *manos gafas* se encuentra así en Cervantes y en Gracián. Ya se sabe que la lepra, en la tradición del Viejo Testamento, y en la creencia medieval, se consideraba una enfermedad maldita e infamante. La *gafedad* era la forma más horrible de la lepra. Los nombres de *lázaro* o de *leproso*, que poco a poco sustituyeron al de *gafo*, representan una atenuación, una actitud

más moderna y humana ante la terrible enfermedad. Y a medida que lo desplazaron, *gafo* fue perdiendo poco a poco su significación afrentosa.

Hoy en España designa simplemente al que tiene encorvados o paralizados los dedos de manos y pies, y el término se ha incorporado a la patología médica (*la mano gafa* puede deberse a afecciones reumáticas, a esclerosis, a histeria, etc.). Pero tiene además bastante vida regional. En Galicia equivale a enfadado, irritado, furioso; en Extremadura se dice del lleno de pulgas, piojos, etc. En Asturias es ponzoñoso, fiero, irritado: tienen *gafez* o *gafeza* los animales venenosos y dañinos, y hasta un hombre puede estar *fecho una gafura*. O bien es infectado, echado a perder: “Ese grano está gafo”, “Eso está gafo” (o *engafentáu*). Y también tullido o falto, según Cejador. En León (al menos en el Bierzo), *gafa* es la persona de mala suerte (“Pedro es muy gafo”), o un terreno malo de cultivar. *Gafar*, que parece que era ‘contagiar la lepra’ (por lo menos lo es todavía en portugués), pasó a ser modernamente en casi toda España ‘dar mala suerte’ (como nuestro *empavar*), y de ahí creo que salió como postverbal *gafe* (del mismo tipo que *cierre* o *escape*, de *cerrar*, *escapar*), un equivalente de *cenizo* que se ha generalizado en el habla moderna de España (en vista del uso leonés, no creemos que pueda venir del francés *gaffe*, que, además, es cosa muy distinta). Hasta ahí alcanza, que sepamos, la productividad moderna de *gafo* en España.

A América llegó sin duda la significación atenuada: *gafo*, dicho del que tenía encorvados o paralizados los dedos. De ahí que en Colombia, Costa Rica, Puerto Rico, Guatemala, etc., se aplique al caballo despeado, al que, por haber andado mucho sin herraduras sobre terreno duro, tiene la planta del casco irritada y no puede andar sin dolor. Y en México, o en parte de México (Zacatecas, Querétaro, etc.), al encorvado o entumecido de frío (también al borracho, quizá por su torpeza de movimientos). No estamos muy lejos de la significación venezolana.

El eslabón que une los dos usos se encuentra en Falcón, y sin duda fue general en el país. *Gafó* se dice allí del contrahecho (recuérdese el tullido de Asturias): “Si vemos que tiene las manos torcidas comprendemos que es gafó”. De contrahecho o entumecido se pasa fácilmente a la significación de idiota, muy viva hoy, como hemos visto. Una serie de deformidades o defectos de los miembros se asocian, en la creencia popular, con la deficiencia mental. Y de la significación fuerte de idiota se pasa sin dificultades a la atenuada de tonto. Las injurias se desgastan fácilmente por el uso. Lo que puede darles fuerza nueva es el énfasis o el tono. Y el tono también puede hacerlas cariñosas.

Maluco

Maluco es una forma diminutiva de *malo* (como *feúco* o *casuca*), y corresponde morfológicamente, aunque no en todos sus valores, al *malucho* de la lengua general. Como forma diminutiva, tiene ante todo valor afectivo y pertenece al lenguaje infantil. La madre dirá a su hijo: “¡No seas maluco!” Un niño es por lo común *maluco*, es decir, travieso o malcriado, y un hombre es muchas veces *malo*. En el lenguaje de la afectividad y de la familia se usa a cada paso *maluco*, y pocas veces *malo*. Y cuando la madre tiene el temerario valor de negarle algo al hijo, es frecuente que él insista: “¡Mamaíta, no seas maluca!” Es bastante común que la novia diga al novio: “¡No seas tan maluco!” Porque los novios suelen ser *malucos* por naturaleza, aunque no siempre del todo malos. Es calificación cariñosa, y se dice sin acritud. Y no es raro que los alumnos, o las alumnas, se lo digan al profesor cuando le piden que eleve la calificación o sea menos exigente: ¡No sea maluco, profesor!” También se emplea cariñosamente *malucón*: “¡Tan malucón!” Teresa de la Parra, en su admirable *Mamá Blanca*, da el ambiente psicológico de la palabra. Las niñas se han estado peleando con uñas y dientes, pero Violeta llega a la máxima injuria: tachar a la hermana de “pelo liso”. La madre, al interrogarlas, asume el tono trágico. Y cuenta la autora:

Aquí una cosa insólita: Mamá, que en su vida nos había castigado, decidió aumentar la teatralidad del tono, y con la solemnidad del juez que dicta una sentencia terrible, dijo esto:

—Ahora, para que no seas *maluca* y para que no seas cruel con tu hermanita menor, te voy a castigar, ya lo sabes. Te vas a quedar sentada una hora entera, vista por el reloj: ¡ahí arriba!

También se usa *maluco* como atenuación de malo: “El trabajo me salió maluco”, dice el interesado, aunque le haya salido malísimo. “La cosa se está poniendo maluca”, es decir, se está echando a perder. Un caballo puede ser *maluco*, lo cual quiere decir que no es muy malo. “Es maluco andar limpio” (sin dinero) o “¡Eso sí es maluco, andar solo!”. “La fiesta estuvo maluca”, o sea de baja calidad. Se aplica mucho a los sabores: “El café está maluco”. O a las comidas y bebidas echadas a perder: “Las caraoatas se pusieron malucas”, “La sopa me supo a maluco”, “El agua está maluca”, “La leche se puso maluca”. Y sobre todo a los remedios, que se supone que desde otro punto de vista son más bien buenos: “Este tártago es bien maluco”. *Casas malucas* son las de mala fama y peor realidad.

Como suele suceder con ciertos diminutivos, tiene también valor intensivo. Juan Primito, en *Doña Bárbara*, dice de los rebullones, terribles pájaros que beben sangre: “Esos bichos son muy malucos, niña de mis ojos. Malos de verdad”. Se dice que un hombre tiene el *corazón maluco* cuando es de mal carácter y de muy mala intención. A veces se usa también en acepciones derivadas: *maluco* es en los Andes el que es mala paga, y *maluca* se dice de la hembra en celo (*una vaca maluca, una perra maluca*, etc.). Por eso quizá casi no se dice de una mujer que está *maluca*. Si alguien está enfermo, se dice que está *malo* o *malito*: “La señora está malita”. Y en los Andes se puede estar *maloso* o *malón*, o *tener un malononón*: “Tengo un malononón de barriga” (con ¡*malononón, malononón!* se remeda a veces al andino). Lo habitual en todo el país es *quebrantado*: “Te veo muy quebrantado”, “Estoy muy quebrantado”. Pero sí se oye: “Tengo el cuerpo maluco”. O bien: “Me siento medio maluco” o “medio malucón”. Y también *malucazo*: “¡Es malucaza esa película!”, “Ese profesor, ¡qué malucazo!”

Hasta aquí estamos en terreno perfectamente coherente. *Malo*, para la afirmación objetiva: Un hombre es malo, un libro es malo, etc. *Maluco*,

para la afectiva o familiar, sobre todo en el habla de mujeres y de niños: Un hijo es maluco, un novio es maluco, etc. Mandinga es *malo*, pero no *maluco*. Y sin embargo, de ahí, del habla familiar, *maluco* pasó a otras esferas. En los tiempos de Job Pim, los *malucos*, armados de garrotes, parece que eran una plaga temible en los arrabales caraqueños. Mariano Picón Salas, en su *Viaje al amanecer*, hace hablar a la beata Eudocia, que clama por las culpas ajenas: “Aquí mismo en Mérida, los liberales *malucos* ¿no mataron de un tiro de cachito al Padre Vicente, que había bajado hasta el Chama a darle la confesión a un enfermo?” En *Cantacaro* de Rómulo Gallegos, la Corneta, “una mujeruca horrible, bizca, desdentada y cochambrosa”, cuenta a Florentino una escena de una revuelta de años atrás: “Por ahí venía otra guerrilla revolucionaria, y en cuanto el Coronel saltó a la calle le cayeron encima y lo espiaaron a machetazos antes de que pudiera decir “¡Ay mi madre!” Si es que la tenía el condena, que bien remaluco era”. Y en *La Trepadora*, el viejo Taparita cuenta a la cocinera que los cararosos del alto Cereipo son *malucos*, porque han pegado su carare (o *carate*) a muchos cristianos “por el placer de hacer la maldad”. El historiador Vicente Lecuna, para ponderar la maldad de alguien, solía decir: “No es malo, ¡es maluco!” He aquí que el inocente maluco de los niños se ha cargado de refinada y perversa maldad. Es la voz afectiva que tiende a imponerse, en todos los usos. Algo parecido ha sucedido en México, Nicaragua, etc., pero en sentido contrario: *maldad*, se ha vuelto equivalente de *travesura*, y se dice *maldoso* o *maldadoso* (este también en Chile) del niño travieso y del hombre malvado. Hay una constante oscilación entre el monismo y el dualismo del mal. Es difícil, sin embargo, que ambos valores logren fundirse del todo. La maldad y la *maluqueza* (en los Andes la *maluquería*) son en realidad formas muy distintas del mal, y merecen por lo menos nombre distinto.

Maluco no es exclusivo de Venezuela. Se da también en Colombia, América Central, las Antillas, Ecuador, Perú, Chile, y hay noticias de que existió en la Argentina. Parece que en ninguna parte tiene la multiplicidad de usos que acabamos de ver, y en algunos solo se aplica al que está algo enfermo (así lo usaba José Martí —“contento y maluco”, “durante mi maluquera”, en carta de diciembre de 1893). Y, sin embargo, no es forma propiamente castellana. La Academia la introdujo en su *Diccionario* en 1925, sin duda como deferencia a los usos regionales, y la limitó al valor de *malucho* (algo enfermo). No lo hemos oído nunca a los castellanos. Pero se encuentra en el Padre Isla, en una carta escrita desde Villagarcía, su tierra leonesa, el 15 de noviembre de 1755: “La alegoría no era maluca, si no fuera tan intempestiva”. Sin embargo, no tenemos noticias de que se use hoy en León, aunque el sufijo *-uco*, tan santanderino (*montañesucos* los llaman en Vizcaya), está difundido, con escasa profundidad, por tierras leonesas (hasta Extremadura), gallegas, portuguesas y asturianas. Pero en Portugal *maluco* se dice del loco, del extravagante, del mentecato, del tonto. En Galicia es raro, y en algunos pueblos se conoce, como en Portugal, con el valor de loco, y en otros con el de *malucho*. En Santander se usa muchísimo, pero únicamente con este último valor: “El niño está maluco”. Solo nos queda Asturias. En Asturias, tanto en el bable como en el castellano regional, *maluco* tiene nuestros dos valores de ‘travieso’ y de ‘algo enfermo’: “Toy malucu”, “Esti neñu ye malucu”, “Esti fíu qué malucu ye!” Nos parece indudable que han sido los asturianos los que han difundido esos usos de *maluco* en Venezuela, como han difundido por toda América el de *pararse por ponerse de pie*. Su extensión data indudablemente del período colonial. Ya un Vocabulario español-caribe de 1774 lo registra: “Me ha referido una cosa maluca”. Junto al castellano general, los españoles de las distintas partes de la Península han traído también una serie de usos regionales.

De todos modos, *maluco* no es la única forma venezolana en *-uco*. Se usa bastante *vejuca*: “Es una señora ya vejuca”. Aparte deben considerarse los usos literarios: “La tierruca amada”, escribía Bolet Peraza. “En los ventanucos”, Pocaterra, en su *Doctor Bebé*. Picón Febres, por ejemplo, en *El Sargento Felipe*, usa *mujeruca*, *casuca*, *tierruca*, pero es pura influencia de Pereda, que deslumbró en su época a nuestros autores criollistas. Aun Rómulo Gallegos escribe *mujeruca*, sin duda por reminiscencia literaria. No solo en *Cantaclaro*, sino también en *Canaima*: “Mujerucas de carnes lacias y color amarillo” en “la Guayana del hambre junto al oro”.

¿Será incorrecto *maluco*, y habrá que sustituirlo por *malucho*? No lo creemos. El ámbito expresivo de *maluco* es mucho más amplio que el de *malucho*. Además, el habla familiar tiene sus fueros, y en el diálogo y en las relaciones afectivas es inobjetable lo que puede considerarse incorrecto en otras circunstancias. Y fuera del ambiente familiar la palabra no se usa. La prosa del ensayo o del periódico no se ocupa de los malucos ni de los maluchos. Solo de los malos.

¿Salcocho o sancocho?

El sabroso tema del *salcocho* o del *sancocho* se presta para algunas disquisiciones. En un reciente reportaje periodístico, con vehemencia puramente circunstancial, calificué duramente el uso de *salcocho*. El doctor Tulio Chiossone, en términos cordiales y generosos, me invita a plantear la cuestión con mayor altura. Y como mi ánimo no era herir a nadie, me gustaría explicar claramente mi opinión.

Creo que el problema etimológico está resuelto. *Sancocho* procede de *sub-coctum* ‘cocido a fuego lento’, como *biscocho* procede de *bis-coctum*. O como *sofreír* y *soasar* vienen de *sub-frigere* y *sub-assare*. Ese *sub-coctum* latino debió dar regularmente *sococho*, pero dio *soncocho*, como se dice todavía hoy en la provincia de Ávila; García de Diego afirma que *sancochado* es frecuente en Andalucía y la Mancha. En Segovia *soncorchado* (con influencia sin duda de *corcho*) es mal cocido, y se aplica sobre todo a los garbanzos. En 1589 Fray Juan Pineda, en su *Agricultura christiana*, al comentar la prohibición real de usar coches, considerados por los moralistas de la época como medio de corrupción, dice:

El Rey hizo muy bien, porque los hombres no se tornasen mujeres, y aun porque las mujeres *enconchadas* no diesen que juzgar de *sancochadas*.

Y aun juega con la expresión en otro pasaje: “Las mujeres que trotan las calles y plazas, encochadas y soncochadas, y no quieren ir a la iglesia, en el otro mundo se verán fritas y asadas, si grande necesidad no las excusa”. Y también en el siguiente: “Yo madre tengo, o a lo menos

hermana, que podría salir a collear por allá tan soncochada como garbanzo”. Ese *sancochar* aparece en 1617 en el diccionario castellano-inglés de Minsheu. Del mismo modo, de *sub-ridere* y *subsaccare* se han impuesto en la lengua *sonreír* y *sonsacar*.

El antiguo *soncocho* se hizo en gran parte de Castilla *sancocho* (en la provincia de Burgos) o *zancocho* (Soria, Agueda y Almazán). En Aragón este *zancocho* solo se usa hoy con el valor de embrollo, confusión, maraña (también en la Ribera, de Navarra), pero *zancochar* es guisar con poca limpieza (sin duda se ha asociado con *cochín*, cerdo) y *zancochar* es negociar suciamente, curiosear, entrometerse, y *zancochero* el embrollón, el curioso, el entrometido. En Murcia el *sancochado* es un guiso parecido al estofado. De modo análogo *sub-fumare* dio *sahumar*, y *sub-bullire*, *zabullir* y *zambullir*.

El *sancocho* americano es, pues, una prolongación del castellano. Ya en un proceso inquisitorial de Cartagena de Indias, de 1611 (citado por Manuel Ballesteros-Gaibrois, en la *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz*), aparece *sancochar* en una oración mágica para *amansar* o *desembravecer* a una persona:

Estrella luminosa, linda eres y bella.
Una merced y un don me has de otorgar.
Esas dos que a tu lado están,
por compañeras te las doy.
De la otra parte de la mar iréis,
los cuchillos de las cachas negras llevaréis,
en el Monte Olivete entraréis,
tres varitas de cedro negro cortaréis,
en la piedra de Satanás las amolaréis,
y en la paila de Barrabás las sancocharéis,
y al corazón de Fulano (o Fulana) se las pasaréis,
para que se muera por mí queriéndome bien.

También tenía vida en España en el siglo XVII y XVIII. *Sancochado* figura, en 1646, en el *Estebanillo González*, una de las novelas picarescas: “un cuajar cocido y una media cabeza sancochada” (cap. II). En *La fiesta de los novillos*, un sainete madrileño de Ramón de la Cruz, del año 1769, dice la Maja, que quiere marcharse porque no ve muy brillantes las perspectivas alimenticias: “Aquí no comemos escarabajos ni berzas sancochadas”. De Castilla pasó también a Canarias, donde es plato obligado de las francachelas y fiestas campestres.

Hay que advertir que *sancocho* no es lo mismo en todas partes: en Castilla es ‘vianda a medio cocer’, pero en Venezuela y casi toda América es el equivalente del hervido o del cocido español (*cocido* y *cocer* tienden a desaparecer, a causa del seseo, para evitar la cómica homonimia con *cosido* y *coser*). Además, en Cuba es guiso mal hecho o insípido. Ya hemos visto que en Aragón *zancocho* significa embrollo. En América Central y Puerto Rico es lío o confusión, y también en algunas partes de Venezuela, los Andes, por ejemplo: “Eso se ha vuelto un sancocho”. Mariano Picón Salas lo explicaba en su *Viaje al amanecer*: “Por la diversidad, de elementos que lo componen”. También se puede decir: “Me sancoché los dedos”, cuando uno se los quema con agua hirviendo. Y en Canarias dicen que una criada es *sancochona* cuando despacha sus tareas pronto y mal.

¿De dónde sale entonces el *salcocho*, con sus pretensiones de ser la única forma legítima? La etimología no la inventó Emilio Constantino Guerrero, ni tampoco —antes que él— Julio Calcaño, dos figuras eminentes de las letras venezolanas. El error viene de más lejos, y se encuentra también en Pichardo. Ya el primer *Diccionario* de la Academia Española, el monumental y magnífico “Diccionario de Autoridades”, decía en 1739 a propósito de *sanchocar*: “Pudo venir de *sal* y *cocho*, quasi *salcochar*, y el uso ha mudado la *l* en *n*”.

La ciencia etimológica de 1739 no es muy de fiar. No lo es todavía hoy la de la Academia Española, a pesar de contar con maestros tan insignes como Ramón Menéndez Pidal, Vicente García de Diego, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa. En general, la ilustre corporación sigue manteniendo sus viejas etimologías, aunque sus mismos miembros se burlen muchas veces de ellas.

Con todo, la suposición académica se basaba quizá en la existencia de una forma *salcocho* en algunos pueblos de Castilla. García de Diego, en su estudio de los dialectalismos castellanos (*Revista de Filología Española*, 1916, III, 306), lo encuentra efectivamente en Lerma, de Burgos (Iglesia Rubia), Briviesca (Castil de Lences) y Roa (Lahorra). Ese *salcocho* rústico se explica sin duda como un caso de etimología popular. Del mismo modo que *vagabundo* se hizo *vagamundo*, tan usado desde la época clásica hasta hoy, *sancocho* se hizo *salcocho*, por una tendencia a dar significación coherente a las dos partes de la palabra. El pueblo es también etimologista. Habría sido imposible que una forma *salcocho*, tan significativa en sus dos elementos, se hubiera transformado en *sancocho*, con su engañosa santidad. Tanto, que dice Job Pim que es obra de un santo gastrónomo. Y es popular el dicho: “Los santos que no entraron en el cielo fueron San Cudo y San Cocho”. Con variantes: “Creo en tres santos: *sancocho*, *sancudo* y *zanjón*”. O bien: “¿Cuál es el santo más sabroso? —San Cocho”.

En cambio, el *salcocho* americano no es rústico, sino erudito o semi-erudito. La Academia goza, por muchas razones, de un bien merecido prestigio. Gracias a él, el “pudo venir de *sal* y *cocho*” junto al afirmativo inmediato (“el uso ha mudado la *l* en *n*”) se convirtió pronto en dogma infalible. En consecuencia, se empezó a repudiar la forma tradicional y a tratar de imponer *salcocho* y *salcochar*. Las malas etimologías son siempre más seductoras que las científicas. La tímida hipótesis

académica recibió así el firme apoyo de cierto uso, con fortuna varia. Por ejemplo, en Cuba, donde existen ambas formas, *salcocho* pasó a significar —si no mienten los diccionarios— ‘los desperdicios o sobrantes de la comida que se destina a la ceba de cerdos’. ¡Lamentable decadencia de una gloriosa etimología!

La Academia solo registraba *sancocho* y *sancochar*, pero a instancia de sus corresponsales americanos, campeones denodados del purismo en un medio hostil, adopta y legitima *salcocho* y *salcochar*. Y para justificar su etimología llega a dar la siguiente sabia definición del *salcocho* americano: “*Preparación de un alimento cociéndolo en agua y sal para después condimentarlo*”.

No creo que nadie reconozca ahí el apetitoso plato nacional de Venezuela (¡oh un buen sancocho de gallina o de pescado!). En materia de sancochos me parece que nuestra pobre ciencia filológica debe postrarse humildemente ante la ciencia, y el arte, de las amas de casa.

¿Diabetes o diábetes?

¿Por qué en Venezuela *diabetes* se ha convertido en esdrújulo? El nombre de la enfermedad es llano en griego, en latín y en todo el mundo hispánico. Solo Venezuela se ha apartado de la norma. ¿A qué se debe esta singularidad?

La explicación nos parece sencilla. Influencia de otros esdrújulos que empiezan en *diá-*: *diálogo*, *diámetro*, y sobre todo algunos de la terminología médica, como *diástole*, *diálisis*, *diátesis*, etc. De manera análoga, una palabra tan llana como *diatriba* se ha convertido en gran parte de Colombia en *diátriba*. En voces cultas hay cierta propensión esteticista al esdrújulismo.

¿Podrá admitirse la pronunciación esdrújula de *diabetes* ya que es general en el país, aun entre médicos y profesores? Me parece que no. Un objeto familiar podrá llamarse *franela* o *fondo*, aunque en la lengua general se llame *camiseta* o *enaguas*, y en Venezuela puede uno *amarrarse las trenzas* cuando en otras partes *se atan los cordones* de los zapatos. La lengua familiar tiene sus fueros, y en general hay que acatarlos. Pero una voz técnica está sujeta a la terminología internacional. Cuando un médico venezolano pronuncie *diábetes* en un congreso o en un ambiente extranjero, lo mirarán sin duda con asombro, y hasta quizá recoja alguna sonrisa malévol. ¿Puede ser bueno en la terminología médica casera lo que se considera malo en todos los otros países?

Conviene reaccionar, pues, contra la pronunciación esdrújula. Pero los alumnos nos dicen:

—No me atrevo a pronunciar *diabetes*, porque se burlarán de mí.

Hay que atreverse, sin embargo. Y será más fácil si los médicos empiezan a usarlo bien y los periódicos se acostumbran a escribirlo correctamente. Nada más justo que el respeto por el uso de mayor prestigio culto y de mayor difusión internacional.

Cuentan los alumnos de castellano del Instituto Pedagógico que un día el profesor Rosenblat pasaba lista. Al mencionar el nombre de un alumno, otro contestó:

—No ha venido, porque tiene *diábetes*.

El profesor levantó la cabeza y dijo:

—Esa enfermedad es grave, pero nunca esdrújula.

E si non è vero è ben trovato.

¿Cónsola o consola?

Otro esdrújulo anómalo es *cónsola*, que encontramos en muy buenos escritores y que también se usa en Colombia, Guatemala, etc. ¿Por qué se ha hecho esdrújulo, si es una evidente voz llana, del francés *console*? Sin duda por atracción de otra esdrújula, de uso tradicional: *cómoda*. Y quizá también por evitar el sentimiento del prefijo, que le da tan claro valor significativo: *con-sola*. Precisamente por huir de ese valor significativo se ha generalizado *homóplato*, que en su acentuación etimológica recuerda demasiado a *plato*. O *Sardanápalo* para alejarlo de *palo*.

Pero no nos alarmemos demasiado por las consolas o consolas. Están pasando de moda, relegadas a las ciudades del interior, más fieles a sus costumbres tradicionales y a los viejos muebles.

Diabetes y *consola* no son los únicos esdrújulos anómalos de Venezuela. Como en casi todas partes se dice también *intérvulo*. La lengua de los psicólogos y psiquiatras es aficionada a la líbido, contra la acentuación latina. En los colegios se dice *Cátulo* y *Tíbulo*. Y con mayor o menor extensión se oyen *méndigo*, *vámpero*, *záfiro*, *pápiro*, *síncero*, *anófeles*, *bóniga* o *domínico*. El nombre de *Jovito* (masculino de *Jovita*) ¿no se ha hecho *Jóvito*? En la *Gaceta de Caracas* de 1815 a 1817 encontramos *cólega*, *ópimo*, *triúnviro*, *Cártago*, etc. *Cólega* aparece repetidas veces en textos de Tomás Lander, de 1833 a 1838. Aun en el habla popular hay cierto preciosismo esdrújulista.

¿Se dice *pístilo*? Muchos nos contestarán que no, pero lo hemos oído a estudiantes de los Andes y de Barinas y a algún anciano de Caracas. Y aun lo encontramos en la *Vuelta a la patria* de Pérez Bonalde:

Los menudos insectos de las flores
a los dorados *pistilos* se abrazan;
besa el aura amorosa al manso Guaire,
y con los rayos de la luz se enlazan
los impalpables átomos del aire.

Son endecasílabos a la manera clásica, con acento en 6^a. (o en 4.^a y 8.^a). Si se leyera *pistilos* resultaría un endecasílabo de gaita gallega, que desentonaría. ¿Será entonces una licencia poética? Hay quienes creen que la lengua del verso es licenciosa y todo lo admite. Por el contrario, es mucho más exigente y severa que la de la prosa. Tiene cierta libertad de arcaísmo en el léxico o en la construcción, y puede jugar con la diéresis, por tradición latinizante. Pero no admite jamás una forma del habla vulgar o familiar. Si a veces dormitaba el buen Homero, hay que pensar que esta vez el gran Pérez Bonalde se quedó dormido. Además, ¡ay!, “los impalpables átomos del aire” son “los invisibles átomos del aire” de la rima X de Bécquer.

Y, sin embargo, no seamos demasiado severos. Rubén Darío, en sus *Versos de año nuevo*, rimó *libelula* y *disimula*, en actitud de juego con la forma (en la *Sonatina*, en cambio, “la libélula vaga de una vaga ilusión”). Cervantes, en su *Comedia famosa de La entretenida*, hace que Cristina rime *sacrilegos* con *ciegos*. Y Juan de Mena, el poeta por antonomasia, ¿no rimó *maquina* (máquina) con *marina*, y *arpías* (harpías) con *escarpías*? Eso se llamaba *éxtasis* y *sístole* en la Poética clásica. Las exigencias métricas son a veces la suprema ley del verso.

La afición al esdrújulo no es particularidad venezolana. Cada región tiene los suyos. Y en la misma lengua general han triunfado muchos que empezaron siendo disparatados: *púdico*, *vértigo*, *rúbrica*, *cartilago*, *álgebra*, *álcali*, etc. Y también otros que la Academia admite junto a las formas llanas, indudablemente menos usadas: *médula*, *homóplato*, *fárrago*, *mucílago*, *pelicano*, *pábilo*, *metamorfosis*, *metempsícosis*, *anémona*,

prócero, cónclave, tortícolis (aceptado ahora), etc. Y aun nombres como *Aristides, Arquímedes* (se empieza a reaccionar en Venezuela a favor de Arquímedes), *Éufrates*, etc.

¿Qué es entonces lo bueno en materia de lengua? Lo que ha triunfado. La historia de la lengua es un poco desmoralizadora, como en general la historia.

¿Pena o vergüenza?

Es general en Venezuela, y se conoce también en Colombia, Panamá y México, el uso de *pena* con el valor de vergüenza, timidez, encogimiento, cortedad, falta de desenvoltura: “¡Qué pena!”, “¿No te da pena bostezar así?”, “Tengo pena con fulano, porque le debo una visita”, “Yo no exijo eso al profesor, porque me da pena”. *Hacer pasar su pena a alguien* es abochornarle. Y se usa también el verbo: “Estoy apenado con usted”, “¡Tan bobito, no se apene!” Y el adjetivo: “El chiquito se esconde porque es muy penoso. No está acostumbrado a ver gente”. *Por pena* es una expresión casual tan frecuente —dice Lisandro Alvarado—, que también se dice *por las cuatro letras consabidas*. Y aunque no hemos tenido ocasión de oírlo nunca, sí es frecuente un empleo análogo, como réplica, para quitarle importancia a algo:

—Mi vale, yo no hago eso, porque me da *pena*.

—¡Pena son cuatro letras!

Nada más que cuatro letras, pero de menos de cuatro —de un *sí* o de un *no*— puede pender la vida entera. A veces se llega aún a más: “Pena es una sola letra: P y ná”.

Todos esos usos de *pena* son viejos, y se encuentran en Sales Pérez, Picón Febres, Blanco Fombona, Urbaneja Achelpohl, Pocaterra. *Mamá Blanca* le da su consagración en un hermoso pasaje:

Por fin llegaban las visitas. Al divisarlas, corríamos todas a ponernos de espaldas en un rincón, la frente obstinadamente adherida a la pared, o nos cubríamos el rostro con los brazos cruzados

y apretadísimos en actitud de supremo pudor, que nadie elogió. Mamá decía cantando y calderoneando más que nunca:

—¡Si es que son unas montunas! ¡Son unas mismas salvajes!
¡Les tienen *pena* a sus propias sombras! ¡Figúrense que nunca han salido de la hacienda!

Pero el testimonio más viejo que tenemos es el de Jorge Isaacs. Dice María:

—Me da como *pena*..., y otra cosa, de que nos vean tantas veces solos.

Ese uso ha existido en francés, al menos en el siglo XVII, y lo menciona Brunot en su Historia de la lengua: diversos textos de la época registran *peineux* con el valor de vergonzoso, confuso, exactamente como nuestro *penoso*. Y es general hoy en catalán, según me informa Pedro Grases: “No et dongui pena”, “No et fa pena” (no te dé vergüenza), “Quina pena m’ha donat!” (¡qué vergüenza he pasado!), “No siguis poca pena” (no seas sinvergüenza). También en valenciano: “Em dona pena” (me da vergüenza).

¿Habrán traído los catalanes esa *pena* a Venezuela y otros países de América? La verdad es que desde el siglo XVIII, la época de los capuchinos catalanes y sus florecientes misiones venezolanas, ha habido llegada casi constante de catalanes. El Oriente venezolano fue colonizado en gran parte por catalanes. Barcelona (“Nueva Barcelona”) la fundó en 1637 el catalán Juan de Urpín (o de Orpín), y cerca de ella levantó otra población con el nombre de Nueva Tarragona. Depons, a principios del siglo XIX, observaba: “Los regatones y baratilleros de Cumaná son por lo general catalanes; hay también canarios”. Dauxion-Lavaysse, que estuvo en Cumaná en 1807, decía que el comercio de detalle estaba casi enteramente en manos de catalanes, vizcaínos y canarios, y hacía —en su Voyage, de 1813— un gran elogio de los catalanes, de su espíritu de empresa y de la manera fraternal con que se ayudaban mutuamente.

También llegaron catalanes a Maracaibo ya en el siglo XVIII, según la *Historia del Estado Zulia* de Juan Besson. ¿No se deberá también a influencia catalana el uso de *pebre* (“pollo en pebre”, “conejo en pebre”), nombre de un rico manjar que se come en algunas partes de Venezuela? Sin embargo, ya era corriente en Castilla (el Diccionario de Autoridades lo documentaba en autores castellanos). Desde luego se debe a esa influencia una palabra tan poco fina como *fortuto* o *fututo*, que aquí no es tan grosera como en Barcelona (“Eso se está poniendo fututo”), sin duda porque las groserías pierden una parte de su poder explosivo al pasar a lengua extranjera. Y un término tan usado desde comienzos del siglo XIX como *detal*: “La línea divisoria del Táchira no parecía defendible, y se creía que un ejército acantonado en ella estaba expuesto a ser batido en detal”, escribía el general Páez en su *Autobiografía*.

Pero limitémonos a *pena*. El uso de Lara y de otras regiones podría confirmar el origen catalán: “Eres bien poca *pena*”, se dice del desvergonzado o del fresco, del que no siente *pena* por nada, como en catalán. Y también: “Es una mujer bien sin pena”, “Tú eres muy sin pena”, “Me hizo pasar una pena muy grande” (un bochorno), “Yo sí paso penas en esta casa”, “Paso por la pena de exigirle que me preste cien bolívares”. Sin embargo, *pena* es algo más suave que *vergüenza*. A una persona que haya cometido un acto indigno se le dirá *sin vergüenza*, pero no *sin pena*. *Pena* da llegar tarde a clase, no saber contestar una pregunta, pero *vergüenza* pasará el alumno a quien sorprendan copiándose en el examen.

Es fácil explicarse el paso desde la significación general de dolor o aflicción a la de vergüenza, timidez o apocamiento. No es pequeño el dolor o la aflicción que puede causar la vergüenza, sobre todo entre los niños o almas tímidas. Recuérdense algunas páginas desgarradoras de Amiel. De todos modos, a pesar de la rica terminología castellana para la vergüenza o la timidez (*apocamiento*, *cortedad*, *encogimiento*, *poquedad*, *embarazo*, *turbación*, etc.) se ha recurrido a la *pena*. Porque

hay palabras que tienen fortuna. En su origen latino, *pena* era voz puramente jurídica que significaba castigo, y conserva ese valor en *pena capital* o *última pena*. De ahí pasó —de la causa al efecto— a significar, ya en latín, dolor, sufrimiento, y así tenemos hoy las *penas* del Purgatorio. En francés, por extensión, empezó a ser un equivalente de *trabajo*, en el sentido de tormento o dolor, de donde nos vino el *merece la pena*, o *vale la pena*, y a *duras penas*. El uso del francés del siglo XVII, del catalán moderno y de Venezuela y otras partes de América con el valor de vergüenza representa un paso más dentro del mismo proceso. Pero esta vez se ha vuelto al efecto para expresar la causa.

Con todo, no se ha desvanecido en Venezuela el uso de *pena* con el sentido de dolor o sufrimiento: “Lo acompaño en la pena”, “Es una pena para la familia”, “Allá no vuelvo ni a penar” (está arraigada en el pueblo la creencia en las ánimas en pena). En Humocaro Bajo (Lara) se oye, cuando uno tiene un leve dolor de cabeza: “Tengo una penita aquí” (se señala la frente). Y se canta mucho la copla siguiente:

La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí;
ayer penaba por verte,
y hoy peno porque te vi.

Nos encontramos, pues, en todos esos usos, ante un hecho general de la expresión humana: la constante fusión de efecto y causa, recurso poético que en la Retórica tradicional tenía el nombre de metonimia, Lenguaje y poesía proceden con la misma alquimia, y son en rigor una sola y misma cosa. Y se ha recurrido al uso figurado de *pena* en lugar de *vergüenza* probablemente por eufemismo, por evitar la palabra cruda y directa, que puede ser ofensiva. La vergüenza implica muchas veces una culpa, o un pecado. En cambio, el sentimiento del dolor, sobre todo del dolor silencioso, tiene siempre una alta dignidad humana.

Ñapa

He aquí una curiosa palabra, que en dos formas, *yapa* y *ñapa*, se encuentra en casi toda América. El punto de expansión ha sido el Perú incaico: en quechua *yapay* es dar la yapa, *yápac* era el que la daba, que podía ser generoso o avaro, y *yapachícuc* el que la reclamaba, por lo común majadero y exigente. Desde el Perú, *yapa* se extendió hacia el sur (Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay) y hacia el norte (Ecuador). Pero al penetrar en Colombia se hizo *ñapa*. Del mismo modo entre nosotros *yema* se hizo *ñema*, y alternan *yopo* y *ñopo*, una especie de rapé indígena, o *ruyir* y *ruñir* ‘roer’.

Esa *ñapa*, que por otro lado se ha señalado también en partes del Uruguay y la Argentina (Catamarca, etc.), se extendió por toda Venezuela, y parcialmente por las Antillas, América Central y México. En sus andanzas llegó hasta el Mississippi, y en la Luisiana lo adoptó el conquistador francés y luego el colonizador norteamericano, y así pasó en 1883 a la prosa de Mark Twain (*lagniappe*) y a diccionarios europeos. Y entonces alguien creyó que el proceso era inverso, que la palabra había venido de Europa a América, lo cual parece el orden natural.

Su uso entre nosotros está asociado a las viejas pulperías: “Deme un real de mantequilla y mi ñapa de queso”, “Medio quilo de azúcar y ese almidoncito de ñapa”. En el Occidente (Táchira, Lara, etc.) se ha formado el verbo *ñapear*: “El arroz está ñapeado, le faltan cuatro onzas”, “Ahí venden más barato, pero ñapeado”. En tiempos de Núñez de Cáceres el muchacho reclamaba en el mostrador: “Mi ñapa

de cambure”. En “El Monitor Industrial” de Caracas, del 30 de junio de 1859, Miguel Carmona lo consideraba incorrecto y quería que se dijera *gaje*, *regalito*, *premio* o *percance*. Más que los puristas tienden hoy a desterrarlo los modernos supermercados y la invasión de las formas nuevas del comercio.

Pero le queda un amplio campo en la expresión figurada: “Le dio su buen bollo y le acuñó unos planazos de ñapa”, “Se salvó de ñapa” (por un tris), “Ni de ñapa acepto yo eso”, “Ahora pa más ñapa se le reventó un caucho al carro”. Una persona pequeña es *una ñapa* (o *una ñapita*) *de gente*, o *una ñapa de queso*. Escribe Job Pim:

Es tan chiquito Facundo,
que su señora lo tapa,
y dicen que vino al mundo
de ñapa.

Olivares Figueroa trae la siguiente copla de juego:

Llorón, llorón,
mándame una locha ‘e viento
y la ñapa ‘e ventarrón.

¿Por qué se generaliza hasta ese punto una voz indígena? Sin duda porque designa una institución viva del mundo americano. Lo europeo es la *propina* española, o el *pourboire* francés. Aun la *adehala* y el *alboroque*, de origen árabe, tienen otro carácter. La *ñapa* es americana, y en cada región tenía un nombre distinto: en algunas partes de Centroamérica queda todavía el *lipegüe* o *alipego*, aunque ha sido frecuente la sustitución por formas hispánicas (*pilón*, *vendaje*, *ganancia*, *contra*, etc.). Era una institución de origen probablemente mágico: el que recibe un dinero devuelve algo, en especie, con carácter propiciatorio; la *ñapa* sería así una especie de *contra* por el feo pecado de cobrar. Y, efectivamente, se dice *contra* en lugar de *ñapa* en algunas partes de Cuba,

Puerto Rico y México (al menos en Tabasco). He aquí cómo una modalidad del espíritu indígena sobrevive, con profundo arraigo, en la vida americana general.

América es un continente lleno de misterio. Varias tribus de los Estados Unidos y Canadá (los tlingit, kwakiutl, etc.) conservan todavía hoy una institución de tipo ejemplar: el *potlach*. Un jefe de clan hace fiestas y regalos a otro jefe. El agasajado debe desquitarse con otras fiestas y regalos, pero de más valor. La gloria, entre estos indios, consiste, no en ganar, como en nuestro perdido mundo occidental, sino en regalar, en regalar hasta arruinarse.

La *ñapa* y el *potlach* nos parecen instituciones hermanas, hijas de un mismo espíritu. Testimonian el poco prestigio americano de la venta y el enorme prestigio del regalo.

Obstinado

Creo que es una peculiaridad del habla venezolana el uso de esta palabra con matices que van desde el de fastidiado, molesto o aburrido, hasta el de desesperado: “Me tiene obstinado ese vecino con su radio” (se pronuncia siempre *ostinao*, sin la *b*), “¡Ten cuidado, que me tienes obstinado!”, “Ya estoy obstinado de este trabajo”, “Fulano se suicidó porque estaba obstinado”, “¡Qué vida tan obstinada la mía!”, “¡Guá, otro puente más para los obstinados!” Y además, los derivados: “Este muchacho es una obstinación” (se puede decir de un niño que no deja dormir al prójimo con su llanto), “¡Cállate, que me obstina tanta habladera!”, “¡Qué visita tan obstinadora!”, “Ese pueblo es tan obstinador, que me tuve que marchar a los quince días”, “¡Los domingos en Caracas son obstinantes!”

En ninguna otra región hispánica, que sepamos, existen esos usos. Y en Venezuela son generales en todo el país y en todas las capas sociales. Y hasta tienen arraigo folklórico. Una copla de Cazorla, que nos proporciona el Dr. Monroy Pittaluga, dice así:

El marido que he encontrado
es malo e impertinente:
cuando mi cara es sonriente,
él la pone de *obstinado*.

Estamos muy lejos de la *obstinación* castellana. Góngora dedicó un soneto a la mariposa que gira alrededor de la llama:

Mariposa, no solo no cobarde,
mas temeraria, fatalmente ciega,

lo que la llama al Fénix aun le niega
quiere obstinada que a sus alas guarde.

Y dice Saavedra de política cristiana:

Más acierta un príncipe ignorante que se consulta, que un
entendido obstinado en sus opiniones.

La verdad es que la obstinación no ha tenido nunca demasiado prestigio. En la mitología clásica se consideraba hija de la Noche, y se apoyada en la cabeza de un asno, con un clavo remachado en la frente y una mano en un brasero encendido. Para Montaigne la obstinación era la prueba más segura de estupidez, y Pascal la consideraba hija de la ignorancia presuntuosa. Pero de todos modos, ¿cómo del valor de pertinacia, porfía o terquedad, que tiene en casi todas nuestras lenguas modernas, ha pasado a ser fastidio o desesperación?

Nos parece que la causa está en un cruce o confusión de palabras. Obstinado ha absorbido enteramente la significación de otra palabra que tiene en Venezuela un valor muy parecido, y casi enteramente su fonetismo: *hostigado*. Se usa mucho en el habla corriente: “No hostigues tanto esa muchacha, que se te va a poner brava”, “¡Esa mujer sí me hostiga!”. Gonzalo Picón Febres lo recogía con el valor de hastiar, empalagar, perseguir, fastidiar. Es un uso viejo en Venezuela, que se da nada menos que en Simón Bolívar. El 5 de diciembre de 1822 escribe al general Flores:

«Yo estoy, no solamente cansado del gobierno, sino hostigado de él.»

Y el 6 de noviembre de 1830, a Estanislao Vergara:

«Usted convendrá que pocos tendrán tantos desagradados que lo hostiguen como yo.»

Ese uso de *hostigar* se ha señalado también en Colombia, Guatemala, Ecuador, Perú, Chile, y aun *hostigoso* como empalagoso o molesto en Chile, Nicaragua y Guatemala (*hostigante* en Colombia). Es fácil explicar cómo del sentido castellano tradicional de perseguir a alguien hostilmente se ha pasado al de importunar y molestar. Los valores antiguos y nuevos se entrecruzan todavía hoy: “No me hostigue el caballo con el freno”, “Ese perro sí hostiga a las gallinas”, “Ella lo hostigó tanto, que al fin el pobre se tuvo que ir de la casa”. De todos modos ese *hostigar* está de capa caída, y ya muchos no lo conocen. En Portuguesa, sin embargo, se conserva la diferencia entre *hostigado* (perseguido, desesperado) y *obstinado*, que tiene los dos valores: “Se obstinó en casarse”, “Estaba obstinado de la vida”.

Es posible que el uso de *obstinado* con el valor de *hostigado* se haya visto favorecido por otro hecho. La significación de porfiado o tenaz la ha absorbido, como en toda América, otra voz, de historia muy interesante: *empecinado*.

¿No habrá además una razón psicológica para el cruce de *obstinado* y *hostigado*? Para que un error léxico, una confusión de palabras, se generalice y se imponga a una comunidad lingüística, tiene que responder a una inclinación colectiva. Errores se cometen a cada paso, y se los lleva el viento. Los que circulan y se generalizan (¿no sucede lo mismo con el rumor, la mentira, la calumnia, la anécdota?) son los que tienen un fondo de verdad, sobre todo de verdad afectiva. Se ha dicho que el venezolano, al menos en las últimas generaciones, manifiesta poca continuidad en el esfuerzo, poca *obstinación* en el trabajo, y que le fastidia y desespera todo lo que requiera una actividad empeñosa, constante, *obstinada*. Ese cruce de *obstinado* y *hostigado* ¿no reflejará una de las facetas del carácter nacional?

¿Pollina o flequillo?

Una alumna española llegó un día consternada a nuestra clase de la Universidad Central. El profesor tiene que hacer a veces de paño de lágrimas, y le preguntamos lo que le ocurría. La cosa tenía aire dramático. Al pasar junto a un grupo de estudiantes, uno había dicho: “¡Miren qué linda pollina!” La expresión le había parecido injusta y ofensiva, pues consideraba que la habían tratado de borrica. Y lo de *linda* no le servía de ninguna manera de consuelo. Tuvimos que explicarle que *pollina* equivale aquí a *flequillo*, y que sus compañeros de la Universidad no habían hecho más que admirar su peinado.

La verdad es que ese uso de *pollina* es una de las primeras sorpresas con que se encuentran las señoras que llegan de otras tierras hispánicas. Fuera de Venezuela solo se da, que sepamos, en Puerto Rico. En el habla venezolana es frecuentísimo: “A Judith Jaimes le queda muy bien la pollina”, “¿Cuándo te cortan la pollina?”, “¿Y esa pollina? ¿Te la echas de muchachita ahora?” Hay *pollinas* y *medias pollinitas*: “Me gusta ese peinado con el pelo hacia atrás y la media pollinita sobre la frente”. Y en el Táchira las muchachas combinan a veces la *pollina* con *chata* y *conquistador*: *chata* es el crespo o rizo que se hace junto a las orejas (estuvo de moda en toda Venezuela); *conquistador*, un bucle que cae en mitad de la frente (se deja la *pollina* a los lados). Una muchacha en plan de *tumbar gobierno*, “se arrebola” y acumula pollina, chata y conquistador. Y entonces se dice que *queda muy chula*.

También pueden usar *pollina* los presidiarios. Antonio Arráiz, en *Puros hombres*, describe a Matías, el torvo cabo de presos: “Las cerdas de las cejas se le subían hasta la mitad de la frente; más arriba aún, hasta cerca de la áspera pollina, sorprendidas, asombradas, como si asistiesen a una revelación”. Pero es sobre todo peinado infantil. Antonia Palacios, en su decentísima *Ana Isabel*, nos presenta, entre los niños que juegan en la vieja plaza de la Candelaria, a Pepe, que conmueve el tierno corazón de la protagonista: “Pepe ya no usa pollina. Lleva el cabello peinado hacia atrás, como los hombres grandes, y no le dice “fea” a Ana Isabel”. Y en una copla de joropo recogida por Olivares Figueroa:

La manteca del gabán
es una manteca fina,
que la usan las muchachas
pa peinarse la pollina.

Nuestra *pollina* ya impresionaba a José Martí, y por lo visto no le entusiasmaba. En una de sus *Escenas norteamericanas*, del 2 de mayo de 1886, anuncia el próximo casamiento del presidente de los Estados Unidos:

Se casa el Presidente con una hermosa señorita de educación
segura y gustos castos y serios: es una Miss Folsom, de rostro
claro y bello, sin esos enrejados sobre la frente que en Venezuela
llaman *pollina* y encubren lo mejor del rostro y del alma.

También entre nosotros tuvo sus enemigos. En una crónica de *El Tiempo*, de Caracas, el 24 de octubre de 1911, Juan Santaella decía que la resurrección de la *pollina* traía alarmados, “con razón”, a muchos estetas.

Indudablemente *pollina* empezó siendo designación rústica, y alude al mechón de pelo que cae habitualmente sobre la frente del asno o borrico. *Pollino* designa todavía hoy al borrico joven. En la época de *Peonía*, hacia 1890, se aplicaba al mal estudiante (hoy se prefiere *burro*; o

burra, aun para el hombre): “Conmigo se graduaron unos pollinos por ser hijos de Don Fulano y Don Perencejo, del general Tal y del ministro Cual”. Y todavía se dice en todo el país: “Hijo de burro sale pollino”. O bien: “En la pelea de los burros siempre pierden los pollinos”. Los pollinos son los borricos, que, como siempre serán imperfectos en su género, no tendrán nunca la simpatía o el prestigio de Platero.

¿Y no es irreverente que porque los pollinos usen flequillo se llame *pollina* aun el de las más hermosas mujeres? ¿No hay ahí una grave falta de galantería? Sin duda la denominación se ha aplicado inicialmente a los niños. Y lo que aquí se llama *pollina*, se llamó en México, hasta principios de este siglo, *burrito*. García Icazbalceta lo documentaba en *Noche Buena* y en *Baco* de Facundo: “Tenía el pelo negro, y se lo tusaba en línea horizontal, para formar lo que ella

llamaba su burrito”; “Con esa poca gracia con que muchas de nuestras pollas dejan crecer su burrito sobre las cejas”... Lo de la poca gracia, dependerá de quien lo use. En 1905 decía García Icazbalceta: “Por fortuna va desapareciendo”. Y ya hoy Santamaría lo da como extinguido. Pero en Caracas cuando la *pollina* es crecida se le da frecuentemente, en actitud de juego, el nombre de *burra*: “Córtate esa burra”. ¿Y no se llama hoy *cola de caballo* un peinado femenino que está de moda y que viene del inglés *pony-tail*? ¿Y no se llama *chiva*, en gran parte de América, la perilla o barba que recuerda la del chivo?

En España se han empleado otros nombres de animales —*garceta*, *rata*, *perico*, etc.— para denominar ciertos peinados. El castellano deriva muchas veces, de una designación de persona o animal, el nombre de un objeto: las *jinetas* de los antiguos capitanes, las *chinches* de clavar, las *esclavas* de las señoras o las *esposas* de los presos. Y en contraste violento con la *pollina*, nosotros tenemos el *pollino*, un sucio recipiente de las prisiones, que en el Brasil se llama *tigre*.

Pollina en Venezuela o Puerto Rico y *burrito* en México representan la misma imagen. Hoy, con la anuencia de los puristas, se prefiere en México *cerquillo*, que se usa también en Puerto Rico, Cuba, Perú y Ecuador. Claro que es más decoroso tomar el nombre del cerquillo eclesiástico (“círculo o corona formado de cabello en la cabeza de los religiosos de algunas órdenes”) que del mechón del borrico. Y es nombre que al parecer también ha existido en Venezuela, pues lo usó a principios del siglo XIX el P. Ramón Bueno, misionero del Orinoco: “Las guarichas gastan el pelo largo y tendido; por delante recortado como cerquillo”. Han sido sin duda los misioneros los que extendieron esa denominación por diversas regiones de América.

En esta materia cada región ha podido crear con libertad, porque no había una tradición. *Pollina*, *burrito*, *cerquillo* o *flequillo* representan tentativas de dominación. Galicia usa *perrera* (“Al caballo del Apóstol / le cortaron la perrera, / y la fueron a poner / a María la costurera”; el último verso, que es la alusión personal, se modifica según las circunstancias). La lengua general se ha decidido por *flequillo*, pero como estamos ante una materia cambiante y tornadiza, expuesta a todos los embates de la moda, es natural que cada región pueda guardar la imagen que más le satisfaga. Y hasta crear nuevas. Una señora le dice al peluquero en el salón de belleza: “Hágame el peinado con robacorazones”.

Butacas y butaques

¿No es curioso que la palabra *butaca*, hoy general en todo el mundo hispánico para designar los sillones de las salas y teatros, proceda de los indios cumanagotos, los caribes de Cumaná? La voz llegó a España en la primera mitad del siglo XIX y penetró en el Diccionario académico en 1843. Pero ya en 1683 Fray Manuel de Yagües publicaba, junto con sus *Principios y reglas de la lengua cumanagota*, un vocabulario de esa lengua compuesto por el Padre Matías Ruiz Blanco. En ese vocabulario y en el que el mismo P. Ruiz Blanco publicó después en 1690, se ve que los indios, para designar el asiento, tenían una rica terminología: *yapono*, *chamarro*, *naca*, *putaca*. Pocos años antes, en 1680, el Padre Francisco de Tauste, en su vocabulario de los chaimas, cumanagotos y otros indios de la provincia de Cumaná, había dado, para el asiento en común, dos voces: *aponoto* y *zapon* (indudablemente variantes de *yapono*); para el asiento de pellejo como silleta, *chamaro* (el *chamarro* de Ruiz Blanco), y para el asiento pequeño de madera, *ture*. De todas esas voces se han incorporado al castellano de Venezuela dos: *ture*, que designa en Margarita y todo el Oriente (también en Puerto Rico y Santo Domingo) la silla de baqueta o de extensión (en los Llanos de Monagas y a orillas del Orinoco, *turete*), y *putaca*, que, transformada en *butaca*, debía alcanzar notable fortuna.

Ya Cristóbal Colón cuenta que los españoles que bajaron a tierra en nuestra Península de Paria, el 4 de agosto de 1498, fueron agasajados por los indios en una casa muy grande, “y allí tenían muchas sillas, donde los hicieron asentar, y otras donde ellos se asentaron”. Los asientos

indígenas, los de los reyes y caciques, llamaron la atención de los conquistadores y cronistas. Del arahuaco de las Antillas procede el nombre de *diího*, que alcanzó vida brillante en la historiografía de la conquista, y se atribuyó hasta a los aztecas e incas, que tenían nombres propios. Las Casas se asombraba de las sillas bajas con espaldar de los indios de Haití, “lindas y bruñidas y relucientes, como si fueran de azabache”, y Sarmiento de Gamboa de la que usaba Túpac Yupanqui, una silleta baja de oro, guarnecida de esmeraldas y piedras preciosas. Y es la misma voz que algún otro cronista llama *dujo* (la *h* era sin duda aspirada), que Fray Pedro Simón, en 1625, al describir las prácticas de los piaches de Tierra Firme, llama *duro*, nombre que se da todavía hoy en Lara al trozo de madera que se usa como asiento: es el *dure* de Romero García, y sin duda el mismo *ture* de Oriente y de los cumanagotos, que el Padre Gumilla atribuía también a los indios guaiqueríes (un vocabulario español-guaraúno de 1789 registra “Trahe aquel Ture”). Y como no faltan aficionados al connubio de palabras, les brindamos la siguiente noticia: El historiador romano Suetonio, en su vida de Augusto, cuenta que el emperador era reacio a los baños; cuando por el estado de sus nervios tenía necesidad de ir a los baños de mar o a las aguas termales, se contentaba con sentarse en un taburete de madera que llamaba, con una palabra de España (es decir, ibérica), *dureta*, y se mojaba alternativamente los pies y las manos. ¿No es obvio relacionar nuestro *dure*, *ture* o *turete* con esa antigua *dureta* ibérica? No hay más que un inconveniente: la falta de continuidad. Cuando los conquistadores españoles llegaron a América, la *dureta* estaba olvidada desde hacía seguramente más de mil años. La lengua ofrece a cada paso, para burlarse del etimologismo barato, extrañas coincidencias. En el siglo I antes de Cristo, en la época de Sertorio, había en el centro de España una población llamada Caraca, que no parece haber tenido la menor relación con nuestros indios Caracas.

Las butacas que nos dieron los indios cumanagotos eran unos asientos de madera cóncavos y forrados de cuero, con pies en forma de tijereta. Pronto hubo, además de butacas, otros asientos que se llamaron *butaques*. La lengua castellana tiene la virtud de modificar el género de la palabra para distinguir dos variedades de un objeto: cesto-cesta, jarro-jarra, anillo-anilla, cuchillo-cuchilla, gorro-gorra y centenares más. En Venezuela tenemos *perol-perola*, *tambor-tambora*, *farol-farola*, *mango-manga* (la manga es más apetecible que el mango), *mecho-mecha* (el mecho es el cabo desgastado de la mecha), *túnico-túnica*, etc. La forma femenina designa muchas veces una variedad más grande que la masculina, y la aparente aberración se explica porque el sistema se remonta al neutro de plural latino en *-a*. Es posible que a eso se deba la coexistencia de *butacas* y *butaques* (a través de una forma *butaco*, que está documentada al menos en Cuba y Costa Rica, o como regresión del diminutivo *butaquito*). En gran parte de Venezuela subsiste todavía hoy la diferencia entre el *butaque*, asiento bajo, forrado de cuero de tigre, báquiro o venado, por lo común sin respaldar ni brazos, una especie de catrecito pequeño que es la silla de la gente pobre, y la *butaca*, que es el sillón con respaldar y brazos, tapizado o almohadillado, una especie de poltrona en que puede uno recostarse cómodamente. En algunas regiones se ha borrado la distinción, y ha quedado solo el *butaque*: el de cordobán en que se sentaba doña Nico en *Cantaclaro*, el de la casa de Melecio Sandoval en *Doña Barbara*, lujo del rústico llanero”, que se colocaba para el huésped en sitio de honor, y el viejísimo *butaque* de suela, guardado como reliquia, en que recostaba su pierna inválida el coronel Riolid en el *Viaje al amanecer* de Mariano Picón Salas. Gonzalo Picón Febres defendió empeñosamente la legitimidad de *butaque* (“asiento pequeño, de vaqueta o de cuero sin curtir, con brazos o sin ellos, adornado de tachuelas de cobre en las orillas, de mucho uso en la primera mitad del siglo XIX, demasiado raro hoy”) diferente de la

butaca de los salones, de las Cámaras, de las Academias, del Cabildo, de los presbiterios y catedrales.

Desde la *putaca* indígena hasta nuestra *butaca* del siglo XVIII hay una progresiva labor de artesanía. Juan Röhl, en sus *Historias viejas y cuentos nuevos*, de 1946, ha evocado las butacas coloniales, que incitaban al reposo y a la amplia molicie de las siestas. Las describe así: “Asiento bajo y con pendiente, espaldar alto e inclinado, brazos muy anchos y planos, y las patas traseras muy características, a modo de tablas arrocadas hacia atrás, hábil solución para darles aspecto de asentado equilibrio. Los brazos son una derivación abarrocada de los que tienen las sillas frailunas, tan comunes en España y sus ex provincias de ultramar”.

Las butacas y butaques de Venezuela se extendieron, en la época colonial, por toda el área del Caribe: las Antillas, Colombia, América Central y costa de México, y en general subsisten hasta hoy. Parece que la industria mexicana del mueble se encantó con ellas. Por lo menos, en Cuba eran famosas a principios del siglo pasado las butacas de Campeche, o *campechanas*. Y sin duda de Cuba pasaron a España, y con su cuero, terciopelo, tafilete o marroquí, conquistaron los salones. Venían a dar realidad a un viejo ideal hispánico: encontrar una posición intermedia decorosa y cómoda entre el estar sentado y acostado.

La palabra penetra en la prosa castellana a mediados del siglo, y se encuentra en Pedro Antonio de Alarcón, en Valera, en Bretón de los Herreros, en Tamayo y Baus, en Castro y Serrano, en Frontaura. Hacia 1820-1830 las butacas reemplazan a las destartaladas medias lunas o lunetas de los teatros. Antonio Alcalá Galiano (citado por Ramos Duarte) rememoraba, en sus *Memorias de un anciano*, publicadas en 1878, los teatros de sus mocedades:

Los pocos asientos que había entre el patio y las tablas, entonces conocidos con el nombre de *lunetas*, modernísimamente trocado

por el americano de *butacas*, eran estrechos, duros, con forro de mala badana, casi siempre con desgarrones y nunca limpia.

Y he aquí que un asiento de los fieros caribes de Venezuela, los temidos caníbales o antropófagos, triunfa y se impone en los salones y teatros de Madrid y de todo el mundo hispánico. De modo análogo, las *naguas* de las indias de las Antillas, la única prenda de vestir que usaban las casadas (las doncellas no usaban ninguna), se transformaron en las almidonadas enaguas de nuestras abuelas. Misterios de lo que la antropología moderna designa con el nombre de transculturación.

¿Su mujer o su señora?

Hacia 1860, Alejandro Peoli, uno de los primeros que han escrito entre nosotros sobre buenas y malas palabras, censuraba que se dijera *su mujer*, y sostenía que había que sustituirlo por *su señora*. Peoli se empeñaba también —dice Julio Calcaño— en que no se usase una palabra tan repelente y bárbara como *asesino*, y proponía en su lugar *homicida*, *criminal*, *matador*, etc. Hoy nadie, por más invulnerable que se sintiera al ridículo, podría sostener lo segundo. ¿Pero lo primero?

En España es corriente presentarle a uno la mujer o preguntarle a uno por su mujer, y la expresión es respetuosa. En cambio, en casi toda Hispanoamérica suena a descortés y hasta a grosero. Hay que preguntar por la señora, por la esposa, o por la señora esposa, de lo cual se burlan los españoles, pues les parece afectado. En una de las novelas ejemplares o “nivolas” de Unamuno, la inquietante Raquel de *Las dos madres* quiere casar a su amante con otra mujer, y le dice:

Y ella será tu esposa. ¡Esposa!, así dicen los zapateros: ¡Mi esposa!

El español ha dicho siempre *mi mujer*, *su mujer*, y ese ha sido uso de villanos y de reyes durante siglos. ¿Qué pasa en los últimos tiempos para que “los zapateros” de España y los hispanoamericanos en general sintamos que *su mujer* es poco respetuoso? Ya antes de Peoli, hace poco más de un siglo, el estadista argentino Alberdi comentaba el principio de Lermínier: “La emancipación de la mujer es la primera condición de la nueva sociabilidad”. Y aconsejaba:

No ponga usted *mujer*, porque las señoras se van a enojar. Mujeres son las de la calle... Mujer es una cosa y señora es otra cosa. La señora no es mujer, como el caballero no es hombre. La señora es más que mujer, como el caballero más que hombre.

Unamuno habría dicho lo contrario: la mujer es más que la señora, el hombre es más que el caballero. En el prólogo de sus *Tres novelas ejemplares* nos dice:

Sé que en España, hoy, el consumo de novelas lo hacen principalmente las mujeres. ¡Es decir, mujeres no!, sino señoras y señoritas. Y sé que estas señoras y señoritas se aficionan principalmente a leer aquellas novelas que les dan sus confesores o aquellas otras que se las prohíben.

También Ortega y Gasset —nos lo cuenta Manuel Granell— consideraba que *mujer* es más alto que *dama*. Pero el tratamiento social no responde a valores humanos esenciales. Es un signo de distinciones jerárquicas, y está sujeto a todos los vaivenes de la historia. En el siglo XIX se democratizan los tratamientos. Todavía en 1818 podía comprarse en Lima el de *don* por mil cuatrocientos reales de vellón. Después se hizo enteramente gratuito. El de *señor* y *señora*, de viejo contenido feudal, se extendió a todas las capas de la población. *Doña* hasta se desvalorizó, y en alguna parte se considera ofensivo. Pero *Señora*, que era la dueña de casa, y por extensión la persona a quien se rendía vasallaje o acatamiento (“Señora de mi corazón”), siguió siendo título apetecible. Por eso la mujer hispanoamericana, que se desenvolvía en un medio casi siempre hostil, aspiró al título de señora. Y muchas veces hemos encontrado, entre gentes humildes de Buenos Aires o de Caracas, la clara distinción entre la *mujer* ilegítima (la concubina, la amante) y la *señora* o la *esposa* consagrada por el matrimonio. Y quizá como reacción, en Buenos Aires, en Lima o en Caracas, los sectores más distinguidos de la

sociedad guardan con orgullo, frente al popular *mi señora*, el tradicional y castizo *mi mujer*.

Todavía Bolívar podía escribir a Manuela Garaycoa de Calderón desde Lima, el 1º de junio de 1826: “Soy de usted, mi señora, su afectísimo servidor y amigo”. Todavía el genial y excéntrico Simón Rodríguez puede dirigirse al coronel Diego Ibarra, el 8 de agosto de 1825, y decirle: “Mil expresiones afectuosas a su querida y mi apreciada señora”. Pero ya aparece ahí en juego el viejo *mi apreciada señora* con el nuevo *su querida señora*. El mismo Bolívar, que en carta amistosa a Diego Ibarra usa *tu mujer* (“Memorias a tu mujer y a toda la familia”, 12 de julio de 1827), emplea frecuentemente *su señora*, y también *su esposa*. Contraste entre la familiaridad y el respeto. Y aún más. En carta del 7 de noviembre de 1815 a J. Ricardo, le dice: “Suplico a usted me ponga a los pies de su señora esposa”.

Estos tratamientos, que también encontramos en la prosa española de la época, empezaron siendo literarios. Ya en Lope de Vega, dice Peribáñez al Comendador:

Mi esposa y yo, hasta aquí vasallos tuyos,
desde hoy somos esclavos de tu casa.

Pero poco a poco fueron pasando al habla común. En *El casamiento desigual* de Ramón de la Cruz, Chinica, que se ha casado con mujer hijodalga, dice: “Mi mujer”... Pero el suegro le interrumpe:

—Esa sí es insolencia,
hablando de nuestra hija
decir mi mujer.
— ¡Me lleva Barrabás! Pues mi mujer
¿no es mi mujer?

El padre quería que la llamaran “mi ilustre señora” o “señora doña Josefa”. Claro que eso pasa en un sainete, de 1769. Pero revela una tendencia.

Esa tendencia ha sido más fuerte en América que en España. Y ha llegado a imponerse en ciertos sectores sociales, no solo por el prestigio de la lengua escrita, sino también por el afán universal de usar, en el diálogo con la mujer, un lenguaje refinado y galante. Por la misma razón, hay quienes dicen *te amo*, tomado de la literatura, frente al llano y castizo *te quiero*. El alemán, de tan rígido sentido jerárquico, ha adoptado *Frau Gemahlin*, es decir, señora esposa, para el tratamiento general: se pregunta al prójimo por su *Frau Gemahlin*, y si está casada con un general o con un profesor —las dos categorías más altas de la vida alemana (*Professor* es solo el de la Universidad)—, habrá que preguntar por *Frau General* o por *Frau Professor*, ¡y guay del que no se someta a tan buena costumbre! Con variada profundidad, la tendencia existe en todas las lenguas del mundo.

Julio Calcaño consideraba de mucha cortesía decir: “Mi señora, la esposa de usted”. Pero es posible que hoy produjera risa una fórmula tan solemne, que, además, es tremendamente equívoca. *Señora* ya no es solo ama o dueña. Hoy es un equivalente de mujer o esposa. *Mi mujer*, *mi señora* o *mi esposa* tienen la misma significación, aunque el buen gusto prefiera una u otra. A Tolstoi, con un criterio cristiano evangélico, lo único que le parecía mal era el *mi*: consideraba indecoroso que se dijera *mi mujer*, igual que *mi casa*, o *mi camisa*, como si se tratase de una prenda de propiedad privada.

Está bien, indudablemente bien, que en España se mantengan fieles (no sabemos por cuánto tiempo aún) a *mi mujer* o *su mujer*, y que ciertos círculos de Hispanoamérica, con llaneza señorial, les acompañen en ese uso. Y aun así, muchos que dicen con sencillez *mi mujer* o *tu mujer*, cuando se dirigen a una tercera persona con la que no tienen absoluta confianza dirán siempre *su señora*. También en España. Un profesor de la Universidad de Madrid dice a su colega: “Saludos a su mujer”. Pero si se dirige al Rector, lo más seguro es que diga *a su señora*. Como es

la fórmula de más respeto, es la que tiende a imponerse en todos los usos. En cambio, *mi esposo*, *mi esposa*, el tratamiento de los zapateros de Unamuno, sigue siendo afectado en todas partes fuera de la expresión escrita.

La lengua distingue tradicionalmente entre *hombre* y *marido*; de modo análogo tiende a diferenciarse *mujer* y *señora*. El inglés, lo ha realizado plenamente: frente a *man-husband* existe *woman-wife*: *a woman-my wife*.

El castellano es la lengua de menos empaque y solemnidad, como reflejo de la natural llaneza del español. En el habla familiar son frecuentes las fórmulas campechanas: *mi cara mitad*, *mi media naranja*, *mi costilla*, *mi consorte*, *mi parienta* (por ejemplo, en Gabriel y Galán), *mi oíslo*, *mi compañera*. Y una que se usa en algunos países y es quizá la mejor defensa del matrimonio: *mi peor es nada*. Frente a ellas, que son muchas veces chabacanas, *mi mujer* conserva plena dignidad. Pero la tendencia a usar *mi señora* o *mi esposa* responde a un impulso de todos los tiempos y de todos los países a dar a la mujer un tratamiento (¿acaso también un trato?) cada vez más exquisito. Ya Quevedo se burló de ello cuando aconsejaba, para hablar en culta latiniparla, que al marido, “por el hastío que causa el tal nombre”, se le dijera *mi cuotidie* o *mi siempre*, y que él, cuando quisiera referirse a su mujer, la llamara *su sempiterna*. Sin sarcasmo, con honda ternura, Unamuno llamaba a su mujer, la buena y comprensiva Concha Lizárraga: “Mi santa costumbre”.

Un problema menudo: ¿jira o gira?

En el último tiempo se ha discutido mucho sobre si debía escribirse *gira* o *jira*, con *g* o con *j*. ¿Cuál de las dos maneras será la correcta?

Prefiero *gira* con *g*, sin vacilación, y es la grafía que acaba de adoptar la Academia en la 18^a. Edición de su Diccionario. Pero como nuestro criterio no responde a la autoridad, sino a la razón filológica, conviene quizá que nos planteemos el problema en toda su amplitud. *Gira*, en el sentido de viaje, recorrido de una región o país en una actividad cultural, comercial, política, recreativa, etc., como equivalente del francés *tournée*, es voz muy moderna, posiblemente de la segunda mitad del siglo XIX. Rufino José Cuervo, tan comprensivo por lo común, se burlaba de ella:

Con singular satisfacción, y como si ellos mismos se celebraran la elegancia del feliz hallazgo, emplean hoy unos cuantos colombianos la voz *jira*, que significa banquete campestre con regocijo y bulla, en el sentido de excursión, correría: “El Excelentísimo Sr. Presidente ha vuelto ya de su *gira* por los departamentos del sur”. Sin duda que la frase *dar una vuelta* les ha sugerido la empecatada idea de que aquella palabra sale de *girar*: por eso ponen la *g*.

Este párrafo, que no figura en la 5.^a edición de 1907, lo incorporó a su texto cuando preparaba la 6.^a, interrumpida por su muerte (1911). Pero con todo el respeto que le debemos, hay que reconocer hoy que esa “empecatada idea” no es privativa de unos cuantos colombianos, que *gira* se ha generalizado por todos los países de América, que se

encuentra en la mejor prensa española y que es un derivado evidente y legítimo de *girar*.

Lo que ha sucedido con esta palabra nos parece aleccionador. Cuando empezó a usarse, corrieron los autores al Diccionario y se encontraron con *jira*, una vieja palabra castellana que desde los textos más antiguos significa banquete o merienda. Pero esa *jira* de los viejos textos (primero se escribía *xira*, luego *gira* o *jira*) no tiene nada que ver con la *gira* moderna: son dos palabras enteramente distintas, en su origen y en su significación.

Veamos qué era la *jira* antigua. En el *Quijote* (II, cap. XXVIII), Sancho se queja de su dura suerte de escudero andante, que solo le proporciona rajas de queso y mendrugos de pan, excepto —dice— “la *jira* que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho”. Esa *jira* de Sancho (la edición original la escribe con *g*) era un ‘banquete opíparo’, como el que se dio en las bodas de Camacho el Rico. Del mismo modo, en su *Comedia famosa de La entretenida* llega una carta que promete resolver una boda, y Torrente, criado del presunto novio, dice: “Agora sí que tendremos / gusto abierto y rica *gira*, / regodeos hasta el tope, / lautas y limpias comidas”.

Esa significación la documenta el *Tesoro* de Covarrubias (1611) y luego el Diccionario de Autoridades: según el P. Guadix, *jira* es voz árabe que significa ‘comida opípara y abundante’. Rodríguez Marín agrega algunos testimonios más: para el Maestro Alejo Vanegas (*Agonía del tránsito de la muerte*, Toledo, 1538), “tanto es hazer *xira* como hazer buena mano llena de todo bastimento para el combite o almuerzo”; dice Fray Francisco de Osuna (*Quinta parte del abecedario espiritual*), hablando de los pecadores, que “el día de la muerte hará con ellos gran *xira* el demonio”; y todavía en las *Elegías* de nuestro Juan de Castellanos, “diéronles de comer, y anda la *jira* del vino de Jerez y de Cazalla”. ¿No es evidente que esta *xira*, *jira* o *gira*, cuyo origen se ha buscado en el griego

y en el árabe (Coraminas lo explica por el antiguo francés *chiere*, comida de calidad), es cosa enteramente distinta de nuestra *gira* moderna?

Y también es distinta la otra *jira*, que se encuentra igualmente en Cervantes, En el *Coloquio de los perros*, la Cañizares, bruja y hechicera, cuenta a Cipión, hablando de la Montiel: “Tres días antes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los Montes Pirineos en una gran jira; y con todo eso, cuando murió, fue con tal sosiego y reposo, que no parecía sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores”. ¿Qué *jira* era esa que habían hecho la Montiel y la Cañizares por los Montes Pirineos? Sin duda, una de las visitas que habitualmente hacían las brujas al Demonio, según cuenta la misma Cañizares a Cipión: “Vamos a verle muy lejos de aquí, a un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas. Hay opinión que no vamos a estos convites sino con la fantasía”. Esa *jira* era, pues, un convite del Demonio.

El *Tesoro* de Covarrubias explicaba la voz: “*Gira*. Es la comida y fiesta que se haze entre amigos, con regozijo y contento, juntamente con abundancia de comer y beber, y mucha alegría y chacota”. Lo repite casi literalmente el Diccionario de Autoridades, en 1734. Pero pronto en las ciudades se prefirió el *banquete*, y *jira*, escrito con *j*, quedó reservado para la merienda campestre, unida, como es natural, con una excursión. Es el sentido que sobrevive hoy en España, y es el que registra la Academia: “*Jira*. Banquete o merienda, especialmente campestres, que se hacen entre amigos, con regocijo y bulla”. Y es el que se encuentra modernamente en *Pepita Jiménez* de Valera. Luis, el seminarista, escribe a su tío: Para complacerle [a mi padre] me violento y procuro aparentar que me gustan las diversiones de aquí, las *jiras* campestres y hasta la caza”. Describe una de esas *jiras*, que es precisamente una merienda, sobre todo de fresas, en la huerta de la encantadora Pepita, y dice: “Asistimos a esta jira, el médico, el escribano, mi tía doña Casilda, mi padre

y yo”. Todavía hoy, en la Mancha, “las *jiras* del Sábado Santo tienen que ser con cordero para que sean buenas”.

La idea fundamental es la de banquete, y la excursión es lo accesorio. En la 16.^a edición de su *Diccionario* (1936) la Academia consagraba lo accesorio como lo fundamental: “*Gira*. Paseo, excursión recreativa emprendida por una reunión de personas”. Nos parece que en la nueva definición académica había entrado, de rondón, algo de la moderna acepción de *gira*.

Pero vayamos poco a poco. Tenemos en castellano una voz antigua *xira* (escrita luego *jira* o *gira*), que significaba ‘banquete, comida opípara’ y luego ‘banquete o merienda campestre’ antes de que hubiese penetrado en la lengua el verbo *girar*, que es un cultismo generalizado por Góngora. Junto con el latinismo *girar* entró también *giro*: “astros de plata que en relucientes *giros* / batieron con alterno pie zafiros”, en Góngora. Todavía Lope de Vega lo sentía como extraño y lo traducía: “Le dio dos *giros*, pienso que en español se llaman *vueltas*”. Pero pronto extendió su órbita, y el Padre Mir, tan celoso de los usos castizos, reprochaba las siguientes frases: “haré un giro por la calle”, “la fortuna me jugó un giro”, “dio a las cosas de otro un mal giro”, “daré buen giro a este negocio”, “tiene un giro de espíritu agradable”, “estos versos tienen un giro excelente”, “la conversación tomó un giro alarmante”, “el giro de la comedia moderna es distinto del que tuvo la antigua”. Había absorbido algunos de los usos del francés *tour*, y el Padre Mir proponía en cambio los españoles *sesgo*, *rumbo*, *corte*, *traza*, *senda*, *camino*, *paseo*, *disposición*, *índole*, *estilo*. Pero ya el Diccionario de Autoridades había autorizado *tomar otro giro*, por *tomar otro rumbo* o *resolución*. Y además se incorpora al castellano, también del verbo *girar*, pero esta vez a través del italiano, el *giro* bancario. La lengua moderna es un producto de la convivencia de las naciones.

Todavía en el siglo XVIII el Padre Isla usaba *giro* en las siguientes frases: “Tu tío el Padre Osorio... no solo promete las [fuerzas] sobradas para el segundo viaje de Roma..., sino para dar tres giros enteros alrededor de todo el mundo” (carta CXIII); “En todos estos *giros* y *regiros* se han padecido los trabajos que se dejan considerar” (carta CCLXI). Y es que el mismo verbo *girar* se usaba en este sentido. El Padre Mir documenta en las *Empresas* de Saavedra Fajardo: “Girar siempre por sus estados”. Y en la *Guerra de Flandes*, traducida por Basilio Varén de Soto (Madrid, 1643): “Caracolear y *girar* por la campaña”. El francés *tour* se traducía con *giro*; y *tourner*, con *girar*. Pero el derivado *tourné* se usaba tal cual, sobre todo para las *tournées* teatrales. Casi en nuestros días, un humorista español titula una de sus obras: *La tournée de Dios*. También en italiano se usó *tourné*, pero pronto se tradujo además con *giro teatrale*. Los puristas españoles (y también uno venezolano, como Felipe Tejera) condenaban *tourné*, y proponían *excursión*, *expedición*, *correría*, *viaje redondo* o *circular*, *ronda*, *visita de inspección*, etc. Es entonces cuando alguien introduce, para traducir *tourné*, otro postverbal de *girar*, perfectamente legítimo: *gira*. En 1913 se indignaba Román en Chile de que se hablase de *giras políticas*. Ya en 1905 nuestro general Cipriano Castro hacía una “Jira por el Centro, Sur y Oriente de la República”, que “El Constitucional” (mayo de 1905) comparaba con las de los primeros predicadores cristianos. La palabra respondía sin duda a una necesidad expresiva. La prensa, que en esta materia es el primer poder, la ha generalizado en todos los países hispánicos, aunque como concesión a la vieja *jira académica*, lo escribía erradamente con *j*. Que la innovación era un acierto, lo prueba la rápida acogida que ha tenido en todas partes, aun en la lengua literaria de España (lo encontramos, por ejemplo, en el *Bolívar* de Salvador de Madariaga, II, 333). Y es curioso que también en portugués y en catalán —no podemos decir en este momento si antes o después del castellano— tiene *gira* exactamente nuestro uso moderno.

Así, pues, escribir *gira* con *j* implica una lamentable confusión de palabras. La *gira* moderna es un evidente postverbal de *girar*, y por lo tanto debe escribirse con *g*. La Academia, lenta pero progresista, lo ha reconocido ya: “Excursión que efectúa un grupo de personas, sea por mero recreo o con otros fines”. Pero ¿por qué solo *excursión*? Puede ser también un viaje: la gira de una compañía teatral por toda América. ¿Y por qué solo un grupo de personas? Una recitadora, un violinista, un conferenciante ¿no podrán hacer una *gira*?

Hallaca

(Con motivo de las Navidades)

¡Que sean sabrosas y abundantes las hallacas de estas Navidades para todos! Navidades sin hallacas son inconcebibles en Venezuela, y el venezolano que se halla en tierras lejanas sueña con sus hallacas navideñas: “Este año comeremos las hallacas en Caracas”. Al que está en peligro de muerte se le puede decir: “Usted como que no va a comer las hallacas este año”. Aunque puede ser plato de cualquier época (en los Andes es frecuente los domingos), se considera ritual desde Nochebuena hasta Reyes, como digno acompañante del Nacimiento.

Las hallacas son la obra maestra de la cocina criolla y constituyen el blasón de una cocinera o de una dueña de casa. Se llevan a la mesa en forma de paquetes cuadrilongos que rebasan el plato, envueltas en hojas de *cambur* soasadas (en Maracaibo se prefieren las de bijao), atadas con *pabito*, *cabuya* (cordel fino) o fibras vegetales, y humeantes, porque se acaban de calentar en agua hirviendo. Se cortan los hilos y se apartan las hojas, operación que algunas dueñas de casa prefieren hacer en la cocina para presentarlas en la mesa desnudas, en todo su esplendor.

Aparecen así como unas empanadas rectangulares (aquí se prefiere considerarlas *pasteles*), que ocupan todo el diámetro del plato, de una masa amarillenta. La cocinera prepara la masa con maíz pilado y finamente molido, manteca levemente coloreada de onoto o achiote y ligero aliño de pimentón en polvo y papelón rallado. Esa masa se cuece en agua (se *sancocha*), y nunca se hornea, lo cual la diferencia de la

empanada. Se impregna con el sabor típico de las hojas en que ha estado envuelta, y con las que se ha hervido.

A través de la forma, penetremos rápidamente en el contenido. Consta de un guiso y un adorno. El guiso es de carne picada de res, de cochino, de pollo o de pavo (puede ser de cochino y res con una presa de pollo). Y una serie de condimentos: cebollas, ajo, ají, salsa de tomate, encurtido, pimentón picado, perejil o yerbabuena, especias (comino, canela, nuez moscada, etc.). Hay quienes acostumbran rociarlo con vino, o hacerlo más picante, con ají bravo, o más dulce, con papelón. En los Andes se agregan garbanzos; en Lara, Yaracuy y Oriente, papas, etc. Pero nos falta aún el adorno: rodajas de cebolla o de huevo cocido, telitas de tocino, una o dos almendras peladas, tres o cuatro alcaparras, otras tantas pasas (o una ciruela pasa), un par de aceitunas, unas tiras de pimientos morrones, etc.

En la calidad y finura de la masa, en el arte y sazón del guisado y en la sabrosura del adorno residen las tres virtudes teologales de la hallaca. Las tres virtudes se combinan de maneras diversas en las diferentes regiones del país (en el Táchira puede hacerse la masa de mazamorra de maíz bien espesa, el guiso puede ser crudo y de huevos de pescado en Semana Santa y hasta de *corazón de frijol* o caraotas). Y queda además, como se ve, amplio margen para la iniciativa individual.

Pero no es nuestro propósito, por ahora, deleitarnos con su rica gama de sabores, sino desenredar el ovillo, menos fascinante sin duda, de la etimología. Hay que partir de una base: La hallaca es la variante venezolana del tamal, un tamal estilizado, refinado y perfeccionado por el gusto barroco de nuestras cocineras. Y su nombre tradicional ha sido también *tamal* en Venezuela, hasta que modernamente se substituyó por el indígena de *hallaca*. Trataremos de demostrarlo.

Los tamales (en azteca *tamalli*) eran los bollos de maíz de los indios mexicanos, y Fray Bernardino de Sahagún, al estudiar las comidas de

los señores, encontraba gran variedad (algunos eran verdaderas empanadas). Así como la arepa indígena la llenamos habitualmente de mantequilla y queso, combinando lo americano con lo europeo, el conquistador español acostumbró llenar el tamal de guisos variados. Surgió entonces en México una cohorte de tamales diversos, y desde México, llevados por el español, se esparcieron por casi toda América, hasta el Perú y Chile. Cada zona de México tiene su tamal propio, envuelto en hojas de plátano o de maíz (o de la mazorca), sin guiso, o con pedazos o hebras de carne, o con guisos variados, picantes (con mucho chile), o dulces, con azúcar. El tipo de guiso varía mucho, y aun la forma del conjunto. Y así los tamales de Chiapas que comía Miguel Acosta Saignes, cuadrilongos, con cubierta delgada y espléndido guiso, le recordaban sus hallacas venezolanas. Y también las que saboreaba Manuel A. Salvatierra en Veracruz, y en general en toda la costa mexicana. Los de Puerto Rico tienen igualmente condumio de gallina o de cerdo, huevo duro, almendras, aceitunas y pasas. Y lo mismo los de Guatemala, que son también rituales en la Nochebuena. Costa de México, las Antillas, América Central y Venezuela constituyen una unidad cultural que se manifiesta hasta en la preferencia por cierto tipo pictórico de tamal.

¿Y cómo ese tamal pasó a llamarse *hallaca*? Los tamales han adoptado a veces nombres diversos en las diferentes regiones hispanoamericanas, quizá para diferenciar los tipos: en Cuba *tayuyo* o *bacán*; en Puerto Rico, *guanime*, *mapiro*, *mandullo*, *zorullo* o *zurullo* y aun *amarrao* o *civil*. Nada tiene de particular que en Venezuela se llame *hallaca*. Pero ¿por qué se llamó así? Hemos encontrado un dato importante. Un documento del 13 de septiembre de 1608, publicado por el Archivo General de la Nación (*Encomiendas*, tomo V, pág. 165), trae una lista de personas que acudieron a reprimir la sublevación de Nirgua. Y en ella leemos (modernizamos la ortografía):

...Salvador Rodríguez, el cual lleva para su avío sayo de armas, espada y rodela y un arcabuz, dos libras de pólvora y cuarenta y seis balas, poco más o menos, tres rollos de cuerda, diez pares de alpargates, dos hachas de cuña, una caja de cuchillos carniceros, tres petacas de bizcocho, once quesos, dos adobotos de carne, una carga de harina de maíz, tres cargas de maíz, una almarada y agujas para alpargates, cuatro indios y una india de servicio, una piedra de moler, cinco bestias mulares, cuatro caballos, dos rolletes, tres *hayacas* de sal grandes, calcetas, calzones y otras menudencias de casa y de la guerra.

Esas “tres hayacas de sal grandes” eran evidentemente tres envoltorios o paquetes o *bojotes* de sal. No es difícil imaginarse cómo de ahí *hayaca* ha pasado a designar el tamal venezolano. En Puerto Rico un tipo de tamal se llama precisamente *amarrao*, aludiendo a las ataduras. La misma palabra *tamal* equivale en México a bulto grande o mal formado, lío, atado, envoltorio, significación que se encuentra hasta en Chile. Aun *hallaca* conserva actualmente algo de ese valor: “¿Qué hallaca es esa?” o “Eso es una hallaca” se dice de un paquete mal hecho, mal atado; “Esta hallaca es un bojote de hojas” decimos de algo que es más apariencia que realidad. En México dicen que una cosa *está hecha un tamal* cuando se presenta desaliñada o fofa; aquí se dirá que *parece una hallaca mal envuelta* (o *mal embojotada*).

Una vez impuesto *hallaca* en lugar de *tamal*, es natural que se haya generalizado *hallaquita* para el tamal más pequeño, sin guiso, que se acostumbra envolver en hojas de maíz. Sin embargo, hay también *hallaquitas* de chicharrón o de queso, y Tulio Febres Cordero, en su *Cocina criolla*, ha dado una receta para hacer *hallaquitas de agua*, con carne de res y de cochino.

Un gran misionero italiano del siglo XVIII, el P. Gili, sucesor de Gumilla, que vivió con los indios del Orinoco diez y ocho años, publicó en

Roma un admirable *Saggio di Storia Americana* (1780-1784), con rica información etnográfica y lingüística de Venezuela que aún está por traducirse. El P. Gilii menciona “un panecillo oblongo de harina de maíz que se acostumbra hervir envuelto en hojas y parecidísimo al *paratí*” (un panetto bislungo di farina di granturco, solito di bollirsi avvolto in foglie e simillissimo al *paratí*, II, 1781, libro IV, cap. 23). Agrega que en tamanaco se llamaba *camaitcá* y que los españoles, muchos de los cuales lo comían, lo llamaban *yayaca* (en grafía italiana *jajaca*). Por su parte le parecía que esa *yayaca*, que corresponde más bien a lo que hoy llamamos *hallaquita*, no era mala si se comía caliente. Y el *paratí* indígena al que se parecía lo describe también como un panecillo oblongo de maíz hervido en agua, que se dejaba después enmohecer y fermentar para hacer con él una especie de chicha fuerte a la que agregaban miel silvestre y papas cocidas.

Después de las *hayacas* grandes de sal (o *bojotes*) del documento de 1608 y de las *y ayacas* (o *hallaquitas*) del P. Gilii encontramos *hayacas* en la *Autobiografía* del general Páez. En 1831 Páez trata de ganarse a José Dionisio Cisneros, un indio que después de Carabobo se había convertido en jefe de partidas realistas y durante once años tuvo bajo el terror los valles del Tuy y hasta las cercanías de Caracas. Y cuenta:

Con la mira de inspirarle más confianza, salí de Caracas y fui a pasar unos días a la hacienda de Súcuta, situada en uno de los territorios por él asolados. Allí procuré atraerme a los campesinos que bien sabía eran sus compinches, dándoles grandes comilonas de *hayacas*, que siempre terminaban con el baile llamado *carrizo*, a que eran aquellos muy aficionados.

Después, hacia 1850, encontramos ya *ayacas* en el siempre descontento Núñez de Cáceres. En su tiempo se podía comprar en los bodegones “ayacas de tomate y carne zocata”, que le parecían desagradables

y plebeyas. Le gustaban en cambio las que se hacían con esmero y aseo en las “casas de comodidad”.

A mediados del siglo, la voz ya había escalado las alturas andinas. El 14 de diciembre de 1858 una crónica humorística de “La Abeja” de Mérida anuncia la proximidad de los *bollos* navideños, a los que llama *gratos hallacos*: “Puesto que los bollos rígidos, son tan solo hallacas machos”.

Hacia la misma época, en las Navidades de 1859, se reunía en Caracas un grupo de personas para comer en buena compañía unas succulentas *hallacas* de gallina. En el prelude de la sesión gastronómica, Juan Vicente González, con un encendido discurso (“El Monitor Industrial”, 4 de enero de 1860), exaltó las bellezas de su plato preferido, al que consideraba ambrosía, “de fragancia heliotrópica”, y lanzó al ruedo una etimología, indudablemente humorística: *hallar* + *arca*. El etimologismo de los aficionados generalizó desde entonces la *ll*.

Poco después Bolet Peraza hace también el elogio de la hallaca, en su evocación del viejo mercado de Caracas, instalado frente a la Catedral y la Casa de Gobierno. Junto a las populares arepas de chicharrón se vendían —dice— “las imponderables hallacas, especie de paquetitos envueltos en la hoja del banano [Bolet Peraza eludía el nombre indígena de *cambur*], dentro de la cual se guarda, cobijado por telliz de masa, el guiso sin par; sabrosísimo manjar que no conocieron ni cataron los dioses del Olimpo, por lo que no pudieron continuar siendo inmortales”.

Hacia 1885, cuando escribía Ernst, que le asignaba un fantástico origen tupí-guaraní, la hallaca no era todavía un plato nacional. Hoy sí lo es, y el tamal, con el nombre de *tamar* o *tamare* (como se dice *cambur* o *cambure*) ha quedado relegado al Occidente, más conservador: Zulia, Falcón, Lara, parte de los Andes. Y además se ha diferenciado: es un bollo de maíz con poca carne guisada, o una pelota de maíz hueca y rellena, etc. Hoy parece una hallaca venida a menos.

Y ahora la menuda cuestión ortográfica. Es evidente que debe escribirse con *h*, pues en algunas partes del país todavía se oye esa *h* con aspiración (*jayaca*, que era seguramente la pronunciación indígena del siglo XVI). Pero ¿no es un disparate escribirlo con una *ll* que no existía en las lenguas indígenas de Venezuela? Además, en los testimonios más antiguos aparece sistemáticamente con *y*, y con *y* lo ha adoptado la Academia Española. Sin embargo, ¿no se ha impuesto *Mallorca*, con *ll* ultracorrecta, aunque viene de *Maiorica*, la mayor de las Baleares? El uso venezolano, en una voz indígena de Venezuela, puede tener validez absoluta.

Los juglares de antaño pedían al terminar un vaso de buen vino. Que no va nada mal con la suculenta hallaca navideña.

Pava y mabita

Llama la atención la profusión de términos venezolanos para el mal agüero: *pava* (o *pavita*), *mabita*, *guiña*, *mayén*, *fucú*, *mariposa negra*, etc. El más común es *pava* o *pavita*: *Tener pava* o *tener pavita* o *estar empavado* es realmente tener mala suerte. Y aun se expresa dramáticamente: “Me cayó la pava”, “¡Qué pava la que me ha caído!”. O bien: “Ese hombre es pavoso”, “Esa mujer es una pavita”. Y el colmo de la *pava* es una pava *ciriaca*: “Ese pobre hombre tiene una pava ciriaca: se le han muerto todos los hijos, y ahora la mujer”, “Una pava ciriaca no se quita ni con cariaquito morao”.

La expresión procede, como todo el mundo sabe, de la *pavita*, una avecilla rapaz, nocturna o crepuscular (*Glaucidium brasilianum*), que Eduardo Röhl describe como una bella lechuza enana: de unos 16 centímetros, la parte superior de color gris leonado o marrón rojizo, la inferior blancuzca, con listas pardo-rojizas y las alas con manchas leonadas y blancas. Tenía sobre todo una condición para transformarse en nuestra ave agorera (como lo son el cuervo, el grajo, la corneja, el búho, la lechuza, etc., en la tradición española): su canto nocturno. Su canto, que no es propiamente canto, sino un silbido o graznido, un *¡pi, pi, pi!*, sordo, largo, repetido y monótono, parecido al del polluelo del pavo:

Si la pavita canta,
alguien se muere.
Esto no será cierto,
pero sucede.

Y también:

Si triste canta la pava
más triste canta el paují.
¡Qué triste está el corazón,
cuando me acuerdo de ti!

La pavita ha triunfado así sobre una serie de pájaros venezolanos de mal agüero: la gallineta, la guaca, el cárabo, la paraulata, el paují, la viudita, la piscua, el chaure, la paloma casera de Santo Domingo, el yacabó, etc. La literatura venezolana está llena de alusiones al canto agorero de la pavita. En *Pobre Negro* de Rómulo Gallegos: “Lejos, en un árbol de la opuesta margen del Tuy cantó una pavita. Negro Malo se llevó la diestra al inseparable amuleto terciado sobre su pecho para conjurar el maleficio de las aves agoreras”. En *Canaima*, dice Arteaguita a Marcos Vargas: “Confieso que soy supersticioso, y ese canto de la pavita que acabamos de oír me ha dejado la empalizada contra el suelo”. En *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri: “La noche era silenciosa. A veces de lo lejos venía el aullido triste de un perro, o un canto de pavita, monótono y de mal agüero”. Y en *Peregrina*, de Manuel Díaz Rodríguez: “A la hora de costumbre la pavita cantó entre las frondas que ensombaban el establo de las vacas, provocando esta vez en Candelaria una explosión a un tiempo de lágrimas e ira, con su canto agorero”.

Mabita es una variante de *pavita*, y tiene sus mismos usos y sus mismos derivados: “Le cayó la mabita encima”, “¡Qué mabita tan grande!”, “Fulano tiene mabita” o “Es mabitoso”, “Lo enmabitaron”, etc. Y con cierto énfasis: “¡Tiene una mabita negra! “No se le quita ni con ensalmo”. O bien: “Tiene una mabita espesa”. Job Pim juega con la palabra:

Sé que a la reina Mab cuando estaba chiquita todos sus familiares la llamaban mabita.

Tiene también rica vida literaria. En *Canaima*, el propietario de unos terrenos donde querían hacer excavaciones dice: “Esos negocios de desenterrar tesoros siempre resultan mabitosos, como decimos por aquí. Median cosas de ultratumba, que nunca traen buena suerte”. Y en *Tierra del sol amada*, la novela maracaibera de Pocaterra, Pinillos empinaba el codo y decía, a propósito del fracasado paseo dominguero por el lago, “que lo del naufragio y la *mala pata* en el paseo se lo debían a la Merchán, que era más mabitosa que el pariente Jonás antes de tragárselo el pez”.

¿Cuál es el origen de la palabra? *Mabita* designa también unas manchas blancas, producidas por unos piojillos vegetales que infestan las hojas del mango, del naranjo, del rosal, etc., o una especie de arácnido o arador que estropea los cueros, o una especie de hongo que se desarrolla en algunas plantas. Según me informa Francisco Tamayo, *maba* o *mabita*, es nombre que en algunas partes de Lara dan a la arigua, una abeja silvestre que los campesinos suelen criar en troncos secos o ahuecados, que cuelgan de los aleros de las chozas, o en ollas de barro cocido. ¿Vendrá de ahí, como creía Lisandro Alvarado, la sinonimia con *pavita*?

Francisco Tosta García, en sus *Leyendas patrióticas* de 1898, da otra explicación. El general Gregorio MacGregor, un escocés incorporado ya en 1810 a la causa emancipadora, no tenía suerte en la guerra, y campaña o expedición en que intervenía, a pesar de sus dotes militares y de su valor a toda prueba, era un fracaso. Por eso lo llamaban *la Pavita*. Pero el 6 de septiembre de 1812 ganó la batalla de los Alacranes, derrotando, con ayuda de Monagas y de Zaraza, a las fuerzas realistas. Al entrar triunfal en Barcelona, en medio de músicas, repiques, arcos y banderas, se empinó sobre los estribos en medio de la plaza y gritó:

—¡Mí no ser mabita!

Monagas lo abrazó muerto de risa. Soubllette no pudo contenerse. De los oficiales, la *mabita* de MacGregor pasó a todo el ejército y luego a toda Venezuela.

Francisco Gustavo Chacín recoge hoy entre los viejos de Zaraza, El Chaparro y Aragua de Barcelona una versión muy parecida. La noche antes de librarse la batalla del Alacrán entre patriotas al mando del general MacGregor y realistas al mando de Rafael López (6 de septiembre de 1812), el general patriota preguntó disgustado cómo se llamaba un pájaro que no le dejaba dormir. Le contestaron que era la pavita. Esa noche una avanzada realista chocó con su campamento y hubo muertos y heridos. Al día siguiente vencieron los patriotas, pero con dificultad. De allí marcharon al Chaparro y luego a Aragua de Barcelona, donde acamparon. Al hacerse el silencio, una pavita que estaba en unos naranjos de la casa empezó a cantar. El general MacGregor, asociando el canto del pájaro con los sucesos recientes, más bien adversos, llamó a un oficial, y con su acento extranjero, y no buena memoria verbal, dijo:

—¡Espante esa *ma-vi-ta*, que siempre parece anda con nosotros!

Al día siguiente fue derrotado. Los soldados patriotas recordaban la *mabita* de MacGregor siempre que a alguien le sucedían cosas adversas: “Dicen que lo persigue la mabita” o que “está enmabitado”.

La Filología desconfía sistemáticamente de las etimologías ingeniosas o anecdóticas. Sin embargo, me inclino a admitir esa por las siguientes razones: 1ª., *mabita* y *pavita* solo se diferencian por un pequeño trueque en el sonido inicial (m-p) y parecería mucha casualidad que no fueran la misma palabra; 2ª., *mabita*, con su aire de diminutivo castellano, no tiene, sin embargo, una forma positiva *maba* (la *maba* o *mabita* de Lara, nombre de la arigua, parece pura coincidencia); 3ª., no hay ningún otro indicio para explicar el origen de la palabra, que es exclusiva de Venezuela. Nos inclinamos, pues, a creer que las acepciones

concretas, la *mabita* de las plantas y cueros, es una extensión de la *mabita* humana.

Más fácil es explicar la *guiña*, del francés *guigne*. No es vieja en Venezuela (todavía en 1898 Tosta García escribía *guigne*, en francés), y tampoco es vieja en Francia, donde se generalizó de 1860 a 1870. Sin duda pareció a ciertos sectores sociales más elegante la *guiña* francesa que la *pava* o la *mabita* criollas. Hay que tener en cuenta la importancia que tenía hasta hace poco, en nuestra vida social y cultural, el francés, hoy muy venido a menos, por desgracia. La *guiña* se considera contagiosa. Teresa de la Parra la consagró en *Mamá Blanca*:

Uno de los rasgos que más caracterizaban la fisonomía moral de Primo Juancho era su perpetua exaltación contra sí mismo, o mejor dicho, contra su mala suerte. Aseguraba con los ojos desorbitados que, desde Job hasta nuestros días no se conocía un caso de *guiña* tan perenne o sin tregua como aquella tenaz que lo perseguía a él... ¿A que no saben lo que me pasó hoy? Una cosa única, increíble, una cosa que no le pasa en el mundo entero sino a este pedazo de Juan, que es el dios de la *guiña*, el Júpiter de la mala suerte...

Una crónica de “El Tiempo”, Caracas, 22 de septiembre de 1911, se titula: “Sobre Guiñología”. Y da remedios para conjurar “la *guiña* o *bicha*”. En 1913 el Bachiller Munguía (Juan José Churión) hablaba, en su *Viaje extravagante*, de la piel de tigre y la *guiña*. También la usa Ramón Díaz Sánchez en *Cumboto*: “la *guiña* cayó sobre la familia”. Y en *Puros hombres* de Antonio Arráiz, el coronel Faustino, en su habla andina, increpa a un compañero de prisión que duda de sus virtudes proféticas: “No servís sino para pavita. Vos sos quien nos tiene enguiñados a todos, pájaro negro”.

Mayén, en cambio, parece voz indígena. Procede de la región occidental (Zulia, los Andes, Lara, Falcón) y se extiende hasta Colombia

(Santander): “Estoy como si me hubieran echado mayén”, “Le echaron mayén a la casa para que se fuera la gente lo más pronto”. En un diálogo del bachiller Munguía, citado por Lisandro Alvarado, tenemos:

—¿Y tú qué pones?

—Yo pondré la buena intención, para que no haya mal de ojo, mabita, mayén o guiña.

Gonzalo Picón Febres, en su *Libro raro*, se ocupa especialmente de *mayén*: “Es lo mismo que *guiña* o *mabita*, pero al que causa mucho estrago en el paciente se le dice *mayén verde*”. Registra *enmayenarse*, y una copla, no muy brillante:

Una vieja me dio un beso
que me tiene enmabitado,
porque los besos de vieja
dan mayén, del ensebado.

También hemos oído *mayén floreado*, lo cual hace pensar que ha sido en su origen nombre de planta o de árbol. Job Pim decía de *mayén*: “Persona entre necia y guiñosa”. Lo cual coincide bastante con el uso actual en Falcón: “Fulano tiene un mayén que ya no puede” (está como alelado). Y también equivale allá a desmayo: “Me iba dando un mayén...”

Se usa además *mariposa negra*. Se considera de muy mal augurio que entre una mariposa negra en la casa (anuncia desgracia), y se explica porque tiene todos los aires de pájaro nocturno, con sus grandes alas extendidas (también en el Brasil). Y así se dice: “Fulano de tal es mi mariposa negra”, “A Fulano lo persigue la mariposa negra”. Y como en gran parte del país las mariposas se llaman *taras*, también se oye: “Me persigue la tara negra”. Y en el Guárico: “Me cayó la bicha negra”, “¡Tiene una bicha negra!” O bien: “Tiene una bicha espesa”.

Y no hemos agotado la terminología. Hay además expresiones regionales. En Falcón se usa todavía *fucú*, que se extiende por Colombia y Santo Domingo. Según nos comunica Antero Dupuy, hace veinticinco años no se usaba en Falcón *pava* ni *mabita*, sino *fucú*: “Fulano tiene mucho fucú”, “¿Cómo me quito yo este fucú de encima?” Hoy ya casi no se conoce, ante la invasión de los usos caraqueños, que tienen más prestigio. Pero sí es frecuente en Curazao, de donde quizá procede.

En los últimos años ha cundido otra: “Me cayó frutero”, “¡Hoy sí nos cayó frutero con la lluvia!” Viene del habla de los choferes. El carrito de los frutereros, que desemboca de pronto en las bocacalles e impone un ritmo lento y azaroso a la circulación, es frecuente desesperación de los automovilistas.

Desde luego, se usan también los términos españoles: “¡Qué mala pata!”, “¡Qué mala sombra!” Estamos enteramente dentro de la vieja tradición española de la mala sombra, que se asocia frecuentemente con el mal de ojo, tradición que es europea, o universal. Cada región hispánica tiene su terminología: *gafe* o *cenizo* en España, *yeta* (del italiano *gettatura* o *gettatore*) en la Argentina, *ñeque* en Cuba (una persona o cosa está *ñeque* o *salada*), etc. El humorismo argentino creó la personificación del pavoso: *Fúlmine*, difundido por casi toda América. Pero no sabemos que en ninguna parte haya una terminología tan abundante como en Venezuela, ni con tanta vitalidad. Quizá al viejo fondo español (al que se ha incorporado, además de lo mediterráneo y europeo, gran parte de lo árabe y lo gitano) haya venido a agregarse el acervo supersticioso del indio y del negro. Hay efectivamente en el pueblo venezolano una extraordinaria afición a la magia, a la brujería, a la superstición, a los daños, espantos y entierros, a los ensalmos y conjuros. Y aun en capas cultas, la creencia en el mal de ojo, en los amuletos, los horóscopos y la astrología.

Hay quienes tienen la virtud de *echar marusa* (con los cinco dedos unidos en forma de salero), *echar moján* o *echar la pava*. Hay temibles *echadores de daño*: le dan a uno, en la comida o en la bebida, un poco de *tierra de muerto* (sacada de una tumba), para que se ponga como un dedito o un fideíto y se muera, o entierran en su casa un frasco maléfico con esencias, pelos, alfileres, etc.

Pero también existe la profilaxis de la pava: una serie de recursos preventivos, de *contras*. En primer lugar, la *contraquiña*, que es la señal de los cuernitos con el índice y el meñique (también suele cubrirse el índice con el dedo del corazón), lo cual se acompaña a veces con la exclamación ¡*lagarto!* O ¡*zape!*, o con las dos: ¡*Zape, lagarto!* Además, tocar madera, o un mazo de llaves que uno lleva preventivamente en el bolsillo. Después, una cantidad de amuletos protectores, sobre todo de azabache, o escapularios con la cruz de Caravaca. Y otra serie de recursos mágicos: bañarse con cariaquito morado, o con pazote, rompesaragüelo o botuco; hacer sahumeros con incienso, cáscaras de naranja, etc.; llevar una bolsita con el propio ombligo desecado, como Pobre Negro (o con azogue o con limaduras e imán); tener colgada en el zaguán una planta de zábila bautizada el viernes santo, o llevar la pepa de zamuro. Pero el recurso más eficaz parece ser la piedra del zamuro, versión venezolana de la famosa piedra bezar o bezoar, que los conquistadores españoles buscaron por toda América. Con esas *contras*, *a uno no le entra ni coquito*.

Nos engañaríamos, sin embargo, si en el auge de la pava viéramos solo la fuerza de la superstición. Hay una serie de cosas que se consideran efectivamente pavosas, mabitosas o guiñosas: toparse con un tuerto, bailar con vieja, tener un mono en la casa, ver un cuero de tigre, pasar por una calle y encontrarse con un entierro, un bizco visto en ayunas, etc. Pero mucho más rico que la superstición es el juego con ella misma.

Lo pavoso no es solo lo que trae mala suerte. Es también lo cursi, lo pasado de moda, lo ridículo y afectado, y el buen gusto caraqueño ha elaborado de ello listas profusas: flores de papel, alpargatas con medias, zapatos de orejita, cortinas de lágrimas de San Pedro, zaguanes empapelados, caracoles para sujetar la puerta, pianolas, muebles enfundados, baúles, leontinas con monedas, pantuflas bordadas, cocuyos disecados montados en prendedores de oro, perchas de carameras de venado, viajar con un morrocoy, etc. Y hasta llega a ser pavoso todo lo desagradable: el cobrador de mensualidades atrasadas, la asignatura antipática o difícil, el profesor exigente y amargo.

Ya Gonzalo Picón Febres, en 1912, lo aplicaba ampliamente: la persona molesta, latosa, impertinente y fastidiosa, un palomar en la casa, una familia interesada y especuladora, la gente confianzuda, un parásito, un vagabundo, una niña de quince años que da guerra a todas horas, un perro sucio y feo que ladra frente a la casa, una señora que tiene por oficio tirar la gruesa piedra al vecindario y esconder la fuerte mano detrás de los trapos de la iglesia, las señoras fisgonas, la dama pedigüeña, el comerciante chillón, disparatado o presumido, un pésimo cronista de mentiroso diario caraqueño, un crítico senil y sin talento, un autor de torpes libros, un olímpico que se las echa de genio. Es decir, todo lo que a él le fastidiaba.

En nuestros días, “El Morrocoy Azul” ha ampliado el repertorio de lo pavoso, y han surgido virtuosos y eruditos de la pava (entre ellos el fino Aquiles Nazoa, el humorista venezolano por antonomasia), que han elaborado listas enciclopédicas de objetos que traen mala suerte, y la *contra* más eficaz para cada uno de ellos. De la superstición se ha pasado a una especie de valoración estética o de sanción contra el mal gusto. Y aún más, al puro juego humorístico. Nos encontramos de nuevo con la eterna afición venezolana al juego.

Chiva

(Con motivo del año nuevo)

Así como la pava (o la pavita) es el pájaro venezolano de mal agüero, la chiva es el animal de la buena suerte, una especie de animal totémico protector de Venezuela. Y el hecho es doblemente paradójico, porque la pavita es enteramente inofensiva, y en cambio la chiva es terriblemente dañina, hasta el punto de que un sabio alemán ha tratado de demostrar que el desierto de Sahara es resultado de una invasión de chivas voraces. Pero vayamos por partes, y recurramos, como en todos los casos difíciles, al estricto orden numérico.

1. *Chivo* y *chiva* es, como en casi toda América, el nombre general del macho cabrío y de la cabra. Se come carne de chiva, de chivo, o de chivito, y en los paseos y fiestas campestres se estima mucho el *salón de chivo* (carne de chivo salada y prensada, que cuando está seca se asa). En todo el Occidente se conoce el queso de chiva, en forma de tatarita, que se hace en Carora (se llama habitualmente queso de Carora), de donde proceden también las conservas de leche de chiva, que circulan por todo el país. La región de Coro ha sido famosa por sus chivas, tanto que, cuando a alguien le envían cosas que ya tenía o le sobraban, se suele decir: “Eso es como llevar chivas para Coro”. Despectivamente se puede tratar de *chivas* las vacas del prójimo, y aun toda su riqueza: “Fulano no tiene más que unas chivas”. Un empleado resignado a su mala suerte, declara: “Aquí me aguanto. Más vale cien años de chivo que uno de león”. *Perder el chivo y el mecate* es perderlo todo en un negocio o

en un asunto: “Ayer me fui al Hipódromo con trescientos bolívares ¡Y perdí el chivo y el mecate!” Y *sacarse la rifa de la chiva* es sucederle a uno cosas desagradables o encuentros infortunados: “Hoy me saqué la rifa de la chiva”. O simplemente: “Me saqué la rifa”, “Me tocó lo rifa”. Una retahíla, muy cantada, dice:

Con real y medio
compré una chiva.
La chiva tuvo un chivito.
Tengo la chiva,
tengo el chivito,
y siempre tengo
mi real y medio.

De ahí *chivera*, que es, en su primera acepción, el corral o apacentadero de las cabras. Lisandro Alvarado lo documenta con un pasaje de 1861, de José A. Díaz, *El agricultor venezolano*: “Los lugares más áridos y escabrosos e inútiles para el cultivo de las plantas pueden convertirse en grandes chiveras”.

En el uso actual de España, *chivo* es la cría de la cabra, desde que deja de mamar hasta que llega a la edad de procrear. Es decir, una etapa en la vida del animal. En Venezuela y casi toda América *chivo* y *chiva* (con sus diminutivos *chivito*, *chivita*) abarcan el ciclo total de su vida, desde el nacimiento hasta la sepultura. Este uso existió en España (se ha documentado en Nebrija, Quevedo y otros autores) hasta el siglo XVIII. El Diccionario de Autoridades de la Academia, en 1729, todavía lo mantenía al ocuparse del *chivo*: “También se llama así el macho de cabrío”.

Sin embargo, en Venezuela *cabra* no ha desaparecido del todo. Se bebe leche de cabra y se comen cuajadas de leche de cabra. Fulano “está más loco que una cabra” y Fulanita “brinca más que una cabra”. Como en todas partes, “la cabra tira al monte”. “Cabra renca madruga” equivale al “cabra coja no quiere siesta” del viejo refranero castellano. De un

aficionado al berro y otras verduras, se dice: “Es una cabra para comer monte”. Y *meter cabras* es mentir o engañar, sobre todo en los juegos de naipes o el dominó.

Vamos a prescindir por hoy del *chivo*, de su curiosa fraseología (*comer chivo*, *estar chivo*, etc.), y de su rica derivación (*chivato*, *chivatear*, *chivatería*), para dedicarnos, por deberes de galantería, a la chiva. Y veamos las significaciones derivadas.

2. *Chiva* es, como en casi toda América, la perilla o la barba, por una semejanza obvia. Recuérdese el soneto alejandrino de Rubén Darío dedicado a Valle Inclán: “Este gran don Ramón de las barbas de chivo”. En algunas partes es solo la perilla terminada en punta, y esa es la vieja tradición: los generales de chivita de la Federación, las chivas a la manera de Guzmán Blanco o de Vittorio Emanuele. Pero me parece que se ha generalizado en Venezuela como equivalente de barba: “Me voy a afeitarse la chiva”. Y de ahí que *chivudo* (*chivúo* en la pronunciación popular del Centro) sea el barbudo. Agarrar a *Dios* (o a *Papa Dios*) *por la chiva* es alcanzar algo extraordinario: “Ese como que agarró a Papa Dios por la chiva”. Y por eso se dice del que se ufana por algo: “Se cree que agarró a Papa Dios por la chiva”.

3. *Chiva* es la prenda de vestir de segunda mano. Puede ser comprada, prestada o regalada. Es habitual que una hermana menor se vista con *chivas*, y Manuel Díaz Rodríguez, en *Peregrina*, nos presenta un personaje llamado Felipe Chiva o Chivera: “El sobrenombre, o más bien su par de sobrenombres —dice— le venía a Felipe, el menor de los Blanco, de hallarse forzado a utilizar como traje los desechos de sus hermanos mayores”. A veces le celebran a uno el estreno de la *chiva*: “El muerto era más grande”. O lo saludan con un ¡*chiva, mé!* O le dicen que *anda enchivao*. Además, *chiva* puede ser un harapo, y también el desecho de ropa que vende, o revende, una tienda cualquiera.

Cuenta Lucas Manzano, en su *Caracas de mil y pico*, que Juan de Mata, criado de la familia Guzmán, heredó todo el guardarropa de Antonio Leocadio: diez levitas, treinta pares de zapatos, quince pares de botas de montar, dieciséis pares de chinelas, diecisiete gorros bordados, nueve casacas, diez camaritas cuadradas, nueve chisteras y un centenar de cosas más. Con todo ello instaló, entre las esquinas de San Jacinto y Doctor Paúl un negocio de compra y venta que llamó “La Chivera”. El establecimiento cobró gran popularidad: a él recurrían los necesitados cuando había recepciones o bailes de postín, y a él enviaban los deudos atribulados toda la percha del pobre finado.

Hoy se llama *chivera* cualquier establecimiento de compra y venta de ropa vieja, muebles, objetos de arte o cachivaches variados. Y hasta hay *chiveras* de libros. Es probable que esos establecimientos, por lo común tan cochambrosos, recibieran el nombre por analogía con los corrales de chivas. Y no es imposible que la comparación fuera una humorada de Juan de Mata. Sin duda el nombre de *chiva* dado a los objetos que se vendían en ellos es posterior. En “Sagitario” de 1911, Max Lores publicó una crónica sobre las *chiveras* caraqueñas, y llamaba *chivero* al compraventero. De todos modos, en Puerto Rico *chivero* es el comerciante en pequeño, y en Cuba *chivo* es el negocio sucio o ilícito.

4. *Chiva* es uno de los nombres populares de la moneda de cinco céntimos, que se llama en general *centavo* o *puya*, y luego, en las distintas regiones, *churupo*, *cobre*, *nica*, *guasó* y *huérfana*. Y aun se dice que alguien tiene un *chivero* (como *un puyero* o *un realero*), cuando tiene mucho dinero, por lo menos en Valencia. En el Centro y en Lara, Falcón o Yaracuy, puede oírse: “Ya no tengo sino una chiva del bolívar que me dio papá”. ¿Vendrá de ahí la acepción? Porque *una chiva* es lo último que suele quedar de una riqueza pretérita, o la única riqueza de un pobre de solemnidad. Si digo de alguien: “Se está creyendo que tiene mucha plata y no tiene más que unas chivas”, solo las circunstancias

aclararán si estoy aludiendo a animales o a monedas. En Cuba, Guatemala y México *chivarse* es arruinarse, quedarse sin blanca, y *estar chivado* equivale a nuestro *estar en la carraplana*. En el Táchira, se puede llamar *chiva* una moneda falsa o desgastada: “Un bolívar pelado es una chiva”, “Hoy en el vuelto me metieron una chiva”. En Colombia *chivo* es la moneda de un centavo, y *chivear* es ganar poco dinero.

5. *Chiva* es, en los Andes (la describe Picón Febres), una mochila de cabuya en forma de red con espacios grandes, que sirve para llevar verduras como el ocumo, el ñame, el plátano o el apio (en Colombia y algunas partes de los Andes, *guambia* o *jigra*). Lisandro Alvarado describe también unas *chivas* o redes de malla ancha en que se mete, para exprimirla, la pasta de raíces de cocuy, al hacer la bebida. En Barinas es un cañizo para desgranar maíz.

6. Quizá de esa acepción ha nacido *chiva* como equivalente de cárcel o calabozo, en el Táchira por lo menos: “Sin darle ninguna explicación, el jefe civil lo metió en la chiva”, “Lo enchivaron el sábado”; “Se llevó esa enchivada por pisco” (*pisco* es el nombre andino del pavo, y se aplica, como es natural, a las personas). Las parrandas de la feria de Táriba, que describe Rafael M. Rosales, acaban muchas veces “en el rastrillo de la chiva”. En Colombia *chiva* es el carro celular, para conducir presos.

7. *Chiva* es en algunas partes del país el dado emplomado de los fulleros, con que *envenenan* a los mansos (lo registran Lisandro Alvarado y Job Pim): “Ese dado como que es chiva”. En América Central *jugar chivo* (o *chivear*) es jugar a los dados. ¿Se deberá al carácter saltarín de los dados? Quizá esté relacionado con ese valor el uso de *chiva* como ‘mentira’ que se da en el Táchira: “A mí no me venga con chivas”, “A este profesor no se le puede meter chivas” (en el interior de la Argentina *chivo* es el disparate o mentira). Uso que coincide con el de *meter cabras*. En gran parte de América (Santo Domingo, Cuba, Colombia y algunas

regiones de Venezuela) *cabra* es precisamente el dado emplomado o la trampa en el juego.

8. *Chiva* es también la persona hábil, lista, con ribetes de pícaro: “Fulano es una chiva”, “Ramón es una chiva para los negocios”, “¡Qué chiva es ese hombre, se empleó la semana pasada y ya le subieron el sueldo!” Dejamos para más adelante la relación entre esa *chiva* y el *chivato*, tan usado hoy.

9. Llegamos a la acepción que hoy nos interesa: *chiva* como equivalente de buena suerte: “¡Qué chiva!”, “¡Qué chiva es ese tipo!”, “Ese hombre sí que es chiva”, “¡Qué chiva tiene ese tercio!”, “¡Qué palo de chiva tiene usted, compadre!”, “A mí me creen hombre de chiva”. También, *tener chivera*: “¡Qué chivera tiene fulano en los exámenes!” Lo contrario es *tener mala chiva*: “Hoy no ganamos, tuvimos mala chiva”. El colmo de la chiva es que sea negra. Por eso a una conocida tira cómica que publica “El Nacional” y que procede de la Argentina, donde tiene el nombre significativo de Tarrino (por el *tarro* de leche), le puso Cuto Lamache, hace años, el título elocuente y venezolanísimo de Chiva Negra.

¿Cómo ha surgido esta significación? Estamos en terreno hipotético, y ponemos en discusión nuestra idea. De *chiva*, nombre del animal, tan movedizo y ágil, se ha pasado fácilmente a designar a la persona hábil o lista (nuestra 8.^a significación). Ahora bien: los resultados afortunados de la habilidad o de la inteligencia se achacan habitualmente a la buena suerte. ¿No hemos dicho *resultados afortunados*? Todo resultado favorable se considera fruto de la fortuna. ¿No vendrá de ahí este nuevo valor de *chiva*?

Efectivamente, la aprobación en los exámenes, el triunfo en un partido de *baseball*, la obtención de una cátedra en la universidad, la armonía conyugal y la fortuna económica o política, todo lo que es favorable o venturoso se atribuye a la suerte. Estamos en plena tradición latina: Fortuna era nombre de una diosa romana que dispensaba a ciegas bienes y males. Se explica así el auge de los juegos de azar, para tentar la

suerte. La vida misma ¿no se considera un juego de azar? (obsérvese que la palabra *azar* significa, en su origen árabe, ‘dados’). Florentino, el de *Cantaclaro*, lo dice en su encuentro con Juan Parao:

Yo siempre ando resteadado en esta parada de dado corrido que es la vida del llanero errante por la sabana. Hasta ahora vengo echando suertes...

De ahí la rica terminología venezolana para la buena suerte. Además de los términos generales del castellano (*suerte, fortuna, buena sombra, buena estrella, ventura*, incluyendo uno tan grosero como ¡*qué leche!*), hay peculiares. Ya hemos visto *chiva, chiva negra, chivera*, que son exclusivos de Venezuela. El que tiene suerte es un *sortario*, y Lisandro Alvarado recoge una frase de *El rastrojo* de Leonte Olivo: “Lo que es esos musiúes son más sortarios que un quebrao en paso ‘e luna” (el *quebrao* es el jorobado). O es un *lechoso* (*lechero* ha tomado la significación despectiva de *pichirre* o avaro). Un golpe de suerte es, en el habla vulgar, un *lechazo*: “¡Qué lechazo! “De una persona que está en la buena o que tiene una buena racha, se puede decir: “Está echando puro negro” (alude a la *sena* del juego de dados), “Está sentado al lado de Dios” o “Está en la guanábana” (o “en la guama”). En Lara se usa además *ponche* y *ponchoso*: “¡Ah, buen ponche!”, “¡Tú sí que eres ponchoso!”

Y así como hay un repertorio rico y variado de lo pavoso, lo hay también de lo que trae suerte. Ya hemos visto que la trae un *quebrado*, y si se le puede acariciar la joroba, o pasar por ella un billete de lotería (como en España) o un cuadro del cinco y seis, el recursó será infalible (los presos de la cárcel suelen hacer *quebrados* de madera negra o de azabache, que se utilizan como amuletos). Romperse un vaso o una copa se toma como buen augurio, y aun el que se vierta una copa de licor. El grillo se considera protector de la casa, y no se debe matar jamás. Trae suerte el llevar dientes de caimán o los discos sonoros o “maraquitas” de la serpiente de cascabel, o el encontrarse un *casquillo* (nombre de

la herradura en gran parte de Hispanoamérica): hay que recogerlo y colgarlo en la pared, sobre todo detrás de la puerta. Desde luego es signo propicio levantarse con el pie derecho, toparse con un gato negro o ponerse inadvertidamente una prenda al revés (debe conservarse así hasta medio día). Y sobre todo nacer enmantillado, ser sietemesino o encontrarse la piedra de centella o la piedra del zamuro. En el Táchira, además, el ver a un negro, y para afianzar la suerte se recomienda rasarse la rodilla. En esta tierra de jugadores apasionados la mayor descalificación es ser pava, y la suprema virtud el ser chiva.

Ese providencialismo de jugadores ¿no lo autoriza acaso la historia misma de Venezuela? Tierra de Gracia llamó Colón a esta tierra. Y desde entonces casi toda su riqueza ha sido una gracia, un don providencial. Primero, la época de las perlas. Luego el oro —quimera y realidad hasta hoy—, que inspiró empresas temerarias. Junto al oro surgieron los diamantes, diamantes soberbios que asombraron al mundo. Y el don —casi gratuito— del banano, del cacao, del café, del coco, y la fruta del pan. En tiempos recientes, otro don —casi diabólico—, el del caucho, el balatá o el purguo, en que se inmolaron honras y vidas. Luego la atracción balsámica de la sarrapia, o las pieles de caimán, o las plumas de garza. Y ahora el petróleo, y el hierro. ¿Quién se acuerda de los duros interregnos de pobreza? Cuando se oyen voces agoreras sobre el porvenir ¿no cabe encogerse de hombros y esperar un nuevo maná? El interior del país, tan hosco, tan bravío, ha atraído siempre al hombre con una seducción misteriosa, con un espejismo, con una quimera. Así nació Venezuela, y así vivió, como una tierra privilegiada, colmada por la mano de Dios. Siempre bajo el signo alucinante de la riqueza. Y la riqueza puede ser corruptora, puede ser un Minotauro —es la imagen monitoria de Arturo Uslar Pietri—, pero puede ser una bendición, si fructifica en bienes permanentes para todos. Que así sea, a partir de este año nuevo.

Chivato

La chiva, nombre de la cabra en casi toda América, es en Venezuela el animal simbólico de la buena suerte. ¿Y el chivo? El masculino ha sido menos afortunado. Es el emblema del *pájarobravismo*: “Para bachaco, chivo” (si tú eres *bachaco*, es decir, destructor o malo, yo seré más, seré *chivo*). Y si *chiva* equivale a hábil, *chivo* es más bien torpe (por lo menos en Valle de la Pascua, Guárico): “Ese es un chivo dando clase”, “Soy un chivo manejando” (equivale a *pico y pala* o *malojillo*). *Estar chivo* es, como en otros países de América, estar enfadado, colérico: “Hoy no se le puede hablar porque está chivo”. Y de ahí *ponerse chivo* o *chivarse* (también a veces *enchivarse*, como en Colombia y el Ecuador): “Se chivó”, ya en *Peonía* (en la Argentina *ponerse cabrero* o *cabrearse*). Y es muy común *comer chivo*, que parece cosa que deja muy mal sabor de boca, porque es enfadarse los novios (y aun los casados): “Fulano y fulanita están comiendo chivo”, o “están de chivos” (como en México). Los amigos, siempre interesados, les preguntan: “¿Cuándo matan el chivo?” Y luego se quejan:

Mataron el chivo
y se lo comieron.
Mataron el chivo
y a mí no me dieron.

Pero si el chivo no ha sido muy afortunado, sí lo ha sido el chivato. Según la tradición española el chivato es el cabrito o chivo que pasa de seis meses y no llega al año (como *ballenato*, el hijo de la ballena; *lobato*,

el cachorro del lobo; *lebrato*, el de la liebre; etc.). Pero en Venezuela se ha transformado en el macho cabrío, llamado también *chivo padrote*: “Tengo doce chivas y un solo chivato”. Esa acepción es vieja. En “El Monitor Industrial” de Caracas, del 24 de febrero de 1859, Miguel Carmena, el purista de aquella hora, sostenía que para designar “la cabra padre” (así dice) no se debía usar *chivato*, sino *cabrón* (con perdón del público lector). Lo mismo ha pasado en Aragón con *choto*, que de tierna cría de la cabra se ha transformado en macho cabrío. *Chiva* y *chivato* tienen indudable valor simbólico en el baile de tambor, en vísperas de San Juan. Rómulo Gallegos lo describe en *Pobre Negro*. El curveta y el mina marcan el compás. Una mujer avanza dentro del círculo, y el ritmo de la danza le sacude las caderas. Se dirige hacia uno de los hombres, se le planta delante y le canta:

—¡Suelta el chivato, manito! ¡El chivato de San Juan!

Y el hombre elegido responde, a tiempo que sale a bailar:

—¡Asujétame la chiva, que ya estoy donde las dan!

E interpreta Rómulo Gallegos: “Ahora es la pareja eterna, que se busca y se esquivo, la danza vital que lanza a la hembra contra el macho... Los demás corean, descargando la voz unísona en el compás de los tambores: “¡San Juan, San Juan, San Juan!”

Partiendo de esa significación de macho cabrío, *chivato* ha tomado dos valores importantes, que a veces se entrecruzan y confunden. Primero, es el jefe, el macho, el valiente, el *palo de hombre*, el personaje, el hombre de campanillas, el señorón. Segundo, el hábil, capaz, ilustrado, eminente. Tratemos de deslindarlos, en lo posible.

En el primero de esos dos valores conserva cierto matiz despectivo. Gonzalo Picón Febres, en 1912, dedicó trece páginas de su *Libro raro* a una diatriba contra el chivato, e hizo el retrato de uno representativo de

la época, al que llamó el General Maleta. El *gran chivato*, en la tradición venezolana, era el caudillo, y luego el jefe civil. Las dos especies llenaron un capítulo de la historia de Venezuela con sus alardes de fuerza, autoridad, prepotencia. Dicen que el caudillo desapareció en la época de Gómez; el jefe civil, después de 1935. Los sustituyó una especie de pájaro urbano con el que se topa uno a cada rato y que el humorismo caraqueño designó recientemente con el nombre despectivo de *pájaro bravo*. Y a medida que se desvanece esa vieja significación, *chivato* va adquiriendo un prestigio nuevo: hoy es sobre todo la persona de ascendiente o influencia, de poder oficial (un ministro, por ejemplo), o el que sobresale en una esfera cualquiera, aun en la intelectual. Así hay *chivatos* (y hasta *chivatones*) en medicina, en literatura, en pintura, en música.

¿Cómo ha surgido esa doble acepción de *chivato*, que es privativa de Venezuela? La explicación corriente la ha recogido Samuel Darío Maldonado: Guzmán Blanco puso de moda la *chiva* o perilla, y sus compañeros y segundones acostumbraron usarla también. Y como todos eran —dice— “o lo remedaban, hombres de pro o de algún valer en las esferas políticas, se les dio por antonomasia el nombre de *chivatos*”.

Sin duda hubo proliferación de *chivatos* en la época del Ilustre Americano. Pero nos parece que esa acepción viene de más lejos. En España *chivato* tiene fuerte valor despectivo, pues designa al soplón, al delator. Es un desarrollo de la significación de ‘chivo joven’. La acepción venezolana es sin duda un desarrollo del valor de macho cabrío, de *chivo padrote*. Los valores iniciales de la palabra aludían efectivamente a cierta forma de machismo. Y los derivados, *chivatear* y *chivatería* (también a veces *chivera*), conservan aún muy visible esa significación original. *Chivatear* es imponerse al prójimo, y Gonzalo Picón Febres no lo consideraba de índole alta:

vale como ser pícaro o sollastre, como engañar de una manera sucia, como creer o imaginar que los demás hombres son reatas de pencos o de borregos.

Manuel Rodríguez Cárdenas identifica al irresponsable, al *chivato* y al *pájaro bravo*, y los trata con dureza:

el principio sobre el cual descansa el nuevo grupo es algo muy viejo en el mundo venezolano: eso que llaman *chivatería* o *viveza* y que consiste en usar cualesquiera armas, aun de las más viles, para demostrar que la rectitud, la caballerosidad y la hombría de bien no conducen a ninguna parte.

El principio es efectivamente viejo. Hace un siglo Núñez de Cáceres recogía cerca de doscientas palabras para expresar el fraude, el dolo y las gradaciones de la astucia: *viveza*, *mameo*, *mamuncia*, *trapicheo*, *tecleo*, *uñeo*, *mañosidad*, *teta*, *teteo*, *uñarada*, *mordida*, *pisada*, *pisadita*, *uña*, *manejo*, *raspón*, etc. Algunas de ellas casi no se conocen hoy, pero han surgido otras: *marramucia* o *marramuncia*, *mañosidad*, *roberto*, *palangre*, etc. Sin contar las infinitas para designar al vivo: *mamerto*, *tigre*, *caimán*, *jugado en cuatro plazas* (o en siete), etc. Y por contraste, las infinitas también, algunas groseras, para designar al que no es vivo, al camarón que se deja llevar por la corriente.

En nuestros tiempos también Felipe Massiani ha analizado la viveza criolla, y últimamente Antonio Arráiz, que la identifica con la *chivatería*, la malicia, la bellaquería, la tracalería. Uno de sus personajes de *Puros hombres*, que acababa de cometer un crimen repugnante, trata de justificarse:

Yo tuve que defenderme... Martín quiso chivatearme, y yo lo que hice fue no dejarme chivatear, porque yo soy un hombre...

Así como *chivato* o *chivo padrote* ha dado esa significación de *chivatear*, *padrote*, nombre general del semental, ha dado *padrotear* (como

el castellano *padrear*), dominar cierto número de hembras. Aplicado al hombre, es capitanear, amedrentar a otro por la fuerza, abusar de la debilidad o inferioridad ajenas, imponerse a los demás: “Me quiso padrotear”, “Aquí no admitimos padrote”. *Padrotear* y *chivatear* son dos manifestaciones acordes del machismo venezolano.

Pero como el puro alarde de fuerza es indigno del hombre, la *chivatería* se asocia en seguida a cierta forma primaria o elemental de inteligencia: la viveza, listeza o habilidad. Lo que en un comienzo fue fuerza, se transforma en artimaña, triquiñuela, picardía. Y con el prestigio del éxito, hasta puede ascender a esferas más altas. Así, *chivato*, nombre del macho cabrío, el símbolo universal de las inclinaciones lúbricas, puede llegar a designar al hombre eminente en una actividad artística o intelectual. Estamos en un terreno que hubiera deleitado a Sigmund Freud. Y en verdad, ¿no es ese el camino, o uno de los caminos, por el que la especie humana se ha ido elevando desde la fuerza bruta e instintiva a la inteligencia?

¿Ansias o náuseas?

Oigo que una madre dice: “A la niña no le gusta la leche; le da ansias”. Es un uso difundido por todo el país. También oímos: “¿Qué tendrá Juanita que se la pasa con ansias?” Las *ansias* suelen estar asociadas con los antojos.

Si ese uso es disparatado, habrá que admitir que la madre venezolana se encuentra en la grata compañía de Miguel de Cervantes. Don Quijote, descalabrado por el cuadrillero de la Santa Hermandad, prepara su famoso bálsamo. Bebe él mismo media azumbre, y en seguida comienza a vomitar, “y con las ansias y agitación del vómito” le da un sudor copiosísimo. Se arropa y queda dormido. A las tres horas se levanta bueno y sano. Sancho, que atribuye el milagro al bálsamo, coge lo que sobraba con las dos manos y se echa entre pechos su buena porción. Y dice Cervantes:

El estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora.

El sentido de náuseas o deseos de vomitar sobrevive en gran parte de España. En Extremadura, por ejemplo, donde lo recoge Gabriel y Galán en su poesía regional. En “Cara al cielo” describe una noche de verano: “¡Y luego un bochorno, / que dan cuasi ansias!” En “El desahuciado”, el muchacho enfermo cuenta sus males: “Y aquello eran ansias, / y sudores y ajogo y mareos”. En Andalucía lo encontraba Américo Castro. En Albacete y el Norte de Cáceres, Antonio Zamora Vicente.

En gran parte de Navarra, José María Iribarren. Y en Aragón, López Puyoles y Valenzuela y Badía Margarit (llega hasta el catalán de Fraga). Es decir, una parte bastante considerable de la Península. En Aragón *ansioso* significa nauseabundo.

En América se conoce también en Colombia, en Puerto Rico, en el sureste de México y en el Perú. La continuidad entre el uso clásico y el venezolano se prueba con un pasaje de Oviedo y Baños, de 1723, y otro del P. Gumilla, de 1741. Describe Oviedo y Baños la expedición de Diego de Losada, en 1568, a la provincia de los Teques. Después de atravesar con los suyos una región que denominaron Salamanca y el Valle de los Locos, llegó a unos pueblos que llamó los Estaqueros, abandonados por los indios. Ocho españoles entraron en una de las casas al pillaje y encontraron, puesta al fuego, una olla llena de batatas y pedazos de carne. Y cuenta:

Por no malograr la conveniencia del banquete que hallaban prevenido, se sentaron con gran brío a satisfacer sus buenas ganas, saboreándose en la olla, como pudieran en el manjar más bien guisado, hasta que, metiendo uno la mano, sacó unos dedos con uñas, y un pellejo con una oreja pendiente, y conociendo por las señas que era lo que habían comido carne humana, fue tal el asco y horror que concibieron, que con mil ansias y trasudores volvían a lanzar con fatiga lo que habían gustado con ganas.

El P. Gumilla, en su *Orinoco ilustrado y defendido*, al hablar de los gusanos que cría en sus concavidades la palma moriche, dice:

He visto españoles que solo de ver el guiso de los tales gusanos, se les descomponía el estómago con violentas ansias; y reducidos, después de muchos ruegos, a probar uno de aquellos gusanos, todo el plato lleno les parecía poco.

Ya se ve la legitimidad del uso venezolano. Lo cual no quita que hoy sea preferible diferenciar, por ejemplo, las *ansias* amorosas de las náuseas, dos cosas al parecer algo distintas. Con perdón de Sartre.

Íngrimo y solo

Nos encontramos ante una de las expresiones más hermosas del habla venezolana. *Estar solo* es simplemente estar sin compañía, lo cual hasta puede ser agradable (“Mejor solo que mal acompañado”). Pero estar *íngrimo y solo* es la soledad triste y desoladora, el abandono, el desamparo. En *Doña Bárbara*, se está muriendo Lorenzo Barquero. Marisela pasa la noche junto a él, acariciándole la frente para ayudarlo a bien morir. Por la mañana acude Santos Luzardo. Ella, desatada la locuacidad del dolor, le explica todo lo que ha pasado. Santos la atrae hacia su pecho, paternalmente, y le dice:

—Basta. No hables más.

—Pero si he estado toda la noche sufriendo callada, íngrima y sola toda la noche viéndolo hundirse, hundirse y hundirse. Porque era como si verdaderamente se estuviera hundiendo en el tremedal. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible es la muerte! Y yo, ¡íngrima y sola, ayudándolo a bien morir! Y ahora ¡íngrima y sola para toda la vida!

Pero no siempre se oye en circunstancias tan dramáticas. El uso desgasta cualquier expresión, y a veces se emplea como manera puramente enfática de encomiar la soledad: “Me quedé en casa íngrimo y solo”, “Andaba por la calle íngrimo y solo”, “He cantado íngrima y sola”.

También se usa *íngrimo* sin el *solo*. Teresa de la Parra, en sus *Memorias de Mamá Blanca*, habla de la muerte de Aurora y el reflejo de esa muerte, durante años, en el corazón de la madre:

Mamá, de pronto, cesaba de hacer lo que estuviese haciendo, levantaba sus dulces ojos al cielo y exclamaba entre suspiros, en voz dolorida y tierna:

— ¡Ay, Aurora, mi hijita adorada, mi hijita tan linda, ¿por qué me abandonaste, por qué me dejaste tan sola?

Como la palabra *sola* no le pareciese suficientemente enérgica o expresiva, mamá la reemplazaba muy a menudo por la palabra *íngrima*. Este superlativo de soledad la dejaba mucho más desahogada:

—¿Por qué me dejaste íngrima? —solía interrogar la pobre mamá, para mayor alivio, aunque sin esperanzas de respuesta.

Nada importaba que aquel *íngrima* muriese ahogado por nuestros gritos, carreras o risas. Despreciando como de costumbre la realidad, acompañada y rodeada hasta más no poder, mamá obedecía a una verdad superior. Para reflejar su alma en sus palabras, *íngrima* le era indispensable. Nosotras, generosamente, en homenaje a nuestra hermana desaparecida, nunca le preguntamos por qué nos equiparaba así con el desierto.

En *Canaima*, Marcos Vargas se va a enfrentar a la tempestad, y dice Rómulo Gallegos:

Se descalzó y se desnudó por completo, abandonando a la vera del camino ancho y verde cuanto pudiera desfigurar al hombre íngrimo contra la tempestad elemental...

En su *Viaje al amanecer*, Mariano Picón Salas evoca, por los llanos de Barinas, los tiempos de la guerra federal:

Junto al botalón un horrible viejo juega con dos perros flacos y sarnosos. Un mundo de íngrimo abandono, de incuria irremediable, dejó su huella en los espectros de aquella casa.

Y en una canta de Alberto Arvelo Torrealba (3ª. Edición):

Por los rumbos del te quiero,
 paso de la huella íngrima,
 sabana del nunca llegas
 duna del quizás me olvides
 —arenales y arenales—
 se me cerraron las picas.

Lo encontramos también hoy en la poesía de Ida Gramcko (“La bestia ulula, se desprende y calla / y queda solo tu íngrimo sonido / cayendo en la montaña y en la playa”), de Juan Liscano (“por los caminos íngrimos”, “mi tarde íngrima”, “su sueño íngrimo”) y de Luis Beltrán Guerrero (“con íngrima alegría”). Los escritores y poetas levantan la palabra del polvo y la llevan a una nueva esfera expresiva.

En el interior (Lara, por ejemplo) se usa el diminutivo: “Aquí estoy, ingrimito”, “¿Me va a dejar ingrimita?”. El testimonio más viejo que tenemos de *íngrimo* es de 1859 (“El Monitor Industrial”, Caracas, 13 de abril). En 1870 lo usa Antonio Leocadio Guzmán en su prosa política (*íngrimo y solo*, en *Datos históricos*, II, 356). Rivodó, en 1889, registraba también *solo íngrimo*, que es uso actual de Colombia. Doce años antes ya había defendido la expresión, que empleaba su hermano Ermelindo:

Triste es mirar la playa que vegeta
 Íngrima y sola, honor de la llanura.

Íngrimo tiene bastante extensión americana. Se conoce en Colombia, Santo Domingo, Panamá, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Guatemala, México (al menos en Querétaro y Jalisco) y llega por el sur hasta el Ecuador y Chile. Los usos no son iguales en todas partes: *íngrimo y solo* o *solo íngrimo* o *íngriamente solo* en Colombia; *solíngrima* en *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias; *solito íngrimo* en el Ecuador; etc. En alguna parte se ha señalado *íngrimo*, con acentuación llana, pero es quizá errata.

¿Y cuál es el origen? Me parece problema resuelto. Viene del portugués, la lengua de la *saudade*. Hacia 1570 escribe Fernán Mendes Pinto, en su *Peregrinación* (cap. CCXV):

O padre se embarcou nesta mesma nao pera a China, mas ben diferente do que ouvera de yr se fora con Diogo Pereyra. O padre foy *íngreme*, sem autoridade nenhua, as esmolas do contramestre; e sem levar outra cousa mais que só hua loba que levava vestida.

Ese *íngreme* portugués, que se tradujo al castellano en 1620 como *sin arrimo alguno* (“sin autoridad ni arrimo alguno, sujeto a las limosnas del contraestre”), que equivalía a ‘absolutamente solo’, es el *íngrimo* nuestro. Y como ese uso ha desaparecido del portugués (solo se conserva en Sergipe, al Noreste del Brasil, según Silva Neto), hay que suponer que llegó a América en el siglo XVI.

Aunque no con esa significación, sí se conserva *íngreme* en el portugués actual (popular *íngreme o ingrime*). Se dice, por ejemplo, de los caminos escarpados, con gran declive (“*caminhos tão íngremes*”), de los sitios elevados o inaccesibles (“*uma ermida tão íngreme que con trabalho podía alguna pessoa ir a ela*”), de lo empinado (a escada e *íngreme* e *escorregadia*), de lo arduo, dificultoso, trabajoso (“*os juízos de Deus são íngremes e inacessíveis ao nosso discurso*”), o de lo fuerte (“*homen íngreme*”). Y sin duda de los sitios inaccesibles se pasó a la idea de desamparados y solitarios.

Pero también se dice *alho ingrime*, *castanha íngreme* del ajo o la castaña que nace sin división, de una sola pieza. Y eso nos lleva al *lígrimo* de Salamanca. En la provincia de Salamanca se llama *ajo lígrimo* (en algunas partes *lígrime*) al de una sola cabeza (es silvestre y pica y huele más que el común). Y también se dice *lígrimo* de lo puro, castizo, legítimo, sano, gallardo, fuerte: “Su hijo de usted golverá tan lígrimo como se va”. Miguel de Unamuno lo recogió en su alta poesía:

Arlanza, Carrión, Pisuerga,
 Tormes, Águeda, mi Duero.
 Lígrimos, lánguidos, íntimos,
 espejando claros cielos,
 abrevando pardos campos,
 susurrando romanceros.

Así, pues, nuestro *íngrimo*, que procede del *íngreme* portugués, está emparentado con el *lígrimo* de Salamanca (Corominas cree que tienen origen independiente, aunque con contaminación secundaria). ¿Y cuál es el origen del *íngreme* portugués? Ahí llegamos a terreno menos seguro. El gran romanista alemán Ernst Gamillscheg, mi maestro de Berlín, lo hace derivar del gótico *ingramian*, irritar. Estaría, pues, relacionado en su origen con el castellano *grima* y el alemán *Grimm*. Últimamente el gran Leo Spitzer, más aficionado a las etimologías atrevidas, ve en la forma portuguesa y salmantina una regresión de *nigromancia* o de *nigromante*, en la época en que esas palabras, cargadas de temidos valores mágicos, pasaron al habla popular. En cambio, Corominas cree más bien que puede proceder del antiguo francés *engremi*, enojado, irritado, de origen franco. Sea como fuere, está claro el origen de la expresión venezolana.

Queda aún una cuestión. ¿Por qué *íngrimo y solo*? ¿No bastaba con *íngrimo*? Es indudable que la reiteración redundante o pleonástica da más fuerza o más énfasis a la expresión. Hay otro caso muy parecido en Venezuela: *escotero y sin maleta*. Frente a *íngrimo y solo*, que evoca la soledad desamparada, *escotero y sin maleta*, o simplemente *escotero*, alude también al que anda solo, pero sin trabas ni cargas que lo embaracen. Y por eso cuando Santos Luzardo le pregunta a Antonio Sandoval si son hijas tuyas unas muchachas que se habían asomado a la puerta, este contesta: “Yo todavía ando *escotero*, a Dios gracias”.

La reiteración pleonástica es recurso del habla popular, y sin embargo no parece frecuente la fijación. Las expresiones que hemos encontrado más afines a las nuestras son las siguientes: *señero y solo*, *dueño y señor*, *mondo y lirondo*, *ordenó y mando*, *muerto y enterrado*, *vivito y coleando*, etc. Con todas sus diferencias, parece evidente que *íngrimo y solo* o *escotero y sin maleta* responden al mismo esquema rítmico.

Ese esquema es también frecuente en el uso literario. El autor del *Quijote* apócrifo, ese enigmático Avellaneda que aún no sabemos quién era, le reprochaba a Cervantes la ostentación de sinónimos voluntarios. Aludía a casos como los siguientes, que tomamos de la primera parte del *Quijote*: “Todo lo cual te exenta y hace libre”, “Quisiera dártela monda y desnuda”, “Soy poltrón y perezoso”, “con grandísimo contento y alborozo”, “Rocinante, melancólico y triste”, “Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza”, etc. Estamos ante un rasgo general de la prosa del siglo XVI, que se apoyaba además en el estilo de Cicerón. Por una parte, era una forma de encarecimiento de la expresión; por la otra, signo de facundia. Como se ve, el *íngrimo y solo* o *el escotero y sin maleta* del habla popular venezolana representan la fijación de un recurso estilístico que tiene gloriosos antecedentes en la literatura española.

Coroto

Belarmino, el zapatero filósofo de Pérez de Ayala, quería inventar una lengua en que las palabras adquiriesen un sentido amplio, espacioso. Su ideal era encontrar una sola palabra en la que cupieran todas las cosas, como una especie de horma maravillosa que sirviese para todos los pies. ¡Qué lástima que no hubiese conocido nuestro *coroto*!

En la palabra *coroto* cabe el universo entero. Aunque se conoce también en el Ecuador, Colombia, Panamá, Santo Domingo y Puerto Rico (con el valor de trastos, trebejos, bártulos, baratijas), en todas esas regiones su uso es limitado, y se debe sin duda a expansión venezolana.

Sobre el origen de *coroto* hay una hermosa anécdota. Se dice que Guzmán Blanco trajo de París un lienzo de Corot, el famoso paisajista. El general solía recomendar machaconamente al servicio: “¡Cuidado con el Corot!” Las criadas empezaron a burlarse del *coroto* del general, y la expresión se extendió a los objetos más diversos.

Una variante de la anécdota atribuye dos cuadros de Corot al general José Tadeo Monagas. Al desplomarse la dictadura monaguista, el pueblo saqueó la residencia presidencial y arrastró por las calles los dos Corots, particularmente apreciados por el presidente. Uno de los excontertulios, al ver la suerte infortunada de los cuadros, exclamó: “¡Adiós, corotos!”

La explicación es demasiado bonita para ser verdadera. Además, la palabra *coroto* era general ya antes de la época de Guzmán Blanco, antes de la caída de los Monagas, que fue en marzo de 1858, y seguramente

antes de la existencia misma de Corot. El testimonio más antiguo que tenemos hasta ahora es de Núñez de Cáceres, en su *Memoria sobre Venezuela y Caracas*. Aunque el amargo Núñez de Cáceres llegó de Santo Domingo en 1823, su *Memoria* es probablemente de 1851 ó 1852, pues cita una sentencia del 5 de agosto de 1850. Todo lo caraqueño lo veía con pesimismo y desagrado, y decía de las casas: “A los ocho o diez años es ya preciso reparar techos y mudar o entremeter vigas, porque están carcomidas, y la casa es un *coroto* viejo, como dicen vulgarmente”. Se ve que la palabra había hecho ya su camino.

Después de Núñez de Cáceres la encontramos en *Peonía* de Romero García, en *Un llanero en la Capital* de Daniel Mendoza (“¡Corotos!”, como exclamación eufemística), en *El Sargento Felipe* de Gonzalo Picón Febres (“me costó mucho trabajo vender los coroticos que llevaba”) y en las *Apuntaciones* sobre el habla de Maracaibo de José D. Medrano, de 1883. Y en Colombia se encuentra ya en las *Apuntaciones críticas* de Rufino José Cuervo, desde la primera edición, de 1872.

Después, los testimonios en toda la literatura venezolana son infinitos, y las acepciones diversas. Puede designar un objeto de nombre desconocido o que no se quiere nombrar: “¡Alcánceme ese coroto!”, “¿Qué coroto es ese?” O un objeto despreciable: “¡Tire ese coroto!” Pero puede abarcar todos los objetos de una casa, incluyendo los muebles, o todas las mercancías de un establecimiento, con la estantería: “Fulano se marchó con todos los corotos”, “Estoy mudando los corotos”. “¡Fulano, con sus corotos!” se oye alborozadamente en las prisiones, porque es anuncio de libertad. *Coroto* puede ser también asunto, negocio. Es decir, que absorbe todos los usos de la palabra *cosa*: “Tengo que hablarte de un coroto”, “Tengo que hacer un coroto”. En *Fiebre*, la novela de Miguel Otero Silva, el maestro Eusebio dice a los que le proponen que entre en un complot contra Gómez y reúna a sus amigos:

Yo no puedo invital a más naiden sin decirle, junto con proponerle el coroto:

—Aquí tienes un perol pa que zumbes tiros.»

Y hasta puede designar el poder, con todas sus prebendas, como en *Vidas oscuras* de Pocaterra:

—¿Por qué fue que tumbaron a los godos?

—Porque querían el coroto para ellos solos.

Estar metido entre los corotos es estar de punta en blanco, luciendo las mejores prendas. ¡*Adiós, coroto!* Es expresiva exclamación de asombro. Y *entregar los corotos* (como *entregar los papeles*) es morir: “¡Qué vida! ¡El día menos pensado uno entrega los corotos!” Y no nos detenemos en usos más restringidos, y hasta impúdicos.

¿Y de dónde viene una palabra tan afortunada, si nada tiene que ver con Corot? Su origen es realmente humilde, como el de casi todas las cosas grandes. Es sin duda una voz indígena. El sentido primitivo de la palabra, que todavía se conserva en el Apure, en el Guárico y en Portuguesa, es de escudilla o vaso hecho de la corteza de la tapara o de la totuma: es la tapara o totuma después de sacada “la tripa”. Si se corta el fruto por la mitad, resultan dos corotos de totuma, pero lo general es que se corte únicamente la parte posterior. También se usa el *coroto* de coco, para beber agua. El llanero llevaba siempre su coroto en la silla, para uso personal, y en él bebía su aguardiente. Hemos tenido ocasión de encontrar *corotos* de estos en la rústica cocina llanera. Como muchos de los recipientes se hacían igualmente de la corteza de totuma, poco a poco todos se llamaron genéricamente *corotos*, y hasta se llamó *troja de los corotos* a una especie de tarima en la que se colocaban todos ellos. Finalmente pasó a designar cualquiera de los utensilios, y luego cualquier cosa. Al principio, sin duda despectivamente, pero poco a poco como simple expresión familiar.

Proceso enteramente análogo se ha cumplido con *perol*, que empezó siendo un modesto utensilio de cocina (todavía lo es en España), y se ha transformado, como *coroto*, en designación genérica de cualquier objeto. Y hasta se puede también *estar metido entre los peroles* o expresar la sorpresa con un enfático ¡adiós, peroles! Y hasta hay *perolada* como *corotada*, *perolaje* como *corotaje* y *perolero* como *corotero*. En el Táchira es frecuente *la corota*: “Deme esa corota”, “Yo no me monto en esa corota”. Que se corresponde con *la perola* de otras partes: “¡Echa p’alante, que te atortillo la perola!”, oímos a un impaciente chofer caraqueño.

Del mismo tipo genérico hay una serie de voces en Venezuela, además de *coroto* y *perol* y de las castellanas *cachivache*, *trasto* (se oye mucho *traste*, como en otras partes de América) o *trebejo* y *bártulos*, que también se usan. Quizá los más frecuentes sean *bicho* y *bicha*, y sus derivados *bicharaco*, *bicharango*, *bichurango*, *bicharanga*: “Tráeme acá ese bicho” (en general es todo animal, pero además un libro, un florero, un serrucho, etc.), “Coloque ahí esa bicha” (un paquete, una cosa cualquiera), “¿Cómo se llama ese bicharaco?”, “Niño, cógeme ese bicharango que está ahí”, “Ese bichurango arrímelo p’ayá” (en el Táchira, y también *bichurangas*, *bichuraco*, *bichuraca*), “Deme la bicharanga esa”. Pero también otras: “Recoja sus macundales y márchese” (o *sus macundos*, en *Doña Bárbara*), “Ese tereque de silla hay que mandarlo para la barranca” (ya lo registraba Miguel Carmona hace un siglo y se encuentra en Urbaneja Achelpohl y en Pocaterra), “Páseme ese pereto” (“¿Para qué guarda ese perete?”, en Lara y Portuguesa; “Arrunce esos pereques paya”, en el Táchira), “Bote ese peco, que no sirve para nada y estorba” (en el Estado Sucre), “Me molestan mucho esos perendengues” (pueden ser de adorno, o no), “Bote esos chécheres”, “Está allá arriba en el cuarto de los chécheres” (en el Táchira), “Páseme la guarandinga esa”, “¿Qué guarandinga es ésa?” Tienen vida regional, con el valor de baratijas o cosas inútiles, *magaya* (“Los buhoneros no cargan más que magayas”, en el Guárico) y *guachapeto* (“Haceme el

favor de quitar estos guachapetos de aquí”, en Falcón). Miguel Carmo-
na registraba además *triquitinales*, que hoy no encontramos. Y aun les
corresponden dos verbos típicos: *curucutear*, escudriñar, andar en busca
de objetos diversos (“Fulano anda por ahí curucuteando”) y *bichanguear*:
“¡Bichanguéeme ese paquete!”, que puede ser, en Lara, desátelo, átelo,
cárguelo, etc., según Silva Uzcátegui. De todas ellas el *pereto* y el *peco*
coinciden bastante con el *coroto*: designan la mitad de una tapara (o un
trozo de tapara) y cualquier trasto viejo y hasta una persona inútil. Según
me informa Madame Catrysse, lo mismo ha pasado en gran parte de
Bélgica (en Hainaut, por ejemplo) con el francés *bidon*. De nombre de
un recipiente ha pasado a designar los objetos más diversos: “*J’emporte*
tous mes bidons”, “*Je déménage tous mes bidons*”.

¿Tendrá que ver nuestro *coroto* indígena, en su origen, con el *cho-
rote*, que entre los cuicas de Trujillo, según Julio C. Salas, designaba
una vasija? Así me lo sugiere mi amigo Marc de Civrieux. En realidad,
chorote es voz indígena de bastante extensión, aun fuera de Venezuela.
En los Andes, además de ser una vasija de barro, designa la chocolatera
(de ahí *cacao chorote*, o simplemente *chorote*, el que se preparaba en
ese recipiente). Tiene también una serie de usos figurados: “Lo que le
queda a usted es un chorote”, dice un dentista a la persona que tiene
una muela completamente picada por el centro (Picón Febres); *chorote*
es también la habitación en muy malas condiciones o la casa pequeña,
ruinosa y desaseada (Aníbal Lisandro Alvarado), y en Lara lo registra
Silva Uzcátegui con el valor de trasto viejo. Isidoro Laverde Amaya, que
pasó por Cúcuta a principios de 1886 en viaje de Bogotá a Caracas,
explicaba *coroto* como equivalente de *chorote*, aunque luego lo salvó en
la Fe de erratas: “*Coroto*, cualquier objeto”. Pero es curioso que en Costa
Rica una voz muy parecida, *choroco*, signifique trasto o trebejo, como
nuestro *coroto*. Nos parece, pues, probable el parentesco de las dos voces
indígenas.

A pesar de su brillante fortuna, *coroto* no ha olvidado del todo su modesta alcurnia. La *albahaca de coroto* es la que se cultiva en coroto de tapara. *Corotear* es en los Llanos cazar el tigre a reclamo bufando en media tapara apoyada en el suelo. Un objeto *encorotado* es el ahuecado, cóncavo, y esta acepción la recogía ya Miguel Carmena en “El Monitor Industrial” de Caracas, el 12 de marzo de 1859. En Portuguesa se dice que una persona está *entaparada o encerotada* cuando está encerrada en sí misma (“No me gustan las personas encerotadas”), y aun se aplica a las intenciones ocultas: “¡Quién sabe lo que tiene encorotado!”, “Carga su coroto por dentro!”. Y cuando alguien se desenmascara, se dice: “Soltó el coroto”. En casi todos los Llanos se canta todavía como agualdo de Nochebuena:

Nosotros somos cinco,
seis con el coroto,
y si no me lo llena,
por Dios que lo boto.

Es bondad llenarlo, y se agradece. Y el colmo de la maldad parece ser la siguiente: “Beberle la mazamorra a un sute y quebrarle el coroto en la cabeza”.

Otomía

En *Pobre negro* de Rómulo Gallegos, un personaje que se llama, muy apropiadamente, Mapanare, quiere inducir a Pedro Miguel a que se sume a la guerra federal, y recurre al argumento supremo:

—Barlovento no se pué queda atrás. Contimás que se trata de salvá el tocino, que es algo más que el pellejo, porque es voz corriente que los godos del gobierno están tramando la *otomía* de vendernos a todos los que semos negros, de café con leche pa abajo, a los fabricantes de jabón de Inglaterra. Porque dicen que pa hacé jabón no hay grasa mejor que el tocino de negro, y que los ingleses lo pagan a buen precio.

Otomía aparece con cierta frecuencia en Rómulo Gallegos. Por ejemplo, en *Cantaclaro*. La sequía prolongada y las humaredas de la llanura infunden terrores supersticiosos. Un viajero que llega al Hato Payareño trae noticias que presagian el fin del mundo. Arden las selvas de Guayana desde el Orinoco hasta el Cuyuní. Y él da una explicación:

el indio, cansado de las *otomías* y maluquezas de los exploradores del caucho y del purgo, se ha decidido a pegarle fuego a sus montes para acabar con esos palos de goma que son la causa de la esclavitud a que lo somete el blanco.

¿Qué era esa *otomía* que tramaban los godos del gobierno, y las *otomías* y maluquezas de los explotadores del caucho y del purgo? La palabra se conoce hoy en gran parte del país —aunque no en Caracas— con el valor de mala acción, atrocidad, salvajada. *Hacer* o *cometer otomías* es

en los Andes, en Lara, en los Llanos y en Barlovento, hacer ferocidades u horrores. Se dice en Lara: “Fulanito de Tal me hace muchas otomías”, “Ha sufrido mucho porque le hicieron grandes otomías”. En los Llanos: “Le hizo otomías”, es decir, males sin término, daños sangrientos. Y en partes del Táchira (La Grita, Mesa de Aura, Páramo del Zumbador, etc.): “Ese hombre sí es pura otomía” (o “es de mucha otomía”), aludiendo a la fuerza de alguien, o a su matonismo.

En Trujillo se usa con el mismo valor *atomías*, según Mario Briceño Iragorry. Y así se dijo probablemente en Caracas, pues Bolet Peraza, el autor de las magníficas *Cartas gredalenses*, lo usa a fines del siglo XIX. En uno de sus artículos literarios, un fino y perfumado guante de mujer relata su desdichada historia:

Un curtidor, después de mil atomías, me zambulló en tanino, una cosa muy amarga; me dio a comer alumbre, una cosa que frunce y da carraspera; me ahogó en tinta gris perla, me prensó y aplanchó, y de allí me tomó una costurera, que me acribilló a puntadas.

Fuera de Venezuela, *otomía* se encuentra en Colombia, Nicaragua, Honduras, Guatemala, México, Santo Domingo, Ecuador y Chile, y al parecer también en el Norte argentino y en Bolivia. En Santo Domingo, Honduras y Guatemala, por ejemplo, *decir otomías* es decir atrocidades, injuriar a alguien. Así, designa la mala acción verbal, que a veces es más cruel que la agresión física.

¿Y cuál es el origen? Si yo digo que procede de *anatomía*, corro el peligro de que los seiscientos alumnos que estudian este año la asignatura en la Universidad me quieran convencer de lo contrario, bisturí en mano. O que los infinitos discípulos de Pepe Izquierdo se burlen de mí. Una palabra que significa atrocidad, salvajada, ¿puede venir de la inocente y fastidiosa *anatomía*? Y, sin embargo, así es, y trataré de demostrarlo, si me lo permiten.

Anatomía, que hoy es nombre de una ciencia, significó en su origen disección o separación de las partes del cuerpo humano o animal (del griego *anatomé*, disección, incisión, corte). Y ese uso lo tuvo en toda la época clásica, y se conserva hasta hoy. Por eso el pícaro Estebanillo González, en 1646, al despertar de una mona y ver en su aposento a un venerable y barbado cirujano con media docena de practicantes que creyéndolo herido empiezan a destripar estuches y a limpiar sierras y a afilar navajas, nos dice: “Quedé medio escandalizado de ver tantos cuervos con herramientas de hacer anatomía”. Y conservaba ese valor en el siglo XVIII cuando Iriarte escribía su fábula del naturalista y las lagartijas:

Vio en una huerta
dos lagartijas
cierto curioso
naturalista.
Cógelas ambas,
y a toda prisa,
quiere hacer de ellas
anatomía.

Como se ve, se usaba mucho en forma burlesca. Quevedo, el feroz Quevedo, en su *Sermón estoico de censura moral*, que es su versión de la nave de Horacio, al clamar contra la codicia del tirano, la avaricia ciega, la gula, y contra el ambicioso navegante, que en Lima y Potosí “gana jornal al cerro y a la sima”, dice:

Este, al sol y a la luna,
que imperio y templo dan a la fortuna,
examinando rumbos y concetos,
por saber los secretos
de la primera madre
que nos sustenta y cría,
de ella hizo miserable anatomía.

Despedazola el pecho,
rompiole las entrañas,
desangrole las venas,
que de estimado horror estaban llenas:
los claustros de la muerte,
duro solicitó con hierro fuerte.

Las palabras que más se transforman, en su significación y en su fonetismo, son las palabras cultas cuando pasan al habla popular. Pronto se dijo *anotomía*, *notomía* y *sotomía*. *Notomía* es frecuente en todo el siglo XVI con la significación de cadáver o esqueleto. En *El deleitoso* de Lope de Rueda pregunta Salcedo: ¿Dónde están las notomías de los muertos?” Y se aplicó frecuentemente a las personas esqueléticas: “Señora Notomía”, dijo Quevedo de una mujer flaca. En el *Rinconete y Cortadillo*, la Cariharta, que ha recibido de Repolido una soberana paliza, dice que antes que casarse con él lo haría “con una sotomía de muerte”. Y en el *Quijote*, Anselmo, el curioso impertinente, se pone en acecho para espiar una cita de su mujer con su amigo Lotario, y dice Cervantes:

Escondido, pues, Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, víase a pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenía en su querida Camila.

Hacer notomía de las entrañas de su honra era convertirla en jirones. Ese valor de despedazamiento o descuartizamiento se puede documentar con un pasaje de Menéndez Pelayo que me proporciona gentilmente Juan Oropesa. Dice Menéndez Pelayo al hablar de la época de Isabel la Católica:

No bastaba decapitar materialmente la anarquía mediante *aquellas terríficas y espantables anatomías* de que habla el Dr. Villalobos...

El Dr. Villalobos que hablaba de las “terribles y espantables anatomías” era un médico judío del Rey Fernando el Católico, y más tarde de Carlos V y del príncipe Felipe, un gran médico, y por eso quizá también un gran humorista. Esa significación de *anatomía* o *notomía* se explica como una prolongación del terror medieval a la disección. Todavía Carlos V, a principios del siglo XVI, en pleno Renacimiento europeo y español, consultaba a los teólogos de la Universidad de Salamanca si no era pecado mortal disecar un cadáver humano.

Para la mentalidad popular, la anatomía o la *notomía* era el despedazamiento de cadáveres, un acto de profanación digno de salvajes. Esa *notomía* se ha convertido en la *otomía* de Valencia (España), que es la autopsia, y en nuestra *otomía*. Y aquí divirtámonos un poco con el etimologismo. Autores mexicanos han explicado su *otomía* como un derivado de *otomí*, porque dizque los indios otomíes eran famosos por su fiereza, crueldad y salvajismo. Y como la palabra se encuentra también en España, en la Montaña de Santander y en Andalucía, dos extremos de la Península, con el mismo valor que en América, ha habido autor andaluz que la ha derivado de *otomano*: la *otomía* era para él una salvajada digna de otomanos. La Filología moderna absuelve a otomíes y otomanos, y acusa a la anatomía.

Esa evolución de *anatomía* no es exclusiva del dominio castellano. Se da también en portugués. En 1589 escribe sus *Diálogos*, modelo de clasicismo, Amador Arrais, y habla de “*os estragos e anatomias que foram feitos em seus corpos*”. *Anatomía* era devastación, descuartizamiento. Y en el italiano de Pisa *tumia* es hoy exactamente lo mismo que nuestra *otomía*. Curiosa transformación de significado que ilustra un capítulo de la evolución científica moderna y sus reflejos en la mentalidad popular.

¿Planchar o aplanchar?

Aplanchar se encuentra en el habla familiar de toda Venezuela y en el uso de casi todos los escritores: Bolet Peraza, Gonzalo Picón Febres, Urbaneja Achelpohl, Pocaterra, Rómulo Gallegos, Miguel Otero Silva, Antonia Palacios. ¿Será incorrecto?

Pues no. Es correctísimo, aunque por mi parte prefiero *planchar*. En el siglo XVIII (la palabra data, creo, del XVII) era más general en la lengua culta *aplanchar*, *aplanchado*, *aplanchador*, que usaron autores eminentes (*almilla aplanchada*, en el Padre Isla; *sé aplanchar*, en el diálogo teatral de Moratín). Los tres se encuentran en el Diccionario de la Academia desde 1726 hasta hoy, pero mientras la primera edición remite de *planchar* a *aplanchar* (es decir prefiere la segunda), hoy sucede lo contrario. Todavía el Diccionario de Salvá, de 1879, registra como frase habitual de las mujeres en España: “Mañana es día de *aplanchado*”.

La forma con ‘a’ es tan legítima como la otra: sobre *fusil* se forma *fusilar*; pero sobre *horca*, *ahorcar*. La ‘a’ formativa, que se remonta al latín, se da en centenares de verbos de la lengua general: *ajusticiar*, *arrodillar*, *abotonar*, *acobardar*, etc., sobre *justicia*, *rodillas*, *botón*, *cobarde*, etc. Y con diferenciación semántica, *probar-aprobar*, *llegar-allegar*, *tentar-atentar*, etc.

Sobre *plancha*, de origen francés (primero significó lámina o trozo plano de metal), se formó a la vez *planchar* y *aplanchar*, del mismo modo que *fusilar* y *afusilar*, *balea* y *abalea*, *trancar* y *atranca*, etc. La forma con ‘a’ quizá se ha visto favorecida por el frecuente uso con la

preposición: *voy a planchar*, etc. En la lengua antigua y clásica podían alternar sin dificultad varias formas. Lope y Tirso no tenían inconveniente en escribir *el calor* y *la calor* casi en la misma línea. Alfonso el Sabio, aún más libre, podía admitir tres, cuatro y cinco variantes de una palabra. La lengua actual, en cambio, presenta un afán nuevo de regularidad. El hablante tiende a considerar que de dos formas coexistentes solo una es la correcta. Pronto *afusilar* y *abalear* se sintieron como vulgares o rústicos. Me parece que hoy se prefiere *trancar* a *atranicar*, al menos en la lengua literaria. *Abajarse*, que se usa en Venezuela y otras partes (¡*Abájate!*) y que también tiene tradición clásica, se rechaza en la lengua culta. Y una serie de formas frecuentes aquí y en otras partes se consideran ya incorrectas: *ajuntar* o *arrejuntar*, *arrecostar*, *aserruchar*, *amellar*, *asujetar*, etc.

Un caso muy parecido al de *aplanchar*, también del habla familiar, es *acepillar*. La Academia todavía prefiere la forma con ‘á’, pero creo que la lengua general se ha decidido a favor de *cepillar*. Lo mismo está sucediendo con *aplanchar*, a pesar de su buena tradición. Hoy va quedando relegado a las regiones: Venezuela, Colombia (usado desde Jorge Isaacs hasta Germán Arciniegas), Chile y alguna más. En Madrid o en Buenos Aires se sentiría como vulgar. Y aunque en rigor no lo es, quizá imperativos de unidad hispánica recomienden el uso exclusivo de *planchar*.

Lo que desde luego no creemos que pueda justificarse es que en lugar de *plancha* se diga *hierro de aplanchar* o *aplanchadora*, como vemos hasta en los anuncios de los periódicos. Ese *hierro de aplanchar* es sin duda un calco del francés (*fer à repasser*) o del inglés (*iron*). Quizá la vieja *plancha* de la lengua general se ve desplazada en Venezuela por las *planchas* bucales, que han cobrado auge extraordinario en los últimos tiempos.

Cuelga

La *cuelga* es un rito venezolano. Desde luego, un rito cordial y simpático. Aunque el nombre tiene vieja consagración académica, casi no se conoce hoy en España, y de América solo tenemos algunas noticias de México y Chile. Pero no hay que descartar la posibilidad de que tenga mayor extensión.

Entre nosotros *la cuelga* es el regalo que se hace a alguien con motivo del cumpleaños o del santo. Es voz sobre todo de mujeres y niños: “¿No me traes la cuelga?”, “Otro día te daré la cuelga”. Y hasta se puede pedir: “Este año dame la cuelga en efectivo”. Sales Pérez, en uno de sus artículos de costumbres, de 1877, se quejaba de las cuelgas, porque el que las envía —dice— se cuelga si es necesario para comprarlas, y el que las recibe queda colgando para la retribución. Job Pim se lamentó una vez, en verso, de la constante sangría que representaba para el presupuesto de un pobre escritor el cumplimiento ortodoxo con el santoral. La verdad es que los santos del año no están distribuidos estratégicamente, y hay meses que resultan ruinosos.

En la literatura venezolana son frecuentes las alusiones a la cuelga. En *La Rebelión*, uno de los cuentos más hermosos de Rómulo Gallegos, Mercedes Cedeño, olvidando glorias y abolengos, quiere ganarse decorosamente la vida y se le ocurre una idea: “Las quesadillas que ella hacía cuando necesitaba dar una cuelga tenían fama de ser las mejores de Caracas”. Manuel Rodríguez Cárdenas ha evocado las cuelgas de antaño:

A la llegada del atardecer comenzaba el desfile de las cuelgas: pastillas de jabón de olor, algún pollo con la postal amarrada en una pata, un frasco de aceite de aguacate, un pote de polvo. Todo pequeño, simple, honestamente atado con cintas de colores chillones, cubierto con un paño *de soles* sobre platón de vidrio. Las frases eran rituales:

—Que perdone lo malo.

—No diga eso... —Y volviendo la cara hacia adentro—. Tráele al muchachito su plato de dulce.

El chico tomaba asiento y esperaba. Mientras tanto, los de la casa llevaban la cuelga hasta una mesa, donde ya estaban otros envoltorios. Siempre había allí, por temprano que se llegase, otros regalos. Y era que la familia ponía sus ofrendas desde la madrugada, para que hicieran de *pitadores*.

En los pueblos es efectivamente habitual colocar las cuelgas sobre una mesa. Pero en Caracas lo más frecuente es acostarlas, para la exhibición, en una amplia cama, o en la cama del agasajado. A veces se juega con la palabra: “Mañana es el día de tu santo. Hay que buscar una viga para colgarte”.

Esa cuelga tiene tradición clásica. Luis de Ulloa, un contemporáneo de Góngora, la daba como voz nueva:

Este con nombre de cuelga
agasajo introducido...

Es un derivado postverbal de *colgar* (como *huelga*, de *holgar*). Y *colgar* tuvo la acepción de agasajar a alguien la víspera de su santo o cumpleaños. Lope de Vega dice en su *Filomena*:

la víspera de la fiesta de su día le había colgado: uso notable de España y de tiempos inmemoriales usado en ella.

Y Quevedo, en un romance de su *Thalía* (Musa VI), cuando recomendando a Perico que se cuide de las tentaciones y asechanzas de la corte:

La víspera de tu santo
por ningún modo parezcas,
pues con tu bolsón te ahorcan,
cuando dicen que te cuelgan.

Y de nuevo juega con la doble acepción en el *Buscón*: Clemente Pablo recomienda a su digno hijo el oficio de ladrón, que es —dice— arte liberal. Los alguaciles y los alcaldes —le explica— aborrecen a los ladrones por simple rivalidad en el oficio: “Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el día de nuestro santo”.

En 1611 registraba Covarrubias *colgar a uno el día de su santo* como expresión muy corriente, y la explicaba:

aquella cerimonia se usa echando al cuello una cadena de oro o una cinta de seda, para acordarnos de las ataduras de que nos desatamos tal día como aquél, y también para acordarnos que nacimos para morir.

Ese *colgar a uno el día de su santo* y la *cuelga* correspondiente figuran ininterrumpidamente desde el siglo XVIII hasta hoy en el Diccionario de la Academia. En Madrigal de las Altas Torres, un viejo pueblo castellano, la *cuelga* es un colgajo de avellanas, dulces, etc., que echan al cuello del agasajado la víspera de su cumpleaños. Pero en general está casi olvidado en España. Y como las palabras, formadas de aire, tienen por lo común más vida que las cosas, todavía se dice a los niños en muchas partes de la Península: “Te vamos a colgar”, “A este niño hay que colgarlo porque mañana está de días”. Y hasta se hace amago de colgarlo por las orejas. En Galicia —según me informa la señora Carmen de Díaz— es frecuente oír: “Te voy a colgar de las orejas” o “Te voy a colgar de la chimenea”. Últimos restos, ya sin sentido, de la vieja *cuelga* castellana.

De modo análogo, cuando se estrena un traje es expresión castellana frecuente: “¡Hay que mojarlo!” Ese *mojarlo* era brindar a la salud (como el francés *arroser*). Pero desvanecida en muchas partes la significación original, hay quienes lo interpretan literalmente y creen que el rito consiste en mojar el traje con agua, preferentemente con la de lluvia. El sentido tradicional vivo se desvanece. Lo que fue espíritu queda anquilosado en una fórmula.

Si en España no se conoce ya nuestra cuelga venezolana, sí se usa *cuelga* en otra acepción. *Cuelgas* son los racimos de uvas o las panojas de peras, manzanas u otras frutas que se cuelgan en las casas para conservarlas durante el invierno (y hasta hay *cuelgas de chorizos*). Julio Calcaño creía que de ellas venía la *cuelga* del día del santo. Pero no parece que se usasen para regalar a nadie el día de su onomástico, y la vieja explicación de Covarrubias, la *cuelga* aplicada primero a la cadena de oro o cinta, con medalla, escapulario o joya, que se colgaba del cuello —regalo habitual— y luego extendida a cualquier regalo, parece enteramente convincente.

Fruta de cuelga se dice todavía hoy en España, y con intención macabra lo usó uno de los personajes de Galdós representativos del Terror de 1824:

—En vez de perder el tiempo descuartizando, buscaremos nueva fruta de cuelga, que no faltará en Madrid.

La nueva *fruta de cuelga* era gente para la horca, terriblemente activa en aquellos días negros. ¿Será pura coincidencia que en gran parte de Venezuela se usara *ahorca* como equivalente de *cuelga*? Sales Pérez, enemigo de las cuelgas, decía: “Antiguamente se llamaron horcas; lo cual comprueba que en todos tiempos estos obsequios han tenido alguna semejanza con el lazo que aprieta la garganta”. En 1883 José D. Medrano nos informa que en Maracaibo se pedía *ahorca* en vez de *cuelga*, y le

parecía desatino que uno mismo quisiera que lo ahorcaran con motivo de celebrar el cumpleaños o el santo. En 1890 Juan Seijas, un venezolano de la emigración que publicó en Buenos Aires un *Diccionario de barbarismos cotidianos*, criticaba el uso de “Deme mi ahorca, que es día de mi santo”, “Me dieron mi ahorca”. Y en 1897 Julio Calcaño señalaba que en su tiempo, aunque era todavía común, iba desapareciendo *ahorca* sustituido por el clásico *cuelga*. Como uso andino lo registraba Gonzalo Picón Febres; y como larense. Silva Uzcátegui. Lisandro Alvarado dice que se pronunciaba *ajorca*, como se pronuncia en gran parte del país *ajorcar* por *ahorcar*, con la vieja *h* aspirada del siglo XVI.

Calcaño creía que esa *ahorca* procedía de *ajorca*, argolla de oro, plata u otro metal que las mujeres llevaban de adorno en las muñecas, brazos o garganta de los pies. Era sobre todo joya de moriscas, y no creemos que haya llegado a América más que como uso literario. Nos parece indudable que *ahorca* ha sido un equivalente humorístico de *cuelga*. ¿No son equivalentes *colgar* y *ahorcar*? Pues *la ahorca* será lo mismo que *la cuelga*. Y lo prueba el hecho de que también se ha dicho *horca*, entre nosotros (lo traía Montesinos en 1918) y en Puerto Rico.

He aquí que un símil de tipo quevedesco ha tenido vitalidad en la expresión venezolana. En el siglo pasado, con una concepción romántica del espíritu colectivo, se hubiera explicado como una creación popular. Hoy se ve en todo uso nuevo una creación individual que se generaliza. Algún Quevedo del pueblo (*pueblo*, en sentido amplio, incluye también a la gente culta) acuñó esa sinonimia. Y a los demás les pareció sugestiva, y la adoptaron y difundieron. Hasta que vino la moderna reacción contra toda clase de horcas y cuelgas. De esa reacción se salvó la *cuelga* venezolana, por fortuna. Si a alguien le han de colgar indefectiblemente, que sea al menos de ese modo.

Galleta

Una de las palabras venezolanas más gráficas y expresivas es *galleta* y sus derivados *galletoso*, *galletero*, *engolletarse*, *engalletador*. Esta *galleta* no tiene nada de alimenticio, por desgracia, porque habría resuelto con creces el problema del pan cotidiano. A cada rato, sobre todo cuando uno lleva más prisa, *se engalleta* el tráfico urbano. En clase es frecuente que *se engalleten* los profesores, y aun mucho más los alumnos. Un asunto sencillo se transforma de pronto en una gran *galleta*, o se pone *galletosísimo*.

La expresión es de uso relativamente reciente en Caracas. Mariano Picón Salas, memoria viva de toda tradición venezolana, nos dice que la oyó por primera vez hacia 1921, en unos debates de la Federación de Estudiantes. Alberto Adriani, exasperado por el lío que se armaba su contrincante, le increpó: “¡Tú tienes una *galleta* en la cabeza!” Desde entonces se usó cada vez más, y en 1936, año de conmoción general, de discusiones políticas, de fervor partidario, cuando volvían del extranjero los desterrados venezolanos, cada uno con sus doctrinas y sus problemas (se les llamó “los aporreados”), la *galleta* se generalizó en el léxico político y estudiantil de todo el país para designar la confusión mental. En el treinta y seis se *armó la gran galleta*.

Sin embargo, ya antes de 1921 la había usado Job Pim en sus *Pitorreos*:

Y lo serio de toda esta historieta
es que se está formando una galleta
tan grande, que a seguir la perorata,
dentro de un mes ni Cristo la desata.

¿De dónde venía una expresión tan afortunada? En el Táchira una de las diversiones estudiantiles más frecuentes, en pensiones y casas de familia, es penetrar en el cuarto del amigo cuando está dormido o ausente, y *hacerle la galleta*, es decir, un nudo o lío con las distintas prendas de vestir: los pantalones con la camisa, la camisa con la franela, los zapatos entre sí o con los flecos de la cobija. Es además broma de bañistas, y como tal se practicaba también en Caracas y el litoral a principios de siglo (hoy parece suplantada por otras travesuras), y se ha señalado también en Colombia, Puerto Rico, Perú, Bolivia y Uruguay. Es evidente que de ahí, de nudo o lío complicado, pasó la galleta metafóricamente al orden mental. El juego de los dos valores es todavía vivo en los versos de Job Pim.

La *galleta* de los bañistas tachirenses es también corriente en Canarias; cuando la víctima intenta deshacer *la gran galleta*, sus buenos amigos le cantan con ensañamiento:

Ruye, ruye la galleta
del capitán Peineta.

Es decir, roe, roe con tus dientes el nudo que te hemos hecho, a ver si lo deshaces. Y es además habitual en pensiones y cuarteles.

Esa *galleta* probablemente sea resto de vieja habla marítima y recuerde los complicados nudos de marinos y pescadores. Por lo menos, en el interior de la Argentina *galleta* es un nudo que se suele hacer en la red. Tito Saubidet registra, además, en el vocabulario gauchesco, *galletas* con el valor de nudos que se forman en las rodillas y cuartillas del caballo viejo o muy trabajado. Y en Bolivia *hacer galletas* es anudar pañuelos.

Galleta también equivale en algunas partes de Venezuela —y en otras regiones hispánicas— a bofetada o puñetazo. Pero en este caso responde a un proceso mental y lingüístico de otro orden, y está emparentado con *dar una torta, una hostia, una piña* (en la Argentina *un bifé*), etc. La auténtica galleta venezolana, en cambio, es de la familia del nudo gordiano. Y la del tránsito de Caracas quizá no la resuelva ni el recurso extremo de Alejandro.

Vitoco

He aquí una palabra que ha nacido en Caracas, y que la generación madura tiene el privilegio de haber visto nacer y haber contribuido a su crecimiento y prosperidad. Los jóvenes quizá no conozcan las circunstancias de su extraña fortuna, y para ellos las recordamos.

Había en Caracas, hace unos veinte y cinco años, un personaje pintoresco llamado Vito Modesto Franklin (Vito, no Víctor). Presumía de hermosura de cuerpo, elegancia de maneras y nobleza de estirpe. Se llamaba a sí mismo Duque de Rocanegras y Príncipe de Austrasia, y decía que su novia era la princesa Piperacina de Midy.

Le preguntaron que por qué Roca Negras, y no Rocas Negras, que era más sonoro. Y contestó que su nombre le venía de un antepasado que había matado muchos moros en una roca: las manchas de sangre se habían ennegrecido con el tiempo, y de ahí el “negras”, pero que la “roca” había sido una sola.

Vito Modesto Franklin era dueño del Teatro Olimpia, y su popularidad nació en el teatro. Cuando llegó la famosa bailarina Carmen Flores, él se sentaba invariablemente en primera fila. Ella le tiraba flores y lo llamaba ¡Vito!

Vito se paseaba por el centro de la ciudad (la esquina de las Gradillas, Torre, Monjas, Principal) vestido de pantalón corto, chaqueta ribeteada de colores vivos (o paltó levita), y con un monóculo que se colgaba al cuello por medio de un cordoncito o cinta del mismo color que el traje. El escenario principal de sus triunfos era la vieja Plaza Bolívar, ágora

de Caracas. La gente lo empezó a llamar Vitoco. Tuvo su áurea grandeza, con su nimbo de leyenda. Y una dramática decadencia: un día se fracturó una pierna —dizque tratando de inventar la máquina del movimiento continuo—, y en el hospital, ¡ay!, naufragó para siempre su ostentosa elegancia.

Era tal la popularidad de este personaje, que cuando alguien presumía de algo o se engreía por cualquier razón, le decían: “Eres un Vitoco”, “No seas Vitoco”. De ahí surgió *vitoquearse*, o parecerse a Vitoco, que pronto, con el prestigio de lo caraqueño, se extendió por todo el país: “Está vitoqueado porque le han dicho que es inteligente”, “Está vitoqueadísima porque se cree bella”. Y hasta se puede *vitoquear* al prójimo: “Estoy vitoqueando al ministro, a ver si me da una embajada”. Vito Modesto Franklin es así el creador del vitoquismo nacional.

Pero ¿cómo Vito se transformó en Vitoco? Un derivado normal hubiera sido Vitico o Vituco, pero no Vitoco (no hay en castellano un sufijo *-oco*). La lengua no procede caprichosamente, o, mejor dicho, también los “caprichos” de la lengua, como los caprichos en general, tienen su explicación. Para que Vito se haya transformado en Vitoco tiene que entrar en juego otra palabra, lo que se llama en lingüística “un cruce”. Esa otra palabra es sin duda *pitoco*, que existe tradicionalmente en gran parte del país para el muchacho lindo o bien arreglado (tenemos noticias de Zaraza, Valera y diversas regiones de los Andes). Y se usa también en femenino: “Tengo una pitoca” (o “una pitoquita”), por ejemplo, en Boconó. Y hasta nos dicen que en Aragua de Barcelona, Pitoco ha sido apodo aplicado a varias personas mucho antes de la época de Vito Modesto Franklin.

Luis Arturo Domínguez ha recogido además el siguiente polo coriano:

Las muchachitas de ahora
no saben pelar un coco.

Pero sí saben decir:
«Allá viene mi pitoco.»

Ese *pitoco* está emparentado, sin duda, en su lejano origen, con el *pituco* o *niño bien* de Buenos Aires. Pero nos dicen que no se conocía en Caracas, donde los *pitoquitos* se han generalizado últimamente gracias a la radio y al Tío Nicolás. Hay que suponer entonces que han sido los provincianos de Caracas, familiarizados con *pitoco* y más sensibles al dandismo de Vito Modesto Franklin, los que, jugando con su nombre, lo rebautizaron como Vitoco.

Pero queda aún otro problema. ¿Cómo se explica el triunfo arrollador de la expresión? ¿Puede atribuirse únicamente al éxito de Vito Modesto Franklin y al poder expansivo del humorismo caraqueño? Me parece que hay que tomar en cuenta un factor importante: la palabra Vitoco se ha superpuesto a otra más antigua, que se sentía como emparentada con ella. *Vitola* designa precisamente la apariencia personal, casi siempre engañosa: “Espéreme un momentico, que me estoy arreglando la vitola”; “No es que sea muy bonita, ¡pero tiene un vitolón!” Y *darse vitola*, algo así como darse postín, se parece bastante a *vitoquearse*: “¡Se da más vitola porque compró un carro!” Y es curioso señalar que una voz parecida, *bitongo*, tiene bastante difusión hispánica: En Madrid, *niña bitonga* es la mujer que presume de niña o la niña que presume de mujer. Pedro Salinas, en la descripción de un teatro lírico, alude al resentimiento del público de las butacas contra “los niños bitongos de los palcos”. En las Antillas el *niño bitongo* es el mimado o consentido, y en México y la costa caribe de América Central el que afecta simpleza.

Así, pues, de Vito se hizo Vitoco probablemente por influencia de *pitoco*, y el éxito fulgurante del vitoquismo se inscribe en la amplia tradición hispánica de la vitola. Nada se crea de la nada. También en materia lingüística, crear es recrear.

¿Familiares o parientes?

Al Dr. Juan José Mendoza, enemigo encarnizado de los *familiares*, con todo respeto.

¿Será incorrecto usar *familiares*, y habrá que conformarse con *parientes* o *deudos*? Me parece que hay ahí un problema, y conviene afrontarlo con calma. El Diccionario de la Academia registra los siguientes usos de *familiar* como sustantivo:

6.—El que tiene trato frecuente y de confianza con uno. 7.—Criado, sirviente. 8.—Eclesiástico o paje dependiente y comensal de un obispo. 9.—Ministro de la Inquisición, que asistía a las prisiones y otros encargos. 10.—Criado que tienen los colegios para servir a la comunidad, y no a los colegiales en particular. 11.—En la orden militar de Alcántara, el que por afecto y devoción era admitido en ella, ofreciendo gratuitamente, para de presente o futuro, el todo o parte de sus bienes. 12.—El que tomaba la insignia o hábito de una religión, como los hermanos de la Orden Tercera. 13.—Demonio que se supone tener trato con una persona, y acompañarla y servirla. 14.—Coche de muchos asientos.

He aquí nueve usos de *familiar* perfectamente académicos, pero hoy casi desconocidos para la gente. ¿Serán más legítimos que el de ‘miembro de la familia’, solo porque este no figura en el Diccionario? Los puristas, para los cuales la única autoridad en materia idiomática es la Academia, han derramado contra él ríos de tinta (no podían derramarlos de sangre). Y hasta la Academia Argentina de Letras, por lo común muy tolerante, lo tachó de impropio, afectado y de mal gusto. Aun a riesgo de desagradar a tan poderosos mantenedores, trataré de defenderlo.

Ante todo, ¿cómo se explican esos nueve usos académicos? Ahí está el quid de la cuestión, y creo que no se ha atendido suficientemente a ello. *Familia* es una palabra de origen culto, un latinismo del lenguaje jurídico, y en latín se formó sobre *famulus*, servidor o criado. *Familia* era en latín el conjunto de esclavos o servidores que vivían bajo el mismo techo, y más tarde llegó a designar la casa entera (el señor, con la mujer, los hijos y servidores que estaban bajo su potestad). En la lengua del Derecho nunca llegó a ser un equivalente de *gens*. Por eso el sustantivo *familiaris* era en latín el servidor, el doméstico, el esclavo (por extensión también el amigo). A través de la lengua del derecho, y del derecho canónico, penetraron en castellano esas acepciones, y aun se desarrollaron otras conexas. El *familiar* era, cuanto más, el allegado de la casa, el paniaguado.

Las *Partidas* de Alfonso el Sabio, que tuvieron validez en América hasta los comienzos de la emancipación, explicaban lo que era la familia:

Por esta palabra *familia* se entiende el señor de ella, e su mu-
ger, e todos los que viven so él, sobre quien ha mandamiento,
assí como los fijos e los sirvientes e los otros criados, ca *familia* es
dicha aquella en que viven más de dos homes al mandamiento
del señor.

Todavía en el siglo XVIII el Diccionario de Autoridades decía de *familia*: “Se toma muy comúnmente por el número de los criados de alguno, aunque no vivan dentro de su casa”. La misma *familia real* incluía a todas las personas que vivían al cuidado del rey (la reina, el príncipe y los infantes), con “el agregado de todos los criados y domésticos del Rey, en que entran las cuatro clases de Casa, Capilla, *Cámara* y Caballeriza, con sus jefes”.

¿Queda algo de todos esos usos? Creo que solo el recuerdo. El valor jurídico y social de la familia es hoy muy distinto. Ya no incluye a los criados, que empezaron siendo lo esencial. Si ha cambiado tan

radicalmente el sentido de *familia*, ¿no es natural que cambie también el de *familiar*?

Familiar es un adjetivo formado sobre *familia*, y se aplica a lo que pertenece o corresponde a la familia. Nada más natural en la lengua que sustantivar un adjetivo, y por ese procedimiento surgieron las acepciones latinas y esas nueve que recoge la Academia. Pero del mismo modo nacieron, desde el siglo XVIII al menos, en España y América, los *familiares* o miembros de la familia. ¿Y puede ser hoy más legítimo llamar *familiar* al paje de un obispo o al Ministro de la Inquisición que a un miembro de la familia?

Ya veo escandalizada a toda la legión de puristas, y no tengo más remedio que buscar protección. Voy a escudarme detrás de las amplias espaldas de don Julio Casares, secretario de la Real Academia Española. Don Julio Casares es un académico amplio y comprensivo, tres cosas que no son de ningún modo incompatibles. En *Cosas de lenguaje* (Madrid, 1943, págs. 295-298), defiende las siguientes frases: “El dueño del vehículo y dos familiares que lo acompañaban resultaron con leves contusiones”; “La señora no estaba en casa, pero uno de los familiares me firmó el recibí”. Y agrega que la Academia misma admitía ese uso desde 1791 hasta 1914: “*Familiar*. Cualquiera persona de la familia que vive bajo la patria potestad del padre de familias; y más señaladamente criado o sirviente”. Y lo apoya además con la autoridad de Diego de Torres Villarroel, del siglo XVIII: en sus *Conversaciones*, un ermitaño se negaba a salir de su vivo sepulcro, porque su vuelta al mundo iba a ser “causa y origen de infinitos pleitos y desazones entre sus familiares”.

Todavía, en busca de apoyo, citaré dos frases que Avelino Herrero Mayor considera “incorrectas”. Una de Azorín, tan fino y severo en materia de lenguaje:

el compañero ve reflejada la verdad en los rostros de los familiares, que no tienen que guardar miramientos y expresan, con su esquivéz, lo que ocurre en el seno de la familia.

La otra de Gregorio Marañón, muy discutido como político (¿quién no?), y aun como psiquiatra, sobre todo en sus diagnósticos retrospectivos de viejas figuras históricas y literarias, pero indiscutible como prosista:

Yo lo he presenciado en algunas ocasiones; y debo decir que los familiares de la víctima del doctor incompetente fueron tan nobles, que, de haber podido castigar a uno de los dos, hubiera caído la sanción sobre el que tuvo la poca caridad de revelar el error funesto.

Y por mi parte quisiera agregar otra, de uno de los mejores escritores de nuestra lengua. Cuenta Rosa Chacel, en uno de sus relatos de *Sobre el piélagos*:

Una noche, en la capital de mi provincia, volviendo del parque hacia casa, iba, siendo yo muy pequeño, con dos o tres personas mayores, familiares míos, y cruzábamos una plaza donde había una estatua rodeada por un jardinillo con verja.

Además, la nueva significación de *familiares* ¿se cubre exactamente con *parientes* o *deudos*? Parece que no. *Deudos*, a fuerza de aparecer en esquelas necrológicas, tiene otras resonancias. Cuando nos envían “saludos a los familiares”, ¿hemos de transmitirlos a todos los parientes, o solo a los que viven con nosotros? Cuando leemos: “Le rodeaban en su lecho de muerte todos los familiares”, ¿no es evidente que no se alude a todos los parientes por consanguinidad y afinidad? Aun en los casos en que *familiares* coincide conceptualmente con los *parientes* o con la *parentela*, evoca algo distinto: la unidad de la familia. La palabra podrá gustar o no, según la sensibilidad de cada uno, y nadie estará obligado a usarla si no le gusta —la lengua ofrece siempre una multitud de modos expresivos—, pero no creo que se pueda tachar de incorrecta.

En cambio, sí me parece incorrecto un empleo de *familia* muy generalizado en Venezuela: “El señor es familia del ministro”. Más conveniente es ser *de la familia*. Se conserva además, como tradición llanera, otro uso de *familiar*. Al fundarse un ható se acostumbraba enterrar entre los *tranqueros* del primer corral un animal vivo. Evaristo Luzardo —el de *Doña Bárbara*— había enterrado a la entrada de Altamira un toro araguato. El espíritu del animal prisionero —el familiar— velaba por los dueños, y sus apariciones se consideraban como augurios de sucesos venturosos.

El lenguaje es cosa viva. Han desaparecido por fortuna los familiares del Santo Oficio. Ya nadie tiene su demonio familiar, y no llamamos *familiares* a ninguna clase de coches. La familia es hoy una entidad jurídica y social distinta de lo que fue en siglos pasados. ¿Podrá haber algún inconveniente para que al nuevo concepto de familia responda un nuevo uso de *familiar*? Yo creo que no, y así lo considera hoy el habla de mucha gente culta en todas las regiones hispánicas. El que la Academia no lo registre es una deficiencia de la Academia. Como es inteligente, la subsanará algún día.

Manguareo

Una palabra típica de Venezuela —no se encuentra en ningún otro país, que sepamos— es *manguarear*, y su derivado *manguareo*. Pero no nos envanezcamos: si el verbo es venezolano, la acción (¿es realmente acción el manguareo?) es universal. O por lo menos muy hispánica, y sin duda se remonta a los tiempos gloriosos de la picaresca, y aún más lejos, a los del harén y del muecín, que fueron evidentemente la edad de oro del manguareo.

La palabra tradicional, todavía usada en el país, es *mangonear*, que era manejar algo con disimulo o malas mañas, y también, como en España, zanganear, perder el tiempo, andar vagueando sin saber qué hacerse: “Fulano está mangoneando”. Ese *mangonear* es un derivado de *mangón*, holgazán, remolón, emparentado con *mangante*, sablista, vago, persona sin escrúpulos. *Mangante* y *mangón* proceden de *mangar*, robar, pordio-sear, voz muy usada en el argot español, y también en el habla popular y familiar de España.

De ese *mangar* se formó *mangancia*, muy conocido en la Península, y de ahí en gran parte de América *manganzón*, que entre nosotros ya registraba “El Monitor Industrial” de Caracas, el 20 de junio de 1859, con el valor de flojo, perezoso, ocioso; el Gran Manganzón llamaban los estudiantes una enorme estatua de Guzmán Blanco que se elevaba en la cumbre del Calvario (la derribaron en 1889). Tenemos, pues, *mangonear*, *mangoneo* y *manganzón*, hermosa familia de palabras. ¿Cómo se desprende de ella *manguarear*, su digno vástago?

Muy sencillamente, me parece. Sobre *mangonear* se formó humorísticamente *manguarear*, por influencia, o injerto, de *guarear*, voz muy venezolana que designa los balbuceos de los niños: “Tiene dos meses y ya está guareando”. Ese *guarear* es un derivado de *guaro*, nombre de un tipo de loro muy locuaz. Tanto, que se aplica también al charlatán: “El guaro ese que se calle”. Así, pues, *manguarear* es *mangonear* guareando, es decir, pasarse el tiempo sin hacer nada y charlotteando como un loro.

Este sentido nuevo todavía se percibe claramente en *Puros hombres*, la áspera novela de Antonio Arráiz. El cabo de presos le dice a Pepito: “En las horas de servicio no me estáis *manguareando* por ahí, sino que te estáis aquí, al lado del buzón, a lo que se presente”. Es decir, *manguarear* era andar por ahí charlando, pero no lo era quedarse inactivo junto al buzón del calabozo. Hoy hasta se puede ya *manguarear* en silencio.

Mangar y *mangonear*, por su especial significación, se prestan para una serie de transformaciones de tipo expresivo, ya desde los orígenes¹.

[1]_ Sí *mangar* es —como sostienen Max Leopold Wagner y Carlos Clavería— de origen gitano, ha sufrido sin duda la influencia de *manga*, al menos en algunas de sus significaciones (ya Américo Castro y Leo Spitzer han estudiado *manga* con el valor de trampa o negocio turbio, en el período clásico). Y sin duda también ha influido en el desarrollo el viejo *magancés* de Cervantes, etc., que alude al traidor Galalón, de Maganza o Maguncia (*magacería* trae Lope de Vega). Y probablemente también *vagancia* (*magancia* o *magantería* se dice en Murcia, *magancia* en Chile, *maganza* en Colombia y Ecuador, *magancear* en Colombia y Chile). Otras asociaciones ofrecen *manguillón* o *manguán* de Asturias (*mangallón* y *manguán* dicen en el castellano de Galicia), *mangarrán*, haragán, charlatán, de Navarra (*manguada* o *manguara* es trampa, artimaña o jugarreta, y *mangutero* el embustero), *mangarza*, vagancia, en Salamanca (también *mangajón*, andrajoso, que en el Ecuador es *mangacho*) y *mangajo*, badulaque, en el Perú. *Mangonear*, que aparece ya en el Cancionero de Baena, se encuentra en Moratín; en Colombia usan también *hacer manga*, y en Guatemala y Uruguay *mangonear*, que es robar; en Puerto Rico *manguear* (y su derivado *mangueo*), que en la Argentina y Chile es guiar o atraer con cautela el ganado o un animal (de *manga* de ganado). Moratín usó también *maniganza*, manejo oculto, del francés *manigance*, que se encuentra ya en Calvino. Todavía el *manguarear* de Venezuela se ha hecho en Lara, Portuguesa y

De todos modos, nuestro *manguarear* parece formación relativamente reciente. No se encuentra en los vocabularios de Rivodó, Medrano, Calcaño, Lisandro Alvarado, Gonzalo Picón Febres, Emilio Constantino Guerrero, Job Pim. Los novelistas, como es habitual, han sido más diligentes: lo recoge Rómulo Gallegos en *El forastero* (“Yo lo que he hecho es manguarí siempre”, “Ya me había acostumbrado al manguareíto”) y en *Doña Bárbara* (“gente manguareadora”); luego Agustín García en *Farallón*, y Antonio Arráiz en *Puros hombres*.

Job Pim, en un artículo humorístico sobre “Trabajo y manguareo en el alfabeto” (“El Herald”, 23 de junio de 1933), dice que a la *x* le gusta manguarear, porque en palabras como *lección*, *acceso*, *occidente*, en que debía usarse por razón del sonido (así lo creía él), “le deja su tarea a la pobre *c*, que para desempeñarla tiene que doblarse”. Pero fue Rómulo Gallegos el que le dio magnitud nacional cuando la convirtió ilusoriamente, en consigna de su presidencia: “¡Que se acabe el mangüareo!”.

los Andes *mangüerear* (como *aguaitar* se hace *agüear*, etc.) y luego *mangülear* (por lo menos en Lara y Portuguesa), que Silva Uzcátegui explica por influencia de Vicente Amengual, nombre de un político de gran habilidad en las situaciones difíciles. Sobre la etimología de estas voces véase ahora el *Diccionario* de Corominas.

¿Dilatar o tardar?

Me preguntan si se puede usar *dilatar* o *dilatarse* en vez de *tardar*: “El autobús se dilata un horror”, “Vaya corriendo y no se dilate”, “El almuerzo no está todavía; se dilatará una media hora”, “Ve y no dilates”, “No dilata el doctor”, etc. Cuando preguntamos por alguien en su oficina a las nueve de la mañana, es seguro que nos dirán: “No dilata”, aunque luego tarde dos horas en llegar.

El si se puede usar de la pregunta me recuerda una historieta. Un pordiosero se quedó dormido en el banco de una plaza. El guardián se le acercó, le sacudió fuertemente y le dijo: “Aquí no se puede dormir”. Resignado, y no de muy buen humor, se marchó, y al rato se acostó en otro banco. Volvió el guardián, lo despertó de nuevo, y le dijo, más enérgico: “¡Aquí no se puede dormir!” El pordiosero lo miró, y se marchó. Poco después el guardián lo encontró dormido en otro banco, y ya con violencia le gritó: “¿No le he dicho que aquí no se puede dormir?” El pordiosero lo miró con rencor, y le contestó: “¡Estoy pudiendo! Lo que pasa es que usted no me deja”. Los puristas de la lengua son un poco como los guardianes de la plaza.

¿No se podrá usar realmente en el habla culta ese *dilatar* o *dilatarse*? En primer lugar, es general entre nosotros, en todas las clases sociales: “Te dilataste mucho”, dice un personaje de *Peonía*, y “Ya no dilata” otro de *El sargento Felipe*, las dos novelas inaugurales del criollismo venezolano. Se encuentra en todos los autores, pero solo me detendré en un pasaje de *La casa de los Ábila* de Pocaterra, por lo común amargo

y pesimista. Juan de Ábila, que había roto con su ejemplar familia y estaba arruinado, quiere terminar los amores con Cecilia, para no arrastrarla en su pobreza, y marcharse al campo a trabajar la tierra. Inventa pretextos, pero ella le obliga a hacer confesión plenaria, y después de una escena tierna le dice:

—Vete, hombre, lucha, trabaja años, siglos, ¡lo que tú quieras!
 Cuando regreses, más rico que Iraburo, o más pobre que Nuestro Señor Jesucristo, aquí estaré esperándote.

Y echándose a reír, en la loca travesura de sentirse feliz:

—Pero no te *dilates* mucho, para que no me encuentres vieja.

El mismo uso se da en gran parte de América (Colombia, Costa Rica, Guatemala, México, Puerto Rico, Santo Domingo, Ecuador, Chile y partes del Perú y la Argentina). Valle Inclán, que remeda el habla hispanoamericana en su *Tirano Banderas*, lo pone en boca de sus personajes. Y en todos los países está documentado como uso tradicional. García Icazbalceta lo ha señalado en *El periquillo sarniento*, la primera novela americana. En Venezuela se encuentra en toda la correspondencia de Bolívar, casi desde sus primeras cartas. Y aquí detengámonos un poco, y distingamos tres modalidades:

1) *Dilatar* como transitivo, con complemento directo. El 9 de junio de 1820 escribe a Soublotte: “Nada es más fácil que dilatar las cosas”. Es decir, retrasar, dar largas.

2) *Dilatarse*, el uso reflexivo. El 11 de enero de 1820 escribe a Santander: “El general Sucre está encargado por mí para llevar el armamento a la Nueva Granada, y todas las medidas están tomadas para que no se dilate en ninguna parte por ningún accidente”. Es decir, para que no se detenga, o no lo detengan, más de lo preciso.

3) *Dilatar* sin complemento, como intransitivo. El 16 de julio de 1828 escribe a José Antonio Álamo, desde Bogotá: “Me es muy sensible

saber que usted no recibe mis cartas; yo las he contestado siempre, y si alguna vez he dilatado o dejado de hacerlo es porque mis ocupaciones se aumentan cada día”. *Dilatado* es aquí sencillamente tardado.

Esos usos tienen noble tradición castellana y se pueden documentar (en gran parte ya lo ha hecho Cuervo en su monumental *Diccionario de construcción y régimen*) con centenares de pasajes de los mejores escritores españoles, desde el período clásico hasta el siglo XVIII. Nos limitaremos a dar unos pocos ejemplos, paralelos a los tres de Bolívar:

1) Quevedo nos dice en su *Doctrina estoica*: “No dilates el poner en ejecución los preceptos que encaminan a la virtud, porque, cuanto lo difieres, dejas de ser hombre”.

2) En un romance español, al parecer del siglo XVII (Rivadeneira, XVI, 381 a), leemos:

Don Pablo, muy diligente,
vino sin más dilatarse,
que al llamado de su dama
no convenía el tardarse.

También en el XVII el Maestro Correas recogía el siguiente refrán: “Lo que se dilata no se pierde... si al fin viene”.

El mismo uso se encuentra en Moratín, y aun, a principios del XIX, en Quintana, en su historia de El Gran Capitán. Al describir las campañas de Italia, presenta a Gonzalo Fernández de Córdoba frente a la plaza fuerte de Rubo, defendida por el comandante francés Paliza —así lo llama—, y dice: “Duró el combate siete horas, y todavía se dilatara, si Paliza, herido, no hubiera tenido que retirarse”.

3) En el siglo XVI escribe el Padre Ribadeneira: “Cuando Dios dilata y no da luego lo que le suplicamos, no es para negar sus dones, sino para que se estimen”. Es uso más viejo, y Cuervo lo documenta en la

Crónica de Juan II, del siglo XV: “El Santo Padre dilataba, e non quería claramente responder”.

Sin duda es este tercer uso el que hoy choca más a los españoles que llegan a Venezuela o a México, pero ya se ve que es perfectamente castellano. Si en España está olvidado, no parece que por ello se pueda considerar incorrecto. Es posible que la lengua literaria termine también en América por abandonarlo, porque hay una evidente nivelación en el uso de los mejores escritores. Pero de todos modos debe considerarse hoy irreprochable.

Dilatar entró en castellano como un latinismo de la Física o de la Medicina: “Los cuerpos se dilatan por el calor”, “El estómago se dilata en determinadas circunstancias”. Luego vino el *dilatarse* en un discurso, en un relato. De la expresión del espacio se pasa normalmente —lo ha analizado con su finura habitual Bergson— a la del tiempo: piénsese en el castellano *despacio*, que era *de espacio*. De *dilatarse* en un discurso a *dilatarse* simplemente en cualquier actividad, o en la simulación de una actividad, no hay mucha distancia, aunque en eso de dilatarse nunca las distancias han sido un obstáculo.

En otras partes de América (la Argentina, el Perú, etc.), y también en Venezuela, se usa un equivalente que algunos autores consideran más correcto: *demorar*, *demorarse*. Se oye así: “Se demoró el autobús”, “No se demore”. Este uso no es realmente mejor que el de *dilatar* o *dilatarse*, y en España se siente igualmente como americano. Demorar era *morar* dilatadamente en algún sitio. Las leyes de Indias establecían que nadie podía *demorar* en los pueblos de indios por donde hiciese su viaje más que el día de llegada y el siguiente. De ahí pasó a ser un equivalente de dilatarse o aplazar: “Demoró el regreso”, “Se demoró la llegada”. Aunque se encuentra a veces en autores españoles (“¡Parte sin demora y entrégale esta carta!”, en Fernán Caballero), tiene menos tradición literaria que nuestro *dilatar*.

He aquí que disponemos para la dilación o tardanza por lo menos de tres verbos, a gusto del consumidor: *tardar*, *dilatar*, *demorar*. La lengua tiene además, para usos diversos, *diferir*, *retrasar*, *atrasar*, *aplazar*, *suspender*, *postergar*, etc. Una verdadera superproducción. Estamos en la auténtica tradición española. El “Vuelva usted mañana” de Larra ha arraigado profundamente en todas las regiones hispanoamericanas. En los más diversos órdenes de la actividad hay estrategias (o estrategos) de la dilación y del carpetazo. La idea de que el tiempo por sí solo resuelve muchos problemas —en rigor los resuelve todos— tiene decididos prosélitos. El “time is money” solo puede ser angloamericano. La tradición hispanoamericana es más bien pasar el rato, matar el tiempo. ¿No indica esa profusión de términos cierto virtuosismo, o “viciosismo”, hispanoamericano de la dilación?

Cundeamor

¿Es *cundeamor* o *cundiamor*? En mi opinión, *cundeamor*, con e. El Diccionario de la Academia trae *cundiamor*, como venezolanismo, pero ello solo significa que el corresponsal venezolano de la Academia lo escribía así. Con *i* se encuentra efectivamente en una serie de autores. Pero nos parece más general *cundeamor*, como escriben Rómulo Gallegos, Urbaneja Achelpohl, Pittier, Lisandro Alvarado, Agustín García, Vicente Emilio Sojo, Antonia Palacios y muchos otros.

Contra lo que se cree, el nombre de *cundeamor* (*Momordica Charantia* L., dicen los botánicos) no es exclusivo de Venezuela. Se encuentra en toda la región del Caribe: en Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, América Central (Guatemala, Honduras y Nicaragua, por lo menos) y parte de México (Tabasco, Campeche, Chiapas, Yucatán). La planta es americana, y fuera de estas regiones se llama *balsamina*. En Venezuela *cundeamor* es además una variedad de cacao.

Si el nombre fuese indígena, podría defenderse la grafía *cundiamor*. Pero en realidad es una formación hispánica: *cunde* (del verbo *cundir*) + *amor*, es decir, un compuesto normal de verbo y sustantivo. El verbo *cundir* es popularísimo en Venezuela, y creo que en toda la región del Caribe: “el conuco estaba cundió e’ monte”, en *Farallón*; “Primo Juancho..., tan *cundido* de conocimientos”, mientras Vicente Cochocho “debía tener la cabeza *cundida*” precisamente de cochochos, en *Mamá Blanca*. El nombre de *cundeamor* no es realmente extraño. De manera análoga, una gramínea de Andalucía se llama *la cundidora*, y en gran

parte de España el cadillo, una umbelífera de fruto espinoso y flor roja, se llama *amor*. En la denominación de plantas y flores la sensibilidad popular se eleva a cada instante a alturas poéticas.

Creo que la forma *cundiamor*, con *i*, reproduce una pronunciación vulgar, y se debe a la tendencia popular castellana a unir siempre en diptongo dos vocales en contacto, cualesquiera que sean (*rial* por *real*; *peliar* por *pelear*; *rializamos* por *realizamos*, etc.). Todavía podría alegarse en su apoyo un hecho: los seis compuestos de *batir* + sustantivo que trae la Academia (*batihoja*, *batifulla*, *baticabeza*, *baticola*, *baticor* y uno del que no puedo ni quiero acordarme) se hacen con la forma verbal en *-í*, como *cundiamor*. Pero todos los demás compuestos de este tipo mantienen intacta la forma verbal: *rompeolas*, *metemuertos*, *torcecuello*, etc. (de verbos en *-er*), *abrelatas*, *abrejo* (que ha dado *abrojo*), *cubrecorsé*, etc. (de verbos en *-ir*). Solo los compuestos de *batir* autorizarían una forma como *cundiamor*. Todos los demás compuestos de verbos de las tres conjugaciones, que suman muchos centenares, votan decididamente a favor de *cundeamor*.

El cundeamor ha tenido éxito evidente en la poesía popular, a lo que ha contribuido, sin duda, el poder sugestivo del nombre. Urbaneja Achelpohl, que lo usa a cada instante, recoge la siguiente copla:

Floreciendo el cundeamor,
llegaron, ¡ay!, los turpiales
a cantar en los maizales
la venida del amor.

Y en Caracas se canta esta otra, que alude a sus virtudes curativas:

Cuando el pato venga
con el cundeamor,
ya yo me habré muerto
de tanto dolor.

Rómulo Gallegos, en *Reinaldo Solar*, la novela de sus mocedades, reaccionó un poco contra los cundeamores literarios. Al señalar la falta de una auténtica literatura nacional, caracterizaba así la novela de aquel tiempo: “unas cuantas plantas tropicales, hábilmente barajadas con la psicología nunca hecha de tipos característicos: cundeamores y bucares suplen la falta de alma nacional”.

Aludía sin duda a los cundeamores de Urbaneja Achelpohl y a los bucares de Díaz Rodríguez. Pero tampoco él pudo eludir del todo la sugestión de los cundeamores, de flores amarillas, frutas anaranjadas y semillas rojas: Doña Nico —en *Cantaclaro*— relataba los cuentos de Blanca Nieves a “las indiecitas de ojos brillantes y labios carnosos, como cundeamores abiertos”.

Excitar

En nuestra flamante Ciudad Universitaria vemos grandes carteles con el siguiente texto: “Se excita a los estudiantes a inscribirse en los equipos de la Universidad”. ¿Está bien *excitar* a los estudiantes, tan excitables de suyo, aunque solo sea para una inocente actividad deportiva?

Ese uso de *excitar* con el valor de ‘instar’ o ‘invitar’ no es nuevo en Venezuela. En el viejo edificio universitario de San Francisco, lleno de entrañables recuerdos, era también frecuente: “Se excita al estudiantado...” Igualmente en el Instituto Pedagógico Nacional: “Se excita a los alumnos para que retiren su correspondencia.” Y en una biblioteca: “Se excita al público a guardar silencio”. Estamos, pues, ante un uso de los sectores cultos, y conviene detenerse en él.

En primer lugar, no es privativo de Venezuela. Nada menos que en el Congreso de las Academias de la Lengua celebrado en México en abril y mayo de 1951, la delegación de la Academia Colombiana presentó la siguiente proposición: “Excitar a todas las Academias de la Lengua para que asuman una actitud de persuasión y de vigilante estímulo, encaminada a lograr que la importancia de las humanidades sea plenamente reconocida”. Desde luego, nos parece mejor excitar a las Academias que a los estudiantes.

Y eso no es todo. En el mismo Congreso, la Academia Costarricense presentó otra proposición: “Excitar respetuosamente, por medio de las distintas Academias, además de hacerlo en particular este Congreso, a los gobiernos de España, de Hispanoamérica y de Filipinas, a fin de que

estudien, en sus sistemas tributarios, la forma de dotar de rentas, para los fines supradichos, a tales corporaciones”. El estilo, como se ve, es perfectamente académico.

¿Será realmente incorrecto ese *excitar*? Según lo que se entienda por incorrecto. Es indudable que cabe en la definición académica: “*Excitar*. Mover, estimular, provocar, inspirar algún sentimiento, pasión o movimiento”. Pero es indudable también que esta definición es demasiado amplia, y no responde a los usos actuales de nuestra lengua. Mover el ánimo, estimularlo, excitarlo y provocar son actos enteramente distintos, y cada uno tiene sus propias formas expresivas. Los usos de *excitar* que hemos señalado chocan hoy a cualquier español y a la mayoría de los hispanoamericanos, que usarían en esos casos *se insta, se recomienda, se exhorta, se invita, se ruega*, etc. La *excitación* se reserva para otras circunstancias: “No hay que excitar a los niños antes de acostarlos”, etc. Hasta hay *excitadores* en Física y Terapéutica (un “excitador de puntas múltiples”, un “excitador de bola”, etcétera), y aun una máquina *excitatriz* de Gramme. ¿De dónde ha venido entonces eso de *excitar* a los estudiantes y a las Academias?

Ha venido de España, donde era frecuente en el siglo pasado. En una de sus novelas, *De tal palo tal astilla*, dice Pereda: “A falta de palabras, con señas expresivas excitaba el hombre del farol al caballero a que le siguiera a buen andar”. Una serie de diccionarios castellanos dan todavía *excitar* como equivalente de mover o estimular. Y el de Roque Barcia, en 1881, hace las siguientes distinciones: “Incitamos a uno para que pelee; le excitamos para que emprenda. La incitación es agresiva; la excitación es animosa. El general incita a sus soldados; los padres excitan a sus hijos. En una palabra, quien incita provoca; quien excita alienta”. Y luego agrega: “*Excitar* envuelve la idea de estímulo, de aliento, de impulso; incitar, la de provocación; concitar, la de sedición o tumulto. Excitamos al hombre modesto, al apocado, al perezoso. Incitamos al tímido,

concitamos al amotinado. Se excita a un amigo para que hable en una junta, en una academia, en un congreso. Se incita a la pelea. Se concita a la revolución. Excitar es muy noble. Incitar es muy comprometido. Concitar es muy peligroso. Excita el amigo. Incita el compañero, el vecino, quizás la mujer. Concita el jefe”. He aquí consagrados los usos de *excitar* que hemos visto en Venezuela.

Barcia se detiene además en otros usos (*excitar* los sentimientos, las ideas, la curiosidad, el interés, etc.) y analiza las diferencias entre *excitar* y *mover*. Pero ahí estamos en terreno común a todas las regiones hispánicas, y no hay problema. *Excitar* tenía evidentemente en el siglo XIX un uso más amplio que hoy. Con el valor de estimular o incitar se encuentra en toda la literatura política de la emancipación (por ejemplo, en el Congreso de Cúcuta, el 15 de mayo de 1821; a cada paso en la *Historia* de González Guinán) y muchas veces en la correspondencia de Bolívar. Y para que se vea el camino que va de ayer a hoy, detengámonos en una carta del 22 de abril de 1830 que dirigió al parecer al general Briceño Méndez, comandante general de Cundinamarca. Entre las instrucciones que le trasmite, figura la siguiente: “Que se dé una proclama excitando a la quietud pública; o si no, que se mande a todas las autoridades que velen sobre ella”. Hoy parece paradójico, o ambiguo, eso de “excitar a la quietud pública”.

Esos usos responden además a la más perfecta tradición latina. El latín *excito* (de *ex* + *cieo*) es llamar afuera, despertar, animar, estimular, inflamar: *afflictos excitare* en Cicerón era animar a los afligidos, a los abatidos, y *excitare memoriam*, despertar un recuerdo. El francés ha tenido también esos usos. En Racine se encuentra “exciter la langueur”, excitar la languidez, que hoy parece tan extraño como el uso de Bolívar. Y todavía puede decirse: “Exciter quelqu’un au travail”, “Le bon exemple excite”. ¿Puede considerarse incorrecto un uso venezolano que se ha dado en España en el siglo XIX y que responde a la tradición latina?

Indudablemente no. España es la que se ha desviado de la tradición. ¿Habría que llamar entonces al orden a los españoles?

¡Oh, no! La lengua evoluciona, en América y en España. Si cada región desarrollara sus usos divergentes, terminaríamos por hablar veinte lenguas distintas, perspectiva nada halagüeña. Por fortuna, la comunicación entre todas las regiones del mundo hispánico, la comunidad de su vida literaria y poética, aseguran la unidad de lengua, mayor hoy, a pesar de todas las contingencias, que hace cuarenta o cincuenta años. Esa unidad no puede asentarse sobre la base del habla familiar, que tiene sus privilegios y tiene que estar llena de color (y sabor) local. Debe asentarse en el habla literaria y culta. Y ahí está la cuestión. *Excitar* es voz culta. En la lengua general ha restringido su esfera significativa y tiene resonancias puramente sensoriales (excitar los nervios, excitar los sentidos). Hoy más bien *se excitan* las malas pasiones que las buenas. Algunos de sus valores tradicionales han caído en la órbita de otros verbos: *instar*, *invitar*, *exhortar*, etc. La mayoría del mundo hispánico rechaza ya ese uso de “excitar a los estudiantes a inscribirse... Parece bueno inclinarse ante el imperativo superior de unidad de lengua culta.

Patiquín

He aquí una palabra típica de Venezuela, que no se conoce en ninguna otra región del mundo hispánico. El castellano tiene una serie de expresiones para designar a la persona atildada en el vestir y en los modales, con humos de galán: *petimetre*, *pisaverde*, *lechuguino*, *barbilindo* o *barbilucio*, *gomoso*, *currutaco*, *ninfa*, *narciso*, *fileno*, etc. Venezuela ha creado además dos muy expresivas: *pepito* (o *chepito*) y *muñeco*. En ninguna de ellas cabe holgadamente nuestro *patiquín*, que tiene historia propia. Veamos cuál es.

En la tradición venezolana el *patiquín* es la antítesis del *pata en el suelo*. Algo como el *señorito* español frente al hombre del pueblo. El *pata en el suelo* es el descalzo, o el que anda en alpargatas (“el alpargatudo”), el hombre del campo acostumbrado a todas las inclemencias. En contraste con él, el *patiquín* procede de la ciudad, es más escrupuloso en el vestir, y de modales más finos. El *pata en el suelo* desprecia al *patiquín*.

En la guerra de la emancipación marcharon por primera vez juntos el *patiquín* y el *pata en el suelo*. Para los llaneros de Páez, Bolívar era un *patiquín*. Un *patiquín* que terminó por llevarlos detrás de sí por los caminos más escarpados de América. En *Canaima*, el Chano se lo recuerda con nostalgia a Marcos Vargas:

—Ya se acabaron aquellos tiempos de todos juntos y reuniones: el *pata en el suelo* y el *patiquín*. Ahora ca uno ha cogió pa onde le corresponde: tú para la espuma que flota, aunque no quieas ser jabón que se gasta, y nosotros pa el asiento.

Hilario Guanipa, el rudo protagonista de *La Trepadora*, dice a propósito de su hija, en la que cifra todas sus ambiciones: “A esa no la estoy alimentando yo para que se la lleve un patiquincito de Caracas”.

En Caracas se ha llamado *patiquín* al joven, bien vestido y galanteador, que enamoraba a las muchachas desde el farol de la esquina. Y dentro de la categoría, que era muy amplia, existía el *patiquín de orilla*, que Job Pim definía así: “Individuo de barrio que tiene indumentaria especial para los días feriados, desde el bastón hasta la faja y el pañuelo”. En *La Rebelión* de Rómulo Gallegos, las Cedeño se sorprendieron un domingo de ver al hosco Juan Lorenzo, héroe del arrabal, lustrándose los zapatos “y dispuesto a ponerse el flux de casinete que ellas le habían regalado el día de su santo, y que todavía no había querido estrenarse, receloso de que lo llamaran patiquín de orilla sus desarrapados amigos”. Y existía además el *patiquín de iglesia*, el *dominguero*, el *de esquina* y aun el *gradillero*, o sea el que había tomado como sitio preferente de sus actividades la esquina de las Gradillas, que fue otrora centro del exhibicionismo caraqueño.

Ese valor se conserva en todas las regiones del interior. Designa sobre todo el muchacho quinceañero, muy cuidadoso de su aspecto, nada aficionado al trabajo y mucho a las esquinas: “Te la pasas en la esquina; tas hecho un patiquín”; “Ya no trabaja, se metió a patiquín”. Suele ser el terror de las madres que tienen hijas casaderas.

También se aplicó *patiquín* al hombre vestido de paisano, por lo común procedente de Caracas, que se agregaba como voluntario a una tropa y participaba en las batallas de la guerra civil. Mucho antes de su afición a los ostentosos uniformes, Guzmán Blanco actuó de *patiquín*, según Antonio Álamo, en la batalla de Tierrita Blanca, dada por Falcón el 3 de septiembre de 1859. Gil Fortoul, en su *Historia constitucional*, al pasar en revista el ejército de Zamora y Falcón en vísperas de la batalla

de Santa Inés, menciona “entre los *patiquines*, hombres civiles sin mando de tropa, los doctores Ildefonso Riera Aguinagalde, Agustín Agüero, Eduardo Ortiz, Eloy Montenegro”. Y luego dice, al describir la batalla, librada el 10 de diciembre de 1859: “Oficiales y soldados y *patiquines* se baten heroicamente cual si se tratara de una causa justa y santa. Zamora anima sus huestes”. Por extensión se aplicó luego a los militares petulantes y bien uniformados que se mantenían estratégicamente lejos de toda acción de guerra.

¿Y cuál será el origen de la palabra? Sales Pérez, el costumbrista del siglo pasado, en “El Cojo Ilustrado” del 1º de julio de 1892 (lo recoge luego en sus *Ratos perdidos*) creía que era voz reciente y que procedía de *partiquino*, palabra de origen italiano que designa al cantante que ejecuta una parte breve o insignificante en una ópera. Pero *patiquín* no era tan reciente como creía Sales Pérez, y por el contrario *partiquino* era voz novísima en Caracas, limitada al ambiente teatral, y nunca ha llegado, que sepamos, al habla popular.

Hemos intentado explicarlo como un derivado de *pata*, o mejor del diminutivo *patica*, como alusión al que tiene pies menudos o calzados, por contraste con *pata en el suelo*: Juan Páticas ha sido apodo de una persona de pies pequeños en el Guárico, y Páticas Fernández un ciclista, así llamado por sus pies grandes (“¡Se gasta una patica que Dios se la cuide!”, se dice irónicamente de una mujer *patona*). Pero no hemos encontrado que *patica* tuviera vitalidad para tanto en Venezuela, y además *pata* y sus diminutivos (el Patas, el Patica, el Pateta, el Patillas), se han prestado más bien, en diversas regiones hispánicas, para designar al Demonio.

Patiquín nos parece un diminutivo de *patico*. Hay otras formas en *-ín* en el habla venezolana, como *chiquitín*, *chipilín* o *chirrimplín*, para designar al chiquillo o muchacho; *filistrín* o *filintrín*, al flacuchento, y

tribilín es un equivalente de *patiquín*, al menos en Falcón. Y *patico* es el diminutivo habitual de *pato*.

Y aquí debo pedir perdón al lector, porque estamos entrando en terreno muy escabroso. De María, dulce nombre de mujer, a través del diminutivo Marica (“Hermana Marica”, en un hermoso romance de Góngora), surgió el oprobioso derivado en *-ón*. De manera análoga, sobre *pato*, a través del diminutivo *patico*, se formó en Venezuela un derivado en *-ín* (*patiquín*) para aludir al que es afeminado en la apariencia externa, en el vestir o en los modales. Hay que tener en cuenta que para el rústico todo refinamiento, y aun cualquier manifestación de cultura, es signo de afeminamiento, desde la guerra de las Galias hasta hoy. Rómulo Gallegos nos explica por qué los peones de Altamira consideraban *patiquín* a Santos Luzardo, por lo demás tan varonil:

del concepto que tenía Carmelito de la hombría estaba excluido todo lo que descubrió en Santos Luzardo: la gallardía, que le pareció petulancia; la tersura del rostro, la delicadeza del cutis ya sollamado por el resol de unos días de viaje; rasurado el bigote, que es atributo de machos; los modales afables, que le parecían amanerados; el desusado traje de montar, aquel saco tan entallado, aquellos calzones tan holgados arriba, y en las rodillas tan ceñidos, puños estrechos en vez de polainas, y corbata, que era demasiado trapo para llevar encima por aquellas soledades.

Mientras *pato* (o *patico*) sigue conservando su infamante significación, que es exclusiva de Venezuela, y se alude a él casi siempre con eufemismo (“es un cuás-cuás”, “es un patricio”, “nada en lo seco”, “vuela bajito”, “vuela corto”, “¡ese fulano suelta un plumero!”, a veces con un ademán gráfico, o con un silbido de pato güirirí), *patiquín* ha podido evolucionar hasta el punto de acercarse a petimetre o *galán*. *Pato*, *patico*, *patiquín*, con sus valores afines, constituyen una familia léxica, desde luego poco honorable. Pero es posible que en la época en que se formó

patiquín, *pato* no tuviera todavía toda la ofensiva significación actual y estuviera más cerca de los usos de Colombia y Puerto Rico. En Colombia, según el P. Tobón Betancourt, *pato* es hoy el hombre sin oficio, el entrometido y cominero. Aún más: en las tierras vecinas de Cúcuta, es el zagaletón que tiene aspecto de hombre, pero anda con pantalones cortos (“Pato, te van a picar los piscos”, le dicen burlonamente). Y en Puerto Rico es la persona sin opinión fija, que no pertenece a ningún partido, que nada entre dos aguas. De todos modos, no encontramos origen más halagüeño para nuestro *patiquín*, y lo lamentamos.

Hato

Contesto con mucho gusto la consulta del Dr. Julio de Armas sobre el *hato* venezolano. En el castellano clásico y moderno *hato* es una porción de ganado mayor o menor (de bueyes, vacas, ovejas, cabras, carneros, etc.). En este sentido dice Sancho, cuando lo nombran gobernador de la ínsula Barataria:

—Señor, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea un hato de ganado.

De ahí pasó a significar la hacienda de campo o finca destinada a la cría de ganado, uso general en Venezuela. Rómulo Gallegos, en *Doña Bárbara*, describe el hato de Altamira en el momento de la llegada de Santos Luzardo a la *fundación*:

Una casa grande, de bahareque y tejas, torcidas las paredes, despatarradas las techumbres, de cinc las de los corredores que la rodeaban, con un palenque por delante para defenderla del ganado y algunos árboles por detrás, en lo que se denomina el patio, no muy altos, pues el llanero no los consiente cerca de sus viviendas por temor al rayo; al fondo, la cocina y unas piezas destinadas a almacenar las yucas, topochos y frijoles que producían los conucos para el consumo del personal; a la derecha, el caney sillero y los que servían de dormitorios de la peonada, y entre éstos y aquél, la tasajera, donde se secaba al aire y al sol, pasto de las moscas, la carne salada; a la izquierda, las trojes donde se depositaba el maíz en mazorcas, el totumo y el merrecure del gallinero, los botalones de tallar sogas, las majadas,

las medias majadas y corralejas y, finalmente, el chiquero de los marranos, esto era el hato de Altamira... Una fundación primitiva, asiento de una industria rudimentaria y abrigo de una existencia semibárbara en medio del desierto.

El hato es típica institución llanera, y para tener legítimamente ese nombre debe alcanzar una extensión mínima y poseer cierta cantidad de vacas de cría. Sus obligaciones y prerrogativas están reguladas por las distintas leyes de Llano. Y es tal el arraigo de ese nombre, que el habla popular desconoce hoy el uso de *hato* con el valor de rebaño o manada: el llanero habla de *hatajos de bestias*, o sea de caballos y yeguas; de *rebaños* de vacas; de *manadas* de chivos, cerdos o báquiros, y de *madrinas*, *arreos*, *manchas* o *puntas de ganado*. Pero sí tiene otros usos: “Los Mengánz son un hato (o un hatajo) de canallas” (en Portuguesa), “Le dijo un jato de mentiras”, “Le trajo un jato ‘e cosas” (en Lara).

Ese uso venezolano de *hato* se da también, con mayor o menor profundidad, en todas las Antillas españolas (en Cuba parece hoy casi olvidado, pero se encuentra en Pichardo y todavía lo usaba Martí, en 1882), en gran parte de Colombia (lo encontramos, por ejemplo, en *La vorágine*) y en la costa de México. En América Central, por lo menos en Panamá y Nicaragua. Es decir, corresponde a toda la zona del Mar Caribe. Fuera de ella, solo hemos encontrado algún uso en el Ecuador: lo llevaron probablemente allá los venezolanos en la época de la guerra de la Independencia, con otras voces (también *coroto*, tan típicamente venezolana). Además, Hato, El Hato, El Hatillo, Los Hatos, Hato Viejo, Hato Nuevo, Hato Mayor, Hato de la Cruz y designaciones análogas se encuentran frecuentemente como nombres de lugar no solo en Venezuela, sino también en Colombia, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Honduras y Panamá.

Su uso en Venezuela, además de tener ese fuerte arraigo de la toponimia, es muy antiguo: en el siglo XIX lo encontramos en Codazzi,

en la *Autobiografía* del general Páez (había sido peón de hatos en sus mocedades) y en textos de la guerra de la Independencia (figura en el *Correo del Orinoco*); en el siglo XVIII, en la *Descripción de la Provincia de Venezuela* de Cisneros (año 1764); en el siglo XVII, en la *Relación del descubrimiento del Río Apure* de Fray Jacinto de Carvajal, de 1647 (alude al Hato del maese de campo Tomás Gómez de Pedrossa, y recuerda “el tiempo que gozamos de los campos élísseos de su Hato”). Y se encuentra ya en los primeros textos venezolanos del siglo XVI, en los comienzos de la colonización: en las actas del Cabildo de Caracas hay noticias de *hatos*, *asientos de hatos* y *hatos y estancias* desde 1580; Oviedo y Baños habla en varios pasajes de la fundación de hatos por los conquistadores, y es tradicional el Hato de San Francisco, fundado por Fajardo en el actual emplazamiento de la ciudad de Caracas.

La antigüedad americana de este uso se prueba también con testimonios de Puerto Rico. Ya en 1542 (Tomás Navarro, *El español en Puerto Rico*, Río Piedras, 1948, pág. 151) existían en la isla ordenanzas locales para que los *asientos o hatos* dejaran por lo menos de uno a otro una legua de distancia. Parece indudable que tenía ese mismo valor cuando Gonzalo Fernández de Oviedo, al relatar los antecedentes de la conquista del Perú dice (;1548?) que Pizarro y Almagro “ganaron mucha hacienda e hicieron un muy buen hato de vacas en la ribera del río Chagre, cuatro leguas de Panamá”.

El paso de *hato* ‘conjunto de ganado’ a *hato* ‘establecimiento donde se cría ese conjunto’ es una evolución semántica perfectamente comprensible, y hay una serie de casos semejantes en la lengua general (en Caracas, por ejemplo, se llama *quincalla* no solo a ciertos artículos, sino también al establecimiento donde se venden: “Voy a la quincalla” o “a la quincallita” = *voy a la quincallería*). Pero aun esa evolución se produjo en España, y la nueva acepción vino con el conquistador.

En efecto, en España se encuentra *hato* como ‘sitio que eligen los pastores fuera de las poblaciones para comer y dormir durante su permanencia allí con el ganado’. Lo registra el Diccionario de la Academia y se encuentra documentado en 1614 en Ambrosio de Salazar: “Vamos al hato y merendaremos”. Ya *hato* es ‘un lugar’, es decir que estamos cerca del uso venezolano y antillano. En las Sierras de Almería —dice Corominas— es el lugar donde los labradores dejan su impedimenta y adonde acuden después a la hora de comer. Pero en España tuvo además la acepción de ‘redil o aprisco’ (la registran como anticuada los diccionarios de Serrano, Barcia, etc.), que debía ser frecuente en el siglo XVI y XVII. Lo prueba el uso que hace Oudin, en 1607, en su *Tesoro de las lenguas francesa y española*, según me comunica mi amigo Samuel Gili Gaya. Oudin traduce *hato* —entre otras acepciones— como equivalente del francés *bergerie*, es decir, redil o aprisco, y agrega: “Le lieu où se nourrit le bétail, estable de brebis” (lugar donde pasta el ganado, establo de ovejas). Y aun algo más: *Hato de yeguas y garañones* como equivalente del francés *haras* ‘acaballadero, establecimiento de cría caballar’. Es sin duda análogo a esos usos —como señala Corominas— el *hato de gitanos*, que designa su campamento, tan típico. En *El vergonzoso en Palacio* de Tirso de Molina, dice Tarso a propósito de Melibea: “es más mudable que hato de gitanos”.

Y todavía me comunica una noticia más el eminente maestro de la filología española don Ramón Menéndez Pidal. El poeta Pedro de Espinosa (1578-1650), al hablar de las obras que edifica el duque de Medina Sidonia en el Bosque de Doñana para hospedar a Felipe IV en 1624, dice:

Dispúsose el aposento para el Duque y los señores que le acompañasen en el hato que está cerca del palacio, en seis casas que allí tienen los vaqueros, que se aderezaron de costosas tapi-
cerías, techos y paredes.

Tenemos, pues, ampliamente documentado en España el uso de *hato* con el significado venezolano de 'lugar donde se cría el ganado', y hasta con inclusión del caserío que allí se encuentra.

Pedro de Espinosa era andaluz, y ese uso debe de haber sido más frecuente en Andalucía, donde encontramos modernamente un Hato del Moro (dehesa de la provincia de Cádiz, partido judicial de Algeciras, término del Castellar, con cuatro habitantes) y un Hato del Peso (también dehesa de la provincia de Cádiz, partido judicial de Olvera, término de Alcalá del Valle, con diez habitantes). Por lo menos existían a mediados del siglo pasado (figuran en el diccionario de Madoz), y sin duda son nombres viejos. Ese uso andaluz moderno coincide perfectamente con el nuestro. Puede pensarse que mientras en España ha quedado cada vez más arrinconado, en Venezuela y toda la región del Caribe ha alcanzado nueva vitalidad.

Esa vitalidad es comprensible. En la época colonial, en los tiempos de formación de la ganadería venezolana, el hato y no la casa era lo sustancial; no había linderos determinados, y no le correspondía propiamente el nombre de *dehesa* (que procede de *defensa*, es decir, terreno acotado, con vallas). Hay que tener en cuenta que las designaciones de las casas de campo destinadas a la cría de ganado son muy variables. Cada región tiene las suyas: *dehesa*, *cortijo*, *granja*, *hacienda*, *masada*, *coto*, *potrero*, *acampo*, *redonda*, *canchón*, *estancia*, *fundo*, etc. Cuando una cosa tiene tantos nombres es porque ninguno satisface enteramente. Al pan se le llama en todas partes *pan*, y al vino *vino*.

Nuestro hato figura en el Diccionario de la Academia como uso de Venezuela y Cuba. Un autor ha querido que usáramos en su lugar *dehesa*. Pero fuera de que no son enteramente equivalentes, el arraigo histórico y geográfico de *hato* en Venezuela y gran parte de América y sus claros antecedentes españoles le dan una legitimidad absolutamente indiscutible.

Empatar

En la lengua general, *empatar* es igualar en una elección o en un juego. Pero en Venezuela y en toda el área del Caribe (Colombia, América Central, Antillas, costa atlántica de México), y también en Canarias, es además unir o atar dos cuerdas, dos cintas, y por extensión dos cosas cualesquiera: “Empátame esas cabuyas”, “La sogá ha quedado bien empataada” (con un buen nudo), “Eso está muy mal empataado”, etc. Se parte una taza, y la dueña de la casa se la lleva: “Voy a empatarla”. Se aplica también al empalme de dos carreteras: “Aquí empata la autopista con la carretera del Litoral”. Pero mucho más se oye con valor figurado: “Salgo de una fiesta y empato con la otra”, “Empatamos la comida con el concierto”, “Me comeré un sandwich y después empataré con el almuerzo”. Dos personas pueden estar *empataadas* en una tarea común, un padrinzago o un trabajo: “Usted está empataado conmigo”. Cuando dos novios se han reconciliado, se dice: “Fulano y fulanita empataron” (es decir *reanudaron* relaciones). Oímos también: “Francisco es un tigre para empatar mentiras”, o “Empata una mentira con otra”. O bien: “Juan se rasca los domingos y la empata los lunes”. Una costurera a la que se le cae el ovillo exclama: “¡Se me empató el hilo!” Lo mismo dicen los que juegan *papagayo* o *volantín* cuando se les enreda la cuerda. Y una muchacha nos dice con zozobra: “Ya se me va a empatar fulano; apenas me ve se me empata atrás”.

Todos esos valores son frecuentes en la literatura venezolana. En *Pobre Negro* de Rómulo Gallegos, por ejemplo: No hay noticias, desde hace

años, de Cecilio el Viejo (muchos han querido ver en ese sabio andariego y excéntrico una imagen velada de Lisandro Alvarado), y alguien pregunta si se habría muerto. Don Fermín hace un gesto vago, y se dirige a Cecilio el joven, “empatando la hebra al tema de las palabras históricas con que él había concluido su relato viajero”. Y en *Cantaclaro*, el oscuro profeta que baja por el Uribante fanatizando a las gentes aterradas por los incendios llaneros, anuncia sencillamente:

—Ha llegado la hora de la apocalisi. ¡Llanero, no comas carne, abandona el trabajo que te esclaviza al hombre, ensilla tu caballo y sígueme! Ya está prendida en las cuatro puntas del mundo la candela que lo arrasará todo, pero el que me siga será salvado, porque solo yo conozco el lugar donde no se empatarán los dos cabos de esa gran culebra de fuego que viene rodeando la sabana.

La imagen de hilos o cabos unidos es menos visible en otros casos. Doña Bárbara se dirige a Balbino Paiba simulando celos:

—Me dijeron que tienes una rochelita con una de las muchachas de Paso Real. Sé que has estado allá poniendo joropos y empatando las noches con las noches en una sola parranda.

Mucho antes lo usaba el general Páez, según cuenta el Marqués de Rojas en su *Tiempo perdido*. El 29 de agosto de 1861 una cuartelada había derribado al presidente Gual. El Dr. Ángel Quintero, a quien correspondía legalmente la sucesión, envió a su hijo a Las Adjuntas para escrutar las intenciones del general Páez. El general, que tenía sus propias aspiraciones, contestó:

—Dile a tu papá que he resuelto quedarme aquí quince días de temperamento; que deseo hablar con él, pues yo no encuentro empate a esta legalidad.

Luego lo usaba Francisco de Sales Pérez en sus artículos de costumbres. En uno de 1869, sobre la fiesta patronal de San Canuto, dice:

Con una fiesta solemne y medio chivo a cuestras, no pude menos que rendirme al sueño hasta las cuatro. Habría empatado con la noche, si la algazara de los toros no me hubiera despertado.

Y en otro de 1870:

Un cohete grande puede recortarse, y en más pequeña escala volver al aire. También puede ser empatado, y con mayor fuerza elevarse a mayor altura que la primera vez.

Con los mismos valores se usa el postverbal *empate*. Entre pescadores es el cordel o alambre fino con que se ata el anzuelo a la cuerda de pescar, o la unión o atadura misma, que se hace con mucha laboriosidad y cuidado, en forma de anillos apretados. Pero se oye en cualquier ambiente, en usos figurados: “Este paquete tiene más empates que un andamio”. Un pintor que está haciendo unos frescos en la Ciudad Universitaria se queja: “Lo más difícil en el fresco son los empates. Hoy tuve cuatro horas de puros empates”. Y se usa también *empatadijo*: “Me soltó un empatadijo de mentiras”, “Ahí tienes un empatadijo de cosas”. Es decir, una sarta de mentiras o de cosas.

¿Y de dónde viene ese *empatar*? No creemos que tenga nada que ver con *empatar* en una elección o en el juego. Nos parece indudable que procede del habla marítima, en la que *empatar* (en Santander *empatillar*) es sujetar el anzuelo al cordel o al bramante mediante vueltas que se dan con alambre o torzal más delgado que el maestro. En su origen era unir dos cabos, y ese valor y el general de reunir o juntar se conserva en Andalucía, Canarias y Galicia, y se da también en el papiamento de Curazao (*empatel*). En el lenguaje marítimo francés —hay una comunidad de habla marítima en todo el Mediterráneo, que a veces llega hasta el Atlántico— *empatter* era hilar o retorcer las hebras sueltas, y aun unir con *pattes*, o empates, las cosas más diversas. Es posible que al lenguaje marítimo español haya venido del francés, en el que *patte*

es tradicionalmente pieza de paño, de madera o de hierro (quizá en su origen una especie de 'pata') que sirve de vehículo, de sostén o de unión.

Pero hay otro uso venezolano de *empatar*, más curioso. Se da en el Zulia, en Lara, en Trujillo: "Me la paso todo el día muy ocupada. Tú sabes que los muchachos empatan mucho". Es decir, amarran. Ya en 1883 lo registraba Medrano en Maracaibo con el valor de molestar, importunar, hacer perder el tiempo al prójimo, y esos valores se conservan todavía hoy: "Las hallacas empatan mucho" (hacen perder mucho tiempo). Y se usa bastante, con ese valor, *empate*: "Tener muchos muchachos es un empate", "La cocina es un empate". Se dice sobre todo de las visitas importunas, fastidiosas: "¡Eso es mucho empate y empate!" Y aun se oye fuera de esas regiones: "Todavía tengo el empate de los muchachos".

No parece difícil entender esa acepción como un desarrollo del uso marítimo de unir o amarrar dos cabos: el *empate* es algo que nos ata, algo de que no podemos zafarnos, que coarta nuestra libertad. Pero también en portugués *empatar* es embarazar, demorar, estorbar, fastidiar: "Essa questão empatoume dois dias". Y *empate* es estorbo, embarazo, atraso: "Essa tradução demanda um bom empate de tempo". *O empata* es el importuno, el que estorba. Y como también en portugués existe la acepción marina (*empate* es un nudo con que se une el anzuelo al hilo de pescar), se puede pensar que el desarrollo se ha producido en portugués y que han sido los portugueses los que lo han introducido por las aguas del Lago.

Y sin embargo, es posible que tenga relación con esos usos portugueses (y zulianos) otro empleo de *empatar* que se ha dado en castellano: el de suspender o embarazar el curso de una resolución, originalmente a causa de un *empate* por igualdad de votos. Tuvo uso en el lenguaje jurídico, y se extendió a otras esferas. En la *Pícara Justina*, de 1605, por ejemplo: "Viendo que se ha empatado la corriente de mi historia"... Es

decir, cortado, suspendido. En cambio, no tiene nada que ver con ellos el valor de engañar, que se da mucho en Valladolid: “No te dejes empatar”, “Me empató”, “Es un empataniños”.

Los usos venezolanos de *empatar* por *empalmar*, *unir*, etc., se explican como una extensión de las acepciones marítimas. Esa extensión se remonta sin duda a la primera época de la vida venezolana. Ya a mediados del siglo XVIII el P. Gumilla, en su *Orinoco ilustrado* (II, cap. IX), al hablar de las flechas indígenas, a las que dan agudeza increíble, dice:

Después empatan una punta afilada, o una púa de raya, en la extremidad de la flecha, asegurada con hilo.

Así, pues, nuestro *empatar*, generalizado por abruptas y lejanas zonas del interior, representa la expansión de lo marino. Y como otras, voces usadísimas en Venezuela —*jalar*, *amarrar*, *botar*, etc.— testimonian la importancia del marino en la formación de Venezuela y la seducción o la nostalgia del mar hasta en las regiones más apartadas del país.

¡Cátedra!

¡Tendremos que envanecernos los profesores del asombroso auge de *cátedra* en Caracas? ¡Ay, más bien ello nos dará una lección de modestia! Veamos los usos.

Preguntamos cómo estuvo una conferencia, una representación teatral o el estreno de una película, y nos contestan: “¡Estuvo cátedra!” Prestamos un libro a un alumno, y cuando nos lo devuelve (¡nos lo devuelve!), nos dice: “¡Es cátedra!” En una fiesta dice una señora a otra, con modestia natural: “Este vestido me quedó cátedra”. También hemos oído decir de un profesor que es *cátedra*, no por la profundidad de sus conocimientos o por sus notables dotes pedagógicas, sino por su atractivo personal. Y con este valor es expresión femenina corriente, de toda la generación joven, al referirse al hombre: “¡Es cátedra!” o “¡Está cátedra!” Que se oye también, desde luego, aun en los más apartados arrabales caraqueños, a veces con el acompañamiento del odioso silbido importado de los Estados Unidos, cuando se ve pasar a una muchacha bonita, aunque nunca haya tenido nada que ver con la enseñanza secundaria o universitaria. Y el colmo de ese uso nos lo da una conversación de Kindergarten, entre niños de tres o cuatro años. Albertico acaba de saborear una sopa de carotas negras, y lo comenta entusiasmado:

—¡Sopa de chocolate cátedra!

También se oye, aunque ya es menos frecuente, *la cátedra*, con ese mismo valor encomiástico. Un dibujante dice a otro: “Te está quedando

la *cátedra* ese dibujo”. En el restaurant de la Ciudad Universitaria oímos a un estudiante: “El almuerzo de hoy está la *cátedra*”. Una alumna pregunta a otra qué le parece un profesor determinado, y ella le contesta: “¡Mijita, ese es la *cátedra*!” De un alumno puede decirse: “Es la *cátedra* en todo”. Y de otro: “Es la *cátedra* de la malacrianza”. Un puesto de venta de arepas y tostadas tiene el siguiente letrero: “La *Cátedra*. Tostadas del budare a sus manos”.

Esos usos se están extendiendo por todo el país, gracias a la radio comercial, que explota las formas más chabacanas del lenguaje. En un liceo de provincia, pregunta un alumno a otro:

- Y ustedes no le forman alboroto a la profesora de castellano?
—No, porque es la mejor *cátedra*.

Es la mejor cátedra quiere decir que es la más guapa, la más simpática. La invasión de tanta *cátedra* no tiene cinco años de antigüedad, pero ha sido vertiginosa hace tres años, sobre todo en el habla de niños y muchachos. También se usa de modo parecido *catedrático*: “Los pantalones le quedaron *catedráticos*”, “Has estado *catedrático*”. Y aun ¡*catedrático!* como exclamación de aliento o de aplauso. Y hasta se juega con la derivación, lo cual es indudable signo de vitalidad: “Fulano baila la *catedrulia*”, “Miguel tiene unos ojos *catedrúlicos*”. Expresiones, como se ve, muy femeninas.

Aunque nos duela reconocerlo a los profesores, esa *cátedra* o *catedrulia* no va con nosotros. Es otra *cátedra* la que se ha vuelto popular: la *cátedra* hípica. Y esta *cátedra* procede sin duda de la Argentina, de donde la han traído los aficionados a las carreras de caballos, con otros argentinismos del argot deportivo, entre ellos uno tan feo como engrupir, o un anglicismo como *crack*.

La cátedra es allá el conjunto de entendidos del Hipódromo. ¿Qué opina la *cátedra*? Aunque casi nunca acierte (y cuando acierta no vale

la pena), siempre interesa lo que opina. Ella nos dará las *fijas* (o *líneas*), aunque luego los caballos nos darán los *batacazos* (o *tajos*). La cátedra fracasa casi siempre (¡tremendo destino el de la cátedra!), pero conserva su prestigio, porque, aunque no acierta, sabe, y el saber, con fracaso y todo, tiene siempre cierta dignidad. Cada domingo se *derrumba la cátedra*, pero el lunes vuelve de nuevo a su actitud profesoral. Es recalci-trante. Ella lleva el récord de cada caballo y su compleja genealogía (no hay ciencia más alucinante que esa de los árboles genealógicos, aunque sea de caballos), y registra las virtudes y flaquezas de cada *jockey*. Es la que alimenta la conversación semanal sobre las carreras del domingo. No dará ganancias, ¡pero cuánto da que hablar!, Y es indudable que no solo de pan se alimenta el hombre, o la mujer.

Pero aunque la cátedra hípica procede al parecer de la Argentina, quizá la fortuna verbal de *cátedra* en Venezuela venga de Cuba. Muchos de los usos venezolanos se dan también en la Habana, desde hace más de diez años, según me informa mi amigo Segundo Cazalis: “Fulano es la cátedra”, “Acá los bailes son cátedra”, etc. *Cátedra* se dice allá del vivo, el simpático, el habilidoso. De un boxeador más eficaz en el “ring” que en la conversación se ha dicho: “Humilde abajo y cátedra arriba”. Y hasta hubo un son o guaracha con esos usos: “¡Cátedra! ¡Yo soy la cátedra!” En la Habana proceden de la *cátedra* del juego de pelota vasca, o sea los entendidos en el frontón, y se llama *catedrático* al que apuesta al favorito. Aunque la *cátedra hípica* de Caracas está emparentada con la de Buenos Aires, es posible que las aplicaciones (“eso está cátedra”, “eso es cátedra”, etc.) hayan venido de la Habana.

Pero ¿por qué han llamado en Buenos Aires *la cátedra* al conjunto de entendidos o técnicos de carreras de caballos? Es extensión de un uso español. En España es vieja designación para los entendidos en pelota vasca (de ahí el uso de la Habana) o en toros: “¿Qué opina la cátedra?” Posteriormente se aplicó también a los entendidos en juegos de naipes

(en los casinos) y aun últimamente a los de fútbol. En su lejano origen, todos esos usos implican el prestigio de la cátedra —de la universitaria o de la cátedra sagrada—, y eso es por lo menos consolador. El punto de partida ha sido seguramente *sentar cátedra* o *poner cátedra*, que es actuar de modo magistral, o al menos hablar en tono magistral.

De esa *cátedra* del Hipódromo, del frontón o de los toros, con valor colectivo, han surgido las aplicaciones a las personas: “Fulano es la cátedra”, encomiando su saber. Los colectivos se prestan fácilmente para ello: el italiano *la canaglia*, conjunto de canes, se aplicó despectivamente a la colectividad humana, como equivalente de *chusma* o *populacho*, y de ahí el francés *la canaille* o el español *la canalla*. De la aplicación a las personas, *la cátedra* pasó a las cosas, y se convirtió en un encomiástico general, en que se une —como en la concepción platónica— lo sabio, lo bueno y lo bello. Los usos exclamativos, que todavía se conservan, han sido sin duda el puente de unión. Preguntamos qué tal es una persona o una cosa, y nos contestan: “¡La cátedra!” “¡Cátedra!”, “¡Es cátedra!”, “¡Está cátedra.” El proceso de adjetivación, que está cumplido en *canalla* (“Dos periodistas canallas son capaces de desprestigiar a toda la profesión”), no lo está en *cátedra*: “Esas muchachas son cátedra”. La cátedra no admite ahí plural (*cátedras*), quizá porque conserva muy fuerte su viejo valor colectivo.

Un caso reciente, muy parecido, es el de *línea*: “Eso es una línea” se dice de algo que se reputa seguro; “Fulano es una línea”, de un candidato que no puede fracasar. Es una extensión del lenguaje hípico: la *línea* es la fija, el caballo que los entendidos consideran ganador seguro de una carrera. Pero ¿no están relacionados con ese otros usos de *línea*? Se dice, por ejemplo: “Fulano en su vida privada es una línea; jamás comete una falta” (designa la rectitud, la corrección), “Uno tiene que anclar por la línea” (comportarse correctamente). Y también: “Carmen es una línea en el vestir” (de una elegancia irreprochable), “Voy a ir al

casorio con una línea verde” (vestido, zapatos, cartera, guantes, etc., de ese color), “Me voy a poner en la línea (o *me voy a enlínear*) para ir al teatro” (vestirme convenientemente). Y aún hemos oído a alumnas de la Universidad, hablando de un compañero al que consideraban buen mozo: “Es una línea”. O bien, aludiendo a su comportamiento: “Ese muchacho es una línea como estudiante: saca veinte en todas las materias”. Sin duda en algunos de esos usos hay convergencia de la *línea* hípica con otras líneas: la del vestir, la *línea* o esbeltez de la figura, la línea recta en el comportamiento. Pero de todos modos es tal el auge de las carreras, que hoy se puede tratar cariñosamente a una persona de *caballo o mi caballo*: “¿Cómo está mi caballo?” El *caballo* es el amigo o protector de uno, que no falla: “Estoy requetebién, porque nombraron a mi caballo gobernador”.

En el auge de *cátedra* para la expresión admirativa o encomiástica hay algo más. El habla familiar huye de la palabra convencionalizada, y el superlativo se desgasta en seguida. Ya no se conforma uno con *magnífico, estupendo, formidable, portentoso, fantástico, precioso, colosal, maravilloso, prodigioso, genial*, etc. Por un lado, se acuña para el uso cotidiano y laico un adjetivo como *divino*, muy usado entre nosotros (la Argentina ha preferido *regio*), o bien se recurre al prestigio, siempre impresionante, de la fama: “Se vende carro famoso”, “La corrida estuvo famosa”, “El postre está famoso”, “Tengo que decirte una cosa famosa”. O se echa mano de expresiones de tipo paradójico, como *bárbaro, bestial, brutal*, etc. (“Tiene un talento bárbaro”, “El partido estuvo bestial”). Hay un creciente y desmesurado afán de hipérbole. Los adjetivos de la lengua resultan insuficientes y se recurre a la plenitud del sustantivo: “¡Esto es cumbre!” La Argentina ha exportado una de sus creaciones en esta materia: *fenómeno!* (sin mencionar *macanudo*). Y se ha llegado allá, como summum del elogio, a decir de una mujer: “¡Fenómena la tipa!”.

En España se ha recurrido frecuentemente al caló para renovar la terminología: “Es la fetén”, “la caraba”, “la repanocha”, “el despiporre”; “Eso está cañón”, “está jamón”, “está chanchi”, etc. O bien: *de butén, de mistó, de perlas, de oro*, etc. De España nos ha venido, con los chotis, *de chipén* (= *de órdago*), que se ha aclimatado: “Ese hombre baila chipén”, “Tengo un vestido chipén-chipén”, “Hoy estás chipén-chipén”. Y aun con todos sus desarrollos y trémolos chulescos: “La muchacha está chipendi-lerendi” o “está chipén de chipendi”.

Otra expresión española muy usada hace unos treinta años (de *pepe* y *doble u*, quizá una marca comercial, P. P. U. U. o P. P. W.) se norteamericanizó entre nosotros: *de pepédobliú* en *La casa de los Ábila* de Pocaterra (“una amiga rusa de pepédobliú”, “un sobretodo de pieles de pepédobliú”). Y tuvo desarrollos infinitos, algunos de los cuales orillaban la grosería y la desvergüenza: “Está (o es) pepé doble ú cacá con campanita”, “Es (o está) pepey curiey”, “Es (o está) pepé guamé” (de *pepa de guama*), etc. También de España ha venido *canela* o *canela fina*: “Andas con un peinado que te queda canela”, “Esa muchacha es canela fina”, “Esos zapatos son canela y clavos”, etc. De Cuba, con las guarachas, ha venido *chévere*: “Ese peinado te queda chévere”, “Fulanita está chévere”, “Lo más chévere compré ayer en la tienda”, etc. De la técnica de radio surgió *supereterodino*. De las marcas comerciales, *de primera, número 1 A*, o *A número 1*. Del béisbol norteamericano *doble A* y *triple A*: “Es puro triple A”. Del cine ha venido el *de película*: “un beso de película”. También han tentado los latines. En todas partes se ha usado el *non plus ultra*. Y así como en España pueden decir de una muchacha que es el *dellirium tremens*, aquí se ha llegado a decir que es el *sursum corda*. En esta materia nada es imposible. De una forma tan fina como *canela* se pasa fácilmente, por la pendiente de la expresividad, a lo achulado y hasta a lo grosero. *Cátedra*, que ha venido a sustituir a una serie de expresiones

anteriores, está en un término medio decoroso, pero lo convierte en vulgar la profusión, el que se use en cualquier circunstancia, como adjetivo universal, como comodín de la pereza expresiva.

Lo más probable es que la fiebre actual pase y tanta inflación de la cátedra se desvanezca: gran parte del lenguaje es transitorio y mudable. Pero el uso puede estabilizarse, o perdurar en formas nuevas. El porvenir de las palabras está fuera de las manos filológicas. El lenguaje es constante creación, y es fortuna para el lingüista poder asistir a un acto de nacimiento. La creación del hombre es casi toda perecedera y fugaz, pero de pronto sale de sus manos algo que está animado de un soplo divino y tiene el sello de lo eterno. Con todo respeto para *la cátedra*, no parece que le esté reservado tan brillante porvenir.

El *ala* tachirens

El *¡ala!* tachirens y colombiano es una vieja exclamación que se encuentra ya en el *Cid* (¡Ala, Per Bermudoz, el mío sobrino caro!), que se puede seguir a través de toda la literatura española, que se perdió en algunas regiones, pero se conserva todavía hoy en muchas partes de España y América. En unas para incitar o meter prisa; en otras, como en Colombia y el Táchira, para llamar, o simplemente para llamar la atención del interlocutor. Como exclamación forma parte de un fondo común románico o indoeuropeo de exclamaciones como *ola, ole, ale, ula, ulalá, olalá*, etc., que a veces se pronunciaron con aspiración inicial y por eso se escriben también con *h*; con *ola* u *hola* está emparentado el *haló* de las modernas llamadas telefónicas.

Sin embargo, lo característico del Táchira y de Colombia no es simplemente el uso de *ala*, sino su extraordinaria profusión. Más que una exclamación propiamente dicha, es una fórmula de tratamiento amistoso o cariñoso, entre personas de confianza, hombres o mujeres: “¡Ala, cómo está tu familia!”, “¡Alita, qué hacés vos que no has venido!”, “¡Mirá, alita, no te olvidés de lo que te dije!”, “¡Pero, alita, no más llegás y ya te querés ir! “Y por ese camino se ha transformado en pura muletilla de la conversación. Por eso los centrales (“centranos” los llaman allá) remedan a los tachirenses con el *¡alas, paisa!*, y aun llegan a llamarlos *los alitas*. Pocaterra, en *Vidas oscuras*, describe la entrada triunfal de Castro en Valencia: “Se pusieron de moda las peinillas; todo el mundo decía *¡alas!* Algunos realmente volaron”.

Los tachirenses protestan de que ellos nunca dicen ¡*alas!*, ¡*alitas!*, sino ¡*ala!*, ¡*alita!* *Alita* es frecuente, por la propensión andina al diminutivo afectivo: “¡Alita, mirá acá!”, “¡No, alita, no quiero!”. La forma con ‘s’, si realmente existe en algún lugar, se debería a las de las exclamaciones, votos y juramentos: *cielos*, *diablos*, *demonios*, *caracoles*, *canastos*, *demon- tres*, *cóncholes* (o *cónchales* o *córchales*), *cóntrales*, *barajólas*, *diájoles*, etc., sin contar las groserísimas; en algunas partes (Nuevo México, Costa Rica, etc.) hasta se dice *carambas*; el ¡*ahora, pues!* es frecuentemente en el Táchira ¡*oras, pues!*; “¡Oras, pues, ¿vas a seguir con esa bolera?!”. Sin embargo, la ‘s’ final de ¡*alas!* o ¡*alitas!* parece puro remedo, para hacer juego con las *alas* de volar, o más bien para hacer sonar de modo caricaturesco la ‘s’ final, tan típica de la pronunciación andina y uno de los motivos más corrientes de remedo.

El Dr. Raúl Soulés Baldó defendió el ¡*ala!* tachirense en un artículo de 1937. La verdad es que el uso de la exclamación en el Táchira es inobjetable. Es la persistencia de una forma española tradicional. Como expresión del habla familiar sería pueril querer desterrarla: el habla familiar tiene sus propias prerrogativas. Quizá la enseñanza pueda combatir la inflación del *ala*, su uso mecánico como muletilla, pues afecta con su peso la ligereza y gracia de la conversación.

Temperamento

El hablante de lengua española que llega a Venezuela se sorprende en seguida del siguiente uso de *temperamento*: “Me voy de temperamento a Macuto”, “Aquí estoy de temperamento”, “La Mesa de Esnujaque es muy buen temperamento”. *Temperamento* es la temporada de descanso, de vacaciones o de convalecencia que se pasa en la playa, en el campo o en un lugar de ambiente saludable, y aun el lugar mismo. Hace un siglo se podía ir de *temperamento* a dos pasos de Caracas, y la gente se bañaba en el caudaloso Guaire. Decía Núñez de Cáceres hacia 1850:

Otros usan los baños por vía de medicina; con este objeto se mudan a Quebradahonda, Palogrande, la Alcabala, lugares junto al río, y esto es lo que se llama ir a *temperamento*.

En *La casa de los Ábila* de Pocaterra, el taimado Oñate trata de demostrar que él, con su genio financiero, va a salvar a la familia de la catástrofe inminente:

Expuso, descendiendo a detalles que conmovieron a las mujeres, que «había que cubrir las apariencias ante todo», dando una fiesta sonada; luego se irían a un temperamento chic...

Puede usarse también con valor figurado, como en *Rastrillo* de Federico Landaeta. Manuel Perchile, uno de los presos, sabe que va a estar poco tiempo en prisión: “Entre tanto, y para matar el tiempo en su forzado temperamento, filosofa”. Y se usa también con los mismos valores *temperar*: “Este año nos iremos a temperar a los Andes”. Un andino soñará en cambio con *temperar* en Margarita o en Catia la Mar. Lo

mismo se oye en Colombia, Panamá, Costa Rica y Puerto Rico. Malaret registra la siguiente copla colombiana:

Un cotudo fue a Pinchote
a temperar para el coto,
y a los quince días volvió
con el que llevaba, y otro.

Hace un siglo Miguel Carmona, con criterio purista, criticaba entre nosotros el uso de *temperar*, y quería que se dijera *veranear* o *invernar*. Y ahí está el quid de la cuestión. En otras tierras es costumbre veranear en una playa o en la montaña, o bien pasar en algún lugar apropiado una temporada de invierno. Pero en Venezuela, y en general en el Trópico, *verano* e *invierno* no son, ni pueden ser, lo mismo que en las zonas templadas. El *invierno* es la época de las lluvias y el *verano* la de sequía, y sucede que el “invierno” es por lo común más caluroso que el “verano”. Aún más, *invierno* se ha vuelto equivalente de lluvia o aguacero: “Está cayendo un invierno muy recio”, “Me cogió un invierno por el camino y vengo emparamado”. Ya en la primera mitad del siglo XVIII lo registraba el Padre Gumilla, en su *Orinoco ilustrado y defendido*: “¡Terrible invierno hace! era una manera de decir que estaba lloviendo. Y un fuerte verano designaba, y designa aún hoy, un período prolongado de sequía. *Veranear* e *invernar* han perdido, pues, su sentido. ¿Qué puede significar *veranear* para un habitante de Maracaibo que va a pasar sus vacaciones en un hatillo llanero? La palabra tiene que amoldarse a las condiciones objetivas. ¿Y por qué *temperamento* y *temperar*?

Temperamento era en la lengua clásica un equivalente de *temperie*, y designaba las condiciones atmosféricas de un territorio, su temperatura, sequedad y salubridad. Y cuando uno estaba enfermo, le aconsejaban *mudar de temperamento* (como el *temperamentum* latino, que era manera de ser, estado, y por extensión estado del aire, temperatura). Ese

uso se encuentra a cada paso en el P. Gumilla. Por ejemplo, cuando dice que la ciudad de Bogotá logra “una bella primavera y perpetua, con un temperamento tan benigno, que se inclina más al fresco que al calor”. No equivale exactamente a *clima*, pues el mismo Gumilla dice, a propósito de la región del Orinoco: “Hablaré del temperamento de aquellos climas”.

Era, pues, general decir: “Este lugar tiene muy buen temperamento”. Y de *ir a un lugar de buen temperamento* se ha pasado fácilmente a *ir a un buen temperamento* o *ir a un temperamento*. Más tardío sin duda es *ir de temperamento*, como *de veraneo*, *de vacaciones*, etc. Ya en el Congreso de Cúcuta, el 14 de mayo de 1821 el diputado José Antonio Borrero “representó al Congreso que la diarrea que estaba padeciendo le obligaba a mudar de temperamento y pedía se le concediera licencia”. Ya hemos visto que lo usaba igualmente el general Páez en 1861: “He resuelto quedarme aquí quince días de temperamento”.

También es tradicional *el tempero*, que en la lengua clásica era la templanza y buena disposición de un lugar, sobre todo para la siembra: “tierras de buen tempero” en el P. Acosta, siglo XVI. Y hoy en el Occidente de Venezuela equivale a veces a *temperamento*: “Me han dicho que Los Teques es muy buen tempero”, “Te hizo buen tempero La Laguna”. Es decir, te sentó muy bien.

La lengua moderna ha reservado *temperamento* para otros usos: temperamento sanguíneo, flemático, manso, arrebatado, bilioso, etc. Pero entre nosotros se puede dar el caso de que una persona de mal temperamento —un colérico, un amargado— esté pasando una temporada en un buen temperamento. ¡Ah, si se pudiera mudar de temperamento en todos los sentidos!

Pero hay también, al menos en Lara, otro uso de *temperar*, que sorprendemos en el diálogo siguiente:

—¿No viste a fulano haciéndole la corte al gobernador?

—¡Sí, como no!

—No me gusta nada ese tipo. ¿Y tú qué piensas?

—Yo estoy temperando.

El *estar temperando*, o estar de vacaciones, le permite a uno rehuir una respuesta categórica o comprometedora. Hay que descansar a veces de los tremendos esfuerzos de carácter que impone la vida moderna.

Juraco

En *La catira*, Camilo José Cela, con ese deleite suyo por lo morboso, pinta a Clorindo López:

Tuerto y con dos dedos de menos, su pinta recordaba la del araguato. Hace ya muchos años, de niños, don Filiberto Marqués le atapuzó una pedrada a Clorindo López y le saltó un ojo. En el juraco, Clorindo López llevaba una vendita negra, tiñosa y confitera, banquete y hartazón de jejenes.

¿De dónde viene ese *juraco*? En los Llanos de Zaraza lo ha recogido F. Gustavo Chacín: “Las calles están llenas de juracos”, “En el baile de antier le dieron un tiro a José y le hicieron un juraco en el pecho”. Se usa también en Falcón y en Lara. En Barinas y en Lara se conoce además *jureco*: “De una pedrada le hizo un jureco en la frente”.

No se oye en Caracas, y al parecer tampoco en los Andes, pero sí en otras tierras americanas: *huraco* en Colombia (también *juraco* y *hureque*), Chile y en partes de la Argentina (Cuyo), México y Cuba; *buraco* en la Argentina y Santo Domingo. La voz tiene enorme extensión en todo el Occidente de España, gran parte del Norte y aun en algunas regiones de Castilla (Santander, Asturias, Navarra, León, Extremadura, Salamanca, Segovia, Ávila, etc.), con variantes diversas: *furacu*, *furaca*, *fura*, *furucu*, *juraco*, *joraco*, *joriaco*, *buraco*, *buraca*, *huriaco*, *zuruco*, etc. Y también *juracar*, *joracar*, *joriacar* o *buracar*, agujerear. Algunas aparecen en textos judeoespañoles. La antigua forma portuguesa es *furaco*. Todas derivan del latín *forare*, perforar. En algunas de las variantes han

influido sin duda *hueco* (*güeco*) y *agujero* (*bujero*). De todos modos, la palabra se ha prestado a una serie espectacular de cruces y cambios.

Es evidente que el *juraco* venezolano es conservación del viejo *huraco* español, con la *h* aspirada del siglo XVI (como en *jalar*, *jabillo*, *huracao* español, con la *h* aspirada del siglo XVI (como en *jalar*, *jabillo*, *jabado* y cien más). Se ha pensado que a América ha venido del Occidente de la Península. Pero en la época clásica era forma castellana, y Covarrubias, en 1611, la registraba ya sin aspiración: *uraco*. El Vocabulario de Francisco del Rosal, en 1601, trae *huraco* junto a *horaco* y *foraco*. Se encuentra *horaco* en los *Entremeses* de Quiñones de Benavente (también *horacar*) y en la Crónica de Don Álvaro de Luna. *Horacar* en la *Celestina*: “Una continua gotera horaca una piedra”.

El actual *juraco* venezolano es un arcaísmo. No es difícil que la influencia de portugueses, gallegos, asturianos, santanderinos y navarros haya contribuido a su fijación, como en otras regiones americanas.

¿Chísmenes?

Se oye frecuentemente, con cierta picardía, *chísmenes*. Samuel Darío Maldonado, en *Tierra nuestra*, lo explicaba: “Voz irónica, por *chismes*”. Y lo empleaba en su novela: “Con aquellos malévolos, envidiosos, exagerados embustes de parroquia, *chísmenes*, según Romanace, le tizaron y ensombrecieron la casa para toda la vida”. Es la forma que aparece sistemáticamente en “El Morrocoy Azul”. Y por lo menos dos programas de radio abusan de ella. ¿Cómo se ha formado?

En primer lugar, el plural *chísmenes* es rústico en algunas partes del interior; hay alumnos que lo usan espontáneamente en los colegios. Y en segundo lugar es humorístico en el habla culta de Caracas y de las grandes ciudades. Hay otra forma que alterna con *chísmenes*. Eduardo Carreño recoge la siguiente anécdota. Acusaban a Alejandro Romanace, poeta humorístico de fines del XIX, de ser autor de una hoja anónima. El gobernador de Carabobo lo convocó a su despacho:

—Tengo infórmenes de que usted escribió el anónimo.

—Esos son chísmenes, general.

Se dice en broma: “Si te traen chísmenes, busca los infórmenes”. O bien, en las oficinas públicas: “¿Ya trajeron los infórmenes?”, “Me he pasado la semana haciendo infórmenes”. Ya lo empleaba Abigaíl Castillo en una crónica de “El Tiempo” de Caracas, el 29 de febrero de 1912: “Me pregunta usted por los adelantos de Caracas, me pide le diga la vida que aquí hacemos y desea usted *infórmenes* acerca de algún

negocito...” Ovalles lo pone en el habla de un guariqueño rústico: “me dio infórmenes”.

Para la explicación hay que partir del rústico *chísmenes*. Aunque no he tenido ocasión de oírlo, creo que debe de haber un singular *chismen*. Por lo menos es muy frecuente en casi todo el país el singular *derramen* (también en Andalucía): “Le dio un derramen interno”, “Sufrió un derramen cerebral”. Que tiene un plural *derrámenes*: “Esa pobre mujer ha sufrido varios derrámenes”. En Lara lo usan hasta personas cultas.

Más frecuente es otra alternancia, que se da entre nosotros y en casi todos los países hispánicos: cardume-cardumen. Con sus dos plurales: cardumes en Tierra nuestra de Samuel Darío Maldonado; cardúmenes en Rastrillo de Federico Landaeta. Y en el habla marítima española —aunque no en Venezuela— se encuentra la alternancia pujame-pujamen para designar la orilla inferior de una vela. La alternancia chisme-chismen tiene, pues, bastante fundamento en el habla popular. Tampoco es raro oír en diversas regiones del país el velame (por velamen), el cacume (por cacumen) o el esame (por examen). Cuervo señalaba en Bogotá el perfumen y encontraba perfúmenes en una edición española de 1704. Es un juego analógico de terminaciones en los dos sentidos en una serie de palabras cultas terminadas en *-me*, *-men*. Y aunque tiene otro valor, se puede agregar entre nosotros la alternancia nadie-nadien. O Jorge-Jorgen, frecuente en la región oriental.

Así, pues, *chísmenes* nos presenta el juego diverso de dos capas del lenguaje: el habla rústica y la reacción burlona de las ciudades. Ese plural se inscribe dentro de una serie de plurales cultos: *crímenes*, *volúmenes*, *imágenes*, *exámenes*, *resúmenes*, *gravámenes*, *dictámenes*, *vejámenes*. Lo que en el hombre del campo es inocente e ingenua analogía el hombre de la ciudad lo convierte en alegre humorada.

Ocurrir, acudir, concurrir

Mis amigos españoles se asombran del siguiente uso de *ocurrir*: “Los que quieren participar en este curso pueden ocurrir al Instituto Pedagógico”; “La policía ocurrió en seguida al lugar del suceso”; “Se alquila lujosa quinta. Para informes, ocurrir a la siguiente dirección...” Ese uso es tradicional en Venezuela. Lo encontramos en primer lugar en la *Historia* de Oviedo y Baños, de 1723. Carlos V había dado permiso para esclavizar a los indios que resistiesen a la conquista, y dice (cap. III):

fueron tantos los comerciantes que ocurrieron de la Isla Española y otras partes a toda la costa que corre desde Paria hasta Coriana tomando por granjería hacer esclavos los indios, que se vio obligada la Audiencia de Santo Domingo a procurar el remedio de los inconvenientes que se experimentaban en semejante desorden.

Luego lo encontramos en el número inicial de la *Gaceta de Caracas*, del 24 de octubre de 1808:

Se suplica a todos los sujetos y señoras que por sus luces e inclinación se hallen en estado de contribuir a la instrucción pública y a la inocente recreación que proporciona la literatura amena, ocurran con sus producciones, en prosa o verso, a la oficina de la Imprenta.

Es frecuente después en las Actas del Congreso de 1811. Roscio, por ejemplo, lo usa el 8 de agosto: “Si no se ha ocurrido al Ejecutivo, debe ocurrirse”. Y también en la prosa de Bolívar. Así, con valor figurado, en una carta del 3 de mayo de 1813 a Cecilio de Castro:

Al mismo Corregidor ordeno me remita a la mayor brevedad las cantidades que hayan satisfecho para ocurrir con ellas a los crecidos gastos del ejército restaurador de la libertad, que tengo la gloria de mandar.

Aparece además a cada momento en los textos legales de todo el siglo XIX. El Diccionario de la Academia registra esa acepción como castellana: “Ocurrir... 6. Acudir, concurrir”. Así se da en casi toda América, y se puede documentar en infinitos autores españoles del período clásico. Por ejemplo, en Góngora:

Balcones, galerías son y rejas
del número que ocurre a saludarlo,
las altas hayas, las encinas viejas.

Y aún en el siglo XVIII lo usa Moratín, exactamente igual que Bolívar:

Para ocurrir a todos estos gastos, que constituían una carga enorme y cierta, se contó con un fondo eventual.

Es además uso perfectamente latino (*ocurrere spectaculum, ocurrere concilium*). En el *Quijote*, Sancho no se atreve a decir cuatro refranes que le parecen apropiados a las circunstancias, porque su amo acaba de reprenderle su manía refranesca, pero Don Quijote no puede resistir la curiosidad y le dice: “Querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora a la memoria que venían aquí a propósito”. Y precisamente *ocurrir* algo a la memoria (es decir, acudir) es el origen de *ocurrírsele* a uno algo, solo que el proceso ya se había cumplido en latín.

¿Por qué entonces choca el uso venezolano a los españoles? Porque en España lo han olvidado y mantienen con exclusividad los otros valores de *ocurrir*: “Aquí ha ocurrido algo”, “¡Qué cosas se le ocurren!”.

Y aún se conserva en Venezuela con otro valor, como equivalente de *recurrir*. Dice Juan Vicente González, en su *Biografía de José Félix Ribas*, al hablar de Boves: “Para pintar a este vándalo los contemporáneos

ocurrieron, en su asombro, a las regiones infernales”. Bolívar escribía a Pedro Machado desde Yare, el 14 de septiembre de 1807:

Ocurro, pues, a usted a molestarlo suplicándole se sirva adelantarme quinientos duros, a cuenta de los mil que usted debe exhibirme en este mismo mes.

Y de nuevo coincide con Bolívar un gran prosista español del siglo XVIII, Gaspar Melchor de Jovellanos: “Se ha querido también ocurrir a la subida de las rentas, manteniendo los colonos en sus arriendos”. Pero en España se ha conservado exclusivamente en la esfera jurídica: “Recurrir o acudir a un juez o autoridad con una denuncia o petición”. Y ahí está el secreto de los usos venezolanos o hispanoamericanos. Es el mantenimiento de un valor tradicional, y aun su extensión, porque está fijado en los moldes jurídicos. La tendencia general al arcaísmo, que puede observarse en el habla venezolana, se ve reforzada en este caso por la fuerza conservadora del habla curialesca. En juzgados y tribunales es frecuentísimo: “Ocurro al Superior”, “Ocurro a Casación”, “Ocurro a usted”, etc. Y hasta hemos visto con frecuencia: “Ocurro *por ante* usted”, con acumulación nada elegante de preposiciones. En esos usos se entrecruzan los valores de *acudir* y *recurrir*, como a veces en el habla común: “Por esta causa tengo que ocurrir ante ustedes”.

Una serie de expresiones de la administración de justicia tienen entre nosotros vitalidad general. *Escogencia*, por *elección* o *selección*, que tiene viejos antecedentes españoles (se encuentra en las *Partidas* de Alfonso el Sabio), se ha conservado en Venezuela y Colombia, sin duda al calor del lenguaje forense. Es muy curioso que en todo el interior del país hasta el habla rústica haga una distinción entre las *hojas* de los árboles y las *fojas* de papel. En el siglo XVI, cuando se inicia la conquista y colonización de Venezuela, la *f* de *foja* estaba enteramente perdida en todas las regiones del castellano (en algunas todavía se pronunciaba con

h aspirada, como *foja*). Pero se conservaba en la terminología jurídica: *a fojas tantas* leemos aún en viejos expedientes de Venezuela, aunque hoy se ha impuesto *folio*, también un arcaísmo. En la Argentina se ha generalizado en la burocracia la *foja de servicios*. En cambio, aquí, gracias sin duda a notarios, procuradores, abogados y secretarios de jefatura civil, se generalizó *foja* para todo papel. Dice Bolet Peraza, de un pulpero:

metía los dedos en la caja de fideos, y sacando de ellos un puñado, los ponía en la fojita.

La *fojita* era la hoja de papel de envolver. Y de *foja* se hizo *fojear*. Pocaterra lo usa, en *La casa de los Ábila*: “El magistrado fojeó nerviosamente el legajo”. Pero ya fuera del ambiente de pliegos y expedientes lo emplea un personaje de *Tierra nuestra*, de Samuel Darío Maldonado, con evidente injusticia: “Es que ustedes, los margariteños, cuando más aprenden, han fojeado una sola vez, por la cuaresma, el libro *Rumbos y derroteros*”.

Me parece que Venezuela es una de las tierras donde más ha arraigado el viejo formulismo jurídico y la afición hispánica al papeleo. Nos ha impresionado siempre —no lo hemos conocido en ninguna otra parte— que las esquelas necrológicas de instituciones y entidades (academias, sociedades, institutos, etc.) se hagan habitualmente en la forma jurídica de los “considerandos”. ¿No vendrá también del papeleo jurídico, del acto de desistir de un litigio o pleito, la expresión tan venezolana de *entregar los papeles*? *Entregar los papeles* es darse por vencido, rendirse a discreción, y hasta morir: “Fulano entregó los papeles”.

Aun un hecho gramatical importante nos parece que se debe a influencia del lenguaje jurídico: la supervivencia del futuro de subjuntivo en *-re*. Dice una copla: “El que me dijere negro, negro tendrá el corazón”. Es perfecto, pero el habla popular de casi todo el mundo hispánico lo ha perdido ya, y aun el habla culta, salvo en frases hechas (“diga lo que dijere”, etc.). En todas partes se sustituiría: “El que me diga”, o “El que me dijera” ... Pero se encuentra a cada paso en leyes, decretos,

bandos y códigos, y a eso se debe sin duda su vitalidad venezolana. Vitalidad tan grande, que, al contrario de lo que pasa en el resto del mundo hispánico, usurpa frecuentemente el uso de la forma en *-ra*. Hasta un prosista de tan alta calidad como Rómulo Gallegos —uno de los grandes escritores de nuestra lengua— ha caído en ello con cierta frecuencia. Por ejemplo, en *Doña Bárbara*: “en esto de abandonar una opinión que hubiere sustentado, ño Pernalete era como las bestias, que luego de derribar al jinete lo cocean en el suelo” (III, cap. III). O en *El forastero*, en el que dice Parmenión (II, cap. I): “Ya le he dicho que el peligro ha pasado, si alguno hubiere habido”. En ambos casos la acción es pasada, y no cabe de ninguna manera el futuro hipotético de subjuntivo. Lo que le ha tentado indudablemente en ese uso —que encontramos también en autores de menos fuste— es lo que tiene de hipotético.

Otro término del lenguaje jurídico que se usa en Venezuela es *fundo*. Según la Academia es voz forense para designar una heredad o finca rústica. Aquí es el nombre popular de la hacienda llanera. Pero tenemos noticias de que también se usa en Extremadura: “Fulano está trabajando en los fundos del Sr. Duque”. Corominas, que lo documenta en Chile, Santo Domingo, Asturias y Galicia, cree que a América ha venido del Occidente de la Península.

Mario Briceño Iragorry ha recogido en sus tierras trujillanas otro uso curioso. De una persona que ha quedado desamparada se dice que *quedó al abentestate*. Es el *ab intestato* de la terminología jurídica, que ha tenido vitalidad en el habla de muchas regiones. En Chile registra Guzmán Maturana, en su *Pancho Garulla*: “Hay que pegar como negro; en la de no, se quea uno a ventestate”. Y en diversas regiones de España se dice *al ventestate*, *abentestate*, *abentistatis*, *albertistate*, *albintestate*, *al ventistatis*, etc. En muchas partes se asocia con *viento*, y es estar expuesto al aire crudo y libre de la noche.

De modo análogo, un viejo término jurídico como *mixti fori*, que se incorporó al habla familiar de España con el valor de embrollo o mezcla

de cosas heterogéneas (*Dicc. Acad.*), tiene vitalidad popular en Guayana en la forma *mistiforis*, según me informa Héctor Guillermo Villalobos: “Yo no creo en ese mistiforis”. El *mistiforis* es el chanchullo o la cosa confusa que uno se trae entre manos. La palabra tiene historia en Venezuela. En 1846, con motivo de la campaña electoral en que era candidato a la Presidencia de la República el sacerdote y coronel José Félix Blanco, el poeta Rafael Arvelo publicó un poema satírico titulado *Mistiforis* (alude a la mezcla de lo eclesiástico y lo seglar): en forma de alocución pastoral, el candidato se dirigía al público venezolano exponiendo un pintoresco programa político esmaltado de latines macarrónicos.

A las actas notariales se debe indudablemente la conservación de *testar* con el valor de tachar, uso ya olvidado en otras partes. Entre nosotros se encuentra aún fuera de los Tribunales. En un formulario de Correos leemos: “El empleado recibidor deberá testar las menciones que no corresponden”.

También los periodistas suelen ser aficionados a la terminología jurídica, y les parece más fino hablar de *occisos* y *homicidas* que de muertos y asesinos. Los hay muy cultos, y para decirnos que el pobre muerto estaba boca arriba, escriben: “El occiso yacía decúbito supino”.

Sin duda hay otros casos. La actividad jurídica ocupa una parte importante de la vida nacional y es natural que su curiosa terminología, por lo general arcaizante, se refleje en el habla de la colectividad. En el castellano general se usa *estar en autos de algo*, aunque ese algo sean los amores casi secretos de fulano y fulanita. Del derecho romano hemos mantenido el culto de las formas jurídicas. Para legitimar la conquista, el español tenía que leerles a los indios, en hermoso castellano del siglo XVI, el *requerimiento* de Palacios Rubios. Lope de Aguirre, el Tirano, procuró siempre que un notario legalizara sus actos. La ley es sacrosanta en todos los países de estirpe hispánica, aunque con frecuencia “se obedece, pero no se cumple”. Junto a la ley ha existido siempre la trampa, a veces más justa y siempre más humana que la ley.

Flux

Nos piden que expliquemos por qué en Venezuela el traje se llama *flux*, y además cuál es el plural correcto: *fluxes*, *fluces* o *fluses*. Trataremos de resolver las dos cuestiones.

En primer lugar, el uso de *flux* por *traje* no es exclusivo de Venezuela. Se da también en Colombia, casi toda América Central (Honduras, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua), las Antillas y parte de México. Puede decirse, pues, que abarca toda el área del Caribe. Entre nosotros (pronunciado siempre *flus*) es el traje de hombre, que tradicionalmente se componía de tres piezas: pantalón, chaqueta (o *paltó*) y chaleco. Hoy, con el naufragio casi total del chaleco, el flux solo tiene pantalón y chaqueta. Puede ser de dril o de casimir, de lana o de casinete, blanco, negro o de color, cotidiano o dominguero, el cual en el Táchira llaman *flux de pontificar*. Debe ser todo del mismo color, y no designa nunca el traje o vestido de la mujer, ni el frac, el smoking, el slack, el liquiliqui, ni el uniforme militar, que conservan sus nombres específicos.

Nuestro *flux* es sin duda muy antiguo, aunque no lo hemos encontrado antes de las *Voces nuevas* de Rivodó (1889) y las *Cartas gredalenses* de Bolet Peraza (1894). En 1894 Vargas Vila elogia el hecho de que Tosta García hubiese traído de su viaje a Europa un libro de tanto sabor venezolano como Don *Secundino*, y dice:

Yo sé de muchos que en lugar suyo habrían traído de Holanda un queso, y de París un flux.

Después aparece en todos los autores venezolanos. Y en todas las esferas sociales. También con valor figurado: “Le están cortando un buen flux a fulano”, “Ya le hicieron el flux completo”, lo cual alude al hábito, bastante sastreril y poco cristiano, de ocuparse de uno cuando está ausente (en otras tierras parece más cruel, porque es *despellejarlo* o *sacarle el cuero*). Y aun pueden ofrecerle a uno, con humor quevedesco, “el último flux”, que es la *urna* o ataúd.

En cambio, en España no se conoce. Pero en el Siglo de Oro había otro *flux*, el de los jugadores de naipes. ¿Tendrá relación con el venezolano? Era habitual entonces jugar a *la primera*, o a *quínolas*, que el Diccionario de Autoridades, a comienzos del XVIII, describía así:

Se juega dando cuatro cartas a cada uno: el siete vale veinte y un puntos, el seis vale diez y ocho, el as diez y seis, el dos doce, el tres trece, el cuatro catorce, el cinco quince, y la figura diez. La mejor suerte, y con que se gana todo, es el flux, que son cuatro cartas de un palo; después el cincuenta y cinco, que se compone precisamente de siete, seis y as de un palo; después la quínola o primera, que son cuatro cartas, una de cada palo. Si hay dos que tengan flux, gana el que le tiene mayor, y lo mismo sucede con la primera; pero si no hay cosa alguna desto, gana el que tiene más puntos en dos o tres cartas de un palo.

Se entiende entonces el pasaje de *La Cintia* de Gabriel del Corral, que cita Rodríguez Marín:

Nos casamos: llevé en dote
dientes, manos y cabello,
que por perlas, plata y oro
me lo trocaba un platero.
Verdad es que hallé su casa
parecida a mi aposento:
una primera de sillas
y un flux de almohadas de cuero.

Una primera o quínola de sillas eran cuatro sillas diferentes, y un *flux* de almohadas eran cuatro almohadas iguales.

El pícaro Estebanillo González, al marcharse de Nápoles, envía un billete nada tierno a la que había sido su amiga de mala vida:

Madama doña embeleco,
más lamida que alcuzcuz,
más probada que piñata,
más chupada que orozuz;
más batida que una estrada,
más navegada que el Sur,
más combatida que Rodas,
más gananciosa que un flux.

Se encuentra también en Fr. Antonio de Guevara (distingue “el *flux* catalán” de “la primera de Alemania”), Quevedo, Góngora, Tirso, Moreto y Mateo Alemán. El juego de quínolas o primera era uno de los más populares, y en Cervantes hay repetidas alusiones a él. Covarrubias registra, en 1611, *ir a flux* o *ir a primera*, que era entrar de socio de alguien, a ganancias y pérdidas.

La *x* castellana se pronunciaba hasta 1600 como *sh* inglesa. Y, efectivamente, el *flux* clásico es el mismo *flush* de los modernos jugadores de póker, que consiste en tener las cinco cartas del mismo palo (flux de trébol, de corazones, etc.). El ideal de un jugador de póker es hacer *straight flush*, que es una escalera del mismo palo; si entra el as, hay *royal flush*, la jugada más extraordinaria en los anales del póker. *Escalerilla de color* se llama en España, y a veces en Venezuela *real floreada*, o *royal flor*. Porque *flor* (un conjunto de cartas del mismo palo) designa hoy lo que antes se llamaba *flux*.

La coincidencia del inglés *flush* y del castellano *flux* se debe a que ambos proceden del francés *flux* (del latín *fluxus*, flujo), que en los siglos

XV y XVI está documentado como término del juego de naipes, en Ménot y en Rabelais, bajo la forma *flus* (Gargantúa sabía jugar “a la prime”, o *primera*). Y también pasó al portugués: *estar a flux* es tener los triunfos en el juego, o los votos en una elección, y en gallego *flus* es dinero (“Tiene mucho flus”, “No tiene flus”). Todavía el P. Isla —en carta del 10 de junio de 1757— usaba *hacer flux* con el valor de hacer falta, echar menos. Hoy ha vuelto al castellano con el póker, uno de los artículos de exportación de los Estados Unidos por el mundo.

El viejo *flux* llegó a América con el conquistador. Ya el Inca Garcilaso nos cuenta que Francisco Pizarro era aficionado a la primera o las quí-nolas. Y cuando sabía que alguno de sus compañeros de la conquista pasaba apuros, lo convidaba a jugar, y se hacía el perdedizo, para socorrerle sin afrenta:

cuando jugaba a los naipes, que las más veces era a la primera, embidaba el resto con las peores cartas que podía, y si por dicha hacía flux o primera, barajaba sus cartas sin mostrarlas, fingiéndose mohíno de haber perdido.

Algunos restos de ese uso se conservan en gran parte de América. Con el valor de racha favorable en el juego, se usa en El Salvador y Guatemala: “Fulano está de flus”, es decir, está ganando. En Nicaragua el *flus* designa una serie de lances favorables en el juego. En El Salvador ha pasado a ser la mancha de peces en movimiento (el *cardumen* nuestro). En Colombia *hacer flux* es hacer estragos, acabar con todo de una vez en algún juego. Pero también puede ser lo contrario. Ya en el siglo XVII, según el Maestro Correas, era quebrarse o acabarse una cosa. En la *Pí-cara Justina* era perderlo todo, uso que se da todavía hoy en España y en Colombia. *Estar uno a flux* (la Academia lo registra desde el Diccionario de Autoridades) es haberlo perdido todo, no tener nada. En México y la Argentina es sobre todo *quedarse a flux* (“la suerte nos dejó aflús”, en el

Martín Fierro). La buena y la mala racha son las dos caras opuestas del destino de todo jugador.

¿Y cómo del valor de un lance en el juego de naipes pasó *flux* a designar el traje? Parece fácil explicarlo. *Tener flux* era tener las cartas del mismo color. Algún jugador lo habrá aplicado humorísticamente al traje, compuesto de tres prendas del mismo color: “Tengo flux”, “Tienes flux”. Ya hemos visto, en la España clásica, el uso de *ir a flux* con valor figurado, y *flux de almohadas* por cuatro almohadas iguales (frente a *primera de sillas*, cuatro sillas diferentes). No es difícil, en tierras hispánicas, de jugadores empedernidos, que se generalice e imponga una humorada de jugadores. De manera análoga, el castellano hizo *estar de quínolas*, que era estar vestido de diversos colores. *Estar de quínolas* es exactamente lo contrario de *estar de flux*. Y es muy posible que ambas expresiones, que proceden del mismo juego, hayan convivido y que una haya surgido de la otra. De modo análogo, *terno*, usado también como equivalente de traje, ¿no es extensión de un término de la vieja lotería? En el Ecuador hemos oído *terno de baño*, aunque conste de una sola pieza.

Y ahora la menuda cuestión gramatical: ¿Cómo formar el plural y el diminutivo? Hay que tener en cuenta que la grafía *flux* es arcaizante y se ha conservado gracias a su vida provincial. Palabras análogas, como *relox*, *box*, *carcax*, *almofrex*, *borrax*, se escriben hoy reloj, *boj*, *carcaj*, *almofrej*, *borraj*. En la pronunciación popular del castellano, el viejo *relox* (como *flux*) se pronuncia *relós*, y aun *reló*, y tiene un plural popular *reloses* y un diminutivo *relosito*. Pero la lengua culta impuso *relojes*. Si *flux* hubiera seguido la corriente de la lengua general se diría hoy *fluj*, *flujes*, *flujecito*. Efectivamente, se encuentra *fruj* en Diego Sánchez de Badajoz, 1554, y luego *flujes* a mediados del siglo XVII en el *Estebanillo González*. El pícaro cuenta su mala suerte con Pedro de Villamor (mala suerte aparente, porque luego el generoso caballero español le devuelve todo lo ganado): “echando quínolas más que un quebrado, y flujes, que

para mí eran de sangre, me ganó el corto caudal que yo había adquirido y la carreta y caballo que estaban en confianza”.

Como la *x* antigua se ha hecho *j* en el castellano moderno, Unamuno creía que había que decir *ortodojo*, y en Colombia se ha generalizado *plejo solar*. Términos del habla literaria o técnica pueden someterse, con relativas posibilidades, a un tratamiento erudito. Pero no se puede imponer a una voz del habla familiar una historia que no tiene. Hay quienes quieren aplicarle un plural *fluces* (y un diminutivo *flucecito*) por analogía con el plural latino de *dux* (*duces*), de *fénix* (*fénices*) o de *ónix* (*ónices*). Pero *flux* no es un latinismo, y parece arbitrario darle ese tratamiento (¿por qué no atenerse al de *nox-noctes* o al de *rex-reges*?). Además, un plural *fluces* implicaría —al menos para los castellanos— una pronunciación con *c* (= *z*), enteramente injustificable. Solo caben —me parece— dos posibilidades. O bien resignarse a la pronunciación general y escribir *flus*, *flusecito*, *fluses*. Sería un triunfo del fonetismo. O bien atenerse al origen. La ortografía castellana es respetuosa, en lo posible, de la etimología. Que en este caso coincide con el uso general: *flux*, *fluxecito*, *fluxes*. Tiene un inconveniente: la *x* intervocálica pronunciada como *s*. Pero lo mismo sucede, aun en la más irreprochable pronunciación castellana, en una serie de casos: un ortólogo tan calificado como Navarro Tomás dice que el castellano correcto pronuncia con *s* no solo la *x* de *extraño* o *exclamar* (ante consonante), sino también la de *exacto*, *auxilio* o *auxiliar*. Parece bueno, pues, en el caso de *fluxes*, siguiendo el sabio consejo de Horacio, atenerse al uso, “legislador y norma del lenguaje”. Aunque quizá sería mejor usar *traje*, como en la lengua general.

“¡Qué liso!”

La Academia dice que *liso* es voz de germanía (es decir, de la jerga de delincuentes), en el sentido de desvergonzado, y que se da además en Guatemala, Honduras y Perú. Y que *lisura* designa en Guatemala y Perú la acción grosera o irrespetuosa. La información académica es inexacta e incompleta.

En primer lugar, esos valores de *liso* y *lisura* no tienen nada de grosero y no pueden estar confinados en España al habla de los delincuentes; representan un uso figurado perfectamente comprensible. Además, su gran extensión americana tampoco puede entroncarse con la germanía. En Venezuela son comunes en el habla familiar de la gente culta. Job Pim, en su *Enciclopedia Sigüí*, y luego en su *Enciclopedia Espesa*, registraba la expresión: “Francamente, mi amigo, usted es más liso que coorea de pianito”. Santos Erminy Arismendi, en su colección de refranes y dichos, registra: “Es más liso que centavo monaguero” (las monedas, sobre todo las de níquel, se alisan con el roce hasta desvanecerse totalmente el cuño). Marisela, en *Doña Bárbara*, le dice ingenuamente a Genoveva: “¿Has visto mujer más lisa que yo?” Un galán se aproxima a una niña con su pizca de mala intención, y ella se defiende: “¡Quítese de mi lao, no sea tan liso!” Una muchacha cuenta: “No me gusta ese hombre porque es muy liso”. Y otra: “¡Esa mujer sí es bien lisa!” *Liso* y *lisura* equivalen a *fresco* y *frescura*, tan usados en España. El hablante busca siempre, por vías diversas, la expresión figurada.

Los mismos usos se conocen en toda la América Central (Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua), en la costa de

Colombia, en el Ecuador y en el Perú, aun en la prosa de Ricardo Palma: “¡Vaya la lisura del mozo desvergonzado!” (*Obras*, 293 a). Palma agrega que se dan desde el siglo XVIII en los escritores más prominentes de su país y que son de empleo diario en la conversación. Llegan además hasta Chile, el Uruguay y el interior de la Argentina, aunque creo que no se conocen en Buenos Aires.

En la literatura española, desde el siglo XVIII, es frecuente encontrar *liso* con el valor de franco, abierto, y *lisura*, con el de franqueza o sinceridad: “Hay quien tiene la hinchazón por mérito, y el hablar liso y llano por demérito”, en Tomás de Iriarte; “Habladme con lisura”, en Jovellanos; “Estoy harto de tanta gravedad, lisura y tino”, en Espronceda; “Disimulad la lisura / propia de un guerrero anciano, / que no adula cortesano, / pero tampoco murmura”, en Hartzenbusch; “Dispuesto estoy a contestaros con verdad y lisura”, en *Amaya* de Navarro Villoslada; “Saludó sin cortedad, con expresiva lisura”, en la condesa de Pardo Bazán; “expresar con lisura y sin rodeos el placer o el disgusto”, en Menéndez Pelayo.

De esos usos se desprende fácilmente el nuestro. Hombre liso es en castellano, desde el siglo XVI o XVII, el hombre de verdad, sincero e ingenuo, el que no usa artificio; y lisura, la llaneza. Hablar lisa y llanamente, que es hablar sin ambages, sugiere fácilmente los usos nuevos.

Quizá haya que partir de lengua lisa. En Tierra nuestra, de Samuel Darío Maldonado, dice un personaje a otro: “No hables así; qué lengua tan suelta y tan lisa; las paredes tienen oídos y los montes ojos”. Del que enrostra las verdades al prójimo se dice que “no tiene pelos en la lengua”. Lisura ha pasado de la franqueza, sinceridad o verdad a designar la grosería o la desvergüenza. Y a veces la verdad es una grosería bien insoportable.

Pretencioso y arrivista

¿Por qué se escribe habitualmente *pretencioso* con *c*? ¿No es un derivado de *pretensión*, que es con *s*? Y *arrivista* ¿no viene de *arribar*?

En realidad *pretencioso* se escribe habitualmente con *c* porque se ha tomado del francés *prétentieux*. Tiene una difusión extraordinaria en España y América, aunque los puristas, desde Baralt hasta la última edición de la Gramática de la Academia, han clamado airados contra su uso y han propuesto en su lugar, según los casos, *presumido*, *presuntuoso*, *afectado*, *pedante*, etc. A pesar del fuego graneado de tanta artillería pesada, *pretencioso* o *pretensioso* se ha ido generalizando, hasta el punto de desplazar y absorber a sus rivales. Habrá que analizar por qué.

En primer lugar, me parece que ya están impuestos en la lengua muchos usos de *pretensión* que Baralt censuraba como galicistas: “Pocas veces decimos cosas útiles cuando damos en la ridícula pretensión de decirlas extraordinarias” (quería que se usara *manía*, *hipo*, *comezón*); “Si no tuviésemos pretensiones propias, no nos chocarían las ajenas” (le parecía mejor *vanidades*); “El hombre modesto no tiene la pretensión de saber lo que ignora” (recomendaba *jactancia* o *presunción*). Si es correcto decir “No pretende saber lo que ignora”, es evidente que también lo será: “No tiene la pretensión...” Si el francés se ha anticipado en los usos figurados de *pretensión*, no parece que haya que renunciar para siempre a unos desarrollos que existen virtualmente en la palabra.

En segundo lugar, si *presunción* no es lo mismo que *pretensión*, si *presumir* no es lo mismo que *pretender* ¿cómo se va a sustituir *pretencioso* con *presuntuoso*? Si el francés diferencia *prétentieux* y *présomptueux*, ¿por qué no los podremos diferenciar nosotros? Ese afán de extirpar palabras y usos, ¿no es pobreza?, ¿no es mezquindad? El que

tenga pretensiones excesivas o desmedidas será por fuerza pretencioso y no presumido o presuntuoso. La lengua clásica había formado sobre pretensión un adjetivo que no era mejor que el nuestro: pretensionero, que se encuentra en el Romancero general.

Y en tercer lugar, hay a su favor un uso ininterrumpido de más de un siglo, por parte de escritores eminentes de España y América. Entre nosotros lo encontramos en la Autobiografía del general Páez (I, 143,519), en los discursos de Guzmán Blanco (“la ambición de este o aquel pretencioso”, el 2 de mayo de 1873), en los artículos de Bolet Peraza (el oro es “metal soberbio y pretencioso”) o de Sales Pérez (“tengo bien calculado el escaso mérito de mis pasatiempos, para ser pretencioso”), en *Ídolos rotos* de Manuel Díaz Rodríguez (“Es un viejo muy pretencioso”) y en *Puros hombres* de Antonio Arráiz (“¿Qué se estará creyendo el bachillereyte ese pretencioso?”). Y en España, en Valera, la condesa de Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Ramón Gómez de la Serna, Ortega y Gasset y cien autores más. Entre nosotros lo defendió Baldomero Rivodó, en 1889, y en Colombia los padres Tobón Betancourt y Raimundo Morales. En tan buena compañía, nos atrevemos a considerarlo legítimo.

Muy parecido es el caso de *arrivista* o *arribista*. Viene del francés *arriviste* (derivado de *arriver*), y por eso se encuentra habitualmente con v: “Es país abierto a toda clase de osados y *arrivistas*”. Aun en Francia es palabra relativamente nueva (de fines del siglo XIX), para designar cierto tipo de ambición pequeña y sin escrúpulos. Advenedizo, que se ha propuesto en su lugar, no designa lo mismo ni evoca el afán de “llegar” (arribar) o de ir hacia arriba a cualquier precio, que es lo característico de este tipo humano. Un académico que fue secretario permanente de la Academia, Emilio Cotarelo, lo consideraba elegante y expresivo, “pero a condición de que se escriba como Dios y la Gramática ordenan”.

Así, pues, si se admite *pretensión*, es natural que *pretencioso*, que es de la familia, se escriba con s. Y si *arribista* se siente en castellano asociado con *arribar* (y aun con *arriba*), es justo que se escriba con b. Así estaremos a bien, como quiere Cotarelo, con Dios y con la Gramática. Que es casi asegurarse este mundo y el otro.

La cosiata

La Cusiata designa un episodio importante de la historia de Venezuela: su separación de la Gran Colombia, en 1826. Los acontecimientos tuvieron un carácter tan extraño —fue una especie de revolución palaciega—, que recibieron un nombre de intención despectiva. Veamos ante todo cómo pasó la cosa, o la cosiata.

La Constitución de Cúcuta (1821) había realizado un sueño de Bolívar: la unión de Ecuador, la Nueva Granada y Venezuela, comienzo de la gran unión hispanoamericana. Bolívar, presidente de la Gran Colombia, estaba pacificando y organizando el Perú; el vicepresidente Santander, encargado del Poder Ejecutivo, desarrollaba una política centralista desde Bogotá, donde funcionaba el Congreso; Páez era el comandante general del departamento de Venezuela, que abarcaba las provincias de Caracas y Barinas; Bermúdez, del de Orinoco (Guayana, Cumaná, Barcelona y Margarita) y Urdaneta del de Zulia (Coro, Trujillo, Mérida y Maracaibo). Caracas se había sumado con reservas a la unión grancolombiana, que fraccionaba su territorio. Rivalidades y divergencias entre venezolanos y neogranadinos, o entre Páez y Santander, condujeron a la crisis, que se desarrolló rápidamente.

Páez, que había sido remiso en la ejecución del impopular decreto de 1824 sobre alistamiento de milicias, publicó el 29 de diciembre de 1825 un bando convocando a los vecinos al convento de San Francisco. Acudieron muy pocos. El 6 de enero, Día de Reyes —era la tercera convocatoria—, en vista de que no había número satisfactorio, increpó

a los vecinos por su indolencia y amenazó con tomar medidas contra la prensa hostil. Y a continuación dio órdenes a los batallones Anzoátegui y Apure para que enviasen patrullas por toda la ciudad y recogiesen a todos los hombres que encontrasen, sin distinción ninguna, con instrucciones —según se dijo— de disparar contra los que huyesen y aun de penetrar en sus casas. Caracas se vio en seguida en estado de sitio. Ante las instancias del intendente Escalona, que prometió publicar un bando de alistamiento, Páez suspendió la orden y puso en libertad a los detenidos. Pero la municipalidad de Caracas (16 de enero) y el intendente Escalona se quejaron ante el Congreso.

El Senado de Colombia (27 de marzo) admitió la acusación, suspendió de su cargo al general Páez y le ordenó comparecer a Bogotá a dar cuenta de su conducta. Santander nombró para sucederle al general Escalona, su acusador y enemigo (28 de marzo). Páez, héroe de la Independencia y jefe del ejército de Venezuela, se sintió escarncido. La noticia —escribe después a Bolívar— “fue un puñal que traspasó mi corazón”. Y agregaba: “La rabia y el sentimiento en aquellos primeros instantes me inspiraron deseos de destruir a todos mis acusadores, y aun a mí mismo, si hubiera sido necesario”.

Iba sin embargo a entregar el mando y presentarse mansamente en Bogotá —dice— cuando entró en acción la Municipalidad de Valencia, donde residía Páez. El 27 de abril manifestó que la separación era inconstitucional y acordó declarar su sentimiento por ella. El 30 de abril, bajo la presión de algunos desórdenes y muertes y la actividad de la tropa, volvió a reunirse. El que movía los hilos ocultos era el Dr. Miguel Peña. Estimulada la Municipalidad por las aclamaciones del público, proclamó a Páez jefe de Venezuela y comandante del ejército. Páez no pudo resistir. La Municipalidad de Valencia, al frente del movimiento, pidió el apoyo de las demás. La de Caracas, ante el anuncio de que

se acercaba el general Mariño con una vanguardia de 3.000 hombres, se pronunció a favor. Oriente se manifestó en contra, Zulia quedó en expectativa. Santander declaró a Páez en rebeldía (8 de julio), y parecía inminente la guerra civil. El año transcurrió en graves trastornos internos, que se apaciguaron con la noticia de la entrada del Libertador en Bogotá el 14 de noviembre.

Cuando llegó Bolívar, la separación era un hecho consumado. El 1º de enero de 1827, desde Puerto Cabello, expidió una amnistía general y confirmó a Páez como jefe civil y militar. El 2 de enero Páez reconoció la autoridad de Bolívar como presidente de la República. El día 3 firmó Bolívar su proclama: “Ahoguemnos en los abismos del tiempo el año de 1826... Yo no he sabido lo que ha pasado”. El 4 se reunieron en Valencia, y el 10 hicieron ambos la entrada triunfal en Caracas. Páez podía considerarse vencedor. Dice Gil Fortoul: “A la revolución de 1826 se le ha dado el nombre desdeñoso de Cosiata, pero no hay duda que logró su objeto”. En 1830 se instaló en Valencia la Constituyente, encargó a Páez del Poder Ejecutivo y sancionó la Constitución de Venezuela. Se estableció además la unidad nacional. Pero antes Páez tuvo que romper con Bolívar y poner a Venezuela en pie de guerra contra el Libertador. Hasta hubo asambleas que pidieron que se condenase el nombre de Bolívar al olvido.

En 1837 Páez, al recordar los hechos, nos dirá: “Los sucesos de 1826 me llenan todavía de amargura y arrepentimiento” (la frase la recoge después en la Autobiografía de su ancianidad). Y, sin embargo, en 1861, cuando el presidente Tovar lo nombra imprudentemente jefe del ejército, hizo lo que Díaz Sánchez, en su Guzmán, llama “la segunda Cosiata”.

El nombre de cosiata y cosiatero surgió en aquellos días de 1826. Francisco González Guinán, en su Historia contemporánea de Venezuela, al narrar los acontecimientos, dice:

El origen de la palabra, según referencia que nos hizo el Sr. Dr. Jaime Alcázar, quien como escribano público autorizó el acta por ausencia del Secretario señor Miguel Melián, viene de que en aquellos días actuaba en Valencia una compañía dramática cuyo actor cómico, en una pieza que representaba con mucha gracia, usaba algunos derivados de la palabra *cosa*, diciendo *quisicosa*, *cosilla*, *cosiata*, aplicándolos a asuntos enmarañados; por lo cual el jefe político Mujica, al comunicar a un amigo suyo de Caracas las ocurrencias del 30 de abril, le dijo: —Ha estallado la *cosiata*.

José Jacinto Mujica era efectivamente miembro de la Municipalidad de Valencia, y la frase tiene todos los aires de resumir el resultado de una conspiración secreta, o de un amaño oculto. El historiador Carlos A. Villanueva, en *El Imperio de los Andes*, publicado en París, en 1913, discute esa versión:

Nosotros nos inclinamos a creer que *cosiata* es de origen caraqueño, donde pudo crearla el mismo actor dramático o el Dr. José Ángel Álamo, si he de creer en informes que recibimos; pero fuera de aquí o de allá, lo cierto es que se refirió al proyecto de monarquía y a los iniciados en él, y no a la revolución de Páez, como refiere el citado Dr. González Guinán, pues con el vocablo *cosiata* se calificaba algo que era misterioso, y misterio no hubo en la insurrección de Valencia.

Esa idea de Villanueva, que se encuentra ya en 1898 en las *Leyendas históricas* de Tosta García, tuvo fortuna, y la adoptó Salvador de Madañaga, que titula “La *Cosiata*” el capítulo en que trata de los proyectos de coronar a Bolívar: “la *cosiata*, como todos decían con un lenguaje convenido para mayor secreto” (II, 367). Pero nos parece que hay ahí un error. Y como lo encontramos también en eminentes escritores venezolanos, creemos que conviene analizarlo.

La idea de coronar a Bolívar, en los momentos de apogeo de su gloria, sedujo a Páez y a sus allegados, en parte con la esperanza de librarse del

centralismo bogotano. Antonio Leocadio Guzmán, con carta de Páez del 21 de octubre de 1825, va a Lima a convencer a Bolívar. Bolívar contesta a Páez de manera tajante, el 6 de marzo de 1826, aludiendo a Napoleón, César e Iturbide:

Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo.

Solo el afán de ver monarquismo a todo trance —era su debilidad— le hace a Carlos A. Villanueva interpretar la *cosiata* en relación con los propósitos monárquicos de aquella hora (I, 43):

Y como aconteciera que los partidarios de este proyecto no podían discurrir libremente, los contrarios, que habían olido la trama, llamaron a esta *cosiata*, y *cosiateros* a los iniciados en el secreto.

No hay un solo testimonio de la época que apoye esa suposición, y todos los existentes la contradicen. El coronel Carabaño, colaborador de Páez, su jefe de Estado Mayor en los días de abril de 1826, escribe a Bolívar el 10 de julio de 1828: “Yo marché en la Cosiata como un individuo a quien el honor no le permitía desertar de su puesto”. Él mismo, en carta del 5 de mayo, aludiendo a un proyecto de nuevo papel moneda de José María Rojas, lo pintaba como “cosiatero antaño, colibrista hogaño y todo lo que se quiera para formar uno de estos personajes que andan buscando la piedra filosofal” (citado por Eloy G. González). Aun antes, el mismo Bolívar escribe al general Salom, desde Caracas, el 14 de abril de 1827, al recomendarle que se acerque al general Páez: “Todo el negocio de cosiateros ha terminado ya, con estos menos, y, por lo mismo, será muy conveniente que usted se ponga de acuerdo con ellos para repeler toda injuria que venga del lado de Bogotá”. Mucho más tarde, Antonio Leocadio Guzmán, en un artículo de “La Opinión Nacional” del 12 de diciembre de 1877, dice:

Desde 1826, los hombres que se decidieron por aquella revolución sin programa evidente que los pueblos llamaron la Cosiata, y cuyo secreto era la separación de Venezuela, habían venido en pequeño número, y de modo que pudiera llamarse vergonzante, pugnando por apoderarse de la dirección omnímota del ánimo de Páez, halagándole siempre con la suprema autoridad...

Y agrega que hubo dignos patricios que “lucharon heroicamente contra los instintos y propósitos de los separatistas, llamados todavía por el pueblo cosiateros” y lograron en cierto modo preservar el ideal de unidad nacional de Colombia. He aquí que un actor de primera fila de los planes monárquicos de 1825 —Villanueva le atribuye haber inducido a Páez a esas ideas— explica claramente la Cosiata. El Dr. Carrillo Moreno nos proporciona una prueba más. Un folleto firmado por D. de Tierra firme y dedicado al Congreso Constituyente de Venezuela el 1º de mayo de 1830 (*Revista de Colombia y Venezuela unida y separada, con sus males y remedios*), relata los acontecimientos de 1826 como una revolución palaciega (cosiata “vino a ser palabra sagrada entre los caballeros o príncipes del real secreto”, “la capa es el uniforme conocido de los embozados cosiateros”) que bamboleaba desde abril hasta noviembre, en que tomó su marcha más conocida: “La revolución se fija entonces en separar a Venezuela de Bogotá y sustraerse de su gobierno; se uniforma en los cosiateros el proyecto de federación, y odio al general Bolívar”. Todos los testimonios de la época nos llevan a rechazar la asociación de cosiata con el monarquismo.

Ha llegado la hora de ver de dónde viene la palabra y qué vida tiene. Cosiata es un derivado despectivo de cosa, de uso popular en Venezuela y Colombia. Rufino José Cuervo explicaba su formación por analogía con palabras como *caminata* o *serenata*, y registraba además en Bogotá *cenata*, cena copiosa y alegre, y *tomata*, zumba (de *tomón*, zumbón). En Colombia el P. Julio Tobón Betancourt y Luis Flórez registran hoy

cosiánfira y *cosiánfiro* (“¿Cómo se llama la cosiánfira esa?”, “¿Qué hubo del cosiánfiro ese?”), *cosianga*, en Río de Oro y otras partes, y además *cositero*, persona que trabaja en muchas cosas, ordinariamente de poca importancia (como nuestro *todero* o *toero*), el que vende de todo o el que da importancia solo a menudencias. Y aun los verbos *cosiatar*, *cosianftrar* y *cosianga*. Todavía hoy anota Tomás Blanco, en la *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz*, el uso frecuente en Puerto Rico de *cosa*, *cosiata*, *aparato*, *vaina*, “en vez del vocablo adecuado”.

En Costa Rica, Ecuador, la Argentina y Chile se usa de manera análoga *cosiaca*. En algunas regiones de España se emplea el derivado masculino: “ese coso”, “un coso”, en Maragatería y Astorga; “Quita ese coso de ahí”, en Valladolid; “esi cosu d’apagar la luz”, en Santander. Y también en la Argentina, donde se le atribuye origen italiano: “Alcánceme ese coso” (también *cosiaco*; o *cusifay*, del argot italiano). Y en Colombia (“Pásame ese coso”, “ya cogió su coso”), y aun en parte de Venezuela, donde también se usa el derivado *cosón*: “Esa mujer se cree un cosón” (o *una gran caseta* o *un gran cacao*).

Cosiata, *cosiaca*, *cosianga*, *cosiánfira*, *coso*, etc., son formas de designar la cosa innominada, la insignificante, o la que no se quiere o no se puede nombrar. La *cosiata* venezolana de 1826 era la cosa embrollada que no tenía nombre. ¿Quién se habría atrevido entonces a llamarla revolución o movimiento separatista? Era en realidad un movimiento informe, sin planes precisos, con la finalidad inmediata de mantener el mando de Páez frente a Santander.

La palabra, usada probablemente por el actor cómico de Valencia y transmitida a Caracas por Mujica, o usada primero por el Dr. José Ángel Álamo, era de uso popular venezolano. Hoy está olvidada en Caracas, fuera de su valor histórico, tanto que se dice que algo es *del tiempo de la Cosiata*, o *de cuando la cosiata*, para aludir a su remota antigüedad (del

tiempo de María Castaña). Y así lo usaba ya Jabino (pseudónimo de Miguel Mármol): “Se descolgó con una polka del tiempo de la cosiata, y fue polka y polka, por espacio de dos horas” (citado por Lisandro Alvarado). Pero seguramente existe en muchas partes del interior. En Zaraza (Guárico), según me informa Francisco Gustavo Chacín, se usa todavía hoy con el valor de bribonada o *vagamundería*, y aun es habitual preguntar: “¿Cómo está la cosiata?” para averiguar por un asunto poco limpio, que es un secreto entre dos interlocutores.

Con ese valor de asunto secreto, reservado o disimulado, hay una serie de expresiones venezolanas. Se usa mucho *entaparado*: “Fulano trae su entaparado”, “Ya es hora de que se acaben los entaparados” (de *tapara*). También se dice que “Fulano tiene su trompo enrollado”, o su *jujú*, o su *miriñaque*, o su *gallo ensacado*, o su *gato enmochilado*. Y *descubrirse un pastel* (o *un patuco*) es ponerse en evidencia una trama secreta. *Cosiata* ya casi no se usa en ese sentido. Otro derivado de *cosa*, que hoy se ha vuelto obsceno por influencia francesa, se usaba tradicionalmente en Caracas: “Dame el centavo de mi cosita”, “Te quedas hoy sin el medio de la cosita”. La *cosita* era la merienda de los niños. La *cosiata* de 1826 fue también, en cierto sentido, una merienda, aunque no de niños.

¿Disgresión o digresión?

Un profesor universitario ha usado recientemente, en una conferencia, *disgresión* en vez de *digresión* (viene del latín *digressio*). Es uso bastante frecuente en Venezuela, y también en la Argentina, Perú y otras partes: “Los alumnos llevaron al profesor fuera de tema y tuvo que hacer una disgresión”, “Hay que evitar las disgresiones”. Desde luego, es palabra limitada al habla culta. Los profesores y conferenciantes son especialistas en *disgresiones*.

El cambio se explica fácilmente: confusión entre el prefijo *di-* y el prefijo *dís-*. En rigor es el mismo prefijo, y en latín se perdía la ‘s’ delante de ciertas consonantes: por eso tenemos *digerir*, *difamar*, *dilatar*, *dimitir*, *dirigir*, etc., frente a *disponer*, *discernir*, *distar*, etc. Pero entre los dos grupos ha habido siempre atracción recíproca, y así se explican algunos casos divergentes.

Por ejemplo, lo etimológico es *diminuir* y *diminución* (del latín *diminuere*), que usaba el castellano antiguo. La lengua moderna ha hecho *disminuir* y *disminución*. En la terminología gramatical, que es arcaizante por naturaleza, queda, como resto del uso antiguo, el *diminutivo*. Pues bien, nuestros profesores y maestros, llevados por el moderno *disminuir*, lo convierten muchas veces en *disminutivo*: “Escriba diez nombres disminutivos”.

Del mismo modo, *difamar* (de *diffamare*) se hizo frecuentemente *disfamar* en la lengua clásica (se encuentra en la *Celestina* y en Lope de Vega, y era la forma que prefería Juan de Valdés, en su *Diálogo de la*

lengua), y este *disfamar* sí que tiene vida todavía en Venezuela. Ya se ve que la tendencia innovadora es a favor de *dis-*, lo cual explica el auge de la *disgresión*. Oímos también *difrutar* y *difrazarse*, pero puede ser fenómeno de otro orden: absorción de la *s* por la *f* siguiente, como en *fóforos* por *fósforos*. Y claro que casos como *diciplina* (era lo clásico) representan la absorción de la *s* por la *c*, igual que en *docientos* o *trecientos* (la Academia ha restablecido, por razones etimológicas, *disciplina*, *doscientos* y *trescientos*). La pronunciación es más poderosa que la morfología.

Por más que se expliquen fácilmente, la *disgresión* y el *disminutivo* no están bien en profesores. ¿Estará mejor el *disfamar*? Aunque lo admite la Academia, y ya que por lo visto (y lo oído) es un mal inevitable, siempre será mejor *difamar*. Difama, difama, que siempre algo queda.

Casar o casal

Es general en Venezuela el uso de *casar* para designar una pareja, de macho y hembra. En primer lugar, para la de pájaros: “Tengo un casar de palomas” (es decir, un palomo y una paloma). Ya hace un siglo Miguel Carmona, en “El Monitor Industrial” del 21 de diciembre de 1858, criticaba ese uso, y proponía que se dijera “un par de palomas”. Pero la verdad es que ni *par* ni *pareja* equivalen exactamente a *casar* (una “pareja” puede ser hasta de la Guardia Civil). Y por eso se ha extendido el uso, y se encuentra en un prosista tan bueno como Manuel Díaz Rodríguez. Por ejemplo, en *Peregrina*:

En el verde oscuro follaje del naranjal revoloteaban trinando, chillando por la fruta o el amor, muchos casares de azulejos.

Y en otro pasaje: “De los primeros en aparecer, y siempre por casares, en número de tres o cuatro, o cinco o más parejas, los gonzalitos, con sus plumas de un negro luciente y de un vivo anaranjado, rasgaban como relámpagos el verde claro de las hojas” (la edición de la Biblioteca Popular, impresa en Buenos Aires, pone ahí *casales*, y además suprime una línea y asesina despiadadamente la frase). De modo análogo lo usa Samuel Darío Maldonado, en *Tierra nuestra*: “De cuando en cuando, un casar de guacamayas que surca el cielo lanzando sus intermitentes y bullangueros chillidos”.

De los pájaros se extiende a otros animales: “Compré un casar de perros”, “Tengo dos casares de gallinas grifas”. Y a veces designa al miembro

que falta de la pareja: “Vamos a traer el casar de la paloma” (el palomo), “A los canarios se les tiene solos, sin el casar, para que canten más”.

Se aplica también a la pareja de varón y niña de un matrimonio: “Ya tengo mi casar —dice una madre—, y puedo darme por contenta”. Y también en este caso puede referirse a uno solo de los miembros: “Ya tiene una niña; le falta su casar”, es decir, lo que aquí se llama el *parejo* o compañero (en realidad falta en castellano un equivalente del inglés *partner*, que pasó al francés y al alemán). Agustín García, en *Farallón*, lo escribe con z: “Frente al pesebre, y sentados en toscas banquetas, los dos cazares cantan. A tiempo que lo hacen, uno de los varoncitos golpea un panderín; el otro un tronche, y las hembras sendas maracas. Las cuatro cabecitas, llevando el compás, en grácil meneo, se proyectan grandotas, en el techo de hojas de caipo, bronceado, día tras día, por el humo hogareño”. Es la nochebuena de dos parejitas de niños corianos.

Y aun se aplica también, al menos en el Estado Lara, a otras “parejas”. Por ejemplo, la de taza y platillo: “A este juego solo le quedan cuatro casares de la docena que tenía”.

Este *casar* venezolano es el *casal* portugués, que tiene esos mismos usos (“un casal de pombos”, “un casal de perus”, “quatro casais de pessoas”, “estas piúgas não forman casal”). Y es un derivado de casa (o de *casal* ‘finca rústica’), y designó sin duda inicialmente a la pareja de palomas caseras o de pájaros apareados de la casa. Del portugués pasó a parte de Galicia y a Canarias (*casal* usaba Galdós en 1864, *casar* se dice actualmente). Y probablemente del portugués del Brasil pasó a la Argentina y al Uruguay, donde se usa mucho para designar la pareja de aves o de niños.

El *casal* portugués se hizo *casar* en Venezuela, como el *delantal* castellano se hizo *delantar*, que se oye bastante, aun en regiones, como los Andes, que no presentan confusión de *r* y *l*. En sentido inverso,

es frecuente *cebollal* por *cebollar*. La alternancia *-al -ar* es antigua en Venezuela, y Pedro Grases ha documentado, en Actas del Cabildo de Caracas, *Gibraltar* a fines del siglo XVI y *Gregorio del Espinal* junto a *Gregorio del Espinar* hacia el año 1600, cuando todavía no había confusión de *r-l*. Aunque cambios de este tipo, y aun la confusión general de *r* y *l* finales de sílaba en un sonido intermedio, se atribuyen insistentemente a influencia africana, nos parece indudable que tienen viejas raíces hispánicas;

Cabría preguntarse si a Venezuela ha llegado casual directamente, o a través de Canarias. La coincidencia de los usos venezolanos y portugueses nos hace pensar en importación directa. Y hay que asociarlo a otros portuguesismos antiguos, que tienen amplia vida en esta tierra. Ya en el siglo XVI se ha aclimatado uno de la vida afectiva, como *íngrimo*, tan vivo en nuestra expresión popular y poética. También del portugués procede *maguarse* (de *magoarse*, *magullarse*, *resentirse*), hoy ya menos usado: “Se le maguó la fiesta” (fracasó), que nada tiene que ver, a pesar de las apariencias, con *aguarse* (“el que nunca maguó”, se encuentra en Urbaneja Achelpohl: ‘el recurso que nunca falló’). Y *margullir*, con el valor de sumergirse o zambullirse (“Me margullí varias veces en el río”; “Yo sé margullirme”, en *Sobre la misma tierra* de Rómulo Gallegos; “Se margulló en la arena”), que también se pronuncia *margüir* (“Voy a echar una margüida”) y *margullar* (en los Llanos del Guárico). E igualmente *margulló*, *mugrón*, *vástago*, *acodo* (“Pronto reventarán los margullos de las ceibas”, en un cuento de Urbaneja Achelpohl, de 1896). Que proceden del portugués *mergulhar*, *mergulho*, *mergulhão*, usados en esas mismas acepciones.

Es la vieja influencia portuguesa, la de los colonos y marinos del XVI y XVII. A ella se deben también algunos usos de *empatar* en el Zulia, Trujillo, etc.: “Los niños empatan mucho” (embarazan, molestan). O

la enorme profusión de *botar*. Y el uso de *garúa*, general en casi toda América (del portugués *caruja*, según Corominas). Pero más reciente, del siglo XIX, es otro portuguesismo que desde Caracas se ha difundido por todo el país: *botiquín*, como equivalente de la vieja *taguara* o del moderno *bar*.

Portugueses hubo en todas las expediciones de la conquista, desde la primera, de Alonso de Hojeda (traía dos portugueses). Oviedo y Baños menciona, en la de Jorge Espira, a Manuel Cerpa, despedazado por un tigre por desviarse unos pasos del campamento; en la de Francisco Fajardo, en 1557, a Cortés Richo; en la del Tirano Aguirre, a Antonio de Faría, muerto al llegar a Borburata porque preguntó —al parecer con el propósito de huir— si era isla o tierra firme. Entre los fundadores de Caracas figura Francisco Freire, natural de Lisboa, y Juan Fernández de León. En la conquista y colonización tuvo importancia Gómez de Silva, que dejó ilustre descendencia, un caballero que había sido paje de lanza del rey Juan III de Portugal. Juan de Castellanos, que nos da noticias de una serie de portugueses del siglo XVI (Antón Fernández, “el lusitano fuerte y esforzado”, en la hueste del capitán Alonso de Herrera; el piloto Antón González, muy diestro, en la expedición de Antonio Sedeño; etc.), se detiene, un poco burlón, en un buen portugués enamorado de una india del Lago de Maracaibo. El portugués la viste, la bautiza y se quiere casar con ella. Pero la india, ingrata, lo abandona, con cruel estratagema. El portugués, que la llamaba en la noche con las tiernas palabras de su lengua, parece que fue el hazmerreír de los soldados. Pero el episodio testimonia su indudable nobleza de sentimientos.

Era tal la influencia de los portugueses en esta tierra, que una real orden de Madrid, del 21 de abril de 1578, mandó apresarlos a todos y llevarlos con sus bienes y familias a Sevilla. Eran momentos de lucha con la corona de Portugal y de ataques de corsarios. Pero la orden no

llegó a aplicarse, precisamente por la influencia de algunos de ellos, que habían prestado importantes servicios a la Corona y ocupaban puestos eminentes en Coro y Caracas.

Las palabras portuguesas incorporadas al habla venezolana nos prueban la compenetración de aquellos portugueses con la vida inicial de la colonia. Y aun confirmaríamos esa influencia si nos detuviéramos en una serie de apellidos de origen portugués que se destacan en la vida económica, política, cultural y social del país. ¿No lo testimonia también el nombre de un río (Río de la Portuguesa), que ha pasado a ser el de uno de los Estados venezolanos? El nombre indígena era Tameri cuando llegó Federmann (1530). Jorge Espira lo llamó después Río de los Estribos. Pero ya en el acta de la fundación de la ciudad de Guanare, el 3 de noviembre de 1591, aparece el nombre de Río de la Portuguesa. Después, en un documento del año 1629 (*Encomiendas*, III, 170). Y luego, repetidas veces, en la *Relación del descubrimiento del río Apure*, de Fray Jacinto de Carvajal (1648). La tradición, que recogen el hermano Nectario y el Dr. Vicente Dávila, es que una valiente portuguesa se ahogó en sus aguas al acompañar a una de las expediciones de la conquista. Esa expedición se cree que fue la del capitán Juan Fernández de León Pacheco, fundador de Guanare, la cuna de la Virgen de Coromoto. Juan Fernández de León Pacheco había nacido en Portugal, y del total de 58 pobladores que le acompañaban en la fundación consta que por lo menos ocho eran portugueses. Una nieta de Fernández de León se casó con don Simón Bolívar, antepasado del Libertador. La historia y el lenguaje nos testimonian la valiosa contribución portuguesa a la vida venezolana, desde los orígenes hasta hoy.

Dos términos del periodismo: *caliche* y *palangre* (Con motivo del día del periodista)

Dice Ortega y Gasset que el emblema del escritor es la pluma; no la estilográfica de metal, sino la ligera pluma de ave. Y que por eso lo escrito debe ser alado como la pluma, y no pesado como el plomo. ¿No se puede decir lo mismo del periodista?

¡Ay, el periodista ya no escribe con la pluma! La máquina, con su pesado martilleo, suplanta el rasguear nervioso y febril de la pluma, que a veces escribía sola, movida por la inspiración. Quizá hoy el emblema del periodista sea la hoja de papel, la volandera cuartilla de las redacciones. La inocente hoja en blanco, que se va a llenar de Dios sabe qué cosas negras y coloradas, y en los talleres se va a metamorfosear en plomo. ¡En el temible plomo!

El plomo es enemigo del periodista aún más que del escritor. Hay grandes libros que pesan como el destino, es decir, más que el plomo. Y son grandes. Y hay que sorberlos y paladearlos gota a gota, para no perder una sola. Pero el periodismo no tolera esa clase de grandeza. Todo tiene que ser rápido, ligero, alado. Porque su lema, en todo el mundo, es: “Nada es más viejo por la tarde que un periódico de la mañana”.

El peligro del periodista, sobre todo del periodista venezolano, no es el plomo, sino el *caliche*. La noticia sin importancia, la crónica anodina, de relleno, el artículo pesado e indigesto, la foto matadora, todo eso es *caliche*. Y hay que ver al jefe de redacción indignado: “¡Eso es puro caliche!”, “No me venga con noticias calichosas”. Los jefes de redacción,

instalados en sus sillones presidenciales (“jefe es jefe, aunque tenga cochochos”), no quieren *caliche*, ni *regorgaya*, ni *refritos*, ni *fiambres*, ni *culebrones*. Los jefes de redacción solo quieren *tubazos* y *bombas*.

¿Y qué es el tan temido caliche? La palabra es un derivado despectivo de *cal*. En España y otras partes designa diversos tipos de piedra, no siempre caliza. También en Venezuela, donde los muchachos cogen caliches a orillas del mar y los pulen para convertirlos en metras (en el bajo Unare, en cambio, según Alfredo Armas Alfonzo, es un molusco de color claro que se adhiere a los troncos, embarcaciones, etc.). Pero el término es sobre todo de construcción: es el residuo de la cal zarandada, o lo que queda de la lechada de cal después que se ha blanqueado con ella; en los Andes, con barro y caliche se hace el mezclote, para pegar piedras y ladrillos. Dice Juan José Churión (“el Bachiller Munguía”), en su *Amor científico*: “En sus más tiernos años llevaba siempre las manecitas untadas de barro, pues se pasaba las horas muertas haciendo casitas con mezclote y caliche”. En Andalucía *descalicharse* o *escalicharse* una pared es desconcharse.

Por su carácter de materia amorfa, de relleno o sobrante, se ha aplicado en Venezuela a los hombres y a las cosas. En el Alto Llano —según me informa José Antonio de Armas Chitty—, cuando una pared ha sido mal blanqueada, con sitios sin cal o sin pintura, se dice que *quedó calichosa*; una fruta mala, hueca, está *calichosa*; una persona achacosa, con *malos humores* (barros, tumores, etc.), está *calichosa* (“¡Mírale la cara a Pánfilo, puro caliche!”); un hombre operado, que sufre de la herida, está *calichoso* (“¡Pobre, con ese juraco no se le va a acabá el caliche!”). Y cuando alguien está de malas, se oye: “¡Ya le cayó el caliche!”. Que es una nueva variante de la *pava*.

En gran parte del país el *caliche* se ha extendido a otras esferas: “¡Esa mujer es bien caliche!”, “Ese jugador es un caliche”, “¡Qué cuento tan caliche!”. Hoy el gran campo del caliche no es la construcción, sino el

periodismo. Según me dice Bastidas, el término lo consagró “el caballo Acosta” hace unos quince años, en la época inicial de “Últimas Noticias”, que inauguró en Caracas el periodismo callejero.

Si el *caliche* designa un periodismo malo, el *palangre* designa un periodismo infame. Hay periodicuchos que viven del palangre. El propietario, que es a veces el director y el jefe de redacción (tres en uno), tiene una noticia que puede afectar al honor o a los intereses de alguien. Pues en vez de publicarla, cobra su silencio. Es el palangre por omisión. Pero lo hay también, más grave, por comisión: se cobra para dar una noticia falsa o verdadera que puede beneficiar a alguien; o por dar coba a alguien, por *jalar mecate*. Y a veces lo hace el humilde cronista o redactor que quiere redondear su presupuesto, siempre exiguo, con un par de palangres por mes. El palangre —sin ofender a nadie— se ha dado en las mejores familias del periodismo venezolano. Solo que los periódicos dignos lo han castigado o lo han extirpado. Pero ¿qué digo? ¿Acaso no son dignos todos los periódicos?

El *palangre* (la voz nos viene sin duda del portugués) es un grueso y largo cordel de pescar, del cual pende una serie de ramales provistos de sus correspondientes anzuelos. Como se ve, es un sistema plural y ventajoso de pesca. Y por eso lo emplean siempre los pescadores de río revuelto. Con valor figurado me parece uso exclusivo de Venezuela, pero no se limita solo al periodismo. Fulano de Tal, que acaba de llegar de lueñas tierras, ha hecho un retrato, de calidad artística dudosa, del Libertador, y lo vende a buen precio: “Metió su palangre”. El famoso escritor X, que recorre América (o el mundo) en viaje triunfal, va a hacer un gran libro sobre Venezuela, y ¡claro!, hay que pagárselo a buen precio: “Colocó su palangre”. Una señora distinguida aprovecha sus relaciones para un negocio poco lícito: “Eso es un palangre”. El político Mengánéz elogia a la vez a tres posibles candidatos a la presidencia de la República (se recuerda al respecto un episodio de 1941), y la gente

dice con suspicacia: “Tiró un palangre”. Pero el palangrismo hace su agosto con la cursi y provinciana crónica social, feria de las pequeñas vanidades.

Sin inocentes caliches ni productivos palangres, con amor a su profesión, el periodista tiene inmensas posibilidades. Su función, más que servir a una empresa o a sí mismo, es servir a su tierra. Por más humilde que sea su tarea, siempre puede dar un poco de justicia y un poco de verdad. Claro que el oficio tiene sus amarguras, “sus berenjenas”, y hasta sus peligros, internos y externos. Entre los internos, podrán “cogerle los rayos” o “caerle los rayos” en el preciso momento en que iba a marcharse a su casa o a una cita llena de esperanzas. Podrá *encocharse* el trabajo de imposición, y habrá que esperar con santa paciencia. Tendrá de pronto que *darle un mateo*, o *peinar* o *raspar* precipitadamente una información que le hubiera gustado *guisar* a su sabor, o ponerle música. Pero debe afrontar todos sus sinsabores con la fe inquebrantable de que le corresponde una alta misión cultural, social y humana.

Papelón

Una de las palabras más típicas de Venezuela es *papelón*, nombre de la meladura de caña de azúcar cuajada en forma cónica. Aunque la Academia la registra como voz de América meridional, creemos que no se conoce fuera de Venezuela. Y ni siquiera es de todo el país, sino fundamentalmente de la región central y oriental, con tendencia creciente a penetrar en otras regiones y a desplazar a la *panela* cuadrilonga. Por el Occidente domina casi todo el territorio de Lara; y hacia el sur, casi todo el Guárico (en Cazorla se sigue haciendo la *panela*); en los llanos de Barinas se empieza a llamar *papelón* a la *panela*.

En realidad, hay dos Venezuelas: la de la *panela* y la del *papelón*. Y aun en la del *papelón*, alterna con este otro nombre, hasta ahora enigmático: el de *rule*, usado en gran parte de la región central (“Deme mi ñapa de *rule*”). Dentro de la variedad, hay un término unificador, que los abarca a todos, y que incluye también el azúcar, y es el de dulce: “¿No le ha puesto dulce al café?” En los demás países de América se han generalizado otros nombres: *piloncillo*, *chancaca*, *chincate* o *chineaste*, *cogucho*, *raspadura*, *panocha*, etc., aunque quizá *panela* sea el de mayor extensión. La variedad de nombres responde a una variedad en la forma y en la calidad. Y aun el mismo *papelón* venezolano tiene clases y hasta castas: el blanco de Guatire, el dorado de caña buena, el oscuro o negro de cachaza o de caña mala.

El nombre de *papelón* está documentado desde el siglo XVII: el 20 de enero de 1689 el Cabildo de la Limpia Concepción del Tocuyo dispone:

“Dos libras de papelón bueno y purificado, un real” (“Gaceta Profesional”, I, 169). Ya entonces alternaban papelón y dulce: “Se ha de servir vuestra señoría de hacer la repartición de carne, maíz, harina y dulce” (I, 66, 168). El Acta del Cabildo de San Felipe del 4 de enero de 1741 dice (León Trujillo, “Motín y sublevación de San Felipe”): “no se entretiene en otra cosa más que en hacer registrar carguitas de papelones, carne y otras inmundicias”. Se manifiesta ahí el viejo desprecio hispánico por las actividades mercantiles. Un testigo habla de “carne, dulce y otras inmundicias”, con esa misma equivalencia entre *papelón* y *dulce* que se mantiene hasta hoy.

Lisandro Alvarado ha recogido otros testimonios. El de Caulín, de 1759. Caulín habla de las sabanas de la Nueva Andalucía (Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del Orinoco), “de frescos y crecidos pastos, hermosas vegas y dilatados valles, en que los habitantes cultivan y logran crecidos frutos de azúcar, miel, papelones, maíz, caza-be y arroz, frijoles y otros, que con abundancia producen para beneficio de los hombres”. Poco después, el gobernador Joseph Diguja describe Santo Tomé en 1762:

Tenía la ciudad cosa de 28 a 30 conucos de frutas, legumbres, caña, etc., y se usaba la caña para fabricar aguardiente y un azúcar de mala calidad llamado *papelón*, el único que se usa en las misiones.

En 1810 la Junta Suprema de Caracas dispuso que se cobrara “el papelón a ocho pesos carga” (*Gaceta de Caracas*, 27 de julio de 1810). El *Correo del Orinoco* (núm. 25) reproduce una carta del 12 de marzo de 1819, enviada desde Achaguas por el realista José Caparros:

El ejército ha descansado de sus fatigas, y se va reponiendo con los recursos que ofrecen los conucos y trapiches de estas inmediaciones. Maíz, plátanos, yuca, ñame, papelón, miel, vacas y caballos. Con esto nadie se muere de hambre ni está a pie.

En 1832 Juan de Dios Picón, gobernador de la provincia de Mérida, que incluía entonces el Táchira, en la *Descripción* de su tierra, habla del papelón de Egido y el de Lobatera, que eran artículos de exportación local, y elogia sobre todo el último, el de mejor calidad de la provincia (en Mérida el habla culta llama sistemáticamente *papelón* a la *panela*). Cazabe con papelón ha sido a veces plato único en las campañas de la Independencia, en los lavaderos de oro y en los cauchales. O papelón y queso, combinación que recibe el nombre popular de *San Simón y Judas* (quizá esté relacionado con el queso de San Simón, un queso gallego de forma cónica y corteza dorada): antes era frecuente pedir “la ñapa de San Simón y Judas”. O papelón, cazabe y queso, lo cual se designa con el nombre indígena de *naiboa*.

La verdad es que el papelón (o la panela occidental) no es solo el azúcar de los pobres (desde luego, más nutritivo que el refinado y blanquísimo). Se encuentra en todo hogar venezolano, pues entra en las comidas (endulza hasta las caraotas), en infinitos dulces y en bebidas: el sabroso *alfondoque* o *mono*, las *panelas* de formas y sabores variados (que no hay que confundir con la *panela* cuadrilonga), las *conservas* de naranja, de cidra o de coco (ya Oviedo y Baños, en el siglo XVIII, aludía reiteradamente a las “exquisitas y regaladas conservas”), las *melcochas*, las *huecas*, los *alfeñiques*, y sobre todo el *guarapo*, que corresponde al *aguamiel* o *agua de panela* de los Andes, solo que el aguamiel es hervida (como el guarapo caraqueño) y el agua de panela, cruda, como nuestra agua de papelón.

El guarapo es una de las grandes instituciones venezolanas. Teresa de la Parra, que ha dado una hermosa y animada imagen del viejo trapiche, cuenta que entraban los hijos de los peones a pedir: “De parte de mamá, que si me hacen el favor de unas migajitas de raspadura o un pedacito de papelón roto para el guarapito de esta noche”. El guarapo se usa para hacer café, o como refresco. Y desde luego, como alimento infantil. Un

guarapo refinado y aromático es el de tamarindo. Y refrescante y sabroso, el de piña: se deja fermentar el guarapo con *concha* de piña. El guarapo se emplea bastante en medicina casera. Y aun el papelón quemado puesto en agua de saúco y sabiamente combinado con aguardiente.

No es raro que el papelón se transforme en plato único, de lo cual se queja la siguiente copla, oída en Nirgua por Humberto Rivas Mijares (es variante de otra más vieja dedicada al galerón):

Papelón en la mañana,
papelón al mediodía;
papelón a todas horas,
a todas horas del día.

El último verso se canta a veces con más desgarramiento: “como si fuera comía”. Es natural así que aparezca en una serie de expresiones figuradas. Se dice que alguien “ya no para papelón” o que “no para ni papelón”, cuando le faltan bríos para hacer algo, cuando es un incapaz. Y aun que “fulanita ya no para papelón” cuando ha llegado a la edad dramática de la retirada. *Parar papelón* era —según Gonzalo Picón Febres— ser hábil en política, tener éxito en la sociedad, en la revolución o en la guerra (*parar plata* o *parar la moneda* es ganarla; *no parar nada* es no conseguir nada). En *Rebelión*, de Rómulo Gallegos, el Maneto le dice a Juan Lorenzo, que está a punto de írsele a las manos:

—Yo no comprendo, valecito, cómo un muchacho tan completo y tan macho como tú se pué encurruñá con esos patiquines que no paran ni papelón.

Y el *Cancionero* de Montesinos recoge la siguiente copla:

Zamuro come bailando,
y de costao, tiburón;
aquel que no come avispas
nunca para papelón.

Además, *estar como papelón en petaca* equivale a estar como sardina en lata. En la guerra del 14 —según Job Pim— *los papelones* eran los proyectiles del 42 que tiraban los alemanes y que produjeron gran impresión en aquellos tiempos. Con valor figurado aparece también en el corrido del Mocho Hernández:

Crespo salió a perseguirlo
con muchísima ambición.
Pensando que era melado,
se le volvió papelón.

Se encuentra además en la adivinanza, no muy ingeniosa, del *bombillo*, que recoge Olivares Figueroa: “Redondín, redondón, blanco como el papelón”. Y es también nombre de un baile antiguo, que se conoce al menos en Lara y Barlovento. Era habitual en las fiestas de la cruz de mayo, al son del tambor, a medianoche, y se acompañaba intermitentemente con la siguiente copla que ha oído la profesora Aura Gómez:

El que baila el papelón
no le ve la cara a Dios;
una vieja lo bailó,
y el diablo se la llevó.

O bien con esta otra:

Papelón a medio,
papelón a real.
Todos los pulperos
se quieren casar.

Si alguien pregunta, en Maracaibo, por ejemplo: “¿Cuándo me pagará Fulano lo que me debe?”, es posible que le contesten: “El año de los papelones”. Que equivale al *año verde*, *el día del juicio* o *cuando la rana críe pelo*.

Y hasta se llama *papelón*, en las *pesas* y mercados de Caracas, un trozo de carne más o menos rectangular, grueso, especial para asado: “Véndame un quilo de papelón; o si no, de muchacho”. En cambio, nada tiene que ver con nuestra palabra el *papelonearse* o *empapelonarse*, turbarse, azorarse, amilanarse. Viene de otro *papelón*, de *hacer un mal papel* o un *papelón*: este último uso, general en la Argentina y erróneamente explicado como brasileñismo, se da en gran parte de América y ha existido sin duda en Venezuela. Pero ¿de dónde viene nuestro *papelón*?

El nombre se debe a la forma, y está indudablemente relacionado con *cucurucho*. Dice José D. Medrano, en sus *Apuntaciones* de 1884 sobre el lenguaje maracaibero: “Por acá llamamos *cucurucho* al papelón de figura cónica que suele fabricarse en Coro y en la isla de Margarita. Ese nombre de *cucurucho* es sin duda más viejo que *papelón*: ha sido también general en Cuba, la tierra de los azúcares (en algunas partes de México *cucurucha*), y aun hoy designa en Lara la parte alta o el extremo del papelón. El papelón se hace efectivamente en hormas —de madera o de barro cocido— que tienen forma de cucurucho. Y *cucurucho* y *papelón* han sido sinónimos.

Veamos la trayectoria de la palabra. *Papelón* era papel grueso o cartón. Don Quijote, que ha hecho de cartones una media celada, al llegar a la venta que toma por castillo se encuentra con dos mozas de partido y se dirige a ellas “alzándose la visera de papelón”. Góngora, en un romance burlesco, canta los desdichados amores del pastor Galayo por la linda Teresona. El pastor, para consolarse de los desdenes de su dama, sacaba de rato en rato un cordón de sus cabellos:

Y en un papelón de estraza,
habiéndole antes besado,
lo envuelve, y saca del seno
de su pastora un retrato.

Covarrubias explicaba la palabra en 1611: “*Papelón*, papel doblado y pegado con engrudo, que por otro nombre llaman *cartón*”. Y antes, al explicar la palabra *coroza*, dice que era un equivalente de *capirote* o *cucurucho*, o sea “el papelón con que los confiteros, boticarios, especieros y otros drogueros envuelven sus mercancías”.

Aún más, *papelón* como equivalente de *cucurucho* se ha documentado en la *República literaria* de Saavedra Fajardo, de la primera mitad del siglo XVII. El autor, conducido en sueños por Varrón, llega a una ciudad maravillosa. Después de atravesar las puertas, guardadas por dos gramáticos vestidos a la antigua, se encuentra ante un soberbio edificio, que era la aduana, donde sudadas y anhelantes acémilas conducían los pesados libros de todas las naciones. Censores ancianos sometían esos libros a examen, y solo dejaban pasar las buenas. Pero el papel de los otros, para que no todo se perdiese, lo destinaban a ministerios y usos caseros de la República, como burla del vano apetito de gloria de los autores. Uno de los censores recibía los libros de poesía:

Y con mucha risa aplicaba los libros de materias amorosas para hacer cartones a las damas y capillos a las rucas, devanadores, papelones de grajea y anís, y también para envolver las ciruelas de Génova.

En 1645 publica Rojas Zorrilla su comedia *Lo que quería ver el Marqués de Villena*. El Dr. Bermúdez, que hace oposiciones en la Universidad de Salamanca, reparte entre los estudiantes “treinta papelones de a libra”. Esos *papelones*, llenos de confitura, eran sin duda cucuruchos. Todavía hoy *cucurucho* y *papelón* son sinónimos en algunas partes de España. Por lo menos en Andalucía. En San Lúcar, por ejemplo (Huelva), según informes de la señora Carmen de Díaz, se puede comprar “un papelón de pescado frito”. Rodríguez Marín, que es andaluz, escribía en 1914 (*Burla burlando*, p.144): “Por lo que hace a amuletos mágicos,

so lo hallé, en un arrumbado papelón de cosillas sueltas, una amatista con el esqueleto humano..., y una antigua calavera de coral”. También *papeleta* es, o ha sido, según el Diccionario Académico, un cucurucho de papel. Y en catalán *papelina* (o *paperina*), que en castellano (ya lo registraba así Covarrubias) es un vaso de pie estrecho y boca ancha.

Así como *cucurucho* pasó a ser nombre, en Costa Rica, Nicaragua, Santo Domingo, y también en Venezuela, de cerros o cumbres (los clásicos *panes de azúcar*), hay entre nosotros, cerca y lejos de Caracas, una serie de cerros con el nombre de Papelón (ya en 1770 había en los Llanos, entre las misiones capuchinas, un pueblo llamado Papelón, seguramente por un cerro próximo). Y una vez generalizada la voz, se explica fácilmente la difusión de los *papeloncitos*: de guanábana, de durazno, de fresa, de piña, de vainilla, etc., con sus colores variados. Los más populares han sido los de *purga ‘e gota*, pequeños, amarillentos, que se vendían en las pulperías del interior y de Caracas. Hubo una época en que salían los vendedores con sus azafates por las calles, pregonando la mercancía: “Papeloncitos de purga ‘e gota”, “Papeloncitos de Guatire”, etc. Se hacían efectivamente en cucuruchos, que les servían de molde; cuando el molde era semicircular se llamaban *cachos*, nombre popular de los cuernos en Venezuela y gran parte de América. Papeloncitos y cachos hicieron las delicias de grandes y chicos. Y con el papelón y la panela —de la cual nos ocuparemos en seguida— evocan un importante aspecto de la vida venezolana, desde luego un aspecto muy dulce.

Panela

Hay dos Venezuelas: la del *papelón* y la de la *panela*, según que usen la meladura de caña de azúcar cuajada en forma cónica o cuadrilonga. Hoy las dos se entrecruzan, y el *papelón*, con el poder expansivo de Caracas, va invadiendo las tierras tradicionales de su rival: en Barinas, por ejemplo, empiezan a llamar *papelón* a la panela rectangular. Pero de todos modos *papelón* solo vive en una parte del país, mientras que *panela* tiene amplia vida internacional. Es la forma general de Colombia, y en *María* de Jorge Isaacs cuenta el protagonista:

Agotamos el tinto, despreciamos el pan, y los higos y ciruelas
les gustaron más a mis compañeros que a mí. No faltó la panela
chancaca, dulce compañera del viajero, del cazador y del pobre.

Y se canta además la siguiente copla, que recoge Malaret:

Molé, trapiche, molé,
mole la caña en tu muela;
de la caña sale miel,
y de la miel, la panela.

Por el sur penetra en el Ecuador y llega hasta Piura (Perú). Por el norte se extiende hacia Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala. En Guatemala puede tener diversas formas, aunque la más común parece ser la de *marqueta*, pirámide truncada de base rectangular. Se ha registrado también en el sureste de México (Yucatán, Puebla, etc.) y José Martí, en un artículo de 1882, recogido por Pedro Grases en la *Sección Constante*, habla de los indios “viriles y hermosos” de las

montañas de Oaxaca, “que se alimentan únicamente de polvo de maíz mezclado con panela”. Pero esa *panela* es “el piloncillo grande y cónico”, es decir, lo que nosotros llamamos papelón. ¿Será eso un disparate? ¿No es imprescindible que la panela sea cuadrada o cuadrilonga?

Pues parece que no. Ya en la región central y oriental y en los llanos de Venezuela hay otras *panelas*, no siempre rectangulares. Sí lo es *la panelita de San Joaquín*, el popular bizcochito que se vende por calles y caminos (San Joaquín, en la carretera de Maracay a Valencia, es la patria de origen). Pero la sabrosa *panela* del Guárico, de Cumaná, de Anzoátegui, se prepara con el melado antes de llegar a punto de papelón, se le agrega a veces queso, o granos de anís o de jengibre, y se cuaja en forma triangular.

En cambio, en Occidente, y también en Caracas, no se concibe la panela sino cuadrada o cuadrilonga. Y la palabra se extiende a otros objetos: una panela de jabón, de chocolate, etc., o un ladrillo de tierra cocida (de 8 x 12 cm. Habitualmente), que en Lara, según Silva Uzcátegui, se usa para pavimentar, y en Mérida, según Picón Febres, para rematar los sardineles por encima. Y Lisandro Alvarado registra además *panelones*, ladrillos de unos 40 centímetros, enteramente cuadrados.

El uso de *panela* en Venezuela se remonta sin duda al siglo XVII. Pero el testimonio más viejo que tenemos es de Bolívar, al escribir desde Colombia a un colombiano. El 5 de enero de 1829 enviaba desde Neiva sus órdenes al coronel Tomás C. Mosquera, que había libertado a Popayán, y le daba instrucciones para el envío de mil hombres en tres columnas:

Al amanecer marchar dos o tres horas, y por la tarde otras tantas; que les lleven limones a las pascanas, para que beban agua de limones con panela o miel, todo para evitar el mal clima y el calor excesivo del día y del país.

Luego Miguel Carmona, en “El Monitor Industrial” de Caracas, el 12 de octubre de 1859 registra *panela* como equivalente de pan hecho

de arroz, dulce y otras cosas (se acerca más bien a lo que en otras tierras se llama *panetela*), y también ladrillo de forma cuadrada y de tamaño variable, para la edificación. Después se encuentra en todos los autores occidentales, o que reflejan la vida occidental. Pero es curioso el uso de Gonzalo Picón Febres, en *Fidelia*: “las panelas de papelón y azúcar”. Y también en el *Libro raro*: “Agua de panela es agua endulzada con papelón”. Como merideño culto, se ve que prefería el término genérico de *papelón*.

En realidad, el agua de panela es panela disuelta en agua; y fría y con limón, es muy refrescante, como ya observaba Bolívar. En cambio, el *aguamiel* andina se hace hirviendo panela en agua (corresponde al *guarapo* de papelón de las otras regiones), y se bebe caliente, tibia o fría, y es la bebida de los pobres (*aguamiel negra*); pero se le puede agregar leche, y es la sabrosa *aguamiel con leche*. Y así como el papelón prolifera en alfondoques, melcochas, etc., hay en Occidente *panelas de anís* (se venden por las calles con coquitos, conservas, etc.), *batidos de melcocha* (a veces se parecen a los alfondoques) y *paraos* (especie de alfondoques envueltos en cucuruchos de hojas de caña). De la miel, la melcocha, el alfondoque o un dulce de almíbar que se pasa de punto o se endurece se dice que *se apaneló*, *se apapelonó* o *se azucaró* (según las regiones). La panela se empaca, para los mercados del interior, en enormes *adorotes* (o *aborotes*, o *borotes*), que son pacas de caña (en Mérida se hacen con el tallo seco del plátano) y constituyen los llamados *tercios*. Hay —como en todo— los pesimistas de la panela, que le atribuyen todas las erupciones de la piel, a las que llaman *pajitas de la panela*: “A fulano como que se le alborotaron las pajitas de la panela”. En el Táchira, para ahuyentar a las brujas, que suelen posarse de noche en los techos o pasar volando montadas en una escoba, se les grita: “¡Vuelve mañana, por sal y panela!” Y en previsión, se ponen en la puerta unas tijeras en cruz, para que la bruja gire alrededor sin poder entrar.

¿De dónde viene la palabra? El primer testimonio español lo ha encontrado Eduardo Ibarra y Rodríguez en la *Ordenanza de confiteros de Granada* del 17 de mayo de 1530, la cual ordena:

en ningunas conservas ni confituras, ni para englutir, ni cubrir, no gasten azúcar de formas por purgar, ni panela, aunque sea de las Islas.

Es evidente que *panela* era una especie de azúcar sin refinar de las Islas, es decir, de las Islas Canarias, de donde vino la caña de azúcar a América. En esas mismas *Ordenanzas* (Cuervo cita la edición de 1672) se halla tasada la arroba “del azúcar panela” en cuatro maravedís.

Ya en noviembre de 1640 se encuentra en francés, en unas tarifas reales (citado por Littré): “Panelles de Chypre ou sucre rouge en poundre, le cent pesant de 10 livres”. Esas *panelas de Chipre* quizá fueran de otras islas (en los productos comerciales se juega siempre con la procedencia, para aumentarles prestigio). Porque *panelle* o *pannelle* está además documentado en el francés del siglo XIX como nombre de un tipo de azúcar procedente de las Antillas.

¿Y de dónde viene esa *panela* de Canarias, que es la misma de Hispanoamérica y de Francia? Creemos que del portugués *panela*. Ya Cuervo ha señalado en portugués: “*assucar panella*: mais baixo que o reespuma”. *Panela* es voz portuguesa que tiene muchísima vida, y significa originalmente olla o paila, vasija de barro o de metal que sirve para cocinar los alimentos (está emparentado en su origen con el inglés *pan*, cazuela, perol, y con el alemán *Pfanne*, caldera, sartén, y también ladrillo). Ya un personaje de *El amor médico* de Tirso de Molina relataba sus peripecias en Portugal: “No hay manera de entender: la olla llaman *panela*”. El castellano no tenía esa voz, y el uso actual de *panela* como un tipo de cesta en Galicia es el femenino de *panel*, de origen provenzal, que también en Álava y Andalucía designa un tipo de cesta (la *panela* del escudo, en cambio, es de origen francés).

Hay que partir, pues, del portugués. Del nombre del recipiente se pasó al contenido, proceso universal de evolución semántica. De modo análogo, *paella*, nombre valenciano de una sartén, designa actualmente uno de los platos más perfectos de la cocina española. Probablemente el nombre de *panela*, como equivalente de olla o de paila, se aplicó primero a uno de los dulces preparados o condensados en ese recipiente (se ha aplicado a las conservas de frutas). Efectivamente, en Santo Domingo, la primera tierra americana de la caña y del trapiche, *panela* es todavía hoy, según me informa el señor Howed, un dulce de leche, una *raspadura* o *rapadura* fina que tiene forma de pailita. Y en Cataluña, según me dice Pedro Grases, se llama *panellets* (es decir, *paneletas*) unos pastelitos dulces muy populares, por lo común de forma cónica; en Mallorca se hacen de mazapán o de harina azucarada. Nos parece indudable que de ahí (todavía hoy *panela* y *dulce* son sinónimos en gran parte de Venezuela) *panela* pasó a designar, ya en el siglo XVI, un tipo de azúcar, o un tipo de panes de azúcar.

De todos modos, en su origen el nombre es independiente de la palabra *pan*, aunque después se asoció con los panes cuadrilongos o rectangulares. Y a una asociación de este tipo se debe también sin duda que la *panela* o el *papelón* se llame en gran parte de México *panocha*, nombre que llega hasta Filipinas. Pero el nombre de *panela* es, etimológicamente al menos, independiente de la forma. Y puede aplicarse, pues, sin escrúpulos de conciencia, a los piloncillos cónicos de México o a nuestras *panelas* triangulares de Oriente, Guayana y los Llanos.

¿Floristería o florería?

El español que llega a Caracas se sorprende de encontrar *floristerías* cuando él está acostumbrado a ver *florerías*. *No creo* que se use más que en Venezuela. ¿Estará bien formado?

Los nombres de establecimientos se forman en general sobre el del oficio con el sufijo *-ía*: de *carpintero*, *carpintería*; de *barbero*, *barbería*; de *librero*, *librería*. Como terminan habitualmente en *-ería*, se sintió esta terminación como sufijo, y así surgieron *sastrería* (de *sastrer*) o *juguetería* (de *juguete*). O bien *estuquería*, *marmolería*, *perfumería*, de *estuco*, *mármol*, *perfume*, a pesar de *estuquista*, *marmolista* y *perfumista*. Veamos ahora la *florería* o la *floristería*.

Desde la Antigüedad clásica hasta el siglo XVIII se cultivaba el arte de las flores de mano, de hilo, seda, tela, perlas y piedras preciosas. La persona que las hacía o las vendía se llamaba en España florero (igual que el nombre del vasco, maceta o tiesto) o florera. Pero a principios del siglo XIX se generaliza florista, por influencia de la *fleuriste* francesa o la *florista* italiana, o por diferenciar personas y recipientes. En 1817 lo adopta la Academia, solo para el que se dedica a hacer flores artificiales. Pero las flores naturales y las floristas que las venden triunfan plenamente en el siglo XIX: piénsese, por ejemplo, en la Dama de las Camelias. Hace unos veinte o treinta años Celia Gámez popularizó en España la canción de la florista:

Por la calle de Alcalá,
con la falda almidoná

y los nardos apoyaos en la cadera,
la florista viene y va...

Entonces surge, al servicio de las señoras, la “Venta de flores”. España y todo el mundo hispánico le dará en seguida el nombre de *florería* (obsérvese que todavía no lo registra la Academia); Venezuela, el de *floristería*. ¿Habrá contribuido al nombre venezolano la *floristeria* italiana, y habrán sido italianos los primeros que establecieron en Caracas las simpáticas floristerías? Es posible. De todos modos hay un caso de la lengua general que le da legitimidad: de *ebanista* se hizo *ebanistería*.

Otros dos casos análogos hay además en Venezuela: *dentistería* y *modistería*. *Dentistería* designa la clínica o consultorio dental: “Voy a la dentistería a sacarme una muela” (en los Andes, “voy pa la dientistería”). También es equivalente de *odontología*: “Está estudiando dentistería”. La *modistería* es el taller o establecimiento donde se hacen trajes femeninos:

—¿Dónde te hicieron ese vestido?

—En la Modistería «La Elegante»

Roberto Restrepo, en Colombia, defendió esos usos de *dentistería* y *modistería*. Este último se conoce también en México, al menos en Sonora.

Ya se ve que puede defenderse nuestra *floristería*. Pero ¿no será mejor generalizar *florería*, con criterio de unidad hispánica?

Escogencia

Muchos creen que es disparatado el uso venezolano de *escogencia* por elección o selección. La verdad es que no figura hoy en el Diccionario de la Academia. Pero sí se encontraba en la primera edición: en 1732 el Diccionario de Autoridades lo documentaba en las *Partidas* de Alfonso el Sabio y en el *Centón Epistolario* del enigmático bachiller Fernán Gómez de Ciudad Real. Encontramos además *escogenza* en documentos antiguos y *descogencia* en Berceo (se usaba también *descoger* por *escoger*). Es, pues, palabra de honrosísima y venerable tradición.

Ya el Diccionario de 1732 la daba como anticuada, y prefería *escogimiento*. Lo cual quiere decir que no se usaba ya en Castilla. Pero no es del todo justo considerarla anticuada porque conserva plena vitalidad en algunas partes, por lo menos en Venezuela y Colombia. Además, en Salamanca se usa *escogencioso* (escogedor), que es un derivado de *escogencia*. En Venezuela lo emplean muy buenos escritores, entre ellos Jacinto Fombona Pachano, y seguramente llena una necesidad expresiva: Los políticos hablan de la *escogencia* de candidatos al Congreso; los alumnos del pre universitario, de la *escogencia* de carrera profesional; en el lenguaje político se distingue la *escogencia* de los candidatos por los partidos y su elección por el sufragio popular. En cambio, en las haciendas se habla de la *escogida* del café, y los ganaderos, de la *selección* de pastos, semillas, ganado, etc.

¿Puede considerarse incorrecto el uso de una vieja palabra castellana, bien formada, con buena tradición literaria, solo porque otras regiones

la han olvidado? Me parece que no. Su uso es perfectamente legítimo. Pero si en lugar del criterio de corrección se aplicara un criterio estético, quizá diría que me gusta mucho más *elección* o *selección*. Y quizá a una preferencia de esta clase se deba que la palabra haya envejecido y muerto en la mayor parte del territorio hispánico.

¿Y cómo se explica que haya persistido en Venezuela cuando ha muerto en casi todas las otras regiones? Me parece que hay una razón importante: *escogencia* es voz del lenguaje jurídico, desde las *leyes de las Partidas*, y ya hemos visto —al estudiar la vida de *ocurrir*— que Venezuela es una de las tierras donde más ha arraigado el viejo formulismo jurídico y la afición hispánica al papeleo. De todos modos, el uso de *escogencia* no parece problema de corrección o incorrección, sino pura cuestión de gusto.

“Su boca sea la medida”

He aquí una hermosa expresión venezolana, llena de sentido. Es frecuente en las novelas de Rómulo Gallegos. En *Cantaclaro*, Juan Parao le dice a Florentino: “Arrímese, pa que echemos una conversación, ahora que no nos escuchan los muchachos”. Y Florentino, que sospechaba que quería trasmitirle una orden del Dr. Payara para que se marchara del hato, repuso, poniéndose a tono:

—Su boca sea la medida, comandante. Vaya diciendo.

Pero Juan Parao quería inducirlo a capitanear una revolución, y Florentino prefería seguir cantando sus canciones y enamorando a sus indias. Entonces Juan Parao, resignado, cierra el diálogo con una expresión equivalente a la de Florentino: “Si a usted le parece que eso es bastante, su gusto sea su medida”.

En *Canaima*, Marcos Vargas le dice a José Francisco Ardavín, con el que está empeñado en una original partida de dados en que entra en juego su propia vida:

—Me lleva prensado, coronel, pero ya le di a entender que su boca sería la medida.

Y en la novela de la Guajira, *Sobre la misma tierra*, Demetrio Montiel está vendiendo indios para la siembra de caña en las tierras ganadas al cenegal, y Adrián Gadea le propone:

—Si me lo fías, puedes recargarles algoito.

Y él respondió en seguida:

— ¡Cómo no, hermano! Y su boca sea la medida del algoito, y del plazo para cancelar la factura.

Rómulo Gallegos la pone en boca de Florentino, Marcos Vargas, Demetrio Montiel, tres personajes que representan la fuerza bravía de la tierra. Y es la aceptación de la palabra ajena, que puede ser una orden o las condiciones de un negocio, de una apuesta o de un desafío. La aceptación gallarda o cortés, con alarde varonil. No se ha señalado en otras tierras hispánicas (puede que exista, y no haya llamado la atención), pero tiene su historia, y quizá sea interesante desentrañarla.

Ya en el siglo XVI se encuentra en el *Lazarillo de Tormes*. Lázaro, después de infinitas desventuras, se asienta con un capellán, y dice:

Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida.

Es decir, que obtenía todo lo que apetecía. Luego, en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán. El pícaro Guzmán recalca en una posada, donde le toman para dar paja y cebada a las caballerías. Y describe los engaños del oficio (adobar la cebada con agua caliente para hincharla, pesar falsamente, etc.). Pero el pago debía ser exacto:

a fe que a la cuenta lo pagaban por entero. Nuestras bocas eran medidas, no teniendo consideración a posturas ni aranceles, que aquéllos no se guardan... La palabra del ventero es una sentencia definitiva; no hay a quien suplicar, sino a la bolsa.

Con una variante en la edición de 1615: “Nuestras bocas eran medida; y aun para ella tenía por coadjutores las gallinas y lechones de la casa, si acaso faltaba el borrico; y otras veces entraban todos a la parte, porque no se repara entre buenos en poquedades”.

Poco después aparece en el *Quijote*. El caballero se ha despedido de los Duques, y maltratado por un tropel de toros bravos y de mansos cabestros, llega a una venta, que esta vez no toma por castillo. Y dice Cervantes:

llegóse la hora de cenar; recogieronse a su estancia; preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar. A lo que el huésped respondió que su boca sería medida; y así, que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta.

Lo cual era pura petulancia de ventero, pues luego resultó que no tenía ni pollos, ni ternera, ni cabrito, ni tocino, ni huevos, y solo dos uñas de vaca, cocidas con garbanzos, cebollas y tocino.

El mismo Cervantes lo usa también en el *Entremés del vizcaíno fingido*. Dice Solórzano, explicando las palabras de su amo, que se hace el vizcaíno y habla como tal:

—Dice que, con lo dulce, también bebe vino como agua, y que este vino es de San Marcos, y que beberá otra vez.

Y Cristina, mujer de vida alegre, que es la que hace el convite, contesta:

—Y aun otras ciento; su boca puede ser medida.

Es decir, que puede beber cuanto quiera. Hacia 1630 el Maestro Co-reas jugaba con la expresión: “*Su boca será su medida; o su boca será medida*”. Que se le dará cumplimiento en todo, y gusto; y el otro, usando desta frase como suena, a una bestia que llevaba prestada metiéndola la boca en un medio celemín y así cumplía con ella, y con decir *su boca será medida*”. Quizá de ahí sacó Cejador su explicación: “Metáfora del llenar de trigo la medida”. Se llenaba efectivamente el celemín de trigo o de cebada para que las bestias comiesen lo que quisieran: la boca era medida.

Pero la expresión no es de ningún modo exclusiva de venteros y picaros. En 1569, en la *Araucana*, aparece en un contexto más digno. Caupolicán confía en la ayuda de Andresillo y le promete gratificaciones y honores antes de atacar el fuerte de la Imperial (I, canto XXXI):

Para lo cual ha sido mi venida
sorda y secretamente en esta parte,
donde siendo tu boca la medida,
quiero del justo premio asegurarte.

Luego, en 1588, la emplea Malón de Chaide en su *Conversión de la Magdalena* (III, 426):

Tomó el señor la metáfora de una mujer perdida que, saliéndose de casa de su marido, que la trata muy bien, tráela muy enojada y vestida y su boca es la medida de cuanto quiere; ella, liviana, ingrata, dale cantarada y vase con un rufián.

Es evidente que Venezuela conserva en toda su dignidad la vieja expresión castellana. Es probable que en el resto del mundo hispánico se haya perdido al volverse expresión de venteros y de picaros y prestarse a maliciosos juegos de palabras. Mientras en España *boca* se vuelve símbolo del apetito y la voracidad animal, en Venezuela se siente como cuna o fuente de la palabra. Y la expresión, aun siendo rústica, evoca, por la proyección espiritual de la palabra, que se identifica con el hombre, el famoso principio de Protágoras: “El hombre es la medida de todas las cosas”.

Con valor análogo se conoce otra en Venezuela, también muy usada por Rómulo Gallegos: *su palabra vaya alante*. Así, cuando Remota Montiel le reclama a Adrián Gadea la deuda que éste había contraído con su padre por la venta de los indios guajiros, el bribón contesta con cierta reticencia: “Su palabra vaya alante, como dice el vulgo”. O en *El forastero*, cuando Guaviare pregunta a Edecán cuánto le había dado

Efigenia por el trabajo que le hizo al Dr. Smith, él contesta inmutable: “Pues... francamente, recordar no recuerdo; pero si fue ella —su palabra vaya adelante— quien me encargó ese trabajo, supongo que me lo haiga pagao a su hora y punto”.

Hay en las dos expresiones una valoración moderna de la palabra. Que se manifiesta también en otras, de tradición española. En los cuentos llaneros es frecuente: “Palabra de rey no vuelve atrás”. Y en los Andes y en Lara se oye, al sellar un compromiso: “Palabra de rey no puede faltar”. En un romance histórico encontramos: “Palabras no quiebran huesos, pero quiebran voluntades”. Y en el Táchira suele oírse, y es de la lengua general: “Palabras y piedras sueltas no tienen vueltas”. Sobre *palabra* se ha formado *palabrear*, con el valor de *apalabrar*, como en la copla que recoge Olivares Figueroa:

No paro ni las orejas,
como caballo cansao;
los zamuros, pa mi entierro,
ya los tengo palabreaos.

Todavía hay otra expresión, de tipo semejante: *Esa boca manda*. La encontramos en *Reinaldo Solar*, de Rómulo Gallegos. Reinaldo, animado por el afán de regresar a la tierra, inquiera por el estado de sus campos, y el viejito Gracián, un isleño venezolanizado, le informa:

—Anda mal esto, ¿verdad?

—Su miajita, don Reinaldito. Que con el descuío pué resultá un mucho pa más tarde... Hay mucho barbechal por esos campos; la floramarilla se ha cogió el puesto de la caña.

—Ya se resembrará.

—Esa boca manda.

Su boca sea la medida, mucho más expresivo y elegante que las fórmulas corrientes (“Como usted quiera”, “Como guste”, etc.), se incorpora

a una rica familia de manifestaciones de la tradicional cortesía española, muchas de ellas —como ha demostrado Américo Castro— de ascendencia islámica. Ninguna tiene tanta vida en Venezuela como el “a la orden”, una variante de una vieja expresión castellana: “a su disposición”, “a su mandar”. A veces, al preguntarle a uno cómo está, le contestan, sobre todo en el campo: “A su mandar” o “Para servirle”. Esas expresiones han nacido de una actitud afectiva, de una inclinación cordial. *Ponerse a la orden* ha sido alguna vez ponerse efectivamente a la orden. Pero las cortesías —ese es su destino dramático— se transforman paulatinamente en vacías fórmulas. *Su boca sea la medida* ha conservado en cambio en Venezuela su viejo contenido como expresión de condescendencia y cortesía. El andaluz, y también el santanderino, si hemos de creer a Pereda, expresa a veces lo mismo de un modo más hiperbólico, aunque indudablemente menos fino: “Yo soy la carne. ¡Sea usted el cuchillo!”

Pulpería

La pulpería nos ofrece su problema etimológico. Desde el primer momento se ha sentido cierta conexión entre *pulpero* y *pulpo*. Por lo menos la encontramos en dos autores venerables. El primero, el Inca Garcilaso. En su hermosa *Historia general del Perú*, publicada en 1617, dice:

En aquellos tiempos [1552] andaban los soldados tan belicosos en el Perú, que cada día había muchas pendencias singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros tratantes, hasta los que llaman *pulperos*, nombre impuesto a los más pobres vendedores porque en la tienda de uno de ellos hallaron vendiéndose un pulpo.

El segundo, uno de los más antiguos historiadores de la tierra venezolana. Fray Pedro Simón publica en 1627 sus *Noticias historiales*, y dice que a los pulperos les dieron este nombre porque tenían muchas cosas que vender, “al modo que los pulpos tienen muchos pies”.

Esa explicación parece más bien una humorada. ¿No está inspirada en la vieja antipatía hispánica hacia toda actividad comercial? Corominas ha querido explicar *pulpero* como derivado de *pulpa*. Efectivamente, en Cuba, según Constantino Suárez, llaman *pulpero* al vendedor ambulante de pulpa de tamarindo, “que suele ser un tipo callejero gracioso por su aspecto y su pregón”. Pero es designación relativamente reciente, y no parece que en la época de la conquista se dedicara el español a la venta ambulante de pulpa de frutas, ni que las *pulpas* fuesen el principal artículo de las pulperías del siglo XVI.

Nos queda una tercera posibilidad. Desde los días tempranos de la conquista de México los establecimientos indígenas donde se vendía el *pulque*, la bebida fermentada del maguey o agave, se llamaron pulquerías. Desde aquella época hasta hoy, la pulquería mexicana ha sido una institución, rica de color y olor. ¿No es plausible pensar que la haya llevado el español a otras tierras de América? Muchos de los conquistadores y primeros pobladores de México se trasladaron al Perú y a otras tierras americanas. Claro que una *pulquería* fuera de México tenía que vender, en lugar de pulque, otras bebidas fermentadas. Y sin el asidero del nombre indígena, desconocido en el resto de América, es probable que el nombre de *pulquero* se asociara con *pulpo* o *pulpa*, por etimología popular, y se transformara en *pulpero*. Es una hipótesis, ¿pero acaso hay alguna más plausible?

Quizá la siguiente noticia la haga más verosímil. Hacia 1640 llegó a Pisco el judío portugués Sebastián Rodríguez, que antes había estado en México. Con trescientos pesos que le habían quedado compró vino, que trajo de Trujillo, y se fue a Panamá, y allí “puso una pulquería para venderlo”. Residió en la ciudad tres años “en el oficio de pulpero”, y al pasar a la Villa de los Santos a cobrar lo que le debían, lo prendió el Santo Oficio. Manuel Tejado Fernández, en *Aspectos de la vida social en Cartagena de Indias durante el seiscientos* (Sevilla, 1954, págs. 182-184), se detiene en sus tribulaciones inquisitoriales. Vemos que hacia 1640 se podía llamar en Panamá *pulquería* una venta de vino; y al dueño, *pulpero*. En 1648 Solórzano Pereira, en su *Política indiana*, hace equivalentes las *abacerías* de Castilla y las *pulperías* o *pulquerías* de Indias, que deriva de *pulque*.

La *pulquería* se mantuvo en México con la estabilidad de lo indígena. En cambio, la *pulpería* de los otros países, como institución importada, evolucionó según las necesidades regionales. Ya tempranamente, junto a los licores (sobre todo aguardiente) se vendieron en ella toda clase de

mercancías, hasta elixires de farmacia, cosméticos y literatura popular. Se esparció por toda América del Sur desde el siglo XVI (ya el 12 de febrero de 1592 se habla de pulperos en el Cabildo de Caracas), y las leyes de Indias se preocuparon por regular su funcionamiento. Hoy tienden a suplantarla las casas de abastos y los supermercados, pero conserva su plena fisonomía en los campos. Tenía más calor, más intimidad, que los establecimientos modernos, sin duda porque se complementaba con sus ribetes de *botiquín*.

Musiú

Creo que es una particularidad de Venezuela llamar *musiú* (del francés *monsieur*) al extranjero. Y es frecuente el plural *musiúes* (o *musiuses*), el femenino *musiúa* y el diminutivo *musiúito*, *musiúita*, capaces de exasperar a cualquier francés. *Hacerse el musiú* es hacerse el sordo o el tonto (*el sueco*), y también hemos oído: “Se está haciendo la musiúa para que le digan madama” (o “para que le den pan de trigo”, o “para que le den caramelos” o “pa que se la crean”). Job Pim habla de Musiú Rufé, “célebre fabricante de perinolas, trompos y otras gollerías, y propietario exclusivo de un burro que, según es fama, gastaba sombreros de fieltro, duros y blandos”. Era tan popular en Caracas hace treinta o cuarenta años, que se decía: “Ese da más vueltas que el torno de musiú Rufé”. Y parece que también fue famoso un tal Surú, a quien, según nos cuentan, le pasaron cosas muy desagradables con motivo del asesinato de Juancho Gómez, porque hemos oído decir, en trance de despedida: “En vista de lo que le pasó a Musiú Surú, yo me voy”.

¿Y cómo el francés *monsieur* se hizo *musiú*? Los escritores de los siglos XVI, XVII y XVIII emplean sobre todo *monsiur* (*Monsiur Gramón* llama Oviedo y Baños, en 1723, al célebre corsario francés que saqueó la Guaira). Pero ya en el siglo XVI es muy frecuente *mosiur* (*Mosiur de Laxao*, camarero de Carlos V, en López de Gómara). Y aun *musiur* (*mussiur de Xebres*, en Fray Antonio de Guevara). En 1611 decía Covarrubias: “Lo que en Castilla llamamos *don* es en Francia *musiur*”. Ya sin la *-r* final, que por lo demás no se pronuncia en francés, se encuentra

mosiú en los entremeses madrileños de Ramón de la Cruz (“Mosiú de Andoville”, dice Merino en *El cocinero*, de 1769; “Oui, mosiú”, dice Ayala, en *La hostería de Ayala*, de 1760, al dirigirse a un italiano). Y ya nuestro *musiú* en los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós. Juan Martín el Empecinado, el famoso y rudo guerrillero de la lucha anti napoleónica, está dictando un parte militar:

La guarnición se encerró en el convento fortificado de la Merced, y los mandaba un tal musiú Muller... Escribe con cuidado eso de *musiú*...; se pone *monsieur*.

En otras ocasiones Galdós pone *monsiures* o *musiures*, pero ya tenemos, en el habla de los soldados de la guerra anti napoleónica, nuestro *musiú*. Modernamente se ha señalado *mosiú* como forma andaluza, pero *musiú* es designación popular castellana para el francés o gabacho. Un personaje, muy español, de *La dama errante* de Baroja se llama “*El Musiú*” solo porque había pasado una temporada en Argel: “Musiú Roberto del Castillo”.

Tenemos, pues, *musiú* en España desde principios del siglo XIX. El *musiú* de Venezuela ¿pudo haberse formado independientemente? La forma no es extraña. Por vía auditiva se puede llegar a *mesié*, como en Cataluña. Pero por vía visual (la lectura) no es difícil llegar a *mosiú* y luego a *musiú*. Y efectivamente *musiú* se encuentra también en otros países de Europa: *musiú cu pardesú* (señor con gabán) llaman en rumano a la persona bien trajeada, según información de Pedro Grases, y en Italia es frecuente tratar de *musiú* al extranjero (en un disco napolitano que me proporciona Rafael di Prisco llaman *musiú*, por su aire forastero, a uno que ha vuelto de América). El Conde Pierre Louis Roederer, en sus *Mémoires sur la Révolution, le Consulat et l'Empire*, registra el 10 de abril de 1802 su entrevista con el Cardenal Consalvi, y remeda el francés del legado italiano: “*Mousiou Loucien il a mieux saisi et mieux frappé l'objet*

que mousiou Portalis... Quoique mousiou Pourtalis, c'est très bien aussi; mais trop semblé craindre... trop philosophe". También en Chile se usa, o se ha usado, *musiú* como equivalente de señor, e igualmente en El Salvador. Pero el uso venezolano es distinto y más profundo, y no se limita al tratamiento. ¿Cómo llegó a Venezuela y a qué se debe su extensión y desarrollo en este país?

En 1806 el gobernador Guevara y Vasconcelos, alarmado por la expedición de Miranda, pidió refuerzos a Guadalupe. El gobernador de la Antilla francesa le envió un batallón de 200 hombres, que se alojaron en el cuartel de San Carlos y permanecieron diez y seis meses en Caracas. Juan de Casas tuvo que reembarcarlos precipitadamente en 1808. ¿Se deberá a ellos la popularización del *musiú*?

No lo creemos. Nuestra opinión es que llegó en 1815 con las tropas de Morillo, que habían participado en la guerra de emancipación de la Península y tuvieron que luchar contra la emancipación americana. Lucha en la cual se encontraron de nuevo con tropas extranjeras (franceses, ingleses, irlandeses, etc.), que actuaban en los ejércitos patriotas. Nos parece que de aquellos años data el *musiú* venezolano, aplicado sin duda inicialmente a los combatientes extranjeros de los ejércitos patriotas, confundidos en una designación común, aunque los franceses no fueron de ningún modo los más numerosos, ni los más brillantes.

Efectivamente, *musiú* no es todo extranjero. No lo es en general el español ni el hispanoamericano, aunque puede aplicárseles el tratamiento si lo justifica la apariencia, como también al venezolano. Al canario se le llama *isleño*; al portugués, siempre *portugués*. A sirios, libaneses, marroquíes, etc., *turcos*, porque fueron otrora súbditos del Imperio Otomano. Aunque en algunas partes del interior (en Barlovento, según me informa Miguel Acosta Saignes) había una designación especial para los marroquíes, por lo común sefarditas: "Hoy es la fiesta de los marruecos",

“Ahí vive un marrueco”. *Musiú* alterna alguna vez con *gringo*, que en los últimos tiempos se reserva especialmente para el norteamericano, y con *jurungo*, que alude sobre todo a la extrañeza de la lengua. Y alguna vez también con *míster* “¿Cómo está, míster?”, “Ya llegó el míster”, “Es bueno el míster”. Y a la mujer extranjera se la llama cortésmente *musiúa*, y con menos cortesía *madama*, nombre que se dio hace años a las cocineras martiniqueñas y que hoy puede aplicarse a cualquier mujer que ha llegado a cierta opulencia desmedida de las formas: “Está hecha una madama”.

Pero *musiú* no es de ninguna manera ofensivo, aunque el tono puede a veces darle ese carácter, como a la misma palabra *extranjero*, de apariencia tan objetiva. *Musiú* es, por el contrario, forma familiar, afectiva: “Fulanita pescó un musiú simpatiquísimo”. Arturo Uslar Pietri, en *Las lanzas coloradas*, registra el uso en los momentos iniciales de la emancipación. Presentación Campos, el rudo mayordomo de la hacienda, pregunta a Espíritu Santo, uno de los esclavos:

—¿Trajiste al hombre?

—Sí, señor, lo traje. Es un musiú catire. Ahora está con los amos. Es muy simpático. Se llama el capitán David. Traía una pistola muy bonita y me habló bastante.

Y como habitualmente no es despectivo, puede usarse como tratamiento: “¿Cómo está, musiú?”, “Dígame, musiú Luis”, etc., lo cual implica cierta familiaridad. En *Don Secundino en París* de Tosta García (1894), un niño se dirige al pulpero *franchute* que va de compras a París y le da cinco centavos y le encarga: —“Musiú, tráigame un pito bien lindo cuando venga”. Y hasta es frecuente al dirigirse a un venezolano, sobre todo si es *catire*, rubio o blanco. Y en el Guárico y Anzoátegui se ha convertido en *musió* y *musia* (también *Rosalía* se pronuncia *Rosália*), formas de apariencia más hispánicas: “Ése es medio musió”, “¡Es linda la musia!”

Con todo, no siempre es inocente el tratamiento de *musiú*, y el extranjero a quien se lo aplican lo siente como despectivo, quizá por lo que tiene de etiqueta clasificadora. Por eso se cuenta que le preguntaron una vez a un polaco: “¿Es usted musiú?” Y él contestó humildemente: “Aquí sí”. La anécdota expresa la relatividad de lo extranjero, y se puede aplicar a cualquier tierra. Hace poco, según informaba “El Nacional”, un pintor lituano se refugió en busca de felicidad en un pueblecito del Litoral donde no le dijeran *musiú*. Lo cual no deja de ser ingenuo. Aníbal Lisandro Alvarado dice precisamente de los pueblos del interior que cuando llegaba antiguamente “un italiano de aquellos de calzones de pana y cachucha”, los chicos le gritaban por las calles: “Musiú, perolero, sinvergüenza”. Y es frecuente la comparación: “Es el mismo musiú con diferente quincalla”, o “con diferente maleta”, o “con diferente cachimbo”, o “con diferente pianito”, variantes de una ofensiva expresión castellana: “Es el mismo perro con distinto collar”.

El tratamiento de *musiú* establece siempre cierta lejanía, y permite cobrarle a uno dos bolívares más por una carrera de automóvil. En *Doña Bárbara*, Mujiquita le dice a Santos Luzardo, aludiendo a mister Danger, que era en realidad un bandolero: “Ya tú sabes que musiú tiene garantías en esta tierra”. Frase en la que asoma el resentimiento del criollo, que se siente muchas veces postergado. Resentimiento más visible aún en un personaje de *Música bárbara*, un cuento de Manuel Díaz Rodríguez. Benito, el desdichado carretero que hace el recorrido de la Guaira a Caracas, se ve arruinado por los progresos del naciente ferrocarril, y sueña con una revolución inminente para *tumbar* al gobierno y expulsar del país a los *musiúes*, que eran los promotores de la obra. Y se, encuentra con Zampabollos, un cochero amigo, que le pregunta:

—¿Qué hay, Benito?

—Náa, que te prepares a mata musiúes.

Y como Zampabollos, algo tímido, le respondiera con un gesto, significándole que llevaba musiúes en el coche, Benito le gritó:

—¿Aja? ¡Güeno! Pues en cuantico llegues a Boquerón, esbarráncalos.

Es la reacción —muy comprensible— del desplazado. *Matar musiúes* pudo ser ideal de fracasados. Ideal que se dio también en la Argentina en la época inicial de la inmigración, y se manifiesta, por ejemplo, en algún episodio del *Martín Fierro* y en *La gringa* de Florencio Sánchez. Y a veces asoma, como aspecto negativo, en cierto tipo de nacionalismo, que no fue el de los libertadores.

Frente a esa reacción también existe el prestigio desmedido o injusto del *musiú*, o de “lo musiú”. Hay quienes creen que todo lo que viene de fuera es de calidad superior, desde las mercancías hasta los profesionales. Y aunque frecuentemente se equivocan, pecan al menos por modestia, por ingenuidad, y a veces también por “snobismo”.

Más arraigado en todo el mundo es el sentimiento hostil, xenófobo. El *ana karina rote* de los caribes (“Solo nosotros somos gente”) parece, con matices circunstanciales, principio universal, de todos los tiempos, de todos los pueblos: el prójimo que ha nacido en otras tierras, o que habla otra lengua, no es un hombre (para los griegos era un *bárbaro*). La hostilidad se exagera si pertenece a la tribu fronteriza. De ahí la definición que un europeo ha dado de *nación*: “Un conjunto de personas unidas por un error común acerca de su origen y una común aversión hacia los vecinos”.

Jurungo

Una palabra típica de Venezuela para designar al extranjero, sobre todo al de lengua, es *jurungo*. También se dice jorungo, y en las regiones andinas que confunden *f* y *j*, *furungo*. Equivale en general a *musiú*, pero mientras que este se encuentra en el habla familiar de la gente culta y hasta puede usarse afectuosamente, *jurungo* se da solo en el habla vulgar, es forma burlona y se siente siempre como ofensivo: los extranjeros se *montan* bárbaramente (es decir, se enfurecen) —dice Aníbal Lisandro Alvarado— cuando los llaman *jurungos*. Y como alude en general a la manera de chapurrear el castellano, se aplica también al venezolano que es tartamudo o tartajoso: “el Jurungo Miguel” se llamaba un *gago* muy criollo en Calderas, población barinesa.

El primer testimonio que tenemos de la palabra es de Isidoro Laverde Amaya. Al venir desde Bogotá a Caracas, pasa a principios de 1886 por Pamplona, la tradicional escala entre Venezuela y la Nueva Granada. Y oye allí *jurungo* aplicado al italiano. Ya en 1889 recoge Rivodó la variante *jorungo*, como equivalente jocoso de extranjero. En 1894 Don Secundino, el personaje de Tosta García, dice refiriéndose airado a los franceses:

—Pues yo no le arrastro cuero a nadie, porque he traído muchas morocotas para gastar, y si estos jurungos creen lo contrario, que vengan para que se persuadan.

Luego alterna en los autores criollistas con *musiú*. Por ejemplo, en *Mimí*, la novela de Rafael Cabrera Malo, en 1898. *Mimí*, la heroína de

la bohemia, quiere que el autor le cuente cosas de su tierra y rechaza los dioses del Olimpo:

—¿De las cosas de esos jorungos? No, niño, no sigas... ¡Mira qué gracia! Para eso yo cojo un libro y es mejor...

Y luego continúa, siempre en plan de crítica literaria:

— ¡Guá!... A mí me tienen ya acatarrada con las cosas de esos musiués. Yo tengo deseos de oír algo nuevo.

La alternancia con *musiú* se da también en un cuento de Urbaneja Achelpohl, de 1911: *Un mal parecido*. El *zute* Francisquito cuenta al juez sus hazañas:

—Yo venía de estirar las piernas, me había desayunado muy bien y caminaba muy contento. ¡Cata que me encuentro con dos jurungos como dos periquitos bamboleándose en el aire en la mitad del viaducto! Cuando pasé, les llamé la atención: «¿Musiué, musiué, qué tal?» Como nada me contestaron, se me ocurrió llamarles de otro modo. Y comencé a darle con el machete a los mecates. Los musiués volvieron los ojos hacía mí muy cariñosos. Y yo les grité: «¡Compadres, eh!» ¡Piazo e salto! Los musiués iban por el aire hablando en madamo.

El angelito había cortado los cables que sostenían a los dos obreros extranjeros que estaban trabajando encaramados en lo alto del viaducto. Y la misma valoración se encuentra también en un pasaje de *Tierra nuestra* de Samuel Darío Maldonado, cuando el comisario de la Piedra, molesto por los negocios y reclamaciones del tudesco Don Luis, aconseja que conviden al *musiú* o *jorungo* a la laja de la Zapoara y lo hagan caer a las aguas del turbulento Orinoco. Pero en la misma obra aparece también sin intención despectiva. Kalunga reconoce, en el *botiquín*, a un señorote atrincherado tras un jarro de cerveza, y piensa: “¡Ya caigo! Es un amigo, el jurungo amable y complaciente que me despachó esta

mañana la última factura en la casa de Rosenthal y Compañía”. Y una copla guayanesa canta:

Una vez comió un jurungo
cabeza de zapoarita,
y tuvo que ir casa el cura
que le echara agua bendita.

Es la tradición: el que come zapoara (un pez del Orinoco) se casa en Guayana. Como se ve, se aplica a extranjeros de todas las procedencias. En otro cuento de Urbaneja Achelpohl (*Cristela e Hilarión*), de 1904, el jurungo Remolacha había sido un penado de Cayena, sucio y remendado. El reverendo John Augustine Zahm, que publicó en 1910, con el pseudónimo de Mozans, el relato de su viaje por el Orinoco, oyó en los Llanos de Colombia el nombre de *jurungo* aplicado despectivamente al extranjero procedente de Europa o de los Estados Unidos. En *El poder civil* de Tosta García, de 1911, la criada Salomé trata de convencer a su amo de su dudosa paternidad, y le dice: “¿No se acuerda su mercé que antes de dirse tomó aquellas pildoritas jurungas que servían pa da fuerza, pa rejuvenecé y hasta pa resucita a los viejos de garrotico?” Las pildoritas *jurungas* eran las “Píldoras regeneradoras y poderosas del Dr. Villaquirán”. Y aun lo emplea Urbaneja Achelpohl con otro valor, que no hemos podido comprobar en el uso vivo. La hombruna Aurora, en *La casa de las cuatro pencas*, escandalizaba al pueblo de Orore con sus libertades y su manera de montar, y pasaba por las calles castigando al caballo y sofrenándolo, “entre denuestros, jurungos, blasfemias y juramentos”. Pero ¿de dónde viene la palabra?

Jurungo es un derivado postverbal de *jurungar*. Miguel Carmona, en “El Monitor Industrial” de Caracas, 13 de junio de 1859, registraba *jorungar* con el valor de escarbar. Nos parece indudable que *jurungar* se formó por un cruce de dos verbos: *jurgar* (hurgar) y *jeringar*. Y posteriormente *jurungar* se hizo *jorungar* (de donde ha salido la variante

jurungo) sin duda por influencia de *jorobar* y de otro verbo en *jo-*, ambos de significación afín a la de *jurungar*. Pero vayamos por partes.

Jurgar es la pronunciación popular de *hurgar* (con la vieja *h* aspirada) en Venezuela, las Antillas, América Central, etc. Y es frecuente que se emplee con el valor de *jurgonear* (hurgonear): “No se jurge la nariz” alterna con “No se la jurungue”. Y aun con el de molestar, en el habla vulgar y grosera: “No jurge”, “Deje la jurga”, “¡Buena jurga me llevé!” Y *jurgar* puede ser también pinchar o herir, y *jurgón* o *jurgonazo* un puñetazo o una puñalada (una *jurgada* es una puñalada en los Andes).

Por otra parte, *jeringar*, en el sentido de fastidiar (en el habla vulgar, *fregar*), es uso perfectamente castellano, documentado ampliamente desde Moratín. En uno de los Episodios de Galdós, el Empecinado se queja: “¿Por qué no he de poner en un oficio *amolalar*, *reventar*, *jeringar* y otras voces que expresan la idea con fuerza?” Y de ahí se usó el sustantivo *jeringa*, con el valor figurado de molestia, fastidio, porfía enfadosa (ya en Diccionario de Autoridades, en 1739, escrito *xeringa*). Y un equivalente poco fino, pero muy comprensible, usado en España al menos en el siglo XIX (“¡Qué lavativa!”, “¡Vaya una lavativa!”, registra Barcia), ha tenido en Venezuela, alternando con berenjenas y otras legumbres, una proliferación realmente alarmante.

Los dos verbos, *jurgar* y *jeringar*, se han unido en Venezuela (y también en Costa Rica, Puerto Rico y Cuba) en la forma *jurungar*, que ha absorbido el fonetismo y la significación de los dos. Y así se usa con el valor de *jurgar*: “¡Déjese de andar jurungando los papeles!”, “Se la pasa jurungando el escaparate”, “No jurungue tanto esos corotos”, “Eso es jurungar un avispero” (lo cual, literal y metafóricamente, es siempre peligroso). Y así canta Guadalupe en *Tierra nuestra*:

Calla la boca, bocón,
que tú no sabes cantar;
no te arriendo el avispero
que viniste a jurungar.

En *La Rebelión*, de Rómulo Gallegos, Efigenia, que espera días malos para la casa porque ve a su madrina rebuscando en los viejos baúles objetos de valor, le ofrece un grueso y pesado collar de oro, el único regalo del difunto comandante Figuera. Pero ella contesta:

—No, hija. Guarda tus cositas. Todavía no hay gran necesidad; por ahí me quedan unos realitos. Aquí estoy jurungando estos papeles a ver qué es lo que se puede cobrar.

Y con el valor de jeringar es también frecuentísimo, aunque siempre grosero: “¡No jorungue!” (o “no jeringue”), “No me jurungue la paciencia” (en Cantaclaro, “jeringarles la paciencia”). En *La casa de los Ábila* de Pocaterra, Carlos, bostezando desde la cama, dice a la Vallecito:

—Tráeme un trago..., y no me jurungues con tus sentimentalismos peliculeros.

Y aun *jurungar los corotos* es, al menos en el Táchira, herir a alguien con arma blanca, sobre todo en el vientre: “Como que está buscando que yo le jurungue los corotos con esta fatigosa”. Los *corotos* son ahí las vísceras; y la *fatigosa* o *marina*, una cuchilla larga de un solo filo.

Jeringar y *jurgar* se han prestado, también en otras partes, a una serie de transformaciones expresivas: en casi toda América Central, en el sureste de México y en Galicia *jerioplear*, importunar, molestar; en Guatemala *jurunear*, hurgar (*jurunera* es, también en El Salvador, la covacha o chiribitil), y *jurgucear*, espionar. Por influencia de *jeringar* se dice en gran parte de América (Chile, Ecuador, Costa Rica, México) *descuajeringar* por *descuajaringar*, desvencijar. Y sin duda tiene relación con esos usos la *jurundanga*, desorden, de Venezuela, y la *juruminga*, brollo, de Colombia.

De los dos valores de *jurungar*, o *jorungar*, se ha formado en Venezuela el *jurungo*, o *jorungo*, aplicado sin duda inicialmente a las personas fastidiosas, machaconas, impertinentes. Todavía es ese el valor que tiene

la palabra en el estado Miranda, según me informa la señorita Cristina Carvallo, y en Cuba, según noticia de Fernando Ortiz: “*Jorungo*. Pesado, molesto. Hoy se usa poco. Lo hemos oído en algunos pueblos de la provincia de la Habana”. Silva Uzcátegui decía que *jurungo* se usó especialmente para los buhoneros, y Aníbal Lisandro Alvarado que se creó para los sirios y turcos, quienes, durante mucho tiempo, acapararon la quincallería ambulante. Sin duda aludía inicialmente a la pesadez y machaconería de los vendedores callejeros, con sus peines y perfumes baratos y su castellano maltrecho. Y de ahí probablemente se extendió a todos los extranjeros que maltratan la lengua. Pero a pesar del amplio camino que ha recorrido desde entonces no puede ocultar ni disimular la vulgaridad de su origen.

¿Sudamericano o suramericano?

Los modernos puntos cardinales (*norte, sur, este, oeste*) proceden del inglés del siglo XV, y han venido a sustituir, en la terminología marítima primero, y en el habla corriente después, a los nombres tradicionales, de origen latino: *oriente, poniente, septentrión y mediodía*. Como pasaron a través del habla de los marinos y a veces por intermedio del francés, sufrieron algunas modificaciones. De ahí cierta inconsecuencia: *norte* (de *north*), pero *nordeste*, etc.; *sur* (del antiguo *suth*), pero *sudeste*, etc. Desde la época de los grandes descubrimientos tenemos Mar del Sur, Cruz del Sur, etc. Pero en las formas compuestas se mantuvo la *d*, que es más etimológica: *sudeste, sudoeste, sudsudeste, sudsudoeste*, etc., y modernamente *sudamericano* y *sudafricano*. Y ahora entran en juego fuerzas nuevas.

En el siglo XIX, por influencia francesa, apoyada sin duda por los usos de *sudeste*, etc., se empezó a usar América del Sud. En 1813 la Sociedad Patriótica de Buenos Aires presentó un proyecto de Constitución para las “Provincias Unidas del Río de Plata en América del Sud”. Y el himno nacional argentino, que es de ese mismo año, anuncia:

Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud,
y los libres del mundo responden:
¡Al gran pueblo argentino salud!

Con eso se restablecía la regularidad a favor de la *d*. Pero al mismo tiempo el otro foco de la emancipación hispanoamericana, Venezuela, se pronunciaba a favor de la *r*. Encontramos *sud* (“de la parte del Sud”)

en la *Gaceta de Caracas* del 20 de enero de 1814, pero es casi excepcional. Lo general es el *Sur*, *América del Sur*, *Americanos del Sur*, *el Sur de América*. Con todo, lo más frecuente era todavía *América Meridional*.

Ya en los primeros años de la emancipación surgen *Sur América* y *sur americano*, junto a *Norte América* y *norte americano* (se escribían separados y sin guión). Aparecen primero en traducciones del inglés, y son el calco, con su construcción inglesa, de *North America*, *North American*, *South America*, *South American*. La prosa oficial de la época acuña *el Norte América* y *el Sur América*. El 10 de junio de 1816 escribe Simón Bolívar: “el continente sur americano”. En el *Correo del Orinoco*, del 8 de agosto de 1818, publicado en Angostura, leemos *Sur-América* y en el del 15 de agosto, *Sur-América* y *Sur-Americanos*. En el del 11 de diciembre de 1819, al reproducir una Memoria biográfica de la Nueva Granada, dice: “La justicia del Sur América es tan clara como la luz; pero sus enemigos cierran los ojos para no percibirla”. En 1828 escribe Simón Rodríguez sus Sociedades *americanas*, y usa sistemáticamente *Sur-América* y *suramericanos*:

Los Angloamericanos tienen a sus esclavos a distancia; los Suramericanos se rozan con ellos, y con Ellas... se casan.

El 10 de marzo de 1854 dirige el presidente José Gregorio Monagas un mensaje a la Cámara de Representantes, y le dice:

Venezuela, que se gloria de haber sido la primera en Suramérica que reconociese el gran principio de la Soberanía popular, no debe aparecer más a los ojos del mundo entero con la horrible mancha de la esclavitud.

En 1878 Antonio Leocadio Guzmán, el discutido patriarca del liberalismo, recopila sus artículos políticos, y les pone por título: *Datos históricos sur americanos*. González Guinán, en su *Historia contemporánea*

de Venezuela, de 1909, escribe *Suramérica* y *suramericano*. Y es la forma que prefiere Mariano Picón Salas y la más frecuente en todo el país.

Así, pues, hoy alternan *sudamericano* (también *Sudamérica*), que es lo académico y lo preferido desde la Argentina hasta el Perú, y *suramericano*, de Venezuela, Colombia, etc., que es lo análogo. Hay que tener en cuenta que todos los derivados hispanoamericanos de sur conservan la *r*: *surazo*, la fuerte brisa del sur, en el Lago de Maracaibo; *surero*, el viento frío del sur, en Bolivia (también *surazo*); *sureño*, el habitante del sur, en Santo Domingo, Chile, el Perú y la Argentina (también *gaucho surero*); *suriano*, en México (*suranos* llamaba Bolívar en el Perú a los soldados del sur, para distinguirlos de sus venezolanos y colombianos) y *surestada* (o *suestada*), el viento tempetuoso del sureste en la Argentina y el Uruguay.

Ya *sureste* y *suroeste*, y hasta *sursudoeste*, penetraron en el Diccionario de la Academia, en 1936. ¿No sucederá lo mismo con *suramericano*? Salvador de Madariaga, que había escrito *sudamericano* en su *Cuadro histórico de las Indias*, pidió que en la reimpresión corrigieran *suramericano*. Y eso que la editorial, que es de Buenos Aires, se llama la Sudamericana. En la actual reacción a favor de *suramericano* hay algo de antigalicismo y de antianglicismo. Se tiende a restablecer la regularidad a favor de la *r*, que, como es una innovación hispánica (en su origen era un disparate, como la *l* del portugués *Sul*), parece más castiza.

Dictar una conferencia, dictar una clase

En una ocasión, al redactar el anuncio de una conferencia universitaria, yo había escrito: “Fulano de tal dará su conferencia el jueves próximo”... Un ilustre colega y amigo me corrigió: “Dictará su conferencia”... ¿Será efectivamente mejor *dictar* una conferencia que *darla*? Y no es eso solo. Muchos creen que las clases se *dictan*: “Dicto castellano en un liceo particular”, “¿Qué dicta usted?”.

Eso de *dictar* conferencias o clases no se dice en ninguna parte de España y choca en seguida a los españoles que lo oyen. Pero se usa mucho en la Argentina y en Chile, y sin duda de allí ha venido a Venezuela, donde no tiene treinta años de vida (las personas de cierta edad prefieren decididamente *dar*). Pero nos encontramos ante un uso creciente, que está invadiendo los periódicos y la radio. Precisamente oímos que un profesor anuncia por la emisora nacional: “Va a dictar una charla sobre problemas de educación el ciudadano ministro”. Lo tradicional era distinto. El secretario de la Universidad Central escribía el 3 de febrero de 1925: “Todas las materias aludidas son realmente las que se leen en el Curso de Ciencias Políticas”.

Quizá los usos nuevos de “dictar una clase” se estén generalizando por una razón especial: “Voy a dar la clase de francés”, “Voy a dar mi clase de música”, y aun “Voy a dar mi clase de ballet”, dicen los alumnos que van a recibir clase. *Dar una clase* se ha vuelto giro ambiguo, y si los alumnos empiezan a *dar clases* es natural que los profesores lleguen a *dictarlas*.

Y quizá haya otra razón, además. Hay personas cultas, o más o menos cultas, que huyen sistemáticamente de la expresión sencilla. Ya Juan de Mairena se burlaba de esa propensión. Algunos periodistas podrán escribir: “los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa”. Pero a él le parecía más poético de otro modo: “lo que pasa en la calle”. Creo que es de Juan Ramón Jiménez el precepto siguiente: “Si puedes decir *pájaro*, no digas *ave*”. Y si es de él, de su severo código literario, este otro: “Todo el que escriba *so el sauz* sea colgado en el acto bajo el sauce”. La afectación suele ser mal pegadizo de maestros y profesores: ¿no es significativo que *pedante* sea un derivado despectivo de *pedagogo*? Dar clases o conferencias es mejor que *dictarlas*, en nombre de la santa sencillez.

¿Y cómo ha surgido en la Argentina y Chile ese uso de *dictar*, si las conferencias realmente no se dictan, sino que se leen o se dan, y el *dictar* clases evoca una pedagogía poco recomendable? Sin duda por influencia italiana. En muchas partes de Italia —nos lo confirma Livio dal Bon— es corriente, aunque en general no se considera muy correcto, *dettare una conferenza*, *dettare una lezione*. En italiano *dettare* tiene uso más amplio que en castellano: ya en el siglo XIV era un equivalente de *insegnare*, *mostrare*. Pero es probable que las aplicaciones modernas sean una extensión del uso jurídico, que se remonta al latín, y que es también perfectamente castellano: *dictar* leyes, decretos, fallos, preceptos, etc. En estos casos se supone que la autoridad competente ha *dictado* efectivamente las leyes u órdenes. El *dictar* es el ejercicio de su poder, y de ahí la tremenda significación de *dictador*. Pero ni el conferenciante ni el profesor, personas humildes por oficio y naturaleza, pueden ni deben aspirar jamás a esa categoría.

¿Memoranda?

Cada tres días nos preguntan cuál es el plural de *memorándum*. Con su generalización moderna en las oficinas y ministerios, en proliferación creciente, ha surgido el embarazoso problema del plural. ¿Cuál es el correcto? Veamos todas las posibilidades.

1. *Los memoranda*. Es el plural latino, defendido a capa y espada por los eruditos. Lo ha traído sin duda la terminología internacional. Pero en inglés *the memoranda*, en francés *les memoranda*, en alemán *die Memoranda* no ofrecen dificultad alguna, pues no chocan con el sistema morfológico de la lengua. No sucede lo mismo en castellano: *los memoranda* (el neutro latino se reproduce regularmente mediante el masculino) es una evidente anomalía. Puede mantenerse mientras la palabra quede confinada al lenguaje cancilleresco, pero al salir de esa órbita tendrá que adaptarse a los hábitos morfológicos del castellano. Análogamente, como tecnicismo limitado a ciertos sectores, se usa *los quanta* (plural de *quantum*), introducido por la moderna física de Planck. O *los pensa* (plural del curioso *pensum* venezolano y colombiano). Dentro de su propia esfera, *los memoranda*, *los quanta*, *los pensa*, son perfectamente legítimos. Pero los tecnicismos que se incorporan a la lengua general terminan siempre por acomodarse al sistema de la lengua.

2. *Las memoranda*. Esta es ya una semi adaptación: la terminación *-a* de la palabra tiende a arrastrarla al femenino. Si ese femenino se generalizara, la anomalía morfológica se resolvería sin duda con la *-s* del plural: *las memorandas*, y se formaría quizá un singular analógico *la*

memoranda. Es lo que ha sucedido con *las erratas* (del latín *errata*, neutro plural de *erratum*). O *las agendas* (del latín *agenda*, neutro plural de *agendum*). Es lo que tiende a pasar con *las separatas* (del latín *separata*, neutro plural de *separatum*), aunque yo prefiero *las tiradas aparte* (en México dicen *los sobretiros*). Hemos oído igualmente *la desiderata*, y aun *las desideratas*, cuando lo académico es *el desiderátum*, y por lo tanto *los desiderata*. Hay en castellano una gran cantidad de neutros de plural latinos convertidos en femeninos de singular: *nómina*, *montaña*, *miscelánea*, *entraña*, *maravilla*, *herramienta*, etc. Se ha generalizado *la postdata* o *la posdata*, del neutro plural de *postdatum*. Y sobre todo un curioso tecnicismo reciente, que pertenece, como *memorándum*, al lenguaje de las representaciones consulares y diplomáticas: *visa*, plural neutro de *visum*. En castellano es frecuente *el visa-los visas*, y también *la visa-las visas* (nosotros preferimos *el visado*, participio sustantivo de *visar*). En el caso de *memorándum* sería hoy doblemente anómalo un plural *las memoranda* o *las memorandas* si se mantiene invariable el singular.

3. *Los memorandums*. Este plural, también anómalo en castellano, se da en los extranjerismos de introducción reciente, no del todo aclimatados: *clubs* (ya en Larra), del inglés *club* (se está generalizando, con la venia académica, *los clubes*); *complots*, del francés *complot* (ya se usa bastante en nuestro tiempo *los complós*, por el tipo de *los rondós*, etc.); *los fracs*, del francés *frac* (la Academia ya autoriza *los fraques*); *los revólvers* y *los mausers*, del inglés *revolver* y el alemán *Mauser* (se han generalizado *los revólveres* y *máuseres*); *los cabarets*, del francés *cabaret* (se han difundido bastante *los cabarés*); *los bistecs*, del inglés *beefsteak* (ya es general *los bistés*; también a veces *los bisteques*); *los coñacs*, del francés *cognac*; *los récords*, del inglés *record*; *los tótems*, del inglés *tótem* (voz tomada de las lenguas indígenas de los Estados Unidos); *los mitins*, del inglés *meeting* (hoy es general *los mítines*); *los dólares*, del inglés *dollar* (se ha impuesto ya *los dólares*); *los lords*, del inglés *lord* (hoy se dice hispanizadamente

los lores); etc. Un extranjerismo reciente conserva ciertas prerrogativas de la lengua de origen, y se le trata con reservas. Pero si se incorpora definitivamente a la lengua de adopción tiene que asimilarse a ella en su fonetismo y morfología. *Los memorandums* se siente como plural extraño de una palabra extraña. Puede valer transitoriamente, pero no es una solución.

4. *Los memorándum*. Así se oye a veces efectivamente, como *los ultimátum*, *los club*, *los sanwich*, etc. Pero no nos parece acertado, pues no tiene asidero legítimo ni en castellano ni en la lengua de origen. Quizá pueda mantenerse invariable la palabra en el caso de *factótum*, si acaso cabe usarlo en plural (en realidad si hay más de uno, ya ninguno es enteramente *factótum*) o en el de *vademécum*. (en este caso me parece que el castellano prefiere reducir la palabra y decir *los vades*), por ser palabras compuestas, de estructura especial. El castellano solo mantiene invariables algunos sustantivos terminados en *-s* o *-z* (*los lunes*, *los Sánchez*), en determinadas circunstancias. Únicamente en el caso de los apellidos hay tendencia moderna a mantener invariable la forma (*los Machado*, *los Quintero*, etc.), contra el criterio académico.

5. *Los memorándumes*. Este plural representa ya la hispanización completa: sobre un singular *memorándum* se ha formado un plural regular *memorándumes*. Podrá parecer feo, por su sucesión de nasales (palabras más feas tiene el castellano, o cualquier lengua), por su cantidad de sílabas, o por lo inusitado, pero es perfectamente correcto. La Academia admite ya *el álbum-los álbumes* (caso perfectamente igual al de *memorándum*) y *el tárgum-los tárgumes* (de origen caldeo). Del mismo modo se tiende a hacer el plural de *ultimátum*, palabra que, según la Academia, “no suele usarse en plural”. O el de *referéndum*.

6. *Los memorandos*. No sé si este plural se ha propuesto, pero sería el de la perfecta hispanización. Los latinismos *mínimum* y *máximum* se están hispanizando de ese modo (*el mínimo-los mínimos*, *el máximo-los*

máximos), siguiendo la tendencia general de la lengua, que de *templum* ha hecho *templo*, y luego *los templos*. *Los quanta* de Planck se traducen ya como *los cuantos*. Antes se decía *los eucaliptus*, *los lapsus*, *los tifus*, etc., con la vieja terminación latina, y hoy *los eucaliptos*, *los lapsos*, *los tifos*. La Academia admite *maremagno* junto a *mare mágnum*. Si *memorándum* pasa al habla de todos, es muy probable que se llegue a decir *el memorando-los memorandos*. Pero dejemos a la lengua que haga su propia vida, y no le imponemos nuestras leyes.

De esas seis posibilidades ¿cuál es la mejor? El hablante quiere hoy una solución de tipo monoteísta o monogámico. Por mi parte creo que mientras *memorándum* se mantenga en el terreno de las cancillerías y conferencias internacionales, es mejor *los memoranda*, en nombre de cierta unidad internacional y el respeto al uso erudito. Fuera de ese terreno, y mientras la lengua misma no lo decida de otro modo, no me escandalizo cuando oigo o leo *los memorándums*, *los memorándumes* o *los memorandos*. Es la vida misma de la lengua la que ha de dar la adecuada solución.

Rubiera

Una de las palabras típicas de Venezuela es *rubiera*. Aunque se conoce también en Puerto Rico, con el valor de diversión, bulla, alboroto, y además paseo campestre y marítimo (en este sentido es un equivalente de *rubiota*), suponemos que la han llevado allá los venezolanos en el siglo XIX, con otras (*hallaca*, por ejemplo). Porque en Venezuela tiene, como veremos, profundo y antiguo arraigo.

En 1876 la usaba nuestro costumbrista Francisco de Sales Pérez, en *Un buen marchante*. El “buen marchante”, después de hacer grandes compras a crédito en Caracas, había desaparecido sin pagar a nadie: “Poco después supieron que había hecho otra rubiera en Ciudad Bolívar y otra en Santomas”. La *rubiera* es ahí una estafa de marca mayor.

En 1881 dice el latinista y poeta José María Núñez de Cáceres, en su *Venezoliada*:

Entre rubieras y costumbres rudas,
de antigua Venezuela y de Caracas,
es fuerza recordar la que tenía
el pueblo, de quemar al ruin de Judas
en ridícula efigie, entre alharacas
de zumba, triquitraque y gritería.

El sentido tradicional era mucho más fuerte que el de hoy. Rivodó, en 1889, lo daba como equivalente de calaverada, fechoría, avería. Picón Febres, de travesura, desaguisado o fechoría. En el Guárico se aplica al escándalo, que puede ser social, financiero o político: “La policía acabó

con la fiesta porque hicieron una rubiera los invitados”, “La hija de fulano hizo una rubiera con el novio”, “Carlos está haciendo rubieras como gobernante en Apure”. En Falcón *hacer una rubiera* es cometer un saqueo, hacer un destroz o un desastre: “Fulano en su borrachera hizo una rubiera con todo lo que encontró en la casa”.

Pero ahora, en Caracas, y en todo el país, se aplica sobre todo a las travesuras, destrozos y desaguizados de los niños: “¡Qué rubiera hiciste, muchacha!” (dicho por la madre a una niña que le acaba de romper unos platos), “¡Ya debe estar ahí Pablito haciendo una rubiera!”, “¡Este niño no piensa más que en armar rubieras!”, “¡Niño, no haga tanta rubiera!”, “Cuando está calladito, es que está haciendo una rubiera”. Y por extensión, también a los destrozos de los animales domésticos: “Anoche el gato hizo una rubiera en la cocina”.

Esta inocente rubiera de los niños tiene un origen dramático, que recoge el Dr. Francisco Monroy Pittaluga en *Cazarla*, un libro ejemplar en su género. En el Guárico, en la región donde hoy está Cazorla, era famoso ya en el siglo XVIII el hato de la Cruz, que durante una época fue el más grande de Venezuela. Los dueños eran los Mier y Terán, y el primogénito de la familia se apodaba tradicionalmente “el Rubio”, porque los Mier y Terán eran, o habían sido, rubios. El hato se llamó por eso la Cruz Rubiera, o simplemente “la Rubiera”, nombre con que pasó a la historia, y sobre todo a la leyenda. Según la tradición, el primer “Rubio” que fundó el hato hizo enterrar vivos, para que fuesen los espíritus familiares protectores de la fundación, a un negro y una negra, un toro y una vaca, un caballo y una yegua y otras parejas de animales, todos de color negro. Y así, según la leyenda, un negro, con el pecho envuelto en cobija colorada y la cabeza cubierta con un gorro de piel de araguato, montado en un potro enlutado, recorría —y se afirma que aún recorre— las sabanas y palmares vecinos acechando a los visitantes. A veces aparecía sobre un venado gigantesco en las costas del

río Guariquito, y se oía en la noche el eco de su risa o el redoble de los cascos de la cabalgadura. Era Juan Bautista, el fiel esclavo enterrado, que velaba por la fundación. Y no se sabe —dice Monroy Pittaluga— si fue a ese “Rubio”, o a uno de sus descendientes, a quien le ocurrió el famoso suceso que cuenta la leyenda:

De España aguardaba el caballero, desde hacía varios meses, la llegada de sus padres, y aconteció que estos se presentaron justamente una noche en que el Rubio no se encontraba en el ható. Su esposa, una bella y joven dama, que continuamente soportaba sus celos, optó por cederle a los viajeros su alcoba hasta la mañana siguiente. Mas dio la casualidad que el marido regresó a filo de media noche y entró en el aposento. A la luz de la luna llena, estupefacto, contempló en el lecho de su esposa las formas dormidas de un hombre y una mujer. Con toda calma desenfundó entonces la pistola y montó la pareja de gatillos. La respiración de los durmientes era dulce y profunda. Disparó a boca de jarro, primero sobre el padre y luego sobre la madre, quienes pasaron de un sueño a otro instantáneamente.

De ahí, según la tradición, ha quedado la frase: “Fulano ha hecho una rubiera”. Pero el episodio es enteramente legendario. Modernamente lo ha revivido Navarro Villoslada en su novela histórica: “Amaya, o los vascos en el siglo octavo”. Se asocia, en la vieja tradición de Navarra, a la aparición de San Miguel de Excelsis, y en Cataluña y en Zamora (vinculada al templo visigótico de San Pedro de la Nave) a la festividad de San Julián, el hospedero de los pobres. Ha pasado al teatro español en un drama atribuido a Lope de Vega o a Mira de Amescua: “El dichoso parricida San Julián, o El animal profeta”. Menéndez Pelayo ha seguido la trayectoria de la leyenda desde la Edad Media hasta Flaubert. Según la tradición cristiana, Julián, un noble caballero, corría un día tras la caza. Un ciervo perseguido se volvió a él y le dijo: “Tú que me persigues

y quieres matar, matarás a tu padre y a tu madre”. Impresionado por estas palabras huyó a tierras lejanas, donde se casó con la hija de un duque. Sus padres salieron en su busca, y llegaron a su castillo cuando él estaba ausente. Su mujer los recibió y los alojó en la alcoba nupcial, y al volver él en la noche se desarrolló la horrible tragedia. Pero no hay pecado sin remisión. La penitencia (instaló un hospital a orillas de un río caudaloso, y llevaba a los pobres de una margen a la otra) lo llevó a la santidad.

Las primeras noticias que hemos encontrado en el Archivo Histórico sobre los Mier y Terán en Venezuela datan de 1747. Don Sebastián Sánchez de Mier y Terán, vecino de Caracas y natural de los reinos de España, tuvo entonces un sonado pleito que se prolongó muchos años. El caballero español había dado palabra de casamiento, y hasta había firmado contrato esponsalicio, a doña Sebastiana de Figueroa, con la que tuvo una hija llamada Micaela. Pero se negaba a casarse y a reconocer la paternidad. Tuvo que intervenir el Juez eclesiástico, el cual lo redujo a prisión y lo compelió a cumplir su palabra bajo pena de excomuniación mayor. Condescendió en contraer matrimonio en la cárcel, dejando a salvo el derecho de pedir la nulidad. Llevó el pleito hasta la Audiencia de Santo Domingo para salvarse de la manutención y expensas, y hasta alegó que estaba “gravemente enfermo de morbo gálico”. Es el mismo Don Sebastián Sánchez, “de crecido caudal”, que muere repentinamente en su hato de la Cruz de Guariquito el 12 de abril de 1773 y se apodaba ya “el Rubio”. Es posible que *catire* no fuera aún general en los Llanos, o se prefiriera *rubio* por tratarse de un español.

Es indudable que él fue el fundador del hato, el primer “Rubio”. Y hay que suponer que las noticias de *El llanero* de Bolívar Coronado (atribuido a Daniel Mendoza), que habla de la Cruz y de los Mier y Terán en el siglo XVII, son, como otras tantas informaciones de ese libro, pura fantasía. Al morir dejaba como único heredero a un sobrino suyo, también

llamado Sebastián de Mier y Terán, que era Juez de Llanos y había tenido sus conflictos con los padres capuchinos. Este es sin duda el segundo “Rubio”. Al firmarse, con la intervención del Gobernador y Capitán General, el acuerdo sucesorio, se comprometió a ceder 593 pesos para la construcción del puente de la Santísima Trinidad, y hubo dificultades para cobrarle esa suma. Ya entonces escribe el Teniente de Justicia que “tenía mostrada la experiencia que con él no se ganaba pleito”.

Cuando Carlos III, por Cédula Real, concedió al pueblo de Todos los Santos de Calabozo la denominación y privilegios de Villa, con jurisdicción y terrenos propios, con horca y picota, con alcaldes, regidores y cabildo, el Gobernador y Capitán General, que debía asistir en persona al cumplimiento de las formalidades legales, comisionó en su nombre a Don Sebastián de Mier y Terán, “Alcalde Ordinario de Santa Hermandad de Santiago de León de Caracas”. El 31 de diciembre de 1776 convocó a los moradores y vecinos a la lectura solemne de la cédula real y presidió las ceremonias oficiales. ¿Sería el mismo “Rubio” dueño de la Cruz, antiguo Juez de Llanos?

En marzo de 1800 Humboldt pasa por los llanos de Calabozo y recoge noticias sobre los ricos rebaños del hato de la Cruz. Hacia aquel tiempo, un famoso bandolero, Nicolás Guardajumo, es terror de la comarca. Viene la Independencia. Boves se acerca, y en Calabozo se reúnen fondos a favor de los republicanos. El “Rubio” del momento expresó que no se suscribía con ninguna cantidad, porque ignoraba el monto de su fortuna y el valor de su vida, la cual ofrecía “como español, a los hijos venezolanos de España”. Más tarde Bolívar, agradecido, le extendió un salvoconducto que puso sus propiedades a salvo de depredaciones.

Otro “Rubio”, su sucesor, fue amigo del general Páez, al que hospedaba en su casa solariega de Calabozo. Y de ese Rubio decía la gente que había vendido el alma al diablo. Al morir, su cadáver fue llevado a Calabozo en fastuosa urna. Y se cuenta que al levantarse la tapa, el féretro

apareció vacío. Había regresado al caño del Caballo, donde durante años, transformado en caimán amarillo y de ojos azules (“el Rubio”), devoraba seres humanos con la misma crueldad que en vida.

Su hijo, Don Francisco de Mier y Terán, “el Rubio viejo” de los carlenses de hoy, tiene también su leyenda. Se cuenta que logró, con artimañas diversas, apoderarse de las tierras de sus vecinos. Tampoco él perdía pleito. Los relatos lo presentan como un señor feudal, que cuidaba sus tierras con guardias armados (sus famosos “campos volantes”). Cuando prendía a un cuatrero o merodeador, le ponía un cachicamo entre las manos y lo fusilaba, “por ladrón de la riqueza ajena”. O le untaba la cabeza con grasa de res, le ataba un cuero a la espalda y lo enviaba preso a Calabozo. O lo arrojaba a la Hoyita, para que lo devorasen los caimanes. A veces era generoso con los pobres, y con los zamuros, a los que llegaba a sacrificar un novillo, “para que no pasaran hambre estos animalitos del cielo”.

Y también de él se dijo que había vendido el alma al diablo. Con la condición de que le construyera un gran corral, con su puerta cerrada. El diablo se había puesto a la labor, pero al colocar las traviesas se le formaba la cruz, y no podía seguir. Entonces levantó con troncos de congrio un corral de palo a pique. Pero al cerrar la puerta y poner las trancas, volvía a formarse la cruz. Tuvo que desistir, y de este modo un Rubio triunfó sobre el Demonio. El nombre de la Cruz Rubiera favorecía sin duda la leyenda.

Este Rubio, u otro, se salvó, gracias a un espaldero, del atentado de Monagas contra el Congreso de 1848. Estuvo un tiempo en Trinidad. Murió viejo y medio ciego, y al morir recomendó a sus hijos que no vendieran las tierras, y les dijo que en la mata de San Juan había enterrado más de 80.000 pesos en morocotas. La “Rubiera” pasó por una serie de vicisitudes hasta que en 1914 murió el último “Rubio”, y el hato, tan apetitoso, pasó a manos del general Gómez.

Hay en toda esa historia materia suficiente para justificar que *rubiera* se hiciera sinónimo de atrocidad, injusticia o desaguizado. La imaginación popular entretejió la leyenda: Un Rubio murió en su chinchorro y nadie se atrevió a tocarlo, hasta que el cadáver se descompuso; otro Rubio, sacerdote, lanzaba palabrotas desde el púlpito; el Rubio de la época de la guerra civil hacía conducir cajas cargadas de onzas de oro para enterrarlas en la selva, y a los cargadores, después de abierto el hoyo, les cercenaba la cabeza. Paco Vera oyó cantar en los Llanos la copla siguiente (ya la recogía Machado en su *Cancionero popular venezolano* de 1919), que se remonta a la época del “Rubio viejo” y de su hermano Sebastián:

Yo estuve en la Cruz Rubiera,
vi a Pancho Mier y Terán,
en una bestia cerrera
que le ensilló Sebastián.

De aquella misma región del Guárico, nido de leyendas, viene otra expresión: “Es más malo que Guardajumo”. Y de la época de desamparo del hato queda otro dicho: “Está más solo que el pavo de la Rubiera” (alude, según dicen, a un pavo que quedó allí solo, sin pava y sin gallinas). Pero veamos ya cómo surgió nuestra expresión.

Sobre *Rubio*, apodo tradicional del dueño del hato, se formó “la Cruz Rubiera”, o simplemente “la Rubiera”. Es la forma habitual de denominar los hatos y posesiones, hasta hoy: “la Adolfera”, “la Nuñera”, etc. (de un tal Adolfo, de un tal Núñez); “la Chacinería”, la propiedad de Pedro Chacín, en Zaraza; “la Blanquera”, el palacio que construyó en San Carlos de Cojedes una famosa familia colonial; “la Guanipera”, la tierra donde viven los feroces Guanipas de La *Trepadora* de Rómulo Gallegos. En *Los tratos de la noche* de Mariano Picón Salas, el hato de Segovia se llama de la Cruz Segoviera, pero Farfán lo compra y dice:

“Ahora el ható se llamará la Farfanera”... Nada de extraño tiene que “la Rubiera”, nombre del ható de “los Rubios”, con su nimbo macabro, con su leyenda de terror y de misterio —la leyenda es más fructífera que la historia—, haya quedado en el léxico general de Venezuela para designar la diablura o la acción digna de un Rubio. Rubiera se inscribe en una familia de voces, de creación análoga, que designan alboroto o desorden: *periquera*, *sapera*, *perrera*, *sampablera*, etc. La palabra, formada de aire, levanta a veces un monumento, justiciero o vengativo, a las acciones de los hombres.

¿Papa o patata?

Una amiga española, un poco unamunesca, me dice: “Ni aunque me aspen llegaré a decir *papas*. ¡Patatas, siempre patatas!” Respeto mucho la consecuencia ideológica y la firmeza de principios. En materia de lenguaje mis amigos españoles constituyen dos partidos antagónicos e inconciliables: los que siguen hablando como en Valladolid y los que se han pasado desde el primer día al otro bando con armas y bagajes y alternan a cada paso *corotos* y *chivatos* con *jaladeras de mecate*. En general, mi simpatía está más bien por los primeros (no se debe enajenar el habla, que es parte integrante de la personalidad). Pero me gustaría que fueran menos dogmáticos, más comprensivos. Veamos si mi amiga tiene razón.

El español conoció por primera vez la papa en las tierras del viejo Imperio Incaico, cerca de Quito, y adoptó el nombre quechua de *papa*, que aparece por primera vez en un texto castellano de 1540. Cuando la papa llegó a Europa, donde tuvo inicialmente muy mala acogida, ya estaba aclimatada la batata, que el español había conocido en las Antillas: parece que el mismo Colón la llevó a España, pues figura ya en las *Décadas* de Pedro Mártir, en 1516. Hay entonces en España *papas* y *batatas*. Pronto, por confusión fonética (lo que se llama “cruce”), la batata se empieza a llamar *patata*: ya en un refrán del Comendador Griego, a mediados del siglo XVI, y en 1577 en Santa Teresa. Luego este nombre de *patata*, por nueva confusión —esta vez confusión de cosas— pasó a designar la papa. El doble error se generalizó en España,

Italia, Inglaterra y otros países (Don Pedro Henríquez Ureña ha seguido toda la trayectoria en un hermoso estudio), y se transformó poco a poco en hecho consumado. Tan consumado, que para llamar de nuevo a la batata el inglés dirá *sweet potato* y el italiano *patata dolce*, es decir *papa dulce*. Lo cual prueba, además, la constante afinidad entre los dos productos del mundo americano.

¿Debe generalizarse ese uso de *patata* en América, cuando todo el continente ha seguido fiel a la forma legítima? Ha habido autores cultos que así lo han creído. Rufino José Cuervo adoptó como lema inicial de sus *Apuntaciones* un principio de Puigblanch: “Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dio el ser y el nombre”. *Patata* estaba a punto de triunfar en la lengua literaria de América.

Pero me parece que hacia 1930 se manifiesta una fuerte reacción americana a favor de *papa*. Ha despertado en América una nueva conciencia lingüística y una exaltación de lo criollo y lo indígena. La Academia Argentina de Letras se pronuncia por *papa* en 1934, y las entidades oficiales de la Argentina rechazan la designación de *patata*. ¿Por qué no ha de ser España la que se pliegue al nombre auténtico, que además se conserva en Andalucía y partes de Extremadura y Murcia?

Ni España ni América tienen por qué plegarse a ninguna imposición. Unidad y variedad son dos fuerzas permanentes en la vida de una lengua. Unidad sobre todo en lo morfológico y sintáctico, es decir, unidad gramatical: la lengua culta ha adoptado *haya*, *mismo* y *traje*, y rechaza como rústicos *haiga*, *mesmo* y *truje*, aunque los usara Cervantes y todo el Siglo de Oro. Pero variedad en el vocabulario, sobre todo en los nombres familiares de las cosas. ¿Cómo podría establecerse una absoluta unidad léxica entre España y América, si esa unidad no existe en

la propia España, ni en las mismas regiones del castellano peninsular? Las judías se llaman también *habichuelas* o *alubias*. Los guisantes son en algunas partes *arvejos* o *arvejas*. Los *hongos* se llaman también *setas*. Alternan *cubo* y *balde*; *palangana*, *jofaina* y *aljofaina*; *vela*, *candela* y *esperma*; *velo* y *mantilla*. El *abejorro* —dice Navarro Tomás— se llama *cachorro* en Bilbao, *jorge* en Santander, *vacallarín* en Asturias; el *timón* del arado se llama en Salamanca *clavical* o *cavijal*, en Cáceres *rabero*, en Badajoz *enjerto* o *enjiro*, en Granada *enjiro*, *rabero* o *timón*; etc. La variedad —han venido a demostrarlo los modernos Atlas lingüísticos— es rasgo fundamental de la difusión del léxico, en España, en Francia, en Italia, en toda lengua moderna.

Es, pues, signo de riqueza que en América haya *papas* y en España *patatas*. Lo horrible sería que no hubiera ni lo uno ni lo otro.

Acápite

Creo que es uso generalizado en toda América, con mayor o menor arraigo, el de *acápite* con el valor de párrafo: “El artículo 10 del Código Civil contiene el siguiente acápite...”, “El editorial tiene seis acápites”, “Ponga comillas al principio y al fin de cada acápite”, “Pasemos a otro acápite del escrito”. Se da sobre todo en el lenguaje jurídico, pero ha pasado también a otras esferas. En *Tierra nuestra* de Samuel Darío Maldonado, Gómez Boada hace el relato de una expedición, y habla de sus compañeros: “No hubo necesidad de que la emprendiesen con uno de esos charloteos sin acápites ni puntos finales en que abusaban a veces de su facilidad”. A personas ancianas de Caracas les hemos oído además otro uso: “Tenía los minutos contados, y de acápite llegó una visita”, “Se me volcó la sopa, y de acápite se me quemó la carne”. Es decir, como añadidura, colmo o culminación.

Quizá en el sur del continente sea donde el *acápite* ha alcanzado mayor arraigo, y no solo en la prosa jurídica. Gabriela Mistral lo usa al ocuparse de la lengua de Martí: “La frase corta, portátil, práctica, es un hallazgo muy útil de la lengua francesa, porque tiene lástima del aliento del lector y cortesía para el auditor. El continente verbal que es el gran acápite pide titán para su construcción, y las manos comunes son artesánicas y no prometeicas”. Además, en la Argentina *hacer acápite* es cortar el hilo de lo que se iba diciendo para hacer una digresión.

Ese *acápite* procede de la expresión latina *a capite*, que significa desde la cabeza. Esta expresión se generalizó en las clases de latinidad, con el

valor de punto y aparte. En los dictados, para indicar que había que empezar párrafo nuevo, o sea ir a la cabeza del renglón, se decía en latín *a capite*. Todavía hoy en el Perú —según me informa la doctora Martha Hildebrandt— se alterna *punto seguido* con *punto acápite*.

Así, pues, de mera indicación para pasar a párrafo aparte llegó a ser —por falsa interpretación de latinistas más o menos macarrónicos— la designación del párrafo mismo. Es posible que este uso se haya difundido con los textos legales de la emancipación. Por lo menos nos dice Membreno, en Honduras: “Fue importado con el Código penal chileno en 1880, y con el mismo desapareció en 1906”. Y quizá haya surgido como traducción o remedo del francés, que ha formado, desde el siglo XVII, *alinea* con el valor de párrafo. Ese *alinea*, muy usado también en textos jurídicos, procede del latín *a linea* (“point à la ligne”, dicen hoy) de los dictados. El francés tiene además otra formación de este tipo: *l'en tête*, que designa el título. Y confirmaría la idea de que estamos en el fructífero terreno de las traducciones del francés el hecho de que el *acápite* es precisamente el título en algunas partes de América Central, según Malaret.

El castellano tiene *el aparte* con valor de párrafo o parágrafo, y en el lenguaje jurídico *el apartado*. No nos gusta el *acápite*, aunque Baldomero Rivodó entre nosotros y Miguel Luis Amunátegui en Chile lo defendieron empeñosamente hace más de cincuenta años. Junto con *pensum* (plan de estudios) nos parece más hijo de la pedantería o de la ciencia a medias que del saber verdadero.

¿Patilla o sandía?

¿Por qué la sandía se llama en Venezuela *patilla*? El mismo nombre se da en Colombia, Puerto Rico y Santo Domingo (en Curazao, *patía*), y no deja de ser extraño si se tiene en cuenta que no es fruta americana, sino del viejo mundo.

Los primeros vocabularios lo atribuyen a las lenguas indígenas. Por ejemplo, el *Diccionario de la lengua de los cumanagotos y palenques*, del P. Fray Matías Ruiz Blanco, publicado en 1683, da como traducción: “Sandía, patiyache”. El mismo misionero, en su *Arte y tesoro de la lengua cumanagota*, registra “Patiya, Sandía”. Pero el *Arte y vocabulario de la lengua achagua* que prepararon el P. Alonso de Neira y Juan Ribero, de la Compañía de Jesús (el P. Neira murió en 1703), ya lo da como castellano: “Sandía patilla. Achagua *rianacoa*”. Luego lo encontramos en el Padre Caulín, que acabó su *Historia* en 1759: “Los melones y sandías, que aquí llaman *patillas*, son en todo como las de Europa, aunque en el gusto se diferencian, por la diversidad del temperamento”. En 1780 *patilla* era para el P. Gilií, misionero del Orinoco, el equivalente castellano del tamanaco y maipure *patía* y del otomaco *quirivia*. En 1789 Alcedo, en su *Diccionario*, registraba *patilla* como nombre de la sandía en la provincia de Cartagena.

Desde entonces se encuentra con frecuencia. Hacia 1850 Núñez de Cáceres se quejaba (¿y cuándo no?) de que las patillas y los melones eran desabridos, pero de precio exorbitante. Luego aparece en la poesía criolla de Lazo Martí, en *La veguera*:

Saltan sobre los troncos las ardillas:
domina el color verde en las feraces
costas en que maduran las patillas.

Y en un cuento de Urbaneja Achelpohl, de 1894: “Cuando nos asedie la sed, le abriremos el abultado vientre a la patilla: en sus entrañas rojas beberemos su fresca sangre, ligeramente dulce, ligeramente fría”. Es el nombre popular, y solo la gente culta conoce *sandía*. Canta una copla coriana, recogida por Luis Arturo Domínguez:

Cuando estoy bebiendo ron
y me dan una patilla,
le boto concha y semilla
y me como el corazón.

Ya se ve que tiene entrañas, sangre, corazón. En los Andes designa humorísticamente, en el habla vulgar, el vientre de la mujer “en estado”. En todas partes puede evocar la forma de la cabeza: “un mestizo de pelos gruesos, cabeza de patilla, larga y angosta de delante hacia atrás”, dice Samuel Darío Maldonado. Es además el nombre de un juego infantil de Lara, Caracas, etc.: las niñas hacen de patillas, y *un ladrón* las va robando una a una (en algunas partes son *ayamas*, y en el Táchira *repollos*, y cambia consiguientemente el nombre). En Caracas, donde la mujer es tan expresiva en su cariño, es frecuente que al marido o al novio le dé el tratamiento de “¡Corazón!” (también “¡Amor!”, “¡Mi amor!”, etc.). Y con juego alegre y cordial, dice a veces: “¡Ven acá, corazón de patilla!” El corazón es indudablemente lo más apetecible de la patilla.

¿Y cuál es el origen? Hay una coincidencia que no puede ser casual. En el portugués de la India la sandía se llamaba *pateca* en el siglo XVI. Esta voz es de origen árabe y está emparentada con el castellano *badea*, que fue también nombre clásico de la sandía (en los Andes venezolanos y en Colombia designa hoy la parcha granadina), y con *albudeca* o *albudega*,

ya desaparecido en nuestra lengua. Hay que tener en cuenta que la sandía es oriunda del Sur de África, y que han sido los portugueses los que la han introducido en Europa. Nebrija, que registra ya *sandía* en su Diccionario de 1493, lo traduce al latín: “melo indicus”, es decir, melón de la India (*melón de agua* se llama en Cuba y algunas partes de España, y en casi todas las lenguas europeas). El nombre de *pateca* que adoptaron los portugueses penetró también en malayo (*bateka, pateka*). Y pasó al francés, donde se encuentra ya en 1512 en la forma *patèque*: en el siglo XVIII se empezó a escribir *pasteque* (documentado en 1732), con una s que fue muda, pero que hoy se pronuncia, sin duda porque se ha sentido exótica la palabra. Si el nombre de *pateca* de los portugueses ha podido pasar al francés del siglo XVI, es indudable que en la misma época ha podido llegar a Venezuela y a las Antillas. Los portugueses fueron en los siglos XV y XVI los intermediarios entre África, la India y nuestro mundo.

Pero hay un par de dificultades para la transformación de *pateca* en *patilla*. Puede admitirse un cambio de sufijo. El sufijo *-illa*, que hoy no es productivo en el habla popular de Venezuela (hasta el punto de que *ardilla* se ha transformado en *ardita*), sí lo era en el siglo XVI, sobre todo para dar nombre a una serie de plantas: *batatilla, cascarilla, canelilla, doradilla, escobilla, espadilla, esponjilla, granadilla, habilla, yuquilla*, etc. El diminutivo designa una especie o variedad distinta, que presenta alguna analogía, a veces muy distante, con la que le sirve de base. Aun hoy, para traducir el inglés *shoulder* ‘hombro’, aplicado en los Estados Unidos al borde o margen de una carretera, se ha formado *hombriillo*, cuando quizá se pudo haber mantenido el castellano *bordillo* o *encintado*.

Pero la terminación *eca* es habitual en Venezuela (*muñeca, caneca, tuteca*, etc.; *-eco, -eca* es sufijo productivo), y no es fácil explicar el cambio. Hay además una dificultad que nos parece insalvable. La forma más antigua es *patiya* (con y) o *patía; patilla* (con ll) es tardío, y se debe a que se identificó la terminación con el diminutivo. En el siglo XVI, cuando llegó la voz, todavía no había en Venezuela confusión de

ll y *y* (el yeísmo es posterior). Nos vemos precisados a renunciar a esa explicación. Pero hay un hecho sin duda importante: El nombre árabe de la sandía es *battija*. De ahí sí pudo haber surgido el calina (caribe) *batía* que registra Lisandro Alvarado, el curazoleño *patía*, el tamanaco y maipure *patiya*. El único problema es cómo ha venido esa forma árabe a esta región del mundo hispánico si no la han traído ni los españoles ni los portugueses. No vemos más que una posibilidad: que la hayan traído los negros arabizados (se sabe, por ejemplo, que los mandingas trajeron el islamismo a América). Es muy probable que los negros traídos a Venezuela, Colombia y las Antillas, que conocían en sus tierras de origen la sandía con el nombre árabe de *battija*, hayan traído este nombre al Nuevo Mundo. Aquí se hispanizó la terminación, y *batija*, *patía* o *patiya* se convirtió en *patilla*.

Así, pues, aunque la voz es de origen árabe, nos parece que hay que colocarla entre los africanismos, en el grupo de voces que trajeron los negros en los siglos de conexión, tristemente comercial, entre África y nuestro mundo. De manera análoga llegó *ñame*, nombre de un tubérculo comestible (*ñame Congo* y *ñame de Guinea* se llaman dos variedades venezolanas), palabra que ya había aprendido Colón y la aplicó, en su primer viaje, al aje antillano, lo cual no quita que hubiera también especies de ñames originarios de América, con sus propios nombres indígenas. Y junto a *patilla* y *ñame*, llegaron *mandinga*, *Congo*, *guineo*, *luango*, *candombe*, *sandunga*, *bemba*, *cachimbo*, *casimba*, *marimba*, etc. Y sin duda también los tamunagues, mampulorios, malembes y chimbanguales. El negro, traído como esclavo, explotado, maltratado, transmitió a América, junto con ciertas formas de su animismo y de su magia, su sentido del ritmo, su alegría desbordada, su extraversión verbal, su movimiento, que se armonizaron bien con la vieja tradición árabe y andaluza. Y una serie de voces suyas testimonian una aportación, muchas veces fecunda, a la vida y al espíritu del Nuevo Mundo.

¿Bulto o cartera?

Es general en el habla estudiantil llamar *bulto* a la cartera, cartapacio, vademécum o bolso que usan los escolares y alumnos de colegios y universidades para llevar sus libros, papeles y utensilios. Este uso no es privativo de Venezuela, y se ha registrado también en Chile, Bolivia, Colombia, América Central, México, Puerto Rico y Santo Domingo. Y aunque no lo encontramos en ninguna parte de España, ¿es posible que un uso americano tan extenso no tenga origen español?

Ya Manuel María Villalobos, en sus *Humoradas filológicas* de 1906 (es una recopilación de artículos, nada humorísticos, iniciados en 1885) criticaba ese *bulto*, y quería que se dijera *vademécum*. La palabra ha pasado al uso literario, y se encuentra en Urbaneja Achelpohl, en una página lírica de 1908:

En el fondo de mi corazón reposas. Tuyo soy. Permanezco aún
tu esclavo fiel. Como antaño, en el fondo de mi bulto escolar,
tengo para ti un manojo de flores de abril.

En Caracas se juega con la expresión. Cuando alguien se apretuja contra uno en el pasillo, siempre estrecho, del autobús, puede decirse con ánimo defensivo y picaresco, sobre todo entre personas conocidas: “Siento un bulto, y no voy para la escuela”.

También se usa *cartapacio*, que seguramente fue más general en otros tiempos. En Lara y los Andes se ha convertido en *catapacio*: “Un catapacio de libros”, “Un catapacio de papeles”, “Un catapacio

de cuadernos”. Es decir, un montón. Y en Barlovento hasta se puede hablar de “un catapacio de corotos” para designar un amontonamiento de objetos diversos.

La profusión de nombres para el mismo objeto responde a la variedad e innovación en el objeto mismo. De nuestra infancia recordamos el *portalibros*. Modernamente se empezó a usar en España *vademécum*, que era en su origen el librito que uno llevaba consigo como auxiliar de la memoria (los estudiantes españoles lo redujeron en seguida a *vade: el vade, mi vade*). Pero ya hace un siglo que Baralt rechazaba como galicismo otro término, muy usado en Venezuela: *portafolio*, del francés *portefeuille*, palabra de todos modos muy bien formada, pero que parece más conveniente para abogados que para escolares. También se usa *maletín*, que está muy bien para el de los practicantes de medicina y cobradores. En el Táchira los escolares usan además *busaca* (de *bursaca* o *burjaca*), que es una bolsa de lona o cuero.

Si hubiera que recomendar un solo término, se podría defender *cartera*, muy usado en España, la Argentina, etc., aun con el peligro de confundir nuestras humildes carteras, llenas de papeles inútiles, con las de los banqueros, repletas de valiosos billetes. O con los bolsos femeninos, en que se acumulan los objetos más variados. Pero la verdad es que no siempre el *bulto* escolar puede llamarse *cartera*. A veces es una simple bolsa, y el término designa el continente con su contenido. Quizá sea pretensión ilusoria querer eliminar un nombre de tanto arraigo en el habla familiar.

El uso escolar no ha desterrado los otros usos de la palabra: “El que nace pa caleta, del cielo le bajan los bultos”, dice un refrán popular (*caleta* o *caletero* es el nombre venezolano del mozo de cuerda, estibador o cargador). Es indudable que *bulto* se aplicó inicialmente a los atados o envoltorios que llevaban los niños a la escuela. El bulto primitivo era

una especie de funda o bolsa de tela o cuero, y se llevaba a la espalda (*bulto atrás*). ¿No se llama también *bulto* la funda de la almohada en algunas partes de España, según el Diccionario Académico? (en Aragón es, por el contrario, lo que contiene la funda, el colchoncillo interior). Luego se extendió a las carpetas (se llama *bulto de escribir* precisamente la carpeta sobre la cual se pone el papel para escribir). Y, finalmente, a los cartapacios, carteras o cualquier utensilio de este tipo.

¿Estará el uso de *bulto* en relación con el de *cargar* por *llevar*? Si *cargar* es en Venezuela un equivalente de *llevar*, y se carga hasta un reloj y una sortija, es natural que un modesto envoltorio escolar se haya podido llamar *bulto*. De todos modos, parece mejor *llevar cartera* que *cargar bulto*. Solo a los ministros les está bien cargar con sus carteras, que casi siempre son efectivamente una pesada carga.

Tercio y terciá

Es característico de Venezuela el uso de *tercio* con el valor de persona, individuo, sujeto: “Ese es muy buen tercio”, “No me gusta ese tercio”, “¿Qué le parece ese tercio?”, “¡Ese es mi tercio!”, “¡Qué va, mi tercio!”, “No conozco a ese tercio”, “¡Ese tercio me las pagará!”, “Por ahí andan rondando unos tercios que no me gustan nada”. Puede ser encomiástico o despectivo, según el contexto, o el tono, pero *terciao* es siempre cariñoso o admirativo: “¡Ese hombre es un terciao!” Y, en cambio, es más bien despectivo *terciá*: “¡Qué terciá, vale!”, “¡Ah terciá mala, fulanita!”, “¡Esa terciá es una loca! A una muchacha casadera es frecuente aconsejarle: “¡Consíguese un tercio bien bueno!” Y las amigas comentan después: “¡Se consiguió su tercio!”

El testimonio más viejo que hemos encontrado es de José Martí, y data sin duda de su época de Caracas (1881). Martí anota la siguiente expresión venezolana: “¡Qué peruana lleva ese tercio encima!” (la *peruana*, que hoy ya no se conoce, era entonces una *turca*, una *curda*, o una *rasca*). La palabra aparece después, de modo muy curioso, en *Los desiertos de achaguas*, una de las supercherías literarias de Bolívar Coronado. Un presunto maestro Diego Albéniz de la Cerrada describe la llegada de una expedición de Lope de Puebla en 1520 al primer poblado achagua, y lo hace en los siguientes términos, realmente anacrónicos: “Los tercios todos regáronse por la inesperada aldea”. Esos *tercios* no eran precisamente los de Flandes, no eran regimientos o batallones, a la manera española, sino unos cincuenta soldados. Como el *regarse* por *esparcirse*, ese uso de *tercio* es un venezolanismo de ayer.

Con el mismo valor es frecuente en la literatura actual. En *Doña Bárbara*, dice Mujiquita a Santos Luzardo: “¿No te lo dije? Yo conozco bien mi tercio. Al general no le ha gustado que tú te hayas dirigido a mí y no a él”. En *Dámaso Velázquez* de Antonio Arráiz, Chicho Espinal está contando un cuento: “El andaluz le vio la oreja blanca al margariteño, y se dijo: —¡Ah, no! Este es mi tercio”. Y en *La balandra Isabel llegó esta tarde*, de Guillermo Meneses, Pedro Martín acompaña a Esperanza y le habla de Segundo: “que él lo conocía mucho, que era muy buen tercio”.

Ese *tercio* procede del argot de los jugadores de naipes. *Jugar en tercio* era jugar entre tres (la expresión se encuentra ya en el *Tesoro* de Covarrubias, de 1611), y *hacer tercio*, *servir de tercio*, o *terciar* era intervenir como tercero en una partida. En *La ilustre fregona* de Cervantes, cuatro aguadores están jugando a los naipes. Dos se retiran por habérseles acabado el dinero, y entonces otro, que había estado mirando, dijo que “si hubiera cuarto, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio”. En cambio, en *Rinconete y Cortadillo*, otra de sus novelas ejemplares, los dos picaros están jugando a la veintiuna con el fin de atraer a otros jugadores: “Salió en esto un harriero a refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio”. En una comedia de Rojas Zorrilla, *Sin honra no hay amistad*, del año 1645, dice la criada al joven galán:

Preguntóme tus donaires,
y como el amor es juego,
por que no jugarais solos,
tomé el naipe y hice el tercio.

En el mismo *Rinconete y Cortadillo*, y en romances de germanía, aparece también la expresión *hacer un tercio de chanza*, que era servir de compadre a un fullero. Monipodio le pregunta a Rinconete cuáles son sus habilidades, y él le contesta: “—Éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un

tercio de Nápoles”. Un juego de palabras muy parecido se encuentra también —nos parece— en los versos siguientes de una sátira contra el gongorino Torres Rámila, atribuida a Lope de Vega:

¿Adónde abogas, di? ¿Qué es de tus leyes?
Bogar fuera mejor, que es desvarío
no servir esos tercios a los Reyes.

Es decir, que en vez de *abogar* sería mejor que *bogara*, como los galeotes, pues es desvarío que esos tercios (fulleros) no sirvan a los reyes en galeras. En la lengua general se popularizó *hacer buen tercio a uno*, que es ayudarle, y *hacer mal tercio a uno*, molestarle o perjudicarlo (“Terció y os hizo mal tercio / porque pidió que la lengua/ os arrancasen primero...”, en *La venganza de Don Mendo* de Muñoz Seca). En Navarra *hacer mal tercio* es venir mal una cosa (“La cosecha puede hacernos mal tercio, porque el trigo se pondría barato”), y en Venezuela, entre otros males, es interponerse inoportunamente entre dos novios: “A mí no me gusta hacer mal tercio”. O como se dice en Lara: “Servir de limón agrio”.

Lo nuevo de Venezuela (*ser buen tercio* se usa también en Puerto Rico, quizá llevado desde acá) es haber generalizado *tercio* como equivalente de jugador, y haberlo extendido luego como designación general de persona. La equivalencia entre *tercio* y *jugador* es frecuente en *Tierra nuestra* de Samuel Darío Maldonado. El jefe civil se queja del pueblo que le ha tocado en suerte:

Esta gente es muy antipática. No se consigue un par de tercios para un golfito, no conocen el póker, la malilla, el solo. Y lo que es tirar unas paradas de dados, ¡ni de guama!

Más adelante, cuando la embarcación de Kalunga se acerca a las bocas de Soapire, él anuncia a sus amigos que va a tirar su cuarto a espadas en el juego:

O me dejan más limpio que talón de lavandera, o me llevo en el bolsillo unas onzas mexicanas o una manada de esas águilas que se pican las alas. No pierdo la ocasión, porque vienen los mejores tercios del Guárico y del Apure.

Tercio y *jugador* son equivalentes, *tercio* y *mirón* son antitéticos. Kalunga, ya en el garito, le dice al jefe civil que lo invita a sentarse “que por lo pronto no lo consideren sino como mirón”. Y en “El Diario” de Carora, del 22 de octubre de 1919, Vicente Ferrer, en un artículo dedicado a los “Chucos”, habla de uno de ellos, muy aficionado al juego, y dice:

como carecía de recursos monetarios para el ejercicio de la ilícita profesión, se iba a esos establecimientos de perdición, más que como *tercio*, como espectador (léase *mirón*), consiguiendo casi siempre que los jugadores le dieran sus baratos, con los cuales se armaba para concurrir a otras mesas a satisfacer sus vehementes deseos de jugar.

De modo análogo, también *cuarto* se convirtió a veces en equivalente de jugador. En *Tierra nuestra*, Ortega, el marino margariteño que había recibido una paliza de su mujer por haberlo perdido todo en el juego, no escarmienta, y cuenta: “Busqué los mismos cuartos que me habían desplumado, que no se hicieron de rogar, pues me consideraban muy manso”. En gran parte de Colombia (Río de Oro, etc.) ese *cuarto* es el equivalente exacto de nuestro *tercio*: “Fulano es buen cuarto”, “Es un gran cuarto”, “Es un cuartazo”. Y *hacer cuarto* es ayudar a alguien, lo cual a veces puede ser ofensivo, pues incluye el celestinaje.

Decía Job Pim que en los garitos llamaban *mono* a un individuo al que utilizaban como señuelo “para atraer a los buenos tercios”. Y Lisandro Alvarado daba *tercio* como equivalente de *punto*, es decir, “el que apunta contra el banquero en ciertos juegos de azar”. Y este *punto*, del juego de naipes, ¿no ha hecho en el castellano general una evolución

parecida a la de nuestro *tercio*? Rodríguez Marín, en *Burla burlando*, registra el siguiente refrán de jugadores: “Punto fuerte, mirón perpetuo”. Y dice que en las mesas de juego nadie quiere “el puesto que acaba de dejar libre un punto que perdió su última peseta. Hoy es frecuente en España, para expresar simpatía hacia alguien: “Es buen punto Fulano”. O antipatía: “¡Vaya punto!” Y aun: “¡Buen punto filipino estás tú!”

De *buen tercio* en el juego se fue pasando a ser *buen tercio* en cualquier actividad: “Ese es un buen tercio para los negocios”, “Ese es mi tercio”. En *Dámaso Velásquez* pregunta Fernando: “¿Y Néstor? ¿No va Néstor!” Y le contestan: “No, Néstor ya no es tercio para esos lances”. Con *el tercio aquel*, o más familiarmente *mi tercio*, se alude habitualmente a una persona conocida que no se quiere nombrar; por lo común, al menos desde la época de López Contreras, el jefe del gobierno: “Eso lo arregló el tercio aquel”, “Dicen que está muy bien con mi tercio”, “Te felicito porque te he visto retratado con mi tercio”.

Entre los dos planos, el del juego y el de la vida general, está la expresión *figurar como tercio*, que implica responder al juego del rival, poder hacer frente a cualquier *parada*. Uno de los jugadores de *Tierra nuestra* le pregunta a otro cómo le fue, y este contesta: “Que me llevaron arreado, y no para el cielo; que me sacaron de bola a las primeras de cambio. No me dejaron calentar el puesto; ni siquiera figuré como tercio”. Es decir, se tuvo que retirar sin haber hecho buen papel. Y de manera figurada lo usa Job Pim en *Graves y agudos*. Su parienta, misia Quírica Pim y Entosa, quiere abandonar la hacienda y venirse a la capital. Y él trata de disuadirla. En Caracas ya no se vive como en los tiempos pasados, sino a la manera europea: ropa de pura seda, un *chef* en la cocina, automóvil, dancing, deportes, cocktails danzantes y mil cosas más:

Ya se acabó la bonachona inercia
de ayer; los ricos de antes son pobretes;

hoy gustaría usted cien mil *cachetes*
y no figuraría como *tercia*.

Es decir, gustaría cien mil *fuertes* y no haría buen papel en el mundo social de Caracas. El venezolano ve a veces la sociedad como un garito, y la vida como una partida de dados. El juego puede también ser simulacro de batalla, y se pone sobre el tapete toda la hombría. Ya en otra ocasión, al hablar de *mamadera de gallo*, al hablar de *flux*, señalábamos que la pasión del juego es una de las vertientes por la que se manifiesta y se evade la violenta capacidad pasional del venezolano. El lenguaje lo testimonia a cada paso. Ser *buen tercio*, que era ser buen jugador, se ha hecho equivalente de ser buena persona. Hay ahí una valoración de orden social, y moral. Porque ser *buen tercio* implicaba la virtud, muy estimable, de saber jugar, de saber ganar, y, más frecuentemente, de saber perder.

¿Puntada o punzada?

A cada instante se oye: “Tengo una puntada de cabeza”, “Tengo una puntada de costado”. Es evidente que debe decirse *punzada*, pues *puntadas* son la de costura. Pero como *punzar* es herir de punta, se explica la confusión de *puntada* y *punzada*. Una *puntada* en el estómago o en la cabeza es como si le clavaran a uno la *punta* de un puñal o de un objeto cortante.

Esa “confusión”, que consiste en dar significación a los elementos de la palabra, es un proceso que se llama en lingüística “etimología popular”. Y es de todas las lenguas y de todas las épocas. El *vagamundo* clásico, que tanta vida tiene en Venezuela, se formó de *vagabundo* con influencia de *mundo*. Es un tipo especial de cruce de palabras. Veamos algunos otros casos de interés venezolano:

Destornillarse de risa por *desternillarse*, tan frecuente en todas partes, se encuentra hasta en *Peonía* de Romero García (“asistí haciendo esfuerzos por no destornillarme”); ya se burlaba de ese uso el Quijote de Montalvo; se explica sin duda por influencia de *destornillar* y *tornillo* (hay mucha gente a la que le falta un tornillo, y aun varios, y en cambio ¿quién conoce las ternillas?);

Aruñar por *arañar* se oye a cada momento, aun entre gente culta, y también *aruñazo*: “Me dio un aruñazo en el cachete, que tuavía debo e tené la seña” y “¿Mujer que aruña? ¡Corazón alegre!”, en *Farallón* de Agustín García; “El cielo está muy alto para que lo aruñen los ratones” es dicho popular; se encuentra también en España (Murcia, Maragatería,

Astorga, etc.) y en la Argentina (en la provincia de Catamarca); es influencia de *uña* y de *rasguño*, *rasguñar* (pronunciados *rajuño*, *rajuñar* en todo el país);

Clinejas o *crinejas* por *criznejas* (trenzas, crenchas) se da en todo el país y en todas las clases sociales, y ya lo criticaba Miguel Carmena en “El Monitor Industrial” de Caracas el 1.º de enero de 1859; lo usaba el costumbrista Sales Pérez, en sus *Ratos perdidos* (“una clineja de Laura”, “mi grado antiguo no fue ganado con plumajes ni clinejas”); se explica por *crin* o *clin*;

Escabullarse o *descabellarse* por *escabullirse* (“Le gusta escabullarse de la escuela”) es frecuente en Lara, Oriente, etc., y ya lo registraba Rivodó en 1889; sin duda por *cabulla*;

Estorcijón de tripas por *retortijón* es frecuente, al menos en los Andes (en otras partes también *torcijón*); indudablemente por *retorcer* (*retorcijón* es forma vieja, conservada en algunos países);

Faldiquera (en Lara) o *faldisquera* (en Falcón) por *faldriquera* o *faltriquera*, representan la influencia de *falda*;

Añilina por *anilina* se explica por *añil*, y *pelizcar* y *pelizco* (pellizcar, pellizco), por *piel* o *pelar* (me cuentan que un profesor de castellano estaba empeñado en que sus alumnos no dijeran *farsante* sino *falsante*, sin duda porque suponía que era un derivado de *falso*); *anilina* no le parecía mal a Rivodó, en 1889;

Despaturrar o *espaturrar* por *despachurrar* (aplastar), usado también en otros países de América, se debe sin duda a influencia de *despatarrar* (Rivodó lo defendía en 1889);

Botacazo (en Lara) por *batacazo*, golpe o caída con estruendo (“Se ha dao un botacazo”), se debe sin duda a *dar botes* o a *botar*;

Manopolio por *monopolio* se explica fácilmente por *mano*;

Emparcho por *empacho* en Lara (“Tengo un emparcho en el estómago”) se debe a influencia de *parcho*, que se usa en lugar de *parche* (“Este caucho tiene tres parchos”, “Los parches eléctricos son buenos para el reumatismo”);

Altomóvil o *artomóvil* (automóvil), y también *altobús* o *artobús*, de diversas partes del país, se explican posiblemente por *alto*.

Podríamos acumular más ejemplos, pero preferimos detenernos en uno, por su excepcional importancia. En los Llanos y los Andes es frecuente oír *teníanos*, *queríanos*, *ibanos*, etc., por *teníamos*, *queríamos*, *ibanos*: “Queríanos ir al cine, pero no teníanos plata”, “ibanos caminando cuando nos salió el toro”. Se atribuye al general Gómez, especie de cabeza de turco de todas las incongruencias verbales del venezolano, la siguiente afirmación: “No hay que confundir *tábanos*, que son unos animalitos, con el verbo *tábanos*, como cuando decimos: “Tábanos chiquitos y nos cargaban en los brazos”.

Ese uso llega, por los Llanos, hasta Guayana y Anzoátegui, y por Occidente, hasta Lara (con su gran ciudad de Barquisimeto) y Falcón. Y se conoce también en México y el suroeste hispánico de los Estados Unidos, en Santo Domingo, Guatemala, Perú y algunas partes de España (el Bierzo, Maragatería, Astorga, Zamora). Es evidente que el cambio de la terminación *-mos* en *-nos* se debe a atracción del pronombre *nos* de las formas enclíticas: “Vámonos a pasear”, “Queríanos pegar”, “ibanos engañando”, “Estábanos adulando”. Pero el cambio se ha abierto paso por la tendencia a dar significación de primera persona del plural (la persona *nosotros*) a la desinencia verbal. El hablante trata de insuflar la significación en la forma.

Y aun se explica por la misma tendencia otro hecho, que nos parece impresionante. Los campesinos del Táchira rezan así su Padrenuestro: “...vénganos en tu reino”... La fórmula tradicional (“venga a nos el tu reino”) era para ellos incomprensible y la han llenado de significación. De clara significación verbal, aunque esa significación sea incompatible con el espíritu mismo del cristianismo. En el lenguaje cabe la insensatez y el absurdo; lo que no cabe es la falta de sentido.

Pero ya es hora de volver a nuestra *puntada*. Que es también muy frecuente en la Argentina, Chile, Nicaragua y Puerto Rico, y seguramente también en otras partes de América. A los españoles, en cambio, no les dan *puntadas* sino *punzadas*.

Chistes verdes y chistes colorados

El español que llega a Venezuela se sorprende de que aquí digamos *chistes colorados* y *cuentos colorados* cuando lo habitual en castellano es *chistes verdes* y *cuentos verdes*. La verdad es que en Venezuela se hace una distinción entre el chiste verde y el colorado. El colorado es más vulgar e indecente; el verde es picante, pero se puede contar en presencia de damas. Tosta García, en *Don Secundino en París*, habla de “puyas coloradas y risas impuras”. Y Samuel Darío Maldonado, en *Tierra nuestra*, de “groserías tan gruesas y coloradas, que jamás se las oí en ninguna de las rabetas y disgustos que antes había tenido”. En cambio, Manuel Díaz Rodríguez puede titular *Cuento verde* uno de sus “cuentos de color”, y la verdad es que no tiene nada de escabroso.

La Academia no hace ninguna distinción entre *verde* y *colorado* en esos usos, y admite los dos: “Libre, indecente, obsceno. Aplícase a cuentos, comedias, poesías, etc.” Aunque no sabemos que hoy se use en España, *chistes colorados* y *cuentos colorados* es lo tradicional. Hacia 1630 escribía el Maestro Gonzalo Correas en su *Vocabulario*: “Cantares y cuentos colorados. Los deshonestos”. Lo mismo dice el *The saurus* de Henríquez, de 1679, y el Diccionario de Siesso y Bolea, de 1720. Y el Diccionario de Autoridades, a comienzos del siglo XVIII: “Palabras coloradas. Son las deshonestas e impuras, que se mezclan en la conversación por vía de chanza”. Es posible que ese uso de *colorado* tenga alguna relación con el sonrojo: “ponerse colorado como una purísima doncella”, en el Padre Rivadeneira.

Por el contrario, el uso de *verde* aplicado a chistes, cuentos, palabras, libros, etc., es más moderno. Como ha mostrado Fernando Lázaro, representa una extensión de otros usos: el *verde* de la *verde mocedad* y los *verdes años*, se fija primero en *viejo verde* y *viuda verde*, y poco a poco, desde el siglo XVII, empieza a adquirir el valor de obsceno. En el siglo XIX empieza a triunfar *verde* sobre *colorado* y lo va desplazando, aunque todavía hoy, cuando se dice que un cuento es “de color subido” ¿no se alude más bien al viejo *colorado* que al *verde* moderno? Además de Venezuela, *colorado* se conserva también en el Perú, donde no se hace distinción entre los dos. He aquí que dos hermosos colores, tan distintos, compiten en un solo valor significativo. De un cuento verde o colorado también se dice que es picante. ¿Será puramente casual esa coincidencia entre *colorado*, *verde* y *picante* y el hecho de que el ají o pimiento, que es picante, puede ser colorado o verde?

Venezuela sigue fiel a su vieja forma. Y quizá el sentido atenuado del *chiste verde* se deba entré nosotros a influencia francesa: en francés *il en raconte de vertes* quiere decir que cuenta cosas picantes o atrevidas, *la langue verte* es el argot y un *langage vert* es el franco, abierto, sin cortapisas. El chiste *colorado* es tradicional, pero el *verde* ha penetrado en Venezuela sin duda por vía culta, o a través de los diálogos de salón. Pero ¿no hay contradicción entre vía culta, diálogos de salón y chistes verdes?

“Un día muy festinado”

Es frecuente en Venezuela, y en muchas partes de América, aunque no en todas con la misma extensión y arraigo, el uso de *festinar* con el valor de apresurar, activar, precipitar. Se oye sobre todo el participio: “Iría a la conferencia, pero esa hora es para mí muy festinada” (complicada, de muchas ocupaciones); “El día de ayer fue muy festinado” (trajinado); “Eso lo veo muy festinado” (precipitado). Se encuentra aún en la prosa de los puristas más recalcitrantes: “Los hombres de escaso ingenio pueden entregarse a una tarea festinada, febril y copiosa”. También en la de un escritor tan preocupado por el idioma como Lisandro Alvarado. El general Cordero había establecido prematuramente cuarteles de invierno, y dice el historiador de la revolución federal:

Se ha objetado que esta disposición de Cordero fue festinada, en atención a que no había entrado de lleno la época de las lluvias.

Y lo emplea Pocaterra en *La casa de los Ábila*, en una escena conyugal que pone a Oñate en ridículo: “Batallaba tratando de quedar lo mejor posible con su estribillo festinado” ...

Entre nosotros se puede documentar ininterrumpidamente desde los días iniciales de la emancipación. En la sesión del 12 de junio de 1811 del Congreso de Venezuela, el diputado Paúl considera “inoportuna y festinada” la proyectada división de la Provincia de Caracas (exactamente la misma fórmula usa el diputado Maya, de San Felipe, que habla después). El *Correo del Orinoco* del 2 de octubre de 1819 informa que el

Sr. Garay, colocado a la cabeza del Consejo de Estado de España, había sido separado del Ministerio de Hacienda un año antes “de una manera injuriosa y festinada”. El 2 de agosto de 1847 escribe un cajero acusado de fraude, en carta particular, publicada por González Guinán: “Dígale que por él festino mi salida esta noche”.

La Real Academia Española lo admite como provincialismo de algunos países americanos. Y en el Congreso de Academias de la Lengua celebrado en México (23 de abril 6 de mayo de 1951) lo usó el licenciado Víctor Garrido, representante de la República Dominicana (*Memoria*, 438):

Sería imprudencia notoria festinar acuerdos sobre cuestiones tan arduas sin maduro examen de las mismas.

Aun en un Congreso de Academias los académicos hablan y escriben en un castellano regional, y hasta incurren en una serie de usos que el purismo ha considerado hasta ahora bárbaros. Por ejemplo, uno de ellos (pág. 445) habla del lenguaje como característica del “bípedo humano” y destaca la importancia de su estudio, que es “una suerte de saber capital y matriz” (sic) capaz de resolver controvertidos y apasionantes problemas “a poco de que se le aborde con independencia sesuda y comprensiva meticulosidad” (*meticuloso* ¿no era para la Academia únicamente miedoso, temeroso?). El Congreso en pleno aprueba crear una Comisión Permanente, “que mientras funcione en México será expensada por el Gobierno del país” (págs. 7, 516): el Diccionario Académico registra *expensar* solo como provincialismo de México y Chile. Luego esa Comisión resuelve un sistema de trabajo, y el punto tercero reza: “Que serán designados ponentes para el estudio de los asuntos que ameriten especial consideración” (pág. 263). Ese *ameritar*, común en México y Venezuela (lo encontramos además en José Martí, en una carta de 1893), no lo acepta la Academia, sin duda porque le basta con *merecer*. Además, Agustín González de Amezúa, que acude desde

Madrid a las sesiones de esa Comisión Permanente y la preside, dice (pág. 518) que los gobiernos hispanoamericanos, convencidos “de la superior y trascendental misión que *las* está diputada” a las Academias Correspondientes, “habrán de prestarlos en adelante su apoyo constante, decidido y generoso, facilitándolos los medios adecuados”. Esos tres *las* por *les* representan una innovación (el laísmo) que es bastante general en Castilla, aun entre muy buenos escritores, pero que la Academia rechaza explícitamente.

Así, pues, los académicos se reúnen para sellar la unidad de la lengua castellana, y en sus discursos y proposiciones penetran las formas regionales de América o de España. Lo cual a nosotros no nos asombra, ni nos parece mal. Pero los puristas debieran ser menos enfáticos cuando hablan de locuciones espurias y de corrupción de la lengua. La limpieza, en todos sentidos, debe comenzar siempre por la propia casa.

Volvamos a *festinar*. ¿Habría que considerarlo incorrecto? El hecho de que la Academia lo registre como provincialismo no quiere decir que lo autorice o legitime para el uso general. No hace más que señalar su carácter regional, y admitirlo dentro de esa esfera. Desde un punto de vista estrictamente académico, sería un uso poco recomendable.

Pero ¿cuál es su origen? Julio Calcaño dice que es un arcaísmo, y lo encuentra en un texto del siglo XIII, el *Calila e Dimna* (cap. 111). Senceba habla de la mala ventura:

Ella tuelle al león su fuerza fasta que lo toman e lo meten en una arca, e face andar al home flaco sobre el elefante fuerte, e apodera al encantador sobre las víboras, e trae al muy entendido fasta la muerte, e face el sabio mal andante, e allega al codicioso e festina al tardinero.

Festinar al tardinero es dar prisa al tardo o lento. Ese *festinar* es un latinismo: *festinat fugam*, acelera o precipita la fuga, en Virgilio; *festinat*

migrare, se apresura a marchar, en Cicerón. Y aun el derivado latino *festinus* se usó en la Lógica tradicional y es frecuente en la literatura antigua: “ve por ello festino” (rápido, presuroso), en el *Libro de buen amor*.

Lo extraño es que desde el siglo XIII ese *festinar* parece haberse perdido en España, donde no lo encontramos ni en la lengua clásica, tan latinizante, ni en la actual. En cambio, es general en italiano, donde el uso se remonta ininterrumpidamente hasta *la festinaba gente* de la *Divina Comedia*. Y además es bastante común en las lenguas modernas, y también en castellano, la sentencia latina *festina lente*, apresúrate lentamente, que Walter Scott creía inventada por algún erudito pedante, pero que es traducción de un aforismo griego (σπεῦδε βραδέως) que, según Suetonio (también Aulo Gelio), repetía insistentemente como su divisa el emperador Octavio Augusto: “En su opinión nada convenía menos a un gran capitán que la precipitación y la temeridad”. ¿Habría partido de ella, o del latín de clérigos y abogados, el uso hispanoamericano, que data del período colonial? Piénsese, por ejemplo, en la formación hispanoamericana de *acápite* o en la difusión de *pensum*. Corominas cree, sin embargo, en vista de su extensión, que debió venir de España. Hay que tener en cuenta que no es voz del habla popular, sino más bien de gente que presume de finura y corrección. Más corriente es el *apurado* o *precipitado*.

De todos modos, si es académico y tiene amplia tradición el sustantivo latinizante *festinación* (celeridad, prisa, velocidad), ¿podría considerarse incorrecto el verbo *festinar*, del que procede el sustantivo? Indudablemente no. Ya decía Bello:

Hay locuciones castizas que en la Península pasan hoy por anticuadas y que subsisten tradicionalmente en Hispano-América: ¿por qué proscribir las?... Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales

divergencias cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada.

Con todo, además del criterio de corrección, cabe otro, no menos importante, a nuestro parecer: el del buen gusto. Quizá la poca aceptación de *festinar* en España y otros países hispánicos se deba a que se siente hoy asociado con *festín*. Efectivamente, en parte de América Central, *festinar* es festejar, agasajar. Y además, a la idea de apresurar o precipitar, se ha agregado en muchas partes un matiz pesimista, el de precipitar imprudentemente, registrado en Chile, Colombia y México, pero que no hemos encontrado en Venezuela: “Festinaron la Revolución”. Aun reconociendo que *festinar* es correcto, nos gusta más *apresurar*, *precipitar*, *activar*. Cuestión de gustos, materia sobre la cual —contra lo que afirma un refrán muy conocido— se han escrito toneladas de papel y se han vertido mares de tinta.

Ciudadano

Creo que Venezuela es el único país donde se haya impuesto, al menos en la terminología oficial, el democrático tratamiento de *ciudadano*: el Ciudadano Rector, el Ciudadano Ministro, el Ciudadano Presidente de la República. Si se piensa que en otras tierras es tratamiento habitual entre militantes socialistas, y en España entre los “republicanos históricos” (los anarquistas siempre prefirieron *compañero*, y los comunistas también, aunque, por influencia internacional, terminaron por adoptar *camarada*); si se piensa que no logró prevalecer ni en Francia, donde una revolución bastante cruenta, que quiso desterrar todos los resabios del feudalismo, inauguró el tratamiento y trató de imponerlo (ley de la Convención, del 9 de octubre de 1792), tiene interés ver las circunstancias históricas que produjeron el asombroso triunfo del *ciudadano* en Venezuela.

Los revolucionarios de 1810, sobre todo los jacobinos de la Sociedad Patriótica, lo adoptaron en seguida de sus modelos franceses, y así pasó a la Constitución de 1811 (cap. IX):

Nadie tendrá en la Confederación de Venezuela otro título ni tratamiento público que el de Ciudadano, única denominación de todos los hombres libres que componen la Nación; pero a las Cámaras Representativas, al Poder Ejecutivo y a la Suprema Corte de Justicia se dará por todos los ciudadanos el mismo tratamiento con la adición de *Honorable* para las primeras, *Respetable* para el segundo y *Recto* para la tercera.

Pero las provincias del interior eran menos jacobinas. La Legislatura de Mérida prescribió para ella el tratamiento de Alteza Serenísima, para el Ejecutivo el de Excelencia, y para sus miembros y los del Ejecutivo el de Señoría. La Constitución de Barcelona (de “la República de Barcelona Colombiana”), sancionada el 12 de enero de 1812, imponía para el Presidente del Estado el tratamiento de Excelencia en los escritos y el de Vos o Usted en el trato oral.

En los primeros años de la Revolución naufraga casi totalmente el Don, que hasta entonces se podía comprar a la Corona, y alternan el Señor y el Ciudadano. El auge y la decadencia de Ciudadano corren parejas con las alternativas del espíritu jacobino. Bolívar lo usa mucho en los primeros años, en sus proclamas y discursos, y aun en sus cartas a amigos y parientes, pero no de manera sistemática. El 18 de noviembre de 1813 se dirige al “Ciudadano Gobernador de la Isla de Margarita Juan Bautista Arismendi”, pero en el texto le trata de Vuestra Señoría. El mismo día escribe al “Ciudadano General en Jefe Santiago Mariño” y lo trata de Vuestra Excelencia y de Excelentísimo Señor. En 1815 Morillo, el jefe realista, se quejaba de los patriotas, que liberaban a los negros:

los ponen en libertad completa, los llaman *ciudadanos*, y entran a ser capitanes, coroneles, generales.

Pero poco a poco desaparece, y en las cartas y proclamas de Bolívar de 1818 y 1819 solo lo encontramos tres veces: “Ciudadano Teniente Coronel J. Ignacio Brito” (22 de septiembre de 1818), “A la Ciudadana Juana Bolívar” (26 de mayo de 1819) y “Al Ciudadano Cura de Mariquita” (24 de agosto de 1819). En cambio hay profusión de Señor, Su Señoría y su Excelencia. Y en estas circunstancias se reúne el Congreso de Angostura y se aprueba la Constitución de 1819.

La Constitución de 1819 y la de Cúcuta de 1821, de la Gran Colombia, no prescriben tratamiento alguno. Pero Bolívar da la pauta al

dirigirse al Excelentísimo Señor Vicepresidente Dr. Francisco Antonio Zea y al Excelentísimo Señor Presidente del Congreso General de Colombia. Y, sin embargo, al jurar ante ese Congreso, el 21 de octubre de 1821, su cargo de Presidente de la República, dice:

Prefiero el título de Ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra; aquél emana de las leyes. Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano.

¡Y eso que siempre había considerado el título de Libertador “más sublime que el trono”! En esta época, de sus cartas desaparece enteramente el tratamiento de ciudadano, que solo encontramos en dos de carácter privado: una del 8 de mayo de 1825 “al ciudadano Tomás Durán”, para que pague 4.300 pesos “al ciudadano Bernardino Codecido”, y otra del 27 de junio de 1825 al “Ciudadano Cayetano Carreño”, hermano de Simón Rodríguez.

El tratamiento no se especifica tampoco en la Constitución de 1830 (de Páez), ni en la de 1857 (de Monagas), ni en la de 1858 (de Julián Castro). Pero el *ciudadano* subsiste como recuerdo de 1810. El general Páez quiere infundir espíritu civil en el ejército, y en 1830 los veteranos de la brigada de los batallones Anzoátegui y Junín hacen protesta republicana al Congreso y se denominan a sí mismos simplemente “ciudadanos militares de la brigada”. Y en 1836, cuando el Senado y la Cámara de Representantes quieren premiar el comportamiento de Páez en el restablecimiento de la presidencia constitucional de Vargas, le conceden (12 de mayo) el renombre honorífico de “Ciudadano Esclarecido”.

Todos estos son antecedentes, y se podría acumular muchos más. Pero la imposición del tratamiento de ciudadano corresponde a la guerra federal, que fue una verdadera revolución social. La guerra se inicia en Coro el 20 de febrero de 1859. A las pocas semanas el general Zamora anda en triunfo por el Occidente y llega hasta los Llanos de

Barinas y Apure. Allí se encuentra con dos franceses (Enrique Mortón y Napoleón Avril), con el licenciado Iriarte y con otros federalistas que conocían muy bien la historia de la Revolución Francesa. En lugar del tradicional “Soy de usted atento servidor” empiezan a usar en sus cartas el “Libertad, Igualdad, Fraternidad” (luego lo sustituyen por el “Dios y Federación”). La Municipalidad de Barinas concede a Zamora (14 de junio de 1859) el título de “Valiente Ciudadano”. El *ciudadano* se transforma así en tratamiento federal.

Triunfante la Revolución, el Congreso, el 25 de diciembre de 1863, aprueba todos los actos del general Falcón y le acuerda el título de “Gran Ciudadano” y el rango de mariscal. La Constitución Federal, aprobada el 22 de abril de 1864, que representa el retorno al jacobinismo de 1811, legaliza y consagra el uso (título III, artículo 14, inciso 15, N.º 3):

No se dará otro tratamiento oficial a los empleados y corporaciones que el de *Ciudadano* y *Usted*.

Desde 1864 ese precepto constitucional se ha seguido repitiendo sistemáticamente, con leves modificaciones de forma, y en la 1953 figura del modo siguiente: “No se dará otro tratamiento oficial sino el de ciudadano o usted, salvo las fórmulas diplomáticas”. Extraordinario caso de continuidad a pesar de todas las vicisitudes de estos noventa años de evolución política, en que Venezuela ha tenido nada menos que diez y ocho constituciones, que con las seis anteriores hacen un total de veinticuatro, la cifra sin duda más alta de Hispanoamérica, y quizá del mundo. En lo cual tal vez se manifieste, además de la inestabilidad política, un afán siempre renovado, o una ilusión permanente de perfeccionamiento institucional.

Del uso oficial, *ciudadano* ha pasado, aunque en escasa medida, al uso popular. También creo que en Venezuela es más habitual que en

otros países hispánicos el uso de *compañero*, frecuente entre estudiantes y entre colegas de las profesiones liberales (maestros, profesores, médicos, etc.), sin que presuponga ningún izquierdismo: se daba entre los soldados de la Independencia y quedó en gran parte del país, sobre todo en las provincias orientales, en la forma popular *ñero* (claro que algunos partidos de izquierda lo usaron deliberadamente con significación política). También *cámara* (camarada) es tratamiento popular frecuente desde el siglo pasado. *Ciudadano*, *compañero*, *camarada*, junto a *hermano* (*mano*), *cuñao*, *primo*, etc., tan populares, testimonian la profunda democracia social de la vida venezolana.

Pero si el tratamiento de *ciudadano* no ofrece dificultades, quizá no pueda decirse lo mismo de *ciudadana*, que no parece muy cortés. Por eso, aunque la información policial diga que “una ciudadana ha sido atropellada por un automóvil”, el redactor del periódico se ve muchas veces en tribulaciones y es frecuente que escriba: “Dama atropellada por un carro”, aunque la *dama* sea una modesta muchacha del servicio doméstico, y el *carro* un opulento Mercedes. El hombre es capaz de aceptar cualquier tratamiento de carácter igualitario. La mujer es indudablemente menos igualitaria.

“Te voy a dar un puño”

Oigo con frecuencia: “No te metas conmigo, porque te voy a meter tu buen puño”, “Te voy a dar un puño”, “Le dio un puño en la cara y le rompió un diente”, “Le dio un puño por la jeta y le hizo chorrear sangre”. Se oye sobre todo en el lenguaje infantil. Una dulce niñita de tres años dice a la madre: “Si no me compras chocolate, te doy un puño”.

Ese uso de *puño* con el valor de puñada o puñetazo se encuentra en un texto tan viejo —al parecer del siglo XIV— como el Poema aljamiado de José. Los hijos de Jacob, envidiosos del hermano menor, lo llevan al desierto para abandonarlo. José implora compasión y llora de sed. Uno de los hermanos vierte el agua al suelo y lo hiere “de puños y de calces”, es decir, a puñetazos y a coces.

La expresión recuerda una de Boccaccio. En una de las novelas de su *Decamerón*, Martellino ha simulado invalidez con el fin de acercarse a los restos de un supuesto santo milagroso. En la iglesia recobra sus movimientos. Pero alguien lo reconoce y la gente se indigna del ultraje a su santo. Lo arrojan al suelo, le tiran por los cabellos, le arrancan las ropas y le dan puños y coces (“gli cominciarono a dare delle pugna e de calci”). Ese uso de *pugno* (puño) con el valor de puñetazo es frecuente en italiano desde la Edad Media hasta hoy. Y explica una de sus frases proverbiales: *daré un pugno in cielo*, para expresar la imposibilidad absoluta. Cervantes, tan aficionado a los italianismos, la adoptó. Sancho Panza dice a su amo: “Así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo”.

Hoy el uso de *puño* con el valor de puñetazo es general no solo en Venezuela, sino también en Colombia. Puerto Rico, Chile y seguramente en otras partes de América. Zamora Vicente lo ha señalado igualmente en Extremadura (por lo menos en la provincia de Mérida) y en el judeoespañol de los Balcanes. Además, el uso de *puñete* con el valor de puñetazo, común desde la época clásica, ¿no se remonta a nuestro *puño*? No parece que se justifique la calificación de anticuado que le da la Academia. Los muertos que vos matáis gozan de buena salud.

¿Analfabeta o analfabeto?

En nuestra literatura oficial y pedagógica es frecuente hablar de *los analfabetas*. No es raro que se diga: “Ese profesor es un analfabeta”, lo cual parece una “contradictio in terminis”, y en realidad no siempre lo es. El mismo uso de *analfabeta* en masculino se ha señalado en Colombia, México, Nicaragua, Puerto Rico, Cuba, Perú, Chile, etc. Pero en buen castellano se dice: “Juan es un analfabeto”, “María es una analfabeta”. El latín tardío formó, con raíces griegas, la palabra *analphabetus* para designar al que no conocía ni las letras. De ahí el *analfabeto* moderno. ¿Y cómo se explica entonces esa difundida forma en *-a* para el masculino?

Sanín Cano, en la *Revista de Indias* de 1945, dice que él fue el primero en usar *analfabeta* en Colombia, al traducir en 1887 *Il secolo nevrotico* de Paolo Mantegazza. La palabra no figuraba en ninguna forma en el Diccionario de la Academia y la adoptó del italiano por analogía con otros masculinos en *-a*: *ilota*, *poeta*, *nauta*, *atleta*, *acróbata*, *autodidacta*, *esteta*, etc. Pero hay que distinguir los acabados en *-a* etimológica (*poeta*, *nauta*, etc.) de los que tienen una *-a* ultracorrecta, que no se justifica ni por el griego ni por el latín. De este tipo es *autodidacta*, muy usado en Hispanoamérica (“Sarmiento era un autodidacta”), aunque hay actualmente una fuerte tendencia a favor de *autodidacto*, que es lo etimológico y lo académico. De este mismo tipo es *analfabeta*.

Pero esos no son de ningún modo casos excepcionales. Una cantidad de cultismos de origen griego tienen *-a* final en masculino a pesar de que en griego acababan normalmente en *-o* (ómicron). En la lengua general parece impuesto *políglota*, que la Academia admite hoy junto a

poligloto, que trató de imponer en vano. Y también *autómata* (en el siglo XVI era *autómato*), *hermafrodita* (la Academia también admite *hermafrodito*), *rapsoda* (se usa también bastante *aeda*, aunque lo académico es *aedo*) y *estratega* (la Academia prefiere *estratego*). En nuestros tiempos se han impuesto de manera análoga *psiquiatra* y *pediatra* (*iatros* es el médico en griego), que en rigor etimológico debieran ser *psiquiatro* y *pediatro*.

Claro que no vamos a rehacer la lengua, porque tendríamos que retroceder dos mil años y hablar el latín de los clásicos, que por lo demás también había evolucionado bastante. Por fortuna, nos basta con hablar en buen castellano. La lengua ha impuesto una serie de “incorrecciones”, y sus razones tendrá, aunque a veces la razón gramatical no las entienda. Pero ¿cuál será el criterio para determinar si una forma está bien? Me parece sencillo: Si está impuesta en la lengua general de España y América, en el habla de la gente culta, estará bien aunque rabie el criterio etimológico. El uso es señor absoluto de las lenguas. Por eso me parecen correctos *autómata*, *pediatra*, *psiquiatra*, etc. Pero si solo se emplea en una región (o varias) y contrasta con el uso culto de las demás, no estará bien. La universalidad hispánica es criterio de corrección.

Universalidad hispánica en la lengua culta. Pero si se trata de objetos locales o de utensilios domésticos hay que resignarse al particularismo, porque la lengua familiar tiene sus propios fueros. Aunque ya nadie prepare en él el ponche, se llamará *ponchera* en Venezuela el recipiente para lavarse, y el que se atreva a llamarla *aljofaina* correrá grave riesgo de que no le entiendan. Se dirá *platico*, *gatico*, etc., porque es el uso general de la familia venezolana (también en otros países), y parecerá afectado que una persona nacida en esta tierra diga *platito* o *gatito*. Pero si es voz culta, de la lengua científica o literaria, debe corregirse. Por eso me parece mal que los médicos digan *diábetes* o que los pedagogos usen *analfabeta*: *analfabeta* será probablemente la mujer, pero es malo que lo sea el marido.

“¡Qué mujer tan arbolaria!”

En todo el Occidente del país (Falcón, Lara, Barinas, el Zulia y los tres estados andinos) se trata de *arbolaria* a la mujer escandalosa, la que de todo se alarma o por todo alborota: “¡Qué mujer tan arbolaria!”, “¡No seas tan arbolaria, muchacha, si no te pasó nada!”, “Ustedes son unas arbolarias. ¡Ya me tienen obstinada!” Se pronuncia frecuentemente *albolaria*, sobre todo en las regiones de confusión de *r* y *l*. También se aplica a los hombres, pero con menos frecuencia: “¡Ese hombre sí es arbolario!” Esos usos se conocen en algunas partes del Centro, pero sin continuidad. En La Victoria, por ejemplo (Aragua). O en Carayaca (costa del Distrito Federal) y en algunas partes de Miranda y Carabobo, pero con el valor de *entrépito* o entrometido: “¡Niño no sea arbolario, cállese!” En Margarita *arbolaria* equivale a *bolera* (“¡Qué mujer tan bolera!”), y se dice de la atolondrada, desordenada o llena de fantasías.

No encontramos nada análogo en otras partes de América. Solo en el Cibao (Santo Domingo) se ha registrado *arbulente* con el valor de *turbulento*. ¿No representa un viejo cruce entre *arbolario* y *turbulento*?

Nuestro uso ha venido indudablemente de España. En parte de Navarra (Añorbe, por ejemplo), *arbolario* equivale a exagerado y aspaventero, según José María Iribarren; en el resto de la provincia se emplea mucho en el sentido de alocado y se aplica a las personas de genio raro que tienen arrebatos, chifladuras y extravagancias. Es el uso que tiene también en Salamanca, donde se dice del caprichoso, voluble, levantado de cascos: “¡Habrased visto hombre más arbolario!” Y en Valladolid:

“¡Vaya tía más arbolaria!” En Asturias, en la región de Cabranes, *arbolariu* significa altivo, displicente. En 1875 el Diccionario castellano de Domínguez daba *arbolario* como equivalente de botarate, hombre sin juicio, alocado. No creemos, sin embargo, que se use en Castilla la Nueva.

¿Cómo se explican esos usos y qué relación tienen con *árbol*? Además de *arbolar* o *enarbolar* una bandera, el castellano general tiene *arbolarse* o *enarbolarse* con el valor de *encabritarse*, empinarse el caballo, afirmándose sobre las patas traseras y levantando las anteriores (el francés *s' enarbrer* significaba lo mismo en el siglo XIII). *Enarbolarse* significa además enfadarse, enfurecerse. Estamos en pleno lenguaje figurado: *arbolarse* es elevarse sobre manera las olas del mar; *arbolado* era el hombre alto, crecido, de gran estatura, en el argot español; *arbolar* era levantar (según el Vocabulario de Ayala, de 1693) y *arbolado* (según Chaves, en 1609), el levantado o crecido.

De *arbolarse* o *enarbolarse*, lo mismo que de *levantarse*, *empinarse*, *encumbrarse*, se pasa fácilmente a designar condiciones de carácter o de conducta: *levantado de cascos* es el alborotado y ligero; *encumbrado*, el envanecido o ensoberbecido; *empinado*, el orgulloso (también *pingorotado* o *empingorotado*). Del mismo modo, *altivo* o *altanero* (de alto), el soberbio; *estirado*, el entonado y arrogante. Venezuela presenta un caso más, que no conocemos de otras partes: *montarse* (“¡Ya se montó!”), un equivalente del *enarbolarse* castellano en el sentido de *ponerse bravo* o enfadarse (no creemos que venga de *montar en cólera*, que es expresión independiente). Ahora bien, *empinarse* (de *pino*) y *arbolarse* o *enarbolarse* (de *árbol*) ¿no representan la misma imagen o el mismo juego de imágenes? Nuestra *arbolaria* ¿no es frecuentemente una persona encumbrada, empinada y levantada de cascos?

¡Pele el ojo!

¡Pele el ojo!, o bien *¡Ojo pelao!*, es advertencia amistosa. Se le puede decir a un padre: “¡Ojo pelao, mire que su muchacha se ha puesto muy bonita!” O bien: “Con estas muchachas va a tener que estar ojo pelao”. O se les dice a ellas, cuando tienen un pretendiente: “¡Ojo pelao, y no coma cuentos!”. Un profesor advierte a los alumnos en un examen: “¡Ojo pelao con la ortografía!” Se preocupa uno por la suerte de un amigo en inminente peligro, y le recomienda: “¡Ojo pelao con esa catira!” O en otro orden de cosas: “¡Ojo pelao con estos fríos de enero!” Y para precaver al hijo que va a la capital a iniciar sus estudios: “¡Pele el ojo, que ahí nadie lo va a cuidar!” Cuando alguien cuenta mentiras, o cosas fantásticas, increíbles, es frecuente decir, con entonación escéptica: “¡Ojo pelao!” (antes era más frecuente *¡el ojo de la mona!*). Y se acompaña con un ademán expresivo: se retrae el párpado inferior con el índice, en actitud de ampliar la órbita del ojo.

Pelar el ojo puede ser vigilar: “A este muchacho hay que pelarle mucho el ojo, porque si uno se descuida está perdido”. También *pelar los ojos*: “Pela bien los ojos, no te dejes engañar”. Para encomiar a alguien que no se descuida jamás, se dice: “Tiene los ojos pelados como vendedor de prendas”. Pele el Ojo se llama todavía una esquina de Caracas, en el ángulo noreste del viejo parque de la Misericordia, el actual Parque Carabobo. Contigua a ella estaba otra esquina, la de *Quitacalzón* (“de Pele el Ojo a Quitacalzón” era una de las señas más típicas de Caracas), hoy desaparecida (parece que hubo por lo menos dos esquinas

de Quitacalzón en la Caracas vieja). Sí subsiste todavía “Pele el Ojo al Peligro”. Además, Pele el Ojo se llamaba un lugar, no lejos de Caracas, en el que, según relata González Guinán, se libró una acción de guerra en 1862. El *Nomenclador* de Venezuela, de 1944, trae nueve lugares distintos con ese nombre, en Miranda (dos caseríos), Aragua, Bolívar, Zulia y Falcón. El P. Las Casas habla de unos bajos que Colón llamaba islas de Babueca y los marinos Abre el Ojo.

También, en lugar de *¡ ojo pelao!*, se dice *¡ ojo de garza!*, aludiendo a la actitud avizora o expectante de la garza: “Con este muchacho hay que estar ojo ‘e garza, porque es terrible”, “¡Ojo ‘e garza muchachos!” (“ojo de garza, boca de iguana”, recomienda a la vez atención escrupulosa y silencio prudente). Díaz Rodríguez usa *ojo de grillo* en *Peregrina*: “Ande a recogerlo, ¡y ojo de grillo!” Aunque hoy se conoce poco, fue popular en Caracas un refrán, bastante ingenioso: “¡Ojo de grillo, que gallina no ve de noche!”. En Barlovento se conoce *¡ ojo ‘e cucharacha!* Más se usa *¡ ojo a la tijera!* (y con juego humorístico, *¡ ojo a la tijereta!*, aludiendo a la rapaz y chillona tijereta de las aguas marinas), que parece de sastres y murmuradores, pero es, según Picón Febres exclamación de equilibristas y maromeros, pues la *tijera* es la que sostiene la *maroma* o cuerda floja de los circos. Y también *ojo al parche* (“Me debes quinientos bolívares, ¡ojo al parche!”), sin duda traslación de “¡oído al parche!” “¡oído al tambor!” (“¡Oído al parche!” usa Arniches en su comedia madrileña *La chica del gato*). O simplemente *¡eche ojo!* Es indudable que la amistosa advertencia de precaución, el *¡ ojo!* De la lengua general, tiene rica terminología en Venezuela. Pero la advertencia puede no ser tan amistosa: “¡A mí no me venga con bromas, ojo pelao!”

Pelar el ojo (o *los ojos*) se usa también, con valores análogos, en gran parte de Colombia, América Central, las Antillas, México, y llega en su expansión hasta el Ecuador y Perú, pero me parece que no se conoce

en ninguna parte de España. Malaret registra como copla argentina o venezolana (de la Argentina no la conocemos), la siguiente:

Las viejas para coser
piden anteojos prestados;
para celar a sus hijas
tienen los ojos pelados.

Y otra de Colombia, que también se conoce entre nosotros:

En el otro lao del río
taba la muerte en camisa;
ella que me pela el ojo,
yo, que me muero de risa.

Y finalmente, una de México:

Al pasar por un panteón
vi una matita de ruda.
¡Qué ojos me pelara el muerto
si me viera con la viuda!

En algunas partes de México se juega además con la expresión: *pegar el ejote*, *pegar el jalisco*, etc. Y también en Costa Rica: *pelar las guayabas*. En Venezuela puede oírse, además, por extensión, *pelar la oreja* (y aun *pelar los oídos*): “Pela bien la oreja en la clase; si no, te van a quebrar”. Pero más frecuente es *parar la oreja*.

¿Y de dónde viene ese ¡*pele el ojo!* u ¡*ojo pelao!*? Es una prolongación de *pelar los ojos*, que es abrirlos, sobre todo de manera desmesurada, por asombro u otra razón: “No pude dormir; estuve toda la noche con los ojos pelados”; “Cuando se lo conté, ¡peló tamaños ojotes así!” (se acompaña con un ademán expresivo); “Todo llanero se duerme con un ojo pelao”. En *Doña Bárbara* se presentan los indios yaruros en la casa cuando Marisela está sola. Ella, para atemorizarles, les dice que por allí

andan los cuibas, y luego cuenta: “Fue como si les hubiera nombrado el diablo. Pelaron los ojos y me preguntaron: “Comadre, ¿tú has visto cuibas?” Más adelante la misma Marisela cuenta a Santos cómo murió su padre: “De pronto hizo un esfuerzo por sentarse en el chinchorro y se me quedó viendo con los ojos pelados y gritó: ¡El tremedal! ¡Me traga!” En *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri, un negro, ante un auditorio espeluznado, cuenta los fusilamientos de Caracas en los días de la guerra a muerte:

Yo era el que los llevaba a enterrar... Y sucede que un día, ¡ah, malaya!, va y cae el que era amo mío, un isleño pichirre y maluco... Al condenado lo puse yo encimita, hasta por consideración... ¡Y cuando salgo de la ciudad para afuera, siento que me agarran una canilla con una mano fría...! Yo no me atrevía ni a ver para abajo del puro miedo. Pero al fin voy y veo al condenado isleño que con los ojos peladotes, me tenía agarrada la canilla. La carrera que pegué la fui a parar al Valle...

Y aun se aplica el *pelar los ojos* al juego intencionado de miradas de hombre a mujer, y viceversa: “Se la pasa pelándole el ojo a las muchachas”. Que es un equivalente de *hacerle ojitos*: “Deja de hacerle ojitos a Fulano, que está casado”.

Así como *se pelan* los ojos, como si fuesen frutas (los párpados son la piel que los protege), *se pelan* también los dientes, que es ponerlos al descubierto, abrir la boca. Y también *pelar los dientes* tiene una serie de valores figurados. En primer lugar, sonreír. Federico Landaeta, en *Rastrillo*, presenta entre los presos a un negro que posee una hermosa risa blanca: “Le dicen Trinitario por su origen, y el *Diente Pelao* por su sonrisa sempiterna”. El sonreír puede ser interesado, y de ahí que *pelar los dientes* sea también insinuarse en el ánimo de otro, adularle con mala intención. Y se aplica a la mujer que enamora a los hombres con su sonrisa, y aun a la enamoradiza, que sonrío en seguida a los hombres:

“Se la pasa pelándole el diente (o *chinándole el diente*) a los hombres”; “Fulana es una peladientes”. Pero también *pelar los dientes* es mostrarlos en actitud de morder (como el *arregañar a denta* del gallego, que es enseñarlos amenazadoramente, como el perro antes de pelear): “Me tiró de las orejas hasta que pelé los dientes”. Y aun *pelar las muelas*. Oímos a un andino: “Me dio miedo el perro, porque tenía peladas las muelas”.

Y también sin sonreír ni amenazar se puede *pelar el diente*, en el duro trance de la muerte: “Fulano peló el diente el año pasado”. En *Farallón*, la novela falconiana de Agustín García, Desiderio sueña con la guerra, y explica para qué:

si yo la deseo no más que por ve a tanto morciélagos ‘e marchante con las alitas frunciás y los denticos pelaos.

He aquí que un inocente verbo, que en su origen equivale a ‘quitar la piel de semillas y frutas’ (pelar el café, el maíz, los ajos, el cambur, la naranja), se ha elevado, por vía metafórica, a través de *pelar los ojos* y *pelar los dientes*, a planos expresivos en que entra en juego toda la afectividad. De modo análogo, el inglés familiar de los Estados Unidos dice, como recomendación de alerta: “Keep your eye (o “your eyes”) peeled”, es decir, ‘tenga su ojo pelado’. Y en España es bastante frecuente, aunque nada fino, *mondarse de risa*: “Ayer me mondé de risa”. En todas partes el espíritu humano juega con las mismas imágenes. El mismo *pelar*, por otro camino, ha pasado a significar azotar (despellejar a azotes), y de ahí *la pela*, la zurra. Apenas roza la piel humana, el verbo se carga de insospechados valores afectivos. La piel humana es indudablemente muy sensible.

“Peló por el machete”

Pelar se usa en toda Venezuela por echar mano de algo, blandir o asir violentamente un arma: “En mitad de la discusión mi amigo peló por el revólver y yo pelé por un garrote que encontré a mano”. En *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri, Espíritu Santo cuenta: “Cuando Matías ve la gente, pela por la lanza y se abre con el potro”. En *La gloria de Mamporal* dice Andrés Eloy Blanco: “El último suceso político fue la disputa acalorada entre el juez y el secretario de la jefatura. El secretario *peló por el revólver*, los hombres salieron en tropel de los ranchos”. En los Andes es frecuente: “Pelé por la fatigosa” (un cuchillo de un solo filo), “Pele por el revólver”... Y en un corrido popular de Barinas:

Me encontré con un negrito
llamado José María.
Le pregunté por la carta,
me dijo que no la tría.
El peló por la espada
y yo pelé por la mía...

Hay en ese *pelar* una imagen muy fácil de comprender y que no es exclusiva de Venezuela. También en el habla gauchesca *pelar el facón* es sacarlo, desenvainarlo, echar mano de él para atacar o defenderse, y se dice igualmente *pelar la lata* (desenvainar el sable) y *pelar la chaucha* (*chaucha* es la vaina de las arvejas o guisantes, y también el facón), en que la imagen es más evidente. Tito Saubidet documenta en el *Santos Vega* de Ascabusi:

Y entonces quiso el facón
pelar de entre las coronas,
pero tiempo no le dio.

Ese uso argentino procede sin duda del portugués, en el que es frecuente *pelar* la espada o el facón. Pero también en Guatemala hay un uso análogo. *Pelar el pato* es desenvainar el *pato*, que es el cuchillo o puñal: “Peló el pato y se me vino encima, pero al desenfundar yo el revólver salió huyendo precipitadamente”.

Esa imagen corresponde perfectamente al *desenvainar* la espada o el cuchillo, y al *desenfundar* el revólver o la pistola. Y se aplica sin dificultad al machete, que tenía vaina todavía en la época de *El Sargento Felipe*: “Un oficial bajaba por la acera de la casa, golpeando mucho la metálica vaina del machete en los ladrillos”. Y aun la tiene hoy a veces (los machetes de los comisarios, etc.). Se oye frecuentemente el refrán: “Machete, estate en la vaina; calabozo, en tu rincón”. El *calabozo* es una especie de hoz. El refrán recomienda prudencia y es partidario decidido de la no intervención.

De ahí el *pelar* se extendió a la lanza o a cualquier arma. Y hasta *se pela por los puños*: “Cuando se vio derrotado en la discusión, peló por los puños”. La expresión ha penetrado en esferas más pacifistas. Un maestro se dirige a los alumnos y les dice: “Pelen por el lápiz y el cuaderno, y escriban lo que les voy a dictar”. Un estudiante que no está contento con la explicación del profesor, cuenta: “Pelé por la historia, y le argumenté en contra”. Es decir, echó mano del manual de historia. Un abogado dice: “Cuando le presenté la cuenta, peló por la cartera y brincó mansito” (pagó). Aún más, la expresión clásica *tomar* (o *coger*) *las de Villadiego* se ha convertido en *pelar por las de Villadiego*. Y es frecuente *pelar por las de batir barro*, o sea huir precipitadamente. Que es recurrir a los pies, o a las *patas*, como se dice en el habla vulgar (“Paticas, ¡pa qué te quiero!”),

“Paticas, ¡pa qué te tengo!”), con las que se bate efectivamente el barro para las construcciones en el interior del país.

También se oye alguna vez que alguien “apeló por el revólver” o “apeló por lo primero que tenía en la mano”. Pero este uso no tiene nada que ver con el *apelar* jurídico (se apela *a* una instancia o *a* algo). Por el contrario, ese *apelar por* procede de *pelar por*, y se debe a la frecuente alternancia de verbos con *a-* y sin *a-*, de los que anotamos los siguientes en el habla venezolana: *aplanchar-planchar*, *afusilar-fusilar*, *atrancar-trancar*, *abajarse-bajarse*, *ajuntar-juntar*, *asujetar-sujetar*, *amellar-mellar*, *arrejuntar-rejuntar*, *arrecostar-recostar*, *atocar-tocar*, etc. Más antiguo es sin duda el uso de *pelar* sin preposición, que también se oye: “Pelé el machete cuando no pude más”, “Pele el cuchillo si es hombre”, “Cuando vi que el tercio tenía malas intenciones, pelé las de batir barro”. Lo encontramos documentado en *Farallón* de Agustín García (pág. 142): *pelar el machete*. Y aunque sin duda era antes lo general, hoy ya es menos frecuente.

Todos esos usos son fáciles de comprender. Una expresión afortunada, que habla a la imaginación, se extiende siempre mucho más allá de su esfera de origen. Más difícil es explicar la preposición. En el *desenvainar* o *desenfundar* y en el *pelar* de la Argentina y Guatemala, que también se da en Venezuela, predomina la idea de desnudar, y el verbo es transitivo: *desenvainó el sable*, *desenfundó el revólver*, *peló el facón*, *peló el pato*, *peló el cuchillo*, etc. En cambio, en el *peló por* venezolano me parece que prevalece la idea de blandir, de empuñar, de echar mano violentamente de un arma o de un objeto. Ese valor se lo da indudablemente el uso de la preposición. Hay que ver, pues, cómo surgió este uso, que no se conoce en otras partes.

En el castellano clásico era frecuente *pelárselas por algo*, que era afanarse por ello, tratar de conseguirlo con vehemencia, actividad y eficacia:

“Baila que se las pela”, “Canta que se las pela”, “Come que se las pela”. Y también: “Se las pela por bailar”, etc. Jerónimo de Cáncer, en un *Vejamen* de 1649, dice burlescamente de Francisco de Rojas Zorrilla:

Volví la cabeza y vi venir a un hombre que se las pelaba por caminar a priesa; traía, a mi parecer, la cabeza colgada de la pretina y sobre los hombros una calabaza.

Aún más, ese *pelárselas por* (en que quizá el *las* aludía en su origen a *las barbas*) se transformó pronto en *pelarse por*, que Rufino José Cuervo documenta en *El sombrero*, uno de los sainetes de Ramón de la Cruz, del año 1785:

—¿Tú también gastas sombrero
alma mía?
— ¡Y escofietas
de fandango, que me pelo
por ellas!

Este *pelarse por algo* subsiste en gran parte de América: en el Perú, en Colombia, en Venezuela, etc., y es también general en portugués. Entre nosotros son frecuentes los usos siguientes: “Me pelo (o *me las peló*) por ir al cine”, “Está que se pela por llegar a la casa”, “Se pela por figurar”, “Se pela por las muchachas”, etc. Y equivale a *pirrarse*, *despepitarse*, *afanarse*, *morirse* o *desvivirse por* una cosa.

Teníamos, pues, en Venezuela *pelar el machete* y *pelarse por algo*. Del cruce de las dos expresiones creemos que surgió *pelar por el machete*, con lo cual adquirió mayor movimiento y expresividad. De *pelarse por algo*, que es desearlo, o tratar de conseguirlo con afán, se pasó a *pelar por* un arma o por un objeto cualquiera, que es echar mano de él o recurrir a él con rapidez y violencia. Los moldes sintácticos se desplazan o se rompen por un afán expresivo.

¿Pela o azotaina?

Es general en Venezuela, y al parecer en toda el área del Caribe (Colombia, las Antillas, América Central y partes de México), el uso de *pela* con el valor de zurra o azotaina: “Te voy a dar una pela”. Es la amenaza habitual de las madres a sus hijos, y a veces pasan a vías de hecho: “Toma esa pela, para que aprendas a tener fundamento”. La letra con sangre entra, y el *fundamento*, con *pelas*.

La *pela* pertenece a una vieja familia de palabras que evocan la feroz pedagogía de antaño. De España hemos heredado la zurra, la *azotaina* (que los “finústicos” han convertido en *azotaina*), la *tunda*, la *felpa*, el *vapuleo*, la *zurribanda*, la *solfa*, la *soba*. Esta hermosa tradición se ha visto enriquecida en Venezuela, y otras partes de América, con la *cueriza*, formada sobre *cuero*, por analogía con el castellano *paliza*, de *palo*. O con la *trilla*: “Le voy a dar una trilla cuando venga”. O con la *fuetzada*, que es una aplicación de *fute* o *foete* (del francés *fouet*, látigo), muy usado todavía en esta tierra. Y con el *meremere*. Que para colmo de refinamiento se puede dar, como si fuese un sabroso plato, con pan caliente:

No me tienta,
no me tienta,
si no quiere
meremere
con pan caliente.

En el Táchira se expresa también de otro modo:

Le voy a dar pan con queso,
y rejo tieso.

También se le puede amenazar a uno, al menos en el Estado Miranda, con *calentarle la cotonía* (la *cotonía* es ahí la tela del pantalón, claro que eufemísticamente), que es como *zurrarle la badana*. Y en el Táchira, con la *cáscara de ganado* (alude al cuero de ganado con que se hace el rejo): “Omar necesita cáscara de ganado”.

Más frecuente es otro uso: “Le manda con toda su fuerza”; “Le mandó por la barriga”; “Les mandó grueso”, en *La rebelión* de Rómulo Gallegos y “Le mandé de ancho”, en *Cantaclaro*. Es dar puñetazos. En una riña de muchachos, los mirones estimulan: “¡Mándale, mándale!” De ahí el *mandador* o látigo de arrieros y capataces. Lo cual implica cierta teoría (y práctica) del mando.

Pero sin duda el miembro más brillante de la familia es la *pela*, que se encuentra ya entre nosotros en un “Vocabulario de español a caribe” de 1774: “Me dio una pela que me volvió loco”. Es un postverbal de *pelar*, como *zurra* de *zurrar*, o *soba* de *sobar* (este *sobar* tiene también entre nosotros, paradójicamente, el valor de acariciar). Ya en 1843 lo usaba Andrés Bello, en *Los duendes*:

—El rayo del cielo os confunda,
y otra vez os pele y os tunda,
y en la caverna más profunda
del inflamado abismo os hunda.

Luego Juan Vicente González, en feroz diatriba contra Antonio Leocadio Guzmán: “El bello sexo no querrá para presidente al que pela a su mujer y vive entre la crápula y la prostitución”. El uso de *pelar* por azotar o castigar ya lo señalaba Miguel Carmona en “El Monitor Industrial” de Caracas, del 21 de octubre de 1859. Hoy es frecuentísimo: “Te van a pelar si no vas a la escuela”, “No sigas molestando, que te voy

a pelar con este chaparro”. O bien: “Te voy a echar una pela, que vas a quedar de lavar con salmuera”, o “una pela de pronóstico”. Es común la comparación: “Está más callao que muchacho pelao”. Muchos creen en la eficacia infalible de la *pela*: “Cuando a un muchacho lo pelan, se pone pianito”. Es decir, sumiso y manso.

Su eficacia es realmente variada, y se recomienda como panacea universal. En el Táchira —según me cuenta Marco Antonio Martínez— cuando hay una visita larga y fastidiosa el mejor remedio es *pelar* la escoba, que es pegarle con un palo o *rejo*, y regañarla como si fuese un muchacho; luego se la coloca *volteada*, (es decir, invertida), detrás de una puerta; la visita no tarda en marcharse. Y cuando las matas del jardín *no son cosa*, o sea que no dan flores ni frutas, se las *pela* con una correa; el recurso es más eficaz si lo hace una mujer primeriza (esta creencia llega hasta Guayana), pero a falta de esto puede encomendarse la tarea a cualquier persona que tenga buena mano. En Mérida los manzanos *se pelan*, o bien *se sacuden*, para que den buen fruto. Y en gran parte del país *se pelan* los santos para obligarles a conceder lo que se les pide: una muchacha que quiere conseguir novio toma una imagen de San Antonio, le da una buena *pela* y a continuación lo *ahoga* cabeza abajo en una *ponchera* o en una tinaja, o con humo, hasta que el novio aparezca. De recurso educativo, la *pela* se ha transformado en recurso mágico.

Como podía esperarse, tiene amplio uso literario, y ha inspirado un poema de Ana Enriqueta Terán, y otro de Aquiles Nazoa. En un cuento de Urbaneja Achelpohl, de 1905 (“La Fundación”), los peones se ríen cuando el amo arroja a una mujer vieja y achacosa contra las cañas. Crisanto les enrostra la actitud:

—Aquí los hombres parece que tienen fustanes; se dejan pelar como muchachos malcriados y solo dicen que son hombres cuando están borrachos.

A estas últimas palabras se amoscaron muchos, y un lindo viejo, que siempre estaba jumo, contestó a Crisanto:

—Cállate tú, que buenas pelás te ha dado padrino.

La *pela* pertenecía a la contundente pedagogía de las haciendas, los hatos, las prisiones y los cuarteles, y hasta llegaba a convertirse en edificante espectáculo: las pelás de los esclavos fugitivos, o las de los desertores, en presencia de la tropa, con su terrible ejemplaridad. El instrumento de convicción era, o es, según las circunstancias, el *foete* o látigo, el vergajo, la correa, la soga, el mecate, el lazo, el rejo (que a veces se personifica: “Aquí está Pedro Moreno, que quita lo malo y pone lo bueno”), el *berrenque* o rebenque, el chaparro, la chancleta, el rejo de cuero, de cerda o de mecate, provisto a veces de nudos, el temible *sanmartín* tachirenses, el restallante *mandador*. Y por extensión se ha llamado también *pela* la paliza que se da al enemigo o el estrago que se hace en él. En *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri, un soldado cuenta a sus compañeros, desvelados:

—Yo serví con el general Miranda. A ese hombre se le enfriaba el guarapo. En aquella tropa no se peleaba nunca. Todo el tiempo los jefes se lo pasaban en banquetes y fiestas y discurseaderas. Con razón los pelaron.

Y también, metafóricamente, la paliza que se da en discusiones, controversias y lides deportivas: “Te pelaron en la discusión”, “Universidad peló anoche al Loyola”, “¡Ah, buena pela le va a dar Magallanes al Caracas esta noche!”

Ese uso de *pelar* por azotar procede indudablemente de la Península. En *La Gitanilla* de Cervantes, la gitana vieja, que se ha salvado tres veces de ser azotada gracias a un jarro de plata, a una sarta de perlas y a cuarenta reales de a ocho, hace la apología del dinero:

Por un doblón de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son harpías de nosotras las pobres gitanas, y más precian pelarnos y desollarnos a nosotras que a un salteador de caminos.

El mismo valor tiene sin duda el *pelar* en una carta del P. Isla a su cuñado, escrita el 7 de mayo de 1755:

Las certificaciones que hoy han llegado no sobran en mi poder; y si esos padres te hubiesen pelado porque me precisaste a pedirselas, hubieran cumplido con tus méritos y con su obligación.

Los dos valores de *pelar* (cortar el pelo y azotar) se dan también en el castellano *tundir* (cortar o igualar con tijera el pelo de los paños y castigar o azotar) y en su postverbal *la tunda*. Pero ello se debe a convergencia de los derivados del latín *tendere* y *tundere*, fundidos en una sola forma castellana.

Ese *pelar* se conserva en algunas partes de España: en Andalucía, según noticia de Rodríguez Marín que recoge Malaret; en la Mancha y partes de Ciudad Real (Almodóvar y Campos de Calatrava), según nos informa Miguel de los Santos Rejero (“Te voy a pelar a golpes”, “Te voy a pelar a azotes”, “Le dieron una pela que lo volvieron loco”), y sobre todo en Valencia (“Si t’agafe et pele”, si te cojo te pelo; “Ma que’t pele”, mira que te pelo; “Te vach a pelar”, te voy a pelar). En Canarias es frecuente como amenaza a niños y adultos: “Te voy a pelar”, pero hoy se entiende ‘rapar’ como castigo o afrenta. Aunque un refrán castellano dice que “pelar no es desollar”, la verdad es que sí lo es a veces, y a ese uso se remonta nuestra *pela*. Ya Trotaconventos previene a Doña Endrina contra los malos consejeros: “Como al avutarda pelarvos han el pellejo”. Porque *pelar* no es solo un derivado de *pelo*, sino también de *piel*, y en este caso significa arrancar la piel, arrancar el cuero, desollar. En la lengua general es un equivalente de *mondar*: se pela el maíz, el café,

los ajos y cebollas, las almendras, etc. Y aun se ha extendido a la piel humana: “El nimio se cayó y se peló la rodilla”. De ahí en Venezuela el *pelado*: “Tengo un pelado en la mano, no sé de qué será”. O la *peladura*, que aparece en una canción popular:

Yo compré una mula rucia
en la sabana de Maturín,
que tenía una peladura
desde el rabo hasta la crin.

El castellano prefiere en ese caso *matadura*. Pero esos usos no son exclusivos de Venezuela: *pelado* o *peladura* se oyen también en Nicaragua, y *pelarse* es desollarse un jinete en la Argentina, donde además *pelar la cola* es azotar. En Chile *pelar* es un equivalente de *descuerar*, que es sacarle a uno el pellejo, real o metafóricamente. En Bogotá se ha dado un paso más, y se puede, según Cuervo, *mondar a uno a azotes*. Entre nosotros se oye en Lara, Barinas, etc.: “Te van a mondar, ya verás”, “Te van a dar una monda por haberte ido sin permiso”, “¡Ah buena monda le dieron a Petra esta mañana!” Es un uso nada extraño en España, donde puede oírse, en Madrid por ejemplo: “Te voy a mondar”, “Te voy a dar una monda”. *Mondar* se hace equivalente de *pelar* aun en el sentido de cortar el pelo, y hasta en el de desplumar a un jugador o a una persona cualquiera. Ya hemos visto además los usos venezolanos de *pelar los ojos*, que es abrirlos, como si fuesen frutas, y *pelar los dientes*, que es ponerlos al descubierto, expresiones que se han llenado de rico y complejo valor figurado. De *pelar* semillas y frutas a *pelar* a un niño o a un hombre, el camino ha sido sencillo e inocente, desde el punto de vista semántico. Desde otros puntos de vista ha sido también sencillo, aunque sin duda mucho menos inocente.

¿Pelarse o equivocarse?

Uno de los usos más desconcertantes de Venezuela, y de los más difíciles de explicar, es el de *pelarse* por equivocarse. Está profundamente arraigado en el habla popular y culta de todo el país: “Se pela en la cuenta, pero siempre para el lado de él”, “Si usted cree eso, está muy pelao”. Y ha dado los derivados *pelón*, *pelada* y *peladera*: “Te cogí un pelón”, “¡Tronco de pelón!”, “Me di un pelón y me bajaron la nota”, “Lo he cazado al profesor en más de cuatro pelones”, “Me di una pelada de película en el examen de Matemáticas”, “Una pelada se la da cualquiera”, “¡Hasta cuándo esa peladera!”. A veces equivale a llevarse un chasco: “Ese tercio quiso engañarme, pero se peló”. Y con frecuencia es también errar un tiro, un lazo, un golpe: “Pelaste el tiro”, “Si no pelo el puñetazo, le efarato la cara” (se la desbarato, en los Andes). Y puede emplearse con amplio valor literal y figurado: “¡En este tiro sí se peló!”, cuando alguien, contra su costumbre, cayó en un error. Y hasta se juega con la expresión: “Se peló por un pelito”; “Ese pelón no importa; al mejor peluquero se le va un pelo”. Irónicamente dice una persona, alardeando de que no podía errar: “Lo pelé por no afeitarlo”.

Ese *pelarse* está consagrado en la siguiente copla popular:

El que un cantaor se pele
no debe ser tan notao;
se pelan todos los hombres
por más que hayan estudiao.

Todos esos usos son corrientes en la literatura venezolana. *Me pelé*, en un poema publicado en “La Abeja” de Mérida el 28 de diciembre de 1858. Se encuentra luego en *Fidelia*, de Gonzalo Picón Febres, en 1893. El P. Torrijos, inquieto por el extraño comportamiento de la muchacha, murmura: “Hay que temerlo todo, porque hija de gata con seguridad caza ratones... Por supuesto que se dan casos muy excepcionales; pero en lo general la regla no se pela ni el canto de una california... No, señor, no se pela” (la *california* era una moneda de plata). *Pelarse y pelón* recogía Rivodó en 1889. En *Peonía*, de Romero García, tío Pedro, entregado a artes de curandero, murmura en pleno fracaso:

—No sé qué tengo esta noche..., no atino..., yo, que no las pelo.

Más adelante, mientras persiguen un venado, Carlos y Méndez discuten:

—¿Cómo voy yo a pelar ese tiro?

—Pues lo pelaste, y los otros también.

En los Llanos se considera una torpeza *pelar el lazo*. Y el *pelarlo* varias veces es realmente *pavoso*. Calzadilla Valdés, que está presenciando un rodeo, le pregunta a uno de los peones, de unos ochenta años: “Vamos a ver, ño Félix, ¿cuántos lazos ha echado hoy”. Y él le contesta:

—Siete, y eso que se me fue el barroso lungo, pero no fue porque lo pelé, sino porque me derribó con caballo y todo, y reventó la sogá.

Y es muy popular el refrán: “Si nos pela el chingo, nos coge el sin narices”. Es decir, si nos salvamos del chingo (o *ñato*, o *chato*), caeremos en manos del desnarigado. También se dice de otro modo: “Si nos libramos del trueno nos coge el rayo”. Que es salir de Guatemala para caer en Guatepeor.

Tiene además otro uso, el de faltar a una fiesta o reunión: “Yo no me pelo esa fiesta”. Escribe Job Pim: “Pancho López de la Perinola..., que

no pela jamás un bridge danzante”. Y es frecuente oír: “Fulanita no pela pieza”. Es decir, no pierde un solo baile, lo cual no dejan de observar todas las que están en la ingrata tarea de *comer pavo*.

Y aun corre el refrán: “Soldado viejo no pela bollo”. Es decir, no desperdicia una oportunidad favorable, no yerra un tiro, no pierde un lance. Alguien lo ha interpretado como que no pierde el tiempo desenvolviendo los bollos, que se sirven habitualmente envueltos en hojas de mazorca o de plátano. Pero Don Miguel Luis Alezar nos lo explica de otro modo: En la época de las guerras civiles, mientras el bisoño pelaba el bollo, los demás se lo quitaban. Para evitarlo, el veterano lo comía con hojas y todo, no lo pelaba. Y por eso también se decía: “Soldado viejo no pela bollo, y si lo pela no se lo come”. Lisandro Alvarado documenta la expresión en *Verrugas y lunares* de Jabino: “Lo que soy yo, le he visto el rabo al diablo, y no pelo bollo”.

Job Pim registraba también *pelarse de cuatros* con el valor de fracasar. Los veteranos del juego de dados nos lo explican. En el dado corrido se gana (son *suertes*) con 6 y 6, 6 y 5, 5 y 5 y 3 y 3. Se pierde con 1 y 1, 1 y 2, 2 y 2 y 4 y 4. Perder con cuatro y cuatro es *caerse* o *pelarse de cuatros*, con lo cual se pierde el derecho de apostar y se pasa el dado al jugador contrario. El que *se pela de cuatros* es mejor que se dedique al amor.

Pelarse con el valor de equivocarse se da también en Colombia y parte de América Central, y es posible que haya tenido mayor extensión. En el Ecuador *pegarse una buena pelada* es dar un traspie, equivocarse, quedar deslucido, fracasar. En la Argentina y el Uruguay *pelarse la frente* es salir chasqueado, sufrir un desaire. Y sin duda de América ha pasado a Canarias, donde el valor de equivocarse es general: “¡Ay, me pelé!”, “Ya me pelé”.

¿Cómo se ha llegado a estas significaciones? ¿No es realmente extraño que un verbo que significa cortar o arrancar el pelo, y a veces también

la piel, o las plumas, o la cáscara, pueda llegar a significar equivocarse, errar, fallar, faltar, llevarse un chasco, etc.?

Silva Uzcátegui, en un artículo de *El Universal* del 3 de septiembre de 1954, cree que el término procede de la caza. Al tirar desde lejos —dice—, las municiones se esparcen por el aire y no pegan de lleno en el cuerpo del animal, sino que pasan rozándole la piel, arrancándole gran cantidad de plumas. Entonces se dice que uno *la peló*, es decir, le arrancó las plumas, la desplumó: “De manera que para los cazadores *pelar* un animal al tirarle equivale a arrancarle plumas o pelo con los proyectiles, esto es, errar el tiro. De ahí que *errar* y *pelar* sean sinónimos”.

No descartamos la posibilidad de que se diga *la peló* cuando el cazador apenas desbarata el plumaje del ave. Pero no creemos que de ahí venga la expresión. Por una razón fundamental: se dice *la peló* o *lo peló*, aludiendo siempre al tiro o a la ocasión, y no al ave; no se dice nunca en esos casos *peló la paloma*, *peló el pájaro*, etc. Nos vemos precisados, pues, a intentar otra explicación.

El punto de partida, en nuestra opinión, es *pelarse* las cuerdas, amarras, nudos, etc. Una cuerda *se pela* materialmente cuando se desgasta hasta que revienta: “Se peló la cuerda y se cayó la ropa”, “Se pelaron las cabuyas del chinchorro y Juan cayó de cabeza”, “El cable está muy pelado, y le puede pegar la corriente”, “A las sogas para que no se pelen se les unta un poco de sebo”. Cuando un nudo se desgasta por el roce, se dice que *se pela*, se zafa o se escurre, y ello es peligroso porque la carga puede venirse abajo. El “nudo cochinerero” es el que *no se pela*, que no se suelta. En 1883 José D. Medrano registraba en Maracaibo *pelarse* con el valor de escurrirse, “cuando decimos que *se pela* un nudo o amarra”. En Lara todavía trae Silva Uzcátegui: “¡Pele ese nudo!” Es decir, záfelo, desátelo. “Se peló el nudo” quiere decir que se desató, se soltó.

De ahí, en el habla de marinos, de cargadores, de *maromeros*, creemos que ha tomado *pelarse* el valor de zafarse, escurrirse, desatarse o soltarse.

“Se me peló el becerro”, dice un campesino cuando se le zafó de la cuerda, se le soltó. Y aun dice: “Se peló el becerro”, cuando le tira un lazo para cazarlo y el becerro huye sin que pueda amarrarlo. Pelean dos andinos, y uno saca con destreza el cuerpo al embestirle el otro con el puñal, y la gente comenta: “Se peló la jurgada”. Hay frases en que estamos a un paso de la significación de errar, pero sin llegar todavía a ella: “No pude ensogar el novillo porque se me peló la sogá y se le enredó en un cachó”; “Le tiré el lazo, pero se peló y no lo pude agarrar”. Y otras en que está clara todavía la significación de deslizarse, resbalar: “Se me peló el jabón cuando me estaba bañando y no lo pude recoger”, “Pelé la pelota cuando la tenía en la mano”, “Se me peló la pluma cuando hacía la firma”.

De esa significación de zafarse, escurrirse, desatarse o soltarse creemos que se ha pasado fácilmente a la de caerse. Un carpintero dice: “Se me peló el martillo”, y coinciden el soltarse con el caerse. Lo mismo pasa en una serie de usos: “Pelé la rama y caí al suelo”, “Estaba trabajando en el andamio y peló la tabla y se iba medio matando”. Y de ahí, ya más categóricamente, caerse: “Me pelé de la rama”, “Se peló el cuadro de la pared”, “Luisito se peló de la mata de mango y se rompió la cabeza”. Una silla está inclinada y se cae: “¡Se peló!” En el inédito *Diario de un llanero* de Antonio José Torrealba encontramos un uso aún más extraño: *peló el equilibrio*, por perderlo. Dice uno de los personajes:

—Mire, compadre, el pobre mono chuto no supo ni cuándo se murió. Se puso negrito de avispas y echó a correr en todas direcciones. En uno de estos saltos, y manoteándose por todas partes, peló el equilibrio, y ¡chupum! al agua.

De *pelarse con* el valor material de caerse se pasó en nuestra opinión a todos los valores figurados, que también tiene *caerse*: equivocarse, fallar, fracasar, perder, etc. Todas las expresiones viejas nos llevan a ese punto de partida. Picón Febres, en su *Libro raro*, registraba *pelar la cuerda*

con el valor de desorientarse, errar la vía, equivocarse en un propósito político (se dice además cuando alguien comete un error grave). Y en *Canaima*, de Rómulo Gallegos, el general Ardavín, uno de los últimos representantes del viejo caudillismo provinciano, solía decir:

—La política es una cuerda floja, y para no pelarla el político tiene que hacer como el maromero: ¡Ojo a la tijereta!, y balancín en los brazos de un lado y de otro.

Aún más. En los Andes hay una expresión dramática: *pelar el cabezal*, que es morir. Y así se dice: “Fue certera la puñalada. Peló el cabezal sin decir ni ñé”; “No hay esperanzas. A lo mejor hoy pela el cabezal”; “Cuando llegó el médico, ya había pelado el cabezal”. El *cabezal* es la cabezada del caballo, y si *se pela* o se suelta puede matarse efectivamente el jinete.

Hay que tener en cuenta que verbos como *escurrirse* o *zafarse* adquieren fácilmente valor figurado. *Escurrido* es en México y Puerto Rico el corrido, confuso, avergonzado. Y el *zafado*, en Andalucía, Canarias, Galicia y gran parte de América el atrevido o descarado. Aún más, y es una confirmación: en gran parte de Colombia (Boyacá, Cundinamarca, Santander), el verbo *afar* (de *zafar*) ha pasado a significar errar, equivocarse, pifiarse, según el Padre Tobón Betancourt. No es, pues, extraño que *pelarse*, a través de *pelarse* una cuerda, una amarra, un nudo, haya pasado a ser caerse, equivocarse o llevarse un chasco. Y si no es así, nos hemos *pelado*.

¿Afeitarse o pelarse?

En 1883, José D. Medrano, que quería corregir el habla de Maracaibo, criticaba el uso de *pelar*: “Impropiamente lo usamos por recortar o componer el pelo, operación de los barberos que puede comprenderse en el verbo *afeitar*”. Es decir, *pelar* era para él rapar, quitar el pelo. Pero cortar el pelo era *afeitar*. ¿Tendría razón Medrano?

El uso de gran parte del país coincide con esa opinión: ¿“Dónde lo afeitaron al nené?”, “Tengo que hacer afeitar a Pancho”, “Anda a afeitarte, que ya tienes melena”.

Ese *afeitar* por cortar el pelo es arcaico, y no sabemos que se use hoy en otras regiones. Pero en 1611 decía Covarrubias: “*Afeitar se* toma muchas veces por quitarse los hombres el cabello; y propiamente se afeitan aquellos que con gran curiosidad e importunidad van señalando al barbero este y el otro pelo que a su parecer no está igual con los demás: en especial si pretenden remozarse y desechar canas”.

Es que *afeitarse* era en su origen aderezarse o hermosearse con *afeites* o cosméticos, cosa que, como es natural, solo hacían las mujeres. Por eso Ambrosio de Salazar decía en 1614, en su *Espejo general de la gramática castellana*: “La mujer afeitada parece a los sepulcros labrados de rica mampostería”. Y aun era, por extensión, hermosear cualquier cosa. En la *Crónica general* de Alfonso el Sabio: “Honraba e afeitaba los altares de las iglesias con ricos paños”. Y en el *Libro de Alexandre*:

Sedie el mes de mayo coronado de flores,
afeitando los campos de diversos colores.

Pero ya desde la lengua antigua aparece aplicado al hombre, como equivalente de rasurar. Así, en las *Partidas* de Alfonso el Sabio: “Raer e afeitar deben los alfajemes los omes en lugares apartados” (los alfajemes eran los barberos o peluqueros). Nebrija, en 1492, distinguía entre “afeytar la mujer con afeytes” y “afeytar la barba o cabello”. Y en el siglo XVIII —se puede ver a cada paso en Ramón de la Cruz y en Moratín— el afeitar era actividad general de barberos.

Al extenderse al hombre y convertirse en menester barberil, dejó de aplicarse a las mujeres (a no ser las dotadas realmente de barbas). Y pasó a ser la actividad específica de rasurar o raer el pelo de la barba o del bigote (o de donde sea), con navaja o maquinilla. De ese modo, afeitarse la cabeza sería dejarla lisa y reluciente como una calva.

Afeitarse ya no se emplea en la lengua general para cortarse el pelo, y el uso arcaico de gran parte de Venezuela se presta a continua ambigüedad. Hoy se hace cierta distinción entre *cortarse el pelo* y *pelarse*: el primero parece más fino; y el segundo, que en rigor es cortarse el pelo al rape, es más popular y se aplica sobre todo a los niños. En Venezuela casi nunca se hace esa distinción: “Me voy a pelar”, “Me mandé a pelar en la esquina del Conde”, “Te dejaron muy pelao, ¿a qué barbería vas?”, “¿Dónde te pelaron el coco?” (o *te rasparon* el coco, *te tusaron*, o *te mocharon*). Y hasta se dice a los niños:

Coco pelao,
¿quién te peló,
que las orejas
no más te dejó?

Y tiene sus variantes. Por ejemplo, en Lara: “Coco pelao, ¿quién te peló?— Una viejita de Boconó”. Y existe el *pelao de totuma* o *corte de totuma*, sin duda de origen indígena, que consiste en colocar sobre la cabeza una totuma y *pelar* todo lo que sobresalga. Sin embargo, en el Táchira es frecuente la distinción entre *pelarse* (al rape) y *peluquearse*

(cortarse el pelo): “Me peluqueé porque estaba muy mechoso” Y aun así, también se dice: “¿Quién te peluqueó, que las orejas te dejó?” En la novela tachirense *Mi coronel*, de Luis F. Prato, publicada en 1953, aparece repetidamente este uso:

—Mi coronel, ahí están los voluntarios —informa el capitán Gumersindo Canalejos al coronel comandante del regimiento destacado en Maracay.

—Pues bueno —contesta éste, echándoles una mirada—, que los peluqueen, les den ropa y los pasen al rancho.

A los usos de *pelar* por rapar se debe que la persona de pelo corto se llame el *pelado*. Designación que se suele usar como mote: Juan Pelao se llamaba una persona en un pueblo del interior. Pero en el Táchira, como en Colombia, *pelao* se ha vuelto designación general del niño o del muchacho, y se aplica sobre todo al que hace de mandadero: “El pelao es muy perezoso”, “Mandé al pelaíto a Táriba”.

También se le llama, como en otros países hispánicos, *pelón*: “¿Quién es ese pelón?”, “La niña está peloncita”. Hacia 1860 —cuenta Gil Fortoul—, los federales llamaban el Pelón, a causa de su calvicie, al comandante José Gil, ex diputado de la Convención de Valencia. Un anuncio de la *Gaceta de Caracas*, del 10 de febrero de 1809, reclamaba un esclavo fugitivo que tenía los pies achatados y vueltos hacia afuera y era *pelón*.

Ese *pelón* es castellano desde la época clásica. Ya hemos visto que Cervantes jugaba con la doble acepción. También Gracián, en *El crítico*: “A un corcovado le adivinó sus malas inclinaciones, a un cojo los malos pasos en que andaba, y a un zurdo sus malas mañas, a un calvo lo pelón y a un ceceoso lo mal hablado”. En el siglo XVIII se encuentra en Moratín: “¿Veis esa repugnante criatura, / chato, pelón, sin dientes, estevado?” Y en los sainetes de Ramón de la Cruz: “que aquella noche no hicieron / papel sino los pelones, / y tú tienes mucho pelo”, dice Chinica en *El adorno del nacimiento*. Hartzenbusch, para consuelo y entretenimiento de una dama que, a consecuencia de una enfermedad,

tuvo que cortarse la cabellera, escribió dos cuentos: *Mariquita la pelona*, “crónica española del siglo XV”, y *Miriam la trasquilada*. Y luego un tercero: *Doña Mariquita la Pelona*, en que la protagonista dice: “Peloncilla estoy, y más pelón ha de ser con quien yo me case”.

En el Centro y en los Llanos el *gallo pelón*, o simplemente el *pelón*, es el hijo haragán, el incapaz, el inútil, que es la vergüenza de la familia. Arístides Rojas lo hace remontar al siglo XVII. Don Jaime Urrieta —dice— era un hombre muy acaudalado que figuró en Caracas por los años de 1608 a 1610. Tuvo el capricho de usar un solo nombre para sus hijos varones. Así, a los tres primeros los llamó Pablo, Pablito, Pablote. Luego tuvo que recurrir a las virtudes y defectos de los nuevos hijos: Pablo el tuerto, Pablo el zurdo, y el último, “por haber salido algo zote”, Pablo el gallo pelón.

En los Andes el *pollo pelón*, o *el pelón* de la familia, es el menos mimado, el que recibe todos los malos tratos. La designación procede del lenguaje de los gallineros: el *pollo pelón* (en Colombia el *pollo peletas*) es el que empluma tardíamente, y recibe en la piel desnuda los picotazos fraternales de los demás. Tosta García, en su *Don Secundino en París*, al hablar de Sarah Bernhardt y el teatro francés, menciona los Coquelines (los Coquelin), una “familia privilegiada en que hasta los pollos pelones son buenos artistas”. No es uso insólito en España. En la ciudad de Córdoba —según el Diccionario de Autoridades— se llamaba *pelón* al hijo segundo de los caballeros principales.

Frente al pelón está el *melenudo*, y de ahí la frase jactanciosa: “Conmigo son pelones los melenudos”, “Aquí se vuelven pelones los melenudos”. Y cuando alguien exagera un juicio o una actitud, se le suele advertir: “Ni pelón ni peludo”. O bien: “Ni calvo ni con tres pelucas”.

El *pollo pelón* o el *gallo pelón* se da hasta en las mejores familias. Lo único realmente temible es la Pelona, con su implacable guadaña, que nos espera pacientemente a todos a la puerta de nuestras casas: “Mañana viene la Pelona y todo se acabó”. Hasta el *pelarse*.

“Esta medio pelado”

Es frecuente que cuando alguien está *alegre, alumbrado* o *encandilado* por la acción del alcohol digan de él: “Está medio pelao”. Y como nunca están bien las cosas a medias, pronto agregarán: “Ese tercio está bien pelao”, “Está más pelao que una yuca”. Se ha generalizado así el uso de *pelarse* por emborracharse: “Ese hombre toma tres cervezas y ahí mismo se pela”. Y como derivado postverbal, la *pela*, por lo menos en algunas partes de Aragua y el Guárico: “Vale, te echaste una pela del otro mundo”, “Se pegó una pela” (o *una pela*). Y también oímos: “Ahí viene un pelaíto”.

Esos usos no son exclusivos de Venezuela. En Colombia *estar con sus pelas* es estar semiborracho, haberse echado sus tragos. En Chile *el pelao* es la borrachera misma: “Tiene la costumbre de agarrar todos los lunes un pelao”, “Cuando agarra una tuna está con el pelao ocho días”. Pero en la Argentina (y también en el Uruguay y Bolivia) se ha convertido en el *peludo*, que es la imagen opuesta o el otro extremo: *agarrar un peludo* es frecuentísimo, aunque la Argentina es, de todos los países que conocemos, el más morigerado en esto de *pelarse*. Se encuentra ya en *El gobierno gaucho* de Estanislao del Campo y en el *Martín Fierro*. No es difícil que en el paso de *pelado* a *peludo* haya influido el nombre argentino del armadillo o cachicamo. Nombre que es tan popular, que los más fervientes partidarios del presidente Hipólito Irigoyen lo llamaban cariñosamente *el Peludo*, por su afición a encerrarse en la “cueva” de la calle Brasil. Y en franca actitud de juego expresivo, también es habitual *cagar un peludo*. Y se canta en la provincia de La Rioja:

Al pasar el arroyo
de Las Perdices
agarré un peludito
de las narices.

Está medio pelao es indudablemente la base de todos esos usos. Esta expresión ha surgido como prolongación y variante de otra, usadísima en España: *Está a medios pelos* (Pagés la documenta en Pereda y en Antonio de Valbuena). ¿Y por qué *estar a medios pelos* va a ser estar medio borracho? El estado de la *alegría*, de transición entre la borrachera y la vulgar normalidad cotidiana, estado eufórico propenso a la locuacidad y a todos los sentimientos generosos, se presta para una rica terminología de carácter figurado. Y se expresa sobre todo con términos que indican el estado intermedio. El *estar a medios pelos*, por ejemplo, que es de transición entre el de *pelado* y el de *peludo*. Pero veamos otros.

Uno español muy difundido es *estar entre dos luces*, que en su sentido recto es estar entre la del día y la de la noche. El mismo valor tiene en Venezuela otra expresión castellana: *Estar entre gallos y media noche*, que equivale —nos dice Aquiles Nazoa— a estar *sabrosito* o *sabrosón* (“Lo hizo entre gallos y media noche” es también a deshora o repentinamente, como en el castellano general). En España se recurre además a los nombres de dos poblaciones vinícolas de Castilla: “Está entre Pinto y Valdemoro”. Lo cual tiene su equivalencia perfecta en la Argentina: “Está entre San Juan y Mendoza” (de Mendoza son los mejores vinos del país). En Cuba se expresa, o se expresaba, así: “Está entre Pichita y Pichón”. Y es también de tipo comparativo la expresión mexicana: “Está más corrido que escaso”. Que tiene su equivalencia en Venezuela: “Está más de allá que de acá”.

Hay otra serie de expresiones análogas a la de *estar a medios pelos*. En España, una muy semejante: “Está con una media toquilla”, “Tiene

una media toquilla”. En la Coruña es frecuente: “Tiene media sopa”. Y varias procedentes del toreo, que me proporciona mi amigo Amadeo Arias: “Tiene media en los rubios” (los *rubios* son el centro de la cruz), o “en los altos” o “en las agujas”, y “Tiene media lagartijera” (por las famosas medias estocadas de Lagartijo), aunque todas ellas indican más bien la borrachera completa. Cada país americano ha creado las suyas. El Ecuador: “Está a media caña”, “Anda a media llave”. Costa Rica: “Está a media cebá”. México: “Está a medios chiles” (el *chile* es el pimiento o ají). En Venezuela hay varias: “Está a media máquina”, que ya registraba Job Pim, erudito en esta materia; “Está medio cachicorneto” (*cachicorneto* es el animal de *cachos* desviados o el caballo *patuleco*, de patas torcidas). Y dos que en su origen se aplican a la fruta que no ha madurado suficientemente o al alimento que no está bien cocido: “Está zarataco” (también lo recogía Job Pim), o “medio zarataco”; “Está medio zorocho” o “Está zorochón”. En cambio *pintón*, que se dice de la fruta que está empezando a madurar, designa al que está enteramente borracho: “Fulano está pintón”, “Está pinto” o “Está pintoneado” (en Andalucía *pintón*, que usó Fernán Caballero, designa al *alegre*). Y aún quedan otras, al menos en Lara: “Ese hombre anda a medio ganchete” (a *medio ganchete* es ‘a medias’ en la lengua general, y se aplica frecuentemente a una manera de llevar el sombrero), o “Está medio cancháncharo” (la *canchanchara* es en Cuba, una bebida hecha de agua hervida con raspadura o miel), o. “*Anda canchancho*”.

Hemos dejado aparte una serie de expresiones de este tipo que proceden del lenguaje marítimo. Los marinos, aficionados en general a alternar las tempestuosas aguas del Océano con los mansos licores fermentados, han adaptado la terminología general a su propio medio. Y sus modos de decir se han extendido luego por tierra firme. En México se oye, por ejemplo: “Está a media bolina” (en Guatemala la *bolina* es la

borrachera de muchas personas reunidas). Entre los marinos españoles, y en Canarias, es común *estar a media vela* (en Riohacha, Colombia, *estar a la jarcia* es estar enteramente borracho). Y la expresión española *estar a medios pelos o a medio pelo* se ha transformado en el lenguaje marítimo en esta otra: *estar a medio palo*. Efectivamente, en un barco *estar a medio palo*, o a medio mástil, es encontrarse en una posición intermedia. La expresión es frecuente en Venezuela, donde se la asocia hoy con *palo 'trago'*, y se encuentra ya en 1893, en *Fidelia* de Gonzalo Picón Febres:

Los escandalosos ventorillos estaban siempre llenos de mujeres
vivarachas y de hombres a medio palo.

Su extensión hispánica es mucho mayor que la de *palo* con el valor de trago. En Honduras y en partes de Colombia (Río de Oro) y Ecuador significa 'a medias': "El trabajo se quedó a medio palo". Pero con el valor de 'calamocano' o 'alegre' se encuentra en el lenguaje marítimo español, y luego en Yucatán, Guatemala, El Salvador, Colombia y las Antillas. Y aun en el portugués popular: *estar a meio pau* ("*carregoulhe no roxo, está a meio pau*"), que también es estar a media ración. Si *estar a medio palo* es estar medio borracho, *estar a palo entero* es haber alcanzado la plenitud, en Puerto Rico y también entre nosotros: en *Tierra nuestra*, de Samuel Darío Maldonado, un confitero iba de pulpería en pulpería, "a medio palo o de palo entero". Y jugando con la misma expresión, en las Antillas, y en Venezuela, se puede estar *a palo seco*, o sea sin beber (en el habla marítima es navegar con las velas recogidas). Pero el *palo seco* puede ser también para nosotros el brandy o el whisky sin agua: "La bebedera es a palo seco". En Lara *estar a medio palo* es a veces *estar a medio jebe*: "Se vino anoche a medio jebe". *Jebe* es el nombre de un árbol, y su madera se usa como garrote.

Así, pues, *estar a medios pelos* se ha sustituido por *estar a medio palo*. Pero también *gente de medio pelo* se ha hecho, en gran parte de Venezuela,

gente de medio pelo. Gente de medio pelo es la de clase media, la que no es enteramente vulgar, pero no llega a ser fina o distinguida, y se aplica sobre todo a la de ciertos humos. El pelo ha sido tradicionalmente signo de la extracción social, símbolo de jerarquía. El rústico conserva siempre el *pelo de la dehesa*. Rapar ha sido vieja pena infamante, y Hartzbusch, en varios de sus cuentos, refleja el terror femenino al mote de *pelona*. Rapar a las mujeres republicanas fue afrenta usada por los requetés en la última guerra de España. Y *pelona* equivale en algún país hispanoamericano a *pelandusca*. Dice Moratín: “Los domingos por la noche se van él y otros de su pelo a casa de la Ramírez”. *Gente de pelo*, o *gente de mucho pelo*, es la de calidad, de importancia. En *Las gitanillas*, un sainete madrileño de Ramón de la Cruz, de 1770, dice Chinica:

¡Qué familia es esa, cielos!
Mas por los moños parece
que toda es gente de pelo.

Y en otro, *La noche buena en ayunas*, del mismo año, Coronado explica su inclinación por las majas:

Las grandes señoras viven
en solio tan elevado,
que ni aun con el pensamiento
se puede subir tan alto.
Las medianas, que tal vez
nos miran con ojos gratos,
solo admiten un cortejo
cuando quieren un esclavo.
Las damas de poco pelo
desean cubrirse el casco
cuanto antes, y al que pillan
suelen dejarle pelado.
Las majas, las majas son
lo bueno y lo más barato.

Se dice en Venezuela *gente de medio pelo*, o *persona de medio pelo* (“su ángel de medio pelo”, en Andrés Eloy). Pero sin duda es más popular el *medio palo*: “Fue una fiesta de medio palo”, “Es una mujer de medio palo”. Una transformación tan extraña solo nos parece posible en la época en que *estar a medios pelos* se hizo *estar a medio palo*. Es el triunfo general del *palo* sobre el *pelo*. ¿No vendrá de ahí el sabroso *palo o palito* venezolano? Hoy nos hemos dedicado a *medios pelos*, *medio pelao* y *medio palo*. Es bueno dejar el *palo* íntegramente para la próxima ocasión.

“Vamos a pegarnos unos palos”

Estamos ante uno de los temas de mayor seducción, desde el punto de vista filológico. El *palo* es el trago alcohólico o la copa de licor: “Chico, vamos a pegarnos unos palos”, “Se echaron unos palos y se rascaron en seguida”. Este uso tiene por lo menos un siglo. Ya lo registraba Miguel Carmena en “El Monitor Industrial” de Caracas, del 14 de octubre de 1859: *Pegarse un palo*, equivalente de tomarse un trago. Hoy es general en el habla familiar de todas las clases sociales, y en todo el país. Y también en Curazao, Puerto Rico y Santo Domingo.

Pegarse un palo parece lo más antiguo, aunque ahora es más frecuente *echarse un palo* o *tomarse un palo*. Se puede documentar en un centenar de textos. En *Fidelia* de Gonzalo Picón Febres: “Ni a pegarte un palo has venido aquí siquiera”. En *Las Leyendas patrióticas* de Tosta García: “Invito a mis lectores a entrar a la pulpería de la esquina... a pegarnos un palo de amargo”. En *Filomeno* de Urbaneja Achelpohl, de 1894: “En el instante de pegarse un palo”... En Julio Calcaño: “Se pegó dos o tres palos”. En *Música bárbara* de Manuel Díaz Rodríguez: “No te olvides de pégate un güen palo de caña en mi nombre”. En *Doña Bárbara*: “Todo el que viene para acá se para en esa pulpería, y por lo menos un palo de caña se pega”. En *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri: “Me voy a tirar este palo a la salud de ustedes”. En *Tierra nuestra* de Samuel Darío Maldonado: “Compañero, acérquese y encájese un palo”. Y dice la copla, jugando con la acepción:

Cuando dos se dan el palo
me recuerdan el refrán:
Siempre se juntan los mochos
para poderse rascar.

Para el bebedor, copa y trago suelen ser una sola y misma cosa. Por eso *palo* designa la cantidad habitual que se sirve en una copa: “Sírrame un palo de brandy”, “Deme un palo doble”. Y se llama *palo de músico* (por el que se acostumbra brindar a los músicos en fiestas y reuniones, para estimularlos), el *palo* abundante, un whisky con mucho whisky, una copa bien llena (en la época de Lisandro Alvarado eran diez centímetros cúbicos de ron). Y se dice: “Se está echando un palo de músico”. O bien: “un palo de cochero”, “un palo de pantalón largo”. Y es tan general ese valor de *palo*, que los ingredientes o *tapas* que acompañan a la bebida se llaman *pasapalos*, hasta en las recepciones de la Casa Amarilla.

Quizá hoy se use más el diminutivo cariñoso: “Se pegó unos palitos”, “Se chumió unos palitos”. Ya en *Peonía* de Romero García: “Tomemos otro palito”. Viruticas, en *El forastero* de Rómulo Gallegos, trata de explicar a Mariano Urquiza su caso: “¡Los palitos, compadre! ¡Los palitos! —Y chasqueó la lengua como si saboreara el alcohol”. Job Pim remedaba el *Nocturno* de José Asunción Silva: “Esta noche, esta noche toda llena de palitos, de bocinas y de músicas jazzbándicas”. Y recogía además la expresión *estar del palito al cambur* (o viceversa), *andar del palito al cambur*, que se aplica a los bebedores que andan de taberna en taberna. El Palito y El Cambur son dos lugares próximos entre Valencia y Puerto Cabello.

Se usan también las formas colectivas: “Anoche tuvimos una palazón”, “Se echó una palamenta con mistela”, “Se pegó una palamentazón de quinto piso”. Además, *pegarse* (o echarse) *una paliza*: “Fulano y Perencejo se pegaron una paliza de pronóstico en el baile del Tamanaco”. Y aún más el verbo *palotearse*, del tipo de *bailotear*, *picotear*, *parlotear*: “Le gusta palotearse los sábados”, “Ese tercio no puede manejar así;

está ‘todo paloteado’ (en Santo Domingo *apalearse*). Y prolongando el juego humorístico: “Dame un palitroque” (el *palitroque* es un palo rústico, sin labrar), “¿Cómo está el palitraque?” (en el Guárico), “Le gusta el paliberche” (oído por la señorita Yolanda Vidal entre corianos). Y también: “Le gusta el palitroqueo”, “Está palitroqueado”. Del que está medio borracho se dice que “anda entre palos”, “está entre palos”, “está metido en palos”. Pero también: “Anda entre botellas”, “Está metido entre la botella”, “Está dentro del litro”.

¿De dónde viene ese uso de *palo* por trago o copa? Creemos haber resuelto el problema. Hay que partir de *estar a medio palo*. Esta expresión se siente hoy en Venezuela como derivada del valor venezolano de *palo*. Pero es al revés. *Estar a medio palo* por estar medio bebido es indudablemente más viejo que ese *palo*. Por lo menos tiene, como hemos visto, una extensión geográfica mucho mayor (Colombia, Guatemala, El Salvador, Yucatán, las Antillas, el habla de los marinos españoles y hasta Portugal). Y hemos visto también que es la transformación, producida en el habla marítima, de otra del castellano general: *estar a medios pelos*.

Estar a medio palo ha sido expresión productiva. De ella ha surgido *estar a palo entero*, *estar a palo seco*, y en Lara *estar a medio jebe*. En España se puede decir del semiborracho: “Tiene media copa”. De *estar a medio palo* ha salido sin duda *palo* con el valor de copa o trago. Pero el paso se ha producido a favor de una vieja equivalencia entre trago de alcohol y golpe. Una equivalencia que encontramos en una serie impresionante de expresiones venezolanas.

En primer lugar, *tarrayazo*, *trancozo* y *lepe*. *Tarrayazo* empezó siendo expresión de pescadores, pero se ha extendido con el valor de golpe (“Ese sujeto anda buscando que le dé un tarrayazo”) y también de trago, como en Santo Domingo. Cantaclaro, el personaje de Rómulo Gallegos, vuelve de nuevo al azar de los caminos y llega a la casa de Tereso Coromoto. Le sirven un brandy y se lo bebe con desesperación. Coromoto le dice: “¿Como que no crees que sea brandis de

verdá? Te has echao el tarrayazo al fondo del güergüero como si juera aguardiente lavagallo”.

La *tranca*, que en su origen es un palo grueso y fuerte, designa la borrachera, como en gran parte de América, y *trancarse* es emborracharse. *Un trancazo* es un garrotazo (“Haz bien, y espera el trancazo”, dice un refrán bien pesimista). En España se ha aplicado a la gripe, pero entre nosotros, y también en Cuba, Puerto Rico y Ecuador, es la copa o trago. Enrique Soubllette, un fino escritor muerto en plena juventud en 1912, lo emplea en *La fajina*. El Padre Próspero, cura de La Soledad durante treinta años, era modelo de sacerdote entregado a su pueblo. Le gustaban las riñas de gallos y el juego de bolas, aunque solo como espectador, por escrúpulos de conciencia: “Además, mascaba tabaco y se pegaba sus palitos de aguardiente, que él llamaba *trancazos*”... El pulpero se negaba a veces a recibir el precio del *trancazo*.

Lepe es exclusivo de Venezuela, y designa el golpe o manotazo (también el papirotazo de los juegos infantiles). Ya en *Fidelia* de Gonzalo Picón Febres era el trago. Juana, una de las criadas de la casa, se hace ilusiones de parranda: “Y entre lepe y lepe de ron o de cerveza, y con la chaveta perdida, y bien enamorada como una está, ya puedes figurarte lo que gozaríamos”. Aníbal Lisandro Alvarado dice que hay licores llamados *lepe-lepe*: “Los bebedores, al cuarto lepe, ya están hablando tonterías”. Leemos en “El Morrocroy Azul”: “Se echaban sus lepecitos de costumbre”. También *de un lepe, de un solo lepe*, como *de un golpe, de un solo golpe*: “Lo tomé de un solo lepe”, “Llegué de un solo lepe”.

Del mismo tipo hemos reunido unas veinte: “Me voy a echar un guamazo antes de comer”, “Se echó un palo de ron de un solo guamazo” (*guamazo* es el garrotazo, el latigazo o puñetazo); “Se tiró un pepazo”, “Échame un pepazo” (de *pepa* o hueso de ciertas frutas); “Vamos a jugar bolas y nos echamos unos tequichazos” (de *tequiche*, un sabroso manjar); “Un chinchorrazo de ron le deja a uno el galillo bien quemao” (de *chinchorro*, la red, o la hamaca de red, quizá por analogía con *tarrayazo*);

“Me pegué un chincharrazo” (lo registraba Julio Calcaño en 1897, y quizá venga del viejo *chincharrazo* castellano, que equivalía a cintarazo o planazo); “Deme un cancharrazo” (lo registraba Lisandro Alvarado, y también se usa en Cuba, donde lo explican como derivado de *cacharrazo*; es frecuente *cancharse* o encasquetarse un sombrero y *cancharle* al prójimo un asunto fastidiosísimo, como si se le encajara un palo o golpe); “Al primer cañazo se rascó” (la *caña* es la mistela o el aguardiente claro, el *clarito*, con canela, quina, berro, etc.); “Se echó un lamparazo de ron que lo dejó echando chispas”, “Se bebió el brandy de un solo lamparazo” (también en Colombia, México, Aragón; en Navarra y otras partes de España, *lamparillazo*; de *atizar la lámpara* o *la lamparilla*); “Toma un cachuchazo” (de *cachucha*, gorra de visera); “Me saqué el frío con tres langanazos” (el *langanazo* es el garrotazo o golpe contundente); “Se echó un tanganazo de cocuy” (también en Colombia y Puerto Rico); “Me eché un rucanazo de a jeme” (el *rúcano* es el guijarro); “Me voy a echar un guarurazo”, “A ese le llovieron los guarurazos (se dice del que está borracho, en Guárico y Apure, y aunque la guarura es un caracol, el *guarurazo* es el garrotazo); “Se echaron unos linternazos” (el *linternazo* es cualquier golpe, sin exceptuar el de linterna); “ ¡Qué molleja, primito, Epaminondas Pérez se pegó veinte matracazos!” La última frase, como se habrá adivinado, es de Maracaibo, y el *matracazo* se da también en Puerto Rico, donde *matraquearse* es empinar el codo.

Hemos reunido así una serie de voces venezolanas equivalentes de *palo* con el doble valor de golpe contundente y trago o copa: *tarrayazo*, *trancazo*, *lepe*, *guamazo*, *pepazo*, *tequichazo*, *chinchorrazo*, *chincharrazo*, *cancharrazo*, *cañazo*, *lamparazo*, *cachuchazo*, *langanazo*, *tanganazo*, *rucanazo*, *guarurazo*, *linternazo*, *matracazo*. Aún más, *guarapazo*, que en su origen es trago abundante de guarapo (“Me pegué un guarapazo”), ha pasado a significar golpe o porrazo (también en Colombia): “Le dio un guarapazo”. En un “Cuadro disolvente” de Manuel A. Díaz publicado en “El Tiempo” de Caracas, el 25 de mayo de 1912, encontramos un

ejemplo más: “Porque te veo en este vaso, me pego este guargüerazo”. Sin contar *palo*, son nada menos que veinte voces.

Algunas de ellas son ocasionales, y de estas hay sin duda otras, o pueden formarse otras, en determinadas circunstancias: “Vamos a echarnos un toletazo”, “un macanazo”, etc. Y además algunas indecentes. Las hay modernas (*linternazo*, quizá), y otras sin duda muy viejas. Ya hemos visto que algunas de ellas se dan en otras regiones hispánicas. En España la más general es *latigazo*: “Se arreó (o *se atizó*, *se pegó*, *se tiró*, *se tomó*) unos latigazos de vino” (o de coñac, ron, anís, etc.). Y también se oye *trallazo* y *capazo*: “Me voy a arrear un copazo de coñac”. En el gremio gráfico de Madrid —según me informa Leoncio Pérez— es común *lingotazo*. Un trago de vino es una *espolada*. La *sangría* (de vino, agua, limón y azúcar) se llama también en algunas partes zurra. Y al que acostumbra echarse un trago después de cada bocado se le dice: “Tras cada pregón, azote”. En Andalucía (lo usaba Fernán Caballero), y también en Navarra y otras regiones, es frecuente *lapo*, que en América llega hasta Colombia y Ecuador. En Cuba *cañazo*, *cocotazo*, etc. (además *pegarse una piedra* o *echarse una piedra*). En Santo Domingo *chicotazo*, que en su origen es el *latigazo* (“Está chicoteado” se dice del borracho). Etc., etc. La materia, como se ve, es infinita. En el francés está representada por *coup*, golpe, al menos desde el siglo XVI: “Un coup de vin” (además, *se flanquer une cuite* es *pegarse una borrachera*, y del que está tendido por el alcohol o por un golpe se dice que *il est assomé*). Y sin embargo no conocemos ninguna expresión de este tipo de la Argentina, Chile, Bolivia o Perú.

La asociación entre trago, golpe, latigazo, garrotazo se siente muy viva, y no es puro juego verbal. *Palo*, dentro de ese conjunto, tiene la ventaja, y eso explica sin duda su fijación y su fecundidad, de significar a la vez el garrote y el garrotazo: *tener un palo*, *dar palos*, *recibir palos*. Cuando uno bebe un trago fuerte y “lo acusa”, es frecuente que diga: “Me pegó el palo”, “Me castigó el palo”, “Me regañó el palo”, “Me golpeó”, “Me pegó duro”. De ahí simplemente *pegarse*, cuyo valor

específico lo dan las circunstancias o el contexto: “Si yo tuviera medio, me pegaba un ron. Tengo ganas de pegármelo” (en *Mene* de Díaz Sánchez), “Vamos a pegárnoslo, por haber salvado la vida” (en *Tierra del sol amada*, de Pocaterra), “Péguese, vale Julio. Esta espanta las penas” (en *Farallón* de Agustín García), “¿De qué se lo pega, socio?” (en el *Libro raro* de Picón Febres). *Pegarse una borrachera* o *pegarse una mona* tienen bastante extensión hispánica, y en Venezuela es frecuente *pegarse una rasca*. Los efectos del alcohol se sienten a veces como los de una auténtica paliza, y ya hemos visto, en juego con *palo*: “Vamos a pegarnos una paliza”, “Vamos a echarnos una paliza”. Por eso se dice, no solo *se pegó un palo*, sino también *se lo atizó, se lo arreó, se lo tiró* (“Se arrea sus palitos de ron”, “Se atizó unos palos de aguardiente”). En el Táchira se oye: “Me trompeó esa cerveza”, “Hoy como que se echó unos palos, porque anda medio trompeao” (designa el malestar del *ratón*). Del borracho es muy frecuente decir: “Está turulato” o “Está privado”. Y *turulato* o *privado* se queda uno de un tremendo palo.

Resumamos, pues. *Estar a medios pelos* del castellano dio en el habla marítima *estar a medio palo*, en que *palo* era el mástil del barco. Ese es el punto de partida. Al extenderse la expresión por tierra firme, salió de ella, probablemente en Venezuela, porque es donde tiene más vitalidad, el uso de *palo* con el valor de trago o copa, porque se encontró con una serie de equivalentes: *trancozo, guamazo, lepe, tarrayazo, chinchorrazo, tequichazo, lamparazo*, etc. Ésta es la amplia estación de llegada. Y el uso pudo fijarse y extenderse, sobre todo, porque los efectos del alcohol no suelen ser los de una suave caricia femenina. Se acercan más bien a los del *palo cochinerito*.

Rochela

Rochela es en Venezuela, y también en Colombia, la algazara, el bullicio, el desorden, sobre todo el de los niños: “¿Qué rochela es ésta?”, “Los alumnos forman la gran rochela en la clase de francés”, “¡Basta de rochela!”. Si un conjunto de personas se reúnen para divertirse, retozar o jugar ruidosamente, se dice que tienen su *rochela*, o su *rochelita*. O bien que están *rocheleando*: “Estos niños han estado rocheleando todo el día”. Y se usa también *rochelero* y *rochelón*: “¡Es de rochelón Juancito!”, “Es muy rochelero”, “Eso es un rochelón”. *Rochelero* es también el juguetero o parrandero, el *mamador de gallo*, el burlón o bromista, y el serlo se considera a veces alta virtud social. Pero de pronto una persona se pone seria y dice: “Yo no soy hombre de rochelitas”.

Fuera del ambiente urbano, la *rochela* tiene acepciones más fuertes. En los Llanos es la reunión de ganado salvaje e inquieto. En *Doña Bárbara*, Pajarote cuenta las artes de brujería de la domadora de hombres, que lo sabía todo por vías ocultas. Una madrugada despertó a los peones para decirles:

Ensillen ligero y salgan ahora mismo. En las sabanas de Lagartija está una rochela de cimarrones. Son setenta y cinco reses, y todas van a caer suavécitas.

Rochela es ahí sinónimo de *cimarronera*, es decir, ‘conjunto de ganado cimarrón o salvaje’. Por eso le dice Antonio Sandoval a Santos Luzardo: “Las cimarroneras han sido la salvación; pero ahora hay que acabar con ellas. Yo tengo ganas de empezar a darle unos choques a esta rochela,

si le parece”. Después de la quema, “volvieron las cimarroneras a sus acostumbrados refugios, las greyes mansas al sosegado errar por sus comederos habituales y las yeguas a los alegres retozos de sus rochelas”. Y entonces llegó el momento de reducir una de ellas:

Al choque de los vaqueros retemblaba el mastrantal bajo el tropel de los rebaños sorprendidos; pero a veces la rochela se encrespaba, se revolvía contra las bestias, y a pesar de la destreza de los jinetes, muchas perecían en los encontronazos o caían fulminadas por el dolor del formidable envión del orejano.

También fueron muchos los toros que murieron calambrados por el furor, al sentirse dominados por el hombre, o sucumbieron a la tristeza de la mutilación, echados dentro de la espesura de las matas, esperando la muerte por hambre y sed y lanzando de rato en rato mugidos sordos, al pensar en el perdido señorío del rebaño salvaje y en la vida libre y ñera de la rochela dentro del mastrantal inaccesible.

En *Cantaclaro*, Florentino canta:

Y ya estamos en febrero
con flor de carnestolenda,
cuando sopla el viento fiero
arrastrando tolvánas,
y del hatajo el polvero
que levanta la rochela.

Más adelante ve una polvareda distante, dorada por los rayos del sol de los araguatos: “Levantábala el arremolinamiento de un hatajo de bestias salvajes, y Florentino murmuró: —Una rochela”.

La *rochela* es también el lugar donde se reúne o se refugia el ganado cimarrón, donde encuentra agua y pasto. Este uso era ya común en el siglo XVIII, pues el prefecto de las misiones de Guayana informa en 1799 (lo recoge Lisandro Alvarado) sobre la misión de San Miguel del Palmar:

Está fundada en una loma de sabana de tierra colorada muy arenosa, toda minada de la plaga de los bachacos; tiene mucha sabana, pero con la circunstancia de ser toda ella, a distancia de tres o cuatro leguas, del todo perdida por el motivo de los espineros, crobales y chiribitales, que son todos rochelas y cuevas de tigres.

De ahí se formó *arrochelarse*. Dice Calzadilla Valdés: “Dentro de los montes de Mata Oscura, Mata de Agua y Mata de Baúl estaba arrochelada gran cantidad de ganado”. En Altamira, el hato de Santos Luzardo, había tradicionalmente una empalizada que cerraba el boquerón e “impedía que la hacienda altamireña pasase a arrochelarse en los lambedores de la finca vecina”.

De ese modo la *rochela* se ha transformado en la querencia, y *arrochelarse* es aquerenciarse, quedarse en un lugar sin quererse marchar: “El perro ese está arrochelado en la casa, y no hay manera de echarlo”, “La vaca se arrocheló en el pesebre”. Por eso un caballo alquilado con el nombre prometedor de Tragaleguas, en que Bolet Peraza hace un arduo viaje de Caracas a la Guaira, había ganado el mote de Rochelero, precisamente por su afición a pararse en un lugar, buscando su querencia. Y pueden *arrochelarse* de ese modo también los niños, y aun las personas mayores: “El muchacho se me arrocheló en la esquina y me costó Dios y su ayuda que siguiera adelante”. Y aun registra Silva Uzcátegui como uso larense: “Se va a arrochelar en la bebida y en el juego”. Que más que aquerenciarse es entregarse enteramente.

De *arrochelarse* con el valor de buscar la querencia se ha llegado a otro uso: “Vive aquí arrochelado con esa mujer”. En *Dámaso Velázquez*, Antonio Arráiz describe las fiestas de la Virgen del Valle en Margarita. La multitud se disgrega en parejas, y cuando una se aleja, la gente comenta con celestina benevolencia: “Dos que se arrochelaron”.

Y así la *rochela* o la *rochelita* está bastante lejos de la inocente algazara infantil: “Luis y la Nena como que tienen su rochelita” (su amorío). Y puede aplicarse también al negocio turbio o secreto, como equivalente de *jujú*: “Tienen su rochelita” (o *su jujucito*). Doña Bárbara le echa en cara a Balbino Paiba: “Ya me dijeron también que tienes una rochelita con una de las muchachas de Paso Real”.

La explicación de toda esta *rochela* la ha dado Rufino José Cuervo: los nombres de Babel, Belén y Liorna han llegado a denotar un lugar de desorden y confusión; lo mismo ha sucedido con la Rochela.

Falta dilucidar cómo llegó ello a producirse. ¿Será una repercusión del famoso sitio de la Rochela? El 15 de agosto de 1627 el Cardenal Richelieu y Luis XIII se presentaron con sus ejércitos ante los muros de la ciudad, baluarte del protestantismo francés y puerta de entrada de los ingleses en Francia. La ingeniería francesa hizo enormes obras de circunvalación y un dique gigantesco para impedir las comunicaciones por mar. Después de denodada resistencia y de infructuosas tentativas de socorro de la flota inglesa, la ciudad, vencida por el hambre, capituló el 29 de octubre de 1628.

Pero no es a ese sitio y a la tenaz resistencia de sus habitantes a lo que aluden nuestra *rochela*, nuestro *rochelero* y nuestro *rochelear*. La ciudad era, ya a comienzos del siglo XVI, floreciente refugio de corsarios. Los tesoros de Moctezuma que Hernán Cortés envió a Carlos V llegaron en su mayor parte a la Rochela, a manos de Juan Fiorentín (Giovanni Verrazano, de Florencia), que había tomado al abordaje las naves españolas e hizo espléndidos regalos a Francisco I. Desde 1566 los calvinistas eran dueños de la ciudad, que se convirtió en capital del partido hugonote y centro de resistencia y de lucha contra el catolicismo. Allí se celebró en 1571 el sínodo de la iglesia protestante de Francia, y allí acudían los príncipes protestantes para sus bodas. Después de la noche de San Bartolomé (1572) fue refugio de calvinistas fugitivos. En 1573

la sitió el Duque de Anjou, y tuvo que desistir después de perder ocho meses y más de veinte mil hombres. La Rochela se convirtió en una especie de república independiente.

Era también un centro de agresión. Sus habitantes demolían iglesias y requisaban víveres de las tierras vecinas. En 1586 el gran marino español Sarmiento de Gamboa, prisionero de Walter Raleigh, emprende el regreso a España, porque la reina de Inglaterra le ha concedido la libertad. Pero una noche, mientras dormía en una posada del camino, entre Burdeos y Bayona, lo prenden los hugonotes y lo sumen durante años en vil mazmorra, para obtener un alto rescate. Esos hugonotes dependían de un vizconde de Bearne, “que estaba en la Rochela”.

La ciudad armaba además barcos corsarios que atacaban a las naves españolas o francesas. Uno de los episodios más hermosos del *Quijote* lo recuerda: la historia del cautivo y de la hermosa Zoraida. Al huir de Argel, caen en manos de corsarios franceses, que los despojan de todo y que intentan arrojarlos al mar, para que no dieran la alarma en los puertos españoles. Pero el capitán, más humano, los manda en un esquife a tierra, porque “no quería tocar en ningún puerto de España, sino pasar el Estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiese, y irse a la Rochela, de donde había salido”.

Ese pasaje es de 1605, es decir, anterior a la caída de la ciudad. Para los españoles, la Rochela era centro de bandolerismo y de revuelta. Y así, el pícaro Guzmán de Alfarache alecciona a su compinche Sayavedra en sus andanzas por Italia. Todos —le dice— van por el mundo en busca de acrecentamiento y olvidados de sus obligaciones. Cada uno procura valer más: el señor, adelantar sus estados; el caballero, su mayorazgo; el mercader, su trato; el oficial, su oficio, y no siempre con la limpieza que fuera lícito. Por meterse hasta los codos en la ganancia, se zambullen hasta los ojos en el infierno. Y resume así su filosofía existencial:

En resolución, todo el mundo es la Rochela en este caso, cada cual vive para sí, quien pilla pilla y solo pagan los desdichados como tú. Si fueras ladrón de marca mayor, destos de a trescientos, de a cuatrocientos mil ducados, que pudieras comprar favor y justicia, pasaras como ellos; mas los desdichados, que ni saben tratos, ni toman rentas ni receptorías..., estos bellacos vayan a galeras, ahórquenlos.

Ya se ve la idea que tenía de la Rochela el pícaro Guzmán en el año 1604 (2.^a parte, libro II, cap. IV). Y la ratifica Mateo Alemán en su *Ortografía* de 1609, que publicó en México. Al hablar de la descomposición del latín, del que se abastecieron las lenguas romances, dice: “Todo aquello se pasó y deshizo, quedando cada uno como los de la Rochela, quien piglia, piglia”.

Es decir, la Rochela como imagen de pillaje en gran escala, de piratería, de desorden moral (prospera el bandido, sobre todo si roba en grande). Así se le aparecía la ciudad protestante, refugio de corsarios, a la católica España. Y es la imagen que pasó a América. Y cuando se olvidó en el resto del mundo hispánico, se recuerda en Venezuela y en Colombia, fieles a un uso que fue sin duda general entre gentes de mar.

Pero el recuerdo de la Rochela que nos ofrecen los usos venezolanos se ha alejado bastante de su origen. El primer testimonio que encontramos de la palabra en Venezuela es del 28 de julio de 1779, en un documento del Archivo General de la Nación. José Gabaldón informa al Gobernador y Capitán General desde Calabozo:

encontré la novedad de haberse arrochelado gran cantidad, así de Indios, Negros, como de Zambos, en las montañas del río Tiznado y Mata de Tablante, inmediato a la Portuguesa, los que se hallaban haciendo daños excesivos, con robos de ganados y casas, y flechando al que cogían... Vino un zambo a quejarse

que la referida Rochela le habían robado la casa y otros hatos inmediatos... y hurtádose cuantas canoas había inmediatas.

Como se ve, estamos cerca de la significación original. Aún más, José Gabaldón envía a ese zambo con tres indios “para que se introdujesen en la Rochela pretextando iban heridos”. Pero las setenta u ochenta personas de la *rochela* huyeron y se dispersaron.

De ahí se pasó fácilmente, en el mismo siglo XVIII, a las *rochelas* de ganado cimarrón, de donde una serie de usos derivados. La significación de ‘querencia o gorrionera’ la registraba ya Miguel Carmona hace un siglo, y también *bestias rocheleras* o querenciosas. Hacia 1881 José Martí recogía, como usos venezolanos, *rochelón* ‘bullicio, desorden, algarazara’ y *rochelero* ‘bullanguero, travieso, pendenciero’. *Rochelear* ‘estar de jolgorio’ se conoce también en Puerto Rico, llevado sin duda en el siglo XIX por los venezolanos, tan *rocheleros*. Al aplicarse a los desórdenes urbanos, y sobre todo a los infantiles, la palabra se fue suavizando. Referida a los niños, hasta la *diablura* pierde su terrorífica significación medieval, y *diablo o bandido* se transforman en calificación cariñosa. La Rochela, baluarte de corsarios y hugonotes, símbolo para la España católica de desorden moral, religioso y político, se transforma en la amable *rochela* de niños y de enamorados. La palabra es siempre un testimonio de la historia. Pero como todos los testimonios, combina un poco de fidelidad con un mucho de imaginación creadora.

¿De pie o de pies?

Desde la prosa pedestre de los letreros de autobuses hasta la más exigente de una legión de escritores venezolanos encontramos *de pies*. Por ejemplo, en Pocaterra (“tomamos el café de pies”), en Samuel Darío Maldonado (“se puso de pies”), en Ramón Díaz Sánchez, en Antonio Arráiz, etc. Era el uso general en todo el siglo XIX, y se puede documentar con cien textos. José Tadeo Monagas se dirigía a la juventud en su Alocución del 20 de mayo de 1868: “¿Se pondrá de pies el anciano, y vosotros os quedaréis indiferentes?” Y aún más: Julio Calcaño dedicó varias páginas al intento de demostrar que era la única forma correcta, y que *de pie* era un vulgarismo que a veces usaron los autores, por distracción, por descuido o por influencia francesa. Y hasta alguien llegó a sostener que debía ser *de pies* porque efectivamente se apoya uno en los dos pies.

Pero no solo en Venezuela. En la Madre Patria, Julio Cejador, cuya inmensa fama de filólogo se asienta en una obra muy voluminosa, defiende *en pie* o *en pies*, y rechaza *de pie*, “como hoy malamente se dice”. Y la *Enciclopedia Espasa*, presunto summum de sapiencia, dice:

De *pie*. Véase *de pies* o *en pie*, que es como debe decirse, aunque la Academia en el artículo *de* diga «almorzó *de pie*», a buen seguro por error de caja, ya que en el artículo *pie* no pone *de pie*, sino *de pies*, modo adverbial equivalente a *en pie*.

De pies tiene efectivamente venerable tradición: se encuentra en el *Quijote*, en Torres Naharro, en Fray Luis de Granada, en Pedro de

Quirós, en el *Lazarillo de Tormes*, en el *Guzmán de Alfarache*, en el Maestro Correas, en Luis de Belmonte Bermúdez, en Antonio de Cáceres, etc. ¿Habrá entonces que decir así necesariamente?

Sin embargo, la lengua moderna prefiere *de pie*, que se ha documentado en Moratín, Juan Nicasio Gallego, Hartzenbusch, Valera, Pedro Antonio de Alarcón, Bretón de los Herreros, Emilio Castelar, Andrés Bello, Rufino José Cuervo, etc. La Academia da hoy como perfectamente equivalentes *de pie*, *de pies* y *en pie*, y mantiene el *almorzó de pie*, que de ninguna manera es errata de imprenta. Pero la lengua hablada y escrita de España y América nos parece que se ha decidido por *de pie*, y solo en Venezuela, en Colombia y en las Provincias Vascongadas (no es imposible que también exista en otras partes) encontramos hoy que sobrevive *de pies*. ¿Habrá que considerarlo entonces una incorrección?

Ni una cosa ni la otra. Venezuela conserva, como en muchos otros casos, la forma tradicional y clásica. Una nueva prueba, en este aspecto, de su espíritu conservador. En cambio, la lengua general ha sido innovadora: hoy se dice *de pie* sin duda por analogía con *a pie*, *en pie*. Inversamente, por esa misma analogía, *en pie*, que es el uso más antiguo (se encuentra ya en el *Cid*), se hizo a veces *en pies* (en el *Lazarillo de Tormes*, por ejemplo, y entre nosotros en Eloy G. González, *Dentro de la Cosiata*). Los modos y locuciones adverbiales adoptan muchas veces la *s* del plural, o la pierden, y también truecan frecuentemente las desinencias del masculino y del femenino, siguiendo fuerzas puramente analógicas: se ha dicho *a pies juntillos* y hoy se dice *a pie juntillas*; *a ojos vistos* (todavía se conserva en Bogotá) y hoy *a ojos vistas*; *a campo travieso* (como *a campo raso*, *a campo abierto*) y hoy *a campo traviesa*, en los tres casos con concordancia aparentemente vizcaína. En rigor, en el modo adverbial los elementos están íntimamente unidos, fuera de toda concordancia.

De modo análogo, la lengua general tiene *de seguida* o *en seguida* (esta última tiende a imponerse). Pero Venezuela ha hecho analógicamente

de seguidas, que usan hasta escritores eminentes: *de seguidas*, *en seguidas*, *a seguida* en *La historia de la revolución federal*, de Lisandro Alvarado; *de seguidas*, *en seguidas*, *de seguida* a cada paso en la *Historia* de González Guinán. La expresión *en cierne* (es lo académico) la hemos visto muchas veces con *-s*: *en ciernes* en Venezuela, la Argentina, Perú y también en España. Y *de balde* se ha hecho *de baldes* en el judeoespañol de Bucarest (*en baldes* en el de Bulgaria). La analogía verbal (con expresiones hechas, como *a hurtadillas*, *a horcajadillas*, *a tontas y a locas*, *a ciegas*, etc.) es más poderosa que la lógica, o tiene su lógica propia, que a veces la lógica no entiende.

Así, pues, no es incorrecto *de pies*. Pero es mucho más general *de pie* (aun en la lengua hablada de Venezuela), y quizá esta forma sea hoy más recomendable si tiene algún valor normativo el afán de unidad hispánica. En el terreno gramatical, cuando coexisten dos formas hay tendencia moderna a considerar una de ellas como incorrecta: *haiga* era en la época clásica tan legítimo como *haya* (se apoyaba además en la analogía con *caiga* y *traiga*), y hoy es evidente vulgarismo. En la lucha por la existencia triunfa siempre una de las dos, y no siempre la mejor.

“Le presto cien bolívares”

No se haga usted ilusiones. Cuando un amigo del Occidente de Venezuela (los Andes, Zulia, Falcón y el norte de Lara) se le acerca muy amablemente y le anuncia: “Quisiera prestarle cien bolívares”, lo que pretende es que usted se los preste a él. Es general en toda esa región el uso de *prestar* por pedir prestado o tomar prestado. Un comerciante del Táchira cuenta: “Tuve que saltar matones (o *brincar matones*, es decir, correr desesperadamente de un lado para otro en busca de dinero), y prestar quinientos bolívares para un pago urgente”. Una merideña le dice a otra: “Te voy a prestar ese collar tuyo tan bonito”. Un alumno de Siquisique (Lara) se vanagloria: “Le presté un libro al profesor y no pienso devolvérselo”. Y otro: “Yo le presto dinero a mi compadre cuando necesito”. Un coriano no cabe en sí de asombro: “Le presté un marrón a Fulano, ¡y me lo dio!” (el *marrón* es el billete de cien bolívares). Una cocinera andina cuenta sus tribulaciones: “No vuelvo a prestarle a nadie” (porque se ve en apuros para pagar sus deudas). Y un maracaibero o marabino o *maracucho* dice: “¡Qué cresta la de Elímenas! A cada rato viene a prestarme dinero!”

Ya en 1883 señalaba este uso José D. Medrano en Maracaibo. Indudablemente está relacionado con otro, que también registra y que es igualmente ambiguo: “Vaya a fiar una panela de dulce donde el compadre Segundo”, “Me lo llevo, pero se lo fío”, “Le fié este vestido a Fulana”, “No fie tanto” (no tome fiado). *Fiar* y *prestar* presentan un uso muy conexo y parecida difusión geográfica: fuera de Venezuela, existen

en Colombia, Perú, América Central y parte de México (Yucatán, Tabasco, Oaxaca).

Y aun presentan el mismo problema otros verbos, de tipo análogo: *alquilar*, *arrendar*, *hipotecar*. Si alguien dice, en Coro, por ejemplo (y lo mismo en el Perú), “alquilé una casa”, no sabemos si la casa es de él y la alquiló a otro, o si es de otro y se la alquilaron a él. Y lo mismo cuando dice “arrendé una casa”, “hipotequé una casa”. Aun en el lenguaje periodístico, “Venezuela hizo un empréstito a los Estados Unidos” quiere decir, en el Occidente, que recibió un empréstito. ¿Cómo se explican todos esos usos, tan ambiguos?

Rufino José Cuervo cree que prestar se usó en lo antiguo con el valor de pedir prestado, para lo cual se apoya en el *Patrañuelo* de Juan de Timoneda. Pero el pasaje que cita (Patraña XVIII) se debe a una deficiencia de la edición de Rivadeneyra. El texto original dice *ampróle* (de *amparóle*, con el valor de tomó prestado), un valencianismo del autor: “Ampróle sobre una buena prenda dos ducados, los cuales le volvió el mismo día”. El mismo Juan de Timoneda, en uno de los chascarrillos de su *Sobremesa y Alivio de caminantes*, usa también *amparar* con ese mismo valor, igualmente de su habla valenciana (un vecino va a casa de su compadre, “para ampararle un ducado, que tenía grandísima necesidad dél”). Cuervo cita además un pasaje de Lope de Vega que, como él dice, solo es ambiguo en apariencia. La dedicatoria de *El desdichado por la honra*, dirigida a Marcia Leonarda (es decir, Marta de Nevares, el gran amor de su vida), comienza así:

Pienso que me ha de suceder con V. m. lo que suele a los que prestan, que pidiendo poco, y volviendo luego, piden mayor cantidad para no pagarlo.

Marcia Leonarda le había pedido que le escribiera una novela, y Lope le dedicó *Las fortunas de Diana*. Ella se lo agradeció con tales muestras,

que Lope comprendió que iba a pedirle mayor cantidad. Efectivamente, tuvo que escribirle en total cuatro novelas. El que *prestaba* ahí era Lope, y nos parece que la ambigüedad no está en el verbo, sino en el uso del gerundio, que Caro no habría considerado ortodoxo. No creemos que el uso de *prestar* por tomar prestado o pedir prestado se haya dado en España, y tampoco parece que se dé hoy en ninguna parte de la Península. Hay que considerarlo, pues, creación hispanoamericana. ¿Y cómo pudo haber surgido?

Cuervo dice que en Francia el pueblo incurre a veces en la misma confusión (“Il est venu me prêter quatre francs”), cosa que no hemos podido comprobar. Y sería aún más incomprensible, ya que el francés hace claramente la distinción entre *prêter*, dar prestado, y *emprunter*, tomar prestado (como el inglés entre *to lend* y *to borrow*). Pero aunque el castellano tiene hoy un solo verbo, en la época clásica tenía por lo menos cuatro.

El *amprar* (o *amparar*) que hemos visto en Juan de Timoneda con el valor de tomar prestado es uso valenciano, catalán y aragonés, y aunque lo han empleado en castellano autores de esas regiones no prosperó y es hoy desconocido en la lengua. En la época clásica se usó también *emprestillar*, que se encuentra en el teatro de Alarcón (“A un desdichado inocente en el garito emprestilla”), y era andar pidiendo prestado sin intención de devolver. Quevedo usó burlonamente *emprestillón* y *emprestillador*, pero la lengua moderna ha preferido *petardista* o *sablista*. Ese desaparecido *emprestillar* es un derivado despectivo de *emprestar*. Y este *emprestar* sí tiene rica tradición castellana.

Se conoce desde los orígenes de la lengua (el *Cid*, el *Fuero Juzgo*, etc.), pero siempre como equivalente de *prestar*. En un pasaje de las *Partidas* de Alfonso el Sabio (VII, título XIV, ley II), el uso parece ambiguo. Si uno *empresta* una cosa a alguien, y a éste se la roban, puede demandarla

—dice— “a aquel a quien la emprestó o al ladrón”. Pero “si escogiere de la demandar al que la emprestó, después de eso non la puede demandar al ladrón”. Ahí *al que la emprestó* significa “a aquel a quien la emprestó”: se suprime la segunda preposición a causa de la primera. Estamos ante un rasgo sintáctico de la lengua antigua, y no ante un valor ambiguo del verbo. Hemos revisado más de un centenar de frases, y solo hemos encontrado algo equivalente al francés *emprunter* o al inglés *to borrow* en un pasaje de fray Antonio de Guevara, predicador de la corte de Carlos V. En su *Menospreció de corte y alabanza de aldea* habla de los deberes del buen cortesano (cap. IV):

Debe también mirar si tiene algo robado, cohechado, emprestado, hurtado o mal ganado; y si hallare algo no ser suyo, tórnelo luego a su dueño.

Ese *emprestado* significa evidentemente ‘tomado en préstamo’. Y es posible que de ahí, del participio, haya partido un uso de *emprestar* con el valor de tomar prestado. Cuervo señala que *prestamista* era para la Academia (hasta mediados del siglo pasado) “el que da o toma dinero en préstamo” (con la misma ambigüedad que tuvo *huésped* en la lengua antigua y clásica). Cierta ambigüedad hay también en el siguiente uso de *prestar*: “Amigo al prestar, enemigo al volver”, que registra Terreros (en francés “Ami au prêter, ennemi au rendre”). La lengua reaccionó contra todos los usos de *emprestar*, y Juan de Valdés, que expresa el gusto refinado de la época de Carlos V, lo consideró grosero. Desde entonces fue quedando relegado al habla rústica, junto con *endenantes*, *endespués*, etc.

Sin embargo, Munáriz, Larra y Fernán Caballero —lo consigna Cuervo— trataron de darle el valor del francés *emprunter*, tomar prestado. Así tenemos por ejemplo en Larra: “Empresta para no devolver”. ¿Era uso galicista o conservación de una vieja distinción popular?

Dice Pedro Henríquez Ureña que ese *emprestar* con el valor de pedir prestado o tomar prestado se da en el habla popular de Cuba, pero Alejo Carpentier, Segundo Cazalis y otros amigos cubanos solo lo conocen como equivalente de *prestar*, dar prestado. En el Occidente de Venezuela sí se usa *emprestar* en la misma forma ambigua que *prestar*: “Le emprestó diez bolos”, “Yo no le emprestó a nadie”, “Vino y le empresté un fuerte”, “Ni fío ni emprestó”, “Es muy molesto emprestar dinero”. Y es el sentido común, las circunstancias del diálogo o las condiciones de las personas en cuestión las que aclaran si el emprestar es pedir o dar. Para evitar la ambigüedad ha surgido otro uso, frecuente en todo el Occidente del país, aun en Lara: “Le quité prestada la corbata a Fulano”, “No me afano, que yo le quito prestado a mi mamá”, “Le voy a quitar prestado ese libro”, “¡A ti sí te gusta quitar prestado!” Y aun más popular es *sacar prestado*, y sobre todo *sacar fiado*.

Por eso creemos que del encuentro entre *prestar* y *emprestar*, de las vacilaciones y conflictos de los dos, de la reacción contra *emprestar* en el habla culta, adquirió *prestar* el valor de ‘tomar prestado’ que tiene en algunas regiones hispanoamericanas. Y que la inversión de significado se extendió luego analógicamente a *fiar*, *alquilar*, *arrendar*, *hipotecar*, que son maneras distintas de prestar. Es posible que en esa inversión haya influido cierta torpeza expresiva —signo de timidez—, tan frecuente en el embarazoso acto de pedir. Y quizá el “le presto”, como el “le quito prestado” o “le saco prestado” tendiera a evitar el imperativo “présteme”.

Sin embargo, no parece que esos usos puedan recomendarse, por ambiguos. Ya en Lara y Yaracuy se burlan de los vecinos que incurren en ellos. Y a veces observan, según me informa el Dr. León Trujillo: “Estás hablando a lo Coro”, que es hablar al revés. El *prestar* con el valor de dar prestado representa una tradición ininterrumpida desde el latín hasta hoy, y ha quedado consagrado en el refranero: “Quien te presta te ayuda a vivir”. Lo cual no parece verdad en el Occidente de Venezuela.

¿La manito o la manita?

Nos preguntan por qué en España dicen *la manita* y en Venezuela *la manito*. En realidad, *la manito* no es solo de Venezuela, sino de casi toda la América del Sur (Colombia, Ecuador, Perú, Chile, la Argentina), de Costa Rica y Nicaragua y de Puerto Rico y Santo Domingo. En España se conoce también, por lo menos en Andalucía, junto a *la manita*. En Alava llaman *manitas de Dios* a la madreSelva, pero también *manicos de Dios*.

En materia de lenguaje toda generalización es aventurada. *La manito* no se da en toda Venezuela. En los Andes hasta la gente del pueblo dice *la manita*. Sin embargo, “La Abeja” de Mérida, al ocuparse, el 16 de noviembre de 1858, de los garitos, decía: “es fama que algunos agentes de policía, grandes y chicos, han echado a veces su manito por modo de diversión”.

Todo el resto del país sí usa *la manito*, sin distinción de clases sociales: “¡Écheme una manito!”, “Deme una manito de cambur”. En sus tiempos lo defendió Baldomero Rivodó. Es la forma de la canción infantil: “¡Qué linda manito que tengo yo! ¡Qué linda, que bella que Dios me la dio!”. En *El mestizo José Vargas*, de Guillermo Meneses, un jugador insiste: “¿Otra manito, don Pablo?” En *El forastero* de Rómulo Gallegos, Edecán o “Comemuerto” juega con Gabiare su partida matinal de *bolos* (*bolas criollas*), y dice: “Va la última, General. Pa que sean cuatro de esta sola manito. Porque las otras tres ya me se arrimaron al mingo”. Y en *Tierra del sol amada*, de Pocaterra, María rechaza al impetuoso galán: “¡Eh, señor Relámpago, las manitos quietas!”

Ha habido una violenta reacción contra *las manitos* de América. Cervo, en sus *Apuntaciones* de 1885, lo consideraba una repugnante vulgaridad (en las ediciones posteriores figura simplemente como vulgar, sin duda porque lo de repugnante le pareció exagerado o injusto). Ramón Gómez de la Serna, al encontrarse con el uso argentino, en un ingenioso artículo de 1941 titulado “Áteme esa mosca por el rabo”, decía:

Damos la mano, y vemos en todo la mano de Dios y estrechamos la mano al amigo y vemos la mano señaladora a la salida de los teatros, y de pronto las manos se convierten en *manitos* al caer en diminutivo. ¿Por qué no *las manitas*? El niño, que es el más aludido con *las manitos*, sufre así una irregularidad en la dicción que le irregularizará el lenguaje, que tiene leyes de lógica y de armonía. ¿Por qué de *las manos* han de venir *las manitos*? ¡Áteme esa mosca por el rabo!

Tratemos de atar esa mosca por el rabo. *La mano* y *el día* son, en rigor, las dos únicas voces que, desde el latín hasta hoy, han mantenido su género a pesar de la terminación: *la mano*, a pesar de la *-o* final; *el día*, a pesar de la *-a* final. Son, pues, dos casos anómalos en el sistema de la lengua. ¿Y cuál es el diminutivo de *día*? Es *el diita*, manteniendo la *-a* final. Así también *poemita* (de *poema*), *poetilla* (de *poeta*), etc. Lo mismo sucede en los nombres femeninos de persona acabados en *-o*: *Rosarito* o *Charito*, *Consuelito*, *Amparito*, *Socorruto*, *Milagritos*. Es el mantenimiento de la anomalía en la derivación. Y también en los femeninos *Dolores* o *Mercedes*: *Doloritas*, *Merceditas*, como *Carlos* hace *Carlitos*. Y aun con un adverbio como *lejos*, que hace en diminutivo *lejitos* y en superlativo o elativo *lejísimos*, aunque el habla familiar dice muchas veces *Dolorita*, *Mercedita*, *lejito* y *lejísimo*, regularizando la terminación.

En cambio los diminutivos castellanos *manita*, *manilla*, *manecita*, *manija* representan una ruptura de la anomalía de *mano*, una regularización: *la manita* es ya un femenino acabado en *-a*, en contraste

con *la mano*. Frente a ello, el uso americano de *manito* responde más consecuentemente al sistema de derivación de nuestra lengua.

Veamos todavía algo más, para completar nuestra perspectiva. Sustantivos como *azúcar* o *almíbar* hacen el diminutivo, en las distintas regiones, de dos modos: *azuquita*, *almibita* (Venezuela, la Argentina, Chile, Cuba) o bien *azuquítar*, *almibítar* (Andalucía, Perú, Ecuador, etc.). En Santo Domingo alternan los dos modos. En el Perú y el Ecuador se oye además *Cesítar*, *Victítor*, *Bolivítar* (en Venezuela, en cambio, *un bolivita* o *un bolivarito*, y también *azucarita*). En los dos resultados contrapuestos hay también el juego de dos tendencias: primacía del sufijo (*azuquita*, *almibita*, quizá favorecidos por el desvanecimiento o pérdida de la *r* final de *azúcar* o *almíbar* en muchas regiones) o conservación de la estructura morfológica del primitivo: *azuquítar*, *almibítar*.

Analicemos ahora el problema sin prejuicios. España ha hecho *manita* aplicando el sistema general, de que los sustantivos femeninos terminan en *-a*. En cambio la mayor parte de América ha hecho *manito* manteniendo la irregularidad de *mano*. Han actuado dos fuerzas distintas: el sistema general de la analogía y el sistema particular de la anomalía. ¿No son dos fuerzas de acción permanente en toda la vida de la lengua, y en la vida de todas las lenguas? Ya en Alejandría y Pérgamo, y luego en la Roma antigua, los gramáticos peleaban denodadamente por los principios contrapuestos de la analogía y la anomalía (César alternaba su conquista de las Galias con la composición de un tratado sobre la analogía). Los analogistas habrían defendido *la manita*; los anomalistas, *la manito*. Nosotros, en cambio, vemos en la lengua el juego armónico de las dos fuerzas.

¡Palo de hombre! ¡palo de mujer!

Uno de los usos más sorprendentes de Venezuela es este de *¡palo de hombre!*, para decir que alguien es todo un hombre, o un hombre de pelo en pecho, que es valiente, experto, generoso, simpático. Y también es frecuente que de una mujer notable por sus prendas físicas o morales se diga que *es un palo de mujer*.

Y también se oye *¡palo de casa!*, *¡palo de discurso!*, *¡palo de película!*, *¡palo de artículo!*, *¡palo de rasca!* (una borrachera de grandes dimensiones), *¡palo de golpe!*, *¡palo de bicha!*, *¡palo de broma!*, etc. Es una forma general de ponderación, de lo bueno como de lo malo, para indicar que se da en proporciones extraordinarias. ¿Cómo se ha formado un uso tan curioso, que se conoce también en Colombia, Curazao y parte de América Central?

Creemos que hay que partir, para explicarlo, de *palo de agua*. El *palo de agua* es el aguacero: “No salgas, está cayendo un palo de agua”. En nuestra opinión, *caer un palo de agua* sustituye o traduce dos expresiones castellanas: *llover a chuzos*, *caer un chaparrón*. Tanto *chuzo* como *chaparrón* (derivado de *chaparro*) son palos. *Llover a chuzos* y *caer un chaparrón* (o una *chaparrada*) es como *caer un palo de agua*, como si cayeran efectivamente *palos*, como si la lluvia lo *apaleara* a uno. Y aun es posible que haya surgido como equivalente de *golpe de agua*, que en la lengua general es la caída abundante o copiosa de agua. La misma palabra *aguacero* se puede aplicar figuradamente, en el castellano general, a una gran cantidad de palos o golpes: “¡Menudo aguacero le cayó a

cuestas!” *Aguacero de palos* registraba Pedro Montesinos en Lara para la lluvia intensa y copiosa. Morison, que ha seguido el derrotero de Colón para escribir su *Almirante de la Mar Océano* llama “latigazos de agua” a los chubascos equinocciales que caen en el mar.

Palo de agua se encuentra documentado desde *Fidelia* de Gonzalo Picón Febres (1893). Y es más recio que el *aguacero*, que se ha atenuado algo y necesita el refuerzo del adjetivo: “Cayó un buen aguacero” o “un gran aguacero” (o un *aguacerazo*). En cambio, una lluvia abundante y continuada es un *invierno* (o una *invernada*): “¡Buen invierno está cayendo!”

Ese *palo de agua* se usa también figuradamente. El marido se despide de sus amigos a altas horas de la noche: “Ahora al volver a casa, me espera el gran palo de agua”. Oímos una conferencia fastidiosa o latosa: “¡Qué palo de agua!” Una muchacha a quien están regañando violentamente, coge su paraguas y lo abre en actitud defensiva, lo cual hace, naturalmente, que arrecie el *palo de agua*. En otro orden, se llama *palo de agua* un árbol gigante, que también se da en Colombia y Costa Rica (existe además la *mata de agua*). En portugués, *pau d’agua* es un árbol de la isla de San Tomé (Guinea), cuyas raíces segregan un líquido que apaga la sed.

Creada la expresión *palo de agua* para indicar una caída fuerte, abundante o torrencial de agua, *palo de* se sintió como ponderativo, y se extendió a personas y cosas: *palo de hombre*, *palo de mujer*, etc. Y hasta se dice *palo de aguacero*, o *palo de invierno*. *Palo de* llegó a convertirse así en lo que se llama un sintagma de ponderación, con gran valor productivo: “*Palo ‘e jefe*”, “*Palo ‘e Sancocho*”, en el *Viaje al amanecer* de Mariano Picón Salas; “¡Qué palo de biberón!”, en *Tierra nuestra* de Samuel Darío Maldonado; “¡Palo de golpe!”, en *Puros hombres* de Antonio Arráiz; “¡Palo de pesadilla!”, en Urbaneja Achelpohl; “Lo que ayer

era un palo de negocio, hoy día es un fracaso”, en Job Pim; “ ¡Qué palo de oscuridad!” en Lisandro Alvarado; “Todo un palo de india”, en *Amor científico* del Bachiller Munguía; “ ¡Palo de chivato que es ese viejo tuyo!” en *Vidas oscuras* de Pocaterra. Una crónica de “El Tiempo”, de Caracas, del 13 de noviembre de 1911, recoge opiniones sobre el Museo Bolivariano:

- Esto parece una chivera.
- Esto es un palo de museo.

De todas ellas la más usada es *palo de hombre*, que se aplica también frecuentemente a los niños: “¡Si Miguelito ya es un palo de hombre!” El Dr. Davenport, de *Canaima*, administraba a sus enfermos de disentería una dosis de ipecacuana, y los sugestionaba reloj en mano; “Tú no vomitas esa cosa porque tú eres un palo de hombre (así fuese mujer o niño el enfermo)”. Hasta hemos oído: “¡Qué palo de hombre es esa mujer!”

En todas esas expresiones se siente como vivo *palo*, que se puede sustituir por una serie de equivalentes que refuercen o destaquen su valor. Por ejemplo, *tronco*: “¡Tronco de hombre!”, en *Dámaso Velásquez* de Antonio Arráiz; “Tronco de muchacha”, “tronco de baile”, en *Farallón* de Agustín García; “¡Qué tronco de mapanare!”, “¡Qué tronco de discurso!”, en Silva Uzcátegui. Oímos en el Táchira: “¡Ah tronco de juma la que traés!”, “¡Qué tronco de caballo cargas, es puro brío!”. Y puede aplicarse a los objetos más diversos: *tronco* de aguacero, de invierno, de calor, de fiesta, de libro, de alumno, de edificio, de cuento, etc. Aquiles Naoa, en su parodia de *Blanca Nieves*, describe la llegada de los siete enanitos a la casa:

Y un tronco de sorpresa
se llevan —¡con razón!—
al ver a la princesa
durmiendo en su colchón.

Otro sustituto, también intensivo, es *rolo*. El *rolo* (del francés *rouleau*) es el viejo rodillo de las imprentas degradado en cachiporra de madera de la policía. Y así es frecuente: “¡Rolo de hombre!”, “¡Rolo de broma!”, etc. Dice una copla recogida por Olivares Figueroa:

Aguaita, compay, la luna,
tan hermosa como está,
comiéndose un rolo ‘e tuna
con tantica majestá.

Y en actitud de juego expresivo se convierte en *roliverio* (quizá por *rolo de vera*, con influencia de *Oliverio*) o en *rolitranca*, *rolitranco*, *rolistranco* (por influencia de *tranca*): “¡Qué roliverio de mujer”, “Le dieron una roliveria de paliza”, “Me salió un roliverio de perro y tuve que echar a correr”, “Se dio una rolitranca de caída”, “Esos rolitrancos de arepas” (en *Puros hombres* de Arráiz), “Tengo un rolitranco de catarro”. Es evidente que el *rolo* habla mucho a la imaginación.

Un equivalente de *palo*, *tronco* o *rolo* es *zosco* (también *zosco*), formado, sin duda, por regresión, de *zoquete* (significa efectivamente ‘bobo’ en gran parte del país). Ya hace un siglo lo registraba Miguel Carmona (“vulgarmente *zosco*”): “Un zosco de hombre” (corpulento), “Un zosco de jinete” (consumado), “Un zosco de general” (habilísimo). Y Silva Uzcátegui oye en Lara: “¡Zosco de susto me he llevado!”, “¡Zosco de pela ésa que te dieron!”, “¡Zosco de culebra!”

Y todavía nos quedan *trozo* y *pedazo*. *Pedazo* se usa en el castellano general en expresiones como *pedazo de animal*, *de alcornoque*, *de bruto*, para designar a una persona incapaz o necia. También en Venezuela tiene esos usos: “¡Piazo ‘e muérgano!”, “¡Piazo ‘e carrizo! Pero es muy distinto su valor cuando sustituye a *palo de*: “¡Piazo de cortada!”, “¡Piazo ‘e juma!” (borrachera), “¡Piazo de hombre!”. El mismo empleo tiene *trozo*: “¡Qué trozo de aguacero el de anoche! Tumbó varias casas”, “¡Qué trozo

de hombre!” (es más bien el simpático), “¡Qué trozo de mujer bien buena moza!”, “¡Trozo de varilla!” (o de “lavativa”, o “de berenjena”, o “de vaina”, todas ellas bastante groseras), “¡Qué trozo de bicho bien feo!”, “¡Qué trozo de bicho bien grande!”.

Esos usos no responden a la tradición española. Por el contrario, decir en España de alguien que es un *palo de hombre* o un *palo de mujer* podría parecer ofensivo; aludiría a la flacura, la rigidez o la insensibilidad (de un hombre fuerte o resistente se diría que *es un roble*). Una persona es un *tronco* cuando es inútil, insensible, despreciable. *Pedazo* se emplea frecuentemente en insultos: “¡Pedazo de animal!” Y *zoquete* (o *tarugo*) es el estúpido. *Palo de hombre*, *palo de mujer* y sus prolongaciones (*tronco*, *rolo*, *zoco* o *zosco*, *trozo*, *pedazo*) están fuera de esa tradición y no pueden haber nacido de una aplicación metafórica directa. Solo pueden explicarse —nos parece— a través de un rodeo, partiendo de *palo de agua*.

En esos usos estamos en un terreno de amplia creación lingüística. Y nos parece que el motor espiritual de todas esas creaciones es un constante afán de hipérbole, que es una de las tendencias más permanentes de la expresión venezolana. Tendencia a la hipérbole y también afán de concreción, de sacar a la expresión del terreno abstracto y convertirla en sensorial, en tangible. El viejo piropo español se renueva, se pone a tono con nuestra época, y quizá también por ello se vulgariza. Pasa una mujer hermosa y el hombre de la calle comenta: “¡Palo de mujer! ¡Le roncan los motores pa la cara ‘el muerto!’”.

“El homenaje ofrecídale...”

Leemos en un periódico de Caracas: “Esta vez el público le ha recibido con más cariño. Así se ha hecho evidente en la afectuosa acogida dispensádale en el Teatro Nacional”. Luis Felipe Ramón y Rivera nos llama la atención sobre la frecuencia de frases análogas en el lenguaje periodístico: “los objetos dádoles” (que le fueron dados), “El homenaje ofrecídale” (que le fue ofrecido), “Gracias al movimiento imprésoles”..., etc. Y pregunta con alarma si podrán aceptarse algún día.

No creemos de ninguna manera que esos usos, tan feos y extraños, puedan generalizarse, aunque abundan también en la prosa ministerial y jurídica. En el Archivo de la Universidad Central se encuentra la solicitud de un médico, de diciembre de 1925: “Aspiro a la reválida de mi título de Doctor en Medicina y Cirugía otorgádome por la citada Universidad”. Y un documento del mismo archivo, de 1923, dice: “pide la reválida del título de Licenciado y de Doctor en Medicina otorgádole por la Universidad de Madrid”.

Giros de este tipo se han colado en la prosa literaria, y los encontramos en dos de nuestros autores más admirados: en Antonio Arráiz y en Rómulo Gallegos. En *Dámaso Velázquez* leemos: “Pensaba la señora que su displicencia provenía de la desilusión causádale por el esposo” (Caracas, 1944, pág. 169). En *Pobre negro*: “el emocionado sentimiento producídale”, “el catre allí destinádole” (106, 111). Y en *El forastero*: “aquella novela prestádale por él” (149). Pero es también frecuente fuera de Venezuela.

Charles Kany cita: “un accidente ocurridole” en el escritor uruguayo Eduardo Acevedo Díaz; “Siento haber ayudádole a ustedes sin saberlo” en el mexicano Luis G. Inclán. Seguramente que frases análogas se encuentran en todos los países hispánicos, un poco sumergidas en los legajos burocráticos, sin ascender casi nunca a niveles más altos. Pero en realidad no son nada nuevas.

En su tiempo Bello censuraba como “duras” las siguientes frases: “Largo tiempo habíamos aguardádole”, “Habían de haber aprendídotos”. No hay en ellas más que una transposición del pronombre enclítico. Del mismo tipo es la siguiente frase del general Francisco de Paula Santander, en carta a Bolívar, del 6 de julio de 1826: “Ya usted sabrá que ni Urdaneta, ni Bermúdez ni Guerrero han avenídose a la insurrección de Páez”. Pero le parecían peores, de un malísimo castellano, las siguientes, con participio adjetivo, que se parecen algo a las nuestras: “Están ya elegidas las personas que deben concurrir a la ceremonia, y señaládosles los asientos”; “El ministro tiene ya acordada la resolución, y comunicádala a las partes”. Con el participio, Bello solo admitía el pronombre enclítico cuando se calla un auxiliar que se ha expresado poco antes: “Habíamos aguardado a nuestros amigos y *preparádoles* lo necesario”. O cuando entre el auxiliar y el participio se interpone alguna frase, como en el siguiente pasaje de Cervantes: “Volvieron a embarcarse, habiendo primero en la marina *hincádose* de rodillas”. Sin duda de esos usos, nada raros en la época clásica, se han originado por extensión los otros, los que con tanta razón alarman a Ramón y Rivera.

Pero aunque no son nuevos, su profusión en Venezuela quizá se deba, en el último tiempo, a cierto auge del lenguaje telegráfico. Periódico hay que dilapida las nueve décimas partes de su espacio en notas y frases superfluas, pero cree que debe hacer violenta economía en los títulos. *Dádoles* ‘que les fueron dados’, *ofrecídole* ‘que le fue ofrecido’, *imprésoles*

‘que les fue impreso’, etc., son sin duda aberraciones generalizadas por el “pichirrismo” del estilo telegráfico.

Nos parece evidente que esos usos no tienen porvenir. Por una razón fundamental: el pronombre enclítico está en profunda baja en las últimas generaciones. Hoy se limita casi exclusivamente al uso con el imperativo, el infinitivo y el gerundio: *dígame, quiero decirle, siga diciéndome*. Excepcionalmente se usa todavía, aunque cada vez menos, en frases en que su verbo inicia la oración (“Mandole que viniera”, “Llévose el cadáver al templo, y recibieronle los sacerdotes”, “Conocido el peligro, tomáronse las provisiones del caso”). O en algunas expresiones de carácter enfático, fijadas por el habla general: “¡Habrased visto tamaño disparate!”, “¡Diríased que ha perdido la cabeza!”. En los otros casos el enclítico ha desaparecido del habla general, salvo en regiones arcaizantes como el Occidente de España (León, Asturias, Galicia), las Antillas y los Andes venezolanos. En nuestros Andes se oye en el habla familiar, con cierto dejo sin duda arcaico: “Díjome que fuera”, “Entusiasméme cuando la vi”, “Dígole esto, yo que soy hombre de experiencia”, “Le tapó el jocico y atajóle el resuello”, “En lo que comenzaron la discusión díjole esto”... El habla de los páramos andinos se remeda, en los Andes mismos, con la siguiente frase: “Sábelo Dios, que con una papa se come harto queso”. Lo característico de la frase es la entonación y la alusión al sistema alimenticio, pero también el uso del pronombre.

La lengua culta tiende a rechazar hoy ese uso como anticuado. Pero escritores a quienes falta un sentimiento claro y firme de la lengua actual caen a cada paso en él. En una de las novelas venezolanas más valiosas de los últimos años encontramos frases como las siguientes: “Uno de sus hijos hízose marinero”; “Su madre era una mujer alta, de quien decíased que no estaba en su sano juicio”; “En el interior de la casa respirábase un perfume suave, pero persistente”; “Sin embargo

gustábame mirar hacia arriba”; “Solo un sentimiento de vergüenza manteníame allí”; “En la biblioteca existía una Biblia, a cuya lectura entregueme con avidez”; etc. En todos esos casos hubiera sido más elegante, por más llana y espontánea, la forma proclítica: *se hizo, se decía, se respiraba, me gustaba, me mantenía, me entregué*, etc. Aunque a veces se encuentran en un escritor de tan despierta conciencia lingüística como Rómulo Gallegos, nos parece que el gusto idiomático de nuestro tiempo ha dejado atrás esas construcciones. No son incorrectas, desde luego, pero se sienten como afectadas, porque les falta el aire vitalizador de la lengua hablada.

Retaliación

Leo en el *Guzmán* de Ramón Díaz Sánchez: “Hay una corriente bolivariana alimentada por las glorias antiguas y por la romántica reacción de las retaliaciones políticas”. ¿Qué es esa *retaliación*, que se usa tanto en Venezuela y no se encuentra en la Academia?

Procede del inglés *retaliation*, que equivale a represalia, desquite, satisfacción, desagravio, un derivado de *talión*: es la aplicación de la ley del talión, devolver mal por mal, ojo por ojo, diente por diente. El inglés lo tomó del latín *retaliari* (sufrir la ley del talión, en Aulo Gelio), que también pasó al castellano clásico. Fray Juan de Pineda, en su *Agricultura cristiana*, publicada en Salamanca en 1589, usaba *retaliar*, y además lo explicaba:

La ley del Talión, que quiere decir castigo de tal por cual, y de la cual palabra se dice *retaliar*, tiene su primera origen en la ley de Moysén.

Pero ese *retaliar* estaba ya olvidado en castellano cuando nos vino del inglés la *retaliación*. En Venezuela se remonta a los comienzos de la emancipación. Bolívar lo usó primero en inglés, en su “Carta de un suramericano” publicada en “The Royal Gazette” de Jamaica, el 18 de agosto de 1815. La traducción de O’Leary dice:

¿No están indicando la razón, la justicia y la propia conservación que las represalias son necesarias como medida de justa retaliación?

Luego lo usa varias veces en castellano, en sus cartas al Agente de los Estados Unidos, al defender el derecho de los patriotas a bloquear los puertos enemigos e incautarse de los barcos que llevaban armas para los realistas. Por ejemplo, en la del 24 de agosto de 1818:

La retaliación es el derecho más seguro y legítimo de que puede servirse un pueblo en guerra.

Es la época de difusión de la palabra. En conexión con el pensamiento de Bolívar, escribe José Manuel Restrepo, en su *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, publicada en 1827:

Bolívar infería que, conforme al derecho de gentes, estaban autorizados los nuevos gobiernos de la América antes española para usar del derecho terrible de retaliación, destruyendo a enemigos a quienes era imposible ganar.

Desde aquella época no ha dejado de usarse en Venezuela. En conexión con la guerra a muerte, que trataba de justificar, lo empleaba Rufino Blanco Fombona en su largo prefacio al *José Félix Ribas* de Juan Vicente González:

Estos malhechores sueltos sembraron odios que podían satisfacerse con facilidad, e hicieron necesarias las retaliaciones que tanto encruelecían la guerra.

En 1897 lo criticaba Julio Calcaño: “debemos decir *represalia* o *pena del talión*, según lo que se quiera expresar”. Pero la verdad es que la influencia inglesa y su claro abolengo latino lo han convertido en término del derecho internacional. Entre nosotros evoca un capítulo de la historia nacional, con su luz y su sombra.

Carriel

Nos preguntan por qué en Venezuela se llama *carriel* la cartera o bolso de las señoras, de cuero o de tela. El nombre está ya venido a menos, pero conserva plena vitalidad en el interior del país, más conservador de las buenas costumbres. En el Táchira hay *carrieles* pequeños y grandes, aunque las señoras de cierta edad los prefieren grandes y de color oscuro. Es pieza fundamental del atuendo de la mujer enlutada, especialmente de la viuda: el carriel negro combina con el sombrero negro y con el velito que cae sobre la frente, y desde luego con los guantes negros. En otros tiempos debía hacer juego además con la sombrilla, y si entonces alguien se atrevía a decirle a una dama un piropo inconveniente, corría el peligro de recibir un *carrielazo*.

En 1895, cuando Tosta García publicaba su *Don Secundino*, no era prenda exclusivamente femenina. Y así nos habla de la fiebre universal por ir a París:

De aquí esta plaga andariega que vive y se agita sin cesar, de carriel terciado, cachucha o gorra de seda o fieltro, en los trenes, en los vapores, en los muelles y en las estaciones.

En 1906 el purista Manuel María Villalobos criticaba la frase: “Mateo compró ayer un famoso carriel”. Y Ovalles, en *Más frases criollas*, describe cómo el negro Seijas, en la guerra federal, derriba de un lanzazo a un partidario del Mocho:

Varios de la partida le cayeron encima al difunto. Uno de ellos se adueñó de la capa; otro se cogió el carriel; otro el revólver; y

los demás le registraban los bolsillos y despojaban al mártir del Nacionalismo de todo lo que le pertenecía.

Silva Uzcátegui da algunas noticias, que indudablemente no se refieren solo a Lara: “Anteriormente lo usaban mucho los viajeros, para cargar dinero. Eran de cuero fuerte”. Todavía en algunas partes del Táchira designa el *bulto* o maletín. Y una planta merideña y colombiana se llama *carrielito* (también *taparita*, de donde quizá le viene el nombre). En Colombia el *carriel* es más general y variado. Gregorio Gutiérrez González, en su famosa *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, lo usa en dos pasajes. Treinta peones y un patrón van a elegir el terreno para la roza:

Atado por detrás con la correa
que el pantalón sujeta a la cintura,
con el recado de sacar candela,
llevan repleto su carriel de nutria.

Y más adelante, cuando llega la cosecha:

Sale la gritadora, alegre turba,
a asistir juguetona a la cogienda,
con carrieles y jíqueras terciados
cual los peones sus costales llevan.

Y él mismo explica lo que es *carriel*: “Especie de saco hecho con la piel de un animal y que muchos antioqueños llevan terciado al hombro suspendido de una faja o amarrado al cinturón en las horas de trabajo; sirve para conducir varios objetos de uso diario”. El violento purismo colombiano ha tratado de imponer en su lugar *garniel* o *guarniel*, que en alguna parte de España designa efectivamente una bolsa de arrieros.

También en Colombia el carriel tiende a convertirse en prenda femenina, y por eso alguien observó que estaba cambiando de sexo. Lo

cual igualmente ha sucedido en Costa Rica, donde se conserva sin embargo —según Gagini— la acepción de “bolsa de viaje, dividida generalmente en varios compartimientos, para llevar dinero o papeles”. En Nicaragua sigue siendo prenda masculina: bolsa de cuero o tela para llevar dinero y objetos de uso personal. Sin duda de Venezuela y Colombia pasó al Ecuador, donde designa la maleta de mano o cartera de viaje (también *carriel*). Pedro Fermín Cevallos, en 1904, lo consideraba allá “un recién venido”. ¿Y de dónde procede ese *carriel*, y el *garniel* o *guarnid* castellanos?

Nuestro *carriel* procede del antiguo *carniel*, que Rufino José Cuervo documenta en un texto español de 1471, en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y en la *Historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo. Cuenta Hernán Cortés a Carlos V los presentes que le hizo el emperador Moctezuma, entre ellos unas hermosas cerbatanas pintadas, y dice:

Dióme para con ellas un carniel de red de oro para los bodosques, que también me dijo que me había de dar de oro.

Ese pasaje lo reproduce casi literalmente Fernández de Oviedo. Cortés llamaba *carniel* una bolsa que usaban los mexicanos para llevar los proyectiles de la cerbatana. Ese *carniel* castellano procede del provenzal *carnier* (que también ha dado el italiano *carniere*), correspondiente al francés *carnassière*, bolsa de cuero del cazador (es un derivado de *carne*). Y el cambio de *carniel* en *carriel*, producido en nuestra área del Caribe, que Corominas explica por influjo del antiguo *correo* ‘bolsa para llevar dinero’, nos parece que es análogo —lo señala muy bien Cuervo— al de *carnestolendas* que dio *carrastolendas* (forma vieja conservada en Navarra; *carretoliendas* encontramos en el acta del Cabildo de Caracas del 9 de enero de 1590, y *carrestolendo* llaman en La Urbana, Guayana, a un árbol que otros designan como *carnestolenda*), o al de *espernancarse*

que dio *esparrancarse* (impuesto en la lengua culta). Un apellido español como Fernández (de *Fernando*), se ha hecho a veces Ferrández o Ferrándiz (también las viejas formas *Ferrán* o *Herrón*). Y se deben a proceso análogo a las alternancias *carlanca-carranca*, *garlocha-garrocha* y quizá también *garlancha-garrancha*.

Pero mientras nuestra zona del Caribe transformó el *carniel* en *carriel* (al dejar de ser bolsa de cazadores debía ser más bien perturbadora la asociación con *carne*), España lo convirtió en *garniel*, que se encuentra ya en el *Guzmán de Alfarache*, de 1599. De manera análoga *cato* se hizo *gato*, y en Andalucía se oye *guchillo* o *gamello* y en Aragón *guchara*. Posteriormente el *garniel* lo hicieron en España *guarniel*, por influencia de otras palabras que empiezan en *gua-* (*guardar*, *guarnición*, etc.). La misma alternancia existe en *garguero* y *guarguero* (y hasta *guargüero*). Tan legítimos son, pues, el *garniel* o *guarnid* castellanos como el *carriel* venezolano, todos ellos procedentes del antiguo *carniel*.

Pero legítimo o no, su época está pasando ante el triunfo arrollador de la *cartera*. Como la vieja *chácara*, sustituida por el *portamonedas*. Al transformarse el *carriel* en prenda femenina, cayó bajo el régimen de la moda y le tocó su precaria grandeza y su triste decadencia. Es curioso que ya hacia 1600 dijera Fernando del Rosal en España, hablando del *garniel*: “Bolsa de viejos, antigua”. Es casi lo que puede decirse hoy del *carriel* venezolano, solo que lo de *viejos* hay que ponerlo en femenino.

¿Finanzas o hacienda?

Las palabras no son más que sonidos de los que se ha hecho arbitrariamente los signos de nuestros pensamientos. Esos sonidos no tienen ningún valor por sí mismos. Son tanto del pueblo que los toma como del que los presta. ¿Qué importa que un nombre haya nacido en nuestro país o que venga de un país extranjero? El celo sería pueril cuando no se trata más que de la manera de mover los labios y de herir el aire.

(ABATE FÉNÉION, *Lettre à l'Académie*).

Una autoridad tan eminente en histología como Ramón y Cajal repudiaba, en *El mundo a los ochenta años*, el uso de los deplorables, ociosos y hórridos neologismos *finanzas* y *financiar*. La Academia solo registra *finanzas* como voz anticuada en el sentido de ‘fianza o rescate’. ¿Será incorrecto usar *finanzas* y habrá que decir obligadamente *Hacienda*, o *Hacienda Pública*?

Un error muy difundido, aun en autores respetables, es creer que si una palabra o acepción no se encuentra en el Diccionario de la Academia, debe rechazarse como incorrecta. Otros llegan a algo más: afirmar que no existe (en este “no existe” incurrió alguna vez hasta el gran Andrés Bello). Si así fuera, si la Academia pensara que no podía usarse más que lo que ella autorizaba, todavía estaría reeditando la primera edición de su Diccionario, de 1726-1739. Pero la verdad es que publicó ya otras diez y ocho ediciones (acaba de aparecer la 18.^a), y en cada una recoge y acoge voces nuevas, cuando están consagradas por el uso. Es, pues, el uso, el de la gente culta, desde luego, el que dicta sus normas a la Academia, la cual, como es natural, tiene que proceder con cierta parsimonia, y por lo tanto con cierto retraso. ¿Será bárbara, entonces, una expresión hoy, y dejará de serlo mañana porque ha aparecido una nueva edición

del Diccionario Académico? Sería pueril creerlo. La Academia es en realidad más amplia que muchos academicistas.

Finanzas es palabra que ha suscitado las iras de los anti galicistas desde el siglo pasado. Dice Baralt:

Este vocablo significó en otros tiempos *fianzas*; pero hoy le usan malamente algunos por *Real Hacienda* o *Hacienda pública*, *Rentas públicas*, *Rentas del Estado*, *Tesoro público*, *Fisco*, *Erario*, etc. Y dicen también *Ciencia de Finanzas* por *Ciencia fiscal*. No juzgamos necesario, ni por ningún concepto aceptable, este galicismo.

Baralt rechazaba también *financiero* (quería que se dijera *rentístico*, *rentista*, *asentista* o *hacendista*, según los casos), pero hoy ya es académico en todos sus usos: *régimen financiero*, *Fulano es un gran financiero*. La nueva edición académica consagra además *financiar*.

La palabra es evidentemente de origen francés: *finance* se formó del antiguo verbo *finer*, variante de *finir*, que significaba ‘acabar’ y especialmente ‘pagar’ (sin duda por ‘dar fin o acabar con una deuda’), derivado del latín *finis*, como el castellano *fin*. En francés significó primero ‘pago’, ‘rescate’, luego ‘recursos pecuniarios’ y ‘recursos pecuniarios del Estado’. En el siglo XVIII se empezó a usar en Francia en el sentido de ‘manejo de fondos monetarios’, que es la base del uso moderno. Pero ya estamos en época de galicismo desenfrenado en los autores, y de reacción anti galicista en los gramáticos. Esta reacción ha impedido hasta ahora el triunfo de *finanzas* en el léxico académico.

El concepto de finanzas en la moderna ciencia económica y en el lenguaje corriente es hoy bastante más amplio que el de *Hacienda*, *Erario*, *Fisco*, u otras que se han propuesto. Puede abarcar, además de la Hacienda pública, las operaciones de Bolsa y todas las formas del capital bancario, y también todos los problemas de integración y administración del

capital de las empresas públicas y privadas. Estamos en la era del capital financiero —se ha dicho—, y ello puede aludir a la intervención, a veces monopolista, del capital de los grandes consorcios en la marcha de las empresas industriales. No es un azar que la palabra francesa se haya impuesto en todas las lenguas modernas: inglés *finances*, italiano *finante*, alemán *Finanzen*, etc. Además, constituye ya en castellano una familia léxica completa, imposible de suplantar: *finanzas*, *financiero*, *financiar*, *financista*, *financiado*, *financiación* y *financiamiento*. El mundo de las *finanzas* es hoy expresión llena de contenido: evoca un mundo especial, con hombres de cierta mentalidad o de ciertos apetitos, un mundo que tiene sus propias aspiraciones y normas morales (Wall Street es el *gran emporio de las finanzas*). ¡Si ya hay ministros de Finanzas, cátedras de Finanzas y sabios tratados de Finanzas! *Financiar una empresa*, o *un negocio*, ¿podría expresarse mejor con otra palabra?

El ser de origen francés es un pecado bien llevadero. Se encontrará con varios millares de palabras francesas (incluyendo, claro está, las provenzales) que se han aclimatado en castellano, algunas desde los orígenes, y entre las cuales están muy bien asentadas *jardín*, *jaula*, *coraje*, *mensaje*, *homenaje*, *embajada*, *galopar*, *jamás*, *blanco*, *fraile*, *monje*, *deán*, *hereje*, *dama*, *canciller*, *etiqueta*, *mesón*, *manjar*, *jamón vianda*, *batalla*, *jefe*, *sargento*, *pincel*, *hotel*, *hospital*, *burocracia*, *sofá*, *joya*, *sastre*, *chaqueta*, *ruiseñor* y centenares más. ¡Si hasta *papá* y *mamá* se dicen por influencia francesa (hasta el siglo XVIII lo correcto era *pápa* y *máma*, como en gran parte de Venezuela)! *Rango*, galicismo infame que ha hecho derramar mares de tinta, ha entrado en el Suplemento de la edición académica de 1947. *Refrán*, tan español, ¿no viene del francés? ¿No son también galicismos *purista* y *purismo*, que empezaron siendo despectivos, como ha señalado Julio Casares? La verdad es que hoy ya nadie se inquieta por esa influencia, tan renovadora en toda nuestra América. Hoy los puristas han empezado a inquietarse por la influencia del inglés.

Bello, que defendía muchas de las expresiones censuradas por Baralt, dice en su discurso inaugural de la Universidad de Chile:

Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma...; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general exige voces nuevas que las representen. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de Fray Luis de Granada —no quiero ir tan lejos—, hallaremos en el diccionario de Iriarte y Moratín medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes que flotan hoy sobre las inteligencias medianamente cultivadas para expresar el pensamiento social? ¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres, variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara trasmisión del pensamiento, sería del todo inasequible.

Enriquecer la lengua sí, pero no adulterarla, no violar sus construcciones ni hacer violencia a su genio. Eso quería Bello, con espíritu abierto, y por eso sigue siendo joven. Y en cambio el *Diccionario de galicismos* de Baralt está en su mayor parte envejecido. Véase, por ejemplo, lo que escribe de *masa*:

Dícese en castellano: *Masa de empleos, prebendas*, etc.; *Masa del ejército; Masa del pueblo; Masa de dolores y miserias*, por junta, concurrencia de estas cosas, el cuerpo o todo de ellas; pero *Masas populares*, ni mucho menos *masas* en absoluto, para significar el común del pueblo, es galicismo introducido de poco acá, y en mi sentir excusado. Verbigracia, «Conmover, solevantar las *masas*»; «Dirigirse a las *masas*», «Bueno tan solo para las *masas*», se dice con más claridad y propiedad castellana: *Conmover*,

solevantar al pueblo, a la plebe; Dirigirse al público, a la generalidad; Bueno tan solo para el vulgo, la turba, la turbamulta.

Es también galicismo el modo adverbial *en masa*, por *en conjunto, en totalidad, en grueso, en globo, por mayor*.

No parece general hoy *masa de empleos*, ni *masa de dolores y miserias*, que consideraba castizos. Pero sí *masas populares* y *en masa*, y terminó por aceptarlos la Academia, respetuosa siempre del buen uso (y alguna vez hasta del malo). En realidad, los franceses no habían hecho más que usar metafóricamente un término de la Física. ¿Y por haberse anticipado ellos debía prohibirse la metáfora en castellano? La prueba de su legitimidad está en su aceptación universal. La rebelión de las masas es evidentemente un signo de nuestro tiempo, un hecho social nuevo. ¿Podía Ortega y Gasset haber titulado su obra *La rebelión de la turbamulta*?

Finanzas, masa y otro centenar de palabras hasta ayer extrañas son signos de que vivimos en tiempos nuevos, que podrán ser peores o mejores que los pasados (¡Dios sabe!), pero que de todos modos son distintos. Muchas palabras viejas se olvidan y desaparecen. El progreso de las ciencias y la comunicación internacional introducen y generalizan expresiones nuevas. ¿Será todo cambio en la vida, y solo la lengua iba a permanecer inmóvil, inmutable?

¿El sartén o la sartén?

El sartén es general en Venezuela, no solo entre cocineras y dueñas de casa, sino aun en la lengua escrita. Está consagrado además en el refranero: “Cuando el sartén chilla, algo hay en la villa”.

Lo mismo sucede en casi todas las regiones hispánicas, y en Chile es popular el refrán: “El sartén le dijo a la olla: —Quita allá, que me tiznaís”. Que en España es: “Dijo la sartén al cazo: —Quítate allá, que me tiznas”.

En general, todos los sustantivos terminados en *-én*, son masculinos: *andén, edén, almacén, terraplén, vaivén*. Por eso *herrén* y *llantén*, que eran femeninos en latín (*jerrago, plantago*), se han hecho masculinos en castellano. Casi sucede lo mismo con *sartén*, que era frecuentemente femenino en la época clásica. Pero ha sido menos afortunado, y mientras las señoras lo prefieren masculino, los gramáticos, que siempre quieren tener la sartén por el mango, se empeñan en que siga siendo femenino.

¿La caparazón o el caparazón?

El oriente de Venezuela usa *el caparazón* (“el caparazón del cachicamo”), pero todo el resto del país, y aun los escritores y la gente culta, *la caparazón*. Así se encuentra en *El mestizo José Vargas* de Guillermo Meneses. Aun en un poeta fino como Juan Liscano, *inmensas caparazones*. ¿Será una particularidad venezolana?

Me parece que el femenino está impuesto en la mayor parte de América. En la Argentina el pueblo y los escritores no conocen otro uso. Un prosista tan atildado como el ecuatoriano Juan Montalvo, impregnado en la lengua clásica, escribía *una caparazón*. Y lo mismo el peruano Ventura García Calderón. En el Perú dicen del desfachatado: “¡Tiene una caparazón!” Que equivale a nuestro *¡qué concha!*

En cambio, la lengua culta de España usa sin vacilar *el caparazón*, como nuestra región oriental. Es el uso que registra la Academia y el de Lope de Vega y los autores del Siglo de Oro. ¿A qué se debe la discrepancia?

Caparazón procede, según creemos, de *caparachón*, por lo que llamamos alternancia de sibilantes (Amado Alonso la ha estudiado en toda su amplitud). Ese viejo *caparachón* se conserva todavía en Costa Rica, como me informa la profesora Delia de Agudo Freites. Y también en gran parte de Venezuela (Lara, Portuguesa, Táchira): “El Morrocoy tiene el caparachón muy duro”, “Fulano está tan flaco, que ya lo que le queda es el caparachón”. Y *caparachón* es un aumentativo de *carapacho* con metátesis o inversión silábica, sin duda por influencia de *capa*. El

caparachón o *caparazón* ¿no es una especie de capa protectora? Por lo menos se ha llamado frecuentemente *caparazón* a la cubierta de la silla de montar.

Y ahora el género. *Caparazón* es etimológicamente un aumentativo en *-ón*, y por eso es masculino. Pero al perderse el sentimiento de su origen intervino la analogía. En gran parte de América se ha visto atraído por los sustantivos en *-zón*, que son femeninos (*hinchazón*, *ramazón*, etc.). E inversamente, por atracción de los aumentativos en *-ón*, que son masculinos, se dice *un porción*, entre nosotros y en gran parte del dominio hispánico, incluso en Madrid. Un polo coriano recogido por Luis Arturo Domínguez canta:

Cuando me pego un palito,
me brota la inspiración,
y no compongo un versito,
sino compongo un porción.

Esa atracción es tan fuerte, que está haciendo oscilar a *armazón* (*el armazón-la armazón*, con tendencia a la diferenciación semántica) y a una serie de sustantivos, según las regiones: *sazón*, *comezón*, *hinchazón*, *quemazón*, etc. Y hasta ha impuesto algunos masculinos en la lengua general: *el aluvión*, *el talión*, *el tesón*, *el mesón*, que en su origen eran femeninos. Ya se ve que las palabras giran atraídas por las leyes de gravitación del complejo sistema de la lengua.

Mandinga

Uno de los nombres más populares del demonio en Venezuela, y en gran parte de América, es *mandinga*. En *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri, Espíritu Santo, el esclavo de la fundación, cuenta relatos fantásticos:

—El mentado Matías era un indio grande, mal encarado, gordo, que andaba alzado por los lados del Pao y tenía pacto con el Diablo, y por ese pacto nadie se la podía ganar. Mandinga le sujetaba la lanza. ¡Pacto con Mandinga!

La voz se hizo cavernosa y lenta, rebasó el corro de ocho negros en cuclillas que la oían, y voló, llena de pavoroso poder, por el aire azul, bajo los árboles bañados de viento, sobre toda la colina. ¡Mandinga! La voz rodeó el edificio ancho del repartimiento de esclavos, estremeció a las mujeres que lavaban ropa en la acequia, llegó en jirones a la casa de los amos, y dentro del pequeño edificio del mayordomo alcanzó a un hombre moreno y recio tendido en una hamaca. ¡Mandinga! Los ocho negros en cuclillas contenían la respiración.

Pajarote, el de *Doña Bárbara*, era el que relataba siempre en el hato altamireño los casos más espeluznantes. A él se le habían aparecido los muertos, las almas en pena, la Llorona, el *Ánima Sola*, la *Sayona*, y “las pjaras de cerdos negros que Mandinga arrea por delante del viajero y las otras mil formas bajo las cuales se presenta”. Y en *Cumboto*, de Ramón Díaz Sánchez, la abuela Anita, en sus relatos, separaba siempre las almas en pena de los demonios, culpables de todos los males. Pascua, la nieta, le pregunta si tienen jefe los demonios, y ella contesta:

—Sí, el más grande de todos los diablos: Mandinga.

Al nombrar a este personaje, la Abuela se santiguaba invariablemente con gran reverencia. Y sus labios musitaban la fórmula de un piadoso conjuro: «¡Ave María Purísima!» Mandinga, llamado también Belcebú, el Maligno y el Enemigo, solo se hacía sentir en las grandes conmociones del mundo...

—Cuando Mandinga anda suelto, temblemo. La ruina, la peste, la sangre y la muerte van con él por toda parte. Su pata de cabra quema la tierra que pisa, seca la hierba y marchita la flore. Hay persona que llevan el demonio por dentro y que no están contenta sino cuando hacen el mal.

Los cuentos de la Abuela Ana sumían al negrito Natividad en cavilaciones:

—Yo había oído decir, por ejemplo, que Satanás y Mandinga eran una misma persona y que su color era negro; incluso en el libro de las razas humanas figuraba cierta casta de negros africanos a la que se denominaba Mandinga. Sin embargo, en el Paraíso Perdido, Satán no aparecía como un gran murciélago negro, sino como un joven blanco y hermoso, provisto de una cabellera magnífica y de grandes alas de ave, como las del Espíritu Santo.

Ahí asoma ya la explicación, y el rechazo de la injusticia del nombre. Los mandingas son todavía hoy los negros africanos que habitan al norte del Ecuador y al oeste del Sudán, entre el río Senegal y el Níger, un pueblo fuerte y bien proporcionado, aunque —según Gilberto Freyre— se caracterizan entre los demás por la fealdad de las facciones. Ocupan toda la costa, desde Senegal hasta Liberia. Tuvieron su época de grandeza, la época del Imperio Mandinga, y su triste decadencia, cuando audaces y despiadados negreros europeos penetraban en sus tierras para apresar hombres, mujeres y niños y venderlos en los ávidos

mercados americanos. Las mandingas llegaron a América desde el siglo XVI, y en la misma época llegaron también a España y Portugal.

Y así *mandinga* se hizo equivalente de negro africano ya en España. Un romance del siglo XVI recogido en el *Romancero general* de 1600 se burla de las mentiras, ficciones y milagros del amor:

A unos haze poetas
de hazer octavas y liras,
para cantar a su dama,
aunque sea una mandinga.

Hacia 1630 Correas recoge la expresión: “Rey de Mandinga y de Zape”, y la explica: “Burla de un reyezuelo y su chico reino, y de presuntuosos; dicese Mandinga por menosprecio, apodando, y es provincia en Guinea; *zape* es amenaza a los gatos”. El murciano Salvador Jacinto Polo de Medina, en *El buen humor de las Musas*, de 1670, trae una silva en que un poeta llora amargamente sus pecados poéticos:

La dije cielo y Diosa en mis escritos,
y a sus negros cabellos
(marañas de Mandinga), lazos bellos,
soberano tesoro,
bellos rayos del Sol, madejas de oro.

Según Jiménez Patón, en su *Elocuencia española*, el Brócense, el famoso humanista del siglo XVI, se burlaba del lenguaje bárbaro de los médicos, los cuales —decía— no hablaban castellano ni latín, sino mandinga. Y a principios del XVII, Fray Tomás Ramón (citado por el P. Mir) dice: “La otra, que no era del todo negra como una mandinga etíope, sino que tenía un colorcito atezado algo obscuro”...

La designación se hizo pronto ofensiva, y *mandinga* ha quedado como ‘hombre flojo o baldragas’ en Murcia, y ‘cobarde’ en Canarias. En Navarra *chato mandinga*, *chata mandinga* se dice de las personas muy

chatas (en Pamplona, por ejemplo), y en la Ribera *mandingón* significa gandul, falso, haragán. En 1815 —según cuenta José María Iribarren, en su *Vocabulario navarro*— se hizo en Sansol un proceso contra una mujer que insultó a otra llamándola, entre otras cosas, *mandingona*.

Mandinga como equivalente de negro se encuentra en gran parte de América. En Chile, ¡*negro mandinga!* como insulto. En el Perú se acuñó la expresión, que circula también por Ecuador y Colombia: “El que no tiene de Inga, tiene de mandinga” (el que no tiene de indio, tiene de negro). Y aun en Venezuela se conservan recuerdos de ese valor. En Falcón se llama *mandinga* al negro rechoncho y feo, y Luis Arturo Domínguez ha recogido la, siguiente copla (Rafael Pineda la ha oído en Oriente, como canto de los curanderos de Cumanacoa):

Con esta ramita
voy a santiguá
al negro mandinga
pa su alma salvá.

Ahí asoma también la asociación del negro con la brujería. Los negros llegaron a América con sus creencias africanas (los mandingas tuvieron hasta su barniz de islamismo, sobre todo los nobles) y siguieron fieles a su animismo, a sus festividades agrarias, a sus ritos de las estaciones. En las barracas y mercados se les bautizaba. Pero claro que solo con eso no se borraban sus arraigadas creencias mágicas y fetichistas. Aun hoy, después de varios siglos de vida americana y cristiana, subsisten las prácticas africanas, los viejos dioses e ídolos, las antiguas creencias y ritos: las potencias ñañigas de Cuba, el culto vodú de Haití, las macumbas y candomblés del Brasil. En todas partes persisten sus hechiceros, sus curanderos y sus brujos, y la fe en sus agüeros y remedios, en sus talismanes y recursos mágicos, tiene todavía amplia acogida entre los blancos. En los siglos XVI y XVII, la brujería, los encantamientos, y la magia

de los negros encontraban además profunda repercusión en la sociedad española, que nunca ha perdido del todo su antiguo fondo mágico. Y los procesos inquisitoriales de la época, en Lima, Cartagena de Indias, etc., están llenos de prácticas hechiceras de negros y mulatos. Ya en la Edad Media los diablitos africanos se incorporaron a las abigarradas procesiones del Corpus.

Pero junto a la adopción de lo africano existió siempre la repulsión o el rechazo de lo africano. Así se explica que *mandinga* se haya convertido también en algunos países de América en término insultante. Equivale a afeminado o rufián en Costa Rica (quizá tenga relación con los antiguos *mandilandín*, rufián o criado de mujeres públicas, o con *mandilandinga*, la gente de mala vida, que aparecen en *La Pícaro Justina*). Y a torpe en Cuba: “¿Te crees que soy un mandinga?” Pero más frecuente es la asociación con la brujería o el encantamiento, viva en el Río de la Plata, Brasil y Chile. En el Brasil *mandinga* es fetiche o talismán, y es común decir que una cosa *tem mandinga* (está embrujada). Daniel Granada registra en el Río de la Plata: “Parece mandinga que no puedo dar con las llaves”, “Tienes mandinga en el cuerpo, muchacho, todo lo rompes y desarreglas”. De *tener mandinga* en el cuerpo (estar embrujado) a tener *a mandinga* en el cuerpo no hay más que un paso, muy fácil de dar en una época que creía en la posesión demoníaca, y en que había exorcistas, aun dentro del mismo clero, para expulsar a los demonios del cuerpo de hombres y mujeres.

De ese modo *mandinga* ha pasado a significar diablo, no solo en el Río de la Plata y Venezuela, sino también en Colombia y América Central. En Colombia hasta dicen: “¡Mandinga sea! “por “¡maldita sea!” y en Chile además “¡Maldinga sea!”. En el Uruguay la gente del campo, cuando sucede algo desagradable, o para alejar un mal o una persona ingrata, se persigna y dice: “Cruz, mandinga, que te jiede la catinga”.

En Venezuela la identificación entre el diablo y Mandinga la recoge ya Miguel Carmona en “El Monitor Industrial” de Caracas, del 20 de junio de 1859. Y aún antes, en la época de la guerra de la Independencia, tenía el apodo de Mandinga un sargento de las fuerzas del general Zaraza. Hoy es corriente en todo el país: “Es más malo que mandinga”, “Te llevará mandinga”, “Eso se lo llevó mandinga”, “¡Que me lleve mandinga si he dicho eso!”. Se oye en el Táchira: “Esa muchacha parece que tiene a mandingas metido”. “Se soltó mandinga” dicen en Lara cuando hay tormenta.

Y por extensión llaman en Falcón *caballito de mandinga* un insecto de color negro que cuando lo atacan despiden un olor repugnante (quizá el mismo que en otras partes es *caballito del diablo*). Y en Oriente, *mandinga* es una gran red de pescar que requiere el trabajo de unos veinticinco hombres: un *mandinga ramero* es —así lo explica Antonio Arráiz en *Dámaso Velázquez*— una red que va rasando el fondo y con frecuencia se enreda en las ramas.

La asociación entre negro y diablo se explica además por otras razones. En la tradición española es frecuente representar al diablo de ese color: el dragón vencido por San Miguel es negro (pero sin facciones africanas); de negro se pinta frecuentemente al diablo en la pintura española; el diablo que se aparece a las brujas —a juzgar por los procesos inquisitoriales— tenía frecuentemente la cara de color negro, o estaba vestido de negro, con barba negra y gorro negro. En parte, sin duda, como reflejo de la lucha contra los moros, que eran de color moreno (hubo entre ellos verdaderos negros). Y en parte también porque el diablo es el Príncipe de las Tinieblas. El negro es el color de la muerte, de lo tenebroso, de las intenciones perversas, del espíritu del mal: “Más negro que el alma de Judas”, “Más negro que la muerte”, “Más negro que mis pecados”, “Negro como el dolor”.

También el Coco, uno de los personajes terroríficos de la vieja pedagogía, se pintaba de negro. En el argot español, *negro* significa astuto, taimado, uso que se encuentra ya en Quevedo y Moreto. En el *Quijote*, el desesperado Sancho cree perdida “aquella negra y malhadada ínsula” que le había prometido su señor. *Negro*, en una serie de textos, equivale a infeliz, infausto, desventurado, y también a maldito, condenado. El Diabolo Cojuelo de Luis Vélez de Guevara, en 1641, alude a sus compañeros de oficio como “los príncipes de la Guinea infernal”. Y por eso la vieja *necromanteía* griega o *necromantia* latina, que era el arte de evocar a los muertos (de *nekrós*, muerto), se convirtió —por asociación— en la *nigromancia*, o magia negra, que es la demoníaca, frente a la blanca o benéfica. Y tuvo sus “misas negras”, en lugares oscuros, subterráneos.

Samuel Darío Maldonado cuenta que en la Península de Paria a la gente no le gusta encontrarse de noche con ningún animal negro, y recoge la versión de que en la frontera del Táchira y en Carúpano había producido terror en una ocasión la aparición de un perro negro. En los Andes el demonio se presenta vestido de negro, como un caballero, o en forma de chivo (“a punto de media noche”), o de perro negro, o de gato negro. La mariposa negra es en todo el país signo de mal agüero. Y, sin embargo, en muchas partes el gato negro trae suerte, y son propicios contra el mal de ojo los talismanes de azabache (manecillas, *cachitos* o cuernos, *quebrados*, etc.). El colmo de la buena suerte es tener *chiva negra*. Hay ahí una ambivalencia en el efecto mágico. Del mismo modo una máscara del diablo puede protegerle a uno contra el diablo mismo; se imita además su apariencia externa y sus movimientos para apoderarse de su esencia y neutralizarla o dominarla.

Todo ese conjunto de circunstancias hizo que *mandinga* se transformara en nombre del diablo. Hay en Venezuela otros dos de fonetismo análogo: Muchinga, que ya registraba Tosta García y que fue nombre

del barrio de la prostitución de la Guaira; y Moquina, en el Guárico, que adquiere relieve destacado en *La catira*, la novela de Camilo José Cela. Y parecen emparentados con *Candinga*, de México (Michoacán), *Candanga*, de América Central y Veracruz, y *Candango* de Honduras.

Hay una serie de nombres venezolanos que representan la actualización del diablo y su arraigo en la tierra. Por el lado de la maldad: “Más malo que Guardajumo” (O *Chucuto*, o *Pinganito*, etc.). Por el de la perdición: “Se lo llevó Caplán” (o *Capracio*, o *Carramplán*, o *Carramplemple*, o *Tunga*, o *Juan Garabito*, o *Majuña*, o *Majusa*, o *Tengue*, o *Monote* o *Garuza*). Por el de las tentaciones: “Lo atentó Marruña” (o *Marrunga*). Y otros: el *Cachudo*, o *Cachúo* o *Cachú* (“Te va a salir el Cachudo”), el *Rabudo*, *Uñita*, *Pata de Cabra*, *Mano de plomo* (nombre además de un tigre), el *Sucio* o el *Perro Sucio* (lo usa Fermín Toro, en sus *Costumbres de Barullópolis*, de 1854), el *Socio* (de *Doña Bárbara*), el *Bicho aquel*, *Cácula* (a veces es la diabla), etc. Sin contar los más generales: el *Espíritu Malo*, el *Malino*, el *Maldito*, el *Pecado*, *Mahoma* (*Majoma* en Coro), *Luzbel* (hemos oído también *Luzbeya*), *Barrabás* (“Está dado a Barrabás”), etc. La multiplicidad de nombres responde a la diversidad de sus atributos, y al terror que le rodea. Porque también es peligroso mencionar el nombre del diablo en vano. A lo mejor se nos aparece.

“Más malo que Guardajumo”

Es frecuente en Venezuela, sobre todo entre personas ancianas, la comparación; “Es más malo que Guardajumo”. Y aún más frecuente: “Es más malo que mandinga”. Las dos corresponden a la expresión hispánica general: “Es más malo que el demonio”. ¿Quién era Guardajumo, y cómo se transformó en encarnación venezolana del demonio?

Gracias a Manuel Landaeta Rosales y a Arístides Rojas conocemos su triste historia. Guardajumo era el apodo de un indio guamo llamado Nicolás Chepegüire, que había nacido hacia 1780 en la misión de Nuestra Señora de los Ángeles, al sur de Calabozo. Desde niño robaba cuanto podía y lo vendía a los muchachos. Estuvo preso varias veces, y en la prisión, que es gran escuela, perfeccionó sus procedimientos. Ya adulto, cometió una serie de crímenes horrendos, y hacia el año 1800 era jefe de una banda infernal, que asaltaba los hatos, robaba ganado, asesinaba a los viajeros y tenía bajo su terror a toda la comarca de Calabozo y los Llanos de Aragua y Barcelona. Conocedor de la sabana, de las matas y chaparrales, aparecía y desaparecía como por encantamiento. Y por eso, y por su ferocidad, adquirió fama demoníaca.

El apodo de Guardajumo responde a esa fama. Según la tradición se le llamaba así (con la vieja *h* aspirada de *humo*, que se conserva en gran parte del país) por la facilidad con que se esfumaba. Se creía que sabía transformarse en tronco de árbol cubierto de humo para reírse de cuantos lo buscaban. Otra versión del nombre, más verosímil, es que nunca hacía una sola fogata en el lugar de la sabana donde tenía que acampar,

sino varias, muy pequeñas, para que la columna de humo no lo delatase desde lejos: *guardahumo* se llama en el lenguaje marítimo la vela que se coloca por la cara de proa en la chimenea del fogón, para que el humo no vaya a popa cuando el buque está aproado al viento.

A fines del siglo XVIII los Llanos atravesaban un período de crisis, y como consecuencia cundió el bandolerismo. Los dueños de hatos tenían a veces que hacerse justicia por sí mismos. Calabozo vivía aislado, unido a Caracas por un inseguro camino de recuas. Humboldt, que pasó por allá en marzo de 1800, dice: “Los hatos de ganado han sufrido considerablemente en estos últimos tiempos de las gavillas de bandoleros que recorren las estepas matando animales únicamente con el fin de vender su piel. Este bandolerismo ha aumentado desde que se ha hecho más floreciente el comercio con el Bajo Orinoco”. Era la época de los triunfos de Guardajumo.

Se cuenta que en una ocasión asaltó una caravana que llevaba mercancías desde el puerto de Güiría hasta el Guárico. Y tuvo que vérselas con dos comerciantes que después iban a transfigurarse con la guerra de la Independencia: José Tomás Rodríguez, el célebre Boves, y Jacinto Lara, el famoso general Lara que acompañó a Bolívar hasta el Perú. Guardajumo, herido, tuvo que huir. Cuatro de los suyos quedaron muertos.

Su tío Chepe Gune o Chepe Güire, bandolero también, lo denunció a las autoridades. Guardajumo fue preso y condenado a la horca. Pero no hubo en Calabozo verdugo que se atreviese con él, pues había asegurado que tenía medios para que la cuerda no le tocara el cuello, y que se escaparía de la horca. Un verdugo traído expresamente de Caracas, donde sin duda los había muy buenos, le ajustó la cuerda en la plaza de las Mercedes de Calabozo, el 24 de mayo de 1802. La gente, congregada alrededor, esperaba que apareciese el demonio a libertarlo o a buscar su alma. Por lo visto Dios, que es más poderoso que el demonio, quiso

que muriese. Su cabeza permaneció varios días clavada en una estaca, para ejemplo y escarmiento. Una Real Provisión del 27 de octubre de 1804 ordena al Subdelegado de Real Hacienda de Calabozo el pago de los costos causados por la ejecución de la sentencia.

Un poeta de Calabozo, Gil Parpacén, compuso entonces un corrido que se cantó por todo el Llano. El reo relata sus horrendos crímenes y se declara arrepentido:

Luego que yo, con mi vida,
haya mi culpa pagado,
a Dios remito mi alma
y a su tribunal sagrado.

A pesar de su arrepentimiento, que probablemente fue solo poético, Guardajumo pasó a integrar la legión infernal, bastante numerosa. Y ha quedado su recuerdo en la literatura, muy reiterado, por ejemplo, en la obra de Urbaneja Achelpohl. En uno de sus cuentos —“El hombre que se quedó esperando”— describe una figura enigmática, impenetrable, que siempre tomaba aspecto nuevo:

En cierto modo, verdaderamente tenía muchos puntos de contacto con aquel célebre personaje que vive en nuestras leyendas populares: me refiero a *Guardajumo*. No se dejaba atrapar. Transformábase en humo. ¿Serán todas las personas humo, humo? Conocer a un hombre, ¡cuán difícil es!

Y en *La casa de las cuatro pencas*, Pinchalarrata, un pillete, desaparece a la carrera casi atropellado por un caballo. Los demás comentan:

—¡Qué diablo!
—Es un venado.
—No se le ve ni el polvo.
—¡Ni el mismo Guardajumo!

También es frecuente en Rómulo Gallegos, en *La rebelión*, en *La Trepadora*, en *Cantaclaro*: Gregorio el Maneto, el mayor de los Guanipas y el jefe civil Buitrago eran más malos que Guardajumo. En *Puros hombres* de Antonio Arráiz, Besugo llama a Matías, el feroz cabo de presos, “coronel Guardajumo”. Y aunque le molesta el remoquete, el título “le hace cosquillas en la vanidad”.

Los jóvenes ya casi no lo conocen, pero todavía se le recuerda en gran parte del país. En el Táchira: “Ese hombre sí es matrero. Es más malo que Guardajumo”. Y en el Guárico: “Ten cuidado con fulano, que es un gran Guardajumo”.

La incorporación de Guardajumo a la cohorte diablesca tiene su paralelo en el Brasil. Gilberto Freyre, en *Casa grande y Senzala*, recuerda al Cabelleira, un bandido de los cañaverales de Pernambuco que acabó ahorcado y se convirtió en fantasma, terror de los niños desde las postrimerías del período colonial hasta este siglo. Si un niño lloraba, le decían que venía Cabelleira, y enmudecía instantáneamente.

Otro bandolero español se hizo también célebre y enriqueció la fraseología castellana: Caparrota. Todavía en Colombia (Río Hacha), cuando alguien procede desacertadamente dicen: “Se perdió Caparrota”. Lo castellano tradicional es: “Acabó como lo de Caparrota”, “Se arregló lo de Caparrota... y lo ahorcaron”. Lo cual quiere decir que todo tiene solución, aunque a veces la solución sea la horca.

Ricardo Palma, en sus *Tradiciones peruanas*, cuenta que los hombres de comienzos del siglo XIX, para ponderar la perversidad de alguien decían: “¡Es más malo que Calleja!” Ese Calleja —explica— era el capitán Martín Calleja, del batallón Talavera, formado de expresidarios españoles, que llegó a Lima el 24 de abril de 1814. Un día de 1815 salió Calleja a la calle muy emperifollado, y tuvo que desviarse repentinamente para que no lo atropellara un burro conducido por un negro.

Pero tuvo la mala suerte (él, o el burro, o el negro) de meter el pie en un charco y salpicarse el pantalón. Entonces desenvainó la espada y mató al burro y al negro. El lenguaje popular conservó el recuerdo de su hazaña.

También en México existe la expresión: “¡Séparse quién es Calleja!” Y dicen que se debe al general Félix María Calleja, jefe realista al que anunciaron que los guachinangos, o patriotas, habían fusilado cuatro o cinco docenas de prisioneros. Montó a caballo, se puso al frente de sus tropas y dijo: “¡Ahora van a saber esos pipiolos quién es Calleja!” Sorprendió a los patriotas, cogió unos centenares de prisioneros, los enterró vivos, con la cabeza afuera, en una explanada, y mandó que un regimiento de caballería evolucionara sobre sus cabezas. Cuando terminó la operación, volvió a decir: “¡Séparse quién es Calleja!” Y hasta hoy se sabe.

No garantizamos la autenticidad del episodio peruano, ni la del mexicano. Porque varios siglos antes de la Independencia ya era famoso Calleja, o Callejas, por su maldad. Cervantes lo recuerda al menos en cuatro de sus obras. Por ejemplo, en su *Comedia famosa de El gallardo español* dice Buitrago:

¡Voto a Cristóbal del Pino,
que si una vez me amohíno,
que han de ver quién es Callejas!

Ya hacia 1630 registraba Correas: “Habernos de ver (o de saber) quién es Calleja”. Sbarbi recoge en el moderno refranero español: “Más malo que Calleja”, y “Séparse, o ya se verá, o ya verán, quién es Calleja”. Frase —dice— con que alguno presume de su poder o autoridad, especialmente en son de amenaza.

La expresión “Más malo que el demonio” tiende a convertirse en abstracta, y en España se vivifica frecuentemente con una serie de personajes, más o menos diabólicos: Lucifer, Belcebú, Patas de Puya, Caín, Tarquino, Nerón, Barrabás, Fierabrás, la Cava, Calomarde, la Mermúa

(la Bermuda), la Perala, etc. En Aragón (la Litera) se dice: “Es más malo que Macot”. En Costa Rica: “Más malo que Pisuicas”. En el norte de la Argentina es frecuente decir que alguien es “más malo que Matute”, y parece que Matute era un oficial venezolano que después de Ayacucho entró en la provincia de Salta e hizo no se sabe qué fechorías. En Venezuela, ya sin recuerdos diabólicos, también se oye: “Es más malo que la sarna” o “Es más malo que volverlo a decir”. Y con metamorfosis diabólica, otras: “Más malo que Pinganito”, “Más malo que Moquina”. Y una que antes se usó mucho y todavía se recuerda: “Más malo que chucuto” o “Más malo que el chucuto”.

Guardajumo, personaje real e histórico, representa una actualización del demonio, el cual tiene que aparecerse efectivamente a los mortales, para que no se olvide su existencia. La maldad —que siempre es diabólica— necesita personificarse en alguien, próximo y visible. La pedagogía materna recurre a él para infundir terror a los niños, que suelen ser más malos que el demonio. Cuando Don Quijote entra en Barcelona, los amigos del bandido Roque Guinard lo reciben con agazajo y algazara, pero el malo —dice Cervantes—, “que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo, dos de ellos, traviosos y atrevidos, se entraron por toda la gente, y alzando uno de la cola del rucio y el otro de la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas”. Con lo cual, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra.

Lo malo es que los muchachos ya no creen en el Malo. Y así Guardajumo, que tuvo su gloria, que desveló a varias generaciones de niños venezolanos, está entrando ya en el inmenso y justiciero reino del olvido.

“¡Se lo llevó Caplán!”

Bolívar escribe a Santander desde Pallasca, en la Sierra peruana, el 8 de diciembre de 1823:

En un año, o tenemos paz, o hemos vencido, o nos ha llevado Caplán.

¿Quién era ese misterioso Caplán que pudo haberse llevado consigo a todo el ejército libertador? Pocos días después, el 23 de diciembre, Bolívar insta al general Pedro Briceño Méndez, para que le mande refuerzos: “Si ahora ustedes no hacen milagros para que vengan las tropas que pido, se lleva el diablo todo, y aun haciendo todo lo que digo también creo que, al fin y postre, todo se pierde”. Y todavía en otra carta, del 30 de marzo de 1824, al mismo Santander: “Si en Carabobo tenía miedo de perder la batalla, aquí no tengo ninguno, porque poco se me dará que el diablo se lleve un país lleno de ingratos”. Evidentemente, Caplán era el mismo diablo.

El nombre se encuentra también en *Peonía* de Romero García, de 1890. Toribio le dice a su mujer:

—Casiano es un buen tirador y Bartolo buen perrero... Por ahí lo encontré que se lo llevaba Caplán.

Es decir, corriendo rápidamente, echando chispas, como si se lo llevarasen los demonios.

Los dos usos, el de Bolívar y el de Romero García, se conservan en gran parte del país, aunque ya no lo conocen los jóvenes, que por lo

demás han perdido el miedo al diablo: “Eso se lo llevó Caplán”, se dice cuando alguien se arruinó, o cuando desapareció repentinamente. Y aún más enfáticamente: “Se lo llevó Caplán y sus filisteos”. También se dice de un asunto o negocio: “Se echó a perder”, “Se lo llevó la trampa”. Pero es más frecuente: “Se lo llevó Mandinga”, “Se lo llevó el diablo”. En algunas partes del interior (Lara, Yaracuy, etc.): “Se lo llevó Tengué” (o Majuza, o Tunga, o Juan Garabito, o Garuza, o Majuña). En Falcón: “Se lo llevó Mahoma”, “Se lo llevó Monote”. En otros países de América: “Se lo llevó Pateta”. En Venezuela se recurre frecuentemente al eufemismo: “Se lo llevó el Malo”, “Te va a llevar el Bicho aquel”. Y con eufemismo aún más extremo: “A usted se lo va a llevar quien lo trajo”, “Ahora sí que es verdad que me llevó quien me trajo”.

¿De dónde viene ese Caplán, tan enigmático? No creemos que tenga nada que ver con el apellido Caplán, bastante frecuente entre judíos de origen alemán (Kaplan significa ‘capellán’), porque no parece que ninguna persona de ese apellido haya pasado por la Capitanía General de Caracas. La explicación hay que buscarla por otro lado. En Anzoátegui, según me informa mi amigo el Dr. Zurita Medina, también se dice: “Se lo llevó Capracio”. Que tiene mucha vitalidad en las mesas de juego: “Te va a coger Capracio”, “Aquí se los va a llevar Capracio”. En los campos, cuando se forma un remolino, chicos y grandes huyen gritando: “¡Capracio!” O bien: “¡Mandinga!” El remolino es el demonio, y si coge a una persona se la lleva para arriba. Y en el Guárico ha oído José Antonio de Armas Chitty: “Se lo llevó Carramplán”. Indudablemente todas esas formas están emparentadas. Y lo están además con otra que la profesora María Teresa Rojas ha recogido en Barlovento, dicha por una anciana a unos niños traviesos: “Ya viene el Carramplempe”. Y este Carramplempe es el mismo Carrampempe que Ricardo Palma registraba como nombre del diablo en dos de sus tradiciones peruanas y que —según me

informa la doctora Martha Hildebrandt— todavía usa Enrique López Albújar en *Matalaché* una novela piurana: “¡Carrampempe!”

Tenemos, pues, una serie de nombres del diablo, indudablemente emparentados: *Caplán*, *Caprario*, *Carramplán*, *Carrampempe*, *Carrampempe*. Para explicarlos creemos que hay que partir de uno que fue común en el siglo XVI y XVII, en España y América, que aparece en los procesos inquisitoriales y que luego se volvió grosero: *Cabrón*. En los aquelarres el diablo es el Gran *Cabrón*, y la misma palabra *aquellarre* significa en vasco ‘prado del cabrón’. El diablo presidía las orgías en la figura de macho cabrío (nuestro *chivato*), provisto de cinco cuernos, y las brujas bailaban ante él. La identificación entre macho cabrío y diablo es frecuente en el folklore español y europeo. Pata de Cabra es también uno de los viejos nombres del diablo, conservado entre nosotros. Por eufemismo se le llamó además el *Cornudo*, y en Venezuela y gran parte de América, donde los cuernos se llaman *cachos*, el *Cachudo*, el *Cachúo* o el *Cachú*: “Te va a salir el *Cachudo*”. Y también el *Rabudo* o el *Rabúo*, porque además de cuernos tiene rabo. En el *Táchira* se dice, a los niños: “No se duerman en misa, porque el diablo les pasa el rabo”. El diablo solía aparecerse en figura de *cabrón* o de *cabra infernal*.

En esta materia hay una gran unidad hispánica, o hispanoamericana. Ya a fines del siglo XVII el poeta limeño Juan de Caviedes, en su *Diente del Parnaso*, aconsejaba humorísticamente no usar *Diablo*, sino el *Tiñoso*, el *Patón*, el *Patillas*, el *Maldito*, el *Rabón*, el *Chivato*, el *Precito*, el *Enemigo*, el *Grifo*, el *Uñas largas*, el *Cornudo*, el *Pateta*, el *Patudo*.

En muchos pueblos de Venezuela se oye de noche el berrido del demonio por las calles. Juan Antonio Llorente, canónigo de Calahorra, que escribió a principios del siglo XIX una *Historia crítica de la Inquisición*, dice que el diablo tomaba a veces la figura de un hombre triste, feo y negro, la cabeza ceñida con una corona de cuernos pequeños

(dos de ellos grandes como de macho cabrío, y otro también grande en mitad de la frente), con la barba de chivo, y el cuerpo y el talle en parte de hombre y en parte de macho cabrío, y la parte superior de las manos corva, como de ave de rapiña. En una invocación le llaman Cara de Cabra. Además, puede aparecerse en figura de otros animales (conejo, lobo, mula, perro, gato, mono, etc.). A un personaje de *Farrallón*, la novela coriana de Agustín García, se le apareció en forma de venado, y “las cachamentas eran dos ramas secas de orumo”. Jung, en su *Symbolik des Geistes*, ha aplicado el psicoanálisis a la interpretación de la apariencia animal (“theriomorfismo”) de dioses y demonios. Representan —dice— una combinación de lo superhumano demoníaco y lo infrahumano animal. Los cuernos, el rabo, la pata de cabra, las uñas largas, la forma de chivo o de cabra, que son lúbricos por naturaleza, simbolizan los instintos animales, lo inconsciente en su aspecto nefasto, en estado salvaje, indomeñado.

Partiendo de *Cabrón* y *Cachudo* (= *Cornudo*) se explican algunos de los nombres. Además de los que hemos mencionado, tenemos en Hispanoamérica los siguientes: *Cabica* (“Se lo llevó Cabica”) registraba Rufino José Cuervo en Bogotá, y lo encontraba enigmático; *Cachica* ha sido general en Cuba entre la gente de color hace un siglo, en la época de Pichardo (¿no estará emparentado con el *cachaco* de Colombia, que era el desarrapado y pasó a ser mote despectivo de los estudiantes liberales de 1830?). Y hasta a la Argentina ha llegado *Cachibembe*, nombre que las hermanas de caridad daban al demonio (según Segovia), indudablemente emparentado con *Cachudo* y *Carrampempe*. *Cachafaz* es nombre del diablo en el Perú (en la Argentina, Chile y Galicia es el pícaro o tunante), y *Cachiche* se llamaba un gran centro brujeril, especie de Universidad de la Brujería, que fue famoso hasta 1836 —dice Carlos Camino Calderón— en toda la costa peruana.

Tenemos, pues, una serie de nombres del diablo, esparcidos por las diversas tierras de América, que se explican —nos parece— partiendo de *Cabrón* y *Cachudo*. Y se deben a un doble eufemismo. En primer lugar, porque esos dos nombres han adquirido significación grosera. En segundo, porque el nombre del diablo es siempre tabú y se debe evitar: al decir su nombre puede aparecerse, a menos que nos persignemos. Por eufemismo, en lugar de *diablo* se dice en Venezuela (y otras partes) *diantre* (“Se lo llevó el diantre”, “Este diantre no me deja tranquilo”, “¡Tú fuiste, ño diantre!”, “¡Esta diantra qué se estará pensando!”), *diajo* (“Ah, diajo, esta comida si está salada!”), *diaño* (“Esos diaños son unos guaches”, en *Farallón* de Agustín García) y *diache* (“¡Ah, diache, estás gozando un puyero!”); en otras partes, además, *diañe*, *diájule*, etc. En lugar de *demonio* se oye en Venezuela *demontre* (“¡Pero, demontre, cuándo te vas a aplacar!”), “¡Esta demontra ya no se soporta!”), y en otras regiones además *demonche*, *demoy*, etc. En lugar de Satanás o Satán se dice, en Lara, *Sata*: “Te va a llevar Sata”. O bien: “Te va a llevar Sati”. En lo cual puede haber contribuido otro de los nombres del demonio: “Te va a salir el Sático” —suele decirse también a los niños.

Cuando una palabra tiene significación grosera, o implica cierto tabú social o religioso, se tiende a usarla deformada, jugando con ella. Una conocida exclamación tiene en Venezuela, como en otras partes hispanicas, una serie de variantes: *cará*, *caray*, *caramba*, *carambita*, *carambola*, *caracho* (también *caracha* y *carache*), *caracoles*, *canastos*, *candela*, *carrizo*, etc. O bien, conservando el final: ¡*barajo!* En otros países se conoce, además, *caracas*, *cáscaras*, *cáspita*, *carape*, etc. Cambian de aspecto para poder penetrar en buena sociedad o presentarse ante señoras. Otra exclamación, más usada en España que entre nosotros, ha dado aquí ¡*concho!*, ¡*concha!*, ¡*cónchale!*, ¡*cónfiro!* (en Cuba ¡*cónfiri!*). En una serie de casos se deforma la palabra convirtiéndola en otra que la sugiere, que la elude y alude a ella a la vez. Otras veces se la sugiere con puro juego

de sonidos, con una especie de pirotecnia sonora, con combinaciones de fonética impresiva. Cada una de las formas podría explicarse por asociaciones más o menos inconscientes.

Lo mismo sucede con los nombres del diablo que hemos visto. Obsérvese que todos tienen de común la sílaba *Ca-*, que recuerda el origen: Cabrón, Cachudo, Cachica, Cabica, Cachibembe, Cachafaz, Caplán, Capraccio, Carramplán, Carrampempe, Carramplemple. ¿No está también emparentado con ellas Cachano, que Palma registra en el Perú y que es también común en España? La Cachaña es una vieja perversa en un cuento del P. Coloma (*Ranoque*), y en España se dice: “Más perdido que la Cachaña”. O para indicar que es inútil pedir ayuda: “Que llame a Cachano con dos tejas” (“que llame a Cachano”, en unas seguidillas de Ramón de la Cruz). ¿Y Carrañaca, de Andalucía? Es personaje que sale por los pueblos, en las Navidades, con un disfraz de trozos de caña, la cara encubierta y en la frente unos cuernos aceiteros. Y se usa la expresión: “Haces más ruido que el Carrañaca”. Del mismo tipo parece también Cácula, nombre del diablo (o de la diabla) en algunas partes de Venezuela. Y quizá también *Candanga*, *Candanga*, *Candinga*, que solo se usan en la frase siguiente: “Se lo llevó Candanga” (en Veracruz, América Central y Cuba), “Se lo llevó Candango” (Honduras), “Se lo llevó Candinga” (Michoacán). Es posible que haya en estos últimos nombres un viejo cruce entre nuestras formas en *ca-* y *mandinga*.

Volvamos a Caplán. Partiendo de *Cabrón*, *Cabrío* o *Cachudo*, ¿cómo se explicaría esa forma por un juego eufemístico de fonética impresiva? Creemos que pudo haber influido en ella la exclamación onomatopéyica ¡*cataplán!* (equivalente de ¡*cataplum!*), que se emplea cuando algo se cae, se muere, desaparece: “¡Cataplán!..., algo rodó por el suelo” (en “La Abeja”, Mérida, 17 de noviembre de 1858); “¡Cataplán, se murió!” (también en España, por ejemplo, en Blasco Ibáñez). Las niñas de Lara

—me informa la profesora Aura Gómez— lo emplean como estribillo de una canción que cantan tomándose de las manos y dando saltitos:

¡Viva María,
cataplán!
¡Auxiliadora,
cataplán!
¡Viva María,
cataplán!...

La transformación posterior de Caplán en Carramplán, Carrampempe o Carramplemple la veremos más adelante, cuando estudiemos otra expresión típica de Venezuela: *Estar en la carraplana*. En materia de lenguaje todo se explica, aunque a veces la explicación verdadera ha quedado envuelta en el misterio.

Tratado de la limpieza

El castellano tiene una impresionante serie de expresiones para denotar que uno está sin dinero, en la inopia, en la miseria. Pero en ninguna región hispánica hemos encontrado tantas como en Venezuela. Lo cual no carece sin duda de significación.

Estar limpio es común en España y casi toda América, y a veces se acompaña con el ademán —no siempre sincero— de dar vuelta los bolsillos o abrir la cartera. Pero entre nosotros se expresa de manera variada y enfática: “Está más limpio que talón de lavandera”, “Está limpio de pila”, “Está limpio de perinola”, “Está limpio de metra”, “Está limpio de bola” (“limpio de pelotica”, en Job Pim), “Está limpio de solemnidad” (de *pobre de solemnidad*), “Está más limpio que una pepa de guama”, “Está más limpio que una rata de iglesia”, “Está más limpio que pata de perro de agua”, “Está más limpio que un resbaladero”, “Está como talón de angelito” (o “como angelito serena”), “Está como cueva de loro sin pichones”, “Está más limpio que un purgao”, “Está como bolsillo de estudiante”, “Está como sobaco de rana”, “Está como espalda de frasco”, “Está como hueso de sabana”, “Está como el alma de la vaca”. A veces se asocia con una alusión monetaria: “Está limpio de a puya” (o “está de a puya”), “Está de a centavo”, “Está de a locha”, “Está de a medio”. O con sus equivalentes: “Está de a huevo” (el huevo fue en una época valor monetario), “Está de a folio”. A veces el énfasis expresivo recurre al símbolo religioso: “Está más limpio que la mano de un santo” (o “la cara de un santo”), “Está limpio como pata de santo” (¿no es irreverente

eso de *pata?*), “Está como la patena de Cristo”, “Está más limpio que la conciencia de Cristo”, “Está como Dios quiere (o *tiene*) sus almas”. A veces se emplean para menosprecio, y otras para defenderse de un sablazo. También hemos oído: “Estoy limpiando para sembrar”. La limpieza es indudablemente una virtud, pero las virtudes nunca deben llegar a ciertos extremos.

También puede uno *estar pelado*, que es otra forma de limpieza. *Pelar* a alguien es, como en la lengua general, desplumarlo, por lo común en el juego o en los negocios: “El domingo me pelaron en el Hipódromo”, “Lo pelaron con el cuento del paquete chileno”. De ahí que sea frecuente: “Me he quedado pelado”, “Con tantas fiestas estoy pelado”. Es uso de casi toda América; y aún más, en México y en el suroeste de los Estados Unidos (New México), el *pelao* es el hombre de la última clase social, como el *roto* chileno. Y también el *estar pelado* se expresa enfáticamente: “Está más pelao que una rata”. O bien: “Está pelando una rata”. Y *dejar a uno pelando una lata* (o “pelando papas”) es dejarlo arruinado. En Lara y Portuguesa se oye:

Dicen que los barrigones
son amigos de la plata.
Pero he visto barrigones
que están pelando una lata.

También se puede, por ejemplo en el Táchira, *estar pelón*, que es —nos dicen— “lo peor que hay en la vida”. Ese valor de *pelón* se encuentra ya en la *Celestina* (acto XVIII). El Maestro Correas registraba en el siglo XVII: “Pelón pelado, que no tienes blanca ni cornado” (*pelón* llamaban —dice— al hidalgo pobre, “notándole de la pobreza y miseria”). Cervantes, en *El casamiento engañoso*, jugaba con las dos acepciones: “Halléme verdaderamente hecho pelón, porque ni tenía barbas que peinar, ni dineros que gastar”. Y en el *Quijote*, después de la aventura de la cueva de

Montesinos, el hidalgo se encuentra con un mancebo que marcha alegre, cantando seguidillas, a alistarse en unas compañías de infantería y dice: “Más quiero tener por amo y señor al Rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la Corte”.

Con el juego infantil de las metras se asocia otra expresión: “Quedé ruche”. Es decir, perdí todo lo que tenía, me quedé sin nada. Es muy frecuente: “Estoy ruche”, “Ando ruche”, “Me dejaron ruche” (o “me rucharon”, “estoy ruchao”). Y aunque parece indígena, es española: “Anda a ruche” o “Está a ruche” se dice en Extremadura, León, Valladolid, Rioja, Murcia y Granada.

Y hace un siglo registraba Núñez de Cáceres en Caracas, para la acción de desplumar a alguien por engaño o fraude, las siguientes expresiones, que ya no encontramos hoy: “Lo dejó repicando vísperas” o “repicando con la chica”, “en el navajo”, “de plantón”, “de visión”, “como juego de pelota”, “jalando el fuelle”, “como el ojo de un mono”, “como fusil de sargento”, “con el capital del perro (trago de agua y chorrito en la pared)”. O bien: “Quedó en el chirimoyo”, “Quedó para mayordomo de las Concepciones”, “Lo encalomó” (de *encalamocó*), “Lo mandó a buscar la aurora”. “Lo mudaron y quedó en el vecindario”, “Está pidiendo la ñapa para comprar”. Como se ve, la terminología está en constante renovación. De las que él registraba, solo subsisten hoy dos: “Lo dejó limpio como patena”, que es del español general, y “lo dejó como Dios quiere las almas”.

También es bastante frecuente *estar ambilado*, que es un estado muy complejo: se dice del que está embobado o en la Luna, del desdichado en amores, del alelado, del que no tiene un céntimo. Suma tremenda de desdichas (¡Mal de amores, falta de dinero y en Venezuela!). El *ambil* es una esencia espesa, oscura y amarga que se extrae del tabaco y que se agrega además a la hoja de tabaco cuando se quiere aumentar su fuerza:

tabaco ambilado (*ambire* era ‘jugo de pez cocido’ en los vocabularios del siglo XVII, y *ambir*, según el P. Simón, una masa fuerte, hecha de tabaco cocido, tan cálida y vehemente, que se empleaba como contra-herba para venenos). Hoy se oye a veces entre nosotros: “Ese tipo está como ambilao. Parece que le hubieran echao algo”. Y también: “No voy al cine porque estoy ambilao”, “Estoy tan ambilao, que no tengo una locha para tomar café”, “Luis es un ambilao, no tiene un centavo”. Hay ahí una asociación muy significativa entre pobreza y embobamiento o pobreza de espíritu. En algunas partes de España se ha hecho el camino inverso: *estar en la inopia*, que es estar en la mayor pobreza, ha pasado a significar también estar en la Luna, estar embobado. Esa asociación ¿no se encuentra ya en los textos evangélicos? Las distintas versiones implican quizá la misma identificación entre pobres y pobres de espíritu que nuestro *estar ambilado* o el *estar en la inopia*.

Una asociación análoga se encuentra también en *apolismado* (del castellano *aporismarse*), al menos en Lara y Barinas: está *apolismao* el que está aporreado, decaído, triste y sin dinero. El refranero lo sintetiza con elocuencia: “La madre de la desgracia es la pobreza”.

Dos suelen ser los signos de la miseria, o de la derrota social, moral y económica. Uno muy visible, que es la manera de vestir, y se expresa con una terminología variada: está *descachalandrado*, *desguañangado*, *desguarilado*, *desmangurrillado*, *desgolletado*, *desmanganillado*, *desmorgallado*, *desgalichado*, etc. Y así se dice: “Esta mujer está bien escachalandrada”, “Ese es un escachalandrao como yo”, “Anda todo esguañangao”, “Hoy me siento esguarilao”, “Estaba esmangurrillao”, “Se esmangurrilló”, etc. El otro signo, no siempre visible, es la falta de comida: “Esa muchacha sí está flaca; se ve que en su casa tienen el pesebre alto” (en cambio, cuando la comida abunda, el pesebre *está bajito*). Y como es frecuente que se dé de comer y beber a aves y animales domésticos en

un tronco excavado o en una canoa, también se dice: “Tiene la canoa alta”. Y en Anzoátegui: “Tiene la vara alta”. Que no es lo mismo, sino más bien todo lo contrario, que tener *vara alta*.

La privación económica se expresa además de otros modos: *estar corto*, *estar recortado*. Que tienen también su fraseología: “Viene más corto que el muchacho del agua” (de los tiempos de los muchachos aguadores), “Es más zancón que falda de bailarina” (*pantalón zancón* es el corto). *Estar sin un maíz que asar* sí es pobreza, sobre todo en la tierra de la arepa. También se dice de alguien que *está a tira y jala*, o que *vive a tira y jala*, muy medido, sin dinero. Y aun se combinan las dos expresiones: “Siempre están a tira y más jala (*a tira y más tira* en España), y nunca tienen un maíz que asar”. Igualmente se puede, en el mismo sentido, *vivir de las mechas*.

Eso de no tener un maíz que asar nos lleva a otra expresión: *estar asado*. Se oye en Lara y otras regiones: “No puedo ir esta noche al cine porque estoy asao”, “Ando asao, no tengo ni con qué montarme en el autobús”, “¡Yo no voy a bailar con ese asao!”, “¡Qué te va a prestar ese, si es un asao!” *Asao* es también el mal trajeado, el de mala presencia, y por extensión el incapaz: “Ese profesor me parece muy asao”. Y se extiende a las cosas y acciones: “Fulano cargaba un flux asadísimo”, “¡Ah, clases bien asadas las del profesor de Historia!” Quizá sea una prolongación intensiva de *frito* (*estar frito*) o una imagen de la carne excesivamente asada. Y evoca otra expresión, muy usada en Oriente y Guayana: “No tengo ni una puya, estoy josemaría”, “Carlos está medio josemaría”. Que se debe sin duda a eufemismo: *estar jo... semaría*. En gran parte del país (Falcón, Anzoátegui, Guayana, etc.), se dice que alguien *está matado* cuando está maltrecho, harapiento, arruinado, lo cual quizá esté asociado a las *mataduras* de caballos, mulas y burros, aunque podría deberse a los usos figurados de matar. En el Táchira dicen: “Al hombre

pobre y sin plata hasta la cama lo mata”. La imagen de la desnudez absoluta se expresa en la frase siguiente, de origen español: “Está con una mano alante y otra atrás”.

Y aún hay otras: “No verle la cara a Bolívar” es una verdadera desdicha, sobre todo en la patria del Libertador (en España se decía “No conoce al Rey por la moneda”). Hace treinta años —nos dice Miguel Otero Silva— era frecuente *estar en el destino búfalo*, quizá generalizado por los viajes a los Estados Unidos (alude al búfalo del centavo norteamericano). Y otras, y otras: “No tengo ni un cuero (o “ni una estera”) en que caer muerto” (ya Quevedo observaba que dónde caerse muerto es lo único que uno tiene siempre), “Estoy pasando la mar negra”, “No tengo ni una chiva para una vela” (la *chiva* es el centavo), “Me ahorcan por una puya”, “Estoy sin un siruyo” (en Trujillo), “No tengo un chipé”, “No tengo un churupo”, “Estoy chivado”, “No tengo una huérfana” (en Carache), “No tengo una viuda” (es la *locha* en Carabobo), “Estoy en la mala”, “Me voltean boca abajo y no largo ni picadura” (ni picadura de tabaco), “Me cayó la machucadora”, “Estoy en la malévola”, “Estoy azul”, “Estoy silbando Aragua” (en Guárico y Carabobo), “Me quedé lucio” (el *medio lucio* es el *medio liso* en Lara, Falcón, etc.), “Estoy tuyuyo” (en el Guárico), “Estoy mano sobre mano” (en Maracaibo), “Estoy de la misericordia de Dios”. Y una que las resume todas: “Estoy en el dolor”. Sobre todo, cuando le piden a uno dinero: “Mi hermano, tú sabes, estoy en el dolor”.

En su tiempo, Núñez de Cáceres mencionaba la siguiente: “Se quedó tirando puñados de tierra al aire”. Hoy es *tirar peloticas al aire*, o *a la luna*. En *El Forastero*, de Rómulo Gallegos, el maestro dice que no está al borde del hambre, sino “en el pleno fondo, tirándole peloticas a la luna”. Y también se puede *tirar sapos con carabina*, o *con escopeta de piñón*. Que aluden sin duda a los esfuerzos vanos por salir del atolladero.

Quedan aún algunas expresiones groseras, impublicables. Y dos muy importantes, usadísimas. Una, *estar en la lona* (a veces también *estar en el estereero*), que no procede del ring, como parece a primera vista, sino del lenguaje automovilístico: un caucho o llanta está en la lona cuando está en las últimas, cuando ha llegado al extremo desgaste y ya no da nada de sí. Y la otra es *estar en la carraplana*, que hasta ahora había sido para nosotros enteramente enigmática y que hoy nos atrevemos a explicar, o al menos a intentarlo. Pero la dejamos para más adelante.

La falta de dinero se asocia continuamente, como es natural, con el hambre, la desnudez harapienta, el decaimiento físico y moral, la desdicha, la incapacidad. La sociedad suele ser implacable con el desposeído, y la lengua lo refleja a cada paso: “¡Pobre hombre!” todavía indica conmiseración y simpatía; “¡Es un pobre hombre!” es ya expresión de desprecio; “¡Pobre! se dice del enfermo, del desdichado y también del pobre. ¿Hay acaso un insulto más duro, más ofensivo que *¡miserable!*, que se remonta a la triste miseria? Nietzsche habría podido agregar un nuevo capítulo a su *Genealogía de las ideas morales*. La desdicha, que debía inspirar respeto, es descalificadora: *infeliz, desdichado, desgraciado*, son hoy palabras insultantes, y el tono las convierte en dardos emponzoñados. La pobreza todavía podía ser motivo de orgullo en el París o el Madrid de los buenos tiempos. Hoy en América se tiende a valorar a las personas por lo que tienen o por lo que ganan. La falta de dinero se está convirtiendo en estigma, en oprobio. ¡Oh la santa pobreza!

“Estoy en la carraplana”

El amor a la expresión figurada y al juego verbal, con intención humorística, ha creado una rica fraseología venezolana para la falta de recursos. Muchas de las formas son pasajeras, ocasionales, y hasta individuales. El chisporroteo de ingenio necesita constante renovación. Pero junto a las expresiones fugaces, que son las más, queda siempre un fondo estable, permanente, que es el legado de la tradición. De todas, sin duda la más típica de Venezuela es esta de *estar en la carraplana*.

El testimonio más antiguo que tenemos es de 1856, pero debe ser mucho más vieja. Ese año Luis Delgado Correa publicó en el *Mosaico* un “embrión dramático” —así lo llama— titulado *El mundo al revés*. En una cantina, en que conversan muy animadamente, el clérigo dice al médico:

Doctor de la carraplana
¿sufre usted hipocondría?

Luego lo encontramos en “La Abeja”, un periódico de Mérida, del 15 de enero de 1859: “Las Rentas estaban, como decimos por acá, en la carraplana”. Después lo usa Jabino, pseudónimo de Miguel Mármol. En un cuadro de costumbres de la segunda mitad del siglo pasado describe una boda. Son padrinos el Primer Magistrado de la República con sus siete ministros, el Gobernador del Distrito Federal, el Prefecto, el Arzobispo, el Presidente del Congreso, etc. El novio, como se habrá adivinado, es empleado público. Los invitados, entre

copa, y copa de champagne, se entretienen en descuartizar a la novia, al novio y a los padres:

—No digo que sea un mal muchacho; pero no tiene nada.

—¡Hombre!... Pero Escorsonera posee algunos bienes...

—Eso creará el muchacho, porque Escorsonera es un farolón... Le digo a usted que está en la carraplana... Esta casa la ha retrovendido para la fiesta nupcial. ¡Figúrese usted!

En 1883 anotaba José D. Medrano en Maracaibo: “*Amanecer a la carraplana. Estar a la carraplana...* No tener para el gasto del día, estar sin un cuarto”. Luego Rivodó, en 1889, *quedarse en la carraplana*, quedarse uno en la calle, perder la hacienda o los medios para mantenerse.

Víctor Manuel Ovalles explica de manera anecdótica la siguiente frase criolla: “Cuando Silva tenía rial”. Silva era un excéntrico herrero de San Juan de los Morros que se arruinó con la guerra: “Entonces, para completar su desgracia, se entregó a la embriaguez y llegó a la carraplana”. Y en ese estado él mismo solía gritar con desesperación: “Cuando Silva tenía rial, Silva silbaba; y ahora que Silva no tiene rial, silba..., silba... y no silba nada”.

En una de sus crónicas neoyorquinas (del 16 de marzo de 1953), Antonio Arráiz describe un período de crisis de la agricultura norteamericana, con quiebras de bancos y suicidio de comerciantes e industriales: “En esa época, hace apenas veinte años, esos agricultores estaban, por decirlo con una expresión bien venezolana, en la verdadera carraplana”.

También hemos oído: “A Fulano le llegó la carraplana”, “Carlos, después de haber sido rico, quedó en la carraplana”, “Se lo llevó la carraplana”. Y más enfáticamente: “Está en la carraplana negra”, “Estoy en la carraplana del chivo”. En los campos de Lara se usa, según Silva Uzcátegui, como equivalente de hambre: “Tengo una carraplana que me devora”. Y en Curazao, según nos informa Antero Dupuy, cuando

ven una casa ruिनosa o en escombros dicen: “Es una carraplana”. Junto a *carraplana* se oye en casi todo el país *carramplana*, ya menos usado hoy. Y una vieja familia de Caracas mantiene, por tradición familiar, otra variante: *carrataplana*.

Fuera de Venezuela no se conoce la palabra. Solo en el Cibao (Santo Domingo) se la ha anotado, pero con el valor de necedad, y *carraplanear* con el de importunar, bromear, charlatanear. Nos inclinamos a creer que esos usos dominicanos pudieron deberse a remedo de la expresión venezolana en el siglo XIX, en la época de las guerras civiles y de la emigración (la emigración siempre *está en la carraplana*). Y no sabemos si ese *carraplanear*, charlatanear, no tendrá algo que ver además con la *replana*, nombre de la jerga de los delinquentes en el Perú.

Nos parece evidente que nuestra *carraplana* está emparentada o relacionada con otra expresión: “Se lo llevó Caplán”. Cuando alguien ha quedado arruinado o cuando algo se ha perdido definitivamente, se dice: “Se lo llevó Caplán” o “Se lo llevó la carraplana”. El Dr. Pedro Manuel Arcaya nos dice que en Coro ha oído, además: “Se lo llevó la Caplana”. Antero Dupuy, a quien consultamos sobre este uso, nos informa que hay personas que lo conocen, y que quizá aluda a la mujer del diablo. Ya hemos visto que Caplán es uno de los nombres venezolanos del demonio, y que a veces se llama Carramplan en el Guárico y Carramplemple en Barlovento (Carrampempe en el Perú). Y si a alguien le sucede una cosa tremenda, que lo deja aplastado, como si le hubiera pasado una aplanadora por encima, dicen en el Guárico: “¡Carramplán!”

Los nombres del diablo, sobre todo los que tienen valor eufemístico, se transforman muchas veces por mutación brusca, con juegos de fonética impresiva. El cambio de Caplán en Carramplán quizá se explique por el ¡*carrataplán!* o ¡*carracataplán!* del tambor (= ¡*rataplán!*!), que en otras épocas anunciaba los bandos o la temida recluta. Pueden haber

influido también otras palabras. Por ejemplo, *carramplón* (de *carrao* + *ramplón*, según Cuervo), que en regiones occidentales de Venezuela y en Colombia se aplica a los zapatos chillones (“Me dio una serenata con música carramplona”, ha oído además Luis Beltrán Guerrero en Carora), y que también significa flacucho en Lara, según Silva Uzcátegui. O bien *carranclón*, que se dice despectivamente del vejete o vejestorio en gran parte del país (“Es una vieja carranclona o carrancla”). Da la coincidencia de que en España se llama Carracuca un personaje de muy mala fama, que ha fijado una expresión: “Está más perdido que Carracuca”.

El paso de *Carramplán* a *carramplana* es más fácil de explicar. Si a alguien se lo llevó Carramplán es natural que amanezca a la *carramplana* o a la *carraplana* (es la expresión que registraba Medrano). Nos parece indudable que a través del modo adverbial se llegó a nuestra *carraplana*. De manera análoga, hacer algo endiabladamente, de muy mala manera, es hacerlo a la *diabla*. La asociación entre la pobreza y el diablo es habitual en la lengua: para decir que alguien es pobre de solemnidad, y además un infeliz, ¿no decimos que es un *pobre diablo*?

De *amanecer a la carraplana* se pasó fácilmente a *quedarse en la carraplana*, *estar en la carraplana*. Y se dice sobre todo cuando uno ha tenido dinero, cuando ha caído de la opulencia en la miseria. La *carraplana* se ha convertido así en una especie de reino de la inopia, en que se duerme a la intemperie, o bajo los puentes. La expresión se independizó enteramente de su origen. Y hoy nadie siente que *estar en la carraplana* es, al menos etimológicamente, estar en las posesiones, tan vastas, del demonio.

El diablo de Carora

Venezuela tiene el inestimable privilegio —concedido sin duda por Dios— de tener un diablo propio, que reside en una importante ciudad del interior. Es el diablo de Carora. En todo el país existe la creencia de que el diablo anda suelto en Carora, y por eso a veces lo encomiendan a uno caritativamente: “¡Que se lo lleve el diablo de Carora!” Del mal intencionado y perverso se dice: “Es el diablo de Carora”.

Agustín Oropeza, tan devoto de su tierra, ha tratado de explicar el origen de ese diablo (“El Diario”, Carora, 22 de octubre de 1911). Hacia 1740, cuatro hermanos llamados Hernández se dedicaban al contrabando, desde Coro. Los alcaldes de Carora, que eran Tiburcio Riera y Adrián Tuñón de Miranda, prendieron a uno de ellos y lo metieron en la cárcel. Los otros penetraron en la ciudad, mataron al centinela, desarmaron a los guardias y libertaron al preso. Y con alarde de hombría, se quedaron entretenidos en Carora. Los alcaldes reunieron a un grupo de vecinos armados y se dispusieron a hacer justicia. Los hermanos Hernández se refugiaron en el convento de San Francisco. Pero ante las amenazas de los alcaldes, los frailes abrieron las puertas. Los Hernández fueron apresados, fusilados en seguida en la Plaza Real y sepultados en la misma plaza.

El episodio exaltó la imaginación popular. De noche se oían pasos sobrenaturales, y la gente veía fantasmas. Alguien dijo que el diablo andaba suelto en Carora, y la especie se propagó. La justicia real intervino. Don Tiburcio Riera fue juzgado y ejecutado en La Guaira; don Adrián Tuñón huyó al Nuevo Reino de Granada.

El mismo Agustín Oropeza volvió luego a escribir sobre los hechos, apoyado esta vez en documentación histórica. Las muertes se produjeron el 16 de febrero de 1736. Los alcaldes fueron después condenados a prisión y destierro. Una Real Cédula de Felipe V, del 23 de febrero de 1740, declaraba que los Hernández no habían sido traidores al Rey, sino “muy fieles y leales vasallos”.

Los documentos del Archivo General de la Nación (“Diversos”, tomo XVII) han confirmado en general los hechos. Pero la realidad histórica es más rica que la leyenda. Los Hernández Pavón estaban vinculados a la Compañía Guipuzcoana, y como tales entraron en conflicto con los intereses locales. Ya en 1727 don Pedro Tello Pantoja, Teniente y Justicia Mayor de Carora, siguió causa criminal contra “el mulato” Buenaventura Hernández Pavón, su hermano Gabriel y otros, que habían ganado título de las Capitanías Milicianas (Buenaventura era cabo de una de las patrullas de la compañía volante), “no siendo dignos de semejantes cargos”, y habían hecho ostentación de ese título “a son de caja de guerra”, amenazando a “los justicias y vecinos condecorados” con quitarles las vidas y arrasas la ciudad. Los “sediciosos” no pagaban debidamente los diezmos y primicias y no oían “el Santo Sacrificio de la Misa”.

El conflicto entre los vecinos y los Hernández Pavón se prolongó hasta 1736. En este año Buenaventura era juez de comisos de la patrulla volante en la jurisdicción de Carora. El alcalde de la Santa Hermandad don Alonso Berjel encerró en la Cárcel Real a José Gómez y Miguel Suárez, secuaces de los Hernández. Entonces Buenaventura, acompañado de sus hermanos Gabriel y Enrique y de otros compañeros suyos, armados de trabucos, “con notable osadía”, desarmaron a los soldados de la guardia, pusieron en libertad a sus dos presos y a un esclavo de ellos y encerraron en la prisión a los guardias. Los presos los dejaron bajo la inmunidad del Convento de San Francisco, y ellos se retiraron a

la casa de Buenaventura, donde se hicieron fuertes. Los vecinos temían que los hermanos Pavón fueran a quemar la ciudad y hacer muertes y estragos, pues eran —dicen las actas notariales— “hombres de desareglada vida, sin temor de Dios ni de la Real Justicia, facinerosos y de tiranos corazones”.

Ante tanto peligro, los alcaldes reunieron y armaron a los vecinos y cercaron la casa de Buenaventura Hernández. De la casa los recibieron con una carga cerrada. Los vecinos contestaron el fuego y mataron a Jerónimo Miguel Suárez. Los Hernández decidieron refugiarse en el Convento de San Francisco, pero antes quitaron las vidas a Pascual de Acosta y a Sebastián Boligán, a los que tenían engrillados en la casa, sin permitirles ni confesión. Cuando llegaron los alcaldes, los frailes abrieron el Convento y los refugiados se entregaron. Seis fueron fusilados: Buenaventura y sus dos hermanos; Cristóbal Alcaide, Bernardino Rangel y Gabriel Suárez. Hubo ese día nueve muertos. El testimonio notarial de José Manuel de los Reyes, que iba a servir, con otros documentos, para probar que la Compañía Guipuzcoana era “perjudicial al servicio de Dios, a la buena administración de justicia, a las rentas fiscales y eclesiásticas y al común de toda ella”, toma decididamente el partido de los alcaldes.

Luis Beltrán Guerrero cree, sin embargo, que la tradición del diablo de Carora no arranca de esos hechos, sino que es anterior. El diablo andaba suelto en Carora —dice— un siglo y medio antes, en la forma de una hermosa mujer. Y ese diablo sí que debía ser peligroso.

Los hechos son también históricos, y los ha relatado Juan Rodríguez Fresle, contemporáneo de ellos, en un viejo historial titulado *El Carnero*. Luis Beltrán Guerrero los recoge en su *Anteo* y los asocia a la tradición del diablo de su ciudad. La bella doña Inés de Hinojosa, criolla de Barquisimeto, vivía en Carora, casada con don Pedro de Ávila, rico vecino de la ciudad. Llegó allá un músico y maestro de danza llamado

Jorge Voto, que enseñaba a tañer vihuela y a bailar. Jorge Voto iba a la casa de doña Inés a dar clases a una sobrina, y así surgieron los amores de la dama y el músico. De pronto el maestro suspendió las clases, cerró la escuela y se despidió de todos, porque se iba a Pamplona. Pero tres días después volvió de noche disfrazado, aguardó a don Pedro, que era jugador y mujeriego, a la vuelta de una esquina, y lo mató a estocadas. Doña Inés dio muestras de gran dolor. Pero al cabo de un año liquidó la hacienda y se fue a Pamplona, donde se casó con el músico.

La nueva pareja se estableció en Tunja. Allí don Pedro Bravo de Rivera, nuevo amante de doña Inés, asesina a Jorge Voto. El que a hierro mata, a hierro muere. Lloro de nuevo doña Inés. Pero el corregidor de Tunja prende a don Pedro Bravo en el templo. El doctor Venero de Leiva, de Santa Fe, preside el juicio. Degüellan a Pedro Bravo, y a doña Inés la cuelgan de un árbol de Tunja, en la calle que desde entonces se llamó Calle del Árbol. Y el fantasma de doña Inés enciende las imaginaciones de la Nueva Granada y de Tierra Firme.

Tenemos, pues, dos encarnaciones distintas del diablo de Carora. Pero ¿vendrá de ahí la expresión? La Filología es suspicaz y desconfiada. Ya antes de la fundación de Carora era frecuente en España una expresión muy parecida: “El diablo está en Cantillana”. Se decía cuando había inquietudes y disturbios. Sancho Panza, modelo de gobernadores, anuncia el nuevo orden en su ínsula Barataria:

Yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho, y todo el mundo traiga el ojo alerta y mire por el virote; porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que, si me dan ocasión, han de ver maravillas.

La frase tuvo mucha vida en la época clásica, con diversas variantes: “El diablo está en Cantillana, midiendo la tela y tramando la lana” (o “tejiendo la lana”), “El diablo anda en Cantillana y el obispo en Brenes”.

Luis Vélez de Guevara, en 1622, recogió la tradición y elaboró con ella una de sus comedias, titulada precisamente: “El diablo está en Cantillana”. El rey Don Pedro el Cruel, que pasa sus veranos en Cantillana, cerca de Sevilla, se prenda de una dama principal, doña Esperanza, desposada con Don Álvaro. El rey, para allanar el camino, destierra al esposo, pero este visita a Esperanza disfrazado de fantasma que aparece después de media noche arrastrando cadenas.

Hay otras versiones sobre el origen de la expresión. Una nos acerca bastante a la historia caroreña de los alcaldes y los Hernández. En Cantillana están reunidos los nobles para tramar un motín contra Don Pedro el Cruel. El rey entra sigilosamente, los hace prender y por su orden los ahorcan a todos de un árbol. Cuando despiertan los vecinos, se encuentran con el macabro espectáculo, y dizque exclamaron: “¡El diablo está en Cantillana!” El diablo era el rey Don Pedro.

La expresión llegó a América, y precisamente uno de nuestros grandes cronistas del siglo XVI, Gonzalo Fernández de Oviedo, recoge dos versiones distintas para explicarla. El capitán Jofre Tenorio recorría, en la época de la minoría de Alfonso XI, las cercanías de Sevilla, haciendo males y desafueros. Como tenía a Cantillana de centro de sus actividades, los arrieros que acostumbraban pasar por allí solían decir: “Vámonos por otra parte, que el diablo está en Cantillana”. La otra es la siguiente: el maestro don Juan Pacheco, que, acompañaba a Enrique IV a Sevilla en 1469 y era muy aborrecido, se quedó en Cantillana, a donde iba el rey cuando quería departir con él. El diablo era en este caso el maestro.

Pero, cualquiera que sea el origen, es evidente que los españoles que llegaron a fines del siglo XVI y principios del XVII a estas costas de Tierra Firme la conocían muy bien. Y algún episodio sucedido efectivamente en la ciudad larense y la sugestión de la sílaba inicial produjeron

el cambio: *Ca... ntillana*, *Ca... rora*. No es difícil que los diabólicos amores de doña Inés o más probablemente la prolongada y trágica lucha entre los alcaldes y los Hernández haya contribuido al traslado del diablo desde la población andaluza a la naciente ciudad de la Venezuela colonial. Todavía hoy —nos dice Luis Beltrán Guerrero— conserva Carora su viejo espíritu devoto, el desvelo por los misterios de la fe y el terror a las pailas del infierno. El diablo está siempre presente en la tradición caroreña, y ha andado suelto también en las modernas luchas entre liberales y godos.

De todos modos, *el diablo está en Carora* (como antes *el diablo está en Cantillana*) ha venido a modificar otra expresión hispánica, más general: *el diablo está suelto*, *el diablo anda suelto*. Se dice siempre que pasan cosas extraordinarias, que todo sale mal, que hay desbarajuste, desorden, revueltas, en los pueblos o en las familias. En muchos lugares de Venezuela se cree que el diablo anda suelto durante la Semana Santa, y por eso hay que extremar entonces las virtudes, y entre ellas la devoción. En el Táchira, el diablo anda suelto el primer lunes de agosto, en una hora que nadie sabe. Ese es *el día aciago*, pues en él ocurren accidentes, desgracias, crímenes. Por las dudas, lo mejor es no salir a la calle y no tener pleitos con nadie. Los que nacen ese día son de mala índole, son malditos. Pero hay sacerdotes que tienen la virtud de exorcizar al diablo y atarlo a un tronco seco, impidiéndole sus desmanes.

Ese diablo suelto se afinca en un lugar por los hechos de los hombres. En España, Cantillana se convirtió en su ciudad predilecta. Pero Cantillana está muy lejos, y su diablo es difícil que pueda asustar a nadie en Venezuela. El habla huye de lo abstracto o racionalizado y busca lo tangible, lo imaginativo. Hay una vieja expresión castellana para los envíos inconducentes o la acción superfina, inadecuada: “Eso es llevar agua a la mar”. En España ha tenido adaptaciones diversas: “Llevar vino

a Jerez manifiesta sandez”, “Llevar aceite a Andalucía, necedad sería”, etc. Entre nosotros, la expresión se ha venezolanizado: “Llevar cabras a Coro”, “Llevar chivos pa Coro”. De modo análogo, *estar en la luna*, que en España es también “estar a la luna de Valencia”, se ha hecho en el Perú “estar en la luna de Paita”, que llega hoy hasta Ecuador y Chile. Otro ejemplo: “El que fue a Sevilla perdió su silla”. En el Ecuador se ha transformado: “El que va pa Quito pierde su banquito”. Y así se dice también en el Perú, en Colombia y en el Táchira. Un ejemplo más, y se podría recoger un centenar. “Salir de Málaga y entrar en Malagón” (tiene una serie de viejas variantes, entre ellas “Salir de Lagunas y entrar en Mojadas”, “Salir de Lavajos y entrar en Mojados”, “Salir de Lodazales y entrar en Cenagales”) se ha perfeccionado sin duda entre nosotros: “Salir de Guatemala para entrar en Guatepeor”. El castellano de nuestro continente se americaniza a cada paso.

Pero en el caso del diablo la americanización es mucho más perentoria. El diablo tiene que actualizarse para existir. No puede resignarse a ser un ente abstracto y lejano, sino que tiene que vivir cerca, para obrar sobre nosotros. Por eso salió de Cantillana, atravesó el mar y ahí está suelto en Carora y puede venir por los aires y aparecérsenos en cualquier instante.

¿Explotar o estallar?

Andrés J. Vivas, en un librito titulado *Bromeando. Adefesios de uso entre intelectuales*, publicado en Caracas en 1923, se burla de nuestro uso de *explotar*: “Ya no estallan, ni tan siquiera revientan, los triquitraques, las bombas, los petardos; ahora *explotan*”. ¿Tiene razón el crítico?

Como es materia explosiva, vamos a tratarla con sumo cuidado. La Academia no admite *explotar* con el valor de *estallar*, pero sí explosión y *explosivo*. Estas dos palabras vinieron del francés, y *explosión* entró en el Diccionario de la Academia en 1791, como tecnicismo de la Física. También era palabra nueva en francés: Furetière la tomó en 1701 del latín *explosio*, acción estrepitosa de desaprobación, derivado a su vez de *explodere*, hacer estruendo en desaprobación de algo. En latín era término del habla teatral, lo contrario de *applaudere*, aplaudir. Y he aquí que la *explosio* pasa del habla teatral de los latinos a la Física moderna, y de ahí al habla corriente. La Física es la ciencia de nuestra época. Pronto hubo en castellano *explosión* de sentimientos y de pasiones, de cólera, de odio y hasta de sollozos y de lágrimas.

Junto con *explosión* entró en castellano el galicismo *explosivo*. ¿No vivimos en la era de los explosivos? El francés había formado además legítimamente, para completar la familia, el verbo *exploser*. Y aquí viene lo extraño. Los traductores españoles pudieron haberlo transformado mecánicamente en *explosar*, pero no se atrevieron. Pudieron haber recurrido al latín, que les habría dado *explodar* (como el inglés *to explode*), pero a tanto no llegaba su ciencia. Tenían además el recurso de partir de

la *explosión* castellana y acuñar el neologismo *explosionar*, y lo hicieron efectivamente. Este *explosionar*, muy combatido por los puristas, llegó a Venezuela, y lo usó, por ejemplo, Agustín Oropeza en “*El Diario*” de Carora, del 22 de octubre de 1919, en sentido figurado, al referirse a nuestra herencia española: “Al menor choque toda esa fatal herencia explosionaba”. Eran tres posibilidades relativamente admisibles, pero ninguna de ellas cuajó. Debía corresponder extraordinaria fortuna a una cuarta posibilidad: la de *explotar*. Pero ya es hora de que veamos la historia de esta palabra en castellano.

La Academia admite desde 1869 *explotar* una mina, un negocio o industria, con sus usos figurados. ¡Pero menuda batalla libraron contra él los puristas! Venía del francés *exploiter*, que a su vez se remonta a un latín popular hipotético *explicitare*, ejecutar con facilidad. Baralt, en su *Diccionario de galicismos*, de 1855, lo criticaba duramente. Consideraba disparatado el siguiente uso: “Cada clase procura explotar a las que se hallan colocadas por encima de ella en la escala social” (¿por encima, o por debajo?). Prefería *beneficiar, utilizar, aprovecharse de, sacar provecho, sacar partido*. Y en frases como la siguiente: “La moza explota lindamente a su novio”, él recomendaba: “La moza socialíña lindamente a su novio”. Aun la siguiente: “La pobre señora explotaba los restos de su ya antigua hermosura”, quería que se dijera: *trafica con los restos, beneficia los restos, saca provecho de los restos o pone a ganancia los restos*. Todo esto le parecía más verdadero y más fuerte. ¡Lo que va de ayer a hoy! Condenaba también *explotación* por *beneficio* o *laboreo*. Y *explotador*: “En todos los tiempos han abundado los explotadores públicos”. En su lugar proponía *embaidor, embaucador, granjero, logrero*.

Todavía en 1908 el P. Mir repetía a Baralt y condenaba *explotar, explotación* y *explotador*, “voces igualmente francesas, nuevas y nunca oídas entre los clásicos, no necesarias al romance español”. Pero estaba defendiendo una causa perdida. En 1840, el famoso Proudhon, el líder del

obrerismo francés, el de la discutida “Filosofía de la Miseria”, que Marx llamaba más bien “Miseria de la Filosofía”, dio sentido peyorativo a ese *exploitar*, y desde entonces lo usa así todo el obrerismo internacional, socialista, comunista, sindicalista, anarquista: “¡Abajo la explotación del hombre por el hombre!” La Academia Española, mucho más tolerante que Baralt y que el P. Mir, acogió el combatido *exploitar*. Era su primer triunfo. Desde entonces ha hecho amplio camino en nuestra lengua. ¿Quién osaría combatirlo hoy?

Ese triunfo era indudablemente legítimo. Pero al calor de él, los traductores, poco duchos en la genealogía de las palabras, sobre todo los precipitados traductores de las agencias telegráficas, tradujeron el *exploser* francés por el ya impuesto *exploitar*. Era un verdadero disparate, pues explotar no tenía ningún parentesco, por ningún lado, con *explosión* o *explosivo*. Solo cierto parecido acústico.

Y así están las cosas. *Exploitar* una bomba o un petardo es un evidente desatino. Sin embargo, ha cundido por España y América. Entre nosotros se encuentra a cada paso en la crónica periodística. Y aun en la literatura. Pocaterra, en su *Política feminista*, dice: crecía el frenesí de malbaratar, “que explota en los pobres de nacimiento cuando disponen de dinero” ¿Llegará a imponerse, como infinitos otros disparates convertidos a la larga en primores de la lengua? No somos profetas. Por nuestra parte ese *exploitar*, combatido desde fines del siglo pasado (el P. Mir cita un artículo de 1896), nos parece incorrecto. Preferimos *hizo explosión* o *estalló*. Aunque nos parece aún mejor que nada estalle ni haga explosión, ni siquiera los cohetes y petardos con que los niños, o los hombres aniñados, convierten en horrible estruendo las fiestas más espirituales y apacibles.

¿Pesa o carnicería?

Es general en Venezuela, y también en gran parte de Colombia y de América Central (Nicaragua, Honduras, Costa Rica), el uso de *pesa* por carnicería o expendio de carne. Y también *pesador o pesero*, por carnicero. Rómulo Gallegos, en *La Trepadora*, describe la entrada de “los Barbudos” en el pueblo, revólver en mano y profiriendo maldiciones y amenazas:

Corrían de aquí para allá las mujeres...; el tendero recogía apresuradamente las mercancías que había sacado a exhibir ante las puertas, para atraer a los campesinos que iban de compras, como era costumbre los domingos, y los carniceros se afanaban por dejar limpias las *pesas*, que estaban al aire libre, a orillas de la calle real, cargando sobre sus hombros los grandes trozos sanguinolentos para esconderlos aquí o allá.

Y en *Cantaclaro*, el trashumante Florentino, al llegar a las casas, preguntaba siempre por las muchachas. Ellas se ponían apresuradamente las mejores prendas para recibirle, y él decía:

—Pues no vengo a ver trapos, que para eso están las tiendas.

—Y para carne fresca las *pesas*, relambío —replicábanle por allá adentro, con protestas que reventaban en risas.

—Ese es mi oficio, precisamente. Carnicero me llaman por ahí, de tanta carne bonita como me han visto cargando en peso. Solo que yo no mato para pesar. Ni nadie se muere de penas conmigo, pues por algo me llaman también: Florentino Quitapesares.

En Tierra *nuestra* de Samuel Darío Maldonado, Muriyo, que había sido jefe civil en la época de “la Restauración Liberal”, cuenta su vida:

Me vine para San Cristóbal cuando aquella revolución entró triunfante a Caracas, y después contribuí con mis amistades a las invasiones que se hacían del Táchira para Colombia, y al revés, con el único objeto de embochinchar para sostener con los socios y compinches de más allá de la frontera el negocio de pesa, que nos iba a pedir de boca... Los titulados revolucionarios de alguna importancia especulaban con sangre humana, y nosotros los chicos, los hombres de la broza, el gremio de *peseros*, con la de novillos; la diferencia no es poca.

También es corriente *pesar ganado*, o simplemente *pesar*, que es expender carne. Y este uso sí tiene rica tradición española. Refiere un personaje del *Rinconete y Cortadillo* de Cervantes en el patio de Monipodio:

Dijéronme [el Renegado y el Cientopiés] que iban en seguimiento de un labrador que había pesado unos carneros, y querían ver si le podían dar un tiento en un zurrón de reales que llevaba.

Es decir, los había sacrificado y vendido la carne. El texto definitivo de ese pasaje lo aclara aún más: “iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería”. Rodríguez Marín dice que en Andalucía se conserva ese uso, y documenta *pesar ganado* en la *Historia de Sevilla* de Alonso Morgado (año 1587). Membreño encuentra ese *pesar* aun antes, en una carta de 1568, enviada de Lima a Sevilla: “un amigo mío traxo trezientas vacas para pesar, y se detuvieron tiempo que no se pesaron, y poco a poco en un mes no le quedó ninguna, que todas se murieron”. *Pesar carne* registraba Covarrubias en 1611. Pero no hay necesidad de acumular textos clásicos. El uso era general en Venezuela en el siglo XVI y se puede documentar desde las primeras actas del Cabildo de Caracas. En la del 9 de diciembre de 1591:

En este dicho cavildo pidió [fulano] por petición un solar que está suscibo a otro que él compró de las de Jaén, que era de Lucía Peña assia las carneserías biejas donde pesó Martín de Games.

El Martín de Games que había *pesado* o expendido carne era uno de los regidores del Cabildo. En general, todos los criadores o ganaderos de aquel tiempo, que eran los señores más importantes y acaudalados, tenían a su cargo el *pesar* carne. Y el Cabildo muchos años tenía que fijar a cuáles de ellos correspondía —a veces obligadamente— el expendio. Por ejemplo, dice el acta del 26 de febrero de 1598:

Que por quanto este año no ay obligado que aya tomado las carneserías, acordaron el repartir entre los criadores el pezar todo el año... Y se pese este año la carne a dos reales el arrova...

Hemos comprobado ese uso de *pesar* en los cuatro volúmenes de *Actas* publicadas hasta ahora. El 20 de marzo de 1610 Melchor Muñoz requiere al Cabildo para que le den “carnecerías cubiertas en que poder pessar y recoxer la carne que matare todo el año”. Y alegaba que no las había en la ciudad. Es que *pesar* (al principio se decía *pesar carne*) era efectivamente una actividad casi específica del expendio de carne en una época en que granos y otros productos se medían. El mismo *expender*, que es un latinismo relativamente reciente, no significaba en latín ‘vender’, sino ‘pesar’. Si hay *expendios* de licores y tabacos, productos que no se pesan, ¿qué tiene de extraño que *pesar* tenga el valor de vender carne? Por lo demás, *expender* y *pesar* (*pendo*, *pensó*, *pendo*) tienen en latín un origen común.

De ese *pesar* con el valor de expender carne se formó *pesador* y *pesero* y el postverbal *pesa*. Una información testimonial otorgada en Caracas el 7 de agosto de 1698, a petición de don Francisco Domingo Galindo Isaías, marido de doña Jerónima de Tovar, para acreditar que su abuelo materno don Francisco de Solórzano y el maestre de campo Lázaro

Vázquez habían sido criadores antiguos de ganado vacuno de esta provincia, dice (Archivo General de la Nación):

Fueron de los criadores antiguos de ganado bacuno en los llanos desta Provincia, y como tales siempre acudieron a dar abasto de carne a esta dicha ciudad, assí en el tiempo de escasez de dicho ganado como quando lo hubo abundante, procurando tenerlo para dicho efecto, y como tales siempre se les repartieron las Pesas que es costumbre repartir entre dichos criadores para dicho abasto desta dicha ciudad.

En ese mismo año de 1698 —según cuenta Duarte Level, en su *Historia patria*—, los frailes de San Jacinto solicitaron que se les concedieran “dos pesas de ganado”, pero el Ayuntamiento de Caracas contestó que los frailes no podían ejercer esta industria. Desde esa época *poner la pesa* en una feria, en un mercado o en un sitio cualquiera de la ciudad, es instalar el puesto en que se ha de vender carne. En España se ha usado también para eso *tabla* o *tablajería*. En diciembre de 1885, Isidoro Laverde Amaya, que venía de Colombia a Venezuela, anotaba en Pamplona, entre otras voces que le llamaban la atención, *peseros* en lugar de carniceros. “El pesero —nos dice un amigo tachirenses— debe ser honrado en el peso; si no, el diablo se lo lleva. Por lo común son muy peleadores, hombres de cuchillo. Y por eso, o porque en vida robaron en el peso, penan cuando mueren”. Manuel Díaz Rodríguez, en uno de sus cuentos más hermosos (“Las ovejas y las rosas del Padre Serafín”), presenta un ejemplar del oficio. Un negro trashumante, al que toman por brujo, es perseguido como una fiera por el monte y traído a golpes al pueblo. Entre la lluvia de bofetadas y de mofas, se adelanta Bartolo:

—Anda, hombre, haznos una brujería—le dijo Bartolo, el pesador de carne del pueblo, y le tiró de una oreja tan brutalmente, que la oreja medio desprendida lloró un chorro de púrpura sobre el ébano de la cara.

Parece que *pesa* significaba también matadero —según Samuel Darío Maldonado— y *pesero* el matarife o jifero, según Gonzalo Picón Febres. Pero hoy ya no encontramos este uso, aunque sí se conserva en Colombia, al menos en Río de Oro.

Así como del antiguo *pesar* se hizo en esta área del Caribe *pesa*, en algunas partes de España se hizo *peso*, que para la Academia es el “puesto o sitio público donde se vendían por mayor varias especies comestibles, principalmente de despensa; como tocino, legumbres, etcétera”. Todavía en algunas partes de Aragón se va al *peso* a comprar carne y otros productos. Siempre con la esperanza de que no lo engañen a uno en el peso, ni en la pesa.

¿Platito o platico?

Se usa en toda Venezuela el diminutivo en *-ico*: *platico* (en los Andes hay *dulces de platico*, en almíbar), *platica*, *momentico*, *matica*, *sirvientica*, *Vicentico*, *Albertico*, *zapatico*, *cogotico*, *maestrica*, *Petrica*, *metricas* (‘canicas’), *teatrigo* (“Es un teatrigo simpático”, en *Vidas oscuras* de Pocaterra), *adentrico* (“Mejor es que se arrime más adentrico”, en *Ana Isabel* de Antonia Palacios), *corotico*, *asuntico* (en *Dámaso Velázquez* de Arráiz), *preguntica* (“Ayer tarde me hizo usted la misma preguntica”, en *Cantacclaro*), *latica*, *estatuica*, *violetica* (“violeticas de mayo”, en Andrés Eloy), *Viruticas* (apodo de un personaje de *El forastero* de Rómulo Gallegos), *endenantico*, *encuantico* (en *Pobre Negro*), *alantico*, *completico*, etc. En los Andes es frecuente *tantico*: “Espera tantico”, “En tantico voy”, “En tantico llegates y ya querés”, “Deme tantico pan”, “Deme tantica carne”. Y al que pide de ese modo le suelen replicar, con alusión picaresca: “Tantico le da la gata, bastante le da la burra”.

Obsérvese que ese diminutivo en *-ico* se forma únicamente cuando hay una *-t-* en la sílaba final de la palabra. En los otros casos se emplea siempre el sufijo más general *-ito*: *loquito*, *mismito* (“Ahí mismito”, “Ahora mismito”), *unito*, *ahorita* (*orita*, *pues*, en los Andes), *cafecito* (“Tómese un cafecito”), *acaíta* (“Acércate más acaíta”), *favorcito*, *marroncito*, *mediecito*, *realito*, *solito*, *un conlechito*, *un machetacito* (“Lo marataron de un machetacito”), *azulito*, *sabrosito* (“¡Sabrosito el joropo!”), *trabajandito* (“Aquí me tiene trabajandito, trabajandito”, decía Vicente Cochocho en *Mamá Blanca*, de Teresa de la Parra, con lo cual “quería decir que trabajaba con gusto y buena voluntad, pero sin mayores

ventajas pecuniarias”), *criandito* (“Criandito sueño con este runrún de los raudales en la noche silenciosa” —contestaba el Sute Cúpira, en *Cannaima*), *hasta lueguito*, etc. En *Mamá Blanca*, las niñas de Piedra Azul diferenciaban el nombre de la vaca y el becerro por medio del diminutivo: el becerro de Noche Buena, Noche Buenita; el de Nube de Agua, Nube de Agüita. Alguien quiere dar impresión de extrema pequeñez: “Es asinita, chico”, y lo acompaña con un ademán que indica el tamaño de la uña. Con la variedad profusa de sus diminutivos el habla familiar se impregna de afectividad.

Los dos sufijos se combinan muy armónicamente. Y así, de *rato* se hace *ratico*, y luego *ratiquito*, y aun *ratiquitico*. De *ahora*, *ahorita* y luego *ahoritica* (“Oritica voy”). De *todo* y *nada* salen *toíto* y *naíta*, y luego *toitico*, *naitica*. De *chico*, *chiquito* y luego *chiquitico*. Y aun *chirriquitico* (igual que en Fernán Caballero) o *chiquirritico*. Por ejemplo, en un aguinaldo larense recogido por Olivares Figueroa:

¡Ay, chiquirritico!
¡Se muere de frío!
¡Una cobijita
pal recién nació!

Del mismo modo, de poco, poquito (Teresa de la Parra, en su última hora, cuando le ofrecieron un poco de café contestó: “Yo comeré una poquita de tierra”). Y de poquito, poquitico: “Ni tú que eres fabricante de urnas —dice Don Pablo en el Viaje al amanecer de Mariano Picón Salas— sabes cuándo uno está maduro para la muerte. Cuando ya estamos pidiendo nuestro poquitico de tierra”.

Hay en eso absoluta regularidad. El habla venezolana, con cierto preciosismo, evita la terminación *-tito*, que le repugna. Aun entre la gente culta ciertos diminutivos como *platito* o *momentito*, que adoptan algunos venezolanos por influencia de la lengua literaria, suenan a afectados y provocan sonrisas y burlas.

Nos encontramos ante un uso tradicional en Venezuela. El viejo romance de las señas del marido se canta así:

Mi marido es chiquitico,
bien vestido a lo francés.

En un documento de Carora, de 1768, aparece repetidas veces *matica* (“la tuatúa es una matica”). *Taitica*, de *taita* (padre), llamaban a Boves sus secuaces de 1814. San Diego de Cabrutica se llama una población del Estado Monagas que sonó mucho en la guerra de la Independencia (su nombre, que procede seguramente del siglo XVIII, está relacionado con Cabruta, la población del Orinoco). En carta de Bolívar a Manuelita Sáenz, del 6 de octubre de 1826, una de las pocas cartas suyas a Manuelita que se han salvado, le dice:

Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra, que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquiticas y cartas grandotas como tú quieres.

Y aun antes, en agosto de 1799, Don Pedro Palacios informa a su hermano Carlos, desde Madrid, sobre el comportamiento de su sobrino Simón Bolívar: “Está sujetico y observa mediana conducta”. Es decir, ya en el período colonial el diminutivo en *-tico* estaba generalizado entre la gente culta.

Ese uso, con las mismas circunstancias, se da en otras partes de América: en Colombia, Panamá, Costa Rica (a los costarricenses los llaman sus vecinos *ticos* o *hermaníticos*, precisamente por el uso y el abuso de estos diminutivos), Antillas (Cuba y Santo Domingo, pero no Puerto Rico) y el Ecuador (*estico*, etc.). Es decir, gran parte del área del Caribe, con expansión hacia el Ecuador.

¿Y en España? No hay que confundir nuestro uso con el aragonés, que ha generalizado *-ico* en todas las circunstancias (*Pilarica*, *mesica*, etc.),

lo cual sucede también en Navarra, Murcia, Granada y el judeoespañol. El *-ico* de Venezuela es, en cambio, condicionado y tiene raíz castellana.

En el español clásico alternaban frecuentemente *-ito* e *-ico*. El diminutivo en *-ico* se ha señalado en Fray Luis de Granada: “El pollico que nace se pone bajo de las alas de la gallina, y lo mismo hace el corderico” (además *versico*, etc.). Y aún más en Santa Teresa, que tenía el deleite del diminutivo: “Al primer airecico de persecución se pierden estas florecicas” (usaba *frailecico*, *centellica*, *portalico*, etcétera, junto a *tantito*, etc.). En el *Quijote* tenemos, por ejemplo, apático y *tantico* (“Si vuesa señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo” —dice Sancho a su amo). Pero también *bolsico*, *bonico* (y *bonito*), *borrico*, *pajarica* (y *pajarillo*), *perrico* (y *perrito*), *Sanchico*, etc. Igualmente, en su *Comedia famosa de La entretenida* se encuentra en *tantico* junto a *casica*, *Cristinica*, *Sabinica*. Lo mismo en toda su obra (*gitanica*, *Preciosica*, etc.). O en la de Quevedo (*angélicos*, *Publicos*, etc.). O en la de Lope de Vega: “Mañanicas floridas del frío invierno”, “Mañanicas floridas del frío diciembre”. Y en un villancico cordobés de 1665:

Pasitico, airecillos,
que se duerme el Sol;
queditico, avecillas,
no recuerde el amor.

En el siglo XVIII todavía era frecuente en España. El P. Isla, en sus *Cartas familiares*, usaba *recientica*, *cuartico*, *junticas*, *poquitico*, *asistenticos*, *tantico*, *santicos*, *cartica* (Riv., 423 a, 425 b, 441 a, 479 a, 481 a, 514 a, 552 b, 553 a, 570 a, etc.). Pero también *Pepico*, *dichicos*, *derechico*, *Isabelicas* (464 b, 479 b, 617 a, 620 a), *esqueletillo*, *pelotilla*, *textecito*, *cumplimientillos*, etc. (449 a, 450 a, 619 a). Del mismo modo, en el sainetista de la época, Ramón de la Cruz, que refleja el habla popular de

Madrid, encontramos *ratico*, *toditico* o *toitico*, *juguetico*, *gatico*, *espuertica*, ¡*chitico!*, junto a *Catalinica*, *sombrerico*, *cenica* y a *juntitas*, *ratita*, *mojigatita*, *prestito*, *calentita*, etc. (además *chocolatillo*, *capotillo*, *juguetillo*, *sainetillo*, *culantrillo*, *canastillo*, etc.). Es frecuente, como se ve, la terminación *-tico*, pero también se encuentra *-tito* o *-tillo*.

Lo mismo sucede en el siglo XIX, por ejemplo en Pereda. En una misma página de *El sabor de la tierruca* encontramos *tantico* y *ratito* (*Obras completas*, 1205 b). En otra, de su *Pedro Sánchez*, *tantico* junto a *estudiantillo*, *puntillos* (1306 a). Y en esta novela un estudiante, extremeño y poeta, que se llamaba Mata se había convertido para todo Madrid en Matica. De esas vacilaciones han quedado algunas formas fijadas en la lengua general: *borrico*, *Marica* (“hermana Marica”), *Perico de los Palotes*, *villancico*, *puntico de honra*. De *Catalina* se formó *Catalinica*, y luego *catalnica* para designar un tipo de cotorra.

Así, pues, se observa en la lengua general, desde el siglo XVI, una alternancia entre los sufijos *-ito*, *-ico*, *-illo*, con cierta inclinación a evitar la terminación *-tito*. Pero en ninguna región de la Península se ha llegado al uso sistemático de *-tico* (*-ico* solo ante *-t-*) que hemos visto en Venezuela y en nuestra zona del Caribe. Nos encontramos aquí ante un hecho nuevo, producido en América. ¿Cómo se explica?

No creemos que pueda pensarse en un proceso fonético de disimilación: *-tito* transformado en *-tico* (*platito-platico*, etc.), porque el cambio solo se produce en la terminación diminutiva (*batata* o *batuta* mantienen invariable la segunda *t*). Es evidente que ha habido una fijación o una preferencia selectiva entre dos usos vacilantes. Todavía Bolívar escribía *Juanica* (“mi hermana Juanica”). El sufijo *-ico* se fijó cuando había una *-t-* anterior, para evitar la terminación *-tito*, que se sentía cacofónica. Aun en el terreno de la morfología gramatical pueden prevalecer impulsos estéticos. El hombre no se deja llevar solo por el utilitarismo grosero. También le mueve —y el lenguaje lo prueba cada instante— un permanente afán de belleza.

Cuchivachín

Los amigos tachirenses me piden que trate esta palabra, que es típica de Mérida y Táchira. Tan típica, que no se conoce en el resto de Venezuela, y tampoco en otros países hispánicos.

El *cuchivachín* es el equivalente andino del rábula o picapleitos, una especie de procurador o abogadillo formado en las secretarías de Juzgado o de Tribunal, o que se ha bebido toda la ciencia jurídica en un primer año de Derecho. Lo cual, si no le permite remontarse a Justiniano, sí le ha dado una tremenda erudición en todas las trapisondas del oficio. Una de sus ocupaciones favoritas era sacar presos, y para eso lo solicitaban todos los que padecían persecución por la justicia. Y como el mundo es ingrato, siempre se le trató despectivamente: “Ese es un cuchivachín”, “Te has vuelto cuchivachín”.

La época de su grandeza ha pasado. Los verdaderos cuchivachines ya son pocos, pero quedan infinitos aspirantes a ello (aspirantes a pretendientes de ayudantes de escribientes). Y por eso se aplica a toda persona de ciertas ínfulas: “El hombrecito ese es un cuchivachín”. O al que pretende saberlo todo: “El doctorcito se cree un cuchivachín”. O al que ha prosperado y se codea con gente de importancia: “Fulanito es ahora un cuchivachín, anda pa arriba y pa abajo con el gobernador y no mira a nadie”.

Isidoro Laverde Amaya, que pasó por Pamplona a principios de 1886 en viaje de Colombia a Venezuela, recogió allí la palabra entre otros provincialismos importados —dice— de Cúcuta. Y lo daba como

equivalente de *tinterillo*, que en Colombia (y otros países) designa efectivamente al rábula o leguleyo, al abogadillo trapacero, al viejo *plumario*. Es el testimonio más antiguo que hemos encontrado de la palabra.

Cuchivachín es evidentemente una formación burlona sobre *cuchivache*. Y, en efecto, *cuchivache* alterna con *cachivache* en el habla popular y rústica de gran parte de la región andina (llega hasta la parte alta de Barinas, pero no a Trujillo). Y es posible que exista también en Santo Domingo, ya que *cachivachero* se aplica allá —según Malaret— al enamorado o festivo (en cambio en los países del Sur el *cachivachero* es el vendedor de baratijas). En los Andes la forma *cuchivache* se siente como más vulgar: “Ahí no hay más que cuchivaches”, “Meta esos cuchivaches detrás del horno”, “Salió con los cuchivaches para otra parte”. Los *cuchivaches* —nos dice el *gocho* Francisco Guerrero Pulido— “son los chécheres, los corotos viejos”.

El cambio de *cachivache* en *cuchivache* quizá se explique por la frecuencia con que se usa *cuchi-* como partícula inicial de toda palabra en ciertas formas andinas de jergonza: “Cuchi-car cuchi-lós cuchi-ví cuchi-nó cuchi-és cuchi-tá cuchi-má cuchi-ñá cuchi-ná”. Que quiere decir: “Carlos vino esta mañana”. En el resto del país (Trujillo, Lara, Caracas, etc.) es más frecuente hablar en *cuti-*: “Cuti-car cuti-lós... Y aún más, en *-pa*: “Carpa lospo vipi nopo...”

La aplicación despectiva de *cachivache* a las personas tiene claros antecedentes españoles. Hacia 1693 don Juan Francisco de Ayala Manrique, que intentó escribir unas adiciones al *Tesoro* de Covarrubias, registraba *cachivache* y decía:

Es uno de los apodos que jocosa y vulgarmente se suelen dar de poca prudencia o estimación; que en el mismo estilo son sinónimos *chuchumeco*, *chisgarabís*, *mequetrefe*, *trasto*, *badulaque*, que todas son voces ofensivas de las que manda el Evangelio que se excusen.

Ese tratamiento despectivo de *cachivache*, que era frecuente en España (la Academia lo registra todavía con el valor de “hombre ridículo, embustero e inútil”), pasó indudablemente a América. En la Argentina no es raro, y aparece en la letra del famoso tango de Discépolo: “¡Si no es pa suicidarse, que por ese cachivache sea lo que soy!” Ese *cachivache* era la mujer que había amado y que esa madrugada, “sola, fané y descangayada”, vio salir del cabaret.

Es indudable que la aplicación de *cachivache* a las personas llegó también a Venezuela. El sufijo *-ín*, frecuente en una serie de términos despectivos (*borrachín*, *patiquín*, etc.), le dio más carácter personal. Pero el sentido específico que tomó la palabra en la región andina se debe sin duda a la asociación con *bachi*, abreviatura familiar de *bachiller* en todo el país.

El *cuchivachín* es efectivamente muchas veces un bachiller, o un *bachillercito*. Y *bachiller* (y aun más *bachillera*) tiene tradición despectiva desde el siglo XVI. Ya hacia 1535 decía el fino Juan de Valdés: “porque estos presumen por el ordinario más que saben, cuando alguno hace muestras de saber lo llaman *bachiller*, y a las tales muestras llamamos *bachillerías*”. En Venezuela es frecuente jugar burlonamente con el término: “Se hizo bachiburro”, “Está estudiando bachiburrato”. Por eso nos parece que el contenido despectivo de *bachiller* está presente, junto al de *cachivache*, en el presumido y pedante *cuchivachín*.

Fuete o foete

Dice el lexicógrafo colombiano Roberto Restrepo, en sus *Apuntaciones idiomáticas*, a propósito de *fuete* y *fuetazo*:

De grado tomara yo un látigo y diera de latigazos (que *latigazo* y *látigo* se dice, y no *fuetazo* ni *fuete*) a estas acémilas que tratan de comulgarnos con tan repugnantes galicismos. ¿Y qué diremos de los presumidos que dicen *foete* y *foetazo*? ¡Dios nos los tenga lejos de las narices!

Esa frase solo puede tomarse como signo de intemperancia. *Fuete* (del francés *fouet*) y su derivado *fuetear* (de *fouetter*) tienen amplia vida en la mayor parte de América. Ya en 1763 usaba *fuetiados* el poeta Luis José Peguero, de Santo Domingo. En la misma patria de Restrepo escribía *fuete o foete* Jorge Isaacs, en su famosa *María* (“una varita de guásimo que le servía de foete”, “Prometo no mostrarle ni siquiera el fuete”), y la dualidad de formas se debe a simple interpretación gráfica de una sola pronunciación (lo mismo que *Goajira-Guajira*). En Cuba lo usa Fernando Ortiz (“lo castigaba el fuete del mayoral”), y es general en todas las Antillas, en América Central, en México, en el Ecuador (“El Fuete” se llamaba un semanario humorístico) y llega hasta el Perú. Con rica fraseología: *dar una fuetiza* en Puerto Rico y Santo Domingo (*una fuetera* en la costa de Colombia); *repicar uno el fuete* (tener el mando) en Puerto Rico; *echarse un fuetazo* (o *palo* de licor) en Cuba; *comprar el fuete para cuando se tenga el coche* (hacerse ilusiones prematuras) en México.

Amplia vida ha tenido y tiene también en Venezuela. *Foete* en los artículos de costumbres de Sales Pérez (año 1875), en *Graves y agudos* de Job Pim, en *Mene* de Ramón Díaz Sánchez, en *Tierra del sol amada* y *La casa de los Ábila* de Pocaterra, en *Tío Tigre y Tío Conejo* de Antonio Arráiz y últimamente en *Casas muertas* de Miguel Otero Silva; *fuede* en *El paso errante* de Pedro Emilio Coll (“resonaban los cascotes de los flácidos caballos bajo el fuede y los improperios de los isleños”). Además, *foetear* en *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri (“las crines le foetean el rostro”), en *Queniquea* de Gonzalo Patrizi, en *Odio* de Bracho Montiel. *Foetazo* en *Un viaje en tranvía* de Eugenio Méndez y Mendoza y en *Tierra del sol amada*. Todas estas formas viven como el pez en el agua en el Hipódromo Nacional (en los últimos tiempos ha llegado desde la Argentina y Chile la *fusta*, de más tradición castellana) y tienen extenso uso popular —quizá excesivo desde otros puntos de vista— en todo el país: “Le echaron una fueteadada de película”.

Ya el *Correo del Orinoco*, del 6 de marzo de 1819, anunciaba la venta, junto a otros artículos, de “fuetes para caballos”, recién llegados a Angostura en una fragata inglesa. Cuenta Level de Goda, en su *Historia*, que el general Julián Castro, que había delegado la Presidencia de la República en Tovar, se presentó de pronto en la Casa de Gobierno, en la noche del 13 de junio de 1859, para reasumir su cargo, “calzado con botas de campaña, llevando un foete en la mano y en insolente actitud”. Miguel Carmena, en “El Monitor Industrial” de Caracas, del 18 de marzo de 1859, consideraba *foetear* o *fuetear* como voz corrompida. Desde entonces no han cesado de combatirlo. Tachar una palabra de corrompida es aplicarle una especie de código penal o sanitario, y taparse ojos y oídos para no verla ni oírla. ¿No es más fecundo escudriñar su vida?

Fuede y sus derivados tienen por lo menos dos siglos de vitalidad americana. Don Pedro Henríquez Ureña creía que habían llegado a América a través de los libros. Pero no nos parece verosímil. ¿Cómo iba a llegar

a América en el siglo XVIII por los libros un galicismo de significación tan material como *fuate* sin haber penetrado en el castellano de España? La incorporación de una palabra de este tipo solo se explica —nos parece— por contacto directo de lenguas. Así se ha difundido en catalán (*fuet, fuetada, fujetejar*), donde tiene rica vida popular y literaria, y en algunas partes de Italia (*foetto* en Piamonte y Emilia Occidental; *fuetto* en Génova y en el habla marítima). Por eso creemos que el *fuate* americano ha tenido su expansión desde las Antillas francesas, donde negreros, mayores y capitanes de barcos bucaneros lo utilizaban como instrumento supremo de convicción y de gobierno.

Embostar

Que el enlucir o *empañetar* las paredes con una mezcla de barro y bosta o de ceniza y bosta se llame *embostar*, como sucede en toda la región andina de Venezuela, y también en el Río de la Plata, es perfectamente comprensible. Pero que el asolear la ropa enjabonada para aclararla sea también *embostar*, en casi todo el país, eso es realmente extraño, y hasta inverosímil.

Y, sin embargo, así es. La ropa sucia, después de empapada en agua y enjabonada, se pone a *embostar*, es decir, se coloca sobre piedras, láminas de zinc o de hierro, etc., y se deja así hasta el día siguiente, para que le dé el sol, el cual ayuda a la acción penetrante y blanqueadora del jabón. *Embostar* es aclarar o blanquear la ropa enjabonada, al sol y al aire. En las casas suele haber un sitio destinado especialmente a ese fin: el *embostadero*, por lo común una plataforma de cemento un poco levantada sobre el nivel del suelo. Después de *embostada*, la ropa se enjuaga (eso se llama *sacarla*), se exprime y se cuelga al sol. Los trapos sucios se lavan en casa, pero se secan al sol.

Esa es la vieja técnica del lavado, hoy en renovación con la introducción de las lavadoras mecánicas. Los modernos jabones en polvo han centrado la propaganda de sus virtudes en que ahorran el *embostar*: “Ya no hay que embostar para blanquear, Lavasol perfumado pone el sol en su lavado”. Propaganda es propaganda, y nosotros solo nos responsabilizamos por el uso de la palabra.

El embostadero era sitio obligado en los *corrales* o patios de las viejas casas. Reinaldo y Rosaura —en *Reinaldo Solar*— se alejan de Caracas

por un callejón que los conduce a La Vega. Rómulo Gallegos describe la entrada del caserío (la frase se encuentra ya en *El último Solar*, la primera elaboración de la novela):

En las palizadas secábanse sórdidos harapos; en los interiores, diverso trajín e idéntica miseria; aquí una mujer que lavaba batiendo ruidosamente los trapos percutidos contra las piedras del embostadero; allí otra que, arremangada, amasijaba el pan con rápido movimiento de las manos.

En realidad, no es lo habitual batir la ropa sucia contra las piedras del *embostadero*, sino contra la batea. El embostadero tiene otra función. La tierna Ana Isabel, la de Antonia Palacios, iba al corralón de su casa de la plaza de la Candelaria a ver a Mariposa y Lucerito, las dos vacas lecheras recién instaladas en él: “Había que atravesar el embostadero y caminar cuidadosamente, a causa de la ropa enjabonada que yacía por el suelo”.

¿Y de dónde ese insólito nombre de *embostar*, desconocido fuera de Venezuela, para el clarear o asolear la ropa? Parecería más adecuado para lo contrario, para ensuciarla o emporcarla. Sin embargo, nos dice un informante que en el Oriente de Venezuela era habitual meter bosta (aquí se llama así exclusivamente la de vacuno) en la ropa sucia, sobre todo la de los niños, y dejarla al sol. El estiércol de ganado tiene efectivamente potasa, sales y ácidos. Y agrega que en los cuarteles de caballería de España se limpiaban (!) con bosta las mantillas y arneses. Aún más, una señora española nos asegura que con bosta se quitaban, en Galicia al menos, las manchas de vino tinto de los manteles.

Hemos consultado a infinitas personas de todas partes del país, y, salvo nuestro informante, nadie sabe que se haya usado alguna vez la bosta para lavar. Más bien nos aseguran que deja manchas. Sí se le da en Venezuela una serie de usos diversos. Desde luego, como abono. Y como combustible (hay hornos de bosta o de turba, para hacer ladrillos). Es

frecuente en el interior quemar bosta seca para ahuyentar *la plaga*. Ya hemos visto que se usa para *empañetar* paredes y techos. Y aun tiene una serie de aplicaciones en medicina doméstica. Para uso externo, las cataplasmas de bosta se recomiendan contra los dolores reumáticos, hinchazones, úlceras, etc., como en la vieja tradición española. Y para uso interno, el cocimiento en leche, o la infusión en agua de lechuga, de saúco, etc., o bien exprimir el jugo de la bosta fresca (se beben varios vasos al día, contra el asma, el sarampión, o la tosferina). Y hasta hay personas que llevan un saquito de polvos de bosta atado en la *hoyita* (la hoyuela), lo cual las protege infaliblemente contra una serie de enfermedades. Pero que se lave con bosta, en lugar de jabón, no lo hemos podido comprobar.

La explicación de *embostar* que nos dan casi todas las personas consultadas es la siguiente. La ropa empapada en agua y enjabonada no se extiende; la lavandera deja caer cada pieza como si fuese bosta de ganado: las piezas de ropa toman en el embostadero la forma de plastas de boñiga. Sin duda *embostar* empezó siendo una imagen humorística, una vulgaridad graciosa del habla campesina. Y no hay cosa que cunda más que las vulgaridades, sobre todo si tienen cierta picardía.

Hay otra expresión venezolana, bastante grosera, que tiene origen análogo: “Fulano puso la torta en la reunión de ayer” (*metió la pata*), “Si no me ayudan, pongo la torta” (= hago un lío o desaguisado). Se aplica frecuentemente a los excesos alcohólicos: “Anoche puse la torta. Me rasqué”. A veces se juega con la expresión: “Puso la torta de Babalú con diecisiete velas” (“Dame diecisiete velas pa ponerte en cru” —decía la canción cubana de Babalú, un brujo negro). O bien, con juego de colores: “La puso de oro”, que nada tiene que ver con poner *de oro y azul* a alguien. Es frecuente el uso exclamativo: “¡Qué torta!” Antes era habitual: “¡Qué plasta!”, “Puso la plasta”. Todas ellas son variantes, más o menos eufemísticas, de una sucia expresión española. Quien lo

hereda no lo hurta. La afición coprológica o escatológica del español es antigua, de todas las épocas. Se manifiesta no solo en el uso insistente de ciertas palabras exclamativas, sino en un rico repertorio humorístico. Que en la Roma de los Césares está representado por el hispano Marcial. En el siglo de Oro, por el genio de Quevedo, más el apócrifo que el auténtico. Y aun en pleno romanticismo, por la procacidad desgarrada de Espronceda.

El español ama la expresión cruda. Pero América quizá sea en materia de lenguaje más recatada y pudibunda. Hay mayor afición al eufemismo que a la palabrota, y si una palabra se contamina de valores obscenos, lo probable es que se la destierre completamente de los otros usos (a veces hasta se cae en la gazmoñería). En Venezuela embarrarse no es precisamente ensuciarse con barro: “Ese niño está todo embarrado”. Y por eso quizá, para compensar el desplazamiento expresivo, se usa *pantano* en lugar de *barro*, aun en el habla culta: “Ese carro me salpicó de pantano”.

De manera análoga, por afición eufemística, se explica el uso, general en Venezuela y gran parte de América, de *fundillo*: “Le dio una patada por el fundillo”. En *Pobre Negro*, de Rómulo Gallegos, cuando llega el decreto de Monagas de abolición de la esclavitud dicen los negros: “¡Ya semos libres, manitos...! Ahora tós semos iguales, y el que quiera su escudilla llena y jumeante y su bolsillo repleto de oro tiene que mojarse el fundillo destopochando y dando el paso e vera con el sudor de la suya”. Una dama muy fina observa a otra: “Con ese vestido se te marca demasiado el fundillo” (o “te queda prensado el fundillo”). También se usa el *fondillo*, o los *fondillos*, que en el castellano general designa la parte trasera de los calzones o pantalones. La forma en *u* y el uso en singular se debe sin duda a influencia portuguesa: *fundilho* (*lh* se pronuncia como *ll*), derivado de *fundo*, es como se dice en Portugal. Pero la evolución semántica, de significar una parte de la ropa a la del cuerpo que recubre,

es original de América. También se usa en Caracas, con ese mismo valor, y seguramente en otras partes de Venezuela (llega hasta Guatemala), *fuste*, que es una extensión del de la silla de montar; “Le dio un pellizco en el fuste”. Y además una vieja palabra castellana que no habíamos tenido ocasión de oír en otras partes: “Le dieron una patada en el tafanario”.

“Al pan, pan; y al vino, vino” es la actitud radical y franca del español. El hispanoamericano, en cambio, aplica a veces, como hemos visto, otro refrán: “A falta de pan, buenas son tortas”.

Misia

Reiteradamente se encuentra la afirmación de que el tratamiento venezolano de *misia* (“Siéntese, misia Dolores”, “¿Cómo está, misia?”, “A la orden, misia”) se debe al inglés *Mistress*, pronunciado *misís*. Los parecidos suelen ser engañosos. La verdad es que *misia* no tiene nada que ver con el inglés y responde enteramente a la tradición española. Trataremos de demostrarlo.

En primer lugar, se da en toda América del Sur, aunque ya está casi olvidado en algunas ciudades. En Buenos Aires, por ejemplo, no se usa hoy, pero era habitual a fines del siglo pasado. Una comedia uruguaya de hace cincuenta años, de Ernesto Herrera, se titula *La moral de misia Paca*. En Chile, entre las coplas ditirámicas o *cogollos* se ha recogido la siguiente:

¡Que viva mi sia Juanita,
cogollito de limón,
candadito de mi pecho,
llave de otro corazón!

A veces se ha registrado como *mi seá*, *mi sia*, *misiá* (en rigor, cuando va unido a un nombre no tiene acento ninguno). En España se usaba hasta hace poco, en Galicia, donde parece hoy olvidado. Así, en su tiempo Cuervo lo había observado entre gallegos, y Ciro Bayo decía en 1910: “Las ancianas aristocráticas de Galicia, a principios del siglo XIX, se daban el tratamiento inglés de *misias* (mistress) en recuerdo del hermoso Lord Wellington”. Dejemos de lado su etimología, y aceptemos su testimonio sobre el uso. Que se confirma con un pasaje de Emilia

Pardo Bazán, en *El cisne de Vilamorta*, de 1884. Describe la familia de Segundo García: “En cuanto a la tía, misia Gaspara, era el alma de aquella casa, alma estrecha y sin jugo, senectud acartonada, silenciosa y espectral”. Y aún más ampliamente en Valle Inclán. “Misia Carlota” es la anciana generala de su *Beatriz* (recogida en *Corte de amor* y en *Historias perversas*). Detengámonos únicamente en su *Farsa y licencia de la reina castiza*. Dialogan la vieja Infanta Francisca y Jorobeta:

— ¡Hay que ver la sabiduría
que se guarda en esa sentencia!
—¿Mucha, verdad?
—Mucha, Misia.

Y más adelante:

—Toma, para que fumes, una peseta.
—Se agradece, Misia.

Luego lo usa Mari-Morena al dirigirse a la Dueña: “Misia Doña Pepa, hay tremolina en ciernes”. En 1928 todavía lo recoge el *Diccionario galego-castelán* de Carré como contracción de *miña señora*.

¿Y de dónde procede esa *misia*? El origen está claro, y ya lo ha explicado Rufino José Cuervo. Es una de las formas de *mi señora*. Las fórmulas de tratamiento presentan extremo desgaste fonético: *vuestra merced* se ha transformado en *usted*; *vuestra señoría*, en *usía*. Ese desgaste es mayor cuando el tratamiento va unido al nombre: *dominum Johannem* ha dado *don Juan*. De modo análogo, *señor* se ha transformado paulatinamente en *señó*, *seor*, *seo*, *so*, *ñor*, *ño*. *Señora*, a su vez, en *seña*, *sea*, *sia*, *sa*, *ñora*, *ñoa*, *ña*. Los usos de *ño Juan* y *ña María* representan formas extremas para el trato con personas de las clases inferiores. En cambio, *seá*, *siá*, *sa*, han recibido el apoyo del posesivo *mi* para dirigirse respetuosamente a las señoras (algo como *ma dame*). *Mi sa* era muy frecuente en la época

clásica. En una linda comedia de Rojas Zorrilla, *Entre bobos anda el juego*, dice don Lucas al padre de su prometida (jornada III):

—No he de casarme con ella,
aunque me hicieran pedazos;
solos estamos los dos,
nadie nos oye en el campo:
Volvéos a mi sa Isabel
A Madrid, sin enojaros.

Repetidas veces se encuentra en el teatro de Tirso: “Mi sa doña Mayor” (Desde Toledo a Madrid, III, escena V), “Mi sa Juana” (*La santa Juana*, II, escena II), “mi sa doña Lucía” (*No hay peor sordo*, II, escena XIX). Luego en *El lindo Don Diego de Moreto*: “mi sa la Condesa” (II, escena VIII). A fines del siglo XVII, en *El castigo de la miseria* de Juan de la Hoz y Mota: “mi sa Isidora”, “mi sa doña Isidora” (II), “mi sa doña Clara” (III). Todavía en el siglo XVIII aparece con mucha frecuencia en los sainetes madrileños de Ramón de la Cruz. Por ejemplo, en *La Petra y la Juana* (“mi sa doña Sinforiana”) o en *Los novios espantados*: “mi sa doña Gervasia”, “mi sa doña Cayetana”.

También fue general en toda esa época *mi so*, el masculino correspondiente. En la *Comedia famosa de La entretenida*, de Cervantes, el criado y la fregona se tratan recíprocamente de “sora Cristina”, “el sor”, “mi so Ocaña”, “mi so galante”, “el so Torrente”, “el so paje”, “el so lacayo”. De modo burlón, en *La cueva de Salamanca*, de Alarcón: “so teniente”. Ese uso de *mi so*, aunque raro, se conserva todavía en alguna región de Colombia. Pero *so* se ha fijado en la lengua general en expresiones insultantes, para ambos géneros: ¡*so animal!*, ¡*so bruta!* El femenino *sa* sobrevive aún en partes de México, pero extendido también al masculino: “sa María”, “sa Miguel”. Y con el posesivo, se considera distinguido en Antioquia y Caldas (Colombia): “mi sa María”.

Pero aunque *mi sea María* (o *misia María*) representa una forma menos desgastada, no la hemos podido documentar en la época clásica. En cambio, era muy frecuente el masculino *mi seo*. En *La renegada de Valladolid* de Luis de Belmonte Bermúdez, de hacia 1635, Naranjo, un estudiante que quiere sentar plaza de soldado, aborda al capitán: “Mi señor capitán”. Pero en cuanto ha tomado confianza, le dice: “mi seo capitán”. Al sargento, simplemente: “Seo Sargento”. Y este le contesta, burlón: “Seo matamoros”. En la misma comedia, en forma insultante: “seo estropajo”, “seo mosto”. En *El castigo de la miseria* es más frecuente *seor*, pero Don Marcos, el avaro, llama “seo Garuya” a su criado gallego. Todavía era frecuente en el siglo XVIII. En *¿Cuál es tu enemigo?* de Ramón de la Cruz, de 1769, encontramos “seo maestro de esgrima”. Pero muchas veces era ofensivo. En las *Foncarraleras*, del mismo Ramón de la Cruz y de ese mismo año, “seo Melenas”. En Iriarte, “seo guapo”. Es sin duda ese mismo *seo* el que se conserva en el *mi seo* del Táchira: “¡Qué va, misio, no le doy ni una locha!”, “¡Deje la cosa, misio, que ya está bueno!”. Colombia y la región andina de Venezuela conservan con bastante fidelidad los viejos tratamientos, y todavía usan *su merced*, *su mercecita* o *su mercedita* (“¿Cómo está su mercecita?”). El femenino de *mi seo* es *mi sea*, pronunciado habitualmente *misia* (*misia Dolores*), del mismo modo que *línea* se pronuncia *linia*, por tendencia a la diptongación, en todo el ámbito del castellano.

Algo más aún. En *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri la vieja esclava cuenta el episodio del rey Herodes:

El rey quería matar a Papá Dios antes que Papá Dios tuviera tiempo de montársele. Y va y le dice un día al mayordomo: —¡Mayordomo, venga acá! Usted va a salir ahorita mismo y me va a matar a todos los muchachos que haya. Ya lo sabe. Que no se salve ninguno. Y el mayordomo le dijo: —¡Ay, Misia Carramajestá, así se hará! Y salió y empezaron a matar muchachos...

Y entonces el mayordomo fue a casa del rey y le dijo: ¡Ay, Misia Carramajestá, ya los matamos a toditicos!

Ese Misia Carramajestá se remonta a Mi Sacra Real Majestad del siglo XVI. En los cuentos populares venezolanos se convirtió, humorísticamente, en Sacarreal Majestad: *Mi sa Carrealmajestá, mi sa Carramajestá, misia Carramajestá*. Se ve ahí por lo menos un resto de la vieja alternancia entre *mi sa* y *mi sea*.

¿Será nuestro *misia* —como se ha dicho— la persistencia de una abreviatura lacayuna y fregonil? No lo creemos. Aun la forma *mi sa*, que presenta aún mayor desgaste, la usaban personas distinguidas al dirigirse a sus iguales, al menos en el teatro de Rojas Zorrilla, Juan de la Hoz y Ramón de la Cruz.

El uso venezolano es prolongación del español clásico. Lo encontramos documentado en la *Venezoliada* de Núñez de Cáceres, de 1881. En la época colonial —dice— trataban a la blanca de *señora* o *doña*, pero si tenía nombre ilustre y sangre pura “entonces se llamaba a la mantuana por señora, además, misia Fulana”. Luego se encuentra en Bolet Peraza y en *Peonía* de Romero García. Hoy es general en el habla popular y familiar de todo el país. Lo usa sobre todo el personal de servicio o los vendedores de tiendas. Pero puede darse en todas las esferas sociales al dirigirse a señoras de edad en actitud respetuosa, sobre todo por parte de niños y jóvenes. También en actitud de juego familiar: “¿Qué dice, misia?” Y aun se le puede preguntar al marido, amistosamente “¿Cómo está la misia?” También se oye despectivamente: “¿Qué se hizo la misia?”, “La misia se pasó todo el día en la calle”. De todos modos, en los campos se usa más que en la ciudad, donde poco a poco se pierde todo respeto. Y aunque no parece de ningún modo reprochable, es posible que termine por llevarse el vendaval de los usos nuevos.

Quizá nos encontramos hoy en castellano ante la pérdida general del *mi* de los tratamientos, el viejo *mi* que se remonta a la época de *Mio Cid*.

Actualmente se considera arcaico fuera del orden militar (“mi sargento”, “mi capitán”, “mi coronel”). Pero entre nosotros es extraordinariamente frecuente en el tratamiento cariñoso: “¡mi amor!”, “¡mi vida!”, “¡mi corazón!”, “¡mi cielo!”, “¡mi encanto!”, “¡mi negra!” (“¡No te aguantas eso, mi amor!”, dice una mujer, aun con la mayor indignación). O en el amistoso: “mi hermano” (o “mi hermanazo”), “mi amigo” (o “mi amigazo”), “mi vale”, “mi tercio”. O entre padres e hijos: “mi viejo”, “mi vieja”, “mi hijo”, “mi hijito” (que se ha extendido fuera de la familia). O del personal de servicio: “mi doña”, “mi niña”, “mi amito” (“Adiós, mis niñitas”, dice Vicente Cochocho, al despedirse, en *Mamá Blanca* de Teresa de la Parra). También oímos: “mi jefe” (sobre todo humorísticamente), “mi doctor”, “mi señor” (“Dígame, mi señor Fernández”), “mi profesor” (“¿Cómo está mi profesor Rosenblat?”), “mi don” (“¿Por qué tan perdido mi don Martín?”, dice un personaje de *La casa de las cuatro pencas* de Urbaneja Achelpohl; “No se preocupe, mi don”, en *Farallón*, de Agustín García), “mi Blanca” (era tratamiento cariñoso que daba Hilario Guanipa a Adelaida, su mujer, cuando llegaba a deshoras a la casa). Y últimamente se han introducido otros dos, muy amistosos: “mi llave”, “mi caballo”. Cariñosamente se le puede preguntar a un amigo: “¿Cómo está mi caballo?” (o “mi caballito”). Las carreras del Hipódromo están produciendo una hermandad que no se hubiera atrevido a recomendar ni San Francisco de Asís.

Misia, equivalente de *mi señora*, está dentro de la tradición española. Es una vieja fórmula de cortesía. Y si hoy está perdida en la mayor parte del dominio hispánico es sin duda por la crisis general de los tratamientos producida en el siglo XIX. Venezuela la conserva aún porque, junto a su fuerte espíritu innovador, es una de las tierras hispánicas más conservadoras en materia de lenguaje.

Lupa

Nos preguntan si está bien usar *lupa*, que no figura en el Diccionario de la Academia. La voz es de origen francés (*loupe*), y en francés es tradicional, hasta en valores figurados (“L’oeil de la vanité est une loupe qui grossit les plus petits objets”). En 1923 el académico Don Manuel de Saralegui encontraba nuestra *lupa* “entre la broza indigesta que adultera el exquisito manjar del castellano” y lo consideraba un galicismo antipático, superfluo, empalagoso y grotesco, “un galicursi desatino”, uno de los muchos términos franceses que en los últimos tiempos “han mancillado torpemente el idioma de Cervantes”. ¿No es desmedida la indignación del excelentísimo Sr. de Saralegui contra la pequeña y útil *lupa*?

Cree que con *lente* basta. Evidentemente le saca de quicio nuestro pobre vocablo: “¡Nunca nuestros padres han sentido necesidad de servirse de él!” Sin embargo, nos parece que, a pesar de las críticas, el nombre de *lupa* es hoy general. Se ha impuesto en catalán y en portugués. La *Enciclopedia Espasa*, tan conservadora, dice en este caso: “Galicismo admitido en el lenguaje común”. Lo encontramos en una serie de libros técnicos de España y en la espléndida prosa de Ortega y Gasset. Dice en una nota sobre el *amor cortés*:

No hace falta acercarse, lupa en mano, al detalle histórico para que surja ante nosotros con su perfil diferente tan varia forma erótica.

Y al hablar del realismo literario: “Los mejores ejemplos de cómo por expresar el realismo se le supera —no más qué con atender lupa en

mano a lo microscópico de la vida— son Proust, Ramón Gómez de la Serna, Joyce”. Por su parte Ramón Gómez de la Serna dedicó recientemente a la lupa un artículo (“La lupa del padre”, en “El Universal”, 8 de enero de 1956), rebotante de greguerías: “Si todo en los cuentos de los niños era sublimar las cosas y los seres, desmesurarlos, sacarlos de quicio, la lupa era el antejo de los cuentos”.

Cristal de aumento o lente de aumento o lente biconvexa, que se han propuesto en su lugar, no creemos que expresen lo mismo. La lupa no es cualquier cristal de aumento. Los de lentes o aparatos no los llamamos nunca lupas. Es siempre de uso manual, y presta servicios inapreciables en la lectura de planos y manuscritos antiguos o en el examen de flores o insectos, o de joyas, cuadros y objetos diversos. Es un cristal más o menos grande, por lo común circular, generalmente rodeado de un marco metálico, de madera o de marfil, y provisto de un manguito, que puede ser también de materias diversas. Las hay sencillas y las hay lujosísimas.

No nos parece mal el nombre de *lupa*. Su pecado de origen —la procedencia francesa— le asigna un lugar muy digno en nuestra lengua junto con dos mil o tres mil palabras más que han venido de Francia desde la época del Cid hasta hoy y sin las cuales ya no se podría hablar ni pensar en castellano.

Rastacuero y arrastracueros

El gran Alejo Carpentier, apoyado en un pasaje de *Don Secundino en París*, ha puesto en duda mi vieja idea del *rastacuero*. Y como el tema es de interés venezolano, lo voy a tratar en toda su amplitud.

En primer lugar, hay una expresión venezolana tradicional que es *arrastrar cuero*, o *arrastrar cueros*. Si alguien hace ostentación de su riqueza, de su poder o de sus méritos, se dice: “Está arrastrando cuero” (o “le está arrastrando cuero a Fulano”). Un jinete pasa en un caballo bien enjaezado, con cierto alarde, y alguien comenta: “Está arrastrando cuero”. Hay en ese *arrastrar cuero* un afán de mostrar que uno es más que los otros, de asombrarlos, atemorizarlos o humillarlos. Uno se da ínfulas, o cuenta hazañas inverosímiles, y le interrumpen: “Déjate de arrastrar cuero”. Alguien, conocido como cobarde, desafía a otro, y la gente dice: “Le está arrastrando cuero”. En una mesa de juego o en una gallera surge un jugador que empieza a hacer apuestas a diestro y siniestro, sin tener dinero. No falta quien lo conozca y recomiende: “No le apuesten, que está arrastrando cuero”. A los guapos de oficio les llaman en el Guárico, según me informa José Antonio de Armas Chitty, *bulleros* o *arrastracueros*. También oímos: “Me estaba arrastrando el cuero”, es decir, me estaba mareando con la ostentación de su riqueza. Dice una copla llanera recogida por Luis Arturo Domínguez:

A mí no me arrastra cuero
el que no mate ganao;
porque si me lo arrastra seco,
yo se lo arrastro mojado.

Es la réplica al alarde ajeno, en violento contrapunteo. Literalmente, dentro del ambiente ganadero, significa: Si usted no tiene dinero (es decir, no puede matar ganado), no me arrastre un cuero seco, que en cualquier parte puede conseguirse, porque yo se lo puedo arrastrar mojado o fresco. Samuel Darío Maldonado, en *Tierra nuestra*, recoge el uso popular. Ramírez cuenta, con vivacidad autobiográfica, las penurias de un maestro de escuela en un pueblecillo del interior. Y Kalunga se asombra:

—Lo que me cuenta es inaudito. Me desconcierta a mí, que no me arrastran cueros, que mato un burro a pellizcos.

Que no me arrastran cueros quiere decir ahí que no me asustan con nada. Porque *arrastrar cueros* es uno de los recursos habituales en los pueblos del interior para asustar a la gente durante la noche, sobre todo a las personas que temen a los espantos nocturnos. Los cueros secos de res arrastrados en la noche simulan el paso de un tropel fantasmagórico.

Ese recurso responde a viejas creencias. Olivares Figueroa ha recogido en *Margarita* dos relatos. El Caballo sin Cabeza o el Caballo de Media Noche —uno de los aparecidos de la región— atraviesa el pueblo a altas horas de la noche arrastrando un cuero adherido a la cola. A veces es una Cochina la que pasa por las calles arrastrando un cuero seco, o cadenas, en el silencio de la madrugada. Sin duda el arrastrar cueros es una variante del recurso, más universal, de arrastrar cadenas, habitual en todos los fantasmas o aparecidos.

Ese arrastrar cueros encontró su consagración en el conocido ardid del general Páez, tan compenetrado con los usos y creencias de su pueblo. Él mismo lo cuenta en su *Autobiografía* (cap. XI), al narrar los episodios de 1819:

Atravesó el ejército realista el río Apure sin oposición, y nosotros nos retiramos al otro lado del Arauca. Cuando ya tenía Morillo su ejército preparado para el día siguiente marchar en

nuestra busca, hice traer cuatro caballos salvajes a la orilla de su campamento, y como a tiro de fusil. Siendo las diez de la noche mandé que les ataran cueros secos al rabo y que los soltaran en dirección al campamento haciendo al mismo tiempo algunos tiros. Los caballos partieron furiosamente disparados por entre el campamento, y los españoles creyeron que les venía encima una tremenda carga de caballería; varios cuerpos rompieron el fuego, cundió el desorden por todas partes, y nuestros caballos hicieron más estrago en su impetuosa carrera que los dos mil bueyes que Aníbal lanzó sobre el campamento romano. Al día siguiente no pudieron los españoles ponerse en marcha, y dos o tres días perdieron en organizarse.

Es posible que el ardid de Páez generalizara la expresión: *arrastrar cueros*, simular una fuerza que no se tiene, amedrentar al prójimo con recursos ficticios. Es una variante, acuñada en Venezuela, del castizo *meter ruido* o *hacer ruido*. En 1881 estuvo en Caracas José Martí, el héroe de Cuba, y seguramente de esos días data su observación sobre el uso venezolano: “*Arrastrar cuero*. Echar pompa, alardear de rico o de valiente”. Luego dice Gonzalo Picón Febres en 1912: “*Arrastrar un cuero*. Soltar o echar a tiempo una baladronada, fanfarronada o ronca, con el fin de intimidar o de importantizarse”. En nuestros días lo recoge Lisandro Alvarado: “*Arrastrar cueros*: proferir baladronadas, fanfarronadas”.

Pero ya en 1889 Baldomero Rivodó lo asociaba con el *rastaquouère* francés. En sus *Voces nuevas*, publicadas en París, registraba *arrastrar cueros* y los sustantivos *arrastracuero* o *rastracuero*, y agregaba: “En Francia se ha introducido recientemente el término *rastaquouère*, que quizá guarde analogía con nuestro *rastracuero*”.

La asociación es ya más viva en *Don Secundino en París* de Tosta García, terminado en noviembre de 1894. El autor, que ha hecho su viaje con el pintoresco Don Secundino Becerro, se lo encuentra en un

dancing sentado a la mesa con cinco o seis damiselas a las que ofrece champaña, y le pregunta lo que pasa:

—Es que estas señoritas, por señas, me han pedido que las brinde, y yo no puedo pasar por descortés y miserable. Las he brindado. Acérquese usted para que beba también.

—No, Becerro, eso es una locura, y dentro de un momento tendrá usted a su lado un batallón. Aquí todas las mujeres piden de beber; pero no se invita sino a la que se quiere galantear. No haga esas cosas en público, porque lo llaman *rastaquouèr*.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Arrastracueros, compadre, es decir, un tipo que quiere aparecer más de lo que es en realidad, algo así como pedante, tonto o ridículo.

—Pues yo no le arrastro cuero a nadie —replicóme airado— porque he traído muchas morocotas para gustar, y si estos jurungos creen lo contrario, que vengan para que se persuadan.

El *arrastracueros* venezolano tiene, como hemos visto, un origen clarísimo. Pero ¿de dónde viene ese *rastaquouère* francés, que nos ha dado a su vez el rastacuero? Ya Rivodó, en 1889, señalaba que era voz reciente en francés. Tan reciente, que no creemos que sea anterior a 1880. *El Grand Dictionnaire Universel* de Pierre Larousse lo trae por primera vez en su Suplemento de 1890 y lo documenta en dos cronistas de la vida parisiense de aquellos días: Gastón Jollivet y Aurélien Scholl. La voz ha nacido en esos momentos para designar al *nouveau riche* o al *parvenu* ostentoso y exótico, sobre todo al de América del Sur. Aurélien Scholl lo usa en sus *Mémoires du trottoir*, de 1882. Habla de españoles y dice: “Pouah! des rastaquouères en quête d’expositions... Ils cherchent de l’or dans leurs pays et des truffes à Paris” (¡Puf!, rastacueros en busca de exposiciones. Andan detrás del oro en sus países y de trufas en París). Quizá sea aún anterior en un año o dos el retrato cargado de color que hizo

el mismo Aurélien Scholl de don Iñigo Rastacuero, el héroe epónimo del rastacuerismo. Y obsérvese que usa el nombre en forma castellana (“Don Iñigo Rastacuero, marquis de los Saladeros”). El pasaje lo reproduce el Suplemento del Larousse de 1890, y lo traducimos:

Rastacuero, que debía dar su nombre a la gran tribu de los exóticos, está aún presente en el recuerdo de todos, con su cara color de caramelo, dos ojos negros con movimiento rotatorio de ventilador, una gran nariz de loro por debajo de la cual unos espesos mostachos como de alambre se arqueaban orgullosamente poniéndole en cada cachete un punto de interrogación. Llevaba en los bolsillos pepitas de oro y naipes, cartas de Hernán Cortés y señas de mujeres. Cuando se quedaba limpio, Rastacuero hacía un pequeño viaje a América del Sur y regresaba unos meses después con dos millones en la cartera. Se decía que había ido a matar a alguien en la Cordillera de los Andes y que traía sus despojos. Al marcharse tenía la precaución de dejar sus señas: «Poste Restante» en Buenos Aires o Valparaíso. Rastacuero tenía los dedos cargados de sortijas y una cadena de reloj capaz de amarrar el ancla de una fragata. Tres perlas gruesas como huevos de avestruz le servían de botones de camisa, y plantaba en su corbata una garra de tigre con engarces de brillantes.

De ahí creemos que data el *rastaquouère* francés. No parece que tenga ningún fundamento la hipótesis que apuntaba —con otras— el Suplemento del Larousse de 1890, hipótesis que recogió Héctor France en su *Dictionnaire de la langue verte* de 1907, que repitió ese mismo año Gómez Carrillo, que reelaboró muy tardíamente Gastón Jollivet en sus *Souvenirs de la vie de plaisir sous le Second Empire*, de 1927 (sin duda lo escribió en 1919) y que tiende a aceptar como verdad etimológica Charles Aubrun en un artículo del *Bulletin Hispanique* de 1955. Jollivet lo cuenta así. El 9 de mayo de 1863 se representaba en el Palais-Royal de París una comedia musical titulada *Le Brésilien*, de Meilhac y Halévy.

Un falso brasileño, Príncipe de Acapulco, de tinte bronceado, rico y excéntrico, exclama tres veces en un simulado arrebatado de celos o de amor: “Quo resta buena avatas salem porto” (o “salen pampas”). Es una especie de galimatías pseudo brasileño para hacer reír al público. El actor, que era Brasseur, en vez de atenerse al texto, se dejó llevar por su propia inspiración y exclamó: “¡Astaquer, Bonastaquer, Rastaquouère!” Y comenta: “La araña tiembla, pero este torrente hizo reír a toda la sala. A la salida, espectadores y espectadoras, en los restaurantes y cafés, popularizaron ese vocablo estrepitoso”.

Para que un actor dijera *Rastaquouère* en lugar de *resta buena* a fin de hacer reír al público era preciso que la palabra fuese ya popular entre la gente en 1863, y no hay el menor indicio de que así fuera. Pero ¿no suponía Jollivet que *Rastaquouère* era una combinación puramente cómica de sonidos? Nos inclinamos a creer que el hacer arrancar la palabra de la representación de *Le Brésilien* surgió más tarde como ensayo de asociación entre el naciente *rastaquouère* y el *resta buena* del pintoresco príncipe brasileño de Acapulco. El lejano parecido de las palabras se veía favorecido por la proximidad de los dos tipos: el falso brasileño parecía un auténtico rastacuerdo. Hacia 1860 se inicia efectivamente la edad de oro del rastacuerdo sudamericano en París. El período de grandeza no parece que haya sobrepasado su gran crisis de 1914.

Es verdad que un actor puede acuñar un mote e imponerlo. Pero ¿cómo surgió ese mote? Da la coincidencia de que no era francés (hubiera sido *traîne-cuir*), sino una adaptación francesa de *arrastracuerdo*. Este *arrastracuerdo* no existe en España, y en Hispanoamérica no se conoce más que en Venezuela. ¿No es más claro que el agua que el *rastaquouère* francés solo puede ser la prolongación del tradicional *arrastracuerdo* venezolano? Pero vayamos con calma y analicemos otras dos posibilidades.

La primera es la que cuenta con el favor de mi amigo Carpentier. *Cue-ro* (también en francés *une peau*) es la mujer pública o la concubina, en

Venezuela, Puerto Rico, Colombia, Ecuador, México. *Arrastracueros* se habría aplicado, pues, a los turistas hispanoamericanos, frecuentemente acompañados en París, como Don Secundino, por una cohorte de meretrices. Pero no hemos encontrado nunca la expresión *arrastracueros* con ese valor en ninguna región hispanoamericana, y tampoco el arrastrar mujercuelas era lo característico del personaje, sino la ostentación de una riqueza, real o ficticia. Nos parece indudable que esa etimología ha surgido tardíamente en París, entre los hispanoamericanos, como una tentativa de explicar a posteriori el enigmático *rastacuero*.

La segunda, que encontramos en varios autores, le asigna origen argentino: el *rastaquouère* sería el *rastracueros* argentino, el ganadero enriquecido en el comercio de cueros que iba a derrochar su fortuna en París. Pero en la Argentina, donde hay efectivamente una clase social enriquecida con el comercio de cueros, nunca hemos encontrado *rastracueros* ni *arrastracueros*, y precisamente la palabra penetra en Buenos Aires a fines del siglo pasado como galicismo, inicialmente en la forma *rastacuer*.

No nos queda, pues, más que el origen venezolano, que nos parece evidente. El último *Larousse* francés lo admite, aunque confusamente: “Del sobrenombre Arrastracueros dado a un general venezolano que ataba cueros de buey secos a la cola de sus caballos, para que el ruido engañara al enemigo sobre el número de sus soldados”. Está recogida ahí, de modo impreciso, la versión del famoso ardid de Páez. Pero a Páez nunca lo llamaron, que sepamos, Arrastracueros, y no se ve cómo un sobrenombre de Páez hubiera podido imponerse en París. En cambio, el *arrastracueros* venezolano pudo incorporarse a la vida parisiense gracias a otro general que, independientemente de sus méritos efectivos, sí era, en el sentido venezolano, un auténtico arrastracueros: el general Guzmán Blanco, a quien el Congreso de 1873 había conferido el título de Ilustre Americano, y que era además el Pacificador y el Regenerador.

Guzmán Blanco hizo ocho viajes a Europa. Estuvo en París en 1863, en 1867-1868, en 1877 (después del Setenio), en 1879 (después del

triumfo de la Revolución Reivindicadora), en 1884 (después del Quinquenio), en 1886, y luego en 1887 (después de la Aclamación), y este fue su viaje definitivo. En 1863 conoce a Napoleón III y le seduce la pompa cortesana. En 1877 se aloja en la mansión que había ocupado el Emperador del Brasil, y la Venezuela de la época aparece, sin duda prematuramente, como tierra de millonarios. En 1879, recién elegido presidente, va a recibir honores de jefe de Estado, y le festejan el presidente de Francia y el rey de Bélgica. Sus recepciones y banquetes constituyen sonados acontecimientos de la vida mundana. Se pasea por los bulevares en carroza imperial tirada por soberbios caballos blancos y escoltada por jinetes uniformados. En 1886 casa espectacularmente a su hija Carlota con el Duque de Morny, un noble de nuevo cuño, pero ya arrumado (luego casará a su hija Mercedes con el Marqués de Noé). Rubén Darío, que aún no había estado en París, escribe en 1887, en Valparaíso, una novelita, *Emelina*, en colaboración con Eduardo Poirier, y lo presenta en las recepciones y fiestas envuelto en vistosos uniformes, condecoraciones, entorchados y garambainas, imponente y fatuo, con una mezcla de pavo real de Venezuela y Emperador de Oriente: “Meceñas de los extraños y mecomes de su pobre tierra”. En París lo llamaban el Duque Americano. ¿No es verosímil que sus compatriotas, siempre burlones e irreverentes, eternos cultores de la *guachafita* y la *mamadera de gallo*, le dieran allí el mote venezolano de Arrastracuero?

Por lo menos la asociación entre la figura de Guzmán Blanco y el rastacuerismo la encontramos en dos autores. Pedro Emilio Coll, en uno de sus artículos. *La Delpiniada*, nos lo pinta “venezolano en su médula y con algunos visos de rastacuero”. Y Rondón Márquez, que ha seguido todos los pasos de su amplia y rica vida, nos dice que su vivir fastuoso de París “no estuvo exento de rastacuerismo”. Precisamente el veterano periodista Aurélien Scholl, que nos parece que puso en circulación la palabra y fue durante veinte años, con su pluma y sus charlas de café, el rey del boulevard, asistió el 29 de octubre de 1879 al fastuoso banquete

de despedida que se le dio a Guzmán Blanco, como presidente en ejercicio de Venezuela, en el Grand Hôtel de París.

Creemos, pues, indudable que el *rastaquouère* francés es una prolongación del *arrastracuero* venezolano. Y además muy probable que la entrada de nuestro *arrastracuero* en París se haya producido hacia 1880, en la época de megalomanía y fastuosidad del Ilustre Americano. Ya Teresa de la Parra, en 1920, creía en el origen venezolano del *rastaquouère*. Dice Gabriel, en su *Ifigenia*:

Últimamente el tradicional *arrastracuero* (o *rastracuero*) va quedando poco a poco confinado al habla popular y rústica, y al olvidarse su origen se está confundiendo con *arrastrado*, y se aplica al adulante (porque se arrastra ante los demás) o a una persona despreciable: “Es un *arrastracuero*”, “Ese es más *rastracuero* que volverlo a decir”, “No es más que un *rastracuero* que se cree gran cosa”. En cambio, el francés *rastaquouère* ha alcanzado vida brillante: ha penetrado en el habla culta y literaria de España (se encuentra, por ejemplo, en *La voluntad de vivir*, novela póstuma de Blasco Ibáñez) y de toda Hispanoamérica, en el portugués y en el inglés. Y ha vuelto a Venezuela, de donde partió inicialmente, pero ya con el sello universalizador de París, que le da amplia entrada en buena sociedad (alternan *rastacuero* y *rastracuero* en la prosa literaria). En 1897 Julio Calcaño, con afán purista, proponía en su lugar el castizo *fachenda*, *fachendoso*. Pero ya nada podía oponerse a su triunfo. ¿No necesitó el tango argentino la consagración de París para poder penetrar en la buena sociedad de Buenos Aires? El viejo *arrastracuero* venezolano puede hoy pasearse por el mundo transfigurado en el *rastaquouère* francés o el *rastacuero* castellano. Fortuna parangonable a la de otro venezolanismo: la *putaca* de nuestros indios cumanagotos convertida en las ostentosas butacas de los teatros y salones de España y América.

¡Gua!

Santos Luzardo está dando lecciones a Marisela. De pronto ella se enfurruña con el maestro y quiere volverse para su monte. Pero acaba de encontrar un florero, y eso le sugiere la idea, enteramente nueva, de poner flores en la mesa. El diálogo se complica, y Santos tiene que afirmar:

—Siempre te he dicho que eres una muchacha inteligente.

—Sí. Ya eso me lo han dicho bastante.

—Parece que no te agradara oírlo. ¿Qué más quieres que te diga?

—¡Guá! ¿Qué voy a querer yo? ¿Acaso estoy pidiendo más, pues?

—¡El guá, otra vez!

—¡Umjú!

—No te impacientes —concluyó él—. Te llevo la cuenta de los guás y todos los días la cifra va disminuyendo. En todo el de hoy solo una vez se te ha escapado.

Luego, en uno de los diálogos imaginarios de Marisela, después de la escena del baile:

—Bien está Pajarote para lo que es: mas, para novio tuyo...

— ¡Gua! ¿Y por qué no, pues? ¿No era yo un bicho del monte cuando usted me recogió? Pa quien es su pae buena está su mae, como dice el dicho.

—Ya sabía yo que esta noche sería de guás y de refranes vulgares.

¿Será realmente tan vulgar el ¡*gua!* como creía Santos Luzardo? Vulgar o no, es viejísimo, y Arístides Rojas ha contado un curioso episodio

del siglo XVIII en que el protagonista es precisamente nuestro ¡*gua!* En 1771 llegó a Caracas, con el nuevo gobernador, Marqués de la Torre, el regimiento de Lombardía. Como es natural, la brillante oficialidad española se relacionó con lo mejor de la sociedad colonial. Poco después el regimiento fue trasladado a La Habana, ¡y Dios sabe si hubo lágrimas! Pero el prójimo convierte fácilmente las lágrimas ajenas en risas. Un humorista habanero, bastante malo por cierto, compuso con ese motivo unas décimas que envió a Caracas:

Juzgabais, a lo que entiendo,
que Lombardía os amaba;
mas de vosotras burlaba
según lo que estamos viendo,
pues que a cada instante riendo
de vuestro trato está acá,
porque nos dice que allá
la dama más melindrosa,
a una expresión amorosa
corresponde con un ¡*gua!*

El irreverente poema se burlaba de nuestras mujeres, a las que consideraba toscas, y de la ciudad de Caracas, “barrio de infelicidad”, “sierra entre breñas”. El Padre Juan Antonio Eguiarreta, nacido en Caracas en 1712 y Bachiller en Artes de nuestra Real y Pontificia Universidad, rompió lanzas, o rimas, en defensa de la mujer caraqueña. Sus versos no son más inspirados que los del vate habanero, pero los salva la buena intención. Mucho menos severo que Santos Luzardo, defiende el ¡*gua!*, que no es —dice— inculto ni chabacano, sino expresión muy lisa y llana:

Es el ¡*gua!* expresión civil
que en Caracas se dispuso,
autorizada del uso allá
por los años mil.

No es término bajo, vil,
brutal, ni falto de juicio;
es cardinal, es de quicio,
y en político congreso,
para admiración, expreso,
para desprecio, propicio.

El P. Eguiarreta ve cierto misterio reconcentrado en el ¡*gua!* y recuerda los nombres de la tierra: Guanare, Guarenas, Guaire, Guacara, Guaitoco y “diez mil a pares”. Y en España, Guadalajara, Guadarrama, Guadalupe. Defiende a capa y espada el ¡*gua!* de Caracas, que dice no, palabra del honor, frente al ¡*ajá!* habanero, que dice sí: el ¡*gua!* guarece, mientras el ¡*ajá!* deja ajadas.

La antítesis que hacía ingenuamente entre el ¡*gua!* caraqueño y el ¡*ajá!* habanero pudo haberla hecho entre Caracas y los Andes: el ¡*ajá!* (o ¡*anjá!*) es andino, y llegó a ser consustancial del elocuente diálogo de Juan Vicente Gómez (era su manera de tomar nota, un acuse de recibo verbal, sin afirmar ni negar). Y tampoco es raro en Caracas. En Margarita observaba Level, en el siglo pasado, que se usaba el ¡*jee!* con el valor de nuestro ¡*gua!*; hoy es mucho menos frecuente que este. Una octava popular, graciosa, aunque no del todo acertada, diferencia a las regiones venezolanas:

Por el modo de montar
conoce usted al llanero.
Al maracucho po' el habla,
al larense po' el sombrero.
Por el modo de jalar
y por el ¡*gua!* al caraqueño.
Y al andino po' el instinto
peleador y bochinchero.

Que me perdonen mis buenos amigos caraqueños y andinos. Es posible que el “modo de jalar” sea típico de Caracas (la adulación es propia

de todas las capitales), aunque quizá no sean siempre los caraqueños los maestros del arte. Pero de ningún modo creemos que los merideños, tachirenses y trujillanos sean más bochincheros o peledores que los zulianos o los demás venezolanos. Quizá esos versos procedan de la época de Castro y la invasión de los *chácharos*. A nosotros nos interesa ante todo la noticia sobre el ¡*gua!*! Hay también un diálogo de intención humorística que asocia el ¡*gua!*! con los nombres de ciudades venezolanas (Guacara, Guarenas, Guatire):

- ¿Qué tienes ahí?
 —¡Gua! ¡Cara!
 —¿Y qué tienes en la cara?
 —¡Gua! ¡Arena!
 —¡Te voy a tirar una pedrada!
 —¡Gua! ¡Tire!

A veces el ¡*gua!*! se transforma en ¡*guácimo!*!, por juego con el nombre del árbol: “¡Guácimo, mi hermana, te botaste!” Se oye a veces como piropo. Pero veamos ya los usos. Yo creo que hay un ¡*gua!*! discreto, y otro impertinente y antipático. El discreto es el de sorpresa: “¡Gua!, ¿tú por aquí?” El impertinente, el de la réplica: “—No hagas eso. —¡Gua!, ¿por qué no lo voy a hacer?” Los dos son frequentísimos, y el primero se encuentra aun entre gente culta, quizá más entre mujeres que entre hombres. Y los dos aparecen abundantemente, con matices variados, en toda la literatura venezolana que refleja el habla de la región central y llanera.

Primero en *Peonía*. La negra Celestina, al ver llegar a Carlos, exclama: “¡Gua, señor! ¡El niño Carlos!” Es el ¡*ob!*! o el ¡*cómo!*! de sorpresa o de asombro, el uso más frecuente. Pero tiene otros muchos valores. En *Por los llanos de Apure*, de Calzadilla Valdés, los peones se han ido al monte a *cascabelear*, o sea cazar serpientes de cascabel para quitarles las maraquititas. El autor pregunta para qué las querían, y el quesero le responde: “¡Gua, pa cambíale a don Fernando en el ható las maracas por

panelas de dulce!” Es la respuesta a lo consabido, a lo que no hay por qué preguntar (a veces se contesta con un simple “¡gua, chica!”, “¡gua, chico!”, a la pregunta que tiene una respuesta obvia). Pero otras veces es la réplica, casi siempre grosera, a la pregunta que se considera impertinente, o a una orden. En *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri, el coronel Zambrano, después del combate, se dirige a uno que pasa y le ordena que llame al corneta. El hombre, que no lo ha reconocido, le replica imprudentemente: “¡Gua! ¿Y para qué tiene esa bocota?” Otras veces destaca simplemente la pregunta, o la respuesta, añadiendo a ella un matiz exclamativo de sorpresa. En *Peregrina*, de Manuel Díaz Rodríguez, la muchacha, chocada por el aire sombrío con que llega su novio, le pregunta: “¡Gua! ¿Qué bicho te ha picado hoy, Bruno?” En *Doña Bárbara*, Antonio Sandoval se admira de la elocuencia de Pajarote, y este contesta: “¡Gua, zambo! Las palabras son para decirlas”. En *Vidas oscuras*, de Pocaterra, preguntan al general Estranón, para tirarle de la lengua, por qué habían tumbado a los godos, en la guerra federal, y otro contesta, con el mismo propósito: “¡Gua, chico, porque no servían!” Y como él terminaba por encolerizarse, el boticario lo apaciguaba: “¡Gua, general, no se caliente!” En este ¡gua! hay una leve reconvención o reproche, como en el ¡gua, chica! o ¡gua, pues!: “¡Gua, pues!, ¿vas a seguir con ese escarparte al hombro?” Es decir, deja ese fastidio o esa lata.

A veces equivale a “¡Qué sé yo!”. En *Puros hombres*, de Antonio Arráiz, Matías pregunta:

—¿Y Pedro?

—¿Pedro? ¡Gua! por ahí anda —le contestó la mujer desde la yacija. Hubo un silencio.

—¿Y Alberto?

—¿Alberto? ¡Gua! ¡Por ahí!

Y luego de un rato terminó la mujer:

—¿Yo sé, pues?

Pero no siempre es de rechazo o de réplica. Muchas veces equivale al ¡hola! castellano. En *Música bárbara*, de Díaz Rodríguez, el pobre ciego solía ir a casa de su padrino, y conversaba con él y con su hermana: “Esta, sobre todo, lo acogía con una dulzura invariable de abuela. A su “¡Alabado sea Dios!” o a su “¡Aquí está el ciego!”, aunque él no faltara nunca ella le contestaba siempre desde el corredor principal con un “¡Gua, Benito!”, impregnado de sorpresa cariñosa”. A veces es un ¡bueno, pues! de indiferencia. Cuando alguien, en *Cantaclaro*, manifestaba al guariqueño el propósito de jinetear el rucio, que solo se daba con él, contestaba invariablemente: “¡Gua, eso es cosa tuya! Ahí está el mostrenco escuchándote”. Y aun puede ser el *bueno, pues*, simple muletilla de relato. En *Alarma*, de Nelson Himiob, el carretero, amedrentado por un revólver y un fusil, continúa la interrumpida narración: “Gua, como le decía, yo venía del pueblo”. Pero puede estar muy cargado de emoción. En *El baile del tambor*, el cuento premiado de Uslar Pietri, Hilario, fugitivo, ha acudido al embrujo del tambor y sin saber cómo, llevado por una fuerza superior, aunque siente los pasos rítmicos que acuden en su busca, sigue bailando. La pareja dialoga:

—Soledad, gua, los dos bailando.

—Hilario, gua, ya volviste.

Y aun puede expresar la incertidumbre y hasta la aceptación. En *La balandra Isabel llegó esta tarde*, de Guillermo Meneses, Segundo, contra lo prometido, acaba de marcharse. El negro José la Trinidad le sirve el ron a Esperanza y le pregunta si está triste. Ella contesta: “¡Gua, quién sabe!” Segundo regresa de su viaje, entra en el *botiquín*, y al oír la voz de Esperanza pregunta al negrito si está acompañada: “—Sí, pero si quieres te la llamo. — ¡Gua! Llámala”. Y llega a equivaler a un ¡claro que sí!” enteramente categórico: “¡Gua, claro!”, “¡Gua, chica, cómo no!” Desde la sorpresa y el rechazo violento hasta el asentimiento, los matices pueden

ser infinitos, y lo decisivo es el tono, que puede ser altanero, alegre, cordial, burlón o grosero. Luis Beltrán Guerrero le dedicó un ensayo. Y Ramón Díaz Sánchez, en 1937, veía en ese ¡*gua!* multiforme y contradictorio la *expresión* dramática del venezolano actual, “hombre-promesa que a la vez sugiere esperanzas y desilusiones; ser difuso y confuso, sin linderos alegre; hombre que ya sirve para todo y todavía no sirve para nada”.

Aunque el ¡*gua!* parece típicamente venezolano, tiene sin embargo una sorprendente extensión americana. Véase lo que dice Juan de Arona en 1883, sobre el uso peruano:

¡*Gua!* Interjección que en sí misma no significa nada, ni dice más que ¡*ah!* u otra interjección cualquiera, pero que se ha hecho de gran celebridad entre los extranjeros, por la frecuencia y gracia con que la usan las limeñas, y también los hombres, siendo una muletilla general, casi siempre seguida de palabras especiales, como ¡*gua, qué lisura!*, ¡*gua, qué cosa!*, y a veces ¡*gua, gua, gua, gua, gua!*, como si dijéramos ¡*cómo, cómo, cómo?* al oír relatar algo que pasma, etc.

Esta exclamación, tan graciosa en las mujeres, de quienes es peculiar y en quienes constituye un dengue y una monada, pudiera por lo mismo creerse importación andaluza o brote genuino del más salado criollismo.

Todavía en 1895 Ricardo Palma recogía el refrán: “No hay limeña sin *gua*”. Hoy parece olvidado en Lima, al menos entre los jóvenes. Pero subsiste en el interior del país: en Piura, por ejemplo, lo recoge la doctora Martha Hildebrandt como negación o protesta, pero puede tener otros valores, según el tono. Justino Cornejo lo encuentra además en la costa del Ecuador para expresar temor o extrañeza. Ciro Bayo lo registra en el Alto Perú o Bolivia:

Gua. Interjección de asombro muy usual entre los criollos de los departamentos quichuas. Va siempre sola, a diferencia del

¡*guay!* citado por Bello; ni tampoco sirve para significar una sorpresa irrisoria, a lo menos en Bolivia, donde la he oído emplear en casos muy diversos.

Y se extiende por gran parte del noroeste argentino. Por ejemplo, en Catamarca *gua* o *guay* (Lafone Quevedo registraba *gua* o *hua*) expresa susto o espanto, y Félix F. Avellaneda registraba allá la forma ¡*guay!* de admiración, sorpresa o burla. En la provincia de San Luis la señora Bertta Elena Vidal de Battini registra ¡*gua!* ¡*gua!* ¡*gua!* para azuzar a los perros o para espantar animales.

En la misma línea está indudablemente el ¡*güe!* del Uruguay. Se encuentra en *Alma nuestra* de Adolfo Montiel Ballesteros (citado por Charles Kany): “Su sorpresa se condensó en esa extraña interjección campera, nortea, de asombro y de pregunta: —¡*Güe!*”

Fuera de América es corriente en Canarias (Tacoronte, La Laguna, Las Palmas, etc.), sobre todo entre gente del campo: “¡Gua, tú por aquí!, “¡Gua, chico, no me preguntes eso!”, “¡Gua, cristiano!”, “¡Gua, pa qué se mete con eso!”, “¡Gua, María, vas al mercado?”. Esos usos coinciden con los venezolanos, y es posible que sean tradicionales. Más importante es el uso valenciano, en la España peninsular.

En el castellano popular de Valencia, y también en valenciano, es frecuente el uso de ¡*güey!* exactamente con el mismo valor que nuestro ¡*gual!*; “¡Güey, no me digas eso!”, “¡Güey, no me cuentes nada!”. Es uso habitual, según me informa mi amigo Montañés. Sanchis Guarner, viejo compañero del Centro de Estudios Históricos de Madrid, me transmite las siguientes noticias: La forma valenciana es ¡*hüey!* *Güey* se debe a la tendencia del valenciano popular, como del castellano, a pronunciar *güe* el diptongo *ue*. Tiene un valor exclamativo y de sorpresa. A veces carácter concesivo o para reforzar una negación (Mare, donen dines. —Uei. Ya ho crec!). Se considera vulgar y no ha tenido nunca

acceso a la lengua literaria. También se usa en Mallorca para prevenir al interlocutor sobre una risa posible (anunciar o anticipar un efecto cómico) y mucho también para llamar a una persona cuyo nombre se desconoce. Sobre el uso mallorquín nos da noticias complementarias la señora Catalina de Rodríguez. Sirve frecuentemente para llamar a cualquier persona, como equivalente del ¡*cht!* castellano: “Uey, uey, escolte!” También como advertencia: “Uey, no toquis es papé!” (¡no toques ese papel!). O cuando algo se cae: “Uey, ma cagut altre vegade!” (¡se me ha caído otra vez!). Y dice que los mallorquines lo usan aun al hablar castellano. Sanchis Guarner nos agrega algo importantísimo para nosotros: “En Castellón se usa ¡*ua!* (es decir, ¡*gua!*). Para burlarse de los castellonenses se les dice que ladran.”

Es indudable que el ¡*ua!* o ¡*gua!* de Castellón de la Plana y el ¡*uey!* o ¡*güey!* del resto de Valencia son la misma exclamación. Y que es también la misma que nuestro ¡*gua!* de Venezuela y gran parte de América. Pero no nos precipitemos. Hay algo más. En una comedia de 1638, *Entre bobos anda el juego*, de Rojas Zorrilla, hay una escena en que aparece la exclamación ¡*gua!* (y también el ¡*ala!* tachirense). Llegan diversos caminantes a la venta de Torrejoncillo, y llaman: “¡Ah de la venta!”, “¡Ala!”. Lucas, el galán bobo, prorrumpe desde dentro: “¡Pues, voto a Cristo, si me bajo que han de entrar en la venta por la posta!” Y entonces todos contestan: “¡Gua, gua!” Se produce un altercado y vuelve a decir Lucas: “Conmigo no ha de haber vaya ni venga! ¡Gentecilla!” Y de nuevo contestan todos: “¡Gua, gua!” Ninguno de los comentaristas de clásicos ha dicho nada sobre ese ¡*gua, gua!*, pero es evidentemente una réplica burlesca. ¿No es el mismo ¡*gua!* de Castellón y nuestro ¡*gua!* de Venezuela? A nosotros nos parece que sí.

Pero ¿de dónde viene ese ¡*gua!*? No creemos en el origen africano que apuntaba Fernando Ortiz (“del congo *ngwá*, madre, voz dirigida a la prenda, a la cual con frecuencia se llama madre en español”). Ni en

el origen quechua que daban Juan de Arona y Ricardo Palma (ya en 1603 registraba Torres Rubio: ¡**hua!** o ¡**huay!**, de admiración o lástima, en quechua, y en 1612 Bertonio ¡**gua!**, exclamación del que teme o admira, en aymara). Ni en el origen caribe que admitía Arístides Rojas (lo relacionaba con la sílaba *gua*, tan frecuente en los indigenismos y nombres de lugar de Venezuela). Ni tampoco que sea un desarrollo del ¡**bab!** castellano, como conjeturaba Cuervo (“vocalizada la b por la indiferencia misma con que se pronuncia y que refleja el contacto labial”). Ni que sea una reducción de ¡**guarda!**, como cree Corominas. Más cuidado merece la explicación que daba Andrés Bello en su *Gramática* hace algo más de un siglo:

Guay es una interjección anticuada que se conserva en algunos países de América para significar una sorpresa irrisoria: «¡Guay la mujer!», «¡Guay lo que dice!» Decíase y dicese *gua*.

Es evidente que Bello estaba pensando en el uso caraqueño, que él conocía muy bien, aunque sin duda sus valores son más ricos que el de simple sorpresa irrisoria. Tratemos de apoyar en todo lo posible su explicación. Hemos visto que en valenciano alternan efectivamente ¡**gua!**, ¡**güey!** (o *hua*, *huey*), y también ¡**gua!** y ¡**guay!** en el Perú (del castellano creemos que ha penetrado en el quechua y en el aymara) y en gran parte de la Argentina. En la zona de substrato quechua esa alternancia es fácil porque hay una *-i* (escrita *y*) normal en las interjecciones (*ayayay*, *achachay*, *alalay*, *arrarray*, *atatay*, *achalay*, etc.), que explica igualmente el *viditay* o *vidalitay* (de *vidita*, *vidalita*) de las canciones argentinas del Norte y el ¡**chey!** junto al ¡**che!** en todo el noroeste argentino, desde San Luis hasta Bolivia. Pero aun fuera del área de influencia quechua esa *-y* final es frecuentísima. La exclamación eufemística ¡**cara!** se ha convertido en ¡**caray!** en casi todo el mundo hispánico. El ¡**ja ja!** de risa, se ha hecho ¡**jajay!** en España (“¿Mi mano a ti? ¡Jajay!”), dice Pulia, encarándose con Josefa, en

La pluma verde, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández) y también en Venezuela (*¡ja, jay!* en el habla carcelaria de *Rastrillo*, de Federico Landaeta). Las exclamaciones españolas *¡ah!*, *¡hu!*, *¡oh!* alternan con *¡ay!*, *¡uy!*, *¡oy!*, y en Venezuela además *¡eh!*, *¡ey!* *Ojalá* se ha hecho *¡ojalay!* en varias regiones, y también entre nosotros: “¡Ojalay venga! “Una forma *¡guay!* puede efectivamente transformarse en *¡gua!*, y viceversa.

Y, sin embargo, no creemos que nuestro *¡gua!* americano y valenciano sea el mismo *¡guay!* castellano, que es también portugués, italiano y francés antiguo (de origen árabe, según Steiger y Asín Palacios, aunque es sin duda el gótico *¡wai!* emparentado con el latín *¡vae!* y con el alemán *wehe!*). Los ejemplos que cita Bello (“¡Guay la mujer!”, “¡Guay lo que dice!”) no los hemos encontrado nunca en la lengua antigua y clásica. Hemos analizado unos doscientos pasajes de ese *¡guay!*, en textos literarios y refranes, y siempre es de dolor, de lamentación y hasta de amenaza (equivalente del *¡ay!* actual): “¡Guay de ti!”, “¡Guay de mí!”, “¡Guay del vencido!”, “Cuando los ciegos guían, ¡guay de los que van detrás!” (del siglo XVI), “¡Guay de la molinera que al molinero el agua le lleva.”, “¡Guay que no es bueno confiar en las delicias de un día!” (en Pérez Galdós). Lo único que se le acerca algo es el *¡guayas!* (un equivalente antiguo de *¡guay!*) del judeoespañol de Constantinopla, registrado por Max Leopold Wagner: “¡Guayas, no te vas estar ainda quedo! “(¿cómo, no quieres callarte?). Pero un *¡guay!* ‘de sorpresa irrisoria’, que sería el conservado en América, no lo hemos encontrado jamás (es curioso señalar, sin embargo, que el *¡iwai!* árabe no era solo de dolor, sino también admirativo). Y tampoco vemos cómo ese viejo *¡guay!* de dolor hubiera podido transformarse en nuestro *¡gua!*

Nos vemos precisados, pues, a admitir que junto a ese *¡guay!* de dolor existió otro *¡gua!* de burla, que es el de Rojas Zorrilla, subsistente hoy en valenciano (*ua, uey, gua, güey*) y en gran parte de América (en las formas *gua, guay, güê*). La variante *güe* del Uruguay (como el *güey*

valenciano) se explica sin duda por razones fonéticas: en circunstancias análogas tenemos en Venezuela las alternancias *aguaitar-agüeitar* (también *aguaitacamino-agüeitacamino*, un pájaro), *guargüero-güergüero*, *guatepereque-güetepereque-güeitepereque* (una especie de escarabajo, a veces también apodo cariñoso), *manguarear-mangüerear*, etc. Pero ¿qué origen tiene ese ¡*gua!* y cómo se ha formado?

Creemos que es un ¡*gua!* burlón, onomatopéyico, que remeda ciertos gritos animales o la risa burlona. Obsérvese que según los valencianos los castellanenses ladran al usar ese ¡*gua!* Y que en mallorquín es el anuncio anticipado de algo cómico. En la provincia argentina de San Luis se usa para azuzar a los perros o ahuyentar animales. Todavía hoy en quechua ¡*uay!* alterna con ¡*uau!* en la expresión de miedo, piedad, coquetería (Lira registra además ¡*ua!* para sorna o displicencia). También en parte de España existe actualmente un ¡*gua, gua!* burlón. En Aragón lo registra el Padre José Pardo Assó, y dice: “Voz onomatopéyica significando el graznido del cuervo. Voz de mofa o insulto al clérigo, por semejanza al cuervo en el traje negro”. El ¡*gua, gua!* de la comedia de Rojas Zorrilla parece remedar unos ladridos o carcajadas burlonas. El hecho de que en el Perú se usara frecuentemente reduplicado, y hasta cuadruplicado y quintuplicado (¡*gua, gua, gua, gua, gua!*), apoya bastante esa hipótesis. Y así se usa todavía en Barlovento, según me dice Miguel Acosta Saignes: “¡Gua, gua, mira al niño!”, “¡Gua, gua, mira a ese!”, de extremo asombro; “¡Gua, gua, gua, gua!”, al rechazar algo, o negarse a algo. Y aun en Caracas: “¡Gua, gua, gua, gua, gua! ¡Quién iba a pensar eso de fulanita!” De la burla al rechazo burlón o al simple rechazo, de la sorpresa burlona a la simple sorpresa se pasa fácilmente. Y a veces persisten todos esos matices en Venezuela. En sus formas viejas se siente como grosero. En sus formas atenuadas llega hasta el habla de las señoras más finas. Las exclamaciones están siempre cargadas de valores múltiples y se prestan para la descarga de diversos contenidos afectivos.

Y aun hay otro *¡gua!* español, pero no creemos que tenga nada que ver con el nuestro. Es también onomatopéyico, y remeda la caída de algo al agua: “¡Cayó al agua, gua.” Mi amigo Amadeo Arias recuerda un cantar de niños de Valladolid: “Un gato se cayó a un pozo / las tripas le hicieron ¡gua!”... Y es posible que sea ese el origen del *gua* de los jugadores de canicas (nuestras *metras*): *hacer gua* es hacer entrar la canica en el hoyo.

En resumen, creemos que nuestro *¡gua!* no es africano ni indígena, sino español. Que es distinto del viejo *¡guay!* de dolor y que se formó como exclamación burlona, como remedo de gritos animales o de la carcajada (hoy en Venezuela es frecuente *¡cuas, cuas!*, y en Santo Domingo *¡cua, cua, cua!*). Ese *¡gua!* se conserva en gran parte de América y en buena porción de España. La coincidencia entre Venezuela y el Levante peninsular tiene un curioso, paralelo: la Argentina y Valencia mantienen el *¡che!*, que corresponde al castellano clásico *¡ce!*, pronunciado hasta 1600 *tse*. A veces ciertas regiones extremas mantienen usos enteramente perdidos en el área central. El viejo *¡gua!*, en retroceso en algunas partes, no tiene en ninguna la amplia vida que ha alcanzado en Venezuela, aun en la ciudad de Caracas. ¿Y por qué no, gua?

¿Argentinismo lingüístico?

Hace poco se lamentaba un escritor —mi amigo Alejandro García Maldonado— de la penetración inmoderada de algunos argentinismos en la expresión venezolana. Mencionaba concretamente dos: *de inmediato* y giros como *delante mío*, *delante suyo*, etc. Otro escritor comentaba, también últimamente, la penetración del recién argentino. Ya Job Pim hablaba de “la quinta columna gaucha” que le estaba haciendo perder al idioma su aspecto hispano. Y hasta se ha hablado con ese motivo de falseamiento del espíritu nacional. Veamos qué hay de cierto en ello y si se justifica tan grave alarma.

En primer lugar, *de inmediato*. Decía Job Pim:

Ya no decimos *inmediatamente*,
o *en el acto*, que es frase equivalente;
como se dice ahora es *de inmediato*,
un gauchismo barato.

En realidad, *de inmediato* no es propiamente un argentinismo. Se usa bastante en la Argentina, es verdad, pero se puede encontrar en la lengua escrita de toda América, y no es raro en España. Hay quienes lo consideran un disparate horrendo, y aunque a mí no me entusiasma, me parece perfectamente bien formado. La lengua tiene una serie de modos adverbiales de ese tipo (*de improviso*, *de golpe*, *de pronto*, *de repente*, etc.), y la formación de otros nuevos es una de las tendencias más vivas y constantes. De manera análoga se han impuesto *a diario* por *diariamente*, o *de continuo* por *continuamente*: frente a la moderna

proliferación de los adverbios en *-mente*, que hacen a veces pesada la prosa (Quevedo, en su *Cuento de cuentos*, quería barrer esa palabra *mente*, “que se anda enfadando las cláusulas y paseándose por las voces”), el modo adverbial ofrece por lo menos una posibilidad de variación. *De inmediato* podrá parecer bueno o malo, pero no es producto de exportación argentina.

¿Lo será acaso el *delante mío*, *cerca mío*, *encima mío*, *enfrente suyo*, etc.? Son generales en la Argentina, aun en los mejores escritores, pero se han señalado también en Chile, Bolivia, Ecuador, Santo Domingo, etc. Y en España, en Andalucía, Navarra, Bilbao. Se encuentran en los Quintero, y *encima mía* dice un personaje de Muñoz Seca. Pero ¿son extraños en Venezuela? De ninguna manera. Se usan en el habla popular de toda la región andina y llegan hasta Lara y Falcón. Es posible que su extensión venezolana sea aún mayor, pues Rómulo Gallegos los pone en boca de sus personajes llaneros o guyaneses: *detrás suyo* dice Florentino en *Cantaclaro*; *junto suyo* dice el bonguero de *Doña Bárbara*; *debajo suyo* dice Juan Solito en *Canaima*. Conozco el caso de un escritor venezolano que usó ese giro después de haber estado en Buenos Aires (en una traducción de Rilke), y en ese caso concreto puede hablarse efectivamente de influencia argentina. Pero ya se ve que como hecho lingüístico es bastante general. A pesar de lo cual me parece incorrecto, y poco elegante.

Más argentino parece el *recién*: *Recién vino*, *Recién lo hizo* (hace un instante). *Recién ahora me doy cuenta* (solo ahora, apenas ahora). Pero se da también en casi toda América. ¿Y en Venezuela? Ha cundido últimamente, por la radio y la televisión, sobre todo en carreras y deportes. Pero lo hemos recogido además como uso popular en Guayana: “Recién lo comprendió el día que se marchó”, “Recién lo acabo de ver”. Ya Julio Calcaño, en 1897, lo censuraba como argentinismo insoportable, como una simpleza de algún periodista ignorante. También lo censuró Job Pim:

Un maldito *recién*
nos meten, venga mal o venga bien.

Y mucho antes que ellos, Simón Rodríguez, el maestro del Libertador, en sus *Sociedades americanas*, de 1842, al señalar la invasión de galicismos y anglicismos:

El pobre castellano, al cabo de tres siglos y medio de guerra abierta con los indios y con los negros (en la que ha padecido... lo que Dios sabe), ve llegar, de mar afuera, un refuerzo de enemigos que inundan el país y le toman las mejores posiciones...

No pasa mes sin que se vean salir familias enteras de palabras, bajo partida de registro, para España; y se dice que la Academia les hace hacer cuarentena... Dicen también que *recién* y *bueno* estuvieron presos, porque al desembarcar dijo el uno que había llegado *recién* y el otro que había tenido un tiempo ¡*qué bueno!* “Para otra vez (les dijeron al soltarlos) vean ustedes dónde se ponen, sobre todo usted, señor *Recién*”.

De los usos con participio (*recién hecho*, etc.), en que es correcto, se ha extendido a los demás (*recién lo hice*, etc.). Como proceso lingüístico es elemental, y tiene antecedentes clásicos (*recién viuda*, en el *Lazarillo* de Juan de Luna). Pero como el purismo ha armado sobre su uso una tremenda alharaca, no lo recomiendo, a argentinos y guayanese, fuera del habla familiar, donde los usos regionales viven como el pez en el agua.

Job Pim señalaba además *darse vuelta* por *volverse*, *taco* por *tacón*, *ubicar* por *colocar* y *exitoso* por *afortunado* o *airoso*. No hemos tenido ocasión de oír ni ese *taco* ni ese *darse vuelta*, tan comunes en la Argentina (“Lo llamé y no se dio vuelta”, “Me hacen daño los tacos altos”). Ha sido un uso sin duda circunstancial, que parece ya esfumado. En cambio sí son frecuentes *ubicar* y *exitoso*. *Ubicar* es castellano correcto en el siguiente caso: “La casa está ubicada en la Avenida Urdaneta” (lo

cual es realmente buena *ubicación*). Pero es posible que hayan venido de la Argentina otros usos, y sobre todo su profusión: “Los alumnos están ubicados en sus asientos”, “Los empleados públicos se ubicarán para el desfile en la Avenida Vollmer” (“Ubíquese ahí”, dice una madre a su hijo). Especialmente el uso figurado: “Juan se ubicó muy bien con el nuevo gobierno”, “Vino de Italia y a los diez días estaba ubicado”.

En cambio, *exitoso* no me parece de ningún modo un argentinismo. Es una formación muy reciente, que ha surgido en diversas partes de América, quizá para traducir el inglés *successful* o el francés *réussi*. Es verdad que el castellano tiene *productivo*, *próspero*, *fructífero*, *fructuoso*, *feliz*, *afortunado*, *venturoso*, *glorioso*, *triumfal* y diez más. Pero en los últimos tiempos se ha impuesto *éxito* con el valor de resultado favorable o feliz, que ya es uso académico (antes había que decir *buen éxito* o *éxito feliz*). Y como las palabras tienden a constituirse en familia, ha surgido el derivado *exitoso*, que por lo reciente suena todavía como neologismo insólito. Las formaciones en *-oso* son frecuentísimas en la lengua general, y América prolonga esa tendencia general del castellano. ¿No está impuesto ya *novedoso*, y quién podría pretender hoy que se sustituyera por *novelero*? En algunas partes de Venezuela (y de otros países) hemos oído *tinoso*, de *tino* (“Una persona tinosa no puede creer eso”), lo cual en realidad no es muy brillante. Tampoco lo es *exitoso*, pero en justicia no se lo podemos achacar a la Argentina, tan pecadora en materia de lenguaje.

Más me ha sorprendido encontrar en la prensa de Caracas *changador* por *cargador* o *mozo de cuerda* (lo venezolano es *caletero*) o *mucama* por *camarera* o *criada* (“servicio de adentro” es lo habitual acá). En una crónica del 18 de julio de 1953, y no diré de qué periódico, leemos: “Una chiquilla de diez meses fue raptada del hogar de sus padres por la mucama que habían contratado recientemente”. Ese *mucama* sí es un

argentinismo (ha penetrado también en Chile), de origen brasileño. Y en el Brasil designaba a la esclava o criada negra que servía especialmente a la señora: la voz procede de Angola (en la lengua quimbunde, *mukama* ‘esclava’). Pero ¿el *chiquilla*? No se usa en Venezuela, ni tampoco en la Argentina. Hay que pensar que el cronista se sintió tan original como la *mucama* que perpetró el rapto.

Hemos oído también, con remedo de la entonación argentina, el ¡*macanudo!* y el ¡*qué esperanza, che!* Puede que se generalicen, pues nada llega a ser más serio que lo que empieza en broma. Más importante es el hecho siguiente. En un drama traducido del inglés y estrenado en el Teatro Nacional de Caracas, un niño norteamericano jugaba a las *bolitas*, como los niños argentinos; hubiera sido mejor hacerle jugar *metras*, ya que el castellano *canicas* hubiera sido igualmente incomprensible. Las designaciones regionales son insoslayables. El que viaja lleva consigo sus modos de decir, que cree universales, y no son pocos los traspies que cada uno da. Una señora argentina decía indignada: “¡Que a los porotos los llamen aquí caraotas!” Pronto comprendió que *caraoatas*, de los indios de Venezuela, es aquí más legítimo que *porotos*, de los indios del Perú. En una serie de nombres cada región tiene que conservar lo propio. El venezolano que va a Buenos Aires o a Madrid, o el español y el argentino que llegan a Caracas, tienen que completar humildemente el aprendizaje de su lengua.

Los argentinismos son realmente escasos, y ninguno de ellos puede poner en peligro la integridad del alma nacional, y ni aun la limpieza del castellano nacional. Son signos de intercambio, más o menos pasajeros, como otros usos que vienen de Cuba o de México. El venezolano es permeable a la influencia extranjera, y en general esa es una virtud. Deben fortalecerse al mismo tiempo los auténticos valores propios para que el país no esté a merced de cualquier vendaval.

Todavía veo más peligro en otra influencia del habla argentina que me ha hecho temblar. En “El Nacional” encuentro en un solo día (24 de septiembre de 1953) los siguientes cuatro grandes títulos, en distintas secciones: 1. “*Serían* invitados el ex presidente de Guatemala, Juan Ramón Jiménez, Américo Castro y Dámaso Alonso”; 2. “Beria *estaría* en España, en donde lo lanzaron en paracaídas”; 3. “Los socialistas *apoyarían* el pacto del ejército europeo”; 4. “Se abrirá la Escuela de Periodismo. *Sería* adscrita a la Facultad de Humanidades”. ¡Cuatro grandes títulos en un solo día con un uso del potencial (condicional o postpretérito) que no es nada castellano!

En castellano puede decirse: “Beria estaría en España si se lo permitieran” o “estaría hoy en España con más gusto que en la prisión de Moscú”. Pero nunca como oración completa, con el valor que ha querido darle el titulista: “Está probablemente” o “Se rumorea que está” o “Parece que está”, etc. Ese uso no existe en castellano, pero sí en el francés periodístico (algunos gramáticos tampoco lo consideran buen francés), y de ahí lo tomó la prensa argentina y chilena, o cierta prensa argentina y chilena. Los amigos argentinos que se dedican al periodismo deben tener cuidado con esas expresiones, porque son tremendamente cómodas y pegadizas. Y son cómodas porque el castellano carece de un tiempo hipotético o conjetural para lo que se supone o rumorea. Tiene a veces, para ese uso, el futuro: “Serán las diez”, “Habrá sido ayer”. Pero ese futuro es ambiguo para los títulos, porque el valor hipotético se lo da el contexto. El castellano necesita adverbios: *probablemente*, *quizá*, etc., que alargan la expresión. O el *se rumorea que*, que parece la negación de la seriedad periodística. El castellano de Venezuela ha creado el *como que*: “La Universidad como que invitará a Américo Castro”. Pero es giro familiar, y no lo recomendamos para la expresión escrita. Y otro aún más familiar, que una vez hemos visto con asombro en un periódico de Caracas que no era *El Morrocoy Azul*: “Y que se declarará la huelga general”.

Ese *y que* es una transformación popular del *dizque*, y no parece nada adecuado para la prosa periodística, que, por su función educadora, ha de ser, primero, correcta y, luego, ágil y elegante. Un título debe ser breve y claro, sin pegotes adverbiales ni conjuntivos. Cabe otro recurso: la interrogación (“¿serán invitados?”). Gran solución si se usa con parsimonia, pues nada más fastidioso que el exceso de interrogaciones. Quizá el periódico deba resignarse al futuro problemático: “Serán invitados...” El futuro es siempre problemático, y más el de los periódicos.

Me detengo con énfasis especial en los títulos por una razón. El poner los títulos se considera en algunos periódicos función subalterna. Y es por el contrario la fundamental. Por lo común no se leen más que los títulos, y de vez en cuando alguno de ellos invita a penetrar en el contenido. Un mal titulista puede matar un periódico.

Me parece signo positivo de nuestro tiempo que una serie de escritores y periodistas de las distintas tierras de América, y también de España, encuentren generosa hospitalidad en la prensa de Venezuela. Es una manera de volver a crear la hermandad hispanoamericana sobre bases fecundas de convivencia y colaboración. Que junto a las virtudes traiga uno sus defectos es muy humano. Sería un desafío a la Providencia que no se trajera más que las virtudes.

Y, con todo, mucho más grave que los defectos señalados y que la presunta influencia argentina o cubana me parece, dentro de la prensa, la pedantería pesada de algunos títulos (sin hablar de la crónica social, tan cursi, de la deportiva, tan barbarizante, o de la policíaca, tan truculenta). Hace pocos días (el 29 de septiembre) leíamos en un periódico de Caracas este título casi dramático: “Flechado temporal para solucionar el tránsito de autos”.

No podíamos entender cómo se podía flechar un temporal, y qué tenía eso que ver con los problemas angustiosos del tránsito de Caracas. Había que hacer un esfuerzo para darse cuenta del sentido: van a poner

flechas de tránsito, de carácter temporal, para obviar los inconvenientes del cierre de la avenida Este 1. Mariano Picón Salas, en su hermosa *Comprensión de Venezuela*, ha llamado la atención sobre otro título: “La culturización masiva del conglomerado promete ser exitosa”. Y mi amigo Leiva sobre uno también: “Documento autobusero que puede ser conflictivo”. Parece que ante títulos de esta clase improvisó León Felipe, cuando estuvo en Caracas, los siguientes versos:

Será venezolanero,
y quizá periodístico,
pero no es castellanero.

La verdad es que no es venezolanero, ni venezolano. Retorcer el idioma es de mal gusto en todas partes. Y el mal gusto no tiene fronteras.

¿Incorrección o creación?

Algunos sustantivos que encontramos en el lenguaje popular, periodístico y literario de Venezuela nos permitirán plantear el valor de la creación en el lenguaje y el problema de la corrección o incorrección. Los sustantivos son los siguientes:

la contesta 'la contestación, la respuesta'. En un periódico de Caracas, del 23 de febrero de 1947, leemos el siguiente título: «Molotof rechaza por insatisfactoria *la contesta* de Marshall a una protesta por declaraciones de Dean Acheson». Es frecuente en el habla popular: «esa contesta le daban», en una décima recogida por Juan Liscano (*Folklore y cultura*, 58), y ya lo registraba Rivodó y lo criticaba Villalobos. Ha llegado hasta la correspondencia comercial: «Espero su contesta», «Doy contesta a su carta del 8 de marzo»... Aun personas cultas lo usan a veces: «Lleva esta carta y espera la contesta»;

el *desespero* 'la desesperación'. En *El resplandor de las palabras*, del joven poeta Rafael Pineda (Caracas, 1946), encontramos: «el americano desespero», «perdido en el desespero», «la tarde suelta flores en su desespero». Es uso que tiene muy rica tradición literaria. En *El catire*, de Blanco Fombona, el burro, tumbado en el suelo, amarradas manos y patas, erguía la cabeza «en inquietud y desespero»; «la imitación es mi desespero», escribía él mismo en otra ocasión; en *El Sargento Felipe*, de Gonzalo Picón Febres, «paso el día en un desespero que me da ganas de llorar», «¿a quién he de volver los ojos en semejante desespero?» (en su *Libro raro* lo registra además con el valor de alboroto, confusión); en *Don Secundino en París*, de Tosta García, «aquel dicho

era un golpe terrible de desespero que me dejó anonadado»; en *Tierra nuestra*, de Samuel Darío Maldonado, «quiero saber, con todo el desespero de un preguntón»; en *Peregrina*, de Manuel Díaz Rodríguez, Amaro se retuerce «bajo un paroxístico desespero de cólico»; en *La balandra Isabel llegó esta tarde*, de Guillermo Meneses, Esperanza, acodada en la ventana, mira al mar y «siente dentro del cuerpo mil culebrillas de su ansiedad y de su desespero»; en *Sambarambulé*, de Juan Pablo Sojo, «destrozaba la partitura por completo, para desespero del maestro». Y en *A solas con la vida*, de Carlos Augusto León: «Es estar solo / en el sitio preciso donde nuestra esperanza / nace del desespero». En la carretera de Barinas a Barinitas existe la cuesta del Desespero, bautizada así por los choferes. En el habla familiar es muy frecuente ¡*qué desespero!* por ¡*qué desesperación!* Y sin embargo se usa también *desesperación*, y es indudable que las dos formas presentan alguna diferencia. El *desespero* designa más bien la inquietud y desazón de los niños o de las personas nerviosas («¡Oh, ya le entró el desespero a este muchacho!», «¡Deja ese desespero, chico, que todo se hará con calma!»); un dolor de muelas causa *desespero*, pero no *desesperación* («Tuve un horrible desespero toda la noche»); en cambio no se llora por *desespero*, sino por *desesperación*;

el relajo 'la relajación, el relajamiento'. En *El pez dormido*, colección de cuentos del joven escritor Héctor Mujica (Caracas, 1947), encontramos la siguiente frase: «La indisciplina había que castigarla para evitar el relajo de la disciplina y del orden» (pág. 14). Se usa bastante en el habla corriente, y entre estudiantes. Cuando hay desorden en una clase se dice: «¡Qué relajo!»; y el profesor exclama: «¡Dejen el relajo!»; cuando una fiesta ha sido un poco escandalosa, con profusión de bebidas, se dice que «ha sido un relajo». Equivale a escándalo, pero no implica violencia, sino desorden («Ese Ministerio es un relajo»). Dice Manuel Rodríguez Cárdenas, en uno de sus artículos: «Hay el

peligro de que el pájarobravismo se vuelva institución nacional, como el relajo en Cuba»;

el cuido 'el cuidado'. Un cartel, en un establecimiento balneario de Macuto, dice: «El cuido de la ropa, un bolívar». En un periódico de Caracas leemos: «Una importante firma importadora de cacao envió a sus relacionados una circular que contiene recomendaciones acerca del cuido que debe ponerse a la almendra para alcanzar la máxima calidad». Es de uso venezolano general: «Fulano está encargado del cuido de las plazas y parques», «Es muy difícil el cuido de los niños». Tiene amplia tradición literaria, y se encuentra frecuentemente en las cartas de Bolívar: «está encargado del cuido de mis asuntos» (19 de septiembre de 1812), «el cuido de los caballos» (8 de febrero de 1820), etcétera. Aun antes, aparece en un edicto del Obispo de Caracas, del 14 de febrero de 1759, citado por Arístides Rojas («padre de familia de cuido, celo y eficacia»). Lo recogemos después en *Don Secundino en París*, de Tosta García («el cuido del Bois de Boulogne»), en *Peregrina*, de Manuel Díaz Rodríguez («encomendaba a las dos hermanas más grandes el cuido de la casa»), en Arturo Uslar Pietri («el cuido e inventario» de la herencia nacional), y en una de las cantas de Alberto Arvelo Torrealba: «La que al regreso con lluvia / calentó en cuido hogareño / la vida a sopa y cariño, / el traje a plancha y brasero». Esos usos de *cuido* no han desterrado el de *cuidado*, que sí aparece en frases como las siguientes: «Tenga cuidado», «Póngale cuidado», «Vaya con cuidado», «Proceda con todo el cuidado necesario»;

el denuncia 'la denuncia'. Es frecuentísimo en el habla corriente y se encuentra a cada paso en los periódicos, sobre todo en la crónica policial: «Las autoridades civiles de la parroquia iniciaron las averiguaciones correspondientes al denuncia en referencia»; «Los familiares del enfermo han hecho su denuncia ante las autoridades competentes»; «Alrededor del denuncia hecho por los inmigrantes llegados a Venezuela, la Cancillería expidió ayer un comunicado»; etc. Pero es ya muy viejo y se encuentra en un

oficio de Bolívar, del 29 de marzo de 1820, sobre medidas contra los granadinos reacios a la causa: «Tanto por los síntomas de los que mueren como por el resultado de las diligencias que se han practicado y denuncios de algunos españoles y otros individuos del ejército, casi estoy convencido de que este vecindario puso en ejecución el inicuo proyecto de envenenar nuestras tropas». Y también en la *Autobiografía* de Páez («nada se ha mencionado en cuanto al establecimiento de los denuncios», II, 22). Luego en la prosa de Lisandro Alvarado, en su *Historia de la revolución federal*, 264 (ante la acusación contra Julián Castro y sus ministros «nombró la Cámara una comisión para que abriese concepto sobre ambos denuncios»). También en Urbaneja Achelpohl (*La casa de las cuatro pencas*, 154), y en Ramón Díaz Sánchez (*Costumbres*, 82), y lo criticó en su tiempo Manuel María Villalobos (*Humoradas filológicas*, 66, 115). Samuel Darío Maldonado (*Tierra nuestra*, 210) se burla de los siguientes versos: «Perdone usted, señor Juez, / si vengo a su tribunal / a introducir un denuncia / contra un pillito criminal»;

el ensalme ‘el ensalmo’. En un periódico de Caracas, de marzo de 1947, leemos: «... fue informada de que su retrato había sido objeto de ensalmes y brujerías con el objeto de que ella desapareciera». Y en otro el siguiente título: «Un brujo que decía curar hasta el cáncer y daba ensalmes para ganar en el juego fue detenido ayer». En una conversación sobre prácticas hechiceras oímos: «Le echaron un ensalme, pero se puso la contra». Dice Calzadilla Valdés en *Por los Llanos de Apure*, 90: «He sido siempre reacio a creer en estas curaciones de ensalme, como las llaman».

He aquí seis sustantivos que parecen deberse a causas distintas y que con criterio purista hay que calificar de incorrectos (barbarismos): *contesta* por *contestación*, *desespero* por *desesperación*, *relajo* por *relajación* o *relajamiento*, *cuido* por *cuidado*, *denuncio* por denuncia, *ensalme* por *ensalmo*. Observadores superficiales verán en ellos un desplazamiento arbitrario

de letras y un trueque de terminaciones. No tienen, sin embargo, nada de arbitrario ni de caprichoso. Veamos primero el proceso formativo.

A pesar de su diversidad aparente, los seis sustantivos responden a una sola causa, a un solo procedimiento morfológico. No hay que pensar que *contesta* procede de *contestación*, o *desespero* de *desesperación*, o *relajo* de *relajación* o de *relajamiento*, o *cuido* de *cuidado*, etc. Son nuevas formaciones léxicas sobre los verbos *contestar*, *desesperar*, *relajar*, *cuidar*, *denunciar*, *ensalmar*. Son lo que se llama en lingüística postverbiales o deverbiales.

La lengua española tiene un riquísimo sistema de postverbiales terminados en *-a*, *-o* y *-e*, y puede hasta formar tres sustantivos diferentes sobre un mismo verbo para indicar el nombre de la acción verbal (y consiguientemente el agente de esa acción): del verbo *costar*, los sustantivos *costa*, *costo*, *coste*; de *sacar*, *la saca*, *el saco* (*el saco de Roma por Carlos V*) y *el saque*; de *descargar*, *la descarga*, *el descargo*, *el descargue*. Otras veces solo se usan dos de las formas: de *cortar*, *la corta* y *el corte*; de *pagar*, *el pago* y *la paga*; de *desembarcar*, *el desembarco* y *el desembarque*; etc. A veces la lengua general prefiere una de las formas, pero las distintas regiones españolas usan otra, frecuentemente con un matiz peculiar. De *cantar* se ha formado *el canto*, pero en Andalucía *el cante* (*el cante jondo*) y en Aragón *la canta* (*cantas baturras*), como en los Llanos de Venezuela: las *Cantas* de Alberto Arvelo Torrealba.

Gracias a la riqueza y flexibilidad del sistema, la lengua puede renovar continuamente su tesoro léxico según las preferencias mentales o las necesidades expresivas de los hablantes. La lengua no es una suma de palabras catalogadas en la letra muerta de un diccionario o depositadas en la memoria, siempre frágil, infiel e interesada, de las gentes. La lengua es un sistema que vive en el alma de todos los hablantes. Y en el acto de hablar, una persona no extrae unas palabras de determinados

casilleros, sino que ejerce un acto de creación. El loro repite unas palabras, el hombre crea su expresión a cada instante, con su cabeza, con su corazón, con su alma. Y su creación será tanto más alta, tanto más original y fecunda, cuanto más altos, más profundos y más generosos sean sus impulsos o sus ideas.

¿Cómo se explica entonces la formación en Venezuela de *la contesta*, *el desespero*, *el relajo*, *el cuidado*, *el denuncia*, *el ensalme*? Sin duda porque frente al sustantivo tradicional en *-ción*, en *-miento* o en *-ado* los sustantivos *contesta*, *desespero*, *relajo*, *cuido*, ofrecían más vida —es decir, más activa— la acción verbal: en *contesta* parece estar más presente la acción de contestar que en *contestación*. Hay además cierta tendencia moderna a la forma más breve o más ágil. Hace un siglo, Bolívar usaba *cambiamiento*, *pagamento*, *comprometimiento*, *equipamiento*, *acomodamiento*, *fascinamiento*. La lengua de hoy prefiere *cambio*, *pago*, *compromiso*, *equipo*, *acomodo*, *fascinación*. Y si en los casos de *denuncia* o *ensalme* había ya otros postverbales en la lengua, quizá ante un sustantivo desgastado se haya preferido acuñar uno nuevo y vivo. La prueba de que el venezolano no ha procedido en ello arbitrariamente está en los hechos siguientes:

la contesta se conoce no solo en Venezuela, sino también en el interior del Perú, en Chile y en la Argentina; en México *la contesta* es también ‘conversación, plática o charla y aun la declaración de amor del hombre a la mujer’. Y la evidencia de que *contestación* no ha satisfecho plenamente las necesidades expresivas de los hablantes la da la circunstancia de que en algunas regiones se ha recurrido a otro postverbal de *contestar*, *el contesto*, que se usa por ejemplo en el departamento peruano de Ancash y en partes de México y la Argentina;

el desespero se ha registrado también en Chile, la Argentina (Catamarca) y México (lo registra Santamaría como equivalente de desesperación, desazón, malestar, impaciencia); se usa

también en Navarra, Alava y Aragón, y lo encontramos en la prosa del filólogo español Antonio Zamora Vicente («el fugaz desespero del Conde», en su edición del *Poema de Fernán González*, en Clásicos Castellanos);

el relajo se considera en general cubanismo; se usa también en Puerto Rico y México, y seguramente en otras regiones, con valores diversos: depravación de costumbres, acción deshonesto o inmoral, barullo, baile desordenado y descompuesto, burla o escarnio que se hace de una persona o cosa;

el cuidado es hoy forma académica, pero dice el *Diccionario* que se aplica principalmente a cosas materiales; sin embargo, escribe Pérez de Ayala en *Luna de miel, luna de hiel* (Madrid, 1924) que Micaela, después del primer alumbramiento, «vivió solo para el cuidado y educación de su único vástago». Es uso popular en algunas partes de España, por ejemplo en las regiones leonesas de Maragatería y Astorga. La lengua general usa además *el descuido*, que es una formación del mismo tipo; el castellano tuvo *la cuida*, registrado por Palet en 1604 y por Oudin en 1607 (Gili Gaya, *Tesoro*, s. v.);

el denunció se usa también en la Argentina (lo encuentra la señora Berta Elena Vidal de Battini en un periódico de San Luis de 1942) y en Chile (lo usan Miguel Luis Amunátegui, *Vida de Don Andrés Bello*, Santiago de Chile, 1882, pág. 121, y José Toribio Medina, *inquisición en Chile, 87: denunció* ante el Tribunal del Santo Oficio). Tiene amplio uso en el lenguaje jurídico (*el denunció de minas, juicios de denunció*, etc.), y de ahí pudo haberse generalizado en Venezuela, país tan aficionado al papeleo jurídico. En la lengua general se ha impuesto además *el anuncio*, postverbal de *anunciar*.

Los seis postverbales que hemos analizado no son los únicos que se han formado en el habla venezolana. Por el contrario, hay seguramente varios centenares, y continuamente surgirán nuevos, de vida circunstancial y efímera o de vida duradera. Hemos anotado por ahora los siguientes:

I. Postverbiales en *-a* (tipo *la recluta, la doma, la conversa, la baja, la suelta, la limpia, la tala, la roza, la quema, la merma, la apuesta, la soba, la toma*, etc., que se usan mucho en Venezuela y son de la lengua general):

la canta (las *cantas* o coplas llaneras; «Junto a Platero trotando / la noble canta florece, / y en sed de arriero se moja / por los caminos sin verde», de Alberto Arvelo Torrealba); «le llevó una canta a la muchacha»; *la juega* ‘el juego’ («lleven la juega a otra parte» se dice a los que juegan, e irónicamente a las personas que molestan); *la junta* ‘la compañía’ («ahora cogió la junta con Fulano de Tal», «Fulano anda con muy malas juntas»); *la pesa* ‘la carnicería’ (de *pesar* ‘vender carne al peso’); *la pela* ‘la zurra’ (de *pelar* ‘zurra, azotar’); *la seca* ‘el secado del café al sol’ («después de descerezar el café se echa en un estanque, y luego se lleva a la seca en unos patios de ladrillo o de cemento»); *la trilla* ‘la paliza’ («A Juan le dieron una trilla atroz»; también en Puerto Rico y Chile); *la pega* ‘la riña, la pelea’ (de *pegarse* ‘pelearse’; «la pega duró más de una hora y tuvo que intervenir la policía»; también *poner pegas a alguien*, de la lengua general); *la tumba* ‘el derribo’ (de *tumbar* ‘derribar’; «hay gran tumba de árboles por los lados de Barinas»; también es costumbre apostar los aguinaldos *al tumbo*, o sea a *tumbar algo* de las manos); *la duerma* ‘la acción de dormirse’ («A ese le gusta la duerma»; «Aquí no hay duerma», es decir, que hay que trabajar sin dormirse); *la queda* ‘la quedada’ (sobre todo en el billar o en el juego de ‘bolas criollas»; «no hace mucha carambola, pero juega mucha queda», lo cual quiere decir que deja las bolas en posición difícil para el adversario); *la gasta* («Vamos a hacer la gasta», «Hoy está de gasta», en el Táchira, donde también se usa *el gasto*); *la ruega* (en los Llanos del Guárico); *la monda* ‘la acción de *mondar* o azotar’ («Te voy a dar una monda», en Lara, Barinas, etc.); etcétera.

II. Postverbiales en *-o* (tipo *el acaloro, el sofoco, el ahogo, el respiro, el arresto, el acomodo, el muerdo, el descargo, el encargo, el degüello, el*

ordeño, etc., que se usan corrientemente en Venezuela y son de la lengua general):

el arrojo ‘el vómito’ (de *arrojar* ‘vomitar’); *un tomo* ‘una toma, una dosis’ («me recetaron tres tomos diarios de este remedio», «me bebo un tomo todos los días en ayunas»); *el desyerbo* ‘la desyerba’ (también en Santo Domingo, Puerto Rico, Guatemala y Perú; en Venezuela es la acción de sacar las hierbas de los empedrados); *un fumo* ‘una pitada’ (también *un fumito*; en cambio, en Puerto Rico se dice *un fumazo* o *jumazo*, o bien el postverbal en *-a*, *la fuma*; en Venezuela se usa además, con el mismo valor, *un chupito* o *un chupón*); *el concierto* ‘acción de *concertarse* o emplearse en el servicio doméstico’, («consiguió un concierto», «anda buscando concierto», «perdió el concierto»; también en Costa Rica); *el sirvo* ‘el servicio’ (se usa especialmente en el juego del trompo, y es la acción de tirar el primer trompo, que sirve para que los demás tiren contra él); *el pipeo* ‘la cosecha llamada *de traviesa*, para recoger los granos que han madurado tempranamente’ (de *pipear* ‘coger la cosecha *de traviesa*’); *el nado* ‘acción de nadar’ («Fulano tiene buen nado», «tiene mucho nado», «tiene bonito nado»); *el beneficio* ‘acción de *beneficiar* o matar reses para vender la carne’ (se usa en casi toda América); *el tiento* («apostar al tiento», aunque Rafael M. Rosales, *Crónica del Táchira*, 38, escribe «apuesta dos al tiento»); *el alojó* («el alojó de las tropas» en un artículo de «El Universal», de abril de 1947; en la lengua general, *el desalojó*); *el preparo* («Póngale preparo a su muchachito», en *Rebelión*, de Rómulo Gallegos, con el valor de ‘regáñelo, corríjalo, castigúelo’); *el sesteo* («a la hora del rancho y sesteo del mediodía...», en *El Forastero*, de Rómulo Gallegos); etc.

III. Postverbales en *-e* (tipo *el corte*, *el derrame*, *el derrumbe*, *el ensanche*, *el aguante*, *el cierre*, *el pique*, *el desmonte*, *el desmoche*, *el engorde*, *el engrase*, *el empaque*, *el quite*, *el desfonde*, *el saque*, etc., muy usados en Venezuela y en el español general):

el siembre 'la acción de sembrar' («mañana comenzamos el siembre»); *el salpique* 'la salpicadura' («pasó el carro y me dejó lleno de salpiques»); *el arrugue* 'arruga del papel o de la tela' («tiene un flux lleno de arrugues»); *el encierre* 'la acción de encerrar' («a las 6 de la tarde será el encierre del ganado», pero «tengo un *encierro* de ganado»); en Chile *la encierra*, con ambos valores); *el restriegue* 'la acción de restregar' («con el restriegue pierde el café la baba»); *el embiste* 'la embestida' («el toro le hizo un embiste»); *el pegue* 'la pegada' («Fulano tiene buen pegue», es decir, da buenos puñetazos; el *pegue* es también 'el lugar engomado por donde se pega un sobre o una bolsa de cartón' y además 'la goma de pegar' o 'el engrudo'); *el enteje* 'la acción de *entejar* o poner tejas a una casa', y también el *desenteje*; *el empate* 'la acción de *empatar* o enredarse la cuerda del *papagayo* o la cometa («desenriédeme ese empate»); el *bote* 'la acción de botar' («Aquí se permiten botes de tierra»); *el deje*, el último toque de campana para llamar a misa o 'para ejercicios religiosos («Acábate de vestir, muchacha, que están dando el deje», en los Andes, y también en Colombia), de *dejar*, tocar a misa por tercera vez («Ya dejaron para la misa de nueve»); *el desconche* («las coplas de desconche» en Margarita, durante la apertura de las ostras perleras; «el desconche del maíz»); *el despioje* («comenzaba el despioje» en *Cantaclaro* de Rómulo Gallegos); *el desmonte* (*la desmontadura* de un aparato); *el alporque* o *el alporque* («el aseo y alporque de un terreno son tareas esenciales», de *aporcar*, arrimar tierra vegetal a las plantas para cubrirles las raíces); *el doble* («Oye el doble para el entierro», «En ese entierro sí hubo dobles»); *el azuce* 'la acción de azucar' («la palabra cariñosa del azuce», en *Candelas de verano*, de Julián Padrón); *el ensarte* 'la acción de ensartar' («ensarte de cosas» por *sarta de cosas* criticaba Miguel Carmona en «El Monitor Industrial» de Caracas el 12 de marzo de 1852; «¡Qué ensarte de cosas ha escrito este hombre!», criticaba el Marqués de Rojas en su *Tiempo perdido*); etc.

Como se ve, no puede afirmarse que haya preferencia en Venezuela por una u otra de estas tres clases de postverbales. Los tres tipos tienen plena vitalidad formativa. Algunas de las formas mencionadas pueden deberse, sin embargo, a vieja tradición hispánica o a introducción reciente de otras regiones hispanoamericanas. Hasta hace poco los puristas censuraban con acritud el uso de *desgano*, que en América tiene preferencia casi absoluta sobre *desgana*, y que es también postverbal, perfectamente formado, sobre *desganar*. Hoy es forma académica. De manera análoga, a pesar de los anatemas de los gramáticos, casi toda Hispanoamérica ha preferido sustantivar la forma masculina del participio de *volver*, y usa *el vuelto* (frente al español *la vuelta*) para el dinero sobrante que se devuelve a una persona al hacer un pago.

Una vez resuelto el problema lingüístico del origen de esas formas, su carácter de creación, se plantea el segundo problema: su valor estético. No toda creación es útil o aceptable. Las formas lingüísticas están sometidas por una parte a un continuo proceso de desgaste, de relajamiento, y muchas languidecen y mueren. Otras surgen a cada paso, porque la lengua viva tiene la fecundidad bravía de la selva. La cultura tiene que apartar la maleza, que es siempre invasora. Aunque *contesta*, *desespero*, *relajo*, *cuido*, *denuncio* y *ensalme* nacen de un solo y mismo proceso creativo, su valor social, cultural y literario es muy desigual. Un novelista o un costumbrista que haga hablar a sus personajes a la manera venezolana tendrá que recoger estas formas en el diálogo, aunque quizá no en sus descripciones. Pero un profesor, un ensayista y aun más un poeta las hará pasar por la criba severa de su criterio estético. Tendrá que ver si aportan un matiz expresivo que deba conservarse y tener en cuenta además que un escritor de Venezuela no escribe solo para cinco millones de venezolanos, sino para ciento treinta millones de hablantes de lengua española.

Defensa del habla venezolana

...sus criollos [de Caracas] son de agudos y prontos ingenios, corteses, afables y políticos; hablan la lengua castellana con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en los más puertos de las Indias...; son en general de espíritus bizarros y corazones briosos, y tan inclinados a todo lo que es política, que hasta los negros (siendo criollos) se desdeñan de no saber leer y escribir

(JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, Madrid, año de 1723).

Encontramos a cada paso personas que menosprecian la manera venezolana de hablar, sobre todo la caraqueña o central. El venezolano se come las *eses* o las *des* y se bebe las *eres* o las *eles* (¿no son líquidas acaso?). Y los que le echan en cara ese tremendo desbarajuste del consonantismo castellano lo achacan casi siempre a dos pecados capitales: el analfabetismo y los negros. ¿Será verdad?

Tomemos como piedra de toque, para aclarar el problema, una lengua como la francesa, que se precia justamente de aristocrática. ¿Qué ha hecho el francés con todas sus *eses* finales de sílaba? Se las ha comido. Escribe *les femmes*, pero pronuncia *le fam*. Todas las *eses* del plural se han perdido salvo cuando han tenido el apoyo de una vocal de la palabra siguiente, que las ha convertido en intervocálicas: *les hommes*. La pérdida de la *s* ha sido más radical en francés que en cualquier región del analfabetismo hispánico. El latín *isla* dió *isle* y luego *île*. Ningún habitante de Barlovento ha llegado a tales extremos.

Un andino, en contrapunteo verbal con un caraqueño, puede decirle, remedando su habla: “¿Me vaj a matá?” Efectivamente, en Caracas hasta la gente culta dice *voy a comé*, *quiero cantá*, etc., comiéndose las *eres*

finales. Pero ¿qué ha hecho el francés? Se las ha devorado todas sin misericordia: *je vais manger, je veux chanter*, etc. Y pronuncia su *monsieur* sin *r*, como aquí o en Andalucía el *si señó*. Si las escribe es porque el francés, desde hace muchos siglos, se deleita en engalanar su escritura con muchas consonantes parásitas o mudas. Pero como buen glotón que es, se ha merendado hasta algunas vocales. ¡Vaya malabarismo el que hace con la llamada *e* muda! Escribe *ils pensent*, pero pronuncia algo así como *il pans*. Por lo menos una vocal y tres consonantes han desaparecido sin dejar rastros. El francés tiende a convertirse en lengua monosilábica, como el chino. En su derecho está, indudablemente. Pero ¿podrá un francés echar en cara a ningún venezolano cierto coqueteo con las *eses* o las *eres*?

Hay dos tendencias del habla venezolana que son generales en todo el país, aun entre la gente culta: el seseo y el yeísmo. El seseo (*corazón, ciencia*, etc., con *s* y no con *z*) se da en toda América y parte de España. ¿Y en francés? Pues en francés ha triunfado por completo: *décence* se pronuncia como si se escribiera con *ss*; *zéphir* como si se escribiera con *s* (sonora). Seseo absoluto. ¿Y el yeísmo? La *y* en lugar de *ll*, en *filie*, etc., ha triunfado en el siglo XIX de manera tan definitiva, que las personas que todavía pronuncian la *ll* se consideran provincianos que no han soltado el pelo de la dehesa. En América hay grandes regiones —la meseta de Bogotá, el Paraguay, etc.—, que conservan la *ll* (en Venezuela en cambio está impuesta la *y* en *calle, caballo*, etc.), y en general la enseñanza trata de imponerla. Pero en francés la pronunciación yeísta se considera bella y buena, y la conservación de *ll* rústica. Es evidente que la lengua francesa es muy innovadora. Nadie lo considera un defecto, y quizá sea hasta una virtud. Y en trance de explicarlo, no se recurrirá ni al analfabetismo ni a influencia argelina, sino a evolución interna, al llamado genio de la lengua.

¿Y el inglés? Nunca ha tenido fama de gastrónomo, pero, con todo lo puritano que es, ¡menudo banquete se da con sus vocales y consonantes! En el apellido de Churchill, líder conservador, hemos intentado en vano oír la *r*, que no conservan ni sus más devotos correligionarios políticos. En el inglés más irreprochable de la metrópoli (el que tenga sus dudas que recurra a un fonetista como Daniel Jones) no se pronuncia la *r* de *church*, *scholar*, *bachelor*, *mother*, *later*, *beer*, *world*, *emperor*, *short*, etc. El pronunciar esa *r* se considera, por el contrario, rasgo dialectal. Un nombre como Somerset Maugham se ha reducido a algo como *Samset Mom*. *Folklore*, una ciencia nueva y respetable, se pronuncia sin la primera *l*, porque es muda la de *folk*, como la de *half*, *chalk*, *walk*, *calm*, *psalm*, *should*, *could*, *Lincoln* y aun la intervocálica de *colonel*. Tampoco se pronuncia la *s* de *isle* ni la *t* de *often*. Pero se escriben, como reverencia a una época en que sí se pronunciaban. A nadie se le ocurrirá echarles en cara esos ni otros destrozos, porque no están limitados a una región o a una clase social inferior, sino que han llegado a los prestigiosos círculos de Oxford. Es decir, porque han triunfado. Y lo que ha triunfado tiene cierto derecho divino.

Ahí está el quid de la cuestión. Las transformaciones fonéticas del habla venezolana han quedado relegadas en general a la gente de los pueblos y de los campos, y aunque coinciden con las de otros países hispánicos, y hasta de muchas regiones españolas, no tienen la consagración de la lengua culta, no han triunfado. Podrán imponerse con el andar de los siglos u olvidarse por completo (no lo sabemos), pero hoy se consideran vulgares, y en la medida de lo posible la escuela debe corregirlas. Aun así, de ningún modo son motivo de bochorno nacional o de escándalo, ni hay por qué atribuirles al analfabetismo ni a influencia africana. Son tendencias internas de la lengua. Porque si no, tendríamos que admitir que el analfabetismo y la influencia africana se han impuesto en Francia e Inglaterra. ¡Y Dios nos libre de tamaña imputación!

Lo mismo puede decirse de una serie de cambios en la morfología, la sintaxis o el léxico. No hay tendencia del habla popular de Venezuela que no tenga su paralelo en las lenguas más cultas de Europa. Y desde luego en el castellano literario. Hoy se dice *propio*, pero en la época antigua y clásica se decía *proprio* (del latín *proprius*); se dice *oprobio*, pero antes era *oprobrio* (del latín *oprobrius*). Y si ahí se ha perdido una *r* (lo que llamamos “disimilación de eres”), como hace hoy el habla popular en *madrasta* o *padrasto* por *madrastra* y *padrastro*, en cambio en *estrella* se ha infiltrado una *r* intrusa o “epentética” (procede del latín *stella*), sin duda por influencia de *astro*. Decimos *riqueza forestal*, pero *floresta*, con una *l* que se debe sin duda a influencia de *flor*. Y *sombra* (del latín *umbra*), con una *s* inicial que es probablemente la de *sol*. E *invierno* (y no *ibierno*, como todavía en los campos de Venezuela, del latín *hibernum*), posiblemente por influencia de *infierno* y otras voces que empiezan con *in-*. En Venezuela se confunden ciertamente la *r* y la *l*, y aun hay personas cultas que dicen *delantar* y *casar* por *delantal* y *casal* (un *casar* de palomas o de niños), pero en castellano se ha impuesto *Guillermo* cuando lo etimológico era *Guillelmo* (del germánico *Wilhelm*), o *roble* (de *robre*, latín *roburem*) y alternan *arveja* y *alverja* (los rústicos del teatro clásico decían a cada paso *habrar* por *hablar*, *plática* por *práctica*, y otras lindezas semejantes). *Crocodilo* debiera decirse, como se decía en el período clásico, respetando el latín y el griego, y sin embargo se ha impuesto *cocodrilo*, que al principio fue tan disparatado como hoy *Grabiel* o *dentrífico*. Centenares de formas que empezaron siendo incorrectas han alcanzado plena consagración en la lengua culta. *Mapa* debiera ser femenino, como en latín, pero la pedantería de algún pseudoerudito lo convirtió en un masculino anómalo: *el mapa*. Todas esas formas están bien porque han triunfado. Pero las mismas tendencias fonéticas o morfológicas, por analogía o por cruce de palabras, se manifiestan en el habla popular de Venezuela. El castellano popular de Venezuela y de

toda Hispanoamérica, como el de las distintas regiones de España, prolonga viejas tendencias que actuaban ya sobre el latín hace dos mil años y que actúan de manera análoga sobre todas las lenguas del mundo. Las lenguas están en permanente evolución.

Y todavía hay más. A veces la evolución se impone en la lengua general porque ha triunfado en el núcleo que tiene la hegemonía política y cultural, y en cambio el habla regional o rústica mantiene las viejas normas. ¿No es una injusticia que *máma* y *pápa*, como se dice en los campos de Venezuela, como se ha dicho siempre en español o en latín (de ahí el *Papa* o Santo Padre), sean hoy vulgarismos reprobables solo porque en España se han generalizado desde el siglo XVIII *mamá* y *papá* por influencia francesa? En los campos de Venezuela todavía se dice *haiga*, *truje*, *sernos*, *vide*, *mesmo*, *asina* o *ansina*, *dende*, *manque*, *agora*, *endenantes* o *enantes*, *cuasi*, etc., como en la buena literatura del Siglo de Oro, ¿y no parece pura arbitrariedad considerar malas unas formas tan bien conservadas solo porque la lengua general ha sido infiel a ellas? He aquí que lo rústico consiste en la fidelidad al Siglo de Oro.

Venezuela, que en muchos aspectos es innovadora, es, en algunos otros, una de las regiones más conservadoras, más arcaizantes de Hispanoamérica. Un rasgo conservador es el mantenimiento de la vieja *h* aspirada (pronunciada como *j*) en muchísimos casos: *humo*, *hacha*, *hallar*, *huir*, *hecho*, *hierro*, *hablar* y un centenar más, que, con mayor o menor arraigo, se oyen en todas las regiones del país. Con aspiración pronunciaban esas voces Garcilaso y Fray Luis de León, y todavía en 1611 el castellano don Sebastián de Covarrubias y Orozco consideraba que pronunciar *humo* y *heno* sin esa aspiración, como *umo* y *eno*, era propio de “pusilánimes, descuidados y de pecho flaco”.

Casos parecidos se pueden acumular hasta el infinito. A pesar de los sucesivos cambios de monedas, y de su complicada nomenclatura oficial y popular, se conservan los nombres de *peseta* y *real* (*tener real* es

símbolo de riqueza, y *gozar un realero*, de felicidad). Y se habla de *calle real* o de *camino real*, como en tiempos de la monarquía. En los cuentos populares aún interviene la *sacarríalmajestá* (convertida alguna vez en *Misia Carrmajestá*). Y tienen plena vida *aguaitar*, *esguazar*, *corral* (patio), *candela*, *taita*, *catar* (mirar), *alferecía*, *anafe*, *avante*, *hatajo*, *dilatarse* (tardar), *latir* (ladrar), *mercar* (comprar, en Maracaibo), *mata* (árbol), *pasar trabajos*, *estrallar*, *pelar* (azotar), *guargüero*, *ansias* (náuseas), *puño* (puñetazo), *carriel* (garniel), *afeitar* (cortar el pelo), *su merccecita* (en los Andes), *misia* (mi señora), *vagamundo*, etc. Aun en la lengua culta la modernización del léxico se produce a ritmo lento, y sobreviven viejas formas: *de pies* por *de pie*; *escogencia* por *selección* o *elección*, *aplanchar* por *planchar*, etc. En general hay cierto apego al siglo XVIII español. En muchísimos casos en que la lengua general ha cambiado, el venezolano se mantiene fiel al léxico colonial.

Entonces se peca en unos casos por espíritu innovador, en otros por fidelidad conservadora. Si la ensartas pierdes; y si no, también. Tanto por lo que ha innovado como por lo que ha conservado, el castellano de Venezuela se ha alejado bastante del peninsular o del de otras regiones hispánicas. ¿Será ello malo? Malo o bueno —no lo sabemos—, es por lo menos fatal, y no está en las fuerzas humanas el evitarlo. Lo mismo le ha sucedido —en forma mucho más radical— al inglés de los Estados Unidos o al portugués del Brasil. La diferenciación, mayor o menor, es el sino de las comunidades lingüísticas, ya se trate de dos aldeas separadas por un riachuelo o de dos continentes separados por un océano.

Los rasgos diferenciales del habla venezolana son, pues, legítimos. Un campesino dice *naide*, *haiga* o *habernos*, y es perfecto. El habla popular y campesina de Barlovento, de Cumaná o del Zulia, las múltiples formas del diálogo familiar, desde el ¡*gua!* caraqueño hasta el ¡*ala!* tachiense, tienen siempre su dignidad, y hasta su belleza. El habla popular y

campesina es buena tal como es, y cualquiera que se acerque a ella debe hacerlo con respeto.

Pero cada cosa en su sitio. ¿Debemos todos amoldarnos a esa habla popular y campesina? Ese es otro cantar. El niño que pasa por la escuela aprende que no se debe decir *querramos, andé, habemos, hacen diez años*, sino *queramos, anduve, estamos o somos, hace diez años*. La cultura impone a todos los habitantes del país, por encima de sus diferencias regionales, muy legítimas, una norma superior, que es la de la lengua general. Allá en su rincón, rústico o familiar, cada cual puede hablar la lengua que le dé la gana. Pero en la cátedra, en la prensa, en el libro, en la tribuna, hay unos imperativos categóricos. La lengua representa una unidad de cultura, y la demagogia lingüística es disgregadora. Dentro de esa unidad, flexible y viva, caben la severidad académica, la espontaneidad juvenil y la constante actividad creadora del hombre. El hablante o el escritor culto de lengua española tiene la inestimable fortuna de que su palabra puede llenar un ámbito que abarca veinte naciones y que es, en importancia numérica, con sus ciento treinta millones de hablantes, la tercera o la cuarta del mundo. Y la responsabilidad de mantener en la plenitud y belleza de sus medios expresivos una lengua que es —digámoslo con palabras de Andrés Bello— “un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas entre los dos continentes”.

Bibliografía

(Limitamos esta Bibliografía a los libros venezolanos utilizados y a los estudios sobre el castellano de Venezuela).

Actas del Cabildo de Caracas (1573-1619). Caracas, 1943-1951, 4 vols.

AGUADO, PEDRO DE. *Historia de Venezuela*. [Escrita en 1581] Con prólogo, notas y apéndices por Jerónimo Bécker. Madrid, 1918-1919, 2 vols.

II, 609-613: «Nota de algunas palabras anticuadas o de dudosa interpretación usadas por el P. Aguado en su obra» (77 voces explicadas).

ALVARADO, ANÍBAL LISANDRO. *Menú. Vernaculismos*. Ediciones Edime, Caracas-Madrid, 1953, 172 págs.

Págs. 41-50: Cocina criolla.

Págs. 101-167: Vernaculismos (309 venezolanismos explicados).

ALVARADO, LISANDRO. *Datos etnográficos de Venezuela*. Biblioteca Venezolana de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1945, XX-412 págs.; nueva edición en las *Obras Completas*, Caracas, 1956, XXVII-509 págs. (Incluye en el texto una serie de voces indígenas, y a veces las explica.)

———. *Glosario de voces indígenas de Venezuela*. Caracas, Ediciones «Victoria», 1921, XIX-319 págs.; nueva edición en *Obras Completas*, Caracas, vol. I, 1953, XXVII-425 págs.

En la 1.^a ed. hemos contado 1.634 voces: en la 2.^a (con las adiciones y enmiendas que dejó manuscritas el autor), 1.738. La 2.^a ed. contiene además un trabajo inédito (págs. 367-402): «Voces geográficas» (estudio de 294 toponímicos).

———. *Glosarios del bajo español en Venezuela*. Caracas, Litografía-Tipografía Mercantil, 1929, XVI-704 págs.; 2.^a ed., *Obras Completas*, vol. II, XXV-505 págs., y vol. III, 397 págs. Con prólogo de Pedro Grases.

Vol. II. Primera parte: «Acepciones especiales». Unas 3.300 voces explicadas, con abundante documentación (págs. 31-488).

Págs. 1-8: «Ideas sobre la evolución del español en Venezuela» (publicado en «El Cojo Ilustrado», Caracas, 15 de enero de 1904).

Vol. III. Segunda parte: «Neologismos y arcaísmos». Unas 1.900 voces explicadas, con abundante documentación (págs. 13-267).

Págs. 269-277: «Sufijos en el lenguaje criollo».

Págs. 279-293: «Alteraciones fonéticas del español en Venezuela (primera redacción)». Apareció en los Anales de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1909, año X, tomo X, n.º 3, págs. 463-480.

Págs. 297-352: «Alteraciones fonéticas del español en Venezuela (segunda redacción)». Apareció en los Anales de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1929, año XVII, tomo XVII, n.º 3, págs. 349-378, y n.º 5, págs. 782-812.

Págs. 353-369: «Anotaciones gramaticales» (a la Gramática de Bello).

Págs. 371-377: «Anacronismo lingüístico» (sobre la elegía de Juan V. Camacho, A mi amigo D. José Antonio de Lavalle en la muerte de su señora madre).

———. *Historia de la revolución federal en Venezuela*. Caracas, Editorial «Victoria», 1909, 549 págs.

Antología, del cuento moderno venezolano (1895-1935). Selección de Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón. Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1940, 2 vols.

ARAUJO, ORLANDO. *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1955, 263 págs.

Págs. 157-499: «La conciencia lingüística».

———. *Sobre Refranero internacional de la música y de la danza* de S. Ricardo Matas. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, I, n.º 1, enero-junio de 1952, págs. 210-216.

Recoge refranero y fraseología de la música en Venezuela.

ARISMENDI BRITO, PEDRO. *Discursos leídos en la Academia Venezolana Correspondiente de la Española en la recepción pública del Sr. Dr. D.* ———, el día 6 de mayo de 1906. Caracas, Imprenta Nacional, 1906, 40 págs.

Observaciones sobre el castellano de Venezuela y algunas de sus expresiones. La respuesta de Julio Calcaño contiene también algunas observaciones de lenguaje.

ARMAS CHITTY, J. A. DE. *Candil. Romances de la tierra*. Caracas, Poligráfica Nacional, 1948, 110 págs.

Págs. 107-110: Vocabulario (35 voces explicadas por el autor).

———. *Las riñas de gallos en el Oriente del Guárico*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, II, n.º 3, 1953-1954, págs. 148-158 (con rica terminología).

ARVELO TORREALBA, ALBERTO. *Cantas. Poemas*. Caracas, Editorial «Elite», 1932, 126 págs.; 2ª ed., 1938; 3ª ed., 1950.

Utilizamos la 3ª. ed., Caracas, Librería y Tipografía «La Torre», 1950. Páginas 155-156: «Algunos vocablos de uso regional que aparecen en este libro» (30 voces explicadas muy someramente).

———. *Glosas al Cancionero (Poemas)*. Caracas, Editorial «Elite», 1940, 159 páginas; 2.ª ed., Caracas, Librería y Tipografía La Torre, 1950, 188 págs.

Págs. 183-188 (2.ª ed.): «Venezolanismos usados en esta obra» (64 voces explicadas).

ARRÁIZ, ANTONIO. *Dámaso Velázquez*. Novela. Caracas, Ediciones Librería «Caracas», 1944, 269 págs. (Gran riqueza de léxico marino y de voces margariteñas y orientales.)

———. *Puros hombres*. Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1938, 247 páginas. (Gran riqueza de léxico carcelario. Describe la vida de una prisión en la época de Gómez. Casi todos son presos comunes, ladrones, asesinos, etcétera.)

———. *Tío Tigre y Tío Conejo*. Cuentos. Ministerio de Educación Nacional, Biblioteca Popular Venezolana, n.º 4, Buenos Aires, 1945, 211 págs.

Págs. 181-210. Vocabulario (212 voces usadas en el texto y explicadas por el autor).

BEAUMONT, ODALY. *Juegos de naipes en Venezuela*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, Caracas, I, n.º 1, enero-junio de 1952, págs. 171-173 (*ajiley*); n.º 2, julio-diciembre de 1952, págs. 412-414 (*carga la burra, flor, roba pílón*); n.º 3, 1953-1954, págs. 199-201 (*caída, tulipa, solo*).

BLANCO, ANDRÉS ELOY. *La gloria de Mamporal*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 187-197.

BLANCO FOMBONA, RUFINO. *El catire*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 61-68.

BOLET PERAZA, NICANOR. *Artículos de costumbres y literarios*. Primera edición. Casa Editorial Ataluce, Barcelona (España), 1931.

El autor (1838-1906) escribió sus artículos en la segunda mitad del siglo XIX.

BOLÍVAR, SIMÓN. *Obras Completas*. Compilación y notas de Vicente Lecuna. Editorial Lex, La Habana, 2.ª ed., 1950, vol. I, 990 págs., vol. II, 999 págs., vol. III, 945 págs.

BRACHO MONTIEL, GABRIEL ÁNGEL. *Odio*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 77-85.

BRICEÑO, ARTURO. *Conuco*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 119-136 (el autor es larense y el cuento parece de Lara).

¡*Buen provecho!* *Caracas cookery*. Published by British War Charities, Caracas, Editorial Elite, 1946, 256 págs.

Trae una serie de platos criollos, con sus nombres venezolanos. Texto en castellano y en inglés.

CALCAÑO, JULIO. *El castellano en Venezuela. Estudio crítico*. Caracas, Tipografía Universal, 1897, XVIII-709 págs.; 2.^a ed., Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Cultura, XXXIX-573 págs. Con prólogo de Jesús Semprún.

Fundamentalmente notas de léxico, con criterio purista. Su modelo ha sido las Apuntes de Cuervo.

CALZADILLA VALDÉS, FERNANDO. *Por los Llanos de Apure*. Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1940, 431 págs.; 2.^a ed., Dirección de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1948, 341 págs.

Págs. 429-430 (1.^a ed.): «Voces de uso común en los Llanos» (42 voces explicadas). Son artículos publicados desde 1928 hasta 1939 en el «Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas» y reproducidos en «El Universal» y «La Esfera». Describe las costumbres llaneras, con mucho léxico regional.

CARDONA, MIGUEL. *Algunos juegos de los niños de Venezuela*. Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1956, 119 págs.

CARMONA, MIGUEL. *Diccionario Indo-Hispano o Venezolano-Español*. En «El Monitor Industrial», periódico de Caracas, desde el 2 de diciembre de 1858 hasta el 19 de noviembre de 1859.

CARREÑO, EDUARDO. *Vida anecdótica de venezolanos*. Prólogo de S. Key-Ayala. Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1952, 3.^a edición, 378 págs.

CARREÑO, FRANCISCO, y MIGUEL CARDONA. *El juego de pichas o metras*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, Caracas, I, n.º 1, enero-junio de 1952, págs. 167-171.

Estudia una serie de expresiones típicas de este juego.

CARVAJAL, FR. JACINTO DE. *Relación del Descubrimiento del Río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*. Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1956, 347 págs. Con prólogo de Miguel Acosta Saignes (la 1.^a ed. es de 1648).

Págs. 293-296: Vocabulario (113 voces explicadas); págs. 297-300: «Noticias de Historia natural» (75 voces); pág. 300: «Frutas silvestres de la región del Orinoco (35 voces).

CASTILLO VÁSQUEZ, ANDRÉS. *Folklore larense. Versiones folklóricas larenses*. Caracas, 1956, 79 págs.

Pág. 79: «Vocabulario» (13 voces explicadas).

CELA, CAMILO JOSÉ. *Historias de Venezuela. La Catira*. Barcelona, Editorial Noguer, 409 págs.

Págs. 359-406: «Vocabulario de venezolanismos usados en esta novela» (896 voces).

Aunque la novela se desarrolla en la región llanera, el lenguaje es una mezcla del de las distintas regiones del país.

CISNEROS, JOSEPH LUIS DE. *Descripción exacta de la Provincia de Benezuela*. Reproducción de la edición de Valencia, 1764. Colección de libros raros o curiosos que tratan de América, Segunda serie, tomo XXI, Madrid, 1912.

CODAZZI, AGUSTÍN. *Resumen de la Geografía de Venezuela*. París, Fournier y Cía., 1841, 648 págs.; nueva edición de la Biblioteca Venezolana de Cultura, Caracas, 1940, 3 vols.

COLL, PEDRO EMILIO. *Las tres divinas personas*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 39-59.

CHACÍN, FRANCISCO GUSTAVO. *Voces recogidas en Zaraza (Llanos del Guárico)*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, Caracas, I, enero-junio de 1952, págs. 119-135.

Estudia 173 voces, con abundante ejemplificación.

DÍAZ RODRÍGUEZ, MANUEL. *Música bárbara*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 5-27.

———. *Peregrina o el pozo encantado; novela de rústicos del valle de Caracas*. Madrid [¿1922?], 226 págs. (contiene además *Las ovejas y las rosas del Padre Serafín*, *Égloga de verano* y *Música bárbara*); 2.^a ed., Biblioteca Popular Venezolana, n.º 9, Dirección de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1946.

DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN. *Cumboto. Cuento de siete leguas*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1950, 248 págs. (La novela se desarrolla en una hacienda del Estado Carabobo, cerca de Puerto Cabello, y refleja el habla de esta región.)

———. *Guzmán. Eclipse de una ambición de poder*. Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Cultura, 1950, 609 págs.; 2.^a ed., Caracas-Madrid, Editorial Edime, 1952, 662 págs.

—. *Mene. Novela de la vida en la región petrolera del Estado Zulia*. Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1936, 137 págs. (Gran riqueza de léxico, especialmente de los campos petroleros.)

DOMÍNGUEZ, LUIS ARTURO. *Aspectos del Folklore del Estado Falcón*. En la *Revista Venezolana de Folklore*, I, n.º 1, enero-junio de 1947, págs. 91-119. (Contiene una serie de nombres regionales.)

DOMÍNGUEZ, PABLO. *Todo un valiente*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 87-93.

DUPOUY, WALTER. *Aspectos folklóricos del uso del chimó*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, I, n.º 2, julio-diciembre de 1952, págs. 310-322.

Págs. 319-321: «Glosarios» (37 voces explicadas).

ERMINY ARISMENDI, SANTOS. *Refranes que se oyen y dicen en Venezuela*. Madrid-Caracas [1953], 104 págs.

Incluye, entre los refranes, una serie de expresiones venezolanas.

FEBRES CORDERO, TULIO. *Archivo de Historia y variedades*. Caracas, Editorial Sur América, 1930, I, 391 págs.; II, 1931, 398 págs. (Recopilación de trabajos históricos y literarios dispersos.)

I, págs. 33-55: Sobre toponimia indígena; págs. 55-61: El chocolate y el chorote.

II, págs. 247-248: «Liga protectora del lenguaje nacional»; págs. 389-390: «El verbo jalar»; págs. 390-391: «Sobre lenguaje. Parecemos pobres siendo muy ricos».

—. *Décadas de la historia de Mérida*. Tomo I, Tipografía «El Lápiz», Mérida, 1920. (Contiene como apéndice una *Descripción geográfica, política, agrícola e industrial de todos los lugares de que se compone la provincia de Mérida*, formada por el Sr. Juan de Dios Picón, siendo Gobernador constitucional de ella en 1832.)

—. *La cocina criolla o guía del ama de casa para disponer la comida con prontitud y acierto*. Caracas, Editorial Venezuela, 1942, 80 págs. (2.^a ed.).

FERNÁNDEZ GARCÍA, ALEJANDRO. *Los naufragos*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 69-76.

FORTOUL HURTADO, PEDRO. *Dificultades de la dicción castellana*. (Estudios de crítica gramatical). Nueva York, 1922, 335 págs.

Analiza, con criterio purista, una serie de voces, a veces con ejemplificación venezolana.

FUENTES, VICENTE. *Evasión*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 213-234.

GALLEGOS, RÓMULO. *Canaima (Novela)*. Barcelona, Casa Editorial Araluce, 1935, 406 págs. (La acción se desarrolla en Guayana y refleja el habla guayanesa.)

———. *Cantaclaro (Novela)*. Barcelona, Editorial Araluce, 1934, 367 págs. (La novela se desarrolla en los Llanos, y el habla de casi todos los personajes es expresión del habla llanera.)

———. *Doña Bárbara. Novela de la llanura venezolana*. Barcelona, Editorial Araluce, 1929, 345 págs. (Edición definitiva, con correcciones del autor, publicada por el Fondo de Cultura Económica, México, 1954, para conmemorar los veinticinco años de su aparición.)

La edición de Caracas, de 1930; la de Buenos Aires, 1945 (Peuser); la de México, 1950 (con prólogo y notas de Mariano Picón Salas); la de México, de 1954, y otras, traen al final un «Vocabulario» que explica 135 palabras.

———. *El forastero. Novela*. Caracas, Editorial Elite, 1942, 292 págs.

———. *La rebelión*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 80-117. (La primera ed., 1922, en «La Lectura Semanal», Caracas.)

———. *La trepadora. Novela*. Caracas, Tipografía Mercantil, 1925, 356 págs. (La novela se desarrolla en los valles del Tuy, Estado Miranda, y representa el habla de esa región.)

———. *Pobre negro. Novela*. Caracas, Editorial Elite, 1937, 383 págs.; el mismo año se publicó en Barcelona, Editorial Araluce, 325 págs. (La novela se desarrolla en la región de Barlovento, Estado Miranda, en la época de la guerra federal.)

———. *Reinaldo Solar*. Barcelona, Editorial Araluce, 1930 (es la 2.^a ed., reelaborada, de *El último Solar*, publicado en Caracas, Imprenta Bolívar, 1920, 299 págs.).

———. *Sobre la misma tierra*. Barcelona, Editorial Araluce, 1943, 234 págs.; 2.^a ed., Caracas, Editorial Elite, 1943, 352 págs. (La novela se desarrolla en la Guajira venezolana y refleja el habla del Zulia.)

GARCÍA, AGUSTÍN. *Farallón. Novela*. Taller Gráfico, Caracas, 1939. (El autor es coriano y la novela refleja el habla del Estado Falcón.)

Págs. 253-256: «Corrupciones y modismos usados en esta novela» (explica 118 palabras).

GARCÍA TAMAYO, MARÍA LOURDES. *Notas sobre cocina de los Andes venezolanos*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, II, n.º 3, 1953-1954, páginas 202-205.

Estudia 23 nombres de comidas y bebidas.

GARMENDIA, JULIO. *La tienda de muñecos*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 207-212.

GIL FORTOUL, JOSÉ. *Historia Constitucional de Venezuela*. Berlín, 1907-1909, 2 vols.; 2.ª ed., revisada, Caracas, 1930-1931, 3 vols.

GONZÁLEZ, ELOY GUILLERMO. *Dentro de la Cusiata*. Caracas, Imprenta Nacional, 1907, 247 págs.

GONZÁLEZ, JUAN VICENTE. *Biografía de José Félix Ribas (Época de la guerra a muerte)*. Prefacio de R. Blanco Fombona. Biblioteca de Grandes Autores Americanos, París, sin año. (El libro es de 1865.)

GONZÁLEZ EIRIS, JOAQUÍN. *Los caribes*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 323-328.

GONZÁLEZ GUINÁN, FRANCISCO. *Historia contemporánea de Venezuela*. Caracas, 1909-1925, 15 vols.; nueva edición de la Presidencia de la República, 1954, 15 vols.

GONZALO-PATRIZI, J. A. *Queniquea*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 187-204.

GRASES, PEDRO. «*Galerón*» en *Tierra Firme*. En la *Revista Venezolana de Folklore*, Caracas, I, n.º 2, julio-diciembre de 1947, págs. 129-143.

—. *La idea de «alboroto» en castellano*. Notas sobre dos vocablos: «Bululú» y «Mitote». Tirada aparte del *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, tomo VI, septiembre-diciembre de 1950, n.º 3, Bogotá, 1950, 48 págs.

Analiza, con abundante documentación, 16 términos venezolanos. Reseña de Marco Antonio Martínez, en la *Revista Nacional de Cultura*, n.º 89, Caracas, noviembre-diciembre de 1951, págs. 303-305, y de José A. Pérez Regalado, en *Archivos Venezolanos de Folklore*, n.º 1, págs. 198-199.

—. «*Locha*», nombre de fracción monetaria en Venezuela. En el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Bogotá, V, 1949, págs. 112-123.

GUERRERO, EMILIO CONSTANTINO. *Diccionario filológico. Estudio general sobre el lenguaje venezolano, con referencia al de España y al de otros países de la*

América latina. Nictheroy [Brasil], 1915, XLV-377 págs. (La Dedicatoria y la Introducción son de 1913.)

Numerosos artículos están dedicados a nombres de figuras literarias o históricas (franceses, ingleses, alemanes, etc.), de los que da una sucinta información. El resto (la mayor parte de la obra) contiene venezolanismos, con importantes noticias sobre la región andina (el autor era merideño) y extranjerismos (con criterio purista), y además numerosas observaciones sobre morfología y sintaxis.

GUMILLA, P. JOSEPH. *El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica*. Madrid, 1745 (la 1.^a ed. es de 1741. Fue misionero del Orinoco desde 1715 a 1750; nueve años en el Apure).

GUTIÉRREZ ALFARO, PEDRO A., y RICARDO ARCHILA. *La Obstetricia en Venezuela. Ensayo histórico*. Caracas, Editorial «Ragón», 1955, 576 págs.

Págs. 477-503: «Terminología» (una serie de expresiones y dichos populares).

HERNÁNDEZ DE MENDOZA, CECILIA. *El estilo literario de Bolívar*. Bogotá, Editorial Cromos, 159 págs. Prólogo de Pedro Urbano González de la Calle.

Contiene algunas observaciones sobre la lengua de Bolívar.

HIMIOB, NELSON. *Alarma*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 63-76.

JAHN, ALFREDO. *Nombres geográficos indígenas de Venezuela*. En *Cultura Venezolana*, año XIV, n.º 113, julio de 1931, págs. 138-142.

LANDAETA, FEDERICO. *Rastrillo (Relatos de un antro de horrores)*. Caracas, 1929, 140 págs. (Contiene rico léxico carcelario.)

LIMARDO, RICARDO OVIDIO. *Observaciones al Diccionario de galicismos de D. Rafael María Baralt*. En «La Enseñanza», Madrid, III, n.º 53, 10 de diciembre de 1867.

LÓPEZ, CASTO FULGENCIO. *Madrugada*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 279-292.

LOSSADA, JESÚS ENRIQUE. *La máquina de la felicidad*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 199-206.

MACHADO, JOSÉ EUSTAQUIO. *Cancionero popular venezolano. Cantares y corridos, galerones y glosas, con un apéndice musical y varias notas geográficas, históricas y lingüísticas para explicar o aclarar el texto (Contribución al folklore venezolano)*. Caracas, 1915, 188 págs.; 2.^a ed., «El Cojo», 1919, 251 págs. (con notas

al pie); 3.^a ed., Caracas, 1922, Librería Española, IX-192 págs.

Págs. 170-183 (1.^a ed.): Notas (muchas de ellas de léxico).

———. *Viejos cantos y viejos cantores. Compilación de varias composiciones, en su mayor parte desconocidas u olvidadas, con notas históricas y literarias.* (Contribución al folklore venezolano.) Caracas, Tipografía Americana, 1921, XXVI-II-122 págs. (Con algunas notas de léxico.)

MALDONADO, SAMUEL DARÍO. *Tierra nuestra (Por el río Catira).* Caracas, Litografía del Comercio, 1920, 503 págs.

Págs. 497-503: Vocabulario (188 voces explicadas por el autor).

MARTÍ, JOSÉ. Véase Ángel Rosenblat.

MARTÍNEZ, MARCO ANTONIO. Sobre *Colombianismos* del P. Julio Tobón Betancourt. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, II, n.º 3, 1953-1954, páginas 209-218.

Señala 69 de los colombianismos usados también en la región andina de Venezuela.

———. *Muletillas de la conversación venezolana.* En *Archivos Venezolanos de Folklore*, año I, n.º 1, enero-junio de 1952, págs. 105-118.

Analiza catorce muletillas del habla general, algunas del habla infantil, fórmulas de tratamiento, exclamaciones convertidas en muletillas y una serie de muletillas individuales.

MARTÍNEZ CENTENO, ROBERTO. *Barbarismos y solecismos.* Editorial Elite, Caracas, 1944, 65 págs.

MATOS ROMERO, MANUEL. *Improvisadores populares del Zulia (Folklore zuliano).* Caracas, 1956, 123 págs.

Notas al pie (27), sobre lodo de léxico. Págs. 108-109: 62 voces de germanía.

MEDRANO, JOSÉ D. *Apuntaciones para la crítica: Sobre el lenguaje maracaibero.* Maracaibo, Imprenta Bolívar, 1883, 68 págs.; 2.^a ed., Maracaibo, 1886.

Inspirado en las Apuntaciones de Cuervo. Contiene algunas observaciones generales y el estudio de 305 voces. Interesante reseña de Hugo Schuchardt en la *Literaturblatt für germanische und romanische Philologie*, 1884, n.º 7 (reproducido por el Conde de la Vinaza en su Biblioteca histórica de la Filología castellana, cois. 1843-1845).

MENDOZA, DANIEL. *El llanero (Estudio de Sociología Venezolana).* Madrid, Editorial América, 1918. (El libro es de Rafael Bolívar Coronado, y su atribución a Daniel Mendoza constituye una superchería literaria: véase Oscar Sambrano Urdaneta, *El llanero: Un problema de crítica literaria*, Caracas, 1952.)

———. *Un llanero en la Capital*. En la *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX (1830 a 1900)*, Biblioteca Venezolana de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, págs. 57-67.

MENESES, GUILLERMO. *El mestizo José Vargas*. Novela. Biblioteca Popular Venezolana, n.º 18, Dirección de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1946.

———. *La balandra Isabel llegó esta tarde*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 137-164.

MICHELENA, SANTIAGO. *Pedantismo literario y verdades políticas*. París, 1889, XII-66 págs.

Crítica violenta del Diccionario consultor o memorándum del escribiente de Baldomero Rivodó. Rechaza los neologismos que Rivodó quería que adoptase la Academia (92 voces).

———. *Algo más sobre pedantismo literario y verdades políticas*. París, 1890, 62 págs.

Crítica violenta de las Voces nuevas de Baldomero Rivodó.

MONTESINOS, PEDRO. *Venezolanismos i americanismos*. En la *Gaceta Profesional*, Barquisimeto, desde mayo de 1916 hasta marzo de 1918 (no hemos podido comprobar si se siguió publicando).

MONROY PITTALUGA, FRANCISCO. *Cazarla (Encuesta general de Geografía Social)*. Tipografía Garrido, Caracas, 1949, 194 págs. (Contiene abundante léxico de los llanos del Guárico.)

———. *Cuentos y romances tradicionales en Cazorla (Llanos del Guárico)*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, I, n.º 2, julio-diciembre de 1952, págs. 360-380.

Págs. 377-380: «Vocabulario» (65 voces explicadas).

NÚÑEZ, ENRIQUE BERNARDO. *Cubagua*. Novela. París, Editorial «Le Livre Libre», 1931, 139 págs.

NÚÑEZ DE CÁCERES, PEDRO. *Memoria sobre Venezuela y Caracas*. En el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, tomo XXII, enero-marzo de 1939, n.º 85, págs. 133-162.

El autor vino de Santo Domingo a Venezuela en 1823 y la Memoria es probablemente de 1851. Recoge varios centenares de expresiones venezolanas con una concepción pesimista de la vida familiar y de las costumbres caraqueñas.

OLIVARES FIGUEROA, R. *Folklore venezolano*. Tomo I: *Versos*. Biblioteca Popular Venezolana, n.º 23, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1948, 288 págs.

Págs. 249-258: «Vocabulario» (explica 126 voces).

———. *Folklore venezolano*. Tomo II: *Prosas*. Biblioteca Popular Venezolana, n.º 53, Caracas, 1954, 173 págs.

Págs. 150-155: «Vocabulario» (69 voces explicadas).

OTERO SILVA, MIGUEL. *Casas muertas*. *Novela*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1955, 181 págs.; 2.ª ed., Caracas, Tipografía La Nación, 1956, 191 págs.

———. *Fiebre*. *Novela de la revolución venezolana*. México, D. F., 2.ª ed., 1940, 226 págs.

OVALLES, VÍCTOR MANUEL. *Frases criollas*. Caracas, Editorial Bolívar, 1935, 95 págs.

Historia anecdótica de 20 frases venezolanas.

———. *Más frases criollas*. Editorial Bolívar, Caracas, 1935, 95 págs.

Historia anecdótica de 16 frases venezolanas.

OVIDO Y BAÑOS, JOSÉ. *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Madrid, 1723.

OXFORD-LÓPEZ, EDUARDO. *Células nuestras* (cuentos). Ciudad Bolívar, 1943.

Pág. 75: Vocabulario (explica 21 voces).

PADRÓN, JULIÁN. *Candelas de verano*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 97-118.

PÁEZ, JOSÉ ANTONIO. *Autobiografía*. Nueva York, 1869, 2 tomos. (Hay reproducción facsímil de 1946.)

PALACIOS, ANTONIA, *Ana Isabel, una niña decente* (Novela). Editorial Losada, Buenos Aires, 1949, 217 págs.

Págs. 211-216: Vocabulario (64 voces explicadas por la autora). Pinta la vida de una niña caraqueña hacia 1910.

PARRA, TERESA DE LA. *Ifigenia* (*Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*). Caracas, Editorial «Las Novedades», 446 págs. Con prólogo de Francis de Miomandre (1.ª ed., Caracas, 1922; 2.ª ed., París, 1924).

———. *Las memorias de Mamá Blanca*. París, Editorial «Le Livre Libre», 1929, 293 págs.; nueva edición de la Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas-Buenos Aires, 1945.

Págs. 287-292 (1.ª ed.): «Lista de los principales venezolanismos y americanismos que se hallan en este libro» (35 voces explicadas por la autora).

PAZ GARCÍA, CARLOS. *Andanzas de un guerrillero*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 138-142.

PERAZA, LUIS. *La Güira*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 165-185.

PEREIRA, PEDRO N. (hijo). *Río Tocuyo (Aspectos de su pasado y su presente)*. Edición conmemorativa del IV Centenario de la ciudad de Barquisimeto. Editorial Ávila Gráfica, Biblioteca de Cultura Larense, vol. X, Caracas, 1952, 332 págs.

Págs. 311-328: «Algunos provincialismos y varias expresiones usadas en el Municipio Camacaro (Estado Lara)». Recoge 244 provincialismos y 36 expresiones.

PÉREZ REGALADO, JOSÉ A. *Zorrocloco en España y América*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, Caracas, I, n.º 2, págs. 388-394.

Sobre Zorrocloco y supervivencias de la «couvade».

PHELPS, KATHLEEN DEERY. *Aves venezolanas. Cien de las más conocidas*. Caracas, Creóle Petroleum Corporation, 1953, 103 págs.; 2.ª ed., 1955.

PICÓN, JUAN DE DIOS. *Descripción geográfica, política, agrícola e industrial de todos los lugares de que se compone la Provincia de Mérida*. Mérida, 1832. Publicada en *Décadas de la historia de Mérida* de Tulio Febres Cordero, Mérida, 1920, págs. 231-280.

PICÓN FEBRES, GONZALO. *Fidelía (Novela de costumbres venezolanas)*. Curaçao, 1893, 478 págs.

———. *El Sargento Felipe* (Novela). Caracas, 1899, 187 págs.; nueva edición, con prólogo de Mariano Picón Salas, Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1955, 204 págs.

———. *Libro raro. Voces, locuciones y otras cosas de uso frecuente en Venezuela, algunas de las cuales se encuentran en «Fidelía» y en las demás novelas del autor*. Curaçao, 2.ª edición, considerablemente aumentada, 1912, 405 págs. (La Introducción lleva como fecha 1909 a 1911.)

Págs. 21-325: «Voces» (1356 voces con frecuentes consideraciones político-sociales).

Págs. 326-359: «Locuciones y refranes» (unos 250 artículos).

Págs. 362-404: «Polémica filológica» (recoge su polémica con Julio Calcaño sobre butaque, colgador, flacuchento).

PICÓN-SALAS, MARIANO. *Los días de Cipriano Castro (Historia venezolana del 1900)*. Ediciones Garrido, Caracas, 1953, 341 págs.

———. *Los hombres en la guerra*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 301-321.

———. *Viaje al amanecer*. Prólogo de E. Abreu Gómez. Vocabulario de P. A. Ortiz. México, Selecciones hispanoamericanas, 1943, 202 págs.

Págs. 199-202: Vocabulario (explica 62 voces merideñas). Es un relato de su infancia merideña, con rica terminología regional.

PIM, JOB (Francisco Pimentel). *Enciclopedia Espesa (antes Siguí). Aumentada y corregida. Recopilación de las voces más usuales del «argot» venezolano, escogidas y comentadas*. Editorial «Elite», Caracas, 1931, 48 págs.

Agrega 59 voces a las de su Enciclopedia Siguí. Salva algunas erratas e introduce ligeros cambios; también suprime un par de voces.

———. *Enciclopedia Siguí. Recopilación de las voces más usuales del «argot» venezolano, escogidas y aumentadas*. Caracas, 1916, 51 págs.

Recoge 559 voces. La explicación y la etimología es casi siempre humorística. Tiene mucho interés para el estudio del léxico familiar de Caracas. Véase Enciclopedia Espesa.

———. *Graves y agudos*. Impresores Unidos, Caracas, 1940, 204 págs. (Recoge composiciones poéticas desde 1919; tiene léxico venezolano.)

———. *Sal de Pim*. Caracas, Tipografía Universal, 1934, 190 págs. (Poemas humorísticos, con léxico del habla familiar de Caracas.)

PIMENTEL, FRANCISCO. *Discurso leído por el Sr. Dr. — en contestación al antecedente* [del Dr. Juan E. Arcia]. En el *Boletín de la Academia Venezolana correspondiente de la Española*, IV, 1937, págs. 128-137.

Defiende; con criterio innovador una serie de usos venezolanos.

PITTIER, H. *Manual de las plantas usuales de Venezuela*. Caracas, Litografía del Comercio, 1926, XVI-458 págs.

Rica terminología botánica, culta y popular.

———. *Suplemento a las plantas usuales de Venezuela*. Editorial Elite, 1939, VIII-129 págs.

POCATERRA, JOSÉ RAFAEL. *El doctor Bebé (Novela)*. Editorial América, Madrid, 1917, 203 págs. (El libro está firmado en Calabozo, 1911-1912. Se titulaba primitivamente *Política feminista*, Caracas, 1913.)

———. *La casa de los Ábila*. Caracas, Editorial Elite, 1941, 371 págs.

———. *Patria la mestiza*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 150-175.

———. *Tierra del sol amada (Novela)*. Maracaibo, 1918, 303 págs.; 2.^a ed., Caracas, sin fecha. (La novela se desarrolla en Maracaibo. Tiene mucho léxico popular.)

———. *Vidas oscuras (Novela)*. Maracaibo, 1916, 227 págs.

POMPA, GERÓNIMO. *Medicamentos indígenas*. Editorial «Las Novedades», Caracas-Buenos Aires, 260 págs.

QUEREMEL, MIGUEL ÁNGEL. *Yo pecador*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 235-254.

RAMÓN Y RIVERA, LUIS FELIPE. *El joropo, baile nacional de Venezuela*. Caracas, Dirección de Cultura y Bellas Artes, Ministerio de Educación, 1953, 92 págs. y 16 ilustraciones musicales.

RIVODÓ, BALDOMERO. *Diccionario consultor o Memorándum del escribiente*. París, Garnier Hnos., 1888, 263 págs.

Págs. 213-216: «Catálogo de algunas voces extranjeras de frecuente uso entre nosotros. Incluye en su Diccionario numerosos neologismos, muchos de ellos venezolanos. Véase Santiago Michelena.

———. *Voces nuevas de la lengua castellana. Glosario de voces, frases y acepciones usuales y que no constan en el Diccionario de la Academia, edición duodécima. Admisión de extranjeras. Rehabilitación de anticuadas. Redificaciones. Acentuación prosódica. Venezolanismos*. París, Garnier Hnos., 1889, XII-299 págs.

Recoge más de 400 venezolanismos, con criterio comprensivo y amplio.

RÍZQUEZ, FRANCISCO A. *Al margen del léxico*. En el *Boletín de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española*, I, enero-junio de 1934, páginas 43-47.

Sobre arepa, arepita, cachapa, hayaca, hayaquita (discute las definiciones académicas).

RODRÍGUEZ LÓPEZ, J. A. *Usos del vocablo zamuro. Extensión y usos del vocablo zamuro en zoología, botánica, geografía, etnografía y folklore venezolano*. Publicado en *De Re Indica*, 20 de septiembre de 1918; Maracay, 1922, 10 págs. (aumentado).

RÖHL, EDUARDO. *Fauna descriptiva de Venezuela*. Caracas, Tipografía Americana, 1942, XXXIII-431 págs.; 2.^a ed., aumentada y corregida, Caracas, 1949, XXXVI-495 págs. (Contiene rica terminología popular.)

RÖHL, JUAN. *Historias viejas y cuentos nuevos*. Caracas, Elite, 1946.

Págs. 99-104: «Las butacas coloniales».

ROJAS, ARÍSTIDES. *Cien vocablos indígenas de sitios, ríos, alturas, vecindarios, pueblos, ciudades y naciones, en los valles de Caracas, del Tuy y de la costa venezolana*. Extracto de la obra inédita: *Diccionario de vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela*. Caracas, Imprenta Bolívar, 1882, 30 págs.

———. *Estudios indígenas. Contribuciones a la Historia antigua de Venezuela*. Caracas, Imprenta Nacional, 1878, XI-219 págs.; 2.^a ed., Caracas, Librería «Las Novedades», 221 págs.

Págs. 89-110 (1.^a ed.): «La sílaba gua o hua»; págs. 135-152: «De algunos vocablos de Geografía general, en las provincias caribes de Venezuela».

———. *Muestra de una obra inédita. Ensayo de un Diccionario de vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela*. Caracas, 2.^a edición, aumentada y corregida, 1881, 52 págs. (publicada por primera vez en «La Opinión Nacional»); incluido en sus *Obras escogidas*, París, Garnier Hnos., 1907, págs. 737-783.

Ha escogido 22 voces indígenas del Diccionario de Barcia y ha ampliado extraordinariamente la información.

ROJAS, MARQUÉS DE (JOSÉ MARÍA DE). *Tiempo perdido. Colección de escritos sobre literatura y hacienda pública*. París, Garnier Hnos., 1905, 339 págs.

Págs. 308-317: «Idiotismos y barbarismos de los venezolanos». (Crítica purista de algunas expresiones. Es un artículo que había publicado anteriormente).

ROMERO GARCÍA, MANUEL VICENTE. *Peonía (Novela de costumbres venezolanas)*. Editorial América, Buenos Aires, sin fecha. (La dedicatoria es del 14 de marzo de 1890.)

Págs. 263-266: «Venezolanismos que ocurren en este libro» (77 voces explicadas).

ROSALES, RAFAEL M. *Crónica del Táchira*. San Cristóbal, Tipografía Texas, 1949, 52 págs.

———. *Los juegos populares en el Estado Táchira*. En *Archivos Venezolanos de Folklore*, I, n.º 2, julio-diciembre de 1952, págs. 395-408.

Describe 40 juegos, con su terminología.

ROSENBLAT, ÁNGEL. *Los venezolanismos de Martí*. Tirada aparte de la *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n.º 96, enero-febrero de 1953, 24 págs.

Estudia 48 venezolanismos recogidos por José Martí en su artículo sobre Americanismos (Obras Completas, Habana, 1953, II, págs. 1658-1667), y que datan probablemente de su estancia en Caracas en 1881.

SALAZAR DOMÍNGUEZ, JOSÉ. *Güésped. Novela*. Caracas, Tipografía Garrido, 1946, 209 págs.

Págs. 207-209: Vocabulario (77 voces explicadas). Refleja el habla de la región oriental.

———. *San Telmo*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 33-48.

SALES PÉREZ, FRANCISCO DE. *Costumbres venezolanas*. Prólogo de J. A. Cova. Caracas, 3.ª ed., 1942, 210 págs. (El prólogo es de noviembre de 1876. Reúne una serie de artículos de periódicos.)

SCHAEL MARTÍNEZ, GRACIELA. *La cocina de Casilda. Granjerías y dulces criollos*. Caracas, Editora Grafos, 124 págs. (Con rica terminología venezolana.)

———. *La cocina de Casilda. Las mejores recetas criollas*. Caracas, Editorial Excelsior, 1953, 136 págs.; 2.ª ed., aumentada y revisada, 1954, 143 págs. (Con rica terminología venezolana.)

SEIJAS, JUAN. *Diccionario de barbarismos cotidianos*. Buenos Aires, Kidd y Cía., 1890, 112 págs.

La mayor parte de las expresiones que critica son venezolanas (otras son argentinas). Reúne unos 1.600 «barbarismos» de pronunciación, morfología y léxico.

SILVA UZCÁTEGUI, R. D. *Enciclopedia larense. Geografía, historia, cultura y lenguaje del Estado Lara*. Caracas, 1941, 2 vols.

II, págs. 656-815: «Diccionario de provincialismos»; págs. 397-418: Música popular; págs. 649-655: Leyendas.

SIMÓN, PADRE FRAY PEDRO. *Primera parte de las Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme, en las Indias Occidentales*. Cuenca, 1627.

Trae al final una «Tabla para la inteligencia de algunos vocablos desta Historia» (152 voces explicadas, la mayor parte venezolanas).

SOJO, JUAN PABLO. *El Ximbi en la mitografía y las costumbres populares de Venezuela*. En *Tópicos Shell de Venezuela*. Maracaibo, marzo de 1948, págs. 34-35.

———. *Nochebuena negra*. Novela. Caracas, 1943. (Refleja el habla de la región de Barlovento, Estado Miranda.)

Págs. 179-182: Vocabulario (71 voces explicadas por el autor).

SOUBLETTE, ENRIQUE. *La fajina*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 119-135.

TEJERA, FELIPE. *Manual de literatura*. Caracas, Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional, 1891, XII-367 págs.

Págs. 347-367: «Diccionario de galicismos y de voces superfinas» (342 voces). Criterio purista.

TOSTA GARCÍA, FRANCISCO. *Don Secundino en París*. Prólogo de José María Vargas Vila. Editorial América, Buenos Aires, 191 págs. (La primera edición es de Caracas, 1895; el libro está fechado en París, noviembre de 1894.)

URBANEJA ACHELPOHL, LUIS M. *El criollismo en Venezuela en cuentos y prédicas*. Prólogo de Antonio Reyes. Editorial Venezuela, Caracas, 2 vols., VIII-224 págs. y 210 págs. (Reúne diversos cuentos y relatos, desde mayo de 1895 hasta mayo de 1914.)

———. «¡En este país!...» Dirección de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1950, 305 págs.

———. *La casa de las cuatro pencas (Novela venezolana)*. Caracas, Tipografía Americana, 1937, 180 págs.

———. *Ovejón*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, I, 29-38.

USLAR PIETRI, ARTURO. *La lluvia*. En la *Antología del cuento moderno venezolano*, II, 9-27.

———. *Las lanzas coloradas*. Novela. Biblioteca Popular Venezolana. Dirección de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1946, 210 páginas (1.^a ed., Madrid, 1931).

VERA IZQUIERDO, FRANCISCO. *Cantares de Venezuela*. Caracas, 1952, Ediciones de la Línea Aeropostal Venezolana, 114 págs. (Tiene numerosas observaciones y notas sobre el lenguaje de los *Cantares*.)

VIGAS, ANDRÉS J. *Bromeando. Adefesios de uso entre intelectuales*. Caracas, Imprenta Bolívar, 1923, 95 págs.

Recopilación de artículos publicados en la revista *Arte y Labor*. Criterio purista fanático.

VILLALOBOS, MANUEL MARÍA. *Discurso leído por el Sr. Dr. — en el acto de su recepción pública*. En el *Boletín de la Academia Venezolana correspondiente de la Española*, V, octubre-diciembre de 1938, págs. 443-485.

Crítica purista de algunas expresiones.

VILLALOBOS, MANUEL MARÍA. *Humoradas filológicas. Barbarismos. Solecismos*. Caracas, Tipografía de Rómulo A. García, 1906, 295 págs.

Recopilación de artículos publicados en el «Diario de la Guayra» en 1885, y luego en el periódico «La Semana».

WIJK, HENRI LOUIS ANNE VAN. *Contribución al estudio del habla popular de Venezuela*. Tesis doctoral de la Universidad de Ámsterdam, 1946, 243 págs.

Estudios de Fonética, Morfología y Sintaxis sobre la base de la literatura popular, especialmente las novelas de Rómulo Gallegos.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-049-0

Depósito legal

DC2022000066

Caracas, Venezuela, enero de 2022

La presente edición de
BUENAS Y MALAS PALABRAS
EN EL CASTELLANO DE **VENEZUELA**
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de enero de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela Pocas veces se encuentra la gente con un libro de corte lingüístico escrito con tanto humor y empatía como *Buenas y malas palabras*. Aquí se juntan la geografía, la lexicografía, la antropología, el imaginario popular y la buena prosa para presentar un amplísimo repertorio de palabras que las investigaciones de Ángel Rosenblat le llevaron a establecer como típicas de Venezuela y sobre las que muchas veces surgía la duda de si eran “correctas” o no. Al respecto, el autor advierte que “el problema de la corrección o incorrección es para el filólogo o lingüista el menos interesante y el de menor cuantía. Lo importante es ver la vida actual de la lengua, y el juego de valores de cada expresión dentro del sistema general”. Y fiel a ese planteamiento, lo que le ofrece a lectoras y lectores es un viaje por todo el país a través de su habla coloquial, de sus costumbres, refranes y modismos que le ayudan a mostrar de dónde surgieron expresiones como, por ejemplo, “mamada de gallo”, “palo de hombre” o “su boca sea la medida”; se mete en las preguntas de si se dice “diábetes” o “diabetes”, ¿“me pelé” o “me equivoqué”?; ¿“el sartén o la sartén”?

Pensados originalmente como artículos para la prensa, los textos que componen este libro responden a una doble intención: divulgar la diversa riqueza de nuestro léxico y defender el habla venezolana, que Rosenblat consideraba no mejor que las otras del continente, pero sí innovadora en muchos sentidos y, al igual que todas, en un proceso constante de ajustes en medio del cual unas variaciones tienden a ganar más terreno por razones culturales y de uso.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

